Francesco Pecoraro

LA AVENIDA

PERIFÉRICA

LARGO RECORRIDO, 166

Francesco Pecoraro

LA AVENIDA

TRADUCCIÓN DE PAULA CABALLERO SÁNCHEZ
Y CARMEN TORRES GARCÍA

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2021
TÍTULO ORIGINAL: *Lo Stradone*
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez

© Francesco Pecoraro y Adriano Salani Editore s.u.r.l., 2019
© de la traducción, Paula Caballero Sánchez y Carmen Torres García, 2021
© de esta edición, Editorial Periférica, 2021. Cáceres
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-18838-13-2

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

Pero ¿qué espera usted? ¿Que la tierra renazca en primavera? ¿Que el mar y los ríos vuelvan a llenarse de peces? ¿Que en el cielo haya todavía maná para imbéciles como usted?

SAMUEL BECKETT, *Fin de partida*

de Anna
para Anna

1

HUBBLE

El telescopio espacial Hubble lleva décadas orbitando alrededor de la Tierra, ha escrutado la negrura que llamamos *Universo* y ha elegido una porción más negra que las demás donde parecía que no había nada, un rectángulo de cielo cuyo lado más largo es algo así como una décima parte del diámetro del disco lunar visto desde aquí. El Hubble ha pasado una y otra vez por el mismo punto y, órbita tras órbita, ha ido indagando más a fondo en ese rectángulo; ha tardado diez años y resulta que, en la imagen final –aunque final no es ni puede ser–, aparecen cerca de diez mil *galaxias*. No diez mil estrellas ni diez mil planetas: diez mil galaxias, algunas de las cuales son tan remotas que datan incluso de pocos millones de años después del Big Bang, entendido como el Suceso Original en el que se basa la cosmogonía actual. Las más lejanas y, por tanto, más antiguas se distinguen por el desplazamiento hacia el rojo de la sutil radiación luminosa que emiten. Lo que identifica a los objetos que se alejan de nosotros es un efecto *doppler*, descubierto por el propio Hubble. Y ahí las tenemos: en ese minúsculo rectángulo de la bóveda celeste coexisten galaxias de todos los tiempos. Lo que vemos es una imagen estática, una proyección en el presente de cuerpos celestes que existieron en el pasado, algunos de los cuales han muerto, se han fugado, se han transformado radicalmente, se han fusionado con otros o han explotado, se han dispersado, se han extinguido y han desaparecido desde entonces. Sin embargo, en la imagen siguen estando allí: presencias luminosas de entidades que existieron en tiempos remotos y muy diferentes del presente.

Como ocurre con la porción de ciudad que se alza en la Avenida: aquí también se ven presencias humanas diacrónicas que viven sólo en teoría en el mismo intervalo espaciotemporal, que se asemejan sólo en teoría, pero que en realidad se encuentran a años luz en cuanto a mentalidad, percepción y visión de la realidad contemporánea. Mentes y cuerpos, recíproca y profundamente extraños, que convergen y se comunican mediante parcos intercambios de palabras, convencionales e inútiles en el bar o cuando animan al mismo Equipo –entidad abstracta formulada y vuelta a formular con el mismo nombre y los mismos colores, pero con hombres diferentes en cada ocasión–, ese que,

cada domingo, tres horas antes del partido, pasa por la Avenida y, durante un instante, eleva su categoría: dos autobuses con jugadores, técnicos, entrenadores, masajistas y demás personal, precedidos y seguidos por coches de policía con la sirena encendida. El Equipo, último ente simbólico que nos proporciona la sensación de pertenecer a algo, goza de prioridad tácita sobre todo y sobre todos, de ahí las señales de tráfico y las sirenas. Gracias a este entusiasmo, los más viejos de entre nosotros pueden convencerse de que siguen vivos aunque se remonten al Big Bang de la Segunda Guerra Mundial, entendida como el Suceso Original de nuestro tiempo antes del cual cualquier cosa ocurrida es prehistoria, aunque muchos de los pocos jóvenes que frecuentan la Avenida no sepan nada al respecto –parece que se hubiera tratado de una guerra entre nosotros y los americanos contra los nazis y la Shoá–, pues para ellos el Suceso Original es, sin el menor atisbo de duda, el 11 de septiembre, antes del cual creen que existía un caos primordial en el que iban cobrando densidad las primeras nubes de polvo y gas que luego conformarían las galaxias, las estrellas, los planetas, los mares y los países con sus respectivos equipos de fútbol y sus raperos locales. Vivo en la Avenida, donde la ciudad hace una pausa. Vivo aquí desde hace más de veinte años, veinte años de sufrimiento sensorial, y estoy convencido de que aquí moriré.

Vaqueros con desgaste falso. Rotos falsos. Pantalones de camuflaje falso. Bolsos con estampado de camuflaje. Pelo falsamente joven, rojizo. Rastas falsos pululando por ahí. Pandilleros falsos, raperos falsos. Punkis falsos. Jóvenes falsos. Broches de falsa utilidad. Camisetas con descolorido falso. Falsa vida vivida. Experiencia falsa, inconsciente falso, imaginario falso, conciencia falsa. Falsa la metrópolis, falso el trabajo. Madera falsa, antigüedad falsa, falsas las cagadas de mosca en muebles falsos. Rusticidad falsa en los restaurantes falso-pijos, o auténtico-pijos para pijos falsos. Falsos los hípsteres con falsas barbas largas y tupidas de corte cuadrado, camisas falsas de falsos leñadores, cervezas falso-artesanales. Calvas falsas, músculos falsos con tatuajes tribales falsos. Cotorras verdes falsas que, fruto del calentamiento global, también artificial, postizo, pasan a toda velocidad en vuelo raso. Falsos los pescados en las pescaderías: doradas de piscifactoría, salmones artificiales comemierda, almejas de mentira, lubinas de aguas estancadas, rodaballos de fondos plastificados. Falsos los setos que rodean la estación Metro A, que exhibe una falsa modernidad envuelta en tecnología falsa en la falsa perdurabilidad, falsa como el almohadillado rústico falso de los muros modulares de contención que hay después del paso subterráneo, falso el duelo de los manifestantes fascistas que celebran semidestrozados a un militante griego que murió hace cuarenta años, estúpidamente, inútilmente, en una época de falsa oposición política, muy violenta, sangrienta, que producía muertos reales, pero con fines falsos, como el puñado de falsos revolucionarios que llevaban a cabo auténticas acciones militares. Falsas las películas de los cines de más abajo frecuentados por cabezas canosas –Pero ¿de verdad te ha gustado?–

tardorreflexivas con falsas creencias en la mente embebidas de falsa buena conciencia, como todos sus semejantes, aquí y en todas partes. Falsa la urgencia con sirenas del autobús del Equipo que apremia para que despejen el paso. Lo falso y lo falso-verdadero es más auténtico que lo realmente vivo, que lo que tiene una historia real a la espalda. La gente de la Avenida, acostumbrada al ir y venir de las cosas y aferrada ya a la verdad de lo único que comparte, la lengua, no necesita de autenticidad alguna.

–Ha pasado el autobús del Equipo: hoy partido a las tantas.
–Me apoyo aquí un segundo, ¿te importa? Me encuentro mal.
–¿Qué le pasa?
–Me ha dado una punzada fuerte en el costado. De las fuertes.

Sin embargo, la Avenida y los bloques de pisos que en ella se alzan, demasiado cerca del bordillo de la acera, son auténticos y reales como la vida misma. Auténtico el Monte de Arcilla. Auténtica, desoladora, la chimenea que lleva cien años a punto de derrumbarse, que sobresale de las zarzas de la tierra de nadie donde se asientan auténticos sintecho, a los que hoy les toca una jornada calurosa de sol y a los que veo desde aquí, semidesnudos, tirados en cartones en los céspedes que hay en la entrada de la Cavidad, ajenos a su destino, como lázaros dieciochescos. Auténtico el paso subterráneo de la Primera Circunvalación Oeste, con palomas auténticas que llevan residiendo allí desde hace décadas y que poseen una cultura propia y hasta vínculos familiares. Auténticas las gaviotas –anómalas en comparación con sus congéneres, que siguen buscando estúpidamente comida en el mar–, que las atacan y las destripan como haría un ave rapaz. Auténtica también el ave rapaz, poco frecuente en el Monte de Arcilla, pero presente. Falsas las cornejas introducidas en la ciudad hace ya un par de décadas con función antipaloma, que es como liberar hienas con función antirratas: inteligentes, grandes como cóndores, agresivas, asertivas, tenebrosas; las he visto atacar a una gaviota patiamarilla desde abajo, darle un picotazo en el pecho, ahuyentarla.

Las cotorras de las que hablaba, que año tras año ganan más terreno en el aire que domina el Monte y el Nudo Vial, parecen falsas en su belleza rauda y verde. Tienen el aspecto inteligente de individuos que se comunican entre sí, que se ayudan, juegan y permanecen unidos. Falsas porque, al igual que las cornejas, no son autóctonas, sino que vienen de otro sitio, con la complicidad del clima suavizado, gracias al cual en los inviernos casi nunca hace menos de diez grados, y del gran espacio sin ley que se extiende hacia el infinito más allá de la Avenida, en dirección norte, donde tal vez encuentra un margen o una frontera, pues en la neblina urbana se entrevén bloques de pisos, muy a lo lejos, pero similares en todo a los de aquí: señal de que allí sigue habiendo Ciudad de Dios, de que sigue habiendo Península, mundo habitado.

Auténtico el Segundo Puente, el más reciente, en cuya estructura unos arquitectos sin

una idea clara de lo que es la arquitectura incrustaron la estación del Tren Metropolitano para que hiciera las veces de parada de metro y de plaza, que parece no contar con historia y servir de mero aparcamiento. Todo esto, y mucho más, es el Nudo Vial falso-auténtico, empezando por su estructura lingüísticamente incierta, apiñada, falso-contemporánea, que oscila entre lo azteca y la ciencia ficción rusa de los años treinta, con un muro cortina *miesiano* aquí y allá, elementos, ora macizos, ora ligeros pero siempre erróneos –como técnica, como lenguaje, como *utilitas*– y precozmente degradados por su mala construcción. El Nudo conecta los dos vectores de transporte público realmente utilizados, siempre llenos de la gente con los vaqueros falso-desgastados y rotos antes mencionados.

Además de la verdad no exactamente asertiva, sino en cierto modo dudosa del Segundo Puente, está la absoluta e incontrovertible verdad del Tercer Puente, que, con su imponente altura y construido con ladrillos procedentes tal vez de los hornos ya desaparecidos que había diseminados por el Cuadrante de las Arcillas –bonito y desmantelado hace mucho tiempo, pero al parecer indefectible–, garantizaba la conexión ferroviaria Norte-Sur a comienzos del siglo XX. Cuando, en un futuro que se me antoja no muy lejano, el Segundo Puente de cemento comience a peligrar, las grandes arcadas del antiguo viaducto abandonado seguirán allí en pie, incólumes, y el propio viaducto se verá intensamente poblado por construcciones y barracas suspendidas, proyectadas en el vacío, como ya ocurrió en el pasado con algunos puentes urbanos de análoga potencia, estables, auténticos e indiscutibles hasta el punto de convertirse en un soporte geomorfológico para todos. Más allá del puente, hacia el este, la ciudad precedente se aferra a una apariencia de racionalidad asentada antes de que los bloques de pisos y apartamentos se establezcan definitivamente como individualidades inmobiliarias y antes de que las calles asuman, como ocurre con la Avenida, una función más de conexión vial que de identidad espacial civil y definida. A partir de aquí, las manzanas se descomponen formando una maraña de construcciones que ganan en cutrez a medida que se va hacia el límite exterior –si es que existe– de la gran mancha de aceite que llamamos Ciudad de Dios.

He aquí, pues, el Nudo Vial, someramente descrito en su esencia compuesta de verdad y mentira, en su veleidad completamente fallida de lugar metropolitano denso, cuando en realidad hay que cruzarlo a paso ligero para llegar a coger un tren a tiempo, ir de un andén a otro, subir/bajar escaleras mecánicas estropeadas, lidiar a toda prisa con las máquinas expendedoras de billetes, vérselas con los tornos que no aceptan el bono recién comprado, con el tío del chaleco blindado que te lo pica a mano y te deja pasar igual, con las máquinas validadoras del Tren Metropolitano que no validan y a nadie le importa… En el tren que se dirige hacia las estaciones de los Grandes Hospitales –diseñadas también en un estilo que no sabes si es involuntariamente azteca o asirio-babilónico, tal vez obra de un joven arquitecto que colaboró con un estudio profesional

que, en ese momento, debido a la cantidad de encargos, no tenía tiempo de ocuparse de la coherencia lingüística ni de calidad técnico-funcional de los proyectos que sacaba (desconozco la verdadera historia de esta abominación, pero como si la conociera)– el revisor brilla por su ausencia, la muchedumbre es compacta.

Resulta difícil de creer, pero la Avenida llega hasta Francia. El objetivo de la Avenida es unir el centro de la Urbe con la calzada romana que desde hace muchos siglos sale de la ciudad hacia el oeste y de repente tuerce en dirección norte y recorre el Mar de los Tirrenos, encontrando a su paso pocas ciudades pequeñas y un par de antiguas repúblicas marineras, y luego de nuevo hacia el oeste, en equilibrio precario por el barranco ligur, hasta la floreciente, luminosa, sólida, compacta y compleja Francia. Seguramente la importancia francófora de la Avenida sea la razón por la que aquí la ciudad vacila y se hace apremiante, se cohíbe y se hace jirones sin lograr sobreponerse. Tal vez porque es consciente de la importancia geopolítica de la Avenida, aquí, en la entrada de la Cavidad, la ciudad vacila y se deshilacha, es más, se desgarra, es más, deja de ser-en-cuanto-ciudad y se divide en dos formas, la aparentemente técnica y la aparentemente natural, ambas fruto de una falta de planificación, de una falta de proyecto, de una falta de voluntad formal y organizativa, del semiabandono, de la incapacidad técnica para estructurar la más mínima pausa urbana, que resulta indispensable cuando hay que utilizar un servicio, construir una carretera de enlace, un aparcamiento o, como en este caso, un «nudo vial entre dos líneas de transporte público ferroviario», como lo define técnicamente el urbanista o «el metro que se cruza con el trenecito y tienes que correr para hacer trasbordo», como dicen en el Porcacci.

Me gusta la vista de la montañita de creta desmenuzada de aquí delante. Me parece que su desolación se corresponde con la mía. Estoy en uno de mis períodos –que suelen durar bastante– de autocompasión depresiva y creo que merezco el castigo de esta casa. Atravieso una de esas fases en las que estoy convencido de no haber entendido nunca nada, nada de cómo debería haber hecho las cosas, de lo que debería haber dicho, de la estrategia que debería haber seguido, nada de cómo hay que tratarse con los demás seres humanos, nada de los motivos por los que los demás existen y actúan.

En los orígenes de mi no-historia, aunque me llegaran señales muy claras de lo contrario, pensaba: basta con merecerlo para obtenerlo. En aquellos tiempos mi único objetivo era progresar y que me valorasen. Y valorarme en cuanto que valorado. Ahora pienso que eso es un círculo vicioso: necesitas la estima de los demás para estimarte a ti mismo. Me esforzaba mucho; tras la licenciatura continué los estudios. Estudiaba como buen chico aplicado, porque los chicos aplicados se pasan la vida estudiando, pensaba. Debía estar al tanto de todo, absolutamente de todo lo que ocurría en mi disciplina (pero ¿cuál era mi disciplina? ¿La Estética? ¿La Historia del Arte? ¿La Crítica de Arte? ¿De qué arte? ¿De *todo* el arte?). Y lo estaba, o sea, parecía que lo estaba, aunque no era más que

una ilusión juvenil y vanidosa: cuando las cosas te parecen simples, crees que lo sabes todo y los que te rodean son un poco gilipollas.

Me tiré años estudiando, esos años no del todo competitivos del instituto y de la universidad, es decir, de cuando te dicen Muy bien, un ocho y medio; Muy bien, sobresaliente con matrícula de honor; Pásate por mi despacho, y tú te convences de verdad de que eres bueno. Llegado un punto, me sentí impregnado de brillantez y de teoría, de habilidades, de cosas que decir, que hacer, de perspectivas originales que analizar. Sin embargo, esto sólo ocurría dentro de mi cabecita viciada, exaltada, hiperprotegida, dados los privilegios de los que disfrutaba desde mi nacimiento: padres con estudios universitarios, libros en casa, buenas escuelas, vacaciones en el extranjero. Todo eso me correspondía por derecho, en calidad de pequeñoburgués en ascenso, nacido y crecido en los barrios limpios y geométricos al norte de la Ciudad de Dios, a tiro de piedra de aquí, y de los cuales fui expulsado por mi incapacidad manifiesta de conservar la posición social de partida.

No obstante, al margen de mí y de mi autoestima, el mundo seguía su curso prescindiendo sin ningún problema de mi aportación. Durante unos años, mi Ego anheló un éxito que se iba alejando poco a poco. Luego, una vez terminada mi breve trayectoria, llegó una desesperación de baja intensidad que se manifestaba sobre todo en sueños, en los que me veía solo medio desnudo caminando entre personas que me ignoraban por completo o que, aun conociéndome, se apartaban a mi paso, sueños en los que había maletas que no conseguía hacer, últimos barcos que zarpaban sin mí y me dejaban durante un tiempo indeterminado en una extraña isla árida, llena de rampas y de escaleras de basalto. Sueños que, incluso después de tanto tiempo, siguen persiguiéndome en varias versiones casi cada noche. Lo que impelía a buscar el reconocimiento ajeno, a creérselo, era la idea de fracaso. Sin embargo, al menos hasta que no estuve inmerso por completo en mi disciplina, eso no ocurrió.

La fachada del gran bloque de pisos en el que vivo está orientada casi por completo al norte, o sea que nunca le da el sol, salvo de refilón durante unos minutos al alba y durante el ocaso en verano. En invierno, ni eso. De la Avenida, que discurre en perpendicular por aquí abajo, se puede decir lo mismo hasta que enfila la cuesta al encuentro de una nueva vida de luz y de sol en los inmensos pinares que bordean el mar. Por la mañana temprano, si me asomo hacia el este por la terraza de la cocina, veo la claridad amarilla del alba, a menudo tras una ristra de nubes que llega hasta un horizonte de montañas que en invierno están cubiertas de nieve, aunque, en esa dirección, a menos que sea verano y me despierte muy temprano, nunca consigo ver el sol. En cambio, hacia el oeste, en días claros, por la tarde veo el disco rojo trasponerse por el pinar. Durante años he deducido que me hallaba orientado hacia el norte con una ligera inclinación hacia el oeste, pero hoy la brújula del móvil me dice que la inclinación

es más o menos de quince grados. Por tanto, sí: mi cocina da *grosso modo* al norte, que es lo único que hace falta para que esta casa consiga eludir esos momentos de calor horroroso que se dan cada vez con mayor frecuencia durante los veranos de la Ciudad de Dios, cuando el que está expuesto de lleno al sur maldice esa luz amarilla que, día tras día y tarde tras tarde, se abre camino por los revestimientos de rasilla de las torres residenciales, los bloques de pisos, de apartamentos, los chalés, las casitas adosadas y las chabolas de la ciudad, transformándolos en radiadores nocturnos contra los que no se puede hacer otra cosa que instalar un Mitsubishi y ponerlo a toda potencia.

Aunque estoy expuesto al norte, sufro igualmente porque desde aquí mi ojo sensible ve de lo que son capaces los incapaces, ve cómo la no-elección de la administración, la estupidez de los técnicos, de los urbanistas y, por último, de los arquitectos, incide de manera desastrosa en la vida de una porción de ciudad, o de no-ciudad, que no deja por ello de ser la nuestra. Sin embargo, las cosas ni siquiera son así: no existen verdaderos responsables, la ciudad que construimos es un producto colectivo. La ciudad física es la concha deforme que la ciudad social construye para sí misma como un gigantesco molusco semideficiente, y así se muestra. La ciudad de mierda es una puesta en escena incierta y de autobombo de la gente de mierda que la habita y la construye. Nada más y nada menos.

Estoy convencido de que la relación que existe entre, por un lado, la forma de la Ciudad de Dios moderna y, por el otro, la mente y la cultura de sus habitantes es inmediata y automática: míralos, todos (casi todos) circulando a primera hora de la mañana por la Avenida, arrancados como ostras de sus conchas y encogidos bajo las primeras gotas de limón de estos amaneceres lluviosos y cálidos, mientras el tráfico que baja desde el oeste hacia el centro se intensifica y casi se paraliza, haciendo que resulte fácil cruzar a pie al menos uno de los sentidos del tráfico. Todos padecen la ciudad que han contribuido a construir y todos, directa o indirectamente, la han construido y es la que ahora nos toca vivir: es el *hardware* que estamos dejando a nuestros hijos, que tienen su propio *software* mental, diferente al nuestro y, en ciertos casos, incomprensible. Pensarán de otro modo, aunque vivirán en nuestras mismas estancias, por supuesto renovadas, reamuebladas y reestructuradas, pero éstas permanecerán durante mucho tiempo todavía: décadas, tal vez siglos.

Con todo, aquí, en la Cavidad, han vivido hombres y mujeres que creían verdaderamente en un mundo diferente y comunista: esto no lo supe a bote pronto, sino tras años de dedicación creciente al desciframiento de las señales que definen el enclave urbano en el que vivo. Desde aquí, gracias al tiempo libre del que dispongo, realizo mi proyecto de reconstrucción/restitución, histórica y no histórica. Deambulo por las calles, entro en los bares, en el antiguo centro social, en la biblioteca, hablo con la gente –sobre todo escucho–, leo textos, viejas investigaciones sociológicas, acumulo las pocas imágenes, nombres y testimonios que logro encontrar: ningún método, nada

especialmente lúcido, pero al menos me mantengo activo y, según la aplicación de salud de mi móvil, camino de media tres kilómetros al día.

Desde tiempos inmemoriales hemos clasificado las sustancias del mundo en aéreas, líquidas, blandas, semiduras, duras, eternas y muy duras.

En las riberas del Río de Fango, pensamos en las cosas según esta clasificación porque para cada categoría de sustancia se necesita un tipo diferente de herramienta. Para las sustancias aéreas hacen falta vejigas de animal, la piel suave y limpia del cordero, o del cabritillo, para las cornamusas, aunque también pulmones y una boca con buenos mofletes. Para las cosas líquidas se necesitan calabazas secas, de nuevo piel suave de cordero y de cabritillo, manos ahuecadas, también puede servir una boca con buenos mofletes, pero los mejores objetos son aquéllos muy cóncavos que hacemos con terracota en el fuego. Para las cosas blandas bastan las manos y los dedos, como en el caso de la arcilla, del sexo y de los pechos femeninos. Para el cuerpo perforable de los enemigos utilizamos puntas de piedra, pero sabemos, porque lo hemos visto, que existe gente al otro lado del Río de Fango que usa otra sustancia más dura y rara, difícil de encontrar y de manipular, para la que dicen que hace falta el fuego: se llama *metal*. Los materiales semiduros, como la madera y la piedra blanda, requieren utensilios más duros. Esta regla vale para todas las cosas: la piedra necesita otra piedra más dura que la quiebre, así que mimamos con ropa y alimentos a los pocos de entre nosotros que saben hacerlo bien. El metal, que no se puede quebrar, se puede moldear con el fuego hasta conseguir una sustancia blanda a la que se le puede dar forma de esquirla con punta. No es posible rasguñar en modo alguno las cosas eternas y muy duras. A menudo son lustrosas como el agua y poco habituales. La mujer que las posee nunca sabe ni dónde ni cómo las ha descubierto. Vivo en la cueva seca a los pies de la colina, delante de la montaña de materia blanda y azul que cocemos en cámaras de fuego excavadas en la tierra con el fin de obtener objetos cóncavos aptos para contener las sustancias. Aquí somos muchos y, desde hace mucho tiempo, fabricamos estos objetos y los intercambiamos por lo que nos hace falta. El Río de Fango corre más abajo, no queda lejos, pero no merece la pena andar hasta allí. No para conseguir agua, porque no es buena. Aquí cerca hay manantiales cristalinos que nacen de la materia semidura de la que está hecho todo el Valle y el mundo del Río que nos rodea: es agua sin fango, buena para beber. El Río separa y defiende, pero en los veranos más secos, a la altura del meandro grande, donde asoman las rocas, se puede atravesar. Allí algunos de nosotros, elegidos como hombres de guerra, montan guardia día y noche con sus fogatas, incluso en invierno. Hay que dar la voz de alarma enseguida si un tronco extraño atraviesa el agua de fango. Yo hago vasijas de cerámica como se han hecho toda la vida, no entiendo de

guerras. De la colina de enfrente podremos extraer creta azul hasta el final de los tiempos.

Aquí arriba he intentado reconstruir de mala manera, porque es difícil identificarse con la mente primitiva, si es que alguna vez ha existido una, lo que podría haber dicho en vida el titular del esqueleto humano que encontraron enterrado aquí cerca, junto con unos recipientes de cerámica, armas, ornamentos y algún que otro utensilio de hueso para decorar vasijas, además de lo que parece ser un torno de piedra. Dicen haberlo descubierto durante las excavaciones para hacer los cimientos del Segundo Puente, pero en realidad nadie llegó nunca a enterarse de nada, de lo contrario habrían paralizado las obras indefinidamente. En cambio, urgía darle un cariz político a la ciudad: iba a cerrarse el anillo de transporte público, conocido como *ferroviario*. Éste rodearía el centro urbano, que siempre ha tenido una estructura radial. Era una idea lógica, pero el anillo nunca llegó a cerrarse, porque así funcionan las cosas en la Ciudad de Dios en la actualidad. Nunca se sabrá de manera oficial a cuándo se remontaban aquellos restos, tal vez cinco mil años. Estoy seguro de que aquellas vasijas, las herramientas y las armas se vendieron bajo cuerda y ahora yacen en alguna parte, quizás en una casa de las colinas que hay más allá del Río o en los sótanos de un museo fuera de los confines de la Península, porque así es como funciona la Península en la actualidad.

Yo también vivo a los pies del Monte de arcilla azul, ahora muy reducido en comparación con las dimensiones que debía de tener en los tiempos del alfarero prehistórico cuyo monólogo he imaginado. Creo que en cuanto a la formación del Monte no se puede hablar de una fase inicial: seguramente sólo podamos hablar de una lentísima construcción y deconstrucción, deformación, erosión y vuelta a la reconstrucción, muchas veces, infinitas veces, del territorio de la Ciudad. Los montes escarpados –al parecer no forman parte de ningún sistema geográficamente inteligible– que poblaban el Cuadrante en los tiempos de los últimos mapas preunitarios no eran más que los restos roídos hasta el hueso de las formaciones arcillosas que dejó el curso de un hipotético Paleorrío que, muy desviado del actual, depositó a lo largo de varios cientos de miles de años durante el Pleistoceno estratos de arena y de creta azul de varias decenas de metros de espesor.

Durante muchos siglos éste fue el lugar de extracción de la creta y el de los hornos para la cocción de los ladrillos, que, junto con la roca amarilla semidura llamada *toba* y la blanca muy dura que se extrae desde hace miles de años del otro lado del Río, allá en la llanura, sirvieron para construir la Urbe. No obstante, en fechas recientes, es decir, desde hace poco más de cincuenta años, este territorio de trabajo se ha convertido en algo que no consigo definir como un barrio urbano de pleno derecho, pues entre las casas aún subsisten trazas del paisaje precedente y de aquél más antiguo aún, milenario, profundamente manipulado y deconstruido por los excavadores de arcilla a partir de la reconfiguración producida por la última glaciación, cuando el nivel del mar, como ahora

(casi) todo el mundo sabe, quedaba cien metros más abajo. Hoy en día la generación que vino a vivir aquí en los años de la posindustrialización, incluidos los antiguos habitantes del asentamiento de la Cavidad, al que durante mucho tiempo se denominó *barrio popular* aunque en realidad nunca lo fue, ha desaparecido casi por completo, y aquellos hijos que se quedaron han envejecido, desconectándose del presente como suelen hacer los viejos, aunque –bebiendo todos los días dos o tres tacitas de café amargo, acompañados de sus enfisemas causados por el tabaco e incondicionales de las instalaciones de la sanidad pública y de la pensión que cobran todos los meses– siguen paseando por estas calles como testimonios vivos, hablantes, respirantes y a veces sumisamente delirantes, de otras épocas, de otros mundos.

Cabe aclarar una cosa cuanto antes: está la Zona Extensa y, dentro de ésta, el Cuadrante de las Arcillas y, dentro de éste, aunque en un discreto segundo plano, un área restringida a la que llamaré la Cavidad, ya que parece una especie de residuo fósil escondido entre los pliegues del territorio de lo que en tiempos remotos fueron los lugares al oeste de las Murallas. También la llamo *la Cavidad* porque no creo que la calle estrecha que la recorre a todo lo largo lleve a ninguna parte. Siento por la Cavidad un respeto misterioso, una especie de temor reverente que me ha impedido explorarla en toda su longitud, como si no tuviese autorización para ello. Sé a ciencia cierta que se adentra hacia el norte en el Monte de los Jabalíes. Tal vez continúe a partir de ahí, tal vez no. Seguramente por la noche bajen jabalíes del Monte y, tras recorrer la Avenida en sentido contrario, vengan a hozar entre la basura acumulada alrededor de los contenedores.

Sin embargo, de la Zona Extensa se sabe con cierta seguridad que existió al abrigo de un tramo de muralla del siglo XVI que serpentea hacia el oeste de la Ciudad resguardada por una larga formación de colinas. A los pies de éstas, en la orilla derecha del Río de Fango, se extiende un asentamiento antiguo moteado de lugares de culto medievales que ha permanecido durante siglos como una aldea semirrural aparte. Aquí, dominado por una secuencia de potentes y bellísimos bastiones de ladrillo –de una belleza involuntaria, hija de la forma que en tiempos posmedievales había que dar a las murallas para hacerlas resistentes a los cañonazos y permitir a los defensores tener a tiro cualquier punto del perímetro–, existe un territorio alterado, un caos provocado por siglos y siglos de extracción de arcilla para fabricar ladrillos y tejas.

Hoy en día el antiguo desorden deconstructivo apenas se percibe porque queda oculto bajo unos tejidos urbanos posunitarios y seguidamente posbélicos, pero fue de ahí de donde provino gran parte del material útil para la construcción de la Ciudad, incluido el tramo de muralla mencionado, incluida la Cúpula que cubre el Templo Principal de una herejía judaica bimilenaria y que se cierne sobre el Cuadrante y sobre todos los edificios, bloques de pisos, torres de viviendas, iglesias y otras cúpulas y acueductos circundantes, incluida naturalmente la larga muralla defensiva erigida en los tiempos ya perdidos de

las antiguas glorias imperiales. La forma se come la configuración geográfica, es decir, la no-forma del territorio que los agentes naturales construyen y destruyen continuamente. Si se quiere realizar algo geométrico y preciso, algo de acabado liso y refinado que aspire claramente al juicio estético, hay que procurarse la materia prima arrancándosela al cuerpo vivo de un planeta cuya modificación y destrucción lleva muchos milenios produciéndose, como aquí se pone de manifiesto.

En la antigüedad, en la Ciudad de Dios no faltaba de nada e incluso se traían del remoto norte de África –en naves con velas cuadradas y remos accionados por hombres no libres– enormes construcciones de pórfido, como obeliscos y columnas. En cambio, en el caso de los ladrillos, la arcilla buena para fabricarlos se encontraba aquí, al alcance de la mano. Si se entraba por la puerta llamada de los Cavalleggeri, no se tardaba ni media hora con un mulo y una carreta en transportar los ladrillos hasta la obra o, como se dice con antigua elegancia tecnoliteraria, *a pie de obra*, listos para que los alarifes los colocaran despacio, con esmero y maestría. Se sabe por algunos documentos que, a partir del siglo XV de la era común, este lado del Cuadrante rebosaba de pequeños hornos ladrilleros artesanales. En una época en la que *todo* era artesanal, estos hornos se cargaban, se encendían y, transcurrido el tiempo de cocción, se apagaban, se dejaban enfriar y luego se descargaban para volver a ser colmados de material crudo, una decena de veces por temporada (la temporada productiva de los ladrillos duraba casi seis meses, desde abril hasta septiembre), para dar como resultado un total que se estima alrededor de las cien mil piezas al año por horno. Cuando estaba en funcionamiento, es decir, hasta hace aproximadamente sesenta años, el horno de ciclo continuo cuyas ruinas aún pueden verse cerca de la Avenida nunca se apagaba durante la temporada y producía entre cincuenta y sesenta mil piezas *al día*, cifras que ponen claramente de manifiesto la diferencia de rendimiento entre la artesanía y la industria.

Tal vez lo que implementó la fase industrial de la producción de ladrillos fue la expansión posunitaria de la Ciudad de Dios, o fue al revés. La demanda crea la tecnología y la tecnología crea la demanda: si se necesitan ladrillos en grandes cantidades, nosotros los produciremos a bajo coste y el bajo coste estimulará la demanda. Sin material de construcción abundante y económico, las ciudades no pueden experimentar un crecimiento rápido, como sí le ocurrió a la Ciudad de Dios hacia finales del siglo XIX, con varias crisis inmobiliarias, escándalos y corrupción, desplomes de bolsa, víctimas y juicios incluidos. Ya entonces todo era como ahora, la Urbe era el paraíso del constructor y ya sabemos que no hay actividad humana legal más cercana a la ilegalidad, más tentada por los atajos paradelictivos, más implicada en la corrupción y el chanchullo que la construcción.

En la era de la producción artesanal, los trabajadores de los hornos del siglo XV debían pertenecer por fuerza al gremio en cuestión, así como todo aquel que, conforme a

su oficio y sus habilidades, prestara su trabajo a la fabricación de ladrillos y cerámicas; por tanto, no sólo los encargados del horno y de la manufactura de las piezas, sino también los cavadores y los acarreadores de la arcilla, los carretilleros que transportaban el producto acabado a la ciudad, etcétera. En resumen, por norma, todos estaban sometidos a la protección de san Miguel Arcángel, a quien parece que estaba dedicada una iglesia construida en el Cuadrante, aunque en el mapa de Giambattista Nolli, grabado dos siglos después, sólo aparece una Santa Maria dei Fornaciaj. El que trabajaba en el sector debía acudir a todos los actos religiosos del gremio: misa dominical y servicios matutinos y vespertinos.

Las pequeñas fábricas de ladrillos sacaban un producto que ya cumplía con exactitud los estándares de dimensiones y de calidad.

> Ladrillo cocido ordinario de un palmo y cuarto de largo, siete onzas y media de ancho y dos de grueso. Ladrillo cocido grueso, de un palmo y medio de largo, tres cuartos de palmo de ancho y dos onzas y media de grueso. En la práctica de los hornos debe procurarse golpear y reducir la creta con mazas y a continuación purificarla, ya sea con el calor del sol en verano, ya con las heladas en invierno, extendiéndola bien y sin amontonarla, con objeto de que no sólo se purifique la superficie de los montones.

No creo que los ladrillos del siglo XV fuesen técnicamente mejores que los de hoy, pero el color que podemos observar en las numerosísimas fachadas de ladrillo visto dentro de los muros de la ciudad es de una gran belleza. Tal vez sea esta belleza –la multitud de tonalidades de rojo y de ocre cuando la luz del atardecer o del alba las ilumina de soslayo mostrando su entramado, su grano, su aspereza y sus imperfecciones, es decir, la fatiga manual de los gestos que los produjeron– la que nos sugiere un pasado mejor que el presente y que las actuales previsiones de futuro para la Ciudad de Dios. No sé qué pensar al respecto, pero sé que la norma amenazaba con sanciones: la ciudad teocrática estaba bien construida.

> Bajo las penas abajo descritas, de ahora en adelante, los hornos ladrilleros de la Ciudad deberán fabricar los materiales del tipo que sea de buena calidad y cocción con fines estéticos, manipulando la creta de modo que esté del todo limpia de tierra, o sea, (de los) detritos de las canteras y del polvillo que se encuentra en las vetas y ramificaciones de dichas canteras, así como de los guijarros, chinos y demás que pudiesen impedir la perfecta fabricación de los ladrillos.

En los preceptos cardenalicios se entrevé la estratigrafía sedimentaria del Cuadrante, cuya explicación requiere que nos imaginemos distancias temporales inconcebibles, acontecimientos geológicos catastróficos de calado local y planetario, trastornos telúricos, terribles, múltiples y repetidas erupciones volcánicas, mares que avanzan y se

retiran de manera cíclica modificando en kilómetros la línea de la costa, o ríos que cambian de curso varias veces. Fenómenos por lo general muy lentos, de forma que los habitantes centropeninsulares, ya fueran neandertales o *sapiens*, tuvieran como nosotros la impresión de que el mundo era un lugar estable.

> *–Los Marlboro rojos los llevo en la sangre. Dame tres paquetes a ver si me llegan para echar el día.*

Al principio fue una percepción confusa. Bajo lo no resuelto, lo inacabado, lo mal hecho y lo residual a lo que esta ciudad nos ha acostumbrado desde pequeños a los nacidos después de la Segunda Guerra Mundial, advertía las trazas de una posible belleza natural, antigua y misteriosa, asesinada al nacer y devorada después por la energía destructora de la ciudad en expansión. Luego, al cabo de unos años, me quedó claro que el Cuadrante había estado marcado de manera indeleble por una historia hecha de hombres y de producción industrial, de duro trabajo en las fábricas, de técnica y de extracción intensiva de materia prima. Lo que en apariencia no era más que la típica cutrez suburbana en realidad era fruto de un raro (para los de aquí) episodio del conflicto de los siglos XIX y XX entre Capital y Trabajo, que nunca se reflejó de un modo tan claro en los acontecimientos milenarios de la Ciudad de Dios. Era un capital local, de potencia limitada, de miras cortas, de ganancias rápidas y de baja tecnología que durante el transcurso de casi un siglo apenas se actualizó, pues sólo se modernizaron algunos detalles, aunque estaba basada sustancialmente en el hombre-trabajo, en el ciclo vital del obrero estándar o, mejor dicho, como resulta más eficaz decir, del autómata.

En la actualidad, al vivir en el Cuadrante y observar día a día lo que queda de él, siento un profundo malestar que no sólo es espacial, sino que también es oscuramente moral, como si percibiera las radiaciones de un sentido de culpa fósil incrustado en el trastorno físico de estos lugares, donde me parece que la energía de la transformación, con su dosis de violencia, aún no se ha aplacado del todo o, dicho de otro modo, no ha dado lugar a la construcción de una zona de ciudad plácida y común: por el contrario, parece que una parte de esa tensión siga aquí, en las pendientes confusamente configuradas en forma de terrazas del Monte de Arcilla, entre los tupidísimos cañaverales donde acampan ingeniosamente los sintecho, en los restos de un viejo muro de contención que marca el pie de la colina y en todo lo que veo al otro lado de la Avenida.

Aún hoy se siente que aquí, durante mucho tiempo, hubo algo especial y es ese no sé qué lo que hace que el Cuadrante siga siendo lo que es: una espina dorsal en el costado de la ciudad que procede del este, un intervalo tenaz y lesivo entre ésta y la no-ciudad que continúa hacia el oeste, haciéndose añicos en forma de decenas de barriadas consolidadas, y que termina perdiéndose entre los basureros y las escombreras que rodean la Ciudad de Dios y que nutren al ejército salvaje de jabalíes que la asedian desde

hace tiempo.

La resistencia que opone el Cuadrante a dejarse absorber y homologar por los pseudotejidos circundantes la ha vuelto una especie de cavidad autónoma atravesada tanto por la Avenida como por la Circunvalación Oeste, aunque sin un sistema racional de conexiones y enlaces con la viabilidad de la no-ciudad circundante y, hacia el este, de la ciudad –ésta, en cambio, con un diseño– de las expansiones posunitarias. El Cuadrante sigue aquí, en soledad y relativa autonomía, estremecido aún por su propia historia, que está hecha en esencia de ese particular tipo de sufrimiento humano al que llamamos *trabajo* y que aquí era prestación laboral asalariada, aunque temporal, y, en la práctica, fatiga física precaria. Son lugares antiguos que han visto cómo se producían miles de existencias en la única modalidad binaria fatiga/descanso-de-la-fatiga bajo la amenaza de la Gran Cúpula al otro lado de los baluartes, desde donde los papas tuvieron a la ciudad en un puño durante mil quinientos años, a lo largo de los cuales la Cavidad sufrió una terrible fama, hasta el punto de ser conocida comúnmente –mi madre, que la recordaba remota y peligrosa, la llamaba así– como el Valle del Hades. Durante mis investigaciones he descubierto que este nombre ya aparece en los mapas del siglo XVI, donde los geógrafos que encontraban dificultades para reproducir las alturas representan la Cavidad de manera confusa y la incluyen al margen, arriba, a la izquierda, haciendo de telón de fondo y contraposición agreste a la insolente inmensidad del Templo de la Redención Mundial.

Basta con estudiar, lo demás vendrá solo, me había dicho siempre. No me extenderé sobre esos años, sobre los años de estudio en los que crecían en mí nociones, conocimiento, pasión y tal vez aptitudes. Estudié en las bibliotecas de los institutos y fundaciones más importantes de Europa, visité primero los grandes museos, luego los más pequeños, e iglesias, conventos, algún que otro palacio y colecciones privadas, donde encontraba las obras que buscaba. Cogía trenes, hacía autostop, dormía en pensiones, escribía, hacía fotos, rellenaba cuadernos de apuntes. Al viajar solo, mi capacidad de percepción aumentaba. Ante algunas obras, entraba en un estado superreceptivo. Me pasó en Volterra con *El descendimiento de Cristo* de Rosso Fiorentino; en Madrid, con el *Cristo resucitado* de Bramantino. Me pasó con los Rembrandts del Hermitage, aunque también con el *Sol naciente*, de Pellizza da Volpedo, que está en mi ciudad. En Paestum me quedé embelesado delante del misterio del orden dórico en su forma más arcaica, potente e inexplicable. En Bruselas me ocurrió con el *Paisaje con la caída de Ícaro*, de Pieter Brueghel el Viejo. Por aquel entonces no podía saber que aquel cuadro era la representación misma de lo que me ocurriría al cabo de pocos años, cuando, ante la indiferencia del mundo, me precipité de cabeza desde las alturas de mis ambiciones de erudito para ahogarme en las oficinas de un ministerio: la indiferencia del mundo, su dureza, para mí imposible de arañar, mientras que para otros era una pasta blanda en la que penetraban con total facilidad y en la que enseguida consolidaban su posición. Lo que experimentaba era algo a lo que llamaré *estupefacción cognitiva*, o revelación, pero también reconocimiento. Era una forma pura, silenciosa y encantada de placer casi físico, o más bien diría que del todo físico, en el que me estaba instruyendo a mí mismo. Entendía que un estudiante, por muchos profesores excepcionales que tuviese, siempre es un autodidacta, es decir, parte activa de su propia formación. De este modo, los profesores terminan siendo *más* o *menos* importantes, donde el *más* tiene que ver con un sobresfuerzo en la recepción de sus enseñanzas y el *menos* es, por la misma regla, una actitud crítica aumentada, que en mí se fue colmando poco a poco de arrogancia y soberbia reprimidas aunque perceptibles. Quizá eso fue lo que determinó secretamente el juicio del Maestro sobre mí cuando llegó la hora de decidir mi futuro académico: él sabía

perfectamente que la arrogancia era fruto de una pasión y una aplicación totales, dos datos positivos para un investigador que estaba formándose, pero se irritaba igual porque denotaban una escasa propensión al respeto y la formación académica, que para él eran más importantes que el talento, suponiendo que tuviese alguno. De no haber tenido que nutrir un ego inmaduro y muy exigente, no me habría costado nada mostrar un comportamiento más humilde, como no les costaba nada a otros colaboradores del Maestro. No eran ni estúpidos ni serviles ni lameculos, pero entendían lo que yo no lograba entender.

Daba clases como ayudante voluntario de la asignatura de Historia del Arte; me parecía que el profesor titular, con el que me había licenciado, me apreciaba. Lo consideraba –y aún lo considero– mi maestro principal. Junto con otros ayudantes, menos voluntarios que yo porque eran becarios o ya investigadores, me asignaba algunas lecciones, algunos seminarios, muchas correcciones y, en cuanto miembro de la comisión, todos los exámenes. Durante los años del derecho a la educación, del acceso libre a cualquier facultad procedente de cualquier instituto y, por tanto, de la explosión del número de estudiantes, figuras como la mía resultaban muy útiles. Precarios absolutos y en competición entre nosotros, estábamos dispuestos a cualquier servicio y tarea con tal de que nos valorasen y nos consideraran indispensables en una universidad que estaba cediendo bajo la presión didáctica.

> Pasar una diapositiva detrás de otra. Hablar, hablar y hablar, hablar sin parar. Explicar incluso cuando no hay nada que explicar, nada que decir, incluso cuando lo suyo sería callar. Aspiramos a la formación crítica, pero no dejamos de proponer imágenes de obras con la interpretación incorporada… El arte debería dejarnos mudos, pero eso casi nunca sucede, ni siquiera a mí. Si encima enseñas a observarlo, no puedes callar. Los alumnos esperan que no lo hagas, quieren una lección, están aquí para obtener una calificación oficial y reconocida, con valor legal, algunos están presentes incluso por interés y pasión, es decir, para llegar también un día a hablar cuando bastaría el silencio, y a hacerlo sin decir impertinencias, necedades, idioteces, pomposidades, sandeces, a hacerlo sin citar a Benjamin, sino a Longhi-Warburg-Riegl-Venturi por nombrar sólo a algunos a los que, en pequeña medida, leo yo… Casi todas son chicas, algunas monas por su juventud, pocas las muy guapas, contadas las preciosas. No muchas, tal vez un par, las listas, siempre que no dejen morir sus cerebros, como harán aquí casi todos: lo prevé toda organización social, la homologación es el fundamento de la *civitas*… Y también de la *urbs*. Lo mismo diría de los chicos, de los pocos esbeltos, barbudos-con-gafas que, en lugar de Ingeniería han elegido Humanidades, tal vez por *vocación*, y son asiduos y cogen apuntes. Aquí delante tengo sentados a una treintena, quizá menos, de mis alumnos, casi todos con el estigma de cierto privilegio social, casi siempre pequeño, marginal, pero presente. Es del todo cierto que el privilegio se imprime en la carga genética, sobre todo femenina, igual que ocurre con la tensión por el salto de clase que se imprime en el rostro de los/las pimpollos/as pequeñoburgueses/as, en los que sus padres tienen depositadas sus esperanzas para dar sentido a sus vidas. No creo que haya muchos hijos de proletarios en mis

seminarios sobre los albores del Renacimiento florentino. Creo que son pocos los autómatas del siglo XX peninsular que mandan a sus hijos a la universidad para que aprendan algo del *José en Egipto* de Jacopo da Pontormo. Sin embargo, siempre hay algún descarriado, alguna figura necesitada que no tiene dinero, que está impedido, que lleva la impronta de otras culturas. No me esfuerzo por ser interesante porque es inútil. Digo cosas sobre el arte, las cosas de siempre, transmito el canon oficial en la secuencia justa: quién viene primero y quién viene después, quién es maestro de quién, quién está influido por quién, quién es un innovador absoluto, quién un seguidor y quién un epígono. Y quién es mejor que quién. Así podrán construirse en la cabeza su buena pirámide de valores: la enseñanza es la transmisión de unos valores que ya están ampliamente organizados, por no decir predigeridos. Dependerá de ellos salir de la jaula interpretativa que les proporcionamos. Pocos querrán hacerlo, muy pocos lo conseguirán. Los demás servirán a las generaciones futuras de receptores-transmisores. Enseñar me aburre. La investigación me gusta. Espero conseguirlo, espero que al final me reconozcan este trabajo gratuito. Si Dios existe, no puede ser de otra manera. Si.

Creía que se daba por descontado que antes o después se hablaría de subir el primer escaloncito de una posible carrera académica, que me propondrían (¿quién?) para una beca, para un puesto de investigador: mi momento llegaría, me decía; antes que yo había otros más veteranos, con más títulos, algunos cinco, seis o incluso diez años mayores que yo. Estaban todos allí, como aferrados a una balsa en mar abierto, daban el curso, mecanografiaban los fascículos que el Maestro (que también era Director de Instituto) escribía a mano y de cuya inteligencia, cultura y, sobre todo, capacidad de síntesis se embebían, participaban en sus reuniones y nunca lo contradecían, se ofrecían voluntarios para esto o lo otro, siempre en competición subrepticia o manifiesta.

Las reuniones de departamento se convocaban con poquísima antelación: no estábamos obligados a asistir, todo era fluido, quien estaba estaba, quien no, no. Se sobreentendía que el voluntario que faltaba a un par de ellas seguidas se estaba escaqueando. Para todos los subalternos estar allí era fundamental y hacíamos lo que fuera para no faltar: cancelábamos citas previas, incluso importantes, visitas a familiares en las últimas en el hospital, primeras entrevistas preparadas desde hacía mucho tiempo con mimo y esfuerzo, reuniones de trabajo. No estar era intolerable porque nunca nos habríamos enterado de lo que se había hablado, ninguno de los presentes nos habría puesto al corriente. Era de vital importancia mantener la posición, no dejar a los otros más espacio del que ya tenían, el Maestro debía verte allí, tomar nota de tu presencia, valorar tu compromiso y asiduidad, considerarte fiable. En cuanto que voluntario, no te garantizaba nada, aparte de su estima y su benevolencia. Tu destino académico dependía en exclusiva de él y de nadie más.

Y él, mientras tanto, disfrutaba de lo lindo. Como hombre inteligente inmerso desde hacía años en una ciénaga de poder académico, en cada reunión se revolcaba en ella sin el menor pudor, pero con una indiferencia que implicaba un Tipos como vosotros los hay

a patadas. Daba la razón o la quitaba a discreción y se divertía cuando la competición de los subalternos alcanzaba cotas de tensión implícita (sin jamás enfrentarse abiertamente en su presencia), abría y cerraba resquicios, oportunidades de una mayor cercanía, hasta de colaboración con él. Hablaba entre murmullos, no se le escapaba nada, sus ojos azules eran penetrantes como dagas. Lo teníamos en la mayor de las estimas; algunos, entre los cuales me contaba, lo adorábamos, pero sabíamos que, como todos los académicos de entonces, no se trataba más que de un hijo de puta en el ejercicio de sus funciones.

> No se ríe por la pulla, se ríe porque se le ha ocurrido a *él*, porque es *gracioso* oírlo cuando las suelta, como siempre ocurre cuando es al poder a quien se le ocurren. Las suyas son malignas o sutilmente vulgares, pero siempre las pronuncia con rapidez y clase, mientras se le iluminan esos ojos azules escrutadores a los que no se les escapa nada. Pero ni siquiera me ve, aunque le esté dando un seminario a una treintena de alumnos… Está argumentando y es como si hablara solo: todos cogen apuntes, lo siguen con atención, está prohibido malinterpretar porque, al final de esta fase, hay que intervenir. Es como si estuviese aquí solo, habla para aclararse las ideas, para ponerlas en orden, para él no hay verdaderos interlocutores, salvo aquellos dos, que son sus ojitos derechos, los que portan el estigma de su aprecio, a los que les hace preguntas, les pide opinión, anteponiendo de forma falsamente irónica un Tú que eres listo o Tú que lo sabes todo. Entonces, cuando el Listo interviene, no debe contradecir lo que ha dicho el Maestro, sino que debe estimularlo regateando con disimulo, introduciendo un nuevo punto de vista, hablando largo y tendido de modo claro y ligeramente lírico, mientras que el otro Listo calla; quizás hoy no quiera competir, además, no le hace falta, es ayudante titular a la espera de convertirse en asociado y migrar a otras realidades, a otros mundos, con la palabra del Maestro, al que hasta hace pocos años todos llamaban barón para su absoluto deleite, en el bolsillo.

Aquéllos eran sólo momentos de la manifestación dominante de la cultura académica. Y, sin embargo, en esta perenne condición de tensión, sumisión, rivalidad, competición y esperanza, el Maestro se las ingeniaba para enseñarme a pensar, y puedo decir que hoy por hoy sigue influyendo en mi juicio. Y, en definitiva, en mi hoy. Mi parecer sobre el presente, mi opinión sobre el Cuadrante o mis valoraciones sobre el Nudo están marcadas por la antigua mirada del Maestro, por aquella obsesión suya por desarrollar el concepto de calidad generalizada, de verdadero/falso, de coherencia lingüística, de buena ejecución, de tecnoestética contemporánea.

Alrededor del Maestro había varios círculos de proximidad. En el anillo exterior estaban los que eran como yo, mientras que el interior estaba formado por aquellos que ya habían *entrado* en el mundo académico, investigadores o futuros investigadores, cuyo siguiente paso era conseguir un puesto de asociado en alguna facultad remota de la Península, entre las montañas del extremo norte, o abajo, en el sur, en los estrechos remotos, o bien en las islas mayores, o peor: en alguna universidad de la costa este,

incomunicada por la inexistencia de unas vías de conexión transversales eficientes. Desde el primer día de traslado, la lucha de estos neodocentes arrojados a la periferia por volver a la ciudad no estuvo exenta de golpes. Durante años y años, en las cenas, cómo no, de los restaurantes de las capitales de provincia, no hablaban de otra cosa que de oposiciones y de sus carreras: ésta sería su vida hasta el momento del Retorno, si es que alguna vez se producía, que coincidiría con una Llamada, o qué se yo, con la Victoria de una Plaza de Profesor Titular.

Profesores con profesores, entre profesores, juzgados por profesores en competencia/alianza con profesores, de cena con profesores, de reunión con profesores e inquietos aspirantes a profesores, profesores que se acuestan con profesores: el objetivo era ser y, sobre todo, que te llamaran *profesor*. No sólo en la facultad, sino también en el bar de debajo de casa. Una vida por el título de profesor, aunque con el tiempo su figura se vaya devaluando y esté peor pagada y sobreviva en estructuras infrafinanciadas, confusas, degradadas, también devaluadas. Y se lamente, incansablemente y para siempre, de eso mismo. Como actividad científica bastaría con un librito para convertirse en asociado y tal vez con otro para llegar a titular, además de cierta cantidad de artículos, opúsculos, actas de congresos, introducciones, prefacios y posfacios. En resumen, como decía un colega veterano que se quedó contratado de asistente con tal de no irse de la Ciudad de Dios, siempre es mejor que trabajar.

Estudié durante años con la idea juvenil de escribir un ensayo teórico general, un trabajo al que me dedicaba con fervor. Nunca llegué a revelar mis intenciones de investigar a ninguno de mis colegas, un poco porque era consciente de que un tema como el arte y la ciudad –no el arte de un período histórico determinado en una ciudad específica, sino el arte *en general* en relación con la ciudad *en general*– sonaría vago y especulativo, y un poco porque me parecía que se me habían ocurrido ideas originales y valiosas sobre esa materia y temía que me las robasen. Espacio civil y espacio religioso, espacio urbano, política cultural y política a secas, artistas y encargos, tiendas, escuelas, movimientos, contingencias históricas, etcétera, ¿qué principios generales sería posible deducir del análisis de las relaciones entre éstos y otros factores en la historia de la ciudad y del arte occidental? Siglos en los que el arte era casi en exclusiva un medio de masas con una clientela definida desembocaron en el medio de masas entendido como arte y mucho más: el todos libres, el fin del encargo y del arte en cuanto puesta en escena del poder y para el poder habían reducido de manera drástica la cantidad y la calidad del arte presente en nuestras ciudades y en nuestras vidas. ¿Era posible que el fin del poder absoluto hubiese arrastrado consigo el arte hasta obligarlo a una transformación radical? ¿Era cierto que la democracia, con sus procesos participativos, complejos y a menudo corruptos de toma de decisiones, con la poca cultura de sus líderes, había aniquilado casi por completo la calidad de la ciudad de nueva construcción y de sus escasísimos monumentos, ayudada en este sentido por un arte que, incapaz de

expresar lo colectivo, sólo manifestaba el ego del artista? ¿Dónde estaba el punto de inflexión entre el viejo y el nuevo orden? ¿Era político, era ideológico o se refería más bien a la técnica y al arte? ¿O se trataba, por el contrario, de un proceso en el que intervenían todos estos factores y otros tantos? Y, si algo había quedado, y vaya si había quedado, de la vieja relación entre *civitas*, *urbs* y poder, ¿dónde y cuándo y con qué resultados se había consumado esta relación arte-ciudad? Mi disertación intentaría responder a éstas y a otra decena de preguntas, pero a veces pensaba que bastaría con elaborar una lista detallada y argumentada de problemas. Hablar del tema con el Maestro estaba descartado. Y ni siquiera me parecía oportuno hacerlo con un amigo; cuando llegara el momento, alguien, todavía no sabía quién, leería el manuscrito y lo discutiríamos… Pero todo se quedó en mis papeles, en una montaña de fichas, apuntes y cuadernos: tras la entrevista final con mi maestro y verdugo intelectual, aquella investigación fue abortada para siempre.

Al cabo de unos años de esperanzado trabajo académico gratis –me sustentaba con trabajos de asesoramiento y haciendo de guía para la Unión Historia y Arte: me pagaban y tenía un público culto, capaz de apreciar los pasajes de las novelas ambientadas en la Ciudad de Dios, como las de Henry James, D'Annunzio o Moravia, que les leía en el autobús–, decidí que era el momento de armarme de valor y hablarle al Maestro de mis perspectivas de futuro. Él se mostró frío y sincero, me dijo sin medias tintas que para mí no habría nada, simple y llanamente. Y no sólo eso, sino que una ley que iban a aprobar en breve prohibiría cualquier tipo de trabajo académico voluntario. «No es que no aprecie tu trabajo, ni mucho menos: es que no puedo garantizarte nada.» Por tanto, no le era posible continuar con «nuestra colaboración», se veía «obligado a prescindir de mi aportación». Me estaba agradecido, pero, en resumidas cuentas, se la traía al pairo. Toda mi ambición, tanto si era legítima como si no lo era, se vio en ese momento y a partir de entonces burlada y pisoteada por una realidad que me había derrotado tanto en la teoría como en la práctica. Sin embargo, después de unos momentos de depresión tremendos y un buen número de horas inútiles en el psicoanalista (a crédito, por eso tal vez no se involucraba demasiado), con la ayuda de tres ansiolíticos al día, volví a cultivar no sólo la disciplina, sino la cantidad de autoestima suficiente para vivir: bastaba con que me considerase un merecedor no reconocido, una víctima del sistema, de las mafias académicas de las cuales, sin embargo, había intentado formar parte. Esta última contradicción evidente no turbaba al psicoanalista, cuyo único objetivo era reconstruirme en un rencor fáctico: la verdad no era importante, sino sólo estar bien/mal.

Ahora estoy bien/mal en la Avenida y pertenezco a la categoría de los Inútiles. Mejor

dicho, de los Dañinos. El Sistema me concede una pausa premuerte, no se sabe por cuánto tiempo, con una pensión calculada en los tiempos de la socialdemocracia, cuando aún no se había entendido que la esperanza de vida media se alargaría ni lo mucho que el capitalismo mundial, privado de los frenos opositores del pensamiento y de la praxis socialista, se deleitaría en una cadena de crisis, desplomes, recesiones, estancamientos económicos, deslocalizaciones y reestructuraciones, en detrimento por lo general de quien ya tenía muy poco o ningún dinero. Por suerte no me da por el juego, vivo en la inactividad, me dedico a la observación y a la historia de estos lugares que, a cada día que pasa, me van pareciendo menos insignificantes.

Observo con atención los contenedores de la basura, su forma técnica, las barreras peatonales, ya sean amarillas o grises, las plantas que todos los años renacen en los maceteros de los antepechos que hay sobre la rampa del aparcamiento de pago rumano, con ese verde violento y la superficie curva llena de hojas longitudinales en forma de costilla, a las que no se les puede objetar nada y que perforan la sombra del Bloque de encima. Observo las redes metálicas, las lamas verticales, horizontales, oblicuas, las chapas plegadas que cercan porciones del Cuadrante y los grafitis que las recubren, un zapato abandonado (es un izquierdo: ¿dónde está el derecho?) o, mejor dicho, los numerosos zapatos abandonados como si nada en las aceras o en las inmediaciones de los contenedores, a veces gastados, pero otras nuevos: zapatos mudos incapaces de decirnos por qué están allí, empapándose de lluvia antes de la solución final, un basurero, una incineradora, una planta de tratamiento y valorización energética de residuos o, más probablemente, para terminar agrietándose bajo el sol en una playa del litoral de la Ciudad de Dios.

No puedo por menos que observar las paredes pintadas y repintadas, desconchadas, cubiertas de carteles por lo general de tono fascista, por lo general rasgados, los espacios en blanco llenos de garabatos herméticos y negros, las siglas misteriosas de todo tipo de estilos y dimensiones de los que el Cuadrante está literalmente cubierto, los mensajes en código de una especie alienígena, los montones de material de construcción abandonado y las lascas de *peperino* que nunca han llegado a utilizarse ni se han desechado y, por tanto, permanecen apoyadas en un murete durante años para proteger una planta de malva que se abre camino lozana por una grieta en el asfalto.

Y luego están las jardineras ornamentales de cemento granuloso colocadas a la entrada de los edificios destinados a vivienda: a menudo plantas recias, a veces espinosas, gravilla blanca de río para proteger el sustrato de escamas de madera esparcidas por la tierra. Me parece que no comprendo, o al menos no comparto, lo que quiere decirme este esfuerzo de ornamentación y decoración menor, que veo un poco por todas partes, en los espacios pertinentes de los bloques de viviendas, los bares y los locales comerciales. Existe una cultura específica de la jardinera comunitaria que es el cultivo de tristezas existenciales en forma de ficus, agaves y, sobre todo, aspidistras. Se

cuida la plantita en la jardinera, mientras que allí, a dos pasos, se tira la bolsa de la basura fuera del contenedor por pereza.

–Perdona un segundito.

Observo el modo aparentemente casual –la casualidad no existe: no es más que una leyenda urbana– según el cual las gotas de agua se distribuyen por el capó de un coche aparcado. Dentro de dos horas se habrán evaporado y habrán dejado restos consistentes de la sustancia que transportan: arena del gran desierto norteafricano que, desde hace miles de años, tiene como objetivo sepultar la Ciudad de Dios.

Resulta interesante la sombra que la parte trasera redondeada de una vespa proyecta en el asfalto: me pregunto las razones de esta complejidad curvilínea, nuestro rechazo estético a geometrías más simples aplicadas a los medios de locomoción. Observo un pedazo de cartón atascado que no quiere entrar en la boca del contenedor del papel, miro con aprobación la sombra que los arbolillos primaverales de la Avenida proyectan sobre el muro del autolavado de la Estación de Servicio, que está más abajo, después del Tercer Puente. Observo un cable de antena de televisión que pende a lo largo de la pared de un edificio. Lo sigo hasta arriba y me encuentro con la incuria de la eterna maraña de antenas: herrumbrosas, caídas unas sobre otras, abandonadas en terrazas comunitarias por inquilinos que llevan años muertos, mientras que los que los reemplazan instalan otras nuevas sin quitar las viejas, porque nadie sabe de quién son y a ninguno le importa un bledo saberlo.

En el Cuadrante y, en concreto, en la Avenida, hay trazas de juventud por todas partes. Las veo inherentes a las manipulaciones, a la repetición obsesiva de los grafitis, a la multitud de motos quemadas, a los ojos magrebíes de los lavacoches, a las Peroni de 66 cl depositadas en los umbrales de mármol travertino de las tiendas, a los pies de las persianas metálicas ya minuciosamente pintarrajeadas, porque no son aceptadas en su modesta forma técnica y, por tanto, se las considera un puro soporte para lo que parecen macroejercicios de caligrafía, donde unas pseudoletras se yuxtaponen y se superponen a unos símbolos confusos y misteriosos, cuyo antagonismo feroz, en cambio, percibo: no tenemos la menor idea de cómo eliminarlos y mucho menos de lo que pondríamos en vuestro lugar, pero podemos pintarrajear *todas* las cosas que dejáis sin supervisión, los objetos normales y corrientes que decoran *vuestro* paisaje para adaptarlos al nuestro, a nuestro paisaje, es decir, al posatómico que soñamos, al mundo visualmente desvelado en su infamia rechazante, devuelto a la imagen del caos contra el que, aquí como en todas partes, lucháis inútilmente. Además, estamos saliendo de vuestro universo, ahora nos encontramos a una distancia insalvable, toda comunicación (con vosotros, los del siglo XX) será puramente superficial, de necesidad práctica eventual, casual, nunca intencional, nunca buscada de verdad; nuestros mundos se están alejando y no sabemos

cuándo volverán a cruzarse nuestras respectivas órbitas.

Observo las carrocerías abolladas de los automóviles aparcados por todas partes. Detrás de cada pequeña deformación o arañazo de estas tecnosuperficies –ahora tan metalizadas, traslúcidas e intachables que cuando las miras un rato te pierdes en ellas–, decía que detrás de cada daño hay un hecho causal, es decir, algo o alguien que ha actuado como factor de deformación de un todo que, en un principio, era brillante, esplendoroso, acabado y autosuficiente. Subdivido los daños leves que un coche puede sufrir en dos categorías principales. Están el rayón, el refregón, el golpe circunscrito y no demasiado violento y las pequeñas deformaciones de un coche que ha vivido lo suyo y que, por lo general, se consideran ultrajes a la integridad formal del vehículo, integridad que, a pesar de todo, continúa conservando. Luego están las abolladuras locales, también circunscritas, pero que, por alguna razón, me resultan episodios conformadores aparte, generados por el caos de la realidad en la que se mueve el vehículo y por eso estéticamente autónomos con respecto al contexto, sucesos plásticos completamente casuales que a mi modo de ver producen formas deformadas, escultóricas, a veces muy bellas. Esta segunda categoría de daños me interesa más. Si voy caminando y veo una en el lateral, la parte delantera o trasera de un coche, sobre todo si éste tiene ese metalizado madreperla/ceroso que me encanta, me paro, saco la Canon de la mochila y me pongo a hacer fotos como si fuera un perito del seguro.

«Perdone, pero ¿por qué le está haciendo fotos a mi coche?», me dice un hombre-anciano-con-microperro en la acera de un corto desvío de la Avenida. Gesticulo durante unos segundos y a continuación, con cara de auténtico gilipollas, respondo que soy un artista visual, que me interesan los daños de los coches como *acontecimientos plásticos* (sí, lo digo así) y que les hago muchas fotos. Mientras lo digo le muestro la pantalla de la Canon con el botín del día. ¿Ve? Al principio se queda estupefacto, luego parece halagado de que alguien pueda encontrar interesante su tartana senil, un modelo antiguo de Micra como los muchos que se ven circulando por aquí, pero de un color rojo intenso aún vivo y una abolladura mística, visible sólo desde cierto ángulo.

La economía de la Avenida chupa recursos del Estado de manera indirecta a través de la figura del pensionista. El pensionista consume, es un cliente de las tiendas del barrio, pero ése es un aspecto marginal. Al pensionista autóctono hay que considerarlo más bien un recurso natural, un legado del siglo XX abocado a la desaparición, una consecuencia de conquistas científicas que nos hacen confiar –sin tener en cuenta el accidente doméstico, el cuchillo, la bomba o la metralleta yihadista y los pasos de peatones descoloridos por completo– en una vida de ochenta y tres años o más de duración media. Después de los cientos de miles de años en los que el *homo* podía aspirar a vivir veinticinco, y eso si todo iba bien, en sólo cien años hemos llegado a poder contar en teoría con ochenta años de vida: casi todos inútiles, pero a nuestra disposición. Sé que

todo cambiará, lo espero como lo esperan todos, pero por ahora las cosas están así: una porción considerable de la riqueza nacional termina en la bolsa aparentemente muerta de los pensionistas, una población de individuos, entre los cuales me incluyo, que, por lo general, no poseen más mérito que el de haber tirado del carro en una ínfima parte, es decir, haber contribuido a mantener en pie ese Sistema que hoy nos recompensa con la pensión. Se ha producido también un cumplimiento de la función reproductiva, con hijos, nietos, etcétera. Yo no he tenido hijos: primero tenía que trabajar, luego Clara tenía que trabajar, luego yo estaba deprimido, luego no tenía dinero, luego me divorcié, luego estuve otra vez deprimido, luego tuve que seguir trabajando, luego no tenía novia, luego vino la cárcel, luego Carla tenía que trabajar, luego volví a quedarme sin mujer, luego aquí estoy y ahora, aunque se me concedieran los contactos carnales adecuados, es demasiado tarde. En la Avenida, el contacto carnal es nostalgia colectiva que no sólo se pone de manifiesto en el deterioro ralentizado de los cuerpos, sino en la anomalía de la belleza y la juventud en estas aceras cuesta arriba y en las miradas a las que están sometidas estas excepciones a la regla de la vejez.

–Tengo rollitos de berza.
–¿Tengo cara de que me gusten los rollitos de berza?

En resumen, el conjunto de ancianos del Cuadrante acapara un buen pellizco de riqueza. Es dinero del Estado, inútil para ellos a fin de cuentas, pero que merece la pena dragar, como se hace con las arenas auríferas, montando auténticas empresas de extracción de la pensión de los bolsillos de la población inactiva, antes de que llegue el cambio generacional con los hijos y los nietos autorreproductores que, en consecuencia, las están pasando canutas económicamente y son poco propensos a gastar.

La extracción se realiza según dos métodos, el directo y el indirecto. El método directo consiste básicamente en el juego de azar: salones de juego, bingo y videopóker. En los bares y en los viejos quioscos de periódicos aunque también, sobre todo, el Rasca y Gana. Las apuestas de caballos en el cuchitril de más arriba, con sus ludópatas de mirada opaca, que se reúnen en grupitos en la puerta y hablan en voz baja, perdidos.

–Me cago en todo lo que se menea, ¿queréis cerrar esa puerta?

La empresa extractora de la pensión se limita a atraer al anciano varón, agilipollado o, con más probabilidad, tonto, como ha sido siempre el caso, un imbécil que todas las mañanas, después de hablar de fútbol con alguno de su misma condición, no sabe dónde meterse dado que, aparte del periódico deportivo, no sabe qué es la letra impresa, de internet conoce poco y en la tele por la mañana sólo echan cosas para mujeres (también para la tele hace falta cierto interés, si no, te aburres igual). ¿Qué le queda al pensionista

que no sabe qué hacer ni qué decir, al que no se le pasa por la cabeza nada más allá de sacar al microperro a pasear? ¿Qué puede atraerlo, emocionarlo, si no es pegarse a una de las tragaperras/videopóker de los que la Avenida está plagada? ¿Si no es comprar su fajo diario de Rasca y Gana?

La mayor parte de las cosas que el pensionista que se arrastra por estas aceras y casca en los bares hizo en la vida las hizo por obligación laboral, presión social o exaltación hormonal. Todo –casi todo, seamos magnánimos– lo que hemos dicho y pensado lo hemos dicho y pensado en las vías tipológicas de las culturas y, sobre todo, de las subculturas del siglo XX a las que hemos pertenecido. Una vez muertas, nos sentimos mudos, desarmados, secretamente humillados por un presente misterioso, incomprensible, contra el cual a veces gruñimos confundidos, principalmente cuando nos encontramos en manada, de modo que sólo nos quedan el fútbol y los culos que pasan al alcance cognitivo.

La extracción indirecta que, como el juego de azar, no sólo afecta a los pensionistas, se hace igualmente de dos maneras básicas: con los compro oro y con los establecimientos de crédito, donde te prestan dinero y tú, en perfecta forma y con todos los pelos en la cabeza, ríes feliz ante el vinilo del escaparate con tus dientes postizos nuevos implantados en Bulgaria, al lado de una mujer también anciana, aunque menos que tú, delgada, feliz y vestida de manera informal. Y todo gracias a la Cesión del Quinto, que te permite hacer el viaje de tus sueños antes de que las cabezas de tus fémures estén desgastadas por completo, antes de que las rodillas y la zona lumbar de la columna cedan, en definitiva, antes de que ya no puedas, antes de la Diagnosis, pero mayormente antes de que no te importe ya un pimiento ir a ver las islas del Pacífico en un crucero de dieciséis días en el carguero *Ara-Nui*, si es que todavía existe. Los relatos de Stevenson quedan lejos, ya ni te acuerdas de la última vez que abriste *Taipi*, la playa de Falesà no existe. La de Campo di Mare, sí.

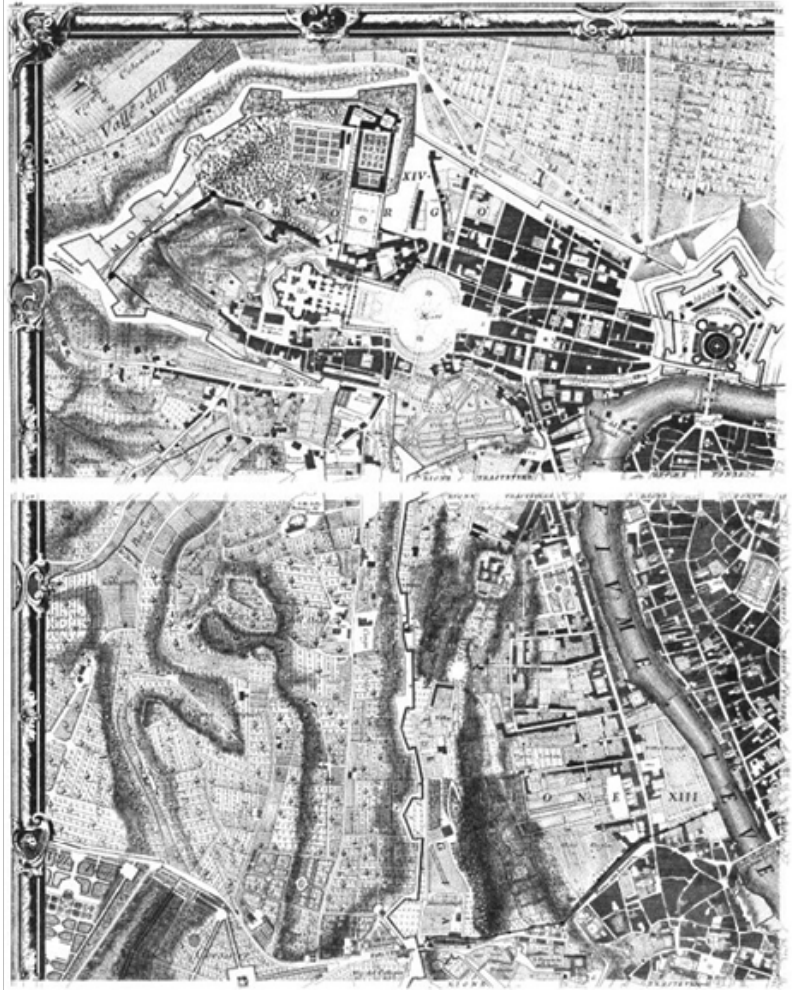
La primera recreación casi científicamente exacta de esta ciudad se remonta a la época durante la cual aún se construía sólo y exclusivamente *a mano*. A mano se hacían los ladrillos fabricados en el Cuadrante y se trabajaba la piedra caliza, áspera y blanca, extraída de las lejanas canteras del este y que constituía las partes duras y cristalinas de las obras, como los frisos, los ornamentos, las cornisas, los capiteles y las estatuas y rocas artificiales que imitaban espectaculares intrusiones paganas de naturaleza y de agua en el mismo lugar donde el tejido de la Ciudad de Dios se tornaba compacto y estratificado. La primera imagen (casi) exacta la proporciona un plano diseñado entre 1736 y 1748 por el ingeniero Giambattista Nolli, natural de Como, perteneciente a esa estirpe de tesineses que puede decirse que construyó la ciudad en diferentes épocas y con diferentes métodos.

Dedicó trece años de su vida al plano, nivelando, midiendo, estimando, calculando, extrapolando, conjeturando, dibujando, corrigiendo, revisando, comprobando y, por último, grabando finamente doce planchas de cobre que, una vez unidas, formaron un mapa de 176 x 208 centímetros en el que todos los símbolos son convencionales a la par que realistas. Codo con codo, trabajaron con él Giovanni Battista Piranesi y Giuseppe Vasi. Plasmaron con metodología científica la forma física de una ciudad que, por entonces, ya sentía la necesidad de adquirir una conciencia concreta de sí misma, pero que en ocasiones se presentaba muy estratificada y se confundía con la antigüedad subyacente, es decir, con las construcciones que la leyenda del plano define como *Antigüedades que existen*. Visto de lejos, éste recrea un cinturón de murallas que ya resultaba demasiado amplio después de la reducción que experimentó la ciudad tras la caída del Imperio. El mapa de Nolli destacaba el residuo y el desecho poético de la inmensa, mítica y confusa metrópolis imperial, por entonces ya prácticamente destruida o enterrada, pero capaz todavía de emerger desde las profundidades con restos en forma de edificios gigantescos y de dejar su huella en grandes extensiones de tejido urbano.

Sin embargo, si se observa de cerca, se contempla una ciudad viva y compleja donde la voluntad de dar forma al revoltijo de construcciones medievales había generado episodios únicos de diseño urbano y monumentos ejemplares. La ciudad encarnaba la

autocelebración de los poderes absolutos, salvajes pero cultos: palacios, jardines, exhibiciones de agua, plazas-con-obelisco, con-fuentes o con-obelisco-y-fuente, basílicas enormes e iglesias y más iglesias, hasta el triunfo del majestuoso Templo Principal con Cúpula gigantesca. Durante siglos, los peregrinos, obligados a ir de basílica en basílica para asegurarse un lugar en el paraíso, se quedaban atónitos en un principio ante el Templo en construcción y, después, al contemplar la obra terminada con ese objeto semiesférico de dimensiones inconcebibles que lo coronaba, la plaza con forma y magnitud sorprendentes, la riqueza del conjunto y la fuerza del poder no humano que representaba.

Casi todas las edificaciones incluidas en el plano de la edición de Nolli de 1784, desde ruinas, pasando por iglesias y antiguas basílicas hasta anfiteatros, estaban construidas con ladrillos manufacturados en el Cuadrante, presente en los diferentes mapas, que habían ido introduciendo los nombres de los principales hornos ladrilleros activos justo fuera del cinturón de murallas que está al otro lado del río, a la altura de la llamada puerta de los Cavalleggeri. Me gusta observar los folios VII y X: entre viñedos y huertos a nombre de congregaciones y conventos, aristócratas y ciudadanos de a pie, se ven grupos de hornos, con sus secaderos y plantas anexas, como el Horno Riccardi, el Horno de la Consolazione, el Horno Pizzi o el Horno Incoronati. Se lee incluso el nombre de la iglesia destinada al culto del gremio: Santa Maria delle Fornaci de' Trinitari.



El hornero, miembro del gremio por obligación y, en cuanto que ciudadano de la Ciudad de Dios, creyente por obligación, solía pertenecer a una familia vinculada al oficio desde hacía generaciones. Esta tradición se prolongó hasta que la producción artesanal pasó a ser industrial. Posteriormente, cuando el artesano se convirtió en un autómata y el número de autómatas encargados de la fabricación de ladrillos aumentó, es decir, al perpetuarse el eterno ciclo siervo-amo con otros medios y circunstancias, y hallarse los autómatas en condiciones de trabajo terribles y de pura subsistencia cuando ya se había ideado una gran teoría filosófica y política que les prometía un futuro mejor mediante la Revolución, la Cavidad, que representaba la expansión hacia el norte del Cuadrante, se transformó en una isla de Trabajo-Pobreza-Anarquía-Ateísmo-Socialismo-Solidaridad-Utopía-Huelga-Insurrección, una comunidad que soñaba con un mundo de ciudadanos iguales, en el que ya no habría ni patronos, ni penalidades, ni fábricas ni nada, sólo justicia.

Antes de la llegada del horno Hoffmann, los ladrillos se hacían a mano, uno a uno. La

arcilla se raspaba de las montañitas del Cuadrante y luego se conducía valle abajo en un ir y venir constante de carretillas para incorporarla al agua, y la masa se colocaba en moldes rectangulares donde se prensaba y mezclaba. Una vez extraído del molde, el ladrillo crudo se trasportaba cargado a la espalda en grandes cantidades y se almacenaba con cuidado para su secado en plataformas cubiertas por tejadillos y, después de otras fases, se cocía en los hornos a una temperatura que debía aumentar progresivamente para evitar que se originaran fracturas. No había termómetros, el fogonero se guiaba por las tonalidades del color de la incandescencia visible a través de las troneras. Con estos ladrillos los maestros construían las ciudades. Para levantar una buena muralla era necesaria la fuerza de los peones, el oficio del albañil y la ciencia del capataz, que tenían que elegir y mezclar el mortero y construir la estructura tridimensional de módulos de ladrillo en función de las cargas verticales y de la presión lateral que tuviesen que soportar. La fuente de energía que cristalizaba en las obras, directa o indirectamente, era el sol. Sin embargo, en la formación de las puzolanas adecuadas para la mezcla de mortero intervenía la energía endógena del planeta, cuyo origen se encuentra en el calor interno de la materia que cae sobre sí misma y en otros factores sobre los que no tengo la más remota idea. La resistencia y la dureza que fusionan cualquiera de los edificios con los que la teocracia de la Ciudad del Antiguo Imperio quiso embellecerse, incluso la casucha más humilde de la Cavidad, proceden en última instancia de misteriosas fuerzas cósmicas que trascienden al ser humano, ciegas, diabólicas y a las que poco les importan sus vicisitudes.

–Este gilipollas me tiende los trapos delante de la parabólica.
–…
–No veo una mierda.

La historia humana está marcada por la tecnología. De este modo, la invención del horno Hoffmann acabó con los gremios que, desde entonces, dejaron de tener sentido. Hacía falta un sindicato, un partido, la política; hacía falta que los representantes de los autómatas de las fábricas de ladrillos, es más, de los autómatas del mundo entero, ocupasen un escaño en las cámaras correspondientes. Fue entonces, es decir, entre finales del siglo XIX y principios del XX, en un momento en que entre las colinas de arcilla ya había unos cincuenta hornos con cerca de tres mil empleados, cuando el Cuadrante empezó a existir de verdad como industria para experimentar durante las décadas posteriores una nueva transformación al redeslocalizarse y quedar reducido a la Cavidad, que fue la última en desaparecer.

Hace unos sesenta años que todo se acabó, que se borró, y gran parte de la zona industrial ha sido urbanizada; sin embargo, aquí y en la Cavidad, al otro lado de la Avenida, aún quedan fragmentos del pasado productivo y voces de acontecimientos

olvidados y destinos perdidos, pese a que esta zona remota y descuidada del Cuadrante se muestre aparentemente indecisa ante la posibilidad de crearse una forma y un destino, y de desvincularse por completo de su historia. Me he dado cuenta de que el desasosiego que siento al vivir aquí nace de esta permanencia, que impregna la diacronicidad incongruente de los objetos tecnourbanos que me rodean y que casi los hace levitar en el espacio y en el tiempo sin raíces ni razones para existir, pero también sin la fuerza necesaria para morir.

–Hemos estado a pique de tenerla gorda. Se ha puesto hecho un basilisco. ¿Sabes cuando te pones blanco como la leche? Vete, que te mato.

En nuestra condición de viejos, por la mañana nos dedicamos a remolonear en nuestros puestos de observación hasta que la Avenida digiere la oleada cotidiana de movilización automovilística en una ciudad donde sólo se respetan los medios de transporte privados, pues el autobús y el metro están destinados a la Gente del Abismo, mientras que los seres humanos dignos de semejante nombre chatean por el móvil detenidos ante el semáforo en rojo y se distraen, frenan, colisionan y se insultan, pero, eso sí, sin apartar los ojos, los oídos y la atención de las redes sociales, con la radio sintonizada en la emisora futbolística preferida: los días más plenos y satisfactorios son los primeros de la semana, cuando se desata un profundo debate sobre el último partido, que se manifiesta en la euforia posterior a la victoria, ante todo si *estamos* en la parte alta de la clasificación, o en una depresión masiva tras una derrota, acompañada de recriminaciones, acusaciones y defensas de todo tipo, como quiero romper una lanza… el despiste del árbitro, etcétera; todo en perfecta jerga tecnicoperiodística, con miles de matices e insinuaciones que los *verdaderos* hinchas saben-comparten-dan por sentado, pero de las que los demás no tienen ni puta idea ni deben tenerla. En cuanto a las jóvenes féminas, en sus vehículos, adornados con muñequitos diseminados por el salpicadero, suena una música relajante procedente de emisoras especializadas en canciones incluso de los años ochenta del siglo pasado, además de melodías amables, conocidas y casuales que pasan de una generación a otra de jóvenes metropolitanas.

Decía que, hasta que el flujo de tráfico de los que se dirigen al centro no disminuye, hasta que las barras de los bares no se vacían de los que desayunan antes de ir a trabajar, hasta que no llega esa hora mágica, entre las nueve y media y las diez, en la que la Avenida enmudece de pronto, los bares se vacían y todos los demás lugares se preparan para acogernos, nosotros no salimos. Lentos, distraídos, obstinados, apegados a la vida de manera literal, aunque mostrando un profundo desinterés por todo excepto por los accidentes en el semáforo de la Avenida (el que está en todo lo alto es terrible: como te lo saltes en rojo, tienes casi todas las papeletas de palmarla), por el vecino que ha estirado la pata por la noche, por un pariente, por los niños, por los nietos, por la salud,

sobre todo la de uno mismo y la de nuestros familiares, bajamos en ascensor, cruzamos nuestros portales decorados con plantas de mentira y lo primero que hacemos es entrar en el puerto seguro del Porcacci, donde lo único que se dice es Hola, ponme un café, aunque haya estallado una guerra nuclear en algún rincón del mundo.

El Porcacci representa una isla en la que es posible encontrar refugio en la secuencia inhabitable de los locales de hierro forjado o de muebles rústicos envejecidos, de los concesionarios Fiat/Renault, de los *institutos* de crédito que prometen hasta diez mil euros al momento, de los talleres de motos, de las gasolineras, de los autolavados de coches y lavanderías autoservicio, de los salones de juego y las casas de apuestas que ocupan los locales del Bloque, que da a la Avenida con la interposición de una acera-con-cacas. El Porcacci –de escasa calidad, como la mayoría de los bares de la Ciudad de Dios, en los que nunca se llegó a desarrollar una auténtica cultura de ir al café como punto de encuentro colectivo– adquiere un atractivo terrible gracias a la no-calidad urbana que lo rodea. Al ser el único punto de arribo para los jubilados desamparados de los vecindarios cercanos que no saben cómo pasar el día, con el tiempo se ha convertido en un enclave vital, en una cápsula cultural dedicada a la lectura del *Corriere dello Sport* y a la escucha pasiva de los canales musicales en los que el televisor está siempre sintonizado. Añádase a todo esto las dos máquinas tragaperras escondidas en el sótano y un café cargado, y se obtendrá una buena noción del Porcacci como indicador de las amarguras de la vida en los años veinte del siglo XXI.

–Pero ¿qué es eso de que el futuro es sólo el principio? ¿El principio de qué?

Cuando por la mañana –en bata, aterido de frío, aburrido y presa ya de la ansiedad de un día lleno de no-problemas que difícilmente seré capaz de resolver y aún menos de gestionar, es decir, de posponer hasta que se agudicen–, después de haber recorrido un trozo de acera con el que nunca podré estar de acuerdo, entro en el bar y pido un café larguito, aunque ya sé de antemano que estará cargado y será repulsivo, y, por eso mismo, eficaz como estimulante para tomar conciencia de la existencia de un mundo fuera de mí, y, mientras espero, me detengo a observar a la persona que, detrás de la barra, prepara el lote de sándwiches, *medaglioni* y *pizzas* al corte para la jornada, con guantes de plástico de proctólogo, de usar y tirar, y una tabla de plástico blanco rayada por millones de cuchilladas, un bote de cinco kilos de mayonesa, una lata equivalente de atún de mala calidad, jamón serrano/cocido envasado y paralelepípedos de treinta centímetros de largo de *mozzarella,* queso genérico y otras porciones de queso sin abrir y bolsas de pan de molde cortado en rebanadas sobre la mesa de trabajo. Embadurna con cuidado la espátula con la que unta el engrudo, quiero decir, la mayonesa, sobre las dos rebanadas cuadradas que, una vez cortadas en diagonal previa amputación de los bordes, formarán el triángulo rectángulo del sándwich, y me entran unas ligeras arcadas, un

impulso de fuga, un sueño de evasión, unas ganas de coger el coche hasta la playa, sólo hay que seguir la Avenida, para zambullirme y deslizarme rápido por el agua del Tirreno metamorfoseado en un pez-atún sintiente y nadar hacia mares lejanos y australes, donde por fin dedicarme a la verdadera lucha por la vida, según la teoría de sir Charles Darwin, hasta que alguien me pesque y me brinde un futuro como relleno de sándwich para vender en cualquier bar cutre del globo.

No sé. Cuando el sándwich de jamón cocido, queso y mayonesa está caliente, adquiere a veces un sabor perverso y terrible, tendente al ácido, de *diner* de gasolinera de una carretera americana que discurre por una pradera inmensa. Pero ésta no es más que una de mis *rêveries* privadas, que, cuando se las cuento a alguien, no tiene ningún sentido, porque no existe un sabor semejante o, mejor dicho, existe y se llama *de mostaza*, aunque ese tipo de sándwich no lleva mostaza, así que tal vez sea una reacción química fruto del calor. *El de jamón, queso y mayonesa* no me hace mucha gracia, por eso lo pido poco, es decir, hago que me lo saquen de las pálidas vitrinas de bar donde se conservan, pues según el nuevo reglamento ya no pueden estar bajo servilletas húmedas, sino en un embalaje de *film* transparente, junto a un número significativo de compañeros sándwiches de otro tipo. Aunque cada vez menos, el caso es que me sigue atrayendo este tipo de comida que tanto significó para mí en los años del Exilio, cuando todo aquello que me rodeaba se rompió por primera vez para siempre.

–Ponme un sándwich. ¿De qué hay?
–Tomate, huevo duro y mayonesa, queso, salami (con mayonesa), atún y tomate, atún y alcachofas, rúcula y bresaola*, gambas con algo… ¿qué llevan los de gambas?*
Desde el otro lado de la barra: –Salsa rosa.
–Salsa rosa… Y rúcula y salmón, y ya está.

Etcétera. Las combinaciones son numerosas, pero el número, limitado: resulta difícil encontrar un nuevo tipo. El sándwich está en decadencia, ha perdido importancia, está en extinción, como los espaguetis a la boloñesa, que casi han desaparecido de la Ciudad de Dios. Pero no sólo eso: la calidad está empeorando, ha empeorado en todas partes. Ves cómo yacen en las sándwich-vitrinas, con el cristal rayado por años de roces humanos pegajosos y ungulados: permanece allí hasta la noche, cuando ya nadie los quiere. Sin embargo, yo, en los años del Exilio, por la noche, o incluso de madrugada, entraba en los bares y me comía uno o dos. En aquella época todavía no se cubrían con plástico y los ángulos agudos del triángulo rectángulo ya estaban arqueados hacia arriba y dejaban la mayonesa al descubierto, que se oxidaba en contacto con el aire, abandonada a su suerte. Lo hacía cuando no tenía un techo propio y dormía en casa de amigos –les iba jodiendo por turnos, una semana aquí, otra allí, durmiendo en los sofás de sus salones, en los cuartos de la limpieza–; solía cenar en bares y, antes de descubrir

que el único alimento que no dañaba las paredes de mi estómago era un batido de plátano, comía sándwiches y *medaglioni*, que me parecían mucho más ricos que los de ahora.

En la barra, un hombre mayor, bajo y gordo toma un café. Me percato de que tiene las uñas de los pulgares amarillentas y gruesas, muy largas, afiladas y cortadas al bies, como la hoja de un cuchillo. Con ellas, pienso, puede abrirte la yugular sin dificultad, con un simple movimiento. Lo observo en el espejo con disimulo: tiene cara de asesino, me convenzo de que se trata de un tío peligroso. Después del café pide Un zumo de frutas para llevar.

Tengo que hablar del pre-Porcacci, o sea, de cuando aquí todo era diferente y peligroso, de cuando de noche, por ejemplo, se cargaban con alevosía las lunas de todos los coches aparcados o quemaban treinta motos de una vez en una gran hoguera orgiástica que iluminaba la Avenida hasta el amanecer y apestaba a dioxina durante semanas. De cuando, a finales de los noventa, tuve que cambiar de vida por enésima vez, dejar la enésima casa que no era mía, separarme de otra existencia y venir a vivir aquí por segunda vez, a la célula heredada de mi padre, a este barrio que tal vez no me guste pero que ya me ha asimilado y casi convencido de su derecho a formar parte de la realidad. De cuando este bar ya preexistía y era el único punto de encuentro y vida en el trecho de Avenida situado después del Semáforo de tres Calles y antes de la curva.

Después de la curva, en dirección al Centro, no hay nada humano durante un buen trecho, sólo el Paso Subterráneo de la primera circunvalación, el centro de transformación eléctrica, el Nuevo Puente del metro (aquí enlaza con el Nudo Vial) que cruza el Monte de Arcilla para proseguir hacia el norte, un almacén con reventa de materiales de construcción-baldosas-sanitarios-herramientas-equipos de prevención de riesgos laborales y todo lo que pueda haber en este tipo de lugares, el sagrado y altísimo Viejo Puente de ladrillos, la eficiente Gasolinera con un autolavado semimecanizado, un aparcamiento enorme y uno o más montones de contenedores de basura deteriorados. Todo está adecuada y completamente cubierto de grafitis, símbolos y siglas incomprensibles realizados con espray, algunos gigantescos y con un estilo que he reconocido en otras paredes y vallas de la ciudad, muy lejos de aquí: ¿se trata de un proyecto poético a escala urbana?

Subiendo, antes del Semáforo de tres Calles, se encuentra lo poco que quizá ya he mencionado o mencionaré más adelante; en fin, si no recuerdo mal, lo más relevante es la tienda barata de artículos para el hogar y el concesionario, que parece estar siempre desierto y, después del gran cruce con semáforo, si se sigue subiendo, comienza otra vez la ciudad, hecha con el culo, como casi en todas partes, a partir de otra gasolinera con una caseta pintada de azul Klein y justo a continuación de una tienda gigante de supermotos con sus correspondientes accesorios, que es además un centro cultural de

motociclistas chabacanos y salidorros enfundados en cuero negro con alguna que otra marca deportiva y para moteros.

Por tanto, el bar en cuestión constituía una especie de faro en mitad de la noche, un fuego encendido en medio de la nada de una fría banquisa polar. Un lugar cutre, sucio, que regentaba una señora negra, creo que de origen somalí, simpática y encantadora pero incapaz de hacer un café bebible (una tradición que nunca desterró), al que acudían los jóvenes machitos locales, ahora dispersos, que hablaban sólo y exclusivamente de fútbol. Es más: del Equipo. Parecían estar capitaneados por la figura trágica de un romanista, con el pelo largo y rizado a la altura de la nuca, de esos que a simple vista destacan sobre los demás, de esos que creen en los bares y pasan tiempo en ellos y nunca se cansarían de frecuentar su bar favorito durante toda la vida a no ser que lo traspasaran, lo reformaran o cambiaran su *imagen* y, sobre todo, a no ser que, con el tiempo, los amigos siguiesen su propio camino y nunca volvieran a pisarlo. Pero una vez la señora somalí dijo: Me jubilo y me voy a vivir con mi hija al campo. Hizo una fiesta de despedida con sus treinta parroquianos y se marchó. Siguió un largo interregno caracterizado por el cierre del local, durante el cual no sabíamos dónde tomar café en un radio de medio kilómetro a paso ligero, es decir, como puedo asegurar hoy, de treinta y cinco calorías.

Los machitos del fútbol continuaron reuniéndose durante un tiempo en unos escalones que había detrás del local, pintados de amarillo y rojo desde la época del Último *Scudetto*. Cuando pasaba por allí a última hora de la tarde, sólo veía al romanista, que esperaba sentado a que alguno de la vieja cuadrilla de comentaristas de fútbol se dejase caer. Y, de hecho, algunos de ellos seguían acudiendo por la tarde, sobre todo en primavera y a principios de verano, cuando los cuatro tilos que había delante estaban en flor.

Luego renovaron el local y lo volvieron a abrir. Lo regentaron dos hermanos y la familia del mayor de ellos, formada por la madre y sus dos hijas, que eran muy jóvenes. Voy a hablar de los dos hermanos. El mayor, amable y bajito, era un gran maratonista pese a tener sesenta años. El pequeño, que, si no me equivoco, estaba soltero, era más alto y delgaducho, y parecía estar bastante deprimido, fumaba como un carretero, tenía la mirada triste, la barba descuidada y un gesto perenne de aflicción. La carrera le proporcionaba al primero serotonina y lo convertía en un hombre positivo, bronceado y sonriente, mientras que el otro, que se dedicaba a la vasoconstricción nicotínica, empalidecía en un silencio atronador e impenetrable. Sin embargo, de la barra se ocupaba Alí, un chico egipcio muy vivaz a quien el fútbol le importaba un bledo; era culto, con él podías hablar de todo. Alí había ido al instituto en Egipto y quería estudiar en la universidad italiana. Quién sabe dónde andará ahora y si irá a la universidad. Un día me contó que en la escuela egipcia no se enseña nada de filosofía occidental después de Aristóteles. Si lo pienso, tiene lógica, pero me impactó de igual modo porque refleja el

desinterés mutuo entre las dos culturas, entre la nuestra y la de ellos.

En Ramadán Alí empalidecía y se quedaba muy chupado, y yo siempre tenía la tentación de decirle: Alí, que Alá no existe, ni tampoco el dios de los cristianos, ¿sabes? O sea, quería decirle que no sirve de nada hacer Ramadán, pero menos mal que nunca se lo llegué a decir. Sé que a veces digo cosas que no debería y me doy cuenta en el momento de hacerlo. Pero esa vez me di cuenta antes. Alí estaba empeñado en que era arquitecto. Le dije varias veces que era historiador del arte, pero él seguía llamándome *arquedecto*. Buenos días, *arquedecto*, decía. No conseguí que me tuteara.

Alí era un chico guapo, estaba seguro de que follaba mucho, aunque quizá esto reafirmaba su idea de que Occidente estaba corrompido, porque esa idea la tenía, y muy clara. Su presencia atraía al local a las chicas de la zona, pero él las miraba con indiferencia, tal vez fuese desprecio o tal vez miedo. Después se marchó y lo sustituyó Roberto, el noviete de una de las hijas del maratonista, la rubita, malcarada y bajita, con las tetas grandes y el culo gordo. Debía de rondar los dieciocho años y pasaba muchas tardes en silencio, con la mirada perdida, sentada en la barra junto a los clientes: de vez en cuando Roberto se asomaba y *muac*, le daba un beso. Por lo demás, Roberto parecía muerto por dentro, una especie de autómata de ojos dulces, apagados, aunque ahora tiendo a pensar que la mirada de aquellos dos era la de las personas que tienen los ojos abiertos hacia otros mundos, hacia universos paralelos que distan bastante del mío. La madre de la chica era amable, también tenía el culo grande y gordo, que había transmitido genéticamente a su hija, sus sándwiches eran aceptables y tenía el bar muy limpio.

Los jóvenes tertulianos romanistas desaparecieron y ya no volvieron más, no sé por qué. Con los sucesivos traspasos se mantuvieron alejados del proto-Porcacci. Puede que se sintiesen perdidos sin la señora somalí y por eso vagaban por los parajes como animales a los que han destruido sus madrigueras y se reunían algunas tardes de primavera y verano en los escalones de cemento que he mencionado. El mayor de los dos dueños corrió un par de veces la maratón de Nueva York: no le fue mal y poco después colgó dos fotos en el local en las que aparecía llegando a Central Park. No mucho tiempo después, todo el grupo parental que se concentraba en el bar –los dos hermanos, la familia del hermano maratonista y puede que Roberto, el noviete– emigró a un local más rentable, y traspasaron el bar.

–*Ayer una* bruschetta *y un primero, sesenta euros*…

Puesto que todavía no se me había metido en la cabeza cómo funcionaba el mundo académico peninsular y sus leyes eternas, poco tiempo después de que mi Maestro me echara a la calle, aunque nunca hubiera estado dentro, preparé los títulos necesarios para intentar conseguir una plaza de profesor asociado. Una montaña de fotocopias, de

certificados, de diplomas. Papeles que fueron directamente a la basura, porque, pese a mis méritos sobrados («si bien poco relevantes», según dijo uno), pese a haber llegado a la prueba oral, pese a haber dado una clase magistral perfecta, pese a las enhorabuenas del tribunal y pese a los Felicidades, todo apunta a que has ganado, cuando me encontraba con algún compañero por los pasillos, en los congresos o hasta en los restaurantes, me comunicaron que había perdido el concurso. Al parecer, a última hora, un prestigioso profesor titular intervino en la convocatoria e impuso a su propio candidato. Así pues, sin más, de esta manera simple e impune, me caí de la lista de ganadores, donde aparecía el tipo. O, al menos, eso es lo que me contaron. También me dijeron que mi Maestro, que no formaba parte del tribunal, no se había molestado en decir una palabra en mi favor. Cuando me enteré de todo era demasiado tarde para tratar de hacer algo, aunque, ¿qué podía hacer? Además, ¿a quién servía? ¿De qué *lobby* formaba parte? ¿Para qué grupo, estructura, consorcio, escuela era yo *orgánico*, según aquel término entonces tan en boga? ¿Tal vez para el Partido? Y ¿cuánto le importaba yo al Partido? Fue un golpe muy duro para mi orgullo, para mi proyecto de vida, para todo por lo que había luchado hasta entonces, un revés que me sumió en la duda de no valer nada, una duda que hoy en día sigue muy presente.

Cuando más desalentado estaba, mi primo me avisó de que el Ministerio iba a convocar un concurso con varias plazas, entre las que se hallaba un puesto de dirección para el que se requería la licenciatura en Historia del Arte. Él me echaría un cable desde dentro. No tenía dinero, necesitaba trabajar; así pues, tras dejar a un lado mi profunda aversión al clientelismo, participé en el concurso y, por primera vez en mi vida, *gané*.

Los títulos que no sirvieron de nada en la universidad me resultaron útiles para el Ministerio. Dinero seguro: no mucho pero seguro. No se trataba del Ministerio de Cultura, sino del de Fomento, sección de Ingeniería Civil. Un lugar para burdos funcionaros, en su mayoría técnicos, para ingenieros que me parecían unos fracasados, pues eran unos chupatintas que se limitaban a verificar el trabajo de sus compañeros no fracasados. Una opinión generalizada y despectiva. Ninguno de ellos estaba allí por mérito o demérito. Simplemente estaban allí, habían llegado a través de concursos públicos, o por otras vías, y allí se quedaron; constituían los huesos, la carne, los órganos internos, incluso los más execrables y digestivos, del Ministerio. Como funcionarios estatales, sabían que se habían granjeado el desprecio manifiesto de los colegas que trabajaban por cuenta propia o ajena (pero también eran la envidia secreta de muchos: ¿quién no anhela no tener que preocuparse más por la estabilidad vital?) y sufrían por ello. Nadie comprende el papel fundamental, benéfico y obstaculizador de la burocracia, su trabajo por la civilización de la parálisis contra la barbarie del cambio.

Los funcionarios del ministerio sabían que allí podían relajarse. Y lo hacían. Lo primero que me impactó fue la gran tranquilidad y la calma que reinaban en los despachos y pasillos. *Urgencia* era una palabra casi carente de significado: todo era

urgente y no urgente, únicamente los trámites relacionados de manera directa con el ministro y que interesaban personalmente al director general eran dignos de una atención imperiosa. Los demás asuntos no eran más que un río de papeles que fluía con lentitud por nuestras mesas. El motivo de semejante serenidad y flema era que nadie nos podía despedir, nunca, por ninguna razón. Por absurdo que parezca, podíamos cortarle el pescuezo a un compañero en mitad del pasillo y volver a nuestro puesto de trabajo tras cumplir nuestra pena en prisión. En esto residía la belleza conservadora del funcionariado público. Para quien le interesase, existía la posibilidad de hacer carrera, mientras que a los demás nadie les pediría explicaciones del trabajo que hacían/deberían hacer. Había continuas broncas y rapapolvos de los jefes a los subordinados, pero lo cierto es que no servían de nada: en el momento lograban agilizar un poco las cosas, pero luego todo volvía a empantanarse. El trabajo –el de verdad, el que es sinónimo de rapidez, calidad, compromiso, constancia, afán y competencia– sólo era esperable de quienes se lo tomaban en serio, es decir, de los dotados de una propensión personal y misteriosa al *hacer* más que al *no-hacer*. O bien de quienes cobraban sobornos bajo cuerda. Los demás se parecían a las vacas de Damien Hirst, paralizados en vitrinas llenas de formol, inmóviles, aparentemente separados del mundo real, intocables pero corruptibles.

> Con estas palabras ni siquiera consigo arrojar un mínimo de luz al misterio del Funcionario Público tal como yo lo he conocido. Por más que lo haya pensado, nunca he llegado a entender la verdadera naturaleza de la inercia burocrática que, después de haber salido de allí, se me antojaba fruto de una especie de justicia natural que consistiría en la no-obligación al trabajo de hombres y mujeres a los que trabajar les interesa poco y que sufren cada vez que se los obliga, sobre todo cuando han de hacerlo intensamente y con plazos cortos. En Occidente, y presumo que en todas partes, esta masa inercial sin intereses ni aptitudes particulares, que, imagino, constituye la mayoría de la especie humana, encontraba –y sigue encontrando– su *hábitat* natural en la función pública, donde amortiza las violentas oscilaciones a las que nos obligaría el capitalismo si viviésemos bajo un régimen completamente privado, donde todos tendrían que trabajar y vivir sumidos en la precariedad más absoluta, en un infierno competitivo inconcebible, un mundo de todo punto americanizado, con venta libre de armas, matanzas cíclicas, episodios de terrorismo yihadista más violentos que los nuestros, disturbios raciales, oscilaciones económicas, desplomes bursátiles, etcétera. Los que nos hemos criado en el marxismo del siglo XX sabemos que *civilización* significa no-obligación, no-competición, no-opresión, es decir, cero ansiedad y sufrimiento, o sea, Ministerio. Conjeturo un inmenso Ministerio Global que se extienda por todo el planeta y reduzca los conflictos, que anule todas las fronteras, que iguale todas las razas, etnias y comunidades en una semiparálisis única, es decir, en una forma de actuar ralentizada por la complejidad burocrática, esto es, por el juego de las aprobaciones y de las opiniones, de los vetos cruzados, de las apostillas, de las decisiones de los directores, del éste/ése/aquél, de miles de personas que fichan, divididas en sectores, subsectores, departamentos, unidades, subunidades, enfrentándose al tiempo tras una

hora de trabajo real, después de una charla con un cafelito, durante un total de seis horas diarias de permanencia en miles y miles de espacios pequeños, medianos o grandes, en kilómetros de pasillos, en vestíbulos para fumar, en servicios, cuartillos y archivos también kilométricos, en los que consumar secretos, relaciones sexuales fugaces entre colegas, polvos de pie, a cuatro patas, mamadas, cosas de las que todos se enteran, no se sabe cómo, al cabo de un minuto, y regresar a sus puestos como si nada, más relajados, aunque también preocupados por que se sepa. De hecho, se sabe. En el Ministerio todo se sabía.

Ahora yo era uno de ellos. Pasé varios meses aturdido y paralizado por mi nueva realidad: horario de 8 a 14, incluso los sábados, un sueldo decente que llegaba puntual todos los meses, con dos pagas extraordinarias y retención de impuestos. De ser un estudioso de estética, o así me consideraba, me había transformado en *funcionario*, nada más y nada menos que en *funcionario*: eso es lo que era. Entre las tareas de las que me debía ocupar se encontraba la de estar en contacto con las diferentes superintendencias para valorar las obras de relevancia artística y/o cultural. También en el Ministerio, en la feliz frustración funcionarial, buscaba con desesperación la oportunidad de demostrar las cualidades científicas que me atribuía, pero que allí pocos, muy pocos, reconocían, así que trabajé muchísimo y, a menudo, en vano. Lo mismo daba que fuese bueno o malo, era un criterio que, a la hora de la verdad, a nadie le interesaba; era trabajo y, por tanto, perjudicial: el trabajo generaba más trabajo, obligaba a los inertes a mover un dedo, algo inconcebible para los que llevaban años trabajando en el Ministerio. Si eres de los que produces trabajo aunque no quieras, no puedes encontrar a tus referentes más que en los demás *trabajadores*. Ahora calculo a ojo que los trabajadores eran más o menos el diez por ciento del número total de funcionarios y casualmente llenaban los huecos productivos de una maquinaria que, de no haber sido por ellos, habría estado casi paralizada, lo que no significaba que, cuando me los cruzaba, se interesaran por mi trabajo ni que, cuando se trataba de superiores, no me robasen las ideas (con mi mentalidad pequeñoburguesa, le daba mucha importancia a *mis ideas*) y presumiesen a mis espaldas de mi trabajo con sus respectivos referentes superiores. No se decía nada de manera clara, la mayoría del trabajo no llegaba a buen puerto y menos aún el de quien producía algo, es decir, un servicio eficiente y de calidad. Era como el mundo académico. Y aquí también estaba destinado al fracaso, pero al menos me pagaban.

Éstas eran las dificultades internas. También las había externas, de muchos tipos. En primer lugar, la relación que me habían encargado mantener con la Superintendencia de la Cimentación de la Ciudad de Dios, considerada una de las más severas e intransigentes. En función de mis títulos, el Ministerio erróneamente consideró oportuno que entrase a formar parte de comisiones mixtas de las que nadie quería oír ni hablar. El problema residía en el conflicto entre la cultura de la transformación y la cultura de la conservación, que ya nadie era capaz de gestionar, y yo todavía menos. Tener que tratar

con las funcionarias de la Superintendencia, unas de las criaturas más obtusas del planeta, era un auténtico suplicio, pero resultaba menos desolador que trabajar con los ingenieros internos (algunos de los cuales manifestaban el trato y el estilo propios de los hombres-cápsula de la época, portadores de fascinantes culturas obsoletas) y con los externos, que solían ser expeditivos chanchulleros de empresas privadas con la idea preconcebida de que en el Ministerio todos eran unos corruptos. Algunos de nosotros, yo incluido, no lo éramos. Pero sólo porque nadie había tenido que comprarnos todavía.

Mientras la antigua ciudad teocrática se transformaba lentamente en la capital (en teoría) laica y (en teoría) no religiosa del Reino Peninsular, sus tejidos urbanos se iban expandiendo según trazados lógicos con patrones regulares, a menudo con tendencias paratácticas o hipotácticas, aunque no faltaron fragmentos sucesivos, dispersos e inesperados de utopía.

Durante siglos la Ciudad de Dios había sido maestra de sintaxis urbana, pues había construido trazados regulatorios conforme a lógicas multipolares para unir espacios y edificios significativos en el *continuum* poco definido de los tejidos medievales y ponerlos de relieve. Sin embargo, en esta nueva fase puramente expansiva, el arte de construir la ciudad, en lugar de emanar de aristócratas cultos y autoensalzados, lo hacía quizá por primera vez de especuladores decididos y de urbanistas pragmáticos: debía satisfacer las exigencias de las nuevas clases sociales y se movía según esquemas más simples y democráticos que en el pasado. Podría hablar largo y tendido de la influencia de la praxis planificadora del trazado en damero, que se remonta al *castrum* romano que determinó la forma de la ciudad de procedencia de aquellos arquitectos, pero me centraré exclusivamente en la idea de que en aquel período hacían falta muchos ladrillos.

La técnica del hormigón armado siguió considerándose durante muchos años una opción extraña y secundaria en la que los técnicos y peones eran poco expertos o de la que directamente no tenían ni idea, a pesar de sus indudables ventajas. Para construir edificios de viviendas de no más de cinco plantas, el esqueleto de ladrillos con forjado de travesaños de acero y adobe era la tecnología principal. Así pues, los emprendedores buscaban la arcilla más cercana posible a las obras de modo que, para las áreas vacías de la llanura aluvial situada al norte de la ciudad que los planificadores habían destinado a nueva construcción, plantaron sus instalaciones, unos quince hornos, en la porción del Cuadrante conocida como la Cavidad, que hasta el momento no había sido muy explotada, pero donde quedaba arcilla de buena calidad que extraer durante unas cuantas décadas.

Así, la nueva ciudad procedía de manera ordenada según sobrios módulos cartesianos

y edificios diseñados al estilo neorrenacentista que, por lo general, hacía un guiño a las construcciones rústicas con almohadillado en las plantas bajas, algunas cornisas, incluso algún que otro tímpano que coronaba las ventanas de la planta principal, una gran cornisa como colofón y punto. Eran edificios independientes, de la misma altura, por lo común dotados de jardín o patio o, en el peor de los casos, de pequeños patios que proporcionaban luz y un poco de aire a los cuartos de baño, a los huecos de las escaleras y a las exiguas zonas comunes. Estos tejidos paratácticos, útilmente repetitivos, avanzaban justo en dirección a las formaciones arcillosas del Paleorrío, donde los hornos Hoffmann funcionaban a pleno rendimiento, produciendo cada uno al día la cantidad de ladrillos más o menos necesarios para construir un edificio.

La ciudad venía de esa parte. En menos de cincuenta años y dos guerras mundiales, las nuevas expansiones llegarían al pie de estas formaciones arcillosas, es decir, hasta el perímetro de la zona industrial, pero no conseguirían engullirla del todo. Una última porción del Cuadrante de las Arcillas, junto con los hornos, las barracas, los cobertizos y todo lo demás, lograría sobrevivir bastante tiempo, y la Cavidad, de la que en la actualidad no se ve desde la Avenida más que la entrada, resistiría durante unas décadas más como asentamiento humano, como Pequeña Rusia, aunque también como territorio abandonado, incapaz de decidir si volverse salvaje por completo (en la actualidad se ven jabalíes, lobos, puercoespines grandes, perros callejeros y liebres) o convertirse en parque, en zona verde urbana.

Existe una definición muy simple pero precisa, además de un análisis ligeramente oracular, en un libro del paisajista Gilles Clément, *Manifiesto del Tercer Paisaje*, que comienza así: «El carácter *irresoluto* del Tercer Paisaje se debe a la evolución que sigue el conjunto de los seres biológicos que forman el territorio, a falta de cualquier clase de decisión humana».[1] Estos espacios, que ya no son ni naturales ni artificiales, evolucionan lentamente hacia un tercer estatus donde el número de las especies vegetales vivas parece superior al del espacio denominado *natural*, suponiendo que en alguna parte del mundo sigan existiendo semejantes espacios. Esto es lo que dice la teoría, aunque la observación directa revela sobre todo ailantos, con su olor nauseabundo, y los vigorosos cañaverales donde los sintecho se construyen refugios temporales con una tecnología, sin contar los plásticos, que sólo supera en un grado a la de los bosquimanos, aunque los bosquimanos, al disponer de grandes hojas en lugar de láminas de plástico, construyen cabañas provisionales mucho más elegantes. Toda tecnología, incluso la más obsoleta, tiene su perfección.

Con todo, estas cabañas protegen de manera eficaz a familias enteras y resisten bien las lluvias inauditas de estos años preapocalípticos. Una vez que cesó la producción, se demolieron todos los hornos a excepción de uno y se construyeron algunos edificios de viviendas atravesados por una avenida inútilmente larga; la Cavidad dejó abandonadas a su suerte durante muchos años unas vastas extensiones de terreno que el Programa

Regulador de la Ciudad destinaría a parque público. Sin embargo, al no haber dinero para expropiarlas, algunas continuaron siendo privadas, aunque sin permiso de edificación. Al menos hasta cierto momento. Luego el Ayuntamiento, que en aquel período era de «izquierdas» (ya no se puede escribir la palabra «izquierdas» sin las comillas: si, más adelante, se la encuentra escrita sin ellas, debería llevarlas), decidió que, si concedía al propietario el permiso para construir, pongamos, un centro comercial, a cambio no sólo se embolsaría los gravámenes por la concesión, es decir, dinero, sino que podría hacerse con el proyecto y la construcción del parque e incluso la recalificación de las ruinas de aquel último horno, que se destinaría a *centro cultural*.

Todo eso se calculó y se puso negro sobre blanco en el Programa Regulador de la Ciudad con objeto de que se convirtiera en ley. A continuación pasaron otros quince años de abandono, en los que, con toda probabilidad, el Tercer Paisaje de la Cavidad se enriqueció de otras especies animales y vegetales. Y sobre todo de basura.

–Ojalá volviese la lira…
–¿Por qué?
–Porque todo costaría la mitad.
–…
–A ver, si antes ahorrabas por ejemplo un millón, eso en euros, ¿cuánto sería hoy?
–¿Quinientos?
–¿Lo ves?

A lo largo de estos años, desde mi puesto de observación he visto un paisaje inmóvil pero punteado de microacontecimientos significativos, aunque sólo para mí. Como significativa es tal vez ya sólo para mí esta porción de Cavidad, que no solamente contiene Tercer Paisaje, es decir, abandono en suspenso, sino los restos de la instalación industrial que he mencionado antes, entre los que se alza, como un gigantesco y torcido miembro asnal, la chimenea de un horno Hoffmann. Justo detrás veo el montículo que sé que está hecho de materia prima, o sea, de arcilla disimulada bajo un estrato de tierra, hierba, cañas, matojos y todos los elementos típicos de la pseudonaturaleza que rodea las vacilaciones de la ciudad y que se adentra en ellas.

Cuando desvío la vista hacia el oeste, veo fragmentos de planificación urbana, que es lo mismo que decir, según me consta, de teoría urbanística del siglo XX mal aplicada o sólo parcialmente aplicada: una pseudoavenida bordeada de aparcamientos que parece querer adentrarse en la Cavidad, pero que de pronto se arrepiente y se estrecha, un episodio truncado sin sentido aparente, una especie de muñón de ciudad posible que se me antoja una solución de compromiso entre los dictados modernistas y la práctica común del urbanista municipal, que no sabe nada de ciudades porque está acostumbrado a verlas como un conjunto de zonas-índices-números-leyes-reglamentos-normativas que

deben ser congruentes y ha olvidado la calidad del espacio físico y de los objetos que lo componen y al que, sobre todo, siempre que se satisfagan los estándares legislativos, el resto se la trae floja.

En los alrededores de la Cavidad, el urbanista municipal estaba aplicando un modelo de ciudad determinado, uno de los muchos que se podían adoptar. No obstante, si se estaba adoptando justo *ése* y no otros, era porque aquel modelo había ganado la licitación –nunca convocada oficialmente, pero convertida en ley y práctica– al servicio de la especulación inmobiliaria. De ese modo, el tramo de avenida con aparcamiento que hace de mediana, los bloques de pisos semiintensivos de clase media indefinida, las casitas populares de típica aspiración pequeñoburguesa del siglo xx, reunidas en urbanizaciones privadas, los bloques de viviendas en cambio austeros y populares también reunidos en urbanizaciones, en este caso abiertas, y todo lo demás no son más que desgarros, jirones inacabados, mal aplicados o no entendidos, de la ciudad modernista ideal. Algo para mí aún aceptable.

No obstante, si se sube hacia el oeste, se ven las *auténticas* construcciones que delimitan el espacio de la Avenida –allá arriba, en el gran Ensanche Descantillado con Semáforos, al que, a pesar de la falta de forma, se lo considera digno de ser llamado *plaza* por el olvido que por aquí sufre el concepto histórico y peninsular de *plaza*–, una secuencia de entes inmuebles fuertemente tipificados que, sin embargo, busca una individualidad desesperada, siempre y cuando ésta se inscriba en el paradigma lingüístico de pertenencia: ninguna desviación auténtica, ninguna originalidad auténtica, pero tampoco nada diacrónico; el lenguaje tiene sus propias reglas, aunque nadie las haya escrito y cambien con el tiempo, de modo que un ojo experto sabe decirte qué edificio va antes y cuál después. De hecho, varía el estilo de los pocos elementos de la fachada: enlucido, paño de ladrillo o, con más frecuencia, ambas cosas; estructura a menudo a la vista según dictámenes de *sinceridad estructural* hoy incomprensibles; ventanas sencillas y ventanas longitudinales ocasionales; puertas francesas; puertas bandera, estas últimas un *must* de los años sesenta y setenta; tejados en voladizo, rigurosa (y a menudo abusivamente) *abuhardillados*; portal digno; vestíbulo con ampliaciones de los grabados de Piranesi y garita del portero de madera, o bien de aluminio anodizado, que suele estar vacía porque la comunidad ha decidido ahorrar y, además, puedes pedir que te dejen los paquetes de lo que has comprado por internet en el infrecuente bar o en el infrecuentísimo estanco; y, por último, toda una orgía de balcones en voladizo, o de terrazas, o de balconadas corridas, o de balconcitos estrechos, o de parapetos, o de barandillas o una combinación de parapeto y barandilla. Y luego está el diseño de las barandillas, momento en que el arquitecto suele mostrar una inspiración afectada, o bien un rigor inesperado, en el sentido de seguir presente en su lápiz, pero sofocado por el oficio y el oficio a su vez sofocado por el edificio tipo y el edificio a su vez determinado por el mercado y, por tanto, de manera indirecta, por el

gusto de quien se compra las casas en un período concreto y en una zona concreta de la no-ciudad; en consecuencia, cada edificio es una imposición pequeñoburguesa a la ciudad, cuyo brazo me imagino que da a torcer (metafóricamente) para que se adecúe y se construya de ese *modo*, aunque luego, a fin de cuentas, todos esos balconcitos que dan a la Avenida resulten inhabitables y estén siempre desiertos por culpa del humo del tráfico, del ruido, del polvo sutil, todas ellas cosas indirectamente deseadas por la mentalidad del comprador por mediación del constructor y del constructor por mediación del técnico/funcionario gubernamental rematadamente indiferente, estúpido o ignorante, con mayor probabilidad corrupto, cosas que, consideradas por separado, parecen *peccata minuta*, pero que, de hecho, conforman la ciudad. No obstante, si se piensa bien, este tipo de ciudad está determinado por toda una cultura, la peninsular, cuyas clases dirigentes fueron durante muchas décadas (y aún lo siguen siendo) contrarias a la idea de transporte público en favor del privado: cada uno encerrado en su coche y cada coche distinto, aunque muy similar al de al lado, igual que cada uno está encerrado en su piso y cada piso es distinto, aunque muy similar al de al lado y, entre un coche y otro, espacio desperdiciado, y, entre un piso y otro, también espacio desperdiciado, jardincitos privados impracticables, rejas en diagonal instaladas en todas las aberturas, maceteros, rampas de garaje, en resumen: la nada necesaria para distinguir un piso de otro.

No obstante, la ciudad, cualquier ciudad en general, es lo que queda de un sueño perdido, el sedimento sólido de lo que con el paso del tiempo podía ser y no ha sido, el Yo neurótico y deprimido de un Superyo urbano que no ha encontrado las condiciones necesarias para desarrollarse o no ha tenido la fuerza para realizarse. Y esto siempre ha sido así. Desde aquí, desde el encuentro-desencuentro entre la especulación urbana y la producción urbanística –una más necesaria, aunque sólo hasta cierto punto, que la otra–, sumado a la alteración orográfica de estas pendientes de arcilla a ambos lados de lo que hasta hace unos años era una callejuela y hoy en día es, con toda su imbecilidad, la Avenida, y sumado también a la presencia residual de un horno Hoffmann, al paso subterráneo de una línea metropolitana, al tren que la cruza por arriba, a la antigua vía ferroviaria abandonada construida con buenos materiales y a la intersección sin interactuación de dos arterias de *gran viabilidad*, nace oficialmente la desarticulación de estos lugares, su indecisión hasta en su capacidad de ser pausa.

Reenumero obsesivamente las presencias físicas de este lado del Cuadrante y hago listas de objetos que nunca se han llegado a organizar del todo. Sin embargo, incluso ante este desaguisado, en el mismo Bloque en el que vivo, soy capaz de reconocer fragmentos de utopía y, si quisiera (aunque no quiero), podría describirlos.

–¿No te quedan cruasanes de los normales?
–No.

–¿Y eso?

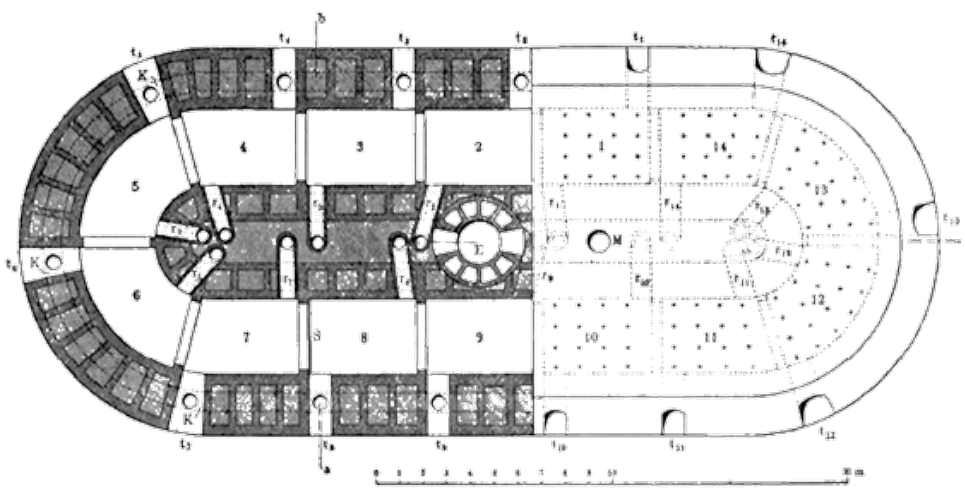
–Se ve que se los han comido.

La invención de esa zarabanda lenta de fuego que es el horno Hoffmann se la debemos a los alemanes y se remonta a 1858, año en que Hoffmann y Lich patentaron el proceso. Cuál fue la aportación de Hoffmann y cuál la de Lich es algo que de momento desconozco. Es un hecho corroborado que todas las chimeneas, cerca de quince, que aparecieron en esta zona entre finales del siglo XIX y la Segunda Guerra Mundial dependían de un horno Hoffmann. No de un horno «Lich» o «Hoffmann & Lich». Debió de haber una lucha entre los dos inventores por la repartición de los derechos de la patente, que tuvo cierto éxito. En Italia, al proceso se le concedió en 1864 un «Derecho de monopolio», aunque no sé si sólo al señor Hoffmann o también al señor Lich: *Système de fourneaux sans fin, ou annulaire, à action continue*. «Horno sin fin», definición perfecta, aunque demasiado metafísica. Había que especificar: anular, de acción continua. Por tanto, con trabajo robótico, con fatiga continua, lo cual significa día y noche.

La historia del invento, de la patente, de su explotación, de las modificaciones (no pocas) que se realizaron con el paso de las décadas, forma parte de la historia más general y de gran importancia de la tecnología occidental que, según he mencionado ya, en mi condición de modesto observador de las cosas y lector no especialmente preparado de opúsculos, manuales y revistas cientificotécnicas, considero que es la base de lo que consideramos Historia pura y dura. El típico manual con el que estudiábamos nosotros situaba el análisis de los pasajes clave de la tecnología humana en el texto introductorio de cada capítulo o conjunto de capítulos, en los que a continuación se exponían complicadas secuencias fácticas que, entonces, como hoy, se consideraban Historia a todos los efectos, sin especificar demasiado las relaciones causales entre éstas y aquéllos. Pero ¿quién soy yo para criticar la visión normoacadémica de la Historia, es decir, de la Economía, de la Política, del Arte, de la Ciencia o de la Tecnología? No obstante, en esta visión me parece que hay algo, digo más, mucho, que no termina de encajar y que seguirá sin encajar, a pesar de mi oposición banal y microcucarachil; que es completamente interior, se entiende, en el sentido de que me la guardo para mí, porque no sabría a quién contársela ni con quién discutirla. Hace mucho tiempo que perdí a todos mis contactos académicos, que, por otra parte, se ocupaban principalmente de la estética, la historia del arte y la filosofía continental: pertenecían, por tanto, a lo que hoy considero el Enemigo. Eso de guardárnoslo todo dentro y luego soltarlo de repente en la carnicería o en el Porcacci –razonando en voz alta sobre una cuestión que no le interesa a ninguno de los presentes (pues no se trata ni de fútbol, ni de accidentes de tráfico, ni de enfermedades ni de negros que deben volver a su país), pero que a mí, con sesenta y muchos años, por lo general callado, en ese preciso instante (mientras remuevo el café en la taza o compro la leche o me como un infrecuente minicruasán sin relleno) me

parece la clave de todo– es un síndrome que tenemos los ancianos.

Sin embargo, la clave del paso de la elaboración artesanal del ladrillo a la industrial, que en la zona duró más de sesenta años, fue el durísimo procedimiento Hoffmann: no ya los ladrillos que entran en la cámara del fuego y salen de ella, sino el fuego que entra en las cámaras de cocción y sale de ellas en un proceso continuo a lo largo de un circuito cerrado, sin apagarse en ningún momento en los seis o siete meses que dura la temporada productiva. Idea magnífica, es más, genial, y sobre todo útil para producir piezas en cantidades nunca antes imaginadas. Hasta los años setenta del siglo XIX, el tejido de pequeños hornos de baja productividad reflejado en el mapa de Nolli y en los mejores mapas precedentes podía satisfacer la demanda de ladrillos de la ciudad. Pero aquella estructura productiva se vio arrollada por el nuevo estatus de capital de reino que asumió la Ciudad de Dios. El horno Hoffmann llega, al menos a la Península, en el *momento justo*, cuando muchas ciudades están en fase de expansión, como la Ciudad de Dios, que literalmente estalla en una alternancia de fases de euforia constructora –robustamente veteadas de corrupción– y períodos de languidez, aunque siempre con corrupción. Se trata de una expansión que dura hasta unos años antes del Estancamiento, es decir, del presente. Pero estoy seguro de que la Urbe, como un volcán silente, permanece a la espera y, cuando vuelva a entrar en erupción, habrá otra devastación, o sea, otra ciudad de mierda que se añadirá a la que ya existe.



En el horno Hoffmann no hay máquinas y tampoco mecanismos, si se exceptúan las portillas y las válvulas para regular de manera muy elemental los humos y los tiros. Es un ambiente en el que el fuego se alimenta y se controla, se amaestra y se hace avanzar, una y otra vez, hasta el final de la temporada. Era cuestión de administrar el calor dentro de un edificio-máquina donde podían gestionar al mismo tiempo las fases de recalentamiento, cocción y enfriamiento de las piezas en una secuencia de acciones de

ciclo continuo, y el fuego que giraba *sans fin* a lo largo de un anillo conectado a una única chimenea de más de treinta o treinta y cinco metros de alto.

Fue así como el Valle se llenó de una serie basta y desordenada de templos perípteros coronados por una altísima chimenea cónica, con una arcada alrededor de una celda en la que se renovaba y se mantenía sin interrupción el misterio del fuego. Al horno se lo abastecía, se lo atendía, se lo controlaba, se le servía y se lo mantenía vivo con la ayuda de un enjambre de autómatas temporales oportunamente formados que se pasaron una vida, o más, si tenemos en cuenta hijos y nietos, cavando, transportando, amasando, cortando, cargando, descargando, cargando y descargando de nuevo. Se les pagaba por pieza: tanto por ladrillo. Según los ladrillos que salían del horno, así se les pagaba y así se repartía entre los obreros. Cuantos más ladrillos, más dinero. Cuantos menos ladrillos, menos ganancias para todos. De ahí el control recíproco de los tiempos de producción. Aunque haya pasado mucho tiempo y no le importe un pimiento a nadie, aunque los restos de estas instalaciones y de aquellas penurias hayan desaparecido ya casi por completo, aunque hoy en día ser obrero no signifique pertenecer a algo parecido a una clase, un partido, un sindicato o un movimiento, aunque no signifique poseer las herramientas necesarias para una contralectura de la realidad, de la economía y de la historia con respecto a la del Capital, intentaré componer un relato detallado de aquella gente y de aquel trabajo.

A primera hora de la mañana solía beberme una botella de agua casi entera. Prefería hacerlo tumbado, sorbo a sorbo, tragando sin prisas. Siempre se me formaba una especie de mar interior al que acabé llamando *Mar de la Tranquilidad*, porque cuando me despertaba demasiado temprano, con la garganta seca y agitado por las pesadillas, toda esa agua me ayudaba a neutralizarlas: actuaba como tranquilizante y podía dormir un poco más hasta que el Cubo-Radio-Despertador (una de las instituciones de mi vida) sonaba retransmitiendo la reseña de prensa radiofónica. La reseña de prensa de la radio solía producirme un sentimiento semiinconsciente de desazón que acababa durante unos instantes con mi aturdimiento. En ellas, los profesionales del pensamiento medio, los especialistas del consenso, daban lo mejor de sí mismos a la hora de elegir los periódicos, las noticas y las opiniones que leer: varios años escuchando el programa habían bastado para constatar que vivía en un país católico-de-centroderecha, con periódicos en su mayoría católicos-de-centroderecha, con un gobierno católico-de-centroderecha y una oposición católica-de-centroderecha, pero con una opinión pública de derechaderecha. Y digo *católicos* no porque profesaran abiertamente esta forma atrasada de cristianismo bastante flexible, sino porque al catolicismo se le había dejado un gran espacio *implícito* con el que la denominada *cultura laica* no era capaz de competir. Y digo de *centroderecha* porque, dada mi formación inicial en un entorno de cultura democraticomarxista, cualquier frase de un político, cualquier acto de gobierno, cualquier argumentación periodística, con independencia de donde procediese, siempre me parecía de centroderecha. Incluso la cultura considerada laica para mí era católica-de-centroderecha, pero el Mar de la Tranquilidad tenía el poder de amodorrarme de nuevo y despertarme tarde, con las consecuentes prisas para intentar llegar a tiempo, o al menos dentro de los umbrales temporales de un horario decente de entrada al trabajo. Al Ministerio, claro.

En definitiva, toda esa agua, a la que añadía una taza de té con galletas Cruscoro para desayunar, me hacía expulsar ríos de orina durante toda la mañana. Tras haber pasado de una fase en la que vivía para trabajar a otra en la que trabajaba para vivir y sin haber sido capaz de encontrarle sentido a lo que solía creer que era trabajar como

historiador de arte, estos momentos de micción obligatoria y compulsiva constituían los únicos instantes de verdadera satisfacción durante días y días caracterizados por el tedio y el desinterés. En concreto, después de la preceptiva micción en cuanto entraba en el edifico, para la que tenía que quitarme la mochila y el abrigo, llegaba la micción de las 10.30, abundante y clara, a la que seguía la última, a las 11.30, que ya reflejaba la ruta metabólica del día y, por tanto, aún era clara, aunque menos que la anterior. Puesto que me había convertido en un ser político y moralmente impuro, disfrutaba con esta purificación básica del agua. En aquel Ministerio lleno de gente, que desde el primer momento percibí como un lugar de segregación, aislamiento y catástrofe cultural en mi caso, aquellas meadas abundantes eran uno de los pocos indicios que probaban mi existencia en el mundo, cuando el agua que había bebido por la mañana regresaba periódicamente a la red del alcantarillado urbano.

Entre la micción de las 10.30 y la de las 11.30, que realizaba en uno de los servicios enormes y mugrientos más cercanos ubicados en las cuatro esquinas del edificio ministerial y en la medianía de cada lado, había alguien que nunca faltaba a su cita habitual con el retrete de la derecha, más espacioso que el de la izquierda, donde defecaba y plantaba un pino submarino en el fondo de la taza del váter con un peso específico evidentemente mayor que el del agua. Yo saludaba ya al pino submarino como si de un viejo amigo se tratase, es más: como si fuese el único testigo de mi presencia en aquel lugar; ya que, después de mis problemas con la justicia, regresé al Ministerio, no desprestigiado pero sí marginado por completo. Todos eran ejemplares notables, por su forma y dimensión regulares, por su buen color y por otras características que indicaban el buen estado de salud del sujeto defecador que, no obstante, seguía siendo desconocido para mí. Nunca me lo había cruzado o, mejor dicho, cuando yo entraba en los servicios no veía salir de aquel retrete a nadie que hubiese dejado indicios claros de una evacuación reciente de heces. Ante la imposibilidad de poner nombre a su autor, me dediqué en exclusiva al producto: me lo encontraba siempre a la misma hora y siempre era indestructible o, al menos yo, que por entonces no tenía nada que hacer y tampoco lo tuve después, hasta que me jubilé, no era capaz de eliminarlo tirando de la cisterna. Con el paso del tiempo empecé a sentir algo de aprecio estético por aquel mojón y cierta envidia hacia el organismo del que procedía, pues me lo imaginaba joven, lleno de energía y vigor, de todo punto despreocupado de sus heces y nada avergonzado por el descaro que éstas demostraban al no querer abandonar el fondo del inodoro. Día tras día, a medida que mi puesto perdía importancia, crecía mi amistad con aquel objeto, y las pocas veces que, al entrar en el retrete, no lo encontraba sumergido y recostado en el fondo de la taza, experimentaba un sentimiento de aislamiento y abandono aún mayor.

–Pero ¿adónde vas con un gorro de lana con esta calor?

–Tengo dos respuestas para esa pregunta: la segunda es que tengo la cabeza helada.

–¿La primera es «no me toques los cojones»?
–Sí.

No me cabe duda de que vivir consiste en una continua lucha entre espacio físico y espacio mental (omito el espacio social, que en mi caso sólo está representado por el Porcacci). Asentarse en un lugar o en otro depende de lo a gusto que se esté en ese lugar, y estar a gusto depende de su habitabilidad, algo que es imposible de cuantificar de una manera objetiva. En un momento concreto de la vida, un sitio tan feo como el Cuadrante te puede parecer el más idóneo para vivir, y así lo fue para mí. Por fin podía moverme en un espacio bipolar igual de negativo: el Ministerio y mi casa. Ambos lugares eran una mierda; vivía como un funcionario de nivel medio con cultura media en la Ciudad de Dios: una casa decadente en un lugar desestructurado, sin personalidad y degradado que encajaba conmigo. No sabía nada de la historia de esta landa semiurbana tan próxima al centro de la ciudad, me conformaba con contemplar por la ventana las terrazas de creta de la montañita que dominaba un paisaje salvaje con restos industriales, el Nudo Vial entonces en construcción y los rebaños pastando con el pastor y su perro, boina y cayado largo, que me daban la oportunidad de analizar el comportamiento de las ovejas, las cabras y los perros guardianes. Pero la reina de este paisaje era la gran chimenea. No podía imaginar que pocos años después el Ayuntamiento ampliaría la Primera Circunvalación Oeste y, como consecuencia, la concurrida carretera que pasa por debajo de casa, en un año de calor abrasador y eclipses solares, se convertiría de la noche a la mañana en la Avenida, es decir, en un infierno de vehículos que aceleran y frenan entre un semáforo y el siguiente, de ruido, de partículas microscópicas en suspensión, etcétera, que aquí llamamos *ciudad*.

Hacía unos años que había muerto el Último Secretario del Partido al que siempre creí haber pertenecido. El bloque socialista del este continental se tambaleaba. Cayó poco después y el Partido entró en una fase de transformación autoanulante que se prolonga hasta hoy. Aunque no de cara a la galería, aquello en realidad fue un caos monumental: nadie entendía la naturaleza del nuevo partido y de su proyecto político porque, probablemente, no lo tenía. Muchos empezaron a desvincularse, yo entre otros, aunque al principio no pareció muy evidente. El mundo académico me había rechazado, mi cruel Maestro ya no contaba conmigo y, justo en esta época, falleció: la noticia me pilló de vacaciones en Dalmacia, navegando con amigos en un barco, y lloré a lágrima viva agarrado al estay de proa, para que nadie me viera. Me ocurrió lo mismo cuando murió el Último Secretario. Fueron sucesos trascendentales para mí: perdí a mi padre político y a mi padre intelectual, me quedé sin Partido, sin hijos y sin familia y, tras la separación de Clara, también perdí una relación afectiva estable.

Me lo merecía –eso es lo que pensaba entonces– por haber permitido que un puñado de mediocres experimentados (todo lo contrario que yo) que sabían moverse como pez

en el agua en el agitado mar de la vida peninsular se aprovechase de mí. Me merecía el Castigo de la Avenida por haber dejado que me aislaran en un rincón de la galaxia sin oponer ninguna resistencia. En conclusión: por no haber mandado a tomar por culo de una vez por todas a mi Maestro antes de irme de la universidad, antes de abandonarlo todo. Pero también por haberlo añorado tanto. Así pues, dejar el Partido fue una decisión lógica, quiero decir, consecuente. No se trataba de una elección política, sino de una reacción autopunitiva: si nadie me aprecia por lo que soy y sé, entonces mejor mandar a tomar por culo también al Partido, que albergaba a la mayoría de las personas que me pisotearon y me echaron del mundo académico. No son *diferentes*, nadie es distinto de nadie, el mundo no puede haber cambiado. Aunque mi militancia dentro del Partido había pasado algo desapercibida pese a que siempre estuve convencido de que había que ser comunistas en la segunda mitad del siglo XX, fuera había un ambiente extraño de libertad moral. Ya no era necesario condenar todo lo condenable: era posible permanecer indiferente o incluso comportarse como el resto de la sociedad y vivir sin preocupaciones. La realidad ya no estaba sometida a un necesario tener-que-ser diferente de como era: podía ser, simplemente, lo que *era*. O, al menos, eso es lo que yo sentía en aquel momento. Pero mi ser comunista, fuese lo que fuese aquello, formaba parte de mi bagaje identitario y nunca fue negociable: incluso cuando perdí la noción y la conciencia de lo que significaba, permaneció ahí, latente, dictando mi opinión general sobre el mundo, que, normalmente, resultaba errónea.

Pasé un tiempo, tal vez un par de años, sin casa política, pero sin dejar de discutir con colegas y amigos representativos del siglo XX, comunistas, socialistas, radicales y, por tanto, laicos, sobre el destino de un país que, en realidad, me importaba un bledo. Entre las personas cultas de entonces, ser algo también implicaba un *ser político*, una pertenencia, un paquete de convicciones/opiniones que expresar con los demás y con uno mismo, con la finalidad de reconocernos mutuamente, pero asimismo de autoidentificarnos. Todas las culturas políticas de entonces, que, salvo una, ya no existen o están presentes en dosis homeopáticas en el conglomerado social, eran muy críticas: querían que el país diese un giro radical en cuanto a cultura, estructura, comportamiento colectivo, distribución de la renta, calidad de los servicios, de las infraestructuras, calidad de la educación, de la sanidad, del trabajo, del *hábitat*, de la ciencia y de la investigación, de los medios de comunicación y de la información; en definitiva, en cuanto a Sistema. Solamente los católicos, que llevaban medio siglo gobernándolo con un consenso continuado, pese a sus puntuales desacuerdos morales, actuaron siempre de acuerdo con el presente. Si se sumaban los católicos y los inertes, esto es, los que carecían de opinión, se aglutinaba una mayoría a la que en el fondo le gustaba la Península a pesar de todas las lacras que se solían denunciar. Esta mayoría, que sin duda existía en las demás sociedades de Occidente, nunca se expresaba abiertamente, sino en forma de mayor aprobación/menor aprobación y, por lo menos en aquella época, era

inconquistable desde un punto de vista político. Las personas con las que me solía relacionar y yo mismo no nos identificábamos con ese grupo; sin embargo, por el Ministerio pululaba gente así, gente a la que le gustaba el Ministerio y trabajar dentro de él, que se sentía orgullosa de haberse hecho un hueco en la pesadilla torrencial de la realidad, gente a la que le gustaba la realidad. He tardado varios años en comprender que *quizá* no hubiera nada malo en ser así.

–Verás que después de un tiempo se te cierra el estómago.
–Puede ser, pero yo ya llevo un año y medio y todavía no me he hecho inmune.

Anoche encontré un programa en la tele en el que hablaban del papel que desempeñaron los intelectuales peninsulares durante el siglo pasado. Decían que la clase dirigente de entonces tal vez fuese mezquina, pero al menos escuchaba algo a los intelectuales, y que no estaba tan confundida como lo parece hoy en día. A esta hora de la mañana, desde mi puesto de observación en la Avenida, mi confusión mental parece empezar a disiparse por unos instantes, así que me pongo a lanzar hipótesis y formular sentencias, a especular solo y abstraído acerca de las cucarachas alemanas que se pasean por la cocina: ahora, o sea, en este preciso momento (después no lo sé, puede que me contradiga), supongo que, en un futuro, cuando se hable de la cultura peninsular de los treinta o cuarenta años a caballo entre el siglo XX y el XXI, se usará la palabra *confusión* y se hablará de la asimilación de los intelectuales a los grandes estratos de la clase media globalizada, es decir, a un gran relleno social indistinto que parece haber sustituido a las clases. Así pues, se hablará del fin de las clases y con la palabra *fin* se referirán no tanto a la desaparición efectiva de los estratos sociales que compartían una relación física, directa y de sumisión a los medios de producción, es decir, una condición común de sometimiento dentro del proceso productivo/distributivo y, por extensión, en la sociedad, como a la desaparición de la voluntad/capacidad de dichos estratos de reconocerse en cuanto *clases* y luchar por la libertad… Basta ya. Nada más hacer una mínima observación me doy cuenta de que soy incapaz de pensar de una manera diferente a la de la antigua modalidad marxista… Me gustaría hacer observaciones nuevas y más eficientes, pero no se me ocurren… Si le soltase esto, con este lenguaje, a cualquier treintañero, por muy culto que fuera, seguro que me miraría con cara de extrañeza o de suficiencia, o incluso con recelo, un recelo de ideología… He escrito un pasaje de un posible libro de texto escolar/universitario dedicado al Gran Relleno. Reza así:

> A principios del siglo XXI, los pobres vivían sumidos en la pobreza, mientras que los ricos nadaban en la abundancia. Entre las dos rebanadas del bocadillo social, había un relleno inmenso de enormes dimensiones, que solía denominarse *clase media* y que estaba ahí sin

saber bien cuál era su papel, amenazada desde abajo, o sea, por los pobres, y oprimida desde arriba, o sea, por los ricos. Se perpetuaba ahí, heterogénea, indecisa, carente de cultura, de ética y de certezas, con una hipoteca por la primera residencia, con un trabajo seguro en la administración pública, o bien en paro, con un trabajo temporal mal pagado, es decir, precario, con inversiones sin valor, que no generaban beneficios, o incluso perdida, aturdida, ahogada por la crisis financiera, sin una idea clara del presente ni del futuro y con un desinterés profundo por el pasado, sobre todo en el caso de los jóvenes. En las décadas anteriores, este relleno social, que no dejó de crecer, había constituido la piedra angular de todas las sociedades occidentales al brindarles no solamente las mentes y las iniciativas que necesitaban, sino además un aspecto sin el cual los Estados y las sociedades no pueden existir: un consenso activo. Mientras tanto, el bienestar y la estabilidad económica, a los que este relleno había contribuido de manera decisiva, parecían haber hipnotizado al pequeñoburgués del siglo XX –que, durante este tiempo, envejecía sin morir, es decir, posponía el final de su existencia, sumido en un aturdimiento costoso e inevitable– hasta el punto de haberlo reducido a un mero consumidor. En conclusión, los dueños de los medios de comunicación de masas transformaron el consenso activo en consenso pasivo. La historia de la segunda mitad del siglo XX produjo sus víctimas sacrificiales inertes y ahora empezaba a devorarlas después de usarlas.

Se usará el adjetivo *medio* no para indicar la zona media del censo, sino la mediocridad cultural, política, moral, existencial, habitacional y antropológica. Se hablará del intelectual sumergido en la era de la democracia mediática, obligado a obedecer las reglas del entretenimiento dentro y fuera de los grandes medios de comunicación, pero sobre todo en la profunda diversidad interactiva de la televisión y de internet, es decir, del Ente. Y se hablará del Ente, de aquello en lo que se habrá convertido y de cómo habrá cambiado las cosas. Conjeturo que se tendrá en cuenta el debilitamiento de la política como forma *racional* de mediación de los intereses, ya sea de categoría o de clase, en favor de formas de revolución ignorante y permanente. Se dirá de las escasas luchas libradas por las hordas esclavizadas de emigrantes que son los únicos momentos de oposición real y vital al *statu quo*. Y, por último, se hablará –espero que no, aunque incluso aquí, en la Avenida, también ha habido alguna que otra acción yihadista– de la islamización de la modernidad occidental, de la apabullante derrota de los cruzados.

Allahu akbar es lo último que oirás antes de que una bajada de tensión repentina –es tu sangre que brota a borbotones por la yugular– te haga perder el conocimiento y, acto seguido, dulcemente, la vida. La repulsión, mejor dicho, el horror que siempre he sentido por el islam yihadista se ha desvanecido como atenuado por una especie de consenso sordo involuntario que me sorprende y me confunde: creo que no «nos lo merecemos», como afirman algunos de nosotros, muy pocos ya, pero creo que tampoco «hay que cargárselos a todos o, directamente, mandarlos a casa», como mascullan los parroquianos del Porcacci, que también están bastante acostumbrados, como todos, a que estos sucesos ocurran con frecuencia, y como

mitridatizados por la sangre que corre por nuestras calles. Veo la inutilidad oculta de las vidas inmersas en el vacío del pensionista, o sea, en una supuesta ventaja de existencia residual de la que en realidad no es posible disfrutar (porque no es disfrutable), pero al menos está retribuida. Nosotros, los viejos del Porcacci, vivimos nuestra condición de espera colectiva del final mitigada por un sinfín de cosas: medicamentos, nietos, fisioterapeutas, osteópatas, médicos de la seguridad social, cirujanos de hospitales, multitud de recetas de color rosa y análisis de sangre, culos a la salida del metro, médicos de cabecera, enfermeras, cuidadoras, tiendas de calzado cómodo, fabricantes de corsés, plantillas y botas ortopédicas: toda una economía que gira alrededor de nosotros y de quienes están como nosotros y que factura grandes sumas de dinero. Ante estas vidas me pregunto en secreto (es decir, ni siquiera me lo digo a mí mismo) cómo es posible que no nos degüellen o nos atropellen a lo loco mientras nos arrastramos por la nada de estas aceras. Es una limpieza, una némesis del bienestar: hay gente que da tanto asco como nosotros, que se ha criado con una religión que lleva mil cuatrocientos años sin actualizar sus protocolos, sometida a un sentimiento de trascendencia, hasta tal punto autoesclavizada por sus propias creencias que llega a matar y a matarse para alcanzar, no se sabe cómo, una felicidad ficticia en un lugar que ni siquiera existe. Esta gente, como decía, no encaja bien nuestras conquistas como civilización, porque para ellos no son más que barbarie y, por eso, creo que nos exterminarán y que destruirán los símbolos de nuestra civilización, destrozarán nuestras obras de arte, quemarán nuestros libros, nuestras películas, nuestros DVD, nuestros tangas, nuestros CD y nuestros *davidbowies*. Se instalarán en la Ciudad de Dios, islamizarán la Cúpula. Hasta que lleguen otros pueblos que arrasen con todo y los conquisten. Ya ha ocurrido y, de hecho, volverá a ocurrir.

Ahora que el Bar Porcacci trabaja con otro proveedor de pan para bocadillos, voy casi todos los días y pido que me preparen uno de berenjena y *mozzarella*. Las dos camareras históricas y la muchacha con ojeras y culazo de la barra han bajado la guardia y ya confían casi plenamente en mí después de años y años viéndome casi a diario. Antes sufría por su desconfianza. No me sentía aceptado por los parroquianos, que aquí son vecinos del barrio y se tutean entre ellos y a las camareras. Ahora, los pensionistas del Bar Porcacci, con sus perros jóvenes, ya no muestran una velada hostilidad hacia mí, sino una plácida indiferencia. La otra noche uno de ellos hasta me dirigió la palabra para hablarme de la farola que lleva puesta allí un mes, pero que todavía no han encendido: ¿Para qué la ponen si luego no la encienden? Estas confianzas inesperadas me asustaron: ya me veía sentado en el Porcacci entre un montón de pensionistas, hojeando *Il Messaggero* con un perro a mi lado. Así que fui seco: no respondí y me encogí de hombros como diciendo ¿Y tú quién eres? ¿De dónde has salido?, y me marché caminando en la oscuridad, tratando de esquivar las cacas diseminadas por la acera.

7
LENIN

Lenin estuvo aquí, decían con orgullo los antiguos vecinos de la Cavidad cuando respondían en las entrevistas de los sociólogos. Obviamente, se trata de una leyenda, es la nota a pie de página que figura en los textos que documentan esas investigaciones. Pero no existe prueba alguna de que el compañero Volodia, como se lo llamaba en aquellos tiempos, no hubiera visitado realmente a los compañeros de los hornos, es decir, a los herederos de una tradición socialista y anárquica que tal vez se remontara medio siglo en el tiempo y que se conservó casi intacta durante las décadas de la expansión posunitaria de la Ciudad de Dios.

Hasta que los revolucionarios no traman algo contra el Estado, siempre poseen cierto aire patético. Entre los que pensaban sólo en el dinero, los hijos, la carrera, estudiar, mejorar su posición o simplemente sobrevivir, poner un plato de comida en la mesa; entre los que rezaban, hacían obras de caridad o practicaban equitación; entre los que sólo pensaban en el sexo o en los juegos de azar; entre los que aprendían a cocinar o jugaban a la lotería o pensaban sacar adelante un bar, un pub, un restaurante, un comercio cualquiera; y entre los *homo faber* que pretendían construir canales, diques externos, puentes, edificios, coches, barcos, trenes y, desde 1903, aviones; en resumen, en medio de una abrumadora mayoría de personas que pensaba que la sociedad estaba bien como estaba, ellos, los revolucionarios, apartados o cuando no escondidos o a la fuga, en el exilio o en prisión, a veces desesperados por falta de recursos, pero casi siempre gente que llevaba una vida normal, con mujer e hijos, organizaban incansablemente el derrocamiento de un sistema que les parecía atroz e injusto, con intención de apelar a las clases de los desfavorecidos, de los que esperaban lo que luego Durkheim definiría como «momentos especiales en los que el individuo se olvida de sí mismo y se dedica a un objetivo superior que ocupa por completo su conciencia y sus necesidades».

Este objetivo era la Revolución que, cuando rara vez se producía, efectivamente hacía que todo el penoso fracaso anunciado durante la existencia de los revolucionarios se transformara en su contrario. Así, en las narraciones posteriores, sucesos complejos y en su mayor parte indeterminables se transforman en sucesos determinados y lúcidamente

planificados y realizados: lo improbable se convierte en el producto de la inteligencia y de la acción de hombres dispuestos a todo que, durante largas décadas de conspiración, se mueven a lo largo de lúcidas líneas estratégicas protagonizando sin vacilar hazañas valerosas. En resumen, al revisar la era de la prerrevolución después de varias décadas, he vuelto a constatar que el pasado se reescribe una y otra vez de manera que sólo prevalezcan los vencedores, mientras que los demás, a menudo eliminados físicamente, se difuminan o desaparecen del todo.

El tamiz de la Revolución escogía a Lenin, lo embalsamaba y lo colocaba en un mausoleo con forma de zigurat, al tiempo que se instalaban miles de estatuas que lo representan por todas partes. En su lugar tomaba posesión el compañero Koba, que marcó los siguientes años del socialismo y las millones de existencias sobre las que tuvo poder de vida y muerte. Una vez muerto el compañero Koba y pese a la execración oficial, lo que él había construido física y políticamente no llegó a desmantelarse del todo y sigue vivo en la actualidad bajo otras formas. El compañero Bogdánov desapareció durante mucho tiempo de la memoria de la Revolución gracias a la misma lógica de condenación histórica. Bogdánov no era su verdadero nombre, pero seguramente su figura estaba muy presente en la mente de Lenin la tarde que vino de visita al Cuadrante.

Cuando veo a los cinceladores de efigies en internet o en la tele, a los destructores de estatuas que al final de cada régimen, es decir, cada vez que se pasa de un conjunto de paradigmas a otro, salen de sus guaridas de antiguos y firmes opositores y aparecen en las plazas para cortar piernas de bronce con sopletes, para marcar con ganas rostros de piedra a martillazos y echar abajo fasces, hoces y martillos, esvásticas e inscripciones de todo tipo con furiosos cincelazos, no lo soporto. Tiran al unísono de cuerdas para derribar la estatua, por lo general de bronce, por lo general gigantesca, del déspota que ellos mismos pusieron en el poder años antes y que contó con su apoyo incondicional hasta el *descubrimiento* y la denuncia pública de sus crímenes, como ocurrió tras la muerte de Koba o durante el derrocamiento y posterior eliminación de Ceaușescu, Sadam Husein y Gadafi: no se me olvida aquel vídeo en el que el rais aparece con la cara ensangrentada, aturdida y aterrorizada, la vehemencia de sus verdugos, las continuas invocaciones a Alá, como si buscasen el apoyo moral de Dios para lo que estaban a punto de hacer, el chiquillo que blande la pistola de oro, una ferocidad inconsciente, tribal, las fotos del cadáver arrastrado por el suelo…

Momentos de vergüenza política implícita y colectiva (¿dónde estábamos todos hasta hace un año?) exorcizados y como resueltos mediante actos furiosos e insensatos de aniquilación icónica de masas cuando de la Historia debería conservarse todo: cada estatua, cada templo, cada monumento, cada cornisa, cada arma ensangrentada, todos y cada uno de los libros, discursos, edictos, todo –incluida cada palabra pronunciada en

sede política– debería ser archivado o puesto en acta. Obtendríamos como resultado archivos y bibliotecas inmensos e intocables, las ciudades estarían atestadas de monumentos, de placas conmemorativas, de inscripciones, de estelas y estatuas de todas las épocas, portadoras de verdades en conflicto eterno, medias verdades y flagrantes mentiras, de unas obras conmemorativas al lado de otras, prohibida cualquier alteración. «Entendíamos que verdad y mentira son hermanas, al igual que sabíamos que en el mundo hay muchas miles de verdades…», escribe desde el gulag Varlam Shalámov. Pues eso, que hay que dejar que las ciudades las cuenten sin cortapisas: verdades paganas, cristianas, islámicas, laicas, protestantes, heréticas, verdades políticas, antipolíticas, revolucionarias, contrarrevolucionarias, progresistas, reaccionarias, fascistas, verdades públicas, privadas, estatuas de héroes/heroínas de toda época y circunstancia… Sin embargo, tras la demolición de la estatua, los exaltados le escupen infantilmente, le mean encima, la pisotean gritando, aunque sea de bronce, y al final le arrancan trozos para llevárselos de recuerdo. Me llevo a casa la nariz gigantesca de Koba, la conservo, la vendo, la uso como tope de la puerta, se la enseño a mis amigos.

Le ocurrió varias veces a la efigie de Lenin, considerado, justo después de Koba, el máximo responsable de las vilezas del comunismo. Es más, según el dictado dominante, del comunismo como vileza. Hay quien dice que las posteriores aberraciones del comunismo están ya incluidas en el leninismo. No, la culpa fue por completo de Koba, afirman otros. La culpa fue de uno y de otro a partes iguales, sostienen terceros, pero es el comunismo en sí el que está mal. No, el comunismo en sí no contiene ningún aspecto negativo intrínseco, discrepan otros, pero para construirlo hubo que realizar actos necesarios, que hoy parecen crímenes contra la humanidad. Y lo son, joder. Implantaron los gulags, como ya se hacía en la tradición zarista. Comunismo y gulag son lo mismo, el uno no puede existir sin el otro, afirman. No es verdad, se rebate, la idea comunista es válida, su realización es errónea: hay que refundar el comunismo. Será así, pero prueba a *abolir la propiedad privada* sin gulag, fusilamientos, policía secreta, delaciones, tribunales populares, deportaciones en masa, etcétera.

En realidad, a aquella cosa política, colectivista, la combatían por todos los medios desde el momento mismo en que intentaba nacer, porque, en todos sitios, era modelo y promesa de un futuro mejor para las masas subalternas de Occidente que, gracias a la presencia del potente bloque comunista al otro lado del telón de acero, se atribuyeron derechos y servicios que antes eran prerrogativas exclusivas de los ricos. Derechos y servicios que hoy, muerto y enterrado el comunismo, o transformado en su contrario, el Capital aspira a recuperar por todos los medios.

–Hoy el café te ha salido más rico que otros días.

–Además de verdad.

–¿Y eso qué quiere decir? ¿Que los demás días está asqueroso?

Desde el año 1989, en todo el antiguo bloque comunista se afanan en destruir los monumentos de Lenin. En internet se pueden encontrar sitios dedicados a este fenómeno, pero hay tantos diseminados por ahí que eliminarlos por completo resultará difícil. La *damnatio memoriae* está en pleno auge y lo más probable es que los veinteañeros de hoy no sepan ya quién es y, a fin de cuentas, mejor que sea así: mejor no saber que un saber amañado y falsificado. Y así, mientras aún hay gente que hace cola ante el Mausoleo de la Plaza Roja para echar un vistazo rápido a la momia, en otros sitios, sobre todo en los antiguos países satélite, se profanan y se derriban monumentos.

Por las muchísimas fotos que encuentro en la red, se ve que existía un estándar estilístico realsocialista al que se atenían todos los regímenes comunistas, aunque no todos los resultados estaban al mismo nivel: eran pocos los artistas que conseguían plasmar la agudeza irónica de la mirada de Lenin y, en cualquier caso, ninguno trató de hacer de él un ser humano. Habría sido un error, porque el objetivo de los monumentos es abstraer, esquematizar, simbolizar, divinizar, geometrizar, hacer que trascienda, en definitiva, ir más allá del titular.

Suele ir con chaqueta, chaleco y corbata, sobre los que a menudo lleva un abrigo ruso largo y grueso, abierto por delante y ligeramente movido por el viento. Algunos le añadían su famosa gorra con visera. Aun así, la concomitancia de los cuatro elementos no era necesaria: existe un Lenin con chaqueta y gorra y un Lenin con abrigo aunque sin gorra. También varía la postura, pero poco. Algunas estatuas lo inmortalizan en el acto de andar sin prisa, con una pierna extendida hacia delante. En otros monumentos está parado, si bien con un brazo tendido para indicar el futuro que queda por construir. En otros está dando un discurso, inclinado hacia delante, una postura suya famosa, muy dinámica, que imagino que un fotógrafo captó en octubre del diecisiete y que luego se ha reproducido más veces, en muchas versiones. El semblante siempre muestra ligeras diferencias; había escultores buenos y menos buenos, pero todos estaban al servicio de la propaganda política, creativos de la propaganda que, en lugar de anuncios, producían iconos tridimensionales, a veces muy hermosos, porque, cuando hay talento, no se puede refrenar del todo y algo siempre emerge y se plasma.

La reproducción escultórica de la frente, cuya vastedad convexa estaba acentuada por la calvicie, suponía algún que otro problema. Lenin era un globicéfalo, como los marcianos socialistas que Bogdánov imaginó en *Estrella roja* (novela de ciencia ficción que, en 1906, gozó de un gran éxito en Rusia), donde se describían de manera muy similar a los extraterrestres del Área 51 y de *Encuentros en la tercera fase*, de Spielberg. También en Vladímir Ilich Uliánov se aprecia un gran desarrollo de los lóbulos frontales, que parecen contener áreas cerebrales dedicadas a la empatía y a la emoción, es decir, a los lugares neuronales de la motivación moral/emocional para hacer o no hacer las cosas. Tras aquella frente semiesférica había una extraordinaria lucidez política al servicio de una voluntad indefectible de imponerse a sus adversarios, que es típica de un

auténtico líder. Nutría aquella extraña forma de ambición personal que consiste en la necesidad de poner en práctica sus ideas y no, como normalmente se cree, en la sed de poder. Yo, aunque fuese capaz de humanizarlo, renunciaría a la tentación: con personajes de este calado, es la regla principal. Lenin ya es mero bronce y así debe quedarse.

Son cosas de hace un siglo, no demasiado tiempo, pero Lenin, la revolución fallida de 1905 y todo lo demás, incluida la gran Revolución exitosa de 1917, ya no son considerados acontecimientos y figuras importantes para el presente. Es como si setenta años de Unión Soviética no fueran más que un intervalo, un paréntesis, un titubeo negativo de la Historia que, en lugar de continuar hacia la afirmación presente y total del capitalismo, se desvió, se opuso, criticó y finalmente se rebeló con las armas contra un destino que parecía marcado y que, durante casi un siglo, edificó por todo el planeta sociedades alternativas y totalitarias, opresivas, sanguinarias y pauperistas, basadas, según la opinión extendida, en la envidia social. Hoy pocos son conscientes de la complejidad de la elaboración filosófica antagonista al capitalismo, lo épico de esos acontecimientos, la extraordinaria belleza de las sociedades utópicas, la construcción de un imaginario alternativo al occidental, la tragedia de su fracaso y lo que significará para los próximos cien años.

La historia de la Rusia del siglo XX es una superposición continua y desesperante de infinitos relatos divergentes, condenaciones, revaluaciones, nuevas condenas, interpretaciones, lecturas de una ebullición increíble de acontecimientos, de clases sociales tumultuosas, del nacimiento de figuras políticas de todo tipo. Y está saturada de sangre, fatalmente mezclada con un ovillo inextricable de mentiras, traiciones, provocaciones, delaciones, valor, generosidad, horror y con una sucesión de diatribas filosóficas y conflictos ideológicos. La Revolución de 1905 no es más que un anuncio de lo terrible que sería el siglo XX en el este europeo: miles de muertos en la guerra ruso-japonesa, masacres en las que el ejército disparaba a la muchedumbre en las plazas, dos millones de muertos durante la Gran Guerra además de los acontecimientos de 1917, que abrieron nuevos y luminosos capítulos en la historia de las monstruosidades humanas, a partir de los obvios fusilamientos y luego de la guerra civil, para seguir con las colectivizaciones forzadas, las carestías, las purgas, el gulag, más fusilamientos y deportaciones en masa, hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando la madre Rusia detuvo a los nazis prácticamente con los cuerpos desnudos de sus hijos amontonados en las riberas del Volga. La victoria costó más de veinte millones de vidas, veinte millones, un sacrificio por el cual Occidente nunca ha mostrado especial gratitud. A continuación, ya sabemos, tuvimos la Guerra Fría, Corea, tensión, misiles nucleares, pesadilla planetaria, submarinos, Berlín, espías, Vietnam, crisis mundiales, guerra en Afganistán, Chernóbil, derrumbe del Estado totalitario, luego crisis y miseria, las convulsiones agónicas del viejo sistema, las sucesivas autocracias, Chechenia y mucho más, asuntos de los que

sabemos poco y que nos importan aún menos, tragedias silenciosas que se consumaron por todas partes en Rusia y cuyo eco ha tenido en nosotros un efecto rebote amortiguado: a fin de cuentas eran cosas rusas.

Sin embargo, aunque este Lenin que se baja de un tren procedente de Nápoles a última hora de la mañana del 29 o el 30 de abril de 1908 en la Estación de Termini de la Ciudad de Dios sea el jefe de la facción bolchevique del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia en el exilio, aún no es ese personaje gigantesco que resulta de la suma de los hechos históricos que protagonizaría después. No obstante, para mí, que ahora escribo torpemente sobre el tema, este Lenin con bombín (no existen bustos de Lenin con bombín, pero estoy seguro de que aquella mañana lo llevaba puesto) sigue siendo un monumento de bronce inaccesible que no tengo la arrogancia ni el derecho de *humanizar*. Sé que no dejó de ser un hombre, pero no puedo construir una imagen suya arbitrariamente novelesca. Lenin es *Lenin*, joder, a lo sumo puedo imaginármelo con un banal ardor de estómago. A última hora de la tarde de ese mismo día debe tomar un tren con destino a Ginebra, la «minúscula balsa pequeñoburguesa, mi tumba», donde vive exiliado tras la fallida pero importantísima revolución rusa de 1905, en la que participó con un papel tardío y marginal, y donde publica la revista bolchevique *Proletarij*.

Anoche soñé que salía al espacio desde una nave espacial orbitaria. Llevaba casco, mono y todo lo demás, pero no guantes. Poco después me daba cuenta, intentaba volver a entrar, pero en la escotilla por la que había salido había una reja de hierro como las que se ven aquí en las ventanas bajas que dan a la Avenida.

La Rusia de entonces financiaba el Partido, pero el Partido nunca estuvo presente en la Avenida porque la Avenida es una realidad pequeñoburguesa más moderna. Cuando la ciudad de la especulación inmobiliaria colonizó este territorio, hacía unas décadas que el Partido ya había llegado a la Cavidad, en la cual permaneció incluso después de la muerte de las fábricas mientras hubo proletarios, subproletarios, arrabaleros, chabolistas y sintecho. La Avenida, en cambio, no tiene nada de proletaria, no tiene ninguna relación con la arcilla, con las fábricas, los ladrillos ni el trabajo manual que reinaban en el Cuadrante; no es más que un producto del pseudomodernismo urbanístico, ambiguo y engañoso, que caracterizó la expansión posbélica de la Ciudad de Dios: ambiguo, por cuanto deudor de la cultura de las formas y las reformas de principios del siglo XX, aunque en versión peninsular, pues, durante la segunda posguerra, la Ciudad ya había demostrado su querencia por la especulación; engañoso, porque la relación entre norma y forma, en otras palabras, entre política y asentamiento, se entendía de manera errónea y parcial. En realidad, no son cuestiones ni tan técnicas ni tan complejas, pero hoy en día ya no le interesan a nadie.

Es importante decir que la cota cero de la Avenida y de sus afluentes es territorio, reino y dominio de los automóviles y sus derivados. Gasolineras, autolavados de coches, autorrecambios, garajes subterráneos y en superficie, rampas, aparcamientos con líneas diagonales de dos colores pintadas en las paredes, zonas de estacionamiento gratuito, aparcamientos en línea por toda la calle con plazas delimitadas por líneas blancas o amarillas, además de talleres de todo tipo, de coches, motos, *scooters*, carrocería, neumáticos, electroauto y una cantidad determinada de misteriosos desguaces dentro de naves construidas en los pliegues de la Cavidad, a lo largo de carreteras terrizas que se adentran en el corazón profundo y antiguo de las arcillas, en dirección al Monte de los Jabalíes.

Sin embargo, el Estancamiento se ha cebado con los vendedores de coches, que antes abundaban. Los concesionarios están cerrando en masa y los locales se han transformado en salones de juego y videopóker que han tintado los cristales de los escaparates y sustituido las grandes puertas transparentes por puertecillas que dan a un pequeño

vestíbulo custodiado por un falso-hípster o un falso-gánster joven, un puesto de guardia medieval que actúa como filtro entre un reino oscuro, el del juego compulsivo, y otro más claro aunque triste, el de la no-ciudad que me atormenta. Puesto que nada de lo que vemos está exento de un juicio estético inmediato, yo, por mi parte, observo con espíritu crítico pero benevolente los aires acondicionados colgados en las ventanas y los instalados encima de los escaparates de las tiendas, estos últimos provistos de un tubo que gotea sobre la acera y forma un riachuelo estivo que con el tiempo se pone verde de algas: estos aparatos, como el mío, son fruto de cómodas cuotas, o de alquiler con opción a compra u otras formas modernas de pago aplazado que nos convierten, en cuanto clase media en estado terminal, en deudores de por vida. Con la misma benevolencia observo la red de plástico roja que lleva meses rodeando un agujero en la acera o la minúscula abolladura en la carrocería nueva de un coche, de esos que se consideran de lujo, que imagino que puede ser el cráter de impacto de un micrometeorito, es decir, de algo grande de origen espacial que se precipitó contra la Tierra a toda velocidad y se consumió hasta alcanzar el tamaño de un grano de arena porque el Cuadrante, como cualquier otro sitio, no cuenta con defensas contra las amenazas del Universo.

También está la barrera peatonal medio caída, que lleva años torcida, la tienda abandonada desde hace mucho tiempo, rebosante de basura en el hueco entre la persiana metálica y el escaparate. Dentro sólo hay polvo, muebles viejos de color gris y mesas apiladas. Y fuera, por toda la acera, un paisaje secundario plagado de señales de tráfico y cuadros eléctricos, a menudo colocados sin criterio, de plástico gris y dotados de puertas con cerradura, algunos de ellos abandonados, entreabiertos y llenos de papeles, latas y las características botellas de cerveza Peroni de 66 cl cuidadosamente colocadas en vertical.

En ocasiones, la silueta de una Honda SH azul recortada en el gris de cualquier persiana metálica –cubierta, como el resto del paisaje divisable, de pegatinas de empresas de mudanzas, de técnicos multitarea y de dudosos porteadores– me sorprende como una revelación y me detengo a contemplarla con las bolsas de la compra en las manos. Esto mismo puede ocurrirme unos días después ante un cúmulo de basura al borde de la acera, o ante un puñado de hojas de agave secas y tiesas en las jardineras de la parada del metro, o ante una pila de cartones ondulados de dos metros de alto amontonados delante de un supermercado, resplandeciente por la luz rasante de las seis de la tarde de un día de junio. Busco consuelo en la estética preterintencional de la ciudad en crisis que me rodea, en la singularidad de algunos objetos, en su extrañeza y, en general, en la reticencia de casi todas las cosas a parecer lo que simplemente son.

Me consuelo con el negro plástico, ceroso y no tan puro de las ruedas amontonadas delante del taller de neumáticos y con la esencialidad total de su local: máquinas para elevar vehículos y extraer los neumáticos de las llantas, compresores de aire y otros objetos desconocidos; dentro, gente manos a la obra vestida con monos azules de

trabajo, el estandarte del equipo de fútbol colgado en la pared y la consigna enérgica: la de detrás está pinchada, no te queda más remedio que tirarla. No me descorazona el sencillo vallado de cemento rugoso del centro de transformación eléctrica debajo del Viejo Puente de Ladrillo ni la forma que ha adquirido la manta, en apariencia abandonada, del hombre que duerme por desesperación en la acerca del paso subterráneo de la Circunvalación Oeste.

Durante mis paseos busco experiencias visuales a las que poder dar el visto bueno: ¿cómo puedo hacer que me guste un puñado de baldosas hechas añicos caídas de uno de los sacos de escombros (reforma de piso en curso) que hay amontonados al lado de un portal? No lo sé, tienen algo de irremediable, de catastrófico, no queda ni una entera, ninguna que pueda recomponerse, al contrario que los dos modelos antiguos de estufas que han abandonado intactas y que están apoyadas en la pared del Bloque justo donde la Avenida alberga una ristra de contenedores, como diciéndoles a los de la EPNRB (Empresa Paramunicipal de No Recogida de Basura): «Venga, echáoslas a los hombros y lleváoslas de una vez». Aquí, como en todas partes, la conformación caótica lucha sin descanso –y suele vencer– contra el orden y la geometría. No me da tregua, cuenta con la ayuda decisiva de humanos de mirada impasible, proclives a generar basura, a pintar grafitis, a estropear y a hacer continuas chapuzas; cultivadores de la no-manutención, de la reparación de cualquier manera: nunca aciertan con el color de la pintura de debajo, nunca parchean el asfalto en condiciones, nunca ponen una valla publicitaria no ilegal, nunca repasan los pasos de cebra descoloridos, nunca, jamás.

Y, con todo, de vez en cuando algunas cosas estimulan mis papilas estéticas hasta el punto de inducirme a sacar una foto con el móvil, con la consiguiente publicación en Instagram, para jactarme, con una actitud irónica que no me caracteriza, de la fealdad que me rodea: los autóctonos somos los primeros que reconocemos lo fea y degradada que está la sagrada y antiquísima ciudad de la que somos prisioneros. Por tanto, incluso un chicle tirado en la puerta de un concesionario Fiat, incluso los cercos de cal que dejan las filtraciones de agua en el suelo de goma del andén del metro, incluso la sombra casual de un postigo en el alféizar de una ventana, incluso el ojo vacío de un conejo pelado en el mostrador de la carnicería, incluso la combinación de reflejos urbanos en el parabrisas de un coche, incluso el parachoques desmontado por el carrocero que está en la prolongación este de la Avenida con otras carreteras, incluso un tanque de gasolina rojo chillón de Ducati abollado a causa de una caída, incluso una manzana podrida tirada en la calle, incluso un anuncio rasgado que cuelga a merced del viento de una pared del paso subterráneo, incluso una vieja hormigonera olvidada en un área pequeña de Tercer Paisaje, incluso el mimbre hundido de una silla vienesa abandonada en la calle *para llevar*, práctica habitual por estos lares, incluso la reja semicircular de un semisótano, incluso la geometría de un parche de asfalto, incluso una grúa lejana al otro lado de un muro de obra, incluso el hígado verdoso de un animal en la carnicería,

incluso una tubería, un desconchón de pintura, una sagrada Peroni de 66 cl, una red metálica, una pared con almohadillado rústico bajo la luz del sol, el enigma estético de un motor Yamaha de especial plasticidad, la silueta de un coche bajo la claraboya de un garaje, un encofrado tradicional con un molde de piezas de madera, una sombra oscura oblicua a las dos de la tarde en un mes de sequía observada desde detrás del escaparate de un concesionario de motos, con su pilar verde chillón, o bien un cuadro eléctrico deformado, el salpicadero derretido de un coche quemado debajo de casa, una ventanilla de información medio cerrada empotrada en una pared; cualquiera de estas cosas puede ser objeto de un momento de atención espasmódica. Cuando vives en la casi total mediocridad visual propia de la Ciudad de Dios, comienzas a contemplar el modo en que un objeto, no importa cuál, se manifiesta en la luz del mundo: ya no se trata sólo de si me gusta/no me gusta, sino además de quién-cuándo-cómo-*por qué* se ha hecho.

Hoy he vuelto a ver a la mujer sin nariz. Me la encontré hace una semana en el supermercado abierto las veinticuatro horas todos los días del año. Tendrá unos cincuenta años, en lugar de la nariz tenía una gasa un poco ensangrentada, adherida a los pómulos mediante dos tiritas; debajo, donde normalmente tenemos la nariz, se entreveía una cavidad serosa. Me impresionó y, mientras estaba eligiendo una bolsa de ensalada prelavada, se me saltaron las lágrimas. Cuando me puse en la cola de la caja, la mujer sin nariz estaba un par de puestos delante de mí, la veía de espaldas y, al mismo tiempo, podía observar la expresión de los que tenía enfrente. Yo habré puesto la misma cara: perplejidad y asco y, al cabo de unos segundos, desazón y pena. La enfermedad y la muerte nos aturden de inmediato porque existen sin más, son no reducibles, no comentables, siempre consustanciales a la vida y a la ciudad. Hoy, cuando entraba en mi portal, he vuelto a verla. Estaba de espaldas a la pared externa del dintel de la puerta y, cuando ya me estaba girando, me ha dicho: «Deje abierto, por favor, luego cierro yo».

Observo la manera en que, a la hora del almuerzo, los autómatas se despatarran cansados en las sillas de plástico negro, que imitan ratán trenzado, de los bares de la zona. Llevan chalecos con el logotipo de la empresa para la que trabajan, es decir, para la que están haciendo de mano de obra (la expresión *mano de obra*), o sin ningún tipo de marca, tan sólo sudaderas bajo chalecos multibolsillos y, sobre todo, pantalones de trabajo totalmente raídos y descoloridos, cubiertos de manchas, muy usados, con los dobladillos descosidos y los bolsillos llenos, imagino, de cosas-que-son-útiles, que se ajustan a la perfección al cuerpo de los humanos que hacen un trabajo físico en la obra, y zapatos de seguridad en los que aprecio la puntera globicéfala acorazada. Sobre la mesa suele haber cuatro botellas de Peroni de 66 cl vacías. Grandes cantidades (en mi opinión) de alcohol corren por las venas de los autómatas del este del Continente que

vienen hasta aquí para trabajar, pero con la condición de hacerlo con 66 cl de Peroni entre pecho y espalda, una dosis que para algunos de ellos, los más jóvenes, supongo que menos integrados y mucho más perdidos en la inutilidad poslaboral metropolitana, aumentará más tarde, por la noche, cuando terminen su jornada de trabajo y se reúnan a charlar de pie, apoyados en las barreras peatonales delante de las tiendecitas de los bengalíes, con una cerveza en la mano que irán consumiendo a tragos. Éstos son los únicos hombres a los que respeto de verdad. No tengo que estimarlos para respetarlos, me basta con un par de zapatos pesados, blancos de cal, a veces con un chaleco naranja fluorescente con rayas blancas reflectantes, un cinturón de carpintero con todas las herramientas colgadas, por poner, un martillo de los buenos, de esos con los que se pueden golpear clavos de 15 cm y remacharlos con dos o tres golpes más dados con maestría –qué espectáculo el carpintero cuando martillea un clavo hasta hundirlo recto y perfecto, con la cabeza ligeramente incrustada en la madera, y los listones y los tablones de abeto con ese aroma que desprenden, y el ruido fuerte y seco del clavo al entrar–; como decía, son hombres a los que respeto, ante los cuales me quito virtualmente el sombrero, trabajadores especializados y no especializados, gente que viene del extranjero, que a mediodía ya está agotada después de cinco horas de dura faena-aplicación-concentración, sobre todo por la tensión de intentar sobrevivir en el peligro amenazante de la obra. Ahí están tomando café tras haber devorado una *pizza* blanca de 20 x 20 cm de mortadela; ahí van, puestos de cerveza hasta las trancas antes de cruzar la calle para volver al trabajo. Autómatas probablemente explotados que duermen aquí, en las casetas de la obra, que no son más que contenedores con ventanas que veo apiñados allí arriba con cierta sistematicidad cerca de la entrada de la Cavidad. No sé nada de ellos, tal vez por eso sean mis ídolos: al igual que muchos pequeñoburgueses intelectuales que fracasaron antes que yo, mitifico el *faber* proletario, que para mí es antimateria que me aniquila al entrar en contacto con ella.

–¿Tenéis wifi?
–Sí.
–¿Me puedo conectar?
–Sí, pero tenemos un problema…
–…
–Me han tocado la contraseña.
–¿Tocado?
–Sí. Lo normal es que pudieras conectarte, pero me han cambiado la contraseña. Así que nada. Lo siento.

Igual que te creas una imagen de la ciudad en la que resides, y cada uno tiene la suya, también sacas una impresión de la sociedad y de la contemporaneidad en la que

vives. Todas y cada una de estas imágenes, sólo parcialmente individuales, son tan acertadas como erradas, porque nadie tiene el cuadro completo, nadie conoce nada incontrovertible sobre el presente (y mucho menos sobre el pasado o el futuro), así como nadie conoce nada realmente certero sobre su ciudad o su presente. Pero ¿es indispensable tener una idea del presente? ¿De verdad es necesario saber algo más exacto del tiempo en que nos ha tocado vivir? Si la respuesta es afirmativa, ¿cuáles son las herramientas de conocimiento más adecuadas? ¿Acaso las de los profesionales que relatan de manera estructurada la confusión reinante en el mundo cercano, lejano y remoto? Sí, pero eso nunca es suficiente, de modo que las complementamos con la imaginación, los tópicos y la opinión prejuiciosa.

La observación atenta y directa me informa de lo que ocurre cerca de mí, cada día me narra la microhistoria de la Avenida y de lo que sucede en la otra acera; los únicos acontecimientos que nos interesan a nosotros, a los parroquianos del Porcacci y a los observadores de las *microcivitas* perdidas en la pausa urbana del Cuadrante, son los que interfieren de un modo u otro en el fluir sordo de nuestras existencias parasitarias, como, por ejemplo, la desobstrucción del desagüe al final de la Avenida, el que está muy hundido y que, cuando se atora, produce un auténtico lago, un fenómeno geográfico intransitable, o la eliminación de la montaña de residuos que hay entre los contenedores y el zócalo del Edificio, que apenas nos deja espacio para pasar.

A menudo veo a algunos cazadores-recolectores rebuscando en estos contenedores. Emplean perchas metálicas a modo de ganchos. Creo que buscan cobre, cables eléctricos, aparatos electrónicos para desmontar y pequeños electrodomésticos, amontonan todo lo que pillan a un lado y, a continuación, en un carro de la compra, en un cochecito o en una maleta de cabina, se llevan impresoras viejas de aguja, radiocasetes de los ochenta modelo Ghetto Blaster y otras cosas por el estilo; después, cruzan sus agujeros secretos en el cercado del Monte, suben el botín arrastrándolo por un camino de cemento, lo depositan en una plataforma que está debajo de sus chabolas y se van a casa, porque aquélla –creamos lo que creamos nosotros, que los observamos desde lo alto de nuestro Bloque infestado de microcucarachas en la otra acera de la Avenida, molestos por la presencia inextinguible de todos esos trastos viejos– es su *casa*. No lo será para siempre, pero por ahora *viven* allí. A mí, que los miro por los prismáticos, me gustaría que allí no hubiese nada semejante, porque, a fin de cuentas, el Monte es un parque público, o sea, *debería* ser un parque público, pero no puedo sino sentir respeto por esos refugios frágiles y primordiales en los que algunos ejemplares de *homo* no muy diferentes de mí han decidido instalarse. Aprecio su dignidad en cuanto seres vivos especialmente cuando llega el buen tiempo, o sea, la época de la no-lluvia, cuando el monzón les da tregua y veo cómo se organizan con mesas y sillas cogidas de la calle, mobiliario de oficina en su mayoría, con ruedas y tapizados rojos, azules y negros, para sentarse al aire libre como lagartos al sol.

–Acabo de despertarme, tengo hambre y sueño, ponme un capuchino.
–Podrías dignarte a dar los buenos días, ¿no?

He hablado de la observación directa de los fenómenos exodomésticos, de la microhistoria de los acontecimientos que suceden debajo de casa y de la acera que hay entre el Edificio y la Avenida; a partir de estos elementos es posible hacerse una idea general de las características del tiempo presente, añadiendo a los datos obtenidos de la experiencia individual los que proceden de la información cada vez más limitada, triste, rápida, indiferente, indiferenciada y diseccionada que proporcionan los diferentes televisores encendidos en las casas y en los bares, y los periódicos, para quienes todavía los leen, aunque lo cierto es que en la Avenida nadie ha leído un periódico en su vida, salvo los que dan gratis en el metro, en vías de extinción visto que ya nadie los mira, pues los móviles concentran toda nuestra atención, y los que se encuentran en las mesas de los bares, que sobre todo son deportivos, con titulares sobre el Equipo que arrasa, ocasión en que alguien salta y dice que apoyar al equipo cuando todo va bien es muy fácil, pero que el verdadero hincha lo demuestra en los malos momentos. Como si ser un hincha *verdadero* fuese el reconocimiento fundamental de pertenencia situado en un lugar determinado del espacio-tiempo, incluidas las gradas del estadio y las radios locales dedicadas al Equipo, fuera del cual cada uno puede hacer lo que le salga de las pelotas. Yo ni soy hincha de ningún equipo ni me gusta el concepto, pero me equivoco. El hincha se ha quedado solo compensando la no-pertenencia política, la desideologización general. En la confusión agravitacional de la edad casi anciana que caracteriza al habitante de las antiguas Torres de VPO –unas cooperativas tan cementicias, orgullosas, severas, soviéticas y, sobre todo, tan altas que se recortan como una isla socialista en mitad de la mole de edificios burgueses de los alrededores–, en su incapacidad para aferrarse a algo sólido, en la corriente que lo arrastra hacia rápidos cada vez más impetuosos que lo conducirán a la catarata final, agarrarse al Equipo es como una tabla de salvación. Es algo en lo que pensar, sobre lo que hablar, algo que puede removerte los residuos precordiales cuando ya se han secado todos los pozos emocionales, que puede provocarte una sacudida nerviosa en las terminaciones momificadas, que puede hacerte sentir vivo y alegre, o incluso abatido, pero al menos vivo. Al ir desapareciendo en la Avenida en todos los sentidos la sensación de ser *cives*, es decir, participante aunque sea a través de un partido (es más, justo por pertenencia a él) de la vida política de la ciudad y del país, lo único que queda es ser un hincha ya más tranquilo de algún equipo.

–¿Has ido al nutricionista?
–Sí, en internet. Abres el Google y pones «dieta del grupo sanguíneo». Escribes tu grupo, altura, edad y peso y te dice la dieta.

–Ah. Y ¿qué comes?

–Pechuga de pollo.

–No veas si has adelgazado.

Hace un rato, cuando volvía a casa en moto, he visto que un treintañero yacía bocarriba en mitad de la calzada de la Circunvalación Oeste, poco antes de llegar a la Gran Curva de noventa grados donde hace muchos años yo mismo me caí con la Lambretta. Esta vez también se trataba de un accidente de moto, el muchacho parecía grave, había mucha gente a su alrededor que intentaba ayudarlo, consolarlo, que llamaba a la ambulancia, pero por la posición de las piernas, flexionadas y juntas, y por la ausencia de sangre, he deducido que no tenía lesiones físicas importantes: alguna contusión en alguna parte, quizá una fractura. Quien nunca ha sufrido un accidente de moto no ha podido experimentar la dureza áspera del asfalto cuando te raspa un hombro, la cabeza o una pierna, o cuando te golpea en el tobillo y te lo fractura; tampoco conoce la bondad premurosa del *civis* que corre en auxilio del herido ni la ferocidad sanguinaria del tráfico urbano, que en esos momentos se manifiesta más que nunca como fuerza bruta en movimiento dotada de aceleración, velocidad y, sobre todo, de masa: un peso en movimiento que no hace distinciones con tal de cumplir objetivos individuales, que casi siempre son fútiles.

Desde el momento del impacto hasta que caes sobre el asfalto, o sea, durante el arco de tiempo durante el cual describes una trayectoria parabólica motivada por las mismas leyes físicas a las que obedecen los astros, tienes la experiencia de introspección más profunda de tu vida, la memoria empieza a revivirlo todo frenéticamente, te acuerdas hasta de la primera vez que viste el mar de cerca. A saber por qué. De pronto, todo lo que está a tu alrededor se torna distante e indiferente. Por una parte, está la Ciudad de Dios; por otra, estás tú, en perpendicular a su flujo. Ésta es la primera enseñanza, en ocasiones infravalorada, que te da la ciudad, o sea, *esta* ciudad: empiezas a formar parte de la ciudad cuando ella ha intentado matarte y no lo ha conseguido.

Si no has pasado por una experiencia similar, aún no has aterrizado en la ciudad, es decir, sigues viviendo en una ciudad mental, análoga y paralela, de la que albergas algunas ilusiones y tal vez creas sin saberlo, quiero decir, sin ser muy consciente, en la racionalidad fundamental de lo que hacemos, construimos, producimos y realizamos de una manera que, por convención, llamamos *urbana*: es probable que te quejes, y que lo hagas mucho y a menudo, de la característica primordial del espacio que te rodea, esto es, del atasco, de la sobrecarga que llega a paralizar el tráfico, y que no sepas proponer soluciones. Crees que las sabes, pero, en realidad, como todos nosotros, no sabes qué debería hacerse. ¿Tal vez demoler para ensanchar? ¿Soterrar las vías del tren? Claro, pero no podrías negar la esencia misma de la ciudad, que consiste fundamentalmente en ser un error que sólo se puede corregir aquí y allá, pero que no se puede enmendar. Esta

ciudad constituye una aglomeración apabullante de personas, cosas, casas y vehículos. Vivir en ella significa hacerlo apiñados, sin espacio vital, rodeados por un territorio de gran belleza si haces la vista gorda a las segundas residencias diseminadas por todas partes y a los antiguos barrios racionales en damero, también conocidos como parcelaciones ilegales, que a veces se construían como en la Edad Media, es decir, sobre macizos y crestas de toba, y que confirmaban de esta manera el derecho sagrado del ser humano a instalarse en la Tierra sin ningún criterio urbanístico.

> Esta noche, en un paisaje plagado de residuos sólidos y montículos de fango, estaba persiguiendo a una jabalí con sus crías, agarraba a la Madre por la cola y empezaba a darle vueltas en el aire como si nada hasta que conseguía lanzarla lejos, mientras las crías huían despavoridas. Era de noche y alguien en la oscuridad, detrás de mí, me echaba en cara haberla matado y, me cago en Dios, me desperté jadeando, lleno de remordimientos y de odio hacía mí mismo.

Hoy, la habitual lluvia amazónica sobre la Ciudad de Dios. Desde la ventana observo, al otro lado de la Avenida, a unos indios evangelizados que corren por las laderas del Monte de Arcilla para resguardarse debajo del puente del Nudo Vial. En la acera veo a unos jubilados que se juegan la vida en el diluvio. Ayer, décimo intento de la Empresa de Electricidad para reparar cuatro farolas fundidas desde hace meses. No podrán, porque en realidad no quieren. O puede que no sean reales, quizá sean actores, figurantes vestidos de naranja. Puede que este tramo de la Avenida no sea más que el decorado de un *reality* de poca monta, puede que la propia ciudad no sea más que un experimento científico para conocer qué ocurre cuando ya no creemos en nada, y todo nos da igual, y nos dedicamos a jugar al Rasca y Gana, y a comer filetes de pollo y calabacines hervidos mientras llueve a cántaros por las tardes.

9

CAPRI

La ciudad a la que llegó Lenin poco tiene que ver con los motivos por los que lleva siglos siendo famosa en el mundo entero. Desde hace poco más de treinta años, treinta y ocho para ser exactos, es la capital de un país pobre y culturalmente atrasado, y que sigue en construcción. Seguirá así durante otros cien años. Se expande tras mil quinientos años de contracción dentro de un recinto amurallado que resultó ser demasiado ancho, en el que durante siglos se autoabasteció sin llegar a consumirse del todo. De ahí los aún considerables despojos de cuando era muy rica, muy potente en el plano militar, inalcanzable en el técnico y culturalmente hegemónica.

Por este motivo una semana antes, Lenin, que procedía de Ginebra y que tenía unas horas libres que pasar en Termini a la espera del tren hacia Nápoles, había bajado por la avenida Nacional hacia el barrio de la ciudad que, en esa época, aún sobrevivía en las áreas arqueológicas monumentales y dejaba a la vista una parte del que solía llamarse Campo Boario, del Foro y de los Mercados conocidos como de Trajano, con columna celebrativa incluida, además del Anfiteatro Flavio y todo eso. Lenin no disponía de mucho tiempo y el arte no le llamaba especialmente la atención; no sabemos cuánto le interesaba la arquitectura, pero tenía suficientes conocimientos de historia y de derecho romano como para desear echar al menos un vistazo al osario de una potencia política que había sobrevivido durante tantos siglos, osario que, al cabo de unos veinte años, el socialista Mussolini (al que Lenin definirá como «el único capaz de hacer una revolución en Italia», previsión que se cumplió) considerará algo de lo que seguir presumiendo después de treinta siglos, a pesar del evidente estado de abandono cochambroso que ya impresionaba al viajero en la época en que Lenin tuvo ocasión de verlo.

> Cada vez que el dolor de espalda me obliga a un tratamiento del osteópata –ochenta euros con factura, cincuenta sin ella– y cojo el metro hasta Impronta y bajo a pie por la avenida llamada Nacional, siempre cojo por la acera izquierda, porque supongo que es por la que un Lenin con bombín hizo su caminata solitaria hasta los Foros, e imagino que esa misma porción de espacio por donde estoy pasando la ocupó Él en algún momento, mientras paseaba en solitario para ocupar aquellas tres horas de vacío ferroviario hacia el centro físico de un antiguo imperio por el que imagino albergaba más que nada una curiosidad política. Tal vez pasara

justo por este punto, no era alto, ahí está, lo veo, se aparta hacia el bordillo de la acera, deja pasar a una madre que lleva a su hijo en un carrito, se recorta contra las fachadas del otro lado de la calle, las tiendas de maletas y de ropa, de vaqueros. Al cabo de una hora, al hacer el camino a la inversa, volveré a imaginar que me viene de frente, con sus feroces ojillos entrecerrados por la luz de finales de abril, la cara de quien es indiferente al espacio que lo rodea y que está con la mente puesta en otro sitio. Lenin siempre está meditabundo.

Más tarde cogía el tren hacia Nápoles, donde lo esperaba Gorki, al que él mismo definió como «el máximo escritor proletario del mundo» y que lo conduciría a Capri, el lugar más al sur del planeta y tal vez a sus ojos el más contraintuitivo, en el sentido del más maravilloso, al que jamás se había visto arrastrado Lenin, que era de tener casa en las grandes capitales europeas, Londres y París, sobre todo París. Otras dimensiones, otros mundos.

Pero ahora está volviendo a casa, tiene un tren con coche cama que esta noche saldrá de Termini en dirección a Suiza. Espera llegar en hora, mañana por la tarde tiene una conferencia justo en Ginebra. Querría anularla, pero no le parece oportuno.

Labriola le ha asegurado que dos compañeros lo esperarán a la cabeza del andén. Uno de los dos habla bien francés, podrán comunicarse. Arturo Labriola es un socialista italiano de observancia bolchevique que en 1905 escribió un texto importante, *Reformismo y sindicalismo*, que se tradujo al ruso en 1907. Lenin lo leyó y, a pesar de algunas divergencias, lo apreció. Gorki le presentó a Labriola en Nápoles y discutieron en francés sobre las tendencias anarcosindicalistas, puede decirse que espontáneas, de ciertos sectores del proletariado italiano. Cuando Lenin le dejó caer que pretendía hacer su próxima parada en la Ciudad de Dios, Labriola le informó de que, precisamente en la capital del mundo cristiano, había grupos anarcosindicalistas duros entre los autómatas de los hornos de ladrillos que abastecían sin descanso el crecimiento de la ciudad. Compañeros valientes, pero refractarios a cualquier disciplina de partido, ajenos, se puede decir, a la idea misma de que una formación política de liberación autómata pidiera a la vez ser portadora de disciplina, reglas y jerarquías diferentes a las que un autómata sufre de por sí en una fábrica. Liberarse, para ellos, es liberarse de *todas* las cadenas, querido Volodia.

Lenin le dijo en presencia de Gorki: «Si el tren llega a tiempo, dispondré de unas horas en la capital, cuatro más o menos, ¿podrías organizar un encuentro con esos proletarios?». Lleva demasiado tiempo de vacaciones –en realidad sólo una semana– y tiene ganas de volver a la política, aunque en Capri no la ha dejado en ningún momento. Labriola le aseguró que era factible. De modo que, esa mañana, a la cabeza del tren que partía hacia la Ciudad de Dios, había un emisario suyo con una nota para Lenin que contenía instrucciones en francés para el encuentro: en la estación de Termini lo esperarán dos compañeros.

–En la resonancia no es que se vea todo.

–Hasta que no abran no sabrán cómo está la cosa.

Me permito imaginar que Vladímir Ilich se transformó durante los días que pasó en Capri en compañía de uno de los escritores más famosos del mundo –aunque sus alabanzas públicas no nos dejen entrever si en realidad lo estimaba, pues, tras leer *La madre*, le escribió diciéndole que lo encontraba «bastante útil» para la causa socialista: el arte más como instrumento que como fin en sí mismo y por sí mismo; el concepto está ya claramente formado, en las décadas futuras matará nada más nacer toda estética que se aparte de la *utilitas* política, cualquier descarrilamiento de la vía recta del consenso–, que seguía bajo la fuerte impresión de la visita a Pompeya y la subida al Vesuvio que Máximo Gorki no le ha ahorrado. Le ha impresionado la miseria que ha visto en las calles de Nápoles, una miseria distinta de la que ha observado en las grandes metrópolis continentales y que, en comparación con ellas, le resulta casi feliz porque está casi orgullosa de su actitud secular ante las dificultades. Una miseria que no pide trabajo; es más, rechaza con obstinación toda tarea que no sea una prestación de duración determinada, a ser posible breve. Una miseria refractaria a la política, en la práctica cómplice del bienestar de las clases aparentemente dominantes que en realidad viven mezcladas en el magma que constituye la unidad de Nápoles: una miseria lázara inmersa en el clima templado de la ciudad en la que cultiva con tesón un derecho primordial al ocio.

Lenin sigue sobrecogido por la increíble belleza de la isla (ante la cual declarará después haber mostrado indiferencia), un jardín rocoso plantado en el mar; nunca ha visto nada parecido ni lo verá jamás. Sin embargo, Gorki volverá a Capri y luego a Sorrento, donde vivirá hasta 1927 inmerso en el mismo paisaje casi inalterado que lo había impresionado en los cuadros de Shchedrín. Imagino que Lenin todavía retiene en los ojos la luz de las terrazas de Villa Blaesus, donde el escritor vivió con su compañera María Andréyeva, donde lo hospedó y donde ofreció a veces alojamiento a compañeros exiliados de Rusia, para los que se convirtió en un punto de referencia.

Gorki padecía de tuberculosis; se quedó en Capri por la calidad del aire. Tras el apoyo que había prestado a los socialistas durante la revolución fallida de 1905, no podía volver a Rusia; ahora era un bolchevique y, para el partido, una figura de gran importancia. Arribó a la isla a la vuelta del viaje que hizo a Estados Unidos para recaudar fondos bajo las órdenes del mismísimo Lenin. Nadie sabe muy bien cómo fue en realidad la recaudación, pero el escritor dio muchas conferencias y fue muy aplaudido. Sirvió a la causa con escrúpulo. Gorki es un buen compañero, aprecia mucho a Lenin, admira su inteligencia, su lucidez despiadada, lo considera un verdadero amigo, aunque el propio Lenin escribiera en algún sitio que «entre los hombres no puede existir ningún tipo de relación configurable como *amistad* que exceda las relaciones políticas, de clase y

materiales». Gorki sirve en la batalla que Lenin está librando por la hegemonía del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, que combate a las claras el capitalismo y a sus simpatizantes: en esos años el objetivo prioritario es derrocar al zar y, para hacerlo, hacen falta alianzas, hasta con los burgueses y, sobre todo, con los liberales.

Entonces, ¿Lenin y Gorki son amigos? Lo más probable es que sí, mientras se den las condiciones necesarias. Y las condiciones, según parece, se dieron a la perfección. Se conocieron hace tres años en San Petersburgo, en la redacción de un periódico bolchevique. Luego, antes del encuentro de 1907 en el congreso de la Segunda Internacional de Berlín, se vieron con bastante frecuencia durante los preparativos del congreso de Londres de 1906, crucial para que se llevara a cabo la escisión entre la línea bolchevique y la menchevique dentro del partido. Al parecer, Gorki se ha alineado con los bolcheviques, aunque su posición no queda clara. Lenin sabe muy bien que a menudo los artistas no encuentran un equilibrio en su pensamiento político. El escritor es un compañero sincero y convencido, como demuestran sus orígenes proletarios, sus miles de oficios, la vida vagabunda que ha llevado durante años y que lo asemeja tanto a aquella especie de homólogo americano, el socialista Jack London, con orígenes y experiencias análogas y resultados completamente diferentes. Con todo, su esencia de artista, es decir, de «corazón inteligente», además de intelectual de gran viveza, y la vida acomodada que lleva –si es cierta la afirmación de Marx según la cual «es nuestro ser social el que determina nuestra conciencia»– lo están conduciendo hacia posiciones menos determinadas, abiertas a flujos de pensamiento ajenos al marxismo, como el empiriomonismo de Bogdánov y Lunacharski, del que en este momento está prendado, que deriva del empiriocriticismo de Avenarius y Mach. Justo ése es el motivo del viaje de Lenin a Capri: verificar en persona qué pasa realmente allí, en el círculo del escritor, que, a partir de 1906, año de su llegada a Nápoles, se ha llenado de exiliados, «los individualistas» que Lenin conoce a la perfección.

La belleza inesperada de aquella roca que emergía del azul de un mar que nunca antes había visto lo aturdió y le molestó un poco. Y la presencia tan apabullante de lo Antiguo en lugares invadidos por fuerzas volcánicas inauditas, tal vez las manifestaciones más potentes y oscuras de la maldad de la Naturaleza –a las que Lenin está convencido de que un día, con ciencia + socialismo, venceremos– lo ha cansado. Además, se siente humillado por haber perdido al ajedrez justo contra Bogdánov, con el que apenas se habla después de haberlo expulsado del partido por sus posturas divergentes. Y esto ha ocurrido delante de Gorki, Lunacharski («un pretencioso, un *gigoló* moral» según Lenin y, sin embargo, ministro de Cultura del gobierno bolchevique a partir de 1917), Bazárov, Natalia Bogdanova, mujer de su adversario, y otros personajes que pronto correrán la voz: el compañero Bogdánov, como era previsible dada su estatura intelectual, ha vencido al ajedrez al compañero Lenin, un politicastro.

> Por mi experiencia de perdedor, creo que no existe desencuentro más violento, cruel y despiadado que el que se desarrolla en el tablero de ajedrez. Cuando te das cuenta de la trampa que te han tendido y en la que has caído, o cuando un movimiento errado te deja claro que, a menos que tu adversario cometa un error, tu fin está próximo y es inevitable, tu inteligencia e incluso tu audacia, tu personalidad, que has revelado más allá del maldito juego, la originalidad de tus ideas y la inexorabilidad de tus razonamientos, en resumen, todo lo que crees ser, acaba ridiculizado, por no decir aniquilado, por culpa de una apertura débil, de una estrategia fallida, de un peón que debía avanzar o que debía quedarse donde estaba.

Lenin está furioso consigo mismo por esa derrota, que le corroe incluso ahora que su tren está llegando a Termini. Pese a que han pasado algunos días desde el episodio, una parte de él aún se desespera.

> Bogdánov, el falso compañero, reaccionario y pequeñoburgués con el que he sido tan duro –me obliga a trabajar en un ensayo contra las desviaciones, las suyas, las de Lunacharski y Bazárov y creo que también las de Gorki, que me aparta de la política y me encadena al estudio de la filosofía contemporánea por la que no siento ningún interés–, *¡me ha humillado al ajedrez!* Es el único modo posible en que podría haberlo hecho. Y yo, con mi ingenuidad, se lo he consentido…

¿Qué efecto obran en Lenin el ambiente local, la dulzura capriense de finales de abril, cuando la primavera está ya avanzada, mientras que en Rusia la nieve apenas está empezando a derretirse? «Cuando paseaba por allí, pensaba todo el tiempo en el Volga», será capaz de afirmar, mintiendo, cuando cuente una visita que hizo a la Gruta Azul. La iconografía socialista de Lenin en Capri nos lo muestra en tres o cuatro situaciones recurrentes: mientras pasea con Gorki, discutiendo muy en serio supuestamente acerca de política, literatura o filosofía; mientras medita solo en lo alto de los acantilados de la isla; mientras entabla conversación, no se sabe bien en qué lengua, con los pescadores locales en presencia de Gorki, que, a su vez, sabía muy poco italiano. Él siempre delineado cuidadosamente, iluminado por una luz especial, como por un foco fuera de escena. Se percibe el mismo efecto en las representaciones que lo retratan, siempre con Gorki, a bordo de una barca mientras, con la frente alta y abombada y una expresión divertida, pesca con el sedal en la mano, una técnica nueva para él, que siempre ha usado caña, bajo la atenta mirada de un viejo pescador capriense con barba y una pipa en la boca que lo instruye.

A nuestro entender, este Lenin del tren que se dirige a la Ciudad de Dios ya refleja la sobredeterminación que le han provocado los acontecimientos de los que será protagonista dentro de unos diez años, durante los cuales derrotará a todos sus adversarios y dirigirá la segunda gran revolución de los tiempos modernos. Se ha escrito

acerca de Lenin en Capri y se han pintado escenas de su estancia sólo en virtud de su trayectoria política, es decir, de todo lo que ocurrió después y que determinó su estatura histórica. De lo contrario, no sabríamos nada o casi nada al respecto. Si la Historia te da la razón del modo apoteósico y grandioso con que se la dio a Lenin, cada acto que hayas realizado y cada pensamiento que hayas formulado, incluso muchos años antes, quedará inscrito en la cadena determinista que, *a posteriori*, se construirá expresamente para conducirte al Acontecimiento como producto de una secuencia de actos políticos inexorablemente victoriosos. Y resulta que, si tienes la frente muy abombada, ésta representará un problema para legiones de escultores y forjadores del Régimen, el mismo Régimen que *tú* has creado y que te sobrevivirá durante casi todo el siglo XX. Resulta que tu escasa altura de un metro sesenta y cinco se elevará notablemente, mientras que, en cada uno de los cuadros, una luminosidad especial te resaltará sobre los presentes.

En la actualidad, cuando se leen cartas, libros y documentos, todo vuelve y la Revolución de 1917 parece inevitable, pero entonces, en abril de 1908, no era así en absoluto. La Gran Guerra, que serviría de catalizador de las tensiones de clase y de la sucesiva revuelta, aún no se atisbaba, mientras que la derrota de la sublevación de 1905 había sido una dura y sangrienta advertencia, tras la cual el compañero Vladímir Ilich Uliánov analizó los hechos, políticos y militares, y llegó a una conclusión: Rusia obtuvo la Duma, que es el parlamento de los burgueses, pero no es más que un paso adelante, no tiene sentido autoexiliarse, las conquistas democráticas son esenciales, el partido debe contar con sus diputados, participar en el debate y fraguar las alianzas más oportunas. Luego, ya se verá.

En 1908 Lenin aún no es *Lenin*, sólo es el dirigente influyente de una facción revolucionaria, alguien que escribe y que polemiza mucho, pero que se deja ver poco en los lugares donde se desarrolla la acción, un político puro y genial, pero de importancia secundaria todavía con respecto a la fama de Plejánov, del propio Bogdánov y de otros activistas que destacaron en 1905. Y, sin embargo, la iconografía oficial lo retrata como si fuese el máximo dirigente, en plena posesión ya de una verdad que aún no se ha revelado del todo, pero que se desvela en cada una de sus palabras, aunque sea durante un día de pesca con volantín bajo los acantilados de la isla.

Existen tres o cuatro fotografías de Lenin en Capri que lo muestran como uno más, con chaqueta y corbata, tocado con un bombín que se ha comprado en Londres, donde lleva investigando en la biblioteca del Museo Británico desde que decidió rebatir el empiriocriticismo de Mach y Avenarius aunque ése no sea su campo –«Nosotros somos marxistas de base, hombres a los que les falta la cultura filosófica»– porque está influyendo en gran medida a un buen número de intelectuales rusos «sedicentes marxistas». Bombín bien calado en la frente, mientras juega al ajedrez, sonríe, bosteza. En resumen, mientras, derrota aparte, parece entretenerse. Eso suponiendo que Lenin fuera capaz de entretenerse.

Además de Bogdánov, Lunacharski y Bazárov, en el grupo de Capri que gravita en torno a Gorki también hay un experto en estética llamado Wolinski (Lenin no recuerda su nombre de pila), el poeta Andréyev y muchos otros intelectuales y estudiosos de observancia socialista, más o menos implicados en los acontecimientos de 1905. Con el apoyo económico de Gorki, están organizando una escuela de cultura marxista para estudiantes proletarios, que vendrán expresamente desde Rusia y que durante unos meses residirán en Capri, donde aprenderán las bases de la nueva visión marxista del mundo, es decir, de un nuevo humanismo. La iniciativa quiere responder a la pregunta que los socialistas siempre se han hecho: si la revolución sólo puede hacerla el pueblo, ¿cómo empujarlo a que se subleve, como encender la chispa? Lenin respondió hace tiempo con el *¿Qué hacer?*, de 1902, sobre el que se discutió y que provocó divisiones: es el enunciado clave del bolchevismo. La tesis es que el proletariado por sí solo no logra ir más allá de la reivindicación sindical. Para conducirlo hasta la insurrección hacen falta unas condiciones históricas favorables y un partido de revolucionarios profesionales de dirección centralizada, con un núcleo sólido de gente de confianza y dispuesta a todo. En esta visión, el papel de la ideología es fijo e indiscutible, toda pregunta se remite al dictado de los textos de Marx y Engels y únicamente a ellos.

–Ahora a todo el mundo le ha dado por hacer las cosas de carbono. Hasta un BMW van a hacer de carbono. Todo negro.

Para Bogdánov y sus amigos, aunque también para Gorki, la función formadora del intelectual está antes que el partido y, en cierto modo, lo sustituye en la formación de cabecillas de un proletariado instruido. Están convencidos de que el socialismo prenderá en fuegos diseminados y cada vez más grandes, en una progresiva toma de conciencia proletaria, gracias a la figura-puente del intelectual obrero, capaz de hacer propaganda del colectivismo como forma histórica superior *por naturaleza* al capitalismo. En Capri se sueña con masas culturizadas y con una nueva *Encyclopédie* marxista, pero no con un marxismo entendido como dictado cerrado e indiscutible, sino como una filosofía en evolución con mucho aún por decir siempre y cuando permita el diálogo y case con las recientes conquistas del pensamiento filosófico y científico, como el empiriocriticismo.

¡Una escuela de cabecillas bolcheviques en Capri! ¡Dirigida por Gorki! ¡Por Bogdánov! ¡Una nueva *Encyclopédie* marxista! «No son los cuerpos los que generan las sensaciones, sino que son las sensaciones las que forman los cuerpos.» Esto es lo que dice Mach: ¿Cómo es posible con una afirmación semejante? ¡Eso es idealismo! ¡Éste es el plano en el que se ataca a Bogdánov! ¡Quiere conducir al marxismo hacia «estadios evolutivos» y «verdades ulteriores»: o sea, a pequeñoburgueses una vez más!

Dentro del partido y en sus adyacencias ideológicas llevan años debatiendo

cuestiones filosóficas de este tipo: parece increíble, pero entonces los líderes políticos y los revolucionarios en el exilio discutían en público –libros, artículos, panfletos ocasionales– sobre la naturaleza de la realidad, sobre la verdad de la percepción, sobre la «cosa en sí y la cosa para nosotros». Las categorías de lo político y de lo filosófico coinciden, al menos hasta Lenin. Bogdánov conoce el marxismo a fondo, ha traducido *El capital* al ruso, aunque no tiene intención de considerarlo un compendio de verdades definitivas. Marx y Engels son una etapa importante, pero aún queda mucho por hacer, el trabajo sobre la verdad nunca se concluirá, la Historia es una revelación continua de verdades parciales destinadas a verse superadas por nuevas verdades y éstas por otras. El marxismo evolucionará: «La verdad, como el propio hombre, es una forma organizativa y comparte el destino de estas formas: vive y muere. Cambian las generaciones, cambia la verdad».

Lenin es un político puro. No como Bogdánov (médico), Gorki (escritor), Lunacharski (filósofo), Bazárov (economista) y los demás. Bogdánov en particular es un intelectual abierto a todas las disciplinas. Licenciado en Medicina, es un dirigente político, un escritor y, sobre todo, un filósofo. En cuanto enemigo de Lenin, durante las décadas posteriores a esta disputa, su obra y su nombre mismo caerán por completo en el olvido. Bogdánov acusa a Lenin de tener un concepto autoritario del partido y del marxismo como fuente de verdades indiscutibles. Es de una cerrazón inaceptable, como inaceptable es la afirmación de Lenin de que realidad y percepción son dos cosas completamente distintas y que la segunda nos sirve para tomar conciencia de la primera. Le parece una postura poco sofisticada, una especie de *misticismo de la materia*, éste sí de naturaleza idealista. Se cruzan acusaciones, la lengua de Lenin lo herirá como un látigo: el de Bogdánov no es más que un idealismo pequeñoburgués.

Lenin escribe durante todo el viaje. Escribir es, y será siempre, su principal ocupación. En los ratos de descanso le viene a la cabeza un largo elenco de problemas político-filosóficos, pero la filosofía es controversia, la filosofía divide.

> ¿Que yo soy portador de un *misticismo de la materia*? Y ellos, ¿qué son? Pequeñoburgueses que pretenden satisfacer sus mentes corruptas desde la raíz. ¿Que el marxismo no es verdad absoluta? Pues claro que lo es. ¿Cómo podemos hacer una revolución si ponemos continuamente en duda las bases teóricas? Somos *materialistas dialécticos*. Y punto. ¿Qué me importa si Bogdánov tiene *razón* filosóficamente hablando o no? La única pregunta que le he planteado es: ¿tus ideas son útiles para la Revolución? La respuesta ya me la doy yo mismo: ¡no! Revolución no es transición: es un acto político de gran determinación, resolución y violencia. La transición es otra cosa y, si acaso, tiene que ver con las siguientes fases de construcción del socialismo. Los imbéciles de Capri, preocupados por la filosofía, por la *democracia* dentro del Partido, me llaman *dogmático*. ¡Es que *soy* dogmático! Porque no soy idiota. No pongo en entredicho el principal instrumento conceptual de lucha anticapitalista y

antiburguesa justo cuando estoy luchando material y sangrientamente por la revolución proletaria. Ellos están ahí en Capri soñando con la emancipación cultural de las masas, tienen en mente abrir una escuela para revolucionarios, están convencidos de que la sublevación vencedora llegará de manera natural desde abajo gracias a la acción de proletarios «finalmente conscientes». Yo no. ¿Soy autoritario? Sí, claro que lo soy. ¿Soy un hombre poco sofisticado? Sí, claro que lo soy. ¿Conozco del marxismo sobre todo el análisis de la política económica del capitalismo? ¡Sí! ¡Es verdad! Me quieren llevar a su terreno, pero yo no soy un filósofo: soy un agitador, un intrigante, un revolucionario, en la práctica un bruto, y me veo obligado a estudiar cosas por las que no tengo el más mínimo interés sólo para socavar el prestigio político de estos pequeñoburgueses vanidosos y reaccionarios que no saben qué es la política ni cómo se hace.

En efecto, Lenin no es sino un defensor del pensamiento de Marx y Engels, un estratega ideológicamente riguroso y decididamente dogmático, pero que será capaz de promover y llevar a cabo la primera revolución marxista de la historia de la humanidad. Puede que Lunacharski también tuviera razón al añadir a Bogdánov a la lista de los continuadores del pensamiento marxista. Pero, aparte de la adhesión de Bogdánov al empiriomonismo, Lunacharski había inventado una forma marxista de la religión, donde Marx hacía las veces de profeta máximo de un credo basado en el hombre socialista que, al construir la sociedad eticocientífica suprema, se autodivinizaba. Hasta Gorki se había convencido: «Creo que el socialismo debe transformarse en culto» y «El pueblo es el padre de todos los dioses, pasados y futuros». Pensaban en una religión antropológica: de un dios creador a un dios creado, dado que, al no poder aportar el ateísmo pruebas palpables de la inexistencia de dios, también era una religión.

En el terreno personal, Lenin es indiferente al problema del ateísmo, pero como éste es uno de los pilares del marxismo, se adhiere a él de lleno, si bien afirma que no lo considera uno de los objetivos prioritarios del partido: «Proclamar una guerra de religión como cometido prioritario del partido es charlatanería anárquica». La deificación de la clase obrera le parece la enésima desviación a la que se está abandonando el grupo de Capri, pero le dará juego en el proyecto de ridiculización de Bogdánov que tiene en mente.

Andan escribiendo por ahí que los marxistas profesamos una nueva religión ortodoxa, que el proletariado es el nuevo dios… Estas críticas no me interesan, como tampoco me interesa la cuestión en sí mientras ninguno de nosotros empiece a decir lo mismo en serio… Resulta extraño que quien sigue el modelo de los enciclopedistas, que se plantean el problema –equivocado– de cómo construir una hegemonía cultural antes que una hegemonía política, termine luego defendiendo una religión socialista. Ocurrió lo mismo durante la Revolución francesa. Es ahí, por tanto, donde reside el origen de las ideas de Lunacharski y Gorki… Están convencidos de que para hacer el socialismo no hace falta la coerción ni la expropiación, sino el convencimiento de la «belleza intrínseca del colectivismo»… ¿Saldar la deuda de los

> intelectuales de cara al pueblo? ¡De acuerdo, pero no mediante cursos de formación! ¡Con la labor política! ¡Con la revolución como profesión! Según ellos, para provocar un proceso histórico, basta con abrir una escuelita en una isla del Mediterráneo… Gorki se comporta como si fuera amigo de todos, pero su vínculo con Bogdánov resulta evidente. Máximo es de orígenes proletarios, entonces ¿por qué lo fascina tanto esta concepción pequeñoburguesa del intelectual-puente? ¿Cómo puede creer que el socialismo se construye reformando la cultura humana desde abajo?

Aún no has puesto un pie en el Porcacci cuando ya te dice cómo están las cosas. No para de hablar, pontifica todo el tiempo, su paradiscurso utiliza fórmulas preconfeccionadas, clichés, frases hechas, refranes, gilipolleces de las que se oyen en cada rincón de este barrio. A él no se la juegan, te explica, se las sabe todas y antes que nadie. Nadie lo detiene. Eso es lo bonito del Porcacci: puedes pasarte horas soltando chorradas, que nadie te escucha, nadie te interrumpe. Nadie te da por culo, como se suele decir.

Durante el siglo XX, en el que he vivido la mayor parte de mi vida, nadie se dio cuenta de que en realidad era un samurái, un *ronin* sin amo, un guerrero que, ante todo, se habría dedicado a servir con lealtad a su jefe de haber tenido uno digno de dicho nombre. En resumen, como quizá relate más adelante, entre los diferentes ámbitos en los que he fracasado en mi vida –si se entiende como fracaso el hecho de no haber dado en el blanco por no haber calculado bien la dirección y la velocidad del viento, la elevación del arma y el imperceptible temblor emocional del brazo, y por haber apretado el gatillo cuando el blanco ya se había movido, pero especialmente por haberlo hecho todo convencido de que era fácil–, se hallan no sólo la carrera profesional, sino también las relaciones afectivas, la procreación, la convivencia, el matrimonio, la infidelidad, la fidelidad y hasta la lucha contra la cucaracha alemana; en definitiva, todo. Ahora estoy jubilado. No doy un palo al agua. Duermo hasta las once, trasnocho viendo la tele, camino (con moderación), leo (con moderación), compro libros, casi uno al día, muchas veces incluso más de uno al día. Tengo una buena pensión, dispongo de algunos ahorros en el banco que me ayudarán a curarme cuando llegue la Enfermedad (en realidad ya ha llegado, en diferentes formas, aunque todavía con la e minúscula). En los armarios de la casa donde vivo yo solo (y por la que pago una hipoteca *cómoda*, o lo que es lo mismo, con una tasa fija del cuatro y pico por ciento, «renegociable» según dice el banco, como si yo tuviese intención de *renegociar* la hipoteca, cosa que me parecería oportunista), como decía, en los armarios hay ropa y zapatos para lo que me queda de vida y más. Así que puedo gastarme el dinero en libros. Como un estúpido, porque no consigo leerlos todos, aunque tampoco es que lo intente. A veces ni los abro, pero están en-mi-casa y me trae sin cuidado que todos los volúmenes que ya no sé ni dónde poner acaben en una librería de segunda mano cuando llegue el momento de la anestesia total y eterna. Qué culpa tengo yo de que me guste tanto el libro como objeto, de que no lea libros tal vez fundamentales porque tienen una cubierta horrible, una mierda de diseño gráfico y, sobre todo, una mala impresión, o sea, la tinta borrosa. No entiendo cómo algunas editoriales prestigiosas pueden sacar productos de tan mala calidad gráfica y tipográfica. Antes, en el siglo XX, esto no pasaba, creo. El siglo XX era mejor que éste, quiero decir,

mejor que estos incomprensibles años veinte del siglo XXI. Pero no se trata sino de una apreciación personal y profundamente secreta. Nunca nadie me sorprenderá en un estado de ánimo nostálgico. Odio cualquier nostalgia que no sea íntima, clandestina, cultivada en lo más recóndito de la persona, con lágrimas que caen dentro de los ojos y terminan en la garganta sin que se vean. La nostalgia colectiva es tan patética e inútil como una concentración de soldados alpinos de la Segunda Guerra Mundial o una cena de antiguos compañeros de colegio.

–Si vas a la comisaría a poner una denuncia, se limpian el culo con ella. Se pasan el día tocándose las pelotas. Cobran poco, sí, pero para un gandul es demasiado.

En el Porcacci hablan por hablar, o sea, para ser amigos sin serlo. Se trata de la modalidad tribal en boga desde hace milenios entre los grupos humanos aislados en la estepa, en las tundras posglaciales, en los bosques fluviales, en las playas prehistóricas cuya abundancia de moluscos permitía la subsistencia. En el bar se da con bastante frecuencia una manera de estar juntos que recuerda a los *pubs* de las islas Shetland en invierno, cuando fuera sopla un viento gélido a sesenta kilómetros por hora y el mar retumba estrepitosamente. En efecto, algunas tardes de invierno se crea en el Porcacci el mismo sentimiento de interioridad compartida, que contrasta con una realidad externa que percibo como una distopía precoz del presente, como un presente cercano a un futuro que no resulta difícil imaginar que es peor que el presente, pero que en la Avenida ya existe. La subsuperficialidad con la que las personas comentan los acontecimientos del día es sosegada, sin conflictos, y está dotada de una mediocridad con la cual no es difícil obtener el vago consenso de los parroquianos, a los que, por otro lado, les importan un bledo los acontecimientos del día, tú, lo que pienses y todo lo que haya más allá del horizonte del presente, la hipoteca a final de mes, el fin de semana en Campo di Mare, la parienta a la que tienes que sacar y no sabes adónde llevar, los análisis que tienes que recoger y enseñar al médico de la seguridad social, y todo lo que esté fuera del horizonte de la Avenida, donde es costumbre colocar una silla de la terraza para que no te quiten el hueco del Smart, en una zona de estacionamiento prohibido históricamente olvidado y tácitamente despenalizado por los guardias de tráfico, a los que desde hace años no se les ve el pelo por estos lares, como es normal, vista la desertificación y la irrelevancia de este tramo de calle que en cualquier momento, pon esta noche, con dinero suficiente para diez o doce horas de gasolina, podrías enfilar hasta llegar a otro lugar, lejos de aquí, sobre todo de esta ciudad, donde lo que debería durar se destruye, mientras que lo que debería destruirse dura para siempre, incluso más que nuestras vidas y las de nuestros hijos y las de los hijos de nuestros hijos, eternamente sumidos en el perenne, denso e ingenioso lodazal de la lengua.

Podría decirse que, cuando entro en el Porcacci cada día a media mañana, siento

durante unos instantes que el Estancamiento me rodea, es más, me siento parte de él como agente activo. Es una revelación que siempre se repite de manera casi idéntica y que se manifiesta cuando, entre los diferentes raps de moda con deformaciones electrónicas y las muchas canciones de mierda del pop internacional que retransmite el televisor, siempre encendido en la MTV peninsular u otros canales similares, se oye una canción de Ligabue, de Vasco Rossi, de Zucchero, de Eros Ramazzotti joder, pero sobre todo de Biagio Antonacci, es decir, del empíreo poético nacional pretérito que aquí, en la Avenida, todavía gusta.

Algunos las canturrean mientras las tazas de café, ya bebido, permanecen vacías en la barra unos minutos… Y en ese momento pienso que el café sigue costando ochenta céntimos y que el precio no ha variado en años, como tampoco ha variado la calidad sin duda escasa de los cruasanes (Hoy han traído menos) o las canciones que ponen, destinadas a personas entradas en años, a las que no les gustan los cambios (las nuevas son distintas pero iguales), pues la estética musical a la que ya están acostumbrados es ésa y no va a cambiar. En efecto, éste es el momento de mayor anagnórisis del Estancamiento que desde aquí, es decir, desde mi rincón al lado de la nevera de la leche que emite aire caliente, se extiende a todo el mundo visible.

Por tanto, Estancamiento de los lugares, sobre todo por su incapacidad durante décadas de adquirir algún significado para nosotros. Estancamiento de la *utilitas*, que se limita a la decadencia del Nudo Vial, a los cuatro carriles de la Avenida, y a los Tres Puentes diacrónicos, a su vez depositarios de la *firmitas*. Ausencia de la *venustas*, es decir, de cualquier tipo de belleza, a excepción del enorme y antiguo Tercer Puente, ahora en desuso, de ladrillos amarillos muy bien unidos en pilares altísimos y grandes arcadas.

Además de la sociología de los grupos humanos, existe una sociología de los objetos: aquí, *civitas* y *urbs* o, como decía mi Maestro, ciudad social y ciudad física, se mezclan e intercambian sin cesar la labor de transmitirnos el Estancamiento, que en el caso del Porcacci coincide con las no-ideas de mentes del siglo XX destinadas a la masacre cognitiva del futuro inmediato. Estancamiento de orina en las vejigas viejas y defectuosas de los residentes. Estancamiento de ancianos que charlan en corrillo en las aceras, de ancianos sentados en sillas de aluminio en las terrazas de los pocos bares que quedan, estancamiento de agua en los charcos formados por la lluvia, en las grietas del asfalto nunca reparadas, en los desniveles a la entrada de los desagües atorados en la base de las rampas para minusválidos, donde se llegan a formar unos laguitos muy curiosos. Estancamiento de cruasanes –«Simple, relleno de Nutella, de mermelada, de crema pastelera, integral con miel o vegano»– que cada día se deshidratan en las vitrinas de los bares, estancamiento de sándwiches plastificados, de medallones con *mozzarella* y jamón serrano/cocido, de berenjenas y *mozzarella*, de *piadine* con rúcula y *bresaola*; productos que no son nada del otro mundo y que en la Avenida es posible encontrar en

todos los bares. En el Estancamiento no nos inventamos nada, no sabemos nada y no nos interesa nada. Mientras clavo la mirada más allá de las ventanas del Porcacci y contemplo embobado lo que puede que sólo a mí me parezca un desastre urbano, me convenzo de que existe algún tipo de simbolismo en el hecho de que sobre las mesas siempre haya periódicos arrugados (*Messaggero*, *Corriere dello Sport*, he visto incluso el *Guerin Sportivo*) y desgastados por el uso, como si fuesen de tela, llenos de no-noticias locales, que aspiran a llegar al final del día deteriorados, pero íntegros. Toda esta zona está difuminándose, atenuándose, como apagándose. No sé cuánto durará, pero todavía durará un tiempo.

–Es mi novio.

Por la calle se ve a gente desaliñada pegada a las botellas de Peroni 66 cl que venden los numerosos bengalíes, que –como hacen los cangrejos ermitaños con las conchas vacías– han abierto el mismo tipo de comercio por toda la zona en locales que llevaban tiempo vacíos o habían cerrado recientemente. Se trata de pequeñas tiendas que venden artículos de primera necesidad y que han invadido la Ciudad de Dios: un poco de fruta, verdura, pan de molde, galletas, agua mineral, leche, plátanos, pistachos, manzanas, limones y fruta de temporada. Y cerveza. Y vino Tavernello. Gracias a estos tugurios abiertos hasta la madrugada, en la oscuridad de las farolas fundidas se forman corrillos de bebedores-devoradores de cacahuetes, pistachos y patatas fritas que se sientan en los bordillos de las tiendas cerradas o se quedan de pie apoyados en las barreras peatonales que el Ayuntamiento instalaba cuando todavía tenía dinero y lo malgastaba.

Los bebedores se me asemejan a los mismos cazadores-recolectores que veo de acá para allá trajinando todo el día. Cazadores de oportunidades, como el bolso abierto de una vieja, una maleta descuidada… Una de las veces que fui a hacer trabajo de campo cuando estaba en el Ministerio, vi pilas de maletas robadas en la cuenca del Río Pequeño, muy lejos de aquí, cerca de otro Nudo Vial, en una zona colonizada por enormes ratas tracias, o sea, pelirrojas con los ojos azules. Recolectores de materiales reciclables y sabe Dios de qué más en los contenedores de basura, que viven la ciudad como bosquimanos, es decir, como el territorio salvaje que es, y que, una vez que lo conoces y sabes sacarle partido, puede proporcionarte los recursos necesarios para ir tirando. Son los mismos que viven en las tiendas/chabolas adosadas del Monte de Arcilla, que en verano quedan ocultas por las cañas, las robinias en flor y una invasión de ailantos, los mismos humanos que observo mientras acumulan los materiales que han recogido algo más abajo. Son delgados, nerviosos, musculosos, sucios, tienen los ojos rojos, quién sabe si debido al cansancio, al alcohol o a la rabia. Una rabia que los mantiene alejados de nosotros, pequeñoburgueses que estamos recorriendo el camino en sentido contrario, la trayectoria de ascenso social lograda en el siglo XX, ese mínimo de

seguridad, de decoración en el Bloque, las plantas en el portal recién reformado, las jardineras frondosas en los balcones, los perros, modelo penoso, que cada vez son más pequeños, el rastro de nuestro perfume en el ascensor, la comprita diaria como la única ocasión para relacionarnos fuera de las cuatro paredes de la casa, las largas llamadas vespertinas a los nietos y, por supuesto, el gran soberano: el enorme televisor estéreo de pantalla superplana con led.

Oportunistas nómadas, procedentes de otros mundos, están colonizando la otra acera semisalvaje de la Avenida: crecen sin parar, nos desestabilizan, nos infunden miedo y una sensación como de plaga, de territorio invadido, degradado, deprimido a causa del desorden, los residuos, la chatarra, de otros idiomas y de una profunda desconfianza primitiva. Ahora, incluso nosotros, que ni salimos ganando ni perdiendo durante las décadas que vivimos en el siglo XX, nos sentimos como las maletas abandonadas entre las ratas de la cuenca del Río Pequeño, en los aledaños del otro Nudo Vial al que me he referido antes, que, como el de aquí, hace tiempo fue objeto de un estudio que proyectaba una transformación archimoderna, o sea, contemporánea y metropolitana, que nunca llegó a buen puerto como el 99,9999 por ciento de los sueños de automodificación orientados a mejorar esta ciudad.

Como pequeñoburgueses jubilados, autóctonos y residuales, nos gustaría ver algo que recordase, al menos de lejos, al principio de orden de los objetos, nos gustaría vivir los años que nos quedan en un lugar que aprobemos y no, como está ocurriendo, terminar nuestra existencia más *abajo* de donde la comenzamos, esto es, en una ciudad que de manera sutil, aunque no lenta, se está transformando en algo nunca visto antes, retorciéndose como resultado de las tensiones exógenas a las que está sometida, deprimiéndose, desertificándose y oscureciéndose a pie de calle, donde hay decenas, cientos de metros cuadrados de persianas metálicas echadas, y menos mal que los chinos están abriendo sus tiendas-universo, los bengalíes sus minicomercios de alimentación que mencioné antes, los egipcios sus fruterías, los rumanos sus talleres mecánicos y los árabes sus autolavados de coches. Pero si la cuota de acera de la zona se queda vacía de tiendas, la calle pierde su interés y, cuando caminas –por ejemplo, debajo del Edificio en el que vivo–, no sabes adónde dirigir la mirada, porque sólo te quedan las grietas del asfalto, notablemente deteriorado, lleno de baches, plagado de desperdicios de pequeño tamaño y bolsitas de mierda de perro a cuyos dueños no les da la gana de llevar hasta un contenedor cuando encuentran las papeleras llenas.

Todo esto me obsesiona.

Por tanto, esta ciudad, al menos aquí, en el Cuadrante, en estos primeros cinturones externos al núcleo histórico, transformado casi en su totalidad en un parque temático para los turistas, este anillo de barrios en teoría cercanos al centro, pero en realidad marginados, sin coherencia, mal planificados, o tal vez *nunca* planificados, esta ciudad nacida de los sobornos de los años sesenta y setenta, esta ciudad que es sinónimo de

corrupción e incultura solidificadas y perpetuadas en forma de construcción, esta ciudad, decía, ha quedado reducida a puro *bios*, con tiendas de descuentos subterráneas, viejos ultramarinos convertidos en supermercados, bares de mala muerte llenos de holgazanes que farfullan tonterías, que se enzarzan en conversaciones sobre temas de los que no tienen la menor idea: antes de pasar a las páginas de deporte, han leído algo por encima en *Il Messaggero,* se han enterado por la tele o se lo han oído decir a alguien. También expresan su opinión sobre cuestiones oficialmente importantes, pero lo hacen a la buena de Dios, porque siempre quieren acabar igual, hablando de negros, gitanos y fútbol. En realidad, como no tienen nada que hacer ni que pensar, están esperando la muerte, que es precisamente lo que parece que quiere la ciudad que nos rodea: cierra sus comercios y va apagando poco a poco las luces de la calle, porque la fiesta, si es que alguna vez la hubo, se ha acabado, ha terminado, *kaputt*. Lo único que queda es la iluminación pública –tenue, amarillenta, deteriorada, discontinua, mal hecha– que deja grandes tramos a oscuras junto a las fachadas de los edificios en los que, por la noche, se sientan los bebedores a los que me referí antes para hablar de qué sé yo en sus idiomas desconocidos.

Dicho esto, hay que admitir que la Avenida sigue estando al día en algunas cosas al funcionar a su manera como una sociedad local del conocimiento, donde las nuevas nociones en boga circulan a raudales por las paleomentes de sus habitantes, entre ellas la mía. En el bar se oyen nuevas conversaciones, sobre todo entre jovencitas con *leggings* y móviles en las manos –¿quién soy yo para poner algún tipo de objeción al hecho de estar conectados las veinticuatro horas? ¿Qué pensarían/leerían/dirían/harían las personas, yo incluido, que no están conectadas?– que se fuman un cigarrillo sentadas antes de volver/ir a alguna parte. Después de años escuchando conversaciones ajenas, a menudo entabladas a voz en grito incluso por el móvil, me hallo en condiciones de hacer una lista de los nuevos conocimientos que circulan por las aceras del Cuadrante. Así pues, se habla, entre otras cosas, de:

Fisioterapia

Plantillas

Deportivas para correr

Cáncer y colonoscopia

Medicina complementaria y alternativa, por tanto, de homeopatía y, por tanto, de los beneficios del propóleo

Probabilidad y victorias en el Rasca y Gana

Cómo arrasar en el videopóker

Gimnasios, *fitness*, pilates, posturas de yoga, estiramientos

Espuma, capuchino, *marocchino*, *mocaccino*, café con *gingseng*

Zumos de fruta, batidos de verduras

Sándwich de huevo y tomate, me gusta/no me gusta

Sushi, tacos, rollitos de primavera

Tailandia, playas

Hamburguesa vegana

El dios Kamut, la solución a todos los males

Paleodietas: evolucionamos en la sabana como cazadores-recolectores, así que estábamos adaptados a aquel ambiente, así que es normal que ahora tengamos molestias y que debamos volver a comer lo mismo que hace millones de años, por ejemplo, bayas.

El muchacho amable de pelo largo que se echaba litros de perfume y que vivía con su padre aquí, en el Bloque, trabajando ocasionalmente de pintor, ahora se ha unido a la gente sin casa que se sienta en los umbrales de las tiendas cerradas. Durante una época nos saludábamos, luego dejó de devolverme el saludo y al final opté por no saludarlo más porque me di cuenta de que se avergonzaba. ¿Qué puede hacer aquí, en la mediocridad gris y deprimida de estos bloques, desahuciado al abrigo de los balcones de la Avenida, sino entregarse a la imprescindible Peroni o al Tavernello? El otro día, una vecina me contaba que el muchacho vive ahora en la calle, en el parque que hay aquí cerca. Cuando murió su padre, que estaba jubilado, ya no podía pagar el alquiler, de manera que el dueño del Bloque lo echó, aunque no ha abandonado el barrio. A diferencia de la alcohólica que gritaba y cada noche expulsaba a su madre al rellano, el drama del chico que se echaba litros de perfume se ha consumado en silencio: nadie se ha enterado de nada y si alguien sabía algo, no se ha metido. No meterse en los asuntos de los demás constituye la virtud suprema –continuamente enunciada, repetida, prescrita y ya convertida en norma oficial– de esta metrópolis que, salvo la clara excepción de los arrabales históricos, siempre se ha caracterizado por tener un espíritu pequeñoburgués, y en particular este barrio, donde puedes vivir toda tu vida sin saber cómo se llama el vecino de enfrente. Y a mí me parece estupendo.

El muchacho que se echaba litros de perfume vive ahora en el parque pequeño, una antigua cantera de arcilla que aquí llamamos *Parquecito*, oculto detrás de los primeros edificios que veo en dirección oeste. He montado una tienda de campaña, me comentó cuando le di algo de dinero y no tuvo más remedio que darme las gracias. Dijo que veinte euros era demasiado, yo respondí que estaba ayudando a un vecino; me contó que por la noche veía zorros y jabalíes. Presentaba un aspecto humilde, estaba algo desmejorado y ya no olía tan bien como antes. Estaba al sol, en la terraza del bar Illy, con un amigo al que, al ver el billete de veinte, casi le da un síncope.

Pero ¿qué ha sido del Ultramarinos Morelli, del Taller de Motos, del Tatuador y de todos los demás, incluidos el arquitecto interiorista que tenía su estudio a pie de calle, el vendedor de cigarrillos electrónicos, el concesionario Renault, la tienda de sofás y el carnicero? ¿Qué ha sido de las microinstituciones urbanas de la zona? ¿De qué viven ahora los propietarios de aquellas actividades diminutas, marginales, pero hasta hace

muy poco vitales, que dotaban a este barrio de algo parecido a un efecto-ciudad? El Ultramarinos Morelli, baluarte regentado por un norcino auténtico –o sea, un oriundo de la noble ciudad de Norcia, que fue destruida por un terremoto–, resistió mucho tiempo, era como un especie de faro en la calleja que baja y cruza la avenida principal formando el Semáforo de tres Calles y continúa cuesta abajo hasta la Cavidad, para después desdoblarse y ensancharse urbanísticamente en un aparcamiento. El Ultramarinos Morelli representaba un centro de *pietas* semidesierto de humanidad habladora al que acudían cultivadores infatigables de tópicos que no tenían ganas de llegar hasta el supermercado que hay debajo de las antiguas Torres de VPO y preferían comprarse cien gramos de punta de jamón en la tienda del señor Morelli, sobre todo para echar un rato de charla sobre el tiempo, el Equipo o sobre el suceso de la crónica urbana del momento. Sé algunas cosas sobre Morelli: se jubiló y su hijo acabó trabajando en la charcutería de no recuerdo qué supermercado, como, de hecho, también hizo el hijo del carnicero cuando murió su padre, que presumía de estar muy en forma y sentirse muy joven, y que un día, de buenas a primeras, la palmó. En el local del Ultramarinos Morelli, que llevaba abierto desde principios de los setenta, o sea, desde la época en que se construyó el Bloque, ahora hay un compro oro con escaparates ahumados y reflectantes, que ha fagocitado hasta la agencia de yo qué sé que había al lado de Morelli, que también echó el cierre o huyó a otra parte de la ciudad. Este compro oro tiene un aspecto turbio, amenazante y criminal: las veces que me he sentado en el bar de enfrente, nunca he visto entrar/salir a nadie, salvo a jóvenes de apariencia de todo punto humana que cruzan la calle para tomarse un café o comerse un bocadillo, como cualquiera. Trabajan allí, me dijo la camarera.

Es un apocalipsis lentísimo que se prolonga desde hace años. Es muy probable que no prevea ningún tipo de resurrección, absolución o asunción en el cielo ni ninguna condena; tan sólo una auténtica decadencia irreversible caracterizada por la vejez y el paso del tiempo, a la que hay que añadir un pasado de siglo XX carente de estética, calidad urbana, tendencia a la creación y verdadero progreso civil y mental. «Cambiaremos la Península», dijeron, han dicho-dicen-dirán, todos aquellos que llegan o desean llegar al poder de alguna manera. Se trata de una afirmación enmascarada de ingenuidad, que suelen proferir con mala intención porque saben perfectamente que el peninsular es inmodificable. Y lo cierto es que nadie, aunque se lo haya planteado de verdad, ha sabido por dónde empezar. El pasado permanece con toda su consistencia en el Estancamiento, esto es, a la espera de un cambio que no llegará nunca o que será para peor, y que para nosotros, habitantes del Cuadrante, se asemeja bastante a una espera hipnótica de la muerte.

–El chucho.

Como la que está esperando sin miedo el jubilado bajito con los ojos inyectados en sangre, sentado en el bar o apoyado en la jardinera-con-planta-recia que contribuye a la decoración exterior del portal de su edificio, él también con el último perro, el que le sobrevivirá, que eligió pequeño, manso y humilde, porque así da compañía sin molestar, no huele muy mal y ensucia poco. Hace años que me lo cruzo. Nunca lo he visto leer un periódico o ver la televisión del Porcacci, que siempre está encendida. Nunca. Su especialidad es mirar al vacío: cuando abre la boca, no puede evitar hablar de su enfermedad, que a fuerza de oírla sin prestar atención la conozco hasta yo, aunque se me ha olvidado. Parece que ésa sea la única experiencia verdadera que le ha regalado la vida, por eso la tiene bien fresca en la memoria y aguarda el momento en que volverá a caer enfermo y regresará de nuevo al hospital en el que ya estuvo ingresado y donde, al fin y al cabo, no estuvo tan mal.

Una de las reglas más estrictas del barrio es que nadie se fía de nadie. Sería una buena regla para sobrevivir en este mundo infame –y sobre todo en la Ciudad de Dios y, más aún, en este tramo de la Avenida– si aquí la desconfianza no fuese el *único* sentimiento, sin perjuicio del cariño hacia los nietos y los familiares, que constituye el único modo de relación que se establece en cualquier circunstancia. Por ejemplo, no te fíes del semáforo. Es una buena idea porque, aunque esté en verde para el peatón, puede llegar un motociclista embalado con 1200 cc debajo del culo y saltárselo, o un enorme SUV con un tipo que manda mensajes al volante.

No hay que fiarse nunca de los pasos de cebra, porque ahí te arrollan. Les importa un carajo, qué queréis que os diga. Cuando un coche frena y nos deja cruzar por el paso de peatones, los habitantes de la Avenida le damos las gracias. Y lo hacemos por dos razones. La primera es que nuestro particular civismo no contempla que alguien se detenga para dejarte pasar, salvo en el caso de una madre-con-niño-en-cochecito (el poder del crío): de ti depende aprender a cruzar entre los coches en marcha, ellos a lo sumo frenarán para evitar una desgracia. La segunda razón es que los pasos de cebra, testimonio del cumplimiento de la norma, hace años que no se ven, aunque a contraluz se adivinen en algunas zonas, como frescos de antiguas iglesias balcánicas y rupestres: la memoria local de la ciudad conserva una suerte de prueba molecular, homeopática, de su existencia. Así pues, aunque no se vean, los pasos de cebra *existen* y todos lo sabemos, por eso nos apiñamos en los lugares señalizados con estos pasos virtuales hasta que formamos una masa crítica lo suficientemente grande como para obligar al tráfico a pararse. Dos personas no bastan, se necesitan al menos tres, y mejor si son cinco: entonces, cruzamos al otro lado, casi todos con un gesto de agradecimiento. Yo lo hago a la manera hindú, con las manos juntas. Me parece más elegante, irónico.

No te fíes del frutero, ya sea egipcio o bengalí, estate atento, porque te cuelan productos en mal estado. El bengalí siempre tiene leche caducada o que caduca al día

siguiente; los albaricoques de Mustafá parecen ricos, frescos, duros, de buena calidad, hasta que llegas a casa y los sacas de la bolsa de plástico no biodegradable y te das cuenta de que todos se han pasado a la vez justo después de comprarlos: no están maduros, están pasados.

No te fíes del tendero, ni siquiera del *de confianza*, pues puede venderte, tal vez sin darse cuenta, una *mozzarella* con un sabor extraño o un jamón que sabe a sangre y que te recuerda perfectamente que estás comiendo un trozo de animal asesinado que ha sido despiezado, salado y colgado. Me gusta mucho el jamón, pero a menudo pienso que se trata de un muslo entero de animal desarticulado, que conserva su gran hueso femoral en el que se aprecia la cabeza semiesférica y, en algunas ocasiones, la pata entera, que termina en una pezuña de cerdo ungulado, un pie pequeño, elegante, momificado, con cinco dedos como los nuestros, pero dispuestos de manera diferente.

No te fíes de quien te da el cambio. Nunca te despistes en el momento en que los euros cambian de mano, presta atención al instante en que los billetes y las monedas están a la vista, en la barra, en el platillo, mientras pasan indefensos de tu bolsillo/cartera al cajón de la caja registradora. ¿No tenía que devolverme de cincuenta? Oiga, señora, que me ha dado veinte. Perdone, pero eran cincuenta. Eran veinte, señora. El tipo que está esperando detrás interviene y dice Señora, eran cincuenta. No te fíes de ese tío, parece que quiere cortar por lo sano porque tiene prisa, pero podrían estar compinchados. Contar y volver a contar, comprobar con paciencia, no importa que quedes como un desconfiado, mejor desconfiado que tonto: Así tendrá más cuidado cuando me dé la vuelta.

No te fíes del hombre que dice que quiere entrar en casa para leer el contador. No te fíes de los testigos de Jehová, tampoco del cura que va a bendecirte la casa antes de Pascua. No te fíes de los muchachos que van de casa en casa, tocan el timbre, te piden el último recibo de la luz y te dicen que tienes derecho a pagar menos. ¿Quiénes son? ¿Para quién trabajan? A la chica que vende *Lotta comunista* le puedes abrir. Te fías de ella porque, en algún rincón de los meandros corticales de tu cerebro, conservas un reflejo condicionado que te lleva a asociar la palabra *comunista* con *honrado*. Se trata de un mecanismo fosilizado que se remonta a mitologías antiguas, se ha oxidado por el efecto del tiempo y de la larga exposición a la intemperie en las últimas décadas, pero sigue funcionando. En una lejana encarnación anterior fuiste comunista, adquiriste reflejos permanentes, que son los que ahora te permiten ver a esta chica como una criatura inocente, honesta, demasiado joven para entender que el periódico que vende dice la verdad con la falsedad, y que *verdadero* y *falso* son conceptos inextricablemente interrelacionados, así que tú, en tu papel de viejo compañero –ilusionado/desilusionado, es decir, de todo punto incapaz de deshacerte de los coletazos residuales de aquella ilusión–, tratas de decírselo y de explicárselo en la puerta, pero ella sólo quiere los diez euros de donativo del periódico y de los que quizá se quede con cinco. Da igual, se los

das, te entrega tu ejemplar y ojeas las primeras líneas de la primera página: siempre la misma prosa insoportable, ritualasertiva, que conoces bien y que, no obstante, sigue diciendo algunas verdades. Sin embargo, no lo abres, lo guardas, nunca lo abrirás.

No te fíes de los vecinos, de los extraños en el ascensor –Entre, hay sitio. No, entre usted, no cabemos–, no te fíes nunca de los gitanos, aléjate de los extranjeros en general, también de los rumanos. No obstante, has decidido fiarte de la cuidadora polaca, a la que le tienes cariño aunque te mangue en casa. Cuando ves a alguno rebuscando en un contenedor –si fuese posible, te cambiarías de acera, pero la anchura de la Avenida y la velocidad a la que pasan los coches, que aceleran cuesta abajo, no te lo permiten–, lo primero es averiguar en qué tipo de contenedor está rebuscando: si es el de la basura orgánica, es que necesita comida, tiene hambre. Si lo hace en el de la basura no reciclable (en esta ciudad nadie cree que se recicle, todos están convencidos de que se trata de un paripé colectivo para demostrar que incluso aquí, donde ya no se cree en nada, estamos concienciados con el medioambiente), es que busca cobre. Ninguno de los dos es peligroso, pero es mejor no fiarse, sobre todo del primero. Aunque no tengan nada que ver, aunque sean jubilados con necesidades, para nosotros todos ésos son como los gitanos –Pero ¿por qué tengo que llamarlos *cíngaros*? ¿Qué diferencia hay?–, así que cuidado, casi no hay espacio, porque aquí la anchura de la acera quedó reducida al mínimo indispensable debido a los metros que el mítico Constructor del Bloque robó al suelo público, que edificó casi pegado a lo que con el tiempo se convertiría en la Avenida.

No te fíes de quienes te pregunten direcciones –este tramo del Cuadrante desorienta a cualquiera: ¿voy hacia arriba o hacia abajo? ¡Dónde coño estoy! Ha dicho a la derecha. No, mire, el Metro tiene dos salidas. Ah, entonces será que me he equivocado–; no te fíes del chico sin camiseta, lleno de tatuajes y con una cresta en el pelo que se te está acercando con Dios sabe qué intención: puede hacerte algo, porque aquí, en la Avenida, no eres más que un anciano solo, más solo que una sonda espacial sobre Encélado, y nadie te va a ayudar, nadie se fía, nadie se mete, nadie interviene. Los pocos humanos que ves por la calle caminan a paso veloz hacia sus casas o hacia el metro, ensimismados en sus asuntos. Lo mismo que harías tú, si tuvieras alguno.

–Entonces, ¿Clooney no es maricón?
–Sí, ella es una tapadera.

Los jubilados jóvenes de la Cavidad de las Antiguas Arcillas, por donde antes fluía el Paleorrío, pasean en parejas, como los carabineros, o en grupos de tres. Todavía se mantienen más o menos en forma, no dan un palo al agua, es decir, a lo sumo hacen la compra, pero con la tranquilidad de los que piensan que ya han vivido su vida y que ya vienen de vuelta. Se distinguen de los viejos maltrechos que se arrastran por estas calles,

algunos en compañía de cuidadoras pegadas a sus móviles, otros con mochilas en la espalda de las que salen dos tubitos de oxígeno que llevan encajados en la nariz, otros torcidos, con la columna vertebral doblada en todas direcciones, hacia delante, hacia un lado, en diagonal, y otros avanzando a paso de tortuga, con bastones, muletas o andadores, o en una silla de ruedas que empuja una chica/un chico de pura sangre inca.

En cambio, a estos nuevos jubilados (¡no pueden ser sino jubilados los que pasean tranquilamente a las diez de la mañana!) los ves caminar a buen ritmo, carentes, como nosotros, de sabiduría, delgados y bien conservados, con la camisa por fuera de los pantalones mientras hablan sin parar y discuten por estas calles dejadas de la mano de Dios con aceras rotas, en las que la cultura modernista fue en un principio encomiada y después cruelmente engañada, usada, prostituida, degradada y reducida a un conjunto de estilemas, sin orden ni concierto, a causa de una especulación implacable, zafia, sorda y corrupta. Parecen enzarzados en una conversación seria, pero luego, cuando pasan a tu lado, oyes que hablan del número diez del Equipo, mientras que, a lo lejos, detrás de ellos, sobre el temporal neotropical que está acercándose, se recortan las antiguas Torres de VPO de los años sesenta –que antes tanto despreciaban los sociólogos por estar destinadas al pueblo, mientras que ahora los entendidos las consideran «marcadamente identitarias»– en las que aún residen, la antigua patria de sus padres después de que el Partido los desahuciara de la Cavidad en 1982, el mismo Partido que abrió aquí una sección que, pese a haber cambiado tres o cuatro veces de nombre a lo largo de los años, ha permanecido como una cápsula temporal irreductible, oculta tras una muralla de viviendas sociales.

Allí es donde te pones en fila con la tercera edad si quieres votar en las primarias de un Partido que ya pertenece a unos extraños a los que no les interesa lo más mínimo su historia; una historia que, sin embargo, estos viejos han vivido y que ahora, abandonados a su suerte en el Estancamiento, ven ignorada y olvidada. Dentro todavía están las fotos de los padres aceptados por el Partido, Gramsci y Berlinguer: a los demás los desterraron hace treinta años. Me acuerdo de que al compañero Longo casi nunca se le reservaba un espacio en las paredes de las viejas secciones: él era un anciano-nomenklatura, viejo, enfermo, inmóvil; lo recuerdo asomado al balcón de la Sede Central del Partido, aplaudiendo con la mano buena sobre la mala, la parética. En aquella época, si tenías más de sesenta años, eras un carcamal y no paseabas con los amigos a paso ligero, en vaqueros y con la camisa por fuera, con chaleco y tenis, soltando chorradas a voz en grito, comentarios futbolísticos banales, sandeces políticas mil veces repetidas, como que son todos unos ladrones. Sin capacidad para distinguir, infantilizados, sin historia y tras romper con su pasado, se adentran en el océano del futuro con un poco de miedo, igual que todos nosotros. Pero no con tanto, es decir, no con el suficiente que sería sensato tener, dadas las señales.

Arrastran los pies entre un caos de hojarasca seca y basura, papeles y botellas de

cerveza cuidadosamente colocadas en las esquinas de los edificios, renegridas por las meadas de los perros, esos mismos perros con ojos saltones a los que me refería antes, enanos, humillados, elegidos en función de su afectuosa docilidad, microesclavos consentidos, que caminan a diez centímetros del suelo temblando porque se sienten inseguros, que sólo buscan aprobación, que existen para que se los acaricie, para cogerlos en brazos y comprarles un jersey de cuadros escoceses. La verdad es que, si no me diesen pena, los odiaría. Animales de vida corta, perros que simbolizan un estado de aislamiento social, físico, mental y afectivo, criaturas genéticamente modificadas que esperan a sus dueños atados fuera de la oficina de correos o de las tiendecillas bengalíes.

En ellas siempre encuentras caras nuevas, redondas, oscuras y con dientes muy blancos. No entienden ni la mitad de lo que dices, parecen recién llegados, pero si se lo preguntas, te responden que llevan aquí diez años. Bajitos, decididos, con los ojos grandes y brillantes, siempre sonrientes, pero en su fuero interno ensimismados y, sobre todo, muy reservados. Quieren vida y bienestar occidental, pero sin salir de su cápsula cultural. Se pasan el día conectados por Skype con el delta del Ganges-Brahmaputra, su patria aguada, de donde proceden las películas y las telenovelas que se descargan en *streaming* en pequeñísimos *asus* de los que son incapaces de levantar la mirada, ni siquiera cuando te cobran. Al final, céntimo a céntimo, conseguirán lo que buscan a fuerza de turnarse en sus tiendecitas, que no cierran nunca, regalándote una sonrisa tras otra, con su pequeño portátil abierto sobre la mesita con la balanza. Vienen de un país de agua y lo que venden, fundamentalmente, es agua, como si no pudiesen separarse de una vez por todas de este elemento: te la traen a casa, pues un *pack* de nueve litros pesa demasiado para nosotros, que a saber por qué ya no bebemos agua del grifo. El precio de un *pack* de agua suele oscilar cincuenta céntimos arriba o abajo: si se lo dejas caer, te responderán que depende de la marca y que, es más, te está haciendo una rebaja: sólo para ti, jefe. No me llames jefe. No lo entiende de inmediato, luego lo entiende y dice: Vale, jefe, ¡no jefe! Y sonríe.

Los viejos arrastran los pies hasta el supermercado Sisa porque les gustan sus embutidos y les cortan a mano ciento cincuenta gramos de jamón de montaña, en lonchas consistentes, como les gustan a ellos. Con las arterias revestidas de colesterol –como las de todo el mundo por aquí, arterias de una Península preglobalizada que se ha alimentado de salami, mortadela, queso *caciotta* y jamones locales durante toda la segunda mitad del siglo pasado y después–, se arrastran de vuelta a casa, pasito a pasito, con bolsas biodegradables medio llenas de comida, bolsas que huelen a ahumado y que, cuando las tocas, parecen de vejiga de cerdo, por su tacto aterciopelado y su composición orgánica. En cambio, sus sucesores en la era postsiglo XX comen ensaladas con atún mercurial y verduras con salmón (que también contiene restos orgánicos y metales pesados) y aguacate, *quiche*, *ratatouille* y otras cosas *sanas*: durarán más. Algunos viejos vuelven a sus pisos, otros a sus Torres y otros al Bloque que delimita esta acera de

la Avenida. A casas de las que, después de varias décadas, nos hemos convertido en propietarios gracias a las garantías de un país que todavía era socialdemócrata: un refugio seguro ante un futuro incierto, ante el creciente caos que domina el mundo, que en realidad nos importa un bledo porque no nos enteramos de nada. Nosotros, los no-ricos del siglo XX, los extrabajadores con garantías gracias al Estado del Bienestar, no hemos acabado ni acabaremos –a no ser que nos enganchemos al videopóker o a las máquinas tragaperras– tirados en la calle, como le ha pasado al pintor perfumado que hasta hacía poco vivía en mi Bloque al amparo de la pensión de su padre. A nosotros, en efecto, nos da igual la suerte que corran los que no consiguen conservar su casa: una vez que la solidaridad política ha desaparecido en favor de la ético-religiosa, lo único que queremos es mantenernos en forma y, a ser posible, salir vivos del próximo atentado islamista, ver los partidos en la tele, dar alguna que otra vuelta en bici y un poco de sexo, si surge. Lo demás ya no lo entendemos, como tampoco entendemos en qué entidad política se ha convertido el Partido; sin embargo, en nuestras mentes y corazones estamos seguros de que volverá a ser como antes, o mejor aún, que, bajo su pátina centrista, sigue siendo el de siempre, es decir, casa-trabajo-educación-sanidad para todos y protección y patria-en-la-patria. El Partido no está del todo muerto, sólo está escondido por un tiempo. Volverá.

–¿El servicio está averiado?
–No.
–Dice «averiado».
–Para los clientes no está averiado.

En cambio, nada volverá a ser igual. El espeso *quantum* de pasado que hay en el presente y que se disuelve poco a poco en el futuro lo constituyen precisamente ellos, los habitantes de las antiguas Torres y Edificios de VPO y los millones de seres similares con un deseo insatisfecho de pertenencia, desnudos y asustados ante una realidad que se antoja ajena, por cuanto carece de los filtros que durante años les proporcionaron una clave de lectura del futuro, cuando todos los acontecimientos estaban seguidos/precedidos por un juicio, cuando existía la Línea del Partido, que, sin embargo, nadie estaba obligado a seguir: era posible estar de acuerdo o no, estar a favor o un poco en contra, desviarse algo pero sin apartarse. Los intelectuales de las secciones usaban la línea como pretexto para pasar tardes enteras discutiendo ritualmente sobre política, con intervenciones continuas, fumando un cigarrillo tras otro y con los pies helados. Siempre empezaban igual: Queridas compañeras y queridos compañeros. Todo esto nos ayudaba a afrontar el presente, a entender su *verdadero* significado, su esencia como materia, como manipulación de la materia, como lucha por la materia, por los recursos materiales, como explotación para obtener un excedente material, para consolidar el

predominio sobre los más débiles. El Partido, el estudio, la ideología y los debates sin duda eran muy útiles. Con el tiempo, el Muro que todos vituperaban cayó de verdad.

El denominado *Muro de la vergüenza*.

> Pero ¿vergüenza de qué? ¿Vergüenza, por qué? ¿Qué tendrían que haber hecho? Se dedicaron a aplicar el socialismo, no era ninguna tontería: al oeste estaban los estadounidenses, el capitalismo con sus patrañas, queridos compañeros, que hacían todo lo posible por acabar con la Alemania del Este. Hablan de libertad. Las libertades democráticas son importantes, pero lo más importante, compañeros, es la libertad de la necesidad, de la ignorancia, de la enfermedad, del frío, de la lluvia: ¡no nos interesa *para* qué ser libres, sino más bien de *qué* ser libres!

Millones de palabras. Muchas de ellas no eran sino la mera ornamentación barroca y la connotación ritual que caracterizaba al discurso de sección, que solía seguir muy de cerca el contenido y la forma de la Intervención del Congreso del Partido; por eso el Congreso de la Sección se abría con el análisis de la situación internacional. Sin embargo, aquella ritualidad reconfortante ha desaparecido: han desaparecido las secciones y los compañeros intelectuales de la sección, con sus abrigos negros, sus bufandas rojas, sus gorros de Lenin y sus gafas de metal. La versión comunista de la Ciudad de Dios ya no existe, y hay que vivir sin ella. Los vecinos de la antiguas Torres de VPO ya no pueden decir: Esta noche tengo el Congreso de la Sección. El Cuadrante ahora es un lugar casi posideológico. Ha perdido la maravillosa concatenación de conceptos que no dejaban nada, absolutamente nada, sin interpretación, que determinaban, definían y daban directrices sobre todos los aspectos de la vida, pública y privada, es más, Lo personal siempre es político, queridos compañeros: nada escapa a la política ni a las relaciones de dominio, el Capital inocula su veneno por todos lados. Ese amasijo compacto de ideas ya no existe. Ya no existe lo público, por lo que tampoco existe lo personal.

Si te fijas, la historia, antes o después, se repite –dice el exintelectual de sección (es lo que me parece, lo conocí en la biblioteca, se fijó en el tipo de textos que estaba consultando, se quedó asombrado; Me maravilla, dijo) sentado en un bar a la entrada de la Cavidad–: los pantalones de campana ya han vuelto dos veces, los de pitillo también, pero por muy viejo que seas, nunca volverás a ser el mismo de antes, el comunismo ya no volverá. No en esta vida y de la manera en que lo hemos conocido nosotros, quiero decir, yo. No sé usted. ¿Podemos tutearnos?

Entonces, hoy en día, ¿para qué sirve la ideología si no es para vivir, como yo, aislado mentalmente, mientras los demás, los desideologizados, derechistas, criptofascistas e

imbéciles que se creen librepensadores actúan de la misma manera? ¿Para qué sirve la ideología si no es para congregarse y llevarla a la práctica en forma de *actos*, políticos y materiales, de huelgas, manifestaciones e incluso duros enfrentamientos con los representantes del Estado? ¿Qué debemos hacer ahora con nuestro ser comunista, mejor dicho, con nuestro *sentir* comunista, es decir, con ese estado interior de continuo desacuerdo con el presente, de negación estupefacta, de borborigmo desesperado y contrario, que se opone de manera inútil a lo que tú concibes como resto-del-mundo, cuando nuestra única obligación es ir al supermercado, pasear, ver la televisión, sacar al microperro y recoger su mierda en una bolsa de plástico? ¿Y cuando te encuentras con alguien como tú, alguien estupefacto y comunista interior que se te pone a despotricar de cosas que tú también piensas y entonces experimentas un sentimiento de repulsión por tu misma condición, por tu misma desazón y confusión, y el tío, en el que te reflejas, te molesta, te toca los cojones y te gustaría que se marchase o que dejase de hablar como un viejo comunista de las antiguas Torres de VPO, porque tú también podrías serlo, o sea, como el residuo que es y que tú también eres?

11
AUTÓMATAS

Dos hombres esperan a Lenin en el andén. El alto, de unos cuarenta y tantos, con grandes bigotes, es un compañero napolitano: se llama Giacomo, es el hombre de Labriola, se defiende en francés. Como han convenido, se hace reconocer con un pañuelo blanco en la mano izquierda. El otro es más joven, de piel aceitunada, bajo, robusto, con ojos vivaces y los rasgos de quien nace proletario en una familia proletaria: se apresura diligente a quitarle la maleta de mano y, mientras se dirigen a la salida, se dispone a caminar detrás de los dos, que han empezado a hablar en francés.

Está acostumbrado a sentirse secundario incluso cuando se encuentra entre iguales, piensa Lenin, que experimenta un interés inmediato por este hombre. Se llama Paride, le informa Giacomo, que se lo presenta como un compañero que trabaja en los hornos ladrilleros. Es ahí, a los hornos, adonde nos dirigimos. Lenin tiene hambre, pregunta si puede comer algo. Nos aguardan en los hornos, le responde Giacomo, nos esperan para almorzar con ellos, una comida nada especial pero auténtica. Estaremos allí dentro de media hora a lo sumo; si el compañero Lenin no tiene demasiada hambre y se conforma con lo que los compañeros de los hornos le ofrecen, propongo que partamos de inmediato. Suben a un coche de caballos que sale en el acto, atraviesa una plaza semicircular con una fuente y luego baja por la calle llamada Nacional haciendo retumbar las llantas metálicas de las ruedas en los adoquines de piedra.

Lenin está cansado, un poco molesto y tiene el estómago vacío. Ya se ha arrepentido de haber aceptado este encuentro con un grupo de obreros que hablan una lengua tan distinta, empleados de fábricas de escasa tecnología, a las afueras de la capital de un país que hasta fechas recientes, y casi en exclusiva en las regiones del norte, no parece haber accedido a la cultura industrial. ¿Qué nos diremos? ¿Qué les diré?

Le pregunta al compañero Giacomo cómo se comunicará con estos obreros que han pedido reunirse con él y, sobre todo, si tienen preguntas concretas que plantearle. Giacomo le asegura que traducirá cada una de sus palabras con la mayor precisión posible. Luego añade datos sobre el grupo en cuestión. En el área de las arcillas, justo fuera de los muros del siglo XVI de la ciudad, a espaldas del Gran Templo, subsisten más o menos cincuenta instalaciones, de pequeñas y medianas dimensiones, que dan trabajo

a más de tres mil obreros. Se trata de trabajo temporal. Los hornos Hoffmann, que funcionan de forma continua, día y noche, y que se encienden a finales de abril, no se apagarán hasta bien entrado el otoño, cuando la producción se interrumpe. Un obrero debe ahorrar bastante para poder sobrevivir seis meses más o menos sin trabajar. De ahí los ritmos infernales de doce, catorce e incluso dieciséis horas al día. Paride escucha con mucha atención, pero no comprende ni una palabra del relato del compañero.

–Háblale de las condiciones de trabajo, venga, Già.

Lenin escucha y se distrae a medias mientras ve pasar la ciudad ante sus ojos. Ahora recorren el destripamiento urbano de la avenida Vittorio, abierta dos décadas antes en el cuerpo vivo del barrio renacentista. Las suturas entre lo viejo y lo nuevo están tan bien hechas que un ojo inexperto no las percibe: Lenin no entiende nada; ve cómo se deslizan las fachadas de muchos edificios, todos de la misma altura. Advierte un lenguaje arquitectónico más bien uniforme, pero no sabría decir de qué estilo se trata. Lo que ve le impresiona por la elegancia de la arquitectura, sin extravagancias de ningún tipo. Lo que Giacomo le está refiriendo sobre la condición obrera de los hornos no se aleja mucho de cuanto le parece que ocurre en todas las fábricas de Europa. Y sobre las rusas cuenta más o menos con los mismos datos. Observa una explotación intensiva por todas partes, tan sólo refrenada donde existen organizaciones sindicales fuertes, capaces de utilizar con éxito el arma de la huelga y de la negociación. Aquí, le cuenta Giacomo, la tasa de afiliación a los sindicatos es baja. La ciudad no ha tenido más industria que ésta, pobre, pequeña y muy fraccionada. Se ha formado una comunidad histórica que, en el transcurso de las últimas décadas, se ha ido tornado socialista y, sobre todo, anárquica. Reina una gran confusión ideológica y hay poca organización.

Llegan al Río, lo cruzan por un puente reticular colgante con gruesas cadenas metálicas. Lenin se percata de que, al igual que las dimensiones y la calidad del agua –que corre fangosa en forma de torrentes de residuos–, parece no guardar mucha relación con su fama. Una vez en la otra orilla, el coche de caballos gira a la izquierda y recorre una calle estrecha y larga hasta que, de repente, mientras Lenin conversa con el compañero italiano, desemboca en la explosión espacial de la plaza del Gran Templo. Entre las gigantescas pinzas de la columnata se encuentra la fachada lejana de un complejo demasiado grande para ser considerado un solo edificio. Lenin ve una cosa a medio camino entre la arquitectura y la formación geológica, coronada por algo incluso más grande y lejano: una inmensa cúpula perdida en distancias estratosféricas, recortada contra la luz amarillenta que emana desde el Oeste, primerísimo anuncio del ocaso. Lenin le pide al cochero que se pare y se queda unos minutos en silencio.

No es nuestra misión principal, pero antes o después deberemos hacerlo, deberemos acabar

con todo esto, desvelar su verdadera naturaleza opresora, hacérsela patente a todo el mundo y, en última instancia, llegado el caso, *derrocarla*, será realmente difícil… Aquí existe una historia milenaria de encubrimiento del atropello, construida a partir de un mensaje humano de la máxima pureza, primigenio y, sin lugar a dudas, justo, al cual deberemos enfrentarnos, porque no se puede anular con una simple declaración de la inexistencia de este dios o el otro, ni eliminando a los curas ni a la jerarquía eclesiástica de todas y cada una de las religiones, empezando por la ortodoxa, es decir, por el metropolitano de Moscú, y siguiendo por el papa… Esta mole blanquecina de piedra, que consigue parecer sublime incluso a mis ojos, posee un sentido triunfante y odioso, pero exhibe una naturaleza de presidio moral en teoría por encima y más allá de cualquier contingencia histórico-política y de su propia esencia de centro de poder ya podrido… En resumen, es un testimonio de algo que no estaría de ningún modo en contra de nuestro proyecto… El mensaje del profeta Jesús de Nazaret es, en todo caso, un mensaje de igualdad y justicia… Ya existen bastantes religiones, no necesitamos otra laica y socialista… Cuánto oro, cuánta riqueza, cuánto trabajo, cuánto esfuerzo, cuánto ingenio, cuánto tiempo y cuánto sufrimiento obrero para construir una cosa tan gigantesca, en teoría tan inútil…

El coche abandona la plaza desviándose a la derecha, sale de los callejones y enfila calles más anchas y modernas a las que asoman edificios de cinco plantas, de construcción reciente, muy en consonancia con la arquitectura y la disposición en cuadrículas perpendiculares de las calles. Le recuerdan a las secuencias ordenadas de las manzanas de San Petersburgo, donde, en cambio, el espacio urbano es mucho más amplio. Después de otras calles y otras revueltas, todo cambia. La ciudad, con su geometría y sus reglas, se interrumpe y da paso a un paisaje desordenado de pequeñas colinas de arcilla azul en forma de terrazas provistas de andamios, rampas, escaleras y canalizaciones de madera a cuyos pies se arracima un grupo de hornos con chimeneas altas, esbeltas y humeantes y, alrededor, una selva de edificios toscos, irregulares, y largos tejadillos. Ladrillos bien amontonados por todas partes. Montañas de carbón, carros, caballos, hombres en movimiento. La calle, estrecha y terriza, discurre a lo largo de un foso entre árboles y ramas secas, dejando a la izquierda las murallas vaticanas, y se adentra en un valle que va estrechándose a medida que se avanza. Entonces, el coche de caballos que transporta al compañero Lenin y a dos proletarios peninsulares pasa por debajo de un viaducto altísimo de ladrillos amarillentos que se proyecta hacia el norte desde la colina del Templo y se hunde en la espesura de la cima de un monte al otro lado, también carcomida por los trabajos de extracción.

Se puede decir que ésta es la puerta de entrada oficial al Valle de las Cretas, un sistema desordenado y triste de vaguadas y cumbreras arcillosas que aquí denomino *el Cuadrante*, dentro del cual se inserta, invisible desde donde me encuentro, la conformación que llamo *la Cavidad*. El viaducto ferroviario marca su acceso, donde otros diez hornos, unos al lado de otros y dispuestos de cualquier manera, algunos manifiestamente más viejos que otros o mejor o peor conservados, dibujan un paisaje

paraindustrial de fondo de valle a lo largo de antiguos y rústicos caminos que se bifurcan formando una red de distribución local y que desaparecen continuamente en curvas y más curvas, detrás de las cuales existen más muros de contención de ladrillo, más hornos, obras varias, tejadillos, pilas de ladrillos crudos y cocidos, casas, casetas, barracas, animales, carros, andamios de madera y rampas que suben por pequeñas colinas de bonita creta azulada, en cuyas cimas y a lo largo de cuyas laderas de hierba y maleza pacen plácidamente ovejas, cabras, caballos y mulos, absortos en su destino de esclavos del hombre.

La cadena de la sumisión y la explotación se completa con los animales, piensa Lenin.

El carruaje se detiene delante de una construcción baja situada casi al final de un valle que se abre una vez pasados los hornos, donde las vertientes arcillosas acaban confluyendo, mientras al fondo una masa muy tupida de árboles y matorrales sube por pendientes de colinas y montículos de aspecto asilvestrado. El carácter primigenio natural, con los restos prehistóricos, arcaicos, imperiales y medievales que desde hace siglos circundan y asedian la Ciudad de Dios, y el paisaje que se deriva de ello, sobre todo en los barrios al sur del Recinto Amurallado Principal, es famoso; pero fuera de la Muralla, al noroeste del tramo que protege el Templo, la presencia de la historia se atenúa y deja que prevalezca una geología fea que desde siempre ha sido poco habitable y cultivable, sepultada ante la contundente presencia de la gran cúpula que Lenin, al darse la vuelta, sigue encontrando allí, cerniéndose sobre ellos. Dentro del cobertizo, una barra de taberna y mesas, sillas y taburetes rudimentarios, pero hechos a la perfección por un carpintero experto con maderamen de andamio. Sentados esperando a Lenin, es decir, al Jefe del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, hay una veintena de autómatas de los hornos, tal vez menos. Han juntado cuatro mesas en las que han dispuesto manteles y algunas jarras de vino, platos con embutidos cortados en lonchas, pan, queso y fruta. Un recibimiento amable, cariñoso. Predominan los jóvenes y los muy jóvenes, hay algunos que superan los cuarenta años y un par más son ancianos.

Lenin sabe de qué pasta está hecho un obrero, cuáles son los rasgos del hombre-trabajo, y aquí también los encuentra, pero en versión mediterránea. Sus caras y sus cuerpos, la manera en que economizan sus movimientos, la forma y las proporciones de sus manos agrandadas por el trabajo, cubiertas de cortes y de callos, sus uñas oscuras, rotas, las chaquetillas lisas que visten con decoro encima de chalecos de fustán y camisas limpias, sin cuello pero abotonadas, delatan una única cosa: fatiga, miseria, explotación. Delatan a obreros, autómatas, *workers*. Una categoría de humanos que existe en cantidades ingentes y que sigue creciendo en todo el mundo. Hombres-mano-de-obra, pero hombres al fin y al cabo. Si existe una definición de la palabra *hombre*, éstos son *hombres*. En todo similares a los hombres que los dominan y que los explotan, con las mismas necesidades, los mismos derechos y, sin embargo, mantenidos en la ignorancia para vivir vidas sometidas de pura subsistencia.

Lenin no puede evitar pensar todo esto de manera automática: basta con un instante para que le entre esa indignación que tan bien conoce y que, desde hace décadas, lo empuja y lo motiva en la actividad política que le ha absorbido la vida. Encontrarse de vez en cuando entre aquéllos por los que está consumiendo su existencia le sienta bien, su huraña cortesía se disuelve, se atenúa su frialdad habitual, esa tendencia adquirida durante años de exilio a guardar las distancias con todo el mundo antes de saber de quién se trata y qué quiere en realidad. Puede que entre estos hombres haya algunos informantes de la policía italiana. ¿Y qué? Siempre los hay y no dejan de ser proletarios.

El compañero Giacomo le explica que éstos son obreros que aún no han sido contratados para la temporada. Todavía no se han encendido muchos de los hornos y sólo hay trabajo para los *cavamontes* que, como su nombre indica, cavan la arcilla allá en lo alto, y para los que moldean los ladrillos y los ponen a secar. Dentro de un par de semanas la producción estará a pleno rendimiento y también habrá trabajo para ellos. Muchos de estos hombres tienen familia, el sueldo que ahorraron durante la pasada temporada se acabó hace tiempo, viven al fiado, saldarán sus cuentas más adelante cuando, matándose a trabajar, empiecen a ahorrar lo suficiente y puedan así reservar una parte para el invierno siguiente. Pero, de momento, se mueren de hambre. *Faim*.

> *Faim*, el hambre endémica, el cuerpo se consume a sí mismo, cualquier otra cosa se vuelve secundaria frente al imperativo dictado por el hambre… Alimentarse como es debido es un derecho fundamental de todo hombre, de cualquier edad, inteligencia, educación, oficio, honorarios, clase social… Se llama igualdad, el reconocimiento político de la misma condición biológica aplicada a todos los hombres.

En un solo instante de intensa emotividad, la mente de Vladímir Ilich repasa los principios fundamentales.

Paride le ruega al compañero Giacomo que informe a Lenin de que aquél es un trabajo que te mata: *si aguantas, bien; si no, puerta*. Giacomo traduce. Muchos de ellos viven dentro de los hornos, en los cuchitriles, una especie de dormitorios pequeños. Lenin pregunta si *il y a une organisation syndicale*. Giacomo le responde que sí, que existe la Unión de Trabajadores de los Hornos y la Unión Emancipadora de los Obreros del Arte de la Albañilería. Pocos contactos con el partido socialista, ésta es la Cavidad, compañero Lenin. Nos tienen olvidados y estamos perdidos. Pero, mientras haya trabajo, es decir, mientras se construyan casas, aquí estaremos y aquí nos quedaremos. Hablan sentados, comen juntos pan recién hecho y salami, beben un poco de vino que les quema el estómago y se les sube a la cabeza, pero no les importa, los desinhibe un poco.

Pourquoi avez-vous voulu cette rencontre?

Giacomo lo mira con gesto interrogante, como diciendo: Creía que lo sabías. Luego se dirige a los compañeros sentados en torno a la mesa y les hace la misma pregunta: el compañero Lenin quiere saber si tenemos algo que preguntarle. Se hace el silencio en el

cobertizo. Caras proletarias intimidadas por el pez gordo que ha venido de fuera, pero no tanto como para inducirlos a callar del todo, el vino ayuda. Un compañero se levanta y pregunta que, en resumen, cómo se hace la revolución. Los bolcheviques son revolucionarios, ¿no? Entonces, ¿cómo quieren hacer la revolución? Aquí se habla de reformas, de ocho horas, de darle el voto a todo el mundo. Pero, incluso con las reformas, siempre somos nosotros los que nos jugamos el pellejo. Si los bolcheviques saben cómo se hace la revolución mundial, nosotros estamos listos. Aquí y ahora. A peor ya no vamos a ir.

Lenin escucha mientras Giacomo traduce, está cansado, ligeramente amodorrado. La respuesta a preguntas como ésta no es breve ni sencilla. Otro obrero dice que a fuerza de huelgas se puede derrotar a los patronos, hasta la gran huelga final que los para a todos, en la que nada se mueve porque todos los trabajadores se rebelan a la vez y paran juntos durante meses. Así se hace.

Un joven con una marca en la cara lo interrumpe diciéndole que, aunque mates a todos los patronos, siempre habrá otro patrón que se te suba a la chepa, siempre habrá alguno que te diga cuántos ladrillos debes hacer al día, los trabajadores siempre estarán bajo algún mando, patronal, socialista o el que sea, siempre: lo único que se puede hacer es una revolución que no termine nunca –la voz se le quiebra de desesperación–, un movimiento revolucionario contra la fatiga, contra el trabajo que te mata y contra quien manda: en cuanto uno llega al poder, lo matas, es el único modo, yo, cuando termina la jornada, es lo único en lo que pienso, en lo bonito que sería ver correr la sangre, mucha sangre, valle abajo, un torrente de sangre que llegue al Río, que anegue la Plaza de las Columnas y que ahogue a los putos curas… Grita, lo apartan de la mesa, lo sujetan entre dos de los brazos, lo alejan a la fuerza, con cariño, le hablan, mientras él sigue gritando que no hay esperanza, sólo sangre: Yo puedo empezar ahora mismo, no tenéis más que decírmelo, malditos todos, malditos los siervos y los patronos, el horno y todos; malditos ladrillos de los cojones, todos los ladrillos del mundo, malditos.

Se nota a la legua que Lenin no se entera. Entonces Giacomo le dice: *Il veut tuer tout le monde. Il es désespéré. Trop de travail pour lui*.

Lenin esboza una respuesta, del tipo de que sólo con la unidad y la organización de la clase obrera se puede esperar conseguir la victoria, que hay que construir un partido socialista fuerte en todas partes capaz de lograr alianzas tácticas –aquí Giacomo, que está traduciendo, tiene un momento de duda, se gira con gesto interrogante hacia Lenin, que lo conmina a seguir haciéndole una señal con la cabeza–, que nada será fácil y que habrá que luchar durante mucho tiempo, todos juntos, cada uno por su propio país, para construir un nuevo orden mundial. Giacomo también vacila ante este último argumento. Luego traduce. Pero lo más seguro es que Lenin haya pensado: ¿cómo rebatir posiciones nihilistas y anárquicas como ésta?

> Este encuentro parece una respuesta indirecta a la pregunta de la cultura socialista; es como si la hubiese organizado Bogdánov para decirme que, si una nueva visión del mundo no cala entre las masas, no hay ni habrá nunca socialismo… Pero es una postura equivocada, porque en las condiciones actuales, a las puertas de la caída del capitalismo, no podemos esperar instruir a cabecillas que se mezclen con los obreros y los conviertan en buenos socialistas por contagio. Hacen falta avanzadillas revolucionarias decididas, un partido fuerte y centralizado, capaz de aprovechar cualquier oportunidad que se presente para ganar terreno. Lo demás lo hará la desesperación proletaria…

Lenin se ha pasado un poco con el vino del pueblo de la Ciudad de Dios, su estómago no está acostumbrado y retoma para sus adentros la discusión a la que lleva años dándole vueltas dentro y fuera del partido. Es como volver a jugar mentalmente una partida de ajedrez y ver de antemano la posición de tus piezas y de las de tu contrincante. Es inútil reunirse con obreros, se repite, el *distanciamiento* de las masas es necesario para disponer de tiempo y trabajar en el partido, para el partido. Esta reunión es la enésima prueba.

Mientras tanto, uno de los trabajadores de los hornos, también joven, está diciendo: Pongamos que conseguimos tomar las fábricas, ¿y luego qué? ¿Quién trabaja en los hornos? ¿Nosotros? ¿Otros como nosotros? Si trabajan otros, entonces, ¿nosotros nos convertimos en los patronos? A ver, pero el socialismo, ¿qué es? En los hornos siempre habrá trabajo, fatiga, ¡alguien tendrá que hacer los putos ladrillos! Giacomo le traduce algo a Lenin. Éste asiente. Le duele la cabeza y tiene ardor de estómago. Un viejo autómata hecho polvo por décadas de trabajo y de bebida que ya no debería creer en nada interviene, sin embargo, con paciencia y propiedad de lenguaje, para explicar al obrero joven que serán los consejos de las fábricas los que lo decidirán todo, que cuando las fábricas sean del pueblo, será el pueblo el que decida cuántos ladrillos hace falta producir al día y cuánto beneficio deberá invertirse en la fábrica, cuánto irá a parar al bolsillo de los obreros y cuánto deberá trabajar cada uno de nosotros, porque si uno está cansado o es viejo o está enfermo, nadie dice que tenga que trabajar ocho horas, sino a lo mejor seis o cuatro, porque lo decidiremos nosotros y no los patronos, y todo lo que se gane se dividirá según las necesidades de cada uno, porque si uno tiene tres hijos le corresponderá más que a uno soltero, ¿lo entiendes o no?

La intervención del viejo desencadena murmullos, entre los que de repente destaca la voz de una mujer, límpida, procedente del fondo de la sala, donde algunas compañeras están sentadas contra la pared: Perdona, compañero, con todo el respeto, todo esto del socialismo está muy bien, pero me parece a mí que el problema no es ése, sino cómo llegamos a eso… Es una muchacha muy joven con delantal y el pelo recogido en un moño en la nuca, las mangas de la camisa arremangadas en los antebrazos, una belleza que lucha contra el cansancio para no dejarse arrollar. ¿Ahora hablan también las mujeres? Ante la objeción se alzan gritos de protesta y no sólo de voces femeninas.

Mientras tanto, la muchacha ha avanzado unos pasos y está diciendo que lo suyo es precisamente pasar de lo que somos hoy, es decir, unos explotados sin esperanza, a lo que puede que seamos mañana, es decir, llegar a estar al mismo nivel que los patronos o lo que sea. Me parece haber entendido que ese paso se llama *revolución*, dice con tono irónico, que se ve que es algo así como quitarles a los patronos todo lo que tienen para repartirlo entre nosotros, entre los demás y lo que vosotros queráis…

Giacomo traduce sintetizando, Lenin trata de concentrarse, la muchacha se dirige directamente a él, lo mira a los ojos sin atisbo de sumisión. Ahora os pregunto a vosotros y le pregunto al compañero ruso, o lo que sea, a ver, sabemos de sobra que los patronos no quieren que les quiten lo que tienen, que muchas veces nos dispararían con gusto cada vez que intentamos levantar la cabeza, no digo ya para hacer la revolución, sino por una simple manifestación en una huelga sindical para que nos aumenten la paga dos céntimos la hora… Por eso pregunto: ¿cómo se hace esta revolución cuando hemos visto que, hace tres años en Rusia, los soldados disparaban a la gente en la calle, donde trincaban a todo quisqui? ¿O es que he leído mal los periódicos?

Ya estamos otra vez con lo mismo: el discurso es circular, la pregunta que plantea esta muchacha es crucial, piensa Lenin, sentado entre los obreros de los hornos del Valle de las Cretas, un lugar infame a las afueras de una ciudad a su vez obsoleta y periférica comparada con los lugares del mundo donde se está haciendo y se hará la Historia: el vino le ha soltado la lengua peligrosamente, hasta el punto de que, una vez que el compañero Giacomo, muy competente y paciente, termina de traducir, alza los brazos para pedir silencio, luego inclina la cabeza y se pellizca el puente de la nariz, levanta la cabeza y dice: La compañera tiene razón… ¿Cómo te llamas, compañera? Se llama Assunta, le informa Giacomo, *la compagne Assunta a raison, nous n'avons pas une réponse à cette question*. Luego continúa diciendo que la respuesta al problema de la toma del poder se dará en cuanto sepamos aprovechar la ocasión para arrebatarlo. De momento no sabemos muy bien cómo hacerlo, pero si construimos una formación sólida de masas, guiada por profesionales, no sólo de la política, sino también de la insurrección, estaremos listos cuando la ocasión se presente y, en lo que respecta a los rusos, será pronto. Luego añade algo de lo que ni él mismo está convencido del todo: las revoluciones ocurren, en el sentido de que en el pueblo y en el país deben existir condiciones justas, nosotros sólo podemos prender la chispa, pero deberemos saber hacerlo en el momento en que la Historia nos lo pida. Giacomo traduce con atención; el discurso no provoca entusiasmo, pero tampoco repulsas abiertas.

Un obrero dice: Entonces, pongamos que estas condiciones no se dan hasta dentro de veinte años, ¿qué hacemos nosotros mientras? ¿Mantenemos la puta cabeza agachada mientras nos organizamos para la insurrección? ¿O luchamos de todas maneras para estar mejor? ¡Que yo sepa, no está escrito en ninguna parte que los obreros tengan que estar siempre pasando hambre si son útiles para la economía! Luego añade que el partido

revolucionario, la organización y todo lo demás se construyen con el consenso de todos y el consenso se consigue si se ganan las luchas justas, es decir, las que tienen que ver con la reducción del horario de trabajo, con la democracia burguesa, que el Estado burgués nos importará un carajo, pero cuando haya elecciones quiero el derecho al voto para dárselo al partido que me representa en el parlamento y eso ya es algo, compañeros, algo muy grande.

La mayoría está de acuerdo con él. Lenin cree que la línea gradualista ha emergido de manera fatal, natural, lógica: ¿cómo llevarles la contraria? Mi tren sale dentro de una hora y media, debo marcharme. Se lo dice a Giacomo, que se lo comenta a sus compañeros. Lenin no responde a la última pregunta; se limita a decir: Estoy completamente de acuerdo con el contenido de esta última intervención. Luego se levanta, se despide, sonríe y sale. Se sube rápidamente al coche que espera fuera; Paride sube con él cargando la maleta. Lenin le hace un gesto negativo, pero él se sube al pescante de todos modos. A lo mejor le hago falta. Giacomo se queda en tierra, traduce la frase de Paride, le estrecha la mano a Lenin y el coche parte.

Vamos rápido, que es tarde, le dice Paride al cochero.

En el centenario de la Revolución de Octubre, la mayoría, a pesar de reconocer la grandiosidad del acontecimiento, se afanaba en hablar del fracaso posterior, que comúnmente se da en llamar *estalinismo*, y afirmaba que ya estaba implícito en el leninismo, mientras que algunos decían a las claras que el error estaba en el comunismo, ya que prometía la abolición de unas desigualdades que, sin embargo, resultaban imposibles de erradicar porque eran *naturales*, otros hablaban del marxismo y del materialismo porque aspiraban a alcanzarlos. Otros se limitaban a decir: La Revolución es algo bonito, pero ¿y el *Gulag*?: la palabra *Gulag* (con la que se operaba la infame equiparación del socialismo soviético al nacionalsocialismo alemán del *Lager*. Y así, *Gulag*=*Lager*) invalidaba toda distinción, todo discurso, todo análisis, toda reconsideración incluso interior, se convertía en la objeción interna al comunista que muchos de nosotros habíamos sido, y Lenin, el mismo Lenin sobre el que escribo en estas líneas, también se invalidaba, anulado bajo el peso del juicio de la Historia, que es, fatalmente, un juicio demoliberoburgués, al no existir hasta la fecha un juicio proletario declarado, puesto que los proletarios no escriben libros. Se trataba de una *damnatio memoriae* llevada a cabo por el liberalismo, que había hecho imposible encontrar no sólo sus textos, sino también los muchos ensayos que se le habían dedicado a su figura (las biografías más recientes entre las que había encontrado en la biblioteca anteponían un distanciamiento del personaje cuya vida se disponían a contar, como si el autor temiese que lo tomaran por un comunista, es decir, alguien al que le gustaba el Gulag). En fin, no digo que me hubieran convencido del todo, pero ahora coincidía en que el socialismo había fracasado en todos los lugares en los que había sido instaurado: hasta yo había olvidado la auténtica guerra a la que se había visto sometido, que, desde luego, no había favorecido el desarrollo de una sociedad libre y liberada de la explotación y del dominio de una minoría sobre la mayoría. Luego, al volver a entrar en contacto con el asunto concreto de los autómatas cuyos resultados intento ofrecer aquí, y con los testimonios recogidos por quienes durante años realizaron estudios sociológicos rigurosos

en la zona y hablaron con los hijos y los nietos de los obreros que escupieron sangre, y al acercarme de nuevo a la figura de Lenin para comprender qué coño hacía en Capri durante los últimos diez días de abril de 1908, me ha vuelto a embargar la grandeza del acontecimiento político que durante 1917 llevó al poder a los bolcheviques y la de su principal artífice. Y ahora, frente a todo esto, aquí, en el séptimo piso del Bloque que da a la Avenida, rodeado de una gran ciudad sustancialmente de mierda –construida primero por poderes absolutos y luego por no-poderes pequeñoburgueses, con algún que otro elemento de socialismo–, donde toda una existencia (la mía) consentidora se ve recompensada con una pensión decente y un acceso privilegiado al servicio sanitario, me doy cuenta de la insignificancia cobarde de una vida vivida en exclusiva a través de una serie de tentativas –fallidas– de afirmación personal, a través de la traición de toda instancia de cambio, es más, de derrocamiento del *statu quo*, que, sin embargo, desde joven, me había enfervorecido…

–¿Me das un paquete de tabaco?
–¿De cuál?
–[…]
–¿Que de qué marca?
–Light…

¡Qué chollo ni qué chollo! Hay que renovarse o morir, eso es lo que declaraban los socialistas, que contaban con un gran respaldo en el Ministerio, pues desde hacía unos años los ministros eran afines a ellos. Con el tiempo, acabé afiliándome al Partido Socialista. No lo hice por convicción, sino motivado por un reflejo, entonces automático para mí, de procurarme un hogar político: no tenerlo resultaba inconcebible, para mí y para muchos como yo; el tejido social medio del país necesitado de pertenencia, camarilla y protección, aunque, en el fondo, no creyese en ella.

Eran años difíciles, como todos los años del mundo.

Años lejanos y remotos, durante los cuales todos –excepto Keith Jarret, al que escuchaba cada noche mientras me fumaba a solas un porro que me ayudaba a conciliar el sueño– me traicionaron. *No permitas que los demás te hagan lo que a ellos no les gustaría que les hicieran*, me repetía, así que mejor traicionar antes de que, *inevitablemente*, me traicionaran; someter antes de que me sometieran, usar antes de que me usaran; lemas que me rondaban en bucle en la cabeza. Estaba convencido de haberme creado, por fin, una filosofía de la vida *real,* basada en cómo creía que era y en cómo creo que sigue siendo incluso hoy, con independencia del nuevo comunismo: un infierno de opresión. El cinismo no será la mejor opción, o sea, será cínico, pero te da una clave de lectura que suele ser acertada.

El mío no era el cinismo depredador de los socialistas, enmascarado de voluntad racionalista y modernizadora, actualizadora, laica, igualitaria y civilizadora, pero en aquel momento representaba una nada con la que me identificaba, es más, me resultaba útil. Entré en contacto con el partido y fui a algunas reuniones de la sección interna del Ministerio. Se llamaban compañeros entre ellos. Eran manifiestamente anticomunistas. Negaban que su plataforma ideológica todavía hundiese sus raíces en Marx y Lenin, sus ascendientes reconocidos ya eran socialistas de corte «liberal», como los hermanos Rosselli, Lafargue y Proudhon. Antecedentes confusos, lo sabía, que usaban para justificar un consenso sustancial en torno al sistema como fuente de riqueza y progreso, entendido este último en el sentido de desarrollo, es decir, de dinero. Mi formación marxista, que no podía abrogar sin abrogarme a mí mismo, me decía que su tarea

fundamental era reestructurar desde una óptica capitalista un sistema que había quedado obsoleto. No habría podido definir de qué manera eran *socialistas*, pero, para mí y para mi autocastigo de entonces, estaban bien.

Jóvenes juveniles y cáusticos a quienes les gustaba alardear de treintañeros/cuarentones (incluso había algún que otro cincuentón atractivo) con posibilidades económicas, que manifestaban un tipo de elegancia (pequeñoburguesa) con un toque sutil que recordaba al sesenta y ocho –o sea, vaqueros y americana, zapatos ingleses, fular llamativo, etcétera– y que pronto se estandarizó y ha llegado sin cambios hasta nuestros días. Pero, sobre todo, y con determinación, era importante mostrar cierta desconfianza austera hacia toda ética severa y tediosa, ya fuera católica o comunista, porque al fin habían conseguido liberarse de ellas.

Sin embargo, aunque ellos pensaran otra cosa sobre sí mismos, en realidad no eran más que *reflujo*. Era como si una generación, que había crecido con la idea de que todo era política y de que era necesario luchar por la emancipación de las clases más débiles, de pronto hubiese descubierto que lo único que le interesaba de verdad era su propia emancipación, económica-sexual-laboral y de poder. No era necesario renegar por completo de sus raíces, bastaba con redefinirlas desde un punto de vista ideológico. Eran socialistas, por supuesto, pero en un sentido occidental y modernizador. En resumidas cuentas, como había ocurrido antes y como ocurriría después, se arrogaban la labor de reorganizar el país, pero fundamentalmente a cambio de dinero. El primer paso era ocupar todos, o casi todos, los puestos de poder intermedios presentes en un sistema democrático, con la finalidad de crear una red que se dedicara a interceptar todo lo interceptable.

Acababa de superar el umbral de los cuarenta y, pese a no haberme recuperado aún de una desilusión que, en aquella época, me parecía la mayor de mi vida, yo, al hacerme socialista, también empecé a disfrutar de una modesta posición de poder específico: yo también follaba con quien pillaba, yo también exhibía una sonrisa sarcástica cuando se hablaba de mis antiguos compañeros, yo también me ponía vaqueros y corbata con la chaqueta y calzaba zapatos ingleses; así que, por mucho que me dijera que se trataba de una elección personal, yo también era una molécula del reflujo.

Estuve solo los años que siguieron a mi separación de Clara, la persona que para mí encarnaba la totalidad del incomprensible y adorado sexo femenino, una separación inevitable cuando lo pienso ahora, pero no por ello menos dolorosa al haber coincidido con mi fracaso académico, profesional e intelectual. Pasó mucho tiempo antes de ser capaz de empezar una nueva relación que fuese emocionalmente positiva y no sólo de naturaleza sexual. Añoraba el cuerpo de Clara. Las demás no eran iguales. Tenían un vello distinto y no desprendían el buen olor de Clara. A veces incluso resultaban desagradables en la intimidad. Se comportaban de diferente manera, tenían mentes distintas. Me acostaba con el mayor número de mujeres posible: no sé por qué, nunca he

sido un seductor nato, pero necesitaba la pasión. Sin embargo, durante aquellos años, follaba para castigarme, para demostrarme que era imposible llenar el vacío que había dejado Clara, en cuya mente, en cambio, ya no había lugar para mí, sino para otros hombres, para otras historias que intuía pero de las que no sabía nada.

La separación fue tremenda. Al final de nuestro matrimonio no éramos capaces de compartir ninguna de nuestras experiencias vividas juntos, ni siquiera un viaje, una exposición, una cena, una persona nueva, un libro, una película: sentíamos que ya no teníamos nada en común. Discutíamos por todo y, cuanto más discutíamos y nos desesperábamos por la distancia que aumentaba entre nosotros, mejor hacíamos el amor, hasta el punto de experimentar, en los últimos días, momentos de placer casi insoportables. Varias décadas después sigo recordando cada rincón de su cuerpo, aún siento en las palmas de las manos y en las yemas de los dedos la consistencia de su piel, la curvatura de sus caderas y sus gestos, que no podía dejar de contemplar cuando estábamos juntos.

He tardado en comprender que me acostaba con mujeres porque buscaba la reencarnación del cuerpo de Clara. Nunca la he encontrado. Ella y yo somos la prueba de que existe una fractura mente-cuerpo: dos mentes pueden alejarse para siempre y los cuerpos permanecer ligados como si no hubiese otros en el mundo. Esto fue lo que nos ocurrió a nosotros, o al menos a mí.

El nuevo ambiente gilisocialista me brindaba la oportunidad de tener encuentros sexuales. No era feo, rondaba los cuarenta años y estaba soltero, condiciones perfectas para dedicarme con éxito a semejante actividad: cuanto más se corría la voz de que era un follador, más aumentaban las oportunidades. Cuanto más descaro, cinismo y vulgaridad estilo años ochenta demostraba, más éxito tenía. Me estaba convirtiendo en lo contrario de lo que quería ser, aunque –aparte de Henry Fonda en *El hombre de las pistolas de oro* y, fundamentalmente, por su manera de caminar– lo cierto es que nunca he sabido cuál era mi modelo. Desde luego, no lo que era entonces y mucho menos lo que soy ahora, o sea, un cazador de microcucarachas. Nadie puede imaginarse su futuro como hábil cazador de pequeñas correderas, pero conozco a algunas personas que, después de una vida llena de aventuras y desventuras, no sueltan el matamoscas ni entubados a una máquina de oxígeno. No se ven sino como hombres-matamoscas. Yo era un consumemujeres; ahora mato insectos con una goma elástica, observo la Avenida o veo porno.

Estaba cambiando y, sin darme cuenta, ya estaba preparado para el siguiente paso: ganar dinero. En el Ministerio se rumoreaba que algunos funcionarios estaban embolsándose grandes cantidades extrasalariales. Yo siempre había pensado que nunca me dejaría corromper. La ocasión ya se había presentado varias veces, pero me había asustado y me había echado atrás, aunque sin decir un no rotundo. Más que rechazo, lo

que sentía era estupefacción: éste era el verdadero flujo subterráneo de dinero que circulaba por las venas ocultas de la administración pública y que, gracias a su poder, lo movía todo en silencio. Mientras tanto, hacerme socialista había dado sus primeros frutos: me ascendieron a director de una unidad que se encargaría de estudiar las obras relacionadas con el patrimonio cultural desde un punto de vista técnico y económico, cálculos, proyectos, trámites públicos de licitaciones, etcétera. Temas complejos y delicados de los que no tenía la menor idea y que no me interesaban en absoluto. Todo lo que tenía que aprender en aquella época lo olvidaba enseguida, lo cual provocaba el bochorno de mis colaboradores, que se veían obligados a explicármelo una y otra vez. En una ocasión me excusé alegando que era historiador del arte. Me respondieron con miradas en plan ¡qué coño dice! No obstante, creo que hacíamos bien nuestro trabajo.

Un día se presentó en mi despacho el socialista que dirigía la secretaría del ministro y me dijo: Vamos a dar una vuelta, tenemos que hablar. Sentados a la mesa de un bar, me contó que una empresa había ganado un concurso público importante mediante una rebaja de los costes bastante cuantiosa, y que había que ayudarla a que encajara en el presupuesto previsto y considerar con especial benevolencia las reservas que mostraría y las peticiones de revisión de precios que haría. Por su parte, la Superintendencia de la Cimentación se encargaría de introducir modificaciones en el proyecto con el único fin de inflar los costes y demás. Es una licitación importante. El partido está muy interesado. Para contarme todo esto, necesitó casi una hora, durante la cual habló dando muchos rodeos, con giros y palabras en politiqués estándar, la lengua que usaban los cuadros de bajo rango que se habían hecho un hueco en los puntos clave de la administración pública. El politiqués estándar me encantaba: era una mezcla de lenguaje periodístico, lenguaje parlamentario y jerga típica de la sección que se expresaba con los acentos específicos de la Ciudad de Dios. Me quedé fascinado escuchándolo. Yo no decía nada, mi silencio lo desorientaba y lo inducía a hablar todavía más. Cuando por fin terminó, se marchó. Estaba muy irritado o quizá sólo se sentía desconcertado porque yo no había abierto la boca. Me tomé otro café y me quedé un rato en el bar.

–¡Coño, si al menos respondiesen!

Desde hace años, lo que más me llama la atención del Cuadrante es que las cosas se quedan a medio camino, no se resuelven ni en una degradación absoluta y legítima ni en lo contrario, es decir, en algún tipo de mejora, en la superación definitiva de la fase histórica conocida como *la Pequeña Rusia* o, lo que es lo mismo, del Arrabal autoconstruido, del trabajo en el horno ladrillero y del Partido, realidades que, pese a pertenecer a un tiempo claramente pasado, siguen estando presentes, en secreto, en algunos elementos del paisaje urbano y en una especie de brutalidad mental contemporánea de sus habitantes posteriores, como si a una época demasiado llena (de

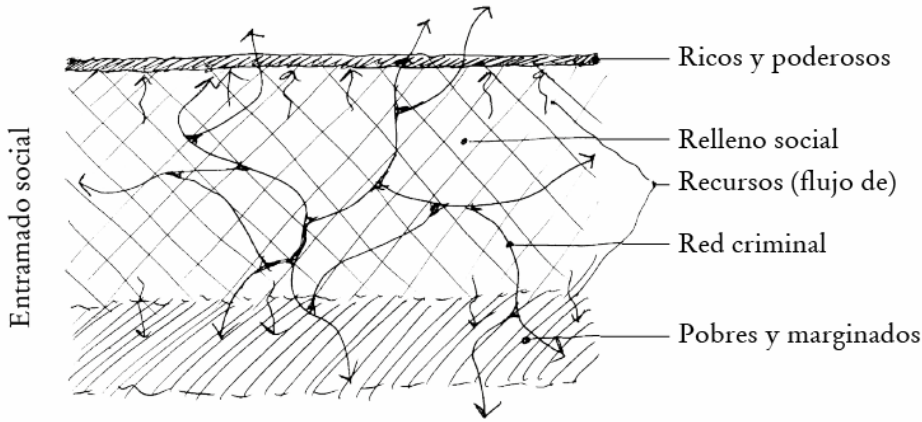
ideología) hubiese seguido, de manera inevitable, otra demasiado vacía (de ideas, opiniones y sentido crítico). No sé de dónde vendrán muchos de los residentes del Cuadrante, pero algunos de ellos todavía son descendientes, ya de tercera o cuarta generación, de la aristocracia obrera local y, por lo que intuyo, se sienten orgullosos de serlo, aunque también quieren distanciarse, abrazando lo que, a la vista cansada, a los oídos viejos y a la mente del siglo XX de un anciano como yo, le parece el más vil de los neoliberalismos actuales, es decir, el ignorante: Mi abuelo y mi padre eran así o hacían tal, pero yo soy diferente.

En la cabeza se me mezclan algunas cuestiones que veo materializadas en el Cuadrante: por ejemplo, aquí el Partido estaba muy presente y, en sus diferentes manifestaciones, duró casi un siglo. Un siglo entero de fe, de lucha antifascista y huelgas, de resistencia armada, de solidaridad obrera, de organización política, de activismo y militancia, de reflexiones colectivas, de congresos de sección, federales y nacionales. En otras palabras, un siglo de pertenencia a algo, a una organización de creyentes en una sociedad distinta que los liberaría de yugos y explotaciones –ahora la palabra ha caído en desuso; junto a *patrono*, *huelga*, *nacionalización*, *programación*, etcétera, pertenece a una civilización política pasada: cuando las pronuncias te miran raro, a menudo te compadecen– e instauraría en *todo el mundo* un futuro feliz de igualdad, paz y prosperidad, en el que cada cual tomaría «según sus necesidades» y daría «según sus capacidades», como reza la conocida (o tal vez no tanto) fórmula.

–¿Compañeros? ¿Qué compañeros? ¿Dónde están los compañeros?

Hubo un tiempo en que el entramado de la sociedad estaba caracterizado por profundas fracturas y fuertes tensiones entre las clases; en cambio, hoy en día, parece un Gran Relleno donde todos están mezclados. No están agregados en función de su renta, sino en función de su comunidad cultural, que perdura con independencia de que uno u otro tenga más/menos dinero, de quién explote a quién: *prolets* residuales conviven con empleados, comerciantes y pequeñoburgueses genéricos, y estos últimos con grupos de burgueses que trabajan por cuenta propia, también residuales, y pequeños empresarios, todos ellos anestesiados por una aspiración común a la seguridad física y económica, por un obedecimiento ambiguo y superficial de las reglas, por una fachada de pensamiento civil que en apariencia es correcto y televisivo, pero que oculta la habitual e inextirpable naturaleza brutal y feroz que, cada vez más a menudo, surge con fuerza y osadía en circunstancias en las que la clase media ve amenazadas las dos seguridades principales anteriormente mencionadas. Las tensiones entre clases sociales casi han desaparecido, las clases han vuelto a su anterior estado gremial, las ideologías políticas que prometían una variedad de futuros posibles están muertas y su vacío ha sido llenado por una especie de presente torpe y amnésico de los dramáticos desafíos que nos esperan, concentrado en el

consumo, la vida social y el *fitness*, en ganar un poco de dinero, ver porno a veces, comer una *pizza* de vez en cuando, pagar la hipoteca, criar a los niños o tatuarse el gemelo o el antebrazo.



El mundo que observo en la Avenida, cuya existencia conozco sobre todo gracias a la televisión, internet y los moribundos periódicos, me lo imagino como un bocadillo de tres estratos: una rebanada de pan encima, en el medio el gran relleno social y debajo otra rebanada. El relleno que está en el medio hace las veces de nutriente tanto para el estrato inferior como para el superior. A cambio de un sentimiento (imposible) de seguridad y algo de dinero, los del medio están dispuestos a ceder su libertad, verdad y realidad. Los otros dos grandes estratos sociales –el de arriba es el más fino– están formados por gente que se salta las reglas, lo que puede deberse a dos razones posibles: o bien tienen dinero y poder, así que pueden permitirse hacerlo, o bien son pobres, marginados o emigrantes y, por tanto, desconocen las reglas y no pueden, o no quieren, respetarlas. El estrato social del medio, que desprecia a los indigentes aunque sienta pena y caridad por ellos a la vez que admira y envidia a los ricos y poderosos, es la gallina de los huevos de oro: produce recursos y cede la mayor parte de ellos a los otros dos. Los pobres y los precarios viven de la pequeña parte de riqueza que se filtra hacia su estrato, mientras que los que están encima, los dominantes, en su mayoría protegidos y escondidos, se quedan con un buen pellizco. Me gustaría completar esta dura imagen, de la que presento un dibujo improvisado arriba, con una amplia red criminal, ramificada como las vetas de grasa de un buen filete, que vive en simbiosis con todos los demás, chupando del bote por todos lados, invirtiendo, blanqueando y mezclando sus actividades con las legales, aunque, en mi vida de peninsular, la verdad es que nunca he visto actividades realmente legales, o sea, cien por cien legales: antes o después, hasta el comerciante más honrado deja de hacerte factura. En este entramado, las cuchilladas de

los Radicales de las Arenas no son más que pinchazos de agujas.

El típico señor mayor con camiseta, bermudas y zuecos paratécnicos siempre me hace pensar en la evolución definitiva de los estratos sociales intermedios, o sea, de todos, hacia una estética posburguesa y de masas. Cualquier persona que analice el presente debería considerarlo un síntoma importante: ética y estética están relacionadas, o eso es lo que dicen los libros, aunque yo nunca he entendido cómo.

El chándal con rayas laterales de Kappa o Adidas es tanto el uniforme del Fidel Castro viejo como el del jubilado de aquí abajo cuando saca al perro o sale a tirar la basura en el primer contenedor de reciclaje que pilla –aunque no faltan los meticulosos que empujan con fuerza la bolsa de plástico llena de papel por la boca del contenedor apropiado–, o a tomarse un café en el bar más cercano, donde permanece en silencio o habla a grito limpio sobre cualquier tema, poniendo de manifiesto una y otra vez que vejez y sabiduría no van de la mano; así pues, durante los últimos veinte años ha surgido una suerte de clase social nueva: la de los Perdidos en el Tiempo, la de los Mentalmente a Años Luz del Presente, la de los Abandonados por la Calle en algún momento a finales del siglo XX, cuando decidieron –o se vieron obligados a– dejarse llevar…

Los polvos de la generación del *baby boom,* o sea, de la mía, se han transformado en los lodos de ahora: lodos políticos, afectivos, biológicos, económicos y culturales. Lo que hemos sido, o lo que queríamos ser, no se parece en nada a lo que ahora somos. La Península que soñaba con nuevos proyectos (¿qué proyectos? Ni me acuerdo) no tiene nada que ver con la de ahora. Los proyectos personales de la mayoría se han hecho realidad sólo para unos pocos: los demás han tenido que resignarse o darse por vencidos. El porcentaje de los que «se realizan» no cambia: lo estimo en un 0,1 por ciento. Entre los nostálgicos (pocos) y los que viven en el presente (muchos), se encuentra la masa de los inertes, de los evaporados, de los que se han dedicado a hacer su vida y nada más. Sin embargo, de entre todos los polvos que se han hecho lodos, el único que, al parecer, representa un problema es el biológico, es decir, el hecho de ser *viejo*, de modo que aquí todos (o casi todos) se afanan en mayor o menor medida en una cosa: rejuvenecer, desenvejecer, rebelarse contra el hecho de ser no sólo no-jóvenes, sino también no-maduros, es decir, viejos de verdad. El mito de la juventud no se basa en el deseo o la envidia por la de los demás, sino en la recuperación de la de uno mismo. Sin embargo, todavía no hemos podido, todavía no hemos podido realmente, crear métodos de rejuvenecimiento físico, de reflorecimiento efectivo; lo único que podemos hacer es rejuvenecer por fuera y de forma defectuosa, barnizando de una manera burda la pátina de vejez de nuestros cuerpos, como se hace con la cubierta encostrada de los barcos, aunque en nuestro caso sin la posibilidad de dejarlos como nuevos. De ahí que exista este limbo triste de gente aparcada en la zona de desenvejecimiento imperfecta, donde arraiga con éxito la gran mentira biológica, como nueva forma de parecer humano, un

estado senil de deformación física nunca vista, caracterizada por *liftings* y prótesis, infiltraciones y trasplantes, intervenciones de cirugía estética, liposucciones, tintes con resultados nada naturales, tratamientos químicos para todo tipo de deficiencias, especialmente para las sexuales y, sobre todo, para las que tienen que ver con el gimnasio.

> Gimnasio, mezquita laica, lugar de silencio sagrado, tan sólo interrumpido por una música de mal gusto que se escucha pasivamente, espacio de meditación y cultivo del yo físico, de introspección corporal y control de la respiración, de construcción/desconstrucción de masas musculares, de regulación y puesta a punto de equilibrios y simetrías articulares, de corrección de malas posturas, espacio litúrgico de la nada, vacío de todo excepto de máquinas y aparatos, donde cada uno de nosotros se convierte en el centro del mundo y todos te aceptan y no te reprochan nada de lo que haces, quién eres o cómo eres, con tal de que tú también, con tu silencio y a ser posible con la mirada clavada en la pantalla de la cinta de correr o con los ojos cerrados por el esfuerzo de ejercitar las piernas, demuestres aceptar la centralidad de todas las mónadas presentes en la sala, guapos, feos, normalitos en su mayoría, viejos, jóvenes, con tatuajes y sin tatuajes, perdidos en la suspensión espaciotemporal de este lugar lleno de máquinas negras creadas para la repetición sistemática de gestos y posturas, preocupados por la reconstrucción y mantenimiento de la estética del cuerpo, por la asimilación de la única cultura que queda en la Avenida, la cultura del físico.

Y también capullos. Mejor dicho, excapullos que, pese a haber superado los setenta, todavía están en forma, budas que siguen montándose en sus grandes motos, que ahora son Yamaha, pero antes, o sea, hace veinte años, eran Honda, que viven anclados en un modelo masculino del siglo XX, de influencia americana pero con toques cómicos de Alberto Sordi, o sea, peninsulares y autoindulgentes. Es imposible adivinar lo que pasa por sus cabezas, no sabes si son de derechas o de izquierdas, porque hoy en día las dos culturas se han solapado. Si antes jugar al rugby, practicar pugilismo o artes marciales te estigmatizaba como fascista, ahora estos deportes constituyen prácticas desideologizadas de masas; como los tatuajes, que también creo que se han desideologizado –antes eran marcas de pertenencia criminal; hoy, un adorno que se considera *sexy*– y que aquí es frecuente ver en una modalidad antigua (es decir, de la primera época), borrosos y azulados en antebrazos, brazos y gemelos venosos, como testimonio de una adhesión precoz, en los ochenta, a la nueva estética anticlásica del cuerpo, de la misma manera que hoy en día la gente se adhiere a la moda del pantalón pitillo, a la de teñirse el pelo a edad avanzada, a la de la turgencia artificial de los labios de silicona o a la de modelarse las cejas mediante la depilación, etcétera, por mencionar algunos ejemplos de manipulación facial. No consigo acostumbrarme.

Hasta el Gasolinero, hasta él, un hombre alto, serio, profesional, amable y eficiente, con aspecto de saber explotar al máximo, pero sin pasarse, a sus empleados bengalíes –pese a la amargura con la que el bengalí te lava las lunas del coche, te echa gasolina y

acepta tu euro de propina sin esbozar una sonrisa, a ti, racista involuntario pero profundo, te gustaría que, a cambio de ese euro, en esa cara oscura y antigua se dibujase una sonrisa de dientes blanquísimos, mientras él abriga, en silencio, el deseo de rebanarte el cuello, y, de hecho, a veces lo hace–, hasta el Gasolinero, al que tengo estima, se ha teñido el pelo y ahora, en lugar de blanco, lo tiene leonado. ¿Por qué *tú* también, Hombre serio de la Gasolina, quieres aparentar que eres más joven? ¿Cómo se te ha ocurrido? ¿Cómo es posible que no os deis cuenta de que esta manía por teñiros el pelo, haceros tatuajes, llevar pantalones ajustados y elásticos debajo de anoraks acolchados con tubos horizontales, siguiendo *comme il faut* la moda de la calle, del autobús, del metro, del Smart, es lo que precisamente os confiere ese aspecto exhausto de viejos en busca perpetua de una juventud inalcanzable?

Como si los jóvenes no existieran o nadie los viese, cuando están aquí, aunque no les importen a nadie, compartiendo con vosotros –en su caso de una manera especialmente trágica– el Estancamiento, que no sólo es biológico, sino también de ideas, una especie de paréntesis colectivo de pensamiento de más de veinte años en el que todos parecen querer descansar. Antes queríamos que nos dejaran tranquilos viendo nuestros *realities*, luego delante del ordenador, con nuestras redes sociales de pertenencia, con nuestras peleas virtuales y amores internáuticos con personas nunca vistas, que, sin embargo, están ahí, al otro lado de la pantalla, embobadas, igual de hipnotizadas que tú, *por* ti. Y ahora que el que vendía pelis porno también ha echado el cierre, porque nadie pasa una tarde viendo DVD, de ningún tipo, las series de televisión han irrumpido con fuerza en el Cuadrante: las comentan en el Porcacci (Guau, es una pasada), hay decenas, y todos recomiendan con entusiasmo su favorita, Es increíble.

Los vaqueros desgastados también me obsesionan, creo que son una señal de algo, tal vez del paso de una realidad que antes se quería vivir a otra que ahora sólo podemos imaginar, tal vez la señal de una desazón de masas, de un deseo de no estar aquí y ahora, es decir, en *nuestro* mundo, en *nuestra* vida, en *nuestro* trabajo, con marrones, faenas, facturas y, en definitiva, todas las cosas con las que nos toca lidiar día a día, el sueño de no formar parte de la gran clase media, sino de ser gente *diferente* con una vida «libre» e «interesante», tal vez la señal de una reserva mental constante hacia el aquí y el ahora, aunque engañosa, artificial e inducida. Es como si hubiera un ultramundo colectivo en el que cualquiera de nosotros puede precipitarse, sin un ayer y sin un mañana, por las carreteras de América, vestido con vaqueros rasgados y desgastados como resultado de una interesante vida de trotamundos en lugar de en una fábrica, provisto de dinero, fingiendo desconocer, no recordar, lo triste, difícil y poco satisfactoria, y en definitiva humillante, que es la vida estándar de Occidente, frente a quién sabe qué alternativa, qué oposición y qué rebeldía. En resumen, sin darnos cuenta de que, si la Historia tiene una finalidad, ésa no es sino el tedio: una vida estándar para todos, eso sí, con asistencia sanitaria pública, con un supermercado y un gimnasio

debajo de casa y el colegio de los niños cerca para que puedan ir solos. Aun así, todavía no consigo acostumbrarme a la transición del concepto de verdad de algo real al de algo mental, sobreentendido e inexistente, que, así expresado, suena trivial, y se trata, en efecto, de un engaño trivial que todos conocen, que todos toleran con benevolencia, es más, que se acepta y se practica: Vale, soy un viejo rejuvenecido de mala manera, el truco se ve, estoy perdiendo facultades. ¿Y qué? ¿Qué problema hay?

Ahora, al menos, aquí, en la Avenida, las cosas han cambiado un poco. Como consecuencia del acelerado régimen salvaje de actualización del *software* del mundo y de la capacidad de la medicina para mantenernos vivos más tiempo, el viejo se ha multiplicado y se ha convertido en un *anciano*, esto es, en un individuo problemático que no siempre puede valerse por sí mismo, y torpe, que ha de tener cuidado en los escalones, pero, sobre todo, que no se entera de nada de lo que ocurre a su alrededor. Por tanto, se trata de una carga para la sociedad, que le paga una pensión y le garantiza una asistencia sanitaria aceptable, residuos fósiles de los últimos coletazos de la socialdemocracia, que llegaron a nuestras vidas cuando en este país todavía había muchedumbres que tenían una idea no tan utópica, revolucionaria e inalcanzable de lo que significaba una sociedad digna de ese nombre.

El cuasianciano sabe que para la sociedad actual lo mejor sería quitárselo de encima, sabe que eso es lo que piensa en el fondo su hijo/hija –¿Cuándo me vas a dejar en paz de una vez por todas para no tener que soportar más tus preguntas, quejas y sermones sin sentido, tus silencios, tus miradas con ojos enrojecidos y lacrimosos y tus problemas de salud? Pero, lo más importante, ¿cuándo vas a dejarme la casa?– y también todos los jóvenes que encuentra detrás de él haciendo cola, en la carretera, en la oficina de correos o en el supermercado. Por este motivo, el cuasianciano se avergüenza un poco de seguir existiendo, así que se empeña en aparentar que es más joven, es decir, en legitimar su existencia dentro del ciclo de producción-consumo, en su caso, de consumo moderado de bienes y alimentos, además de plantillas y zapatos cómodos, horribles, y de todo lo relacionado con el negocio de la ancianidad, como el Centro Mundial de Fisioterapia que está en lo alto de la Avenida, al que sólo el hecho de llegar a pie desde aquí constituye todo un entrenamiento autógeno importante, gimnasia pulmonar, *cardiofitness* con partículas en suspensión.

–Dentro de este cacharro tendré unas doce mil canciones.
–¡Venga ya…!

Entonces, ¿a quiénes se dirige realmente el fenómeno del *rejuvenecimiento*? A seducir a los jóvenes seguro que no, dada la repulsión física, el aura fétida de ridículo, de falsedad, de absurdo que desprende el cuerpo humano cuando se aventura en el limbo de los rejuvenecidos. A sus coetáneos diría que no, por razones obvias: nos miramos en

silencio como si quisiéramos decir *Tú también*. Sólo queda el espejo, ese maldito interlocutor cotidiano que te acecha en el baño, pero sobre todo en el ascensor, al fondo de un escaparate, sobre el negro detrás de la ventanilla que te refleja cuando vas en el metro: oyes el sonido de unos tacones cuando menos te lo esperas, cuando tienes la cabeza en otra parte y quizá ese día te sientas bien y estés mirando a una chica, que es lo que siempre has hecho desde que estabas en primaria; te ves reflejado un momento y piensas ¿Quién es ese viejo? No puedo ser yo…

El rejuvenecimiento está destinado sobre todo a uno mismo, para autoengañarse, para poder decirse Venga, que con el pelo teñido y alguna que otra arruga menos desde lejos sigo estando bien, tampoco *soy* tan viejo. Toda esta puesta en escena no es por Eros, sino por Thánatos.

En noviembre de 1966, no sé por qué controversia judicial –expropiación, quiebra, acuerdo de conciliación, compraventa, demolición, es decir, por uno de esos acontecimientos típicos de la Cavidad que cierran tristemente una época de producción y trabajo y abren otra de fuerte especulación inmobiliaria que vuelve a ser ventajosa para propietarios y patronos–, el ingeniero Zanchetti Vilelmo, asesor del Tribunal, redactó una relación en la que aparecían descritas con bastante exactitud –de ese modo minucioso que casa con el sabor técnico del texto– las obras y las fases de producción de un horno que llevaba cerrado al menos cinco años, si no más. El ingeniero Zanchetti parte del acto por así decir *inicial*, en el sentido de primordial, de cavar la materia llamada *prima* que el Paleorrío depositaba en la zona, para luego proseguir con la descripción de las distintas fases de producción.

> La arcilla, una vez extraída, pasaba a la muela (mortero) donde se amasaba y desde donde luego se enviaba a las máquinas moldeadoras del material (ladrilleras), de las que sale el material confeccionado en estado blando y que, en este estadio, asume la denominación de *fresco*. Una vez que salía de las ladrilleras en estado fresco, el material se llevaba a secar y, en los secaderos o al aire libre, se colocaba en unas plataformas formadas por hileras de briquetas cocidas llamadas *patitas* y se cubría con esteras (llamadas *felpudos*) con tejas y canalones superpuestos.
>
> Una vez seco, el material asume la denominación de *crudo* y se lleva directamente a los hornos de cocción o se deposita bajo tejadillos a la espera de ser horneados. Cuando el material está en los tejadillos se lo llama *empeñado*, y a la operación, *empeñamiento*. En un metro cuadrado de briquetas empeñadas hay de media cuatrocientas diez piezas de 5 x 14 x 28 cm.
>
> El horno de cocción de los ladrillos, con sistema Hoffmann o de fuego continuo, está constituido por una galería con forma rectangular, dos coronas circulares en los extremos y un número determinado de aperturas llamadas *portezuelas* que sirven para meter y sacar el material. Coincidiendo con cada una de las portezuelas hay una sección de la galería de cocción que se divide de vez en cuando en secciones llamadas *cámaras* según el número de portezuelas y que se obtienen utilizando diafragmas hechos con un papel especial llamado *compuerta*. En cada cámara se hornean de media diez mil piezas de 5 x 14 x 28 cm.
>
> De los varios compartimentos o cámaras de cocción de la galería, por regla general dos sirven

para meter y sacar el material y, por tanto, están despejados. Parte del resto de las cámaras está en activo y otra parte contiene material *en temple*. Está en temple el material que ya no recibe fuego directo, pero que aún absorbe el calor del precedente, completando así la cocción.

En un horno de dieciséis cámaras, por norma hay, sin exclusión de otro estado, dos cámaras en estado de carga y descarga, otras tres o cuatro que contienen material cocido a la espera de que lo deshornen, dos con material en temple y ocho o nueve con material en proceso de cocción.

Etcétera. Como puede verse, la arcilla pasa *sola* por las diversas fases de un camino a cuyo fin se habrá transformado por completo en ladrillos, porque en esta relación faltan los obreros: los encargados de la *obra* no contemplan a los encargados del *trabajo* sino en cuanto *mano de obra*, que, en este caso, es la misma que pobló, protegió y conformó esta área del Cuadrante durante casi un siglo. Y serán precisamente ellos, los autómatas que sobrevivieron a la trituradora de los hornos, los que cuenten cómo se trabajaba en ellos, cómo se vivía en los hornos durante las primeras décadas de hegemonía del horno Hoffmann y después en arrabales autoconstruidos en las inmediaciones de éstos, como si viviesen para los hornos, a causa y en virtud de los hornos, odiando/amando los hornos.

En la segunda mitad de los años ochenta del siglo XX, cuando las vicisitudes industriales, políticas y habitacionales del Cuadrante tocan casi a su fin y los autómatas que las vivieron o están jubilados o han muerto y sus hijos, liberados de los hornos, hace tiempo que salieron de la Cavidad en busca de otros trabajos, y los hijos de estos hijos viven en otros sitios y ya no saben prácticamente nada de lo que ocurrió aquí, algunos equipos de sociólogos empiezan a estudiarla. En cuanto la olla de la Historia deja de hervir, el mundo académico se pone en marcha y empieza a recoger los cascotes esparcidos por todas partes, pone a buen recaudo testimonios, reconstruye los datos ambientales, culturales y productivos, recompone cuanto puede el cuadro general y, cuando le es posible, algunos destinos individuales. Y lo hace implícitamente, naturalmente, inevitablemente apoyando a los autómatas, como por mi parte haré yo al referir de segunda mano sus testimonios e imaginar a mi vez algunos otros.

Pierina: Me he pasado veintisiete temporadas en el horno y siempre me han pagado menos que a los hombres. Yo cortaba los ladrillos y la máquina era la que trabajaba, pero yo no tenía un salario a destajo, solamente los hombres. A veces se hacían cuarenta mil ladrillos, cuando no cuarenta y cinco, cincuenta o incluso sesenta mil al día. Y yo tenía que correr a su mismo ritmo. Pero la paga no aumentaba. Trabajaba como los hombres, porque la máquina no paraba y, como ellos, tenía que correr. Cuando llegaba a casa por la tarde tenía los pies hinchados como botas. Siempre tajando ladrillos, siempre a la carrera. Pero la diferencia con los hombres no te la puedo decir, porque nunca trabajaba con ellos. El desayuno sí, eso lo hacíamos juntos hombres y mujeres. Cada uno

se llevaba su comida. ¿Que de qué se hablaba? De nada. ¿Qué íbamos a decir? Comíamos lo que nos pasaba el convento. Pan con mortadela, patatas con caldo, tortilla de hierba mal aliñada, porque entonces no había de nada. La máquina se estropeaba cada dos por tres, nunca había piezas de recambio. Entonces te quedabas parada dos o tres días, entonces me iba corriendo al barracón y me ponía con los pantalones, porque no me quedaba otra que conservar el puesto y ganarme el pan para el invierno. Se trabajaba incluso de noche. Además, tenía cuatro bocas en casa. Desde por la tarde hasta la medianoche o la una. Me levantaba a las tres de la madrugada, los niños eran rapagones, nunca decían: ésta trabaja… Querían la camiseta limpia, los pantalones planchados, los calcetines. Los domingos me ponía con lo que se había quedado por hacer durante la semana y lo preparaba todo para la siguiente. A esto lo llamaban la Pequeña Rusia. Los fascistas asomaron por aquí una tarde, pero salieron hechos un Cristo. Uno se tiró una semana meando sangre, así que mira la que le dieron. No es que me haya vuelto comunista: es que nací así.
Un horno Hoffmann preveía estas seis funciones principales:

1. *cavamonte*: el hombre que extrae la creta del yacimiento a brazadas;
2. *carretillero*: el que recoge el material cavado y lo transporta al mortero;
3. *amasador*: el encargado del mortero, donde añade más o menos agua según el tipo y la cantidad de arcilla que esté procesando;
4. *cortador*: el hombre que corta la arcilla a la medida del ladrillo, primero con dispositivos que funcionan de manera manual, luego con máquinas apropiadas, trefiladoras y cortadoras;
5. *porteador*: el hombre que acarrea los ladrillos frescos y los dispone sobre los secaderos;
6. *fogonero*: el experto que regula el fuego, es decir, las válvulas que «servirán para que el fuego de una cámara circule a la otra siempre a la misma temperatura».

Giovanni: Los cavamontes metían las cuñas y luego se ponían de dos en dos con la maza… Metían las cuñas según la vena de la creta y después dos cavamontes las aporreaban con la maza y mandaban el terrón abajo. Luego este terrón se cargaba en las carretillas que se descargaban en el molino, donde había morteros que giraban y esparcían la creta que más adelante se recogía y con la que hacían los ladrillos. Después estaba la cortadora con los bordes de acero que cortaba estos ladrillos. Luego se ponían en las carretillas.

Romano: El mortero hacía la masa. Luego había una cortadora con tres bordes de acero por donde se pasaba la masa. Un hombre cortaba la masa, que ya estaba dura, según cómo venía. El hombre se montaba encima y la cortaba. ¡Se las veía y se las deseaba! Así se trabajaba antes de que llegase la cortadora automática.

Giovanni: Al mortero se le echaba agua para que la masa saliera uniforme, ni demasiado dura ni demasiado blanda. Cuando los ladrillos salían de la cortadora, se cargaban en las carretillas y se acarreaban hasta el secadero que llamábamos *patitas*. Luego, cuando estaban secos, se llevaban al horno…

Marcella: No sabía que mi padre estaba tan triste porque lo abrumaba un ideal. No entendía a mi padre.

Eso de que te *abrume un ideal* es un concepto muy sutil. En ese momento, es decir, cuando Marcella habla con el investigador, ésta comprende muy bien a su padre. El Alubia (en la Cavidad lo llamaban así) sabía a la perfección el desasosiego que llevaba toda la vida azotándolo, entre sus condiciones de vida y las de su familia, la falta de toda perspectiva de mejora, la conciencia de su segregación social y el trabajo político para la consolidación de un cambio colectivo que seguramente a él le parecería lejano, irrealizable y que tal vez incluso estaría mal. O sea, que era justo, pero estaba mal. Sabemos que en política está mal lo que aquellos que vienen después execran, lo que las civilizaciones emergentes derogan y olvidan. En un sentido más general, lo que está mal en política es la derrota. En el caso del ideal del Alubia, la derrota fue histórica, catastrófica, portadora de tristeza para las multitudes, desperdigadas por el mundo entero, que experimentaron dolor por el fracaso de una utopía, que era el fin de todo. El Alubia entendía y presentía, sabía que en aquella idea de justicia social absoluta anidaba algo monstruoso. Pero también sabía que, para él, la única perspectiva de quitarse del cuello el yugo del patrono y del horno era la política. Y trabajaba para ello. Y estaba triste por ello.

Un ladrillo crudo pesa seis kilos; cocido, tres: el porteador acarrea en la espalda, sobre una especie de serón, seis ladrillos crudos de una vez; en total, treinta y seis kilos… «Si aguantas, bien; si no, puerta.»

En la actualidad, el peso máximo que por ley puede cargar un hombre en el trabajo es veinte kilos.

Giovanni: En cuanto a las cuadrillas, había una en la ladrillera y otra con tres cavamontes que echaban la tierra al fondo del pozo. En el pozo había cinco tíos con tres carretillas, cargaban con la pala la tierra que habían echado abajo desde el monte. Y, palada a palada, me la mandaban a mí. En la ladrillera éramos cuatro: tres carretilleros y uno que acarreaba. En el mortero estaba el amasador. Luego los porteadores, los que cubrían las patitas y el zagal que ponía las tablillas. Después había otra cuadrilla: el fogonero con los carretilleros. No había tiempo para cháchara. Además, estaba el ruido que hacía el mortero. En el centro del horno está la chimenea. Alrededor está todo vacío. Luego están

las portezuelas alrededor: una aquí, otra aquí, seguidas, una portezuela cada cuatro metros y los ladrillos se meten dentro de tres cámaras. Un trabajo de una jornada. Una vez terminadas las tres cámaras, se pone un aparato de papel sobre las portezuelas. Encima están los tiros (ventilación). Se levantan y de esta manera el fuego tira para adelante. Los carretilleros llenan las cámaras todos los días. Cuando terminan de llenarlas, llaman al fogonero y entonces éste, cuando los oye, ya sabe que han puesto el papel, echa carbón mineral que da más calor, abre las bocas y el fuego tira para adelante. Cuando se cierran las portezuelas de las tres cámaras, se pasa a las otras tres y así se convierte en un trabajo rotatorio y se avanza con el fuego. Al día siguiente, cuando se termina la sexta cámara, se quema el primer papel y se sacan los ladrillos de la cámara. Los ladrillos se disponían así en las cámaras: los primeros se ponen en pilas, es decir, se colocan los ladrillos grandes hasta una altura de sesenta centímetros porque en ese espacio va el tiro del aire que hace que el fuego avance para cocer. Pero luego se van colocando los demás así, más apretados, hasta el techo de la cámara. Cuando se sacan, los más calientes son estos últimos. Una de las cámaras del horno no tiene ladrillos, se carga de veinticinco quintales de leña. Luego se llenan tres cámaras de ladrillos. Los primeros ladrillos son los más grandes, luego los otros a una distancia de tres dedos y así los cuatro metros de ancho de la cámara. En el suelo hay un agujero de cuarenta por treinta (centímetros) que se comunica con el centro de la chimenea. Y así todo alrededor. Cada cámara tiene esta galería. Se levanta el tiro y el papel se queda pegado. Cuando la leña ha prendido por completo, el fogonero abre las bocas y echa el mineral, el carbón, para subir la temperatura. Normalmente (los ladrillos) se cuecen a ochocientos cuarenta u ochocientos cincuenta grados. Lo que pasa es que, arriba, en el monte de donde se descarga la tierra, hay venas muy grandes llamadas *terrones* y dentro de los terrones está lo que nosotros llamamos *lastre*. Cuando este lastre se mezcla con la creta, el fogonero se da cuenta, porque en cuanto destapa la boca hacen falta más de ochocientos cincuenta grados; se necesitan mil cien o mil ciento cincuenta para cocer esos lastres. Y el fogonero no precisa de termómetro ni de barómetro, ¿cómo se llama?, para saber la temperatura. Lo ve, lo ve por el color y la hechura. Se hacen cincuenta o como máximo sesenta mil ladrillos al día. Nos daban una lira por cada mil ladrillos.

Baja tecnología, por no decir bajísima. Una carrera en pos del fuego que, sin apagarse jamás, da vueltas y más vueltas durante toda la temporada en la cámara anular de este artilugio difícil de explicar, pero simple en cuanto al uso y a los principios físicos que lo regulan. Para concluir un ciclo completo hace falta casi una semana. Pero los tiempos varían según la longitud del anillo. El horno Hoffmann no es más que una cadena de montaje sin cinta transportadora.

–El rubio ha ganado cien euros en las tragaperras. Se va a fundir la mitad en otra partida…

El hambre de Pierina, que incluso se dedicó al estraperlo. Que, después del 8 de septiembre, bajaba a pie por el Río de Fango hasta pasado el puente Mirvio y Tor di Quinto y andaba hasta los hornos de Castel Giubileo y más allá, a lo largo de Flaminia, hasta llegar a Prima Porta para cambiar unos pantalones militares que había cosido –que el Ejército, ya desaparecido, no le pagaría– por comida que revender en la ciudad. Pierina, que metió el brazo con el bolsón lleno de cosas en el tranvía cuando fue a montarse en via della Giuliana, y el conductor cerró las puertas para que lo soltara, pero ella no lo soltó y corrió agarrada al tranvía hasta la siguiente parada. Por mencionar sólo a Pierina.

14
COMO SI

El placer que antaño dominaba mi antiguo centro reproductivo de vez en cuando se me manifiesta de manera inesperada desde los riñones como una regurgitación fósil que asciende por algunos conductos ardientes, ocultos y no identificables, una especie de impulso misterioso, aún activo pese a mi edad, que interpreto como la sublimación de las hormonas activas. Me gustaría poder mandar a la mierda esta predisposición sexual, este ardor todavía presente, si bien ahora de una forma más moderada pero igual de degradante, que no me da tregua porque es incapaz de forjar una paz duradera con la memoria del cuerpo femenino, que sigue despertando mi interés cada día, a cada hora y a cada minuto, en forma de secreto lúbrico e inextinguible en mi vida dentro y fuera de la Avenida, en caso de que exista algo más allá de la Avenida.

Lo siento por unos instantes sin saber de qué se trata, lo percibo como una especie de espasmo en lo más profundo de la pelvis. No es como un despertar, sino más bien la convulsión de un durmiente agitado en mitad de la noche por culpa de un sueño intenso y vívido, pero irrealizable. Es como si algo siguiera vivo en mi cuerpo, como si aún tuviese esperma por esparcir, por ejemplo, sobre el pecho de una mujer, como si pudiera llenarle la boca con la polla, como si todavía pudiese metérsela con delicadeza por el culo… *Como si*. Una imagen virtual, onírica, pero no por ello menos vívida, brutal y obscena.

Hoy el culmen de la belleza me ha mirado a los ojos. Y en más de una ocasión. Tenía la mirada azul de una piscina californiana, el iris con aristas del color dorado de la paja, luminoso como una luz led. Resulta imposible sostenerle la mirada. Suele ser amable, sonriente y furtiva. Sin embargo, hoy sus miradas eran serias. Rápidas, intermitentes, curiosas y, sobre todo, serias. Al desviar los ojos, he encontrado su vientre, algo grueso. Luego se ha dado la vuelta para preparar un café y le he visto el maravilloso culo. Me ha dado la impresión de que había engordado un poco. Después he vuelto a mirarla a la cara y, de nuevo, he encontrado esos ojos. Hoy esos ojos decían algo como No eras feo de joven, tampoco lo eres ahora, pero tienes que saber que eres demasiado viejo para mí, aunque de vez en cuando me llames la atención como un móvil antiguo, así que ya te puedes tomar el café más contento.

Ella hace el doble trabajo de atender en la barra y de estar presente, es decir, de encantar al contexto inmediato. Preparar cafés y capuchinos al ritmo de una cadena de montaje no es tarea fácil y, si a eso se añade el trabajo, probablemente ya inconsciente, de evitar mirar a los ojos a los clientes masculinos durante más de un segundo, tiempo necesario para establecer una comunicación técnica, el esfuerzo por no sonreír nunca, por no mandar señales ambiguas, por no pronunciar una palabra más allá de las necesarias, por abstenerse de cualquier gesto de amabilidad que no sea formal y distante…; en definitiva, que la he estado observando y no es nada fácil. Sin embargo, imagino que debe de encontrar algún tipo de satisfacción en el hecho de dominar físicamente la escena, de ser el centro de atención de los clientes y hacerles sentir incómodos por el mero hecho de experimentar una emoción inesperada, que puede que ni deseen, como por ejemplo ¿Qué pinta aquí esta tía? ¿Por qué tiene que gustarme una mujer justo aquí, donde lo único que quiero hacer es tomarme un capuchino templado-claro-sin espuma? ¿Por qué la naturaleza se empeña en no descansar nunca? ¿Por qué el mundo tiene la nefasta propensión a producir sin parar generaciones conflictivas de nuevos coños cuya única intención es ser deseados?

Mejor apartar la vista de esta camarera de la esquina de la prolongación de la Avenida con otras carreteras, extranjera, quizá eslava, de pómulos altos y ojos pequeños, con una forma extraña y un azul indescriptible. Pese a que tiene algo de sobrepeso, no le importa ponerse ropa muy ajustada: una camiseta fina de algodón, un gran escote sobre el pecho grande y redondo, realzado por efecto del *push-up*, y sus habituales *leggings* negros. La observas con atención mientras trabaja en la máquina de café de espaldas a ti y te gustaría ser tanto la goma que le oprime la carne dorada de las caderas, que ella deja al aire para nuestro deleite, como la costura del tanga que se marca debajo de los *leggings*, que seguramente le esté excavando una fina trinchera tierna entre las dos porciones carnosas, suaves y moldeables del culo. Es mejor evitar esas miradas de soslayo con las que controla el efecto que ejerce sobre ti y que eres incapaz de disimular; tú, viejo habitante de la Avenida o de las antiguas Torres de VPO; tú, fósil viviente del siglo pasado, que te sigues maravillando con ternura ante tanta belleza desvergonzada y, con todo, amable y dulce como las bolsas que se le han formado recientemente bajo los ojos, a causa de la concentración en el trabajo, y que a veces brillan como espadas láser cuando se cruzan con los tuyos, detrás de las gafas. Y a ti, viejo inútil e inservible, te parece que te mira como se mira a un hombre. Como si siguieras siendo *un hombre*. Así que mejor evitar estos instantes de provocación involuntaria, porque ella no tiene la menor idea de lo que le harías. Pero ¿qué le harías? La memoria del eros, el de verdad, perdida en algún rincón de la subcorteza cerebral, sigue siendo lacerante. No puedo creer que en el instituto aceptara con condescendencia las insinuaciones de Cinzia y que al final terminara con la otra, que era bastante conocida por su malevolencia. Mientras que Cinzia… Oh, Cinzia. Su dulzura silente, con esa mano que te guiaba, su buen aliento,

sus síes tímidos, su carácter sin dobleces, sin cálculos ni astucia; simplemente te deseaba, no sabía por qué y tampoco le importaba. Tan sólo quería vivir un romance contigo y tú, pobre capullo, te acostabas con Cinzia pensando que con ella el sexo no era más que un pasatiempo porque la habías conquistado sin esfuerzo… Hace poco la volviste a ver. Habría sido mejor no encontrártela: se pasó todo el tiempo hablando de sus nietos mientras tú tratabas de averiguar qué es lo que quedaba de ella.

–Llevo haciéndola desde mayo. He soltado veintiocho kilos. Ya no pruebo ni la pasta, ni el pan, ni el queso, ni el aceite, ni el vino, ni el azúcar ni nada.
–Entonces, ¿qué es lo que comes?
–Pues proteínas.

Antes de ahora, o sea, antes de estos últimos años como observador/analizador solitario del Cuadrante y sus pájaros, nómadas y manadas metropolitanas, nunca me había detenido a *pensar* en el coño. Quiero decir que adoraba a las mujeres en su totalidad, por ser la manifestación de algo diferente, de una forma de vida superior, como seres misteriosos, suaves y fragantes; sin embargo, el coño, con el que tanta relación tuve en los años pos-Clara, no revestía ninguna importancia en sí, ni siquiera sabía bien cómo era. Lo que sí sabía es que se manifestaba en múltiples variantes que podían ser más o menos agradables y funcionales, o sea, más o menos estrechos: no hace falta que lo explique, pues, en la época del porno de masas, todo el mundo –hasta los niños y niñas de nueve y diez años– sabe de lo que hablo. En mis años donjuanescos del siglo XX aprendí a reconocer un coño estrecho a distancia, es decir, observando los movimientos de su dueña. La clave no es la edad, sino el haber dado a luz. Pero esto no es más que una vana generalización, porque la verdad es que no sé por dónde empezar a hablar del coño y de mis experimentos y observaciones de los últimos años, en los que, una vez sumido en un estado de casi total impotencia sexual, en el mejor de los casos lo único

que puedo hacer es admirar, lamer, morder y besar a las mujeres.

Me impactó y provocó especial curiosidad lo que tenía mi hermana entre las piernas cuando, si no recién nacida, sí muy pequeña, presenciaba de vez en cuando la hedionda operación del lavado y cambio de pañales. El coño de mi hermana me parecía algo mucho más simple, limpio y compacto; en definitiva, no era más que una rajita redondeada con un diseño sencillo y plástico –no he podido evitar acordarme de él hoy al observar una pastilla de jabón partida por la mitad–, muy diferente a los peludos y complejos que a veces resultan tan difíciles de encontrar, otras son muy oscuros y con labios prominentes, otras son cerrados y desconfiados, pero en ocasiones también abiertos y con los labios caídos, testimonio de una existencia difícil –de hecho, gracias a la regular actividad sexual con la que la vida me había premiado, pronto me haría una idea de este tipo de coño degradado: veterano y arrugado como una pasa, que solía pertenecer a mujeres bastante simpáticas e inteligentes, relativamente fáciles y propensas al acto, aunque luego en la cama se revelaban poco excitables y muy apresuradas, y en ocasiones excitables sólo con prácticas que en aquella época no estaba dispuesto a realizar a la luz de lo poco apetecible que me resultaban aquellos labios desestructurados–; como iba diciendo, el coño de mi hermanita, un bivalvo rosado, suave, cerrado y reservado, parecía tener su propia *dignitas*, es decir, una razón para existir en el mundo. No tenía nada que ver con la no-forma aterciopelada que encontraría más tarde. Y el misterio del vello púbico, ¿por qué? ¿Para qué sirve? ¿Por qué la depilación evolutiva del cuerpo humano se ha olvidado del pubis? ¿Qué es? ¿Un adorno? ¿Una advertencia? ¿Un amortiguador? ¿Una protección? ¿Una medida gratuita de repulsión? El misterio del deseo carnal estriba en eso, en la superación de su repugnancia natural, que cambia de signo: un fétido molusco se convierte en una flor abierta y olorosa, un coño rojo y peludo se convierte en un jardín inmenso de placeres, lleno de recovecos y secretos.

¿Me la comerías?

Sí.

(Un simple sí, sencillo, confiado.)

Susurras que me la comerías mientras te busco el clítoris con los dedos y, de repente, lo encuentro y me dices: Parece que lo lleves haciendo toda la vida.

En realidad no. El coño empezó a interesarme cuando las necesidades de la polla se volvieron más raras y esporádicas. Hasta hace unos años, estaba obsesionado con el dominio y la penetración. En cambio, ahora –puesto que mi pene es incapaz de concentrar la sangre necesaria para hincharse y la expulsa como si tuviera una válvula rota– la única manera posible de practicar sexo contigo es *tocándote*, es decir, haciendo que te corras, a ser posible muchas veces. Dedicarme a darte placer me da satisfacción, sin tener en cuenta la posibilidad de que yo también tenga un orgasmo.

Dice que nunca ha conseguido correrse con un *cunnilingus* (dice «con una comida de coño»), sólo se corre si le hacen un dedo. Se lo hago y se corre tras una serie de espasmos y sacudidas,

y después no quiere que la toque más. No pide nada, es tímida. «Estoy cohibida –dice–, me da un poco de vergüenza.» Su acento es genuino, el de una auténtica romana, pero suena algo irónico, casi monótono.

Somos de aquí, vivimos aquí; ¿cómo quieres que hable?

No le presto atención, pienso en su coño-mundo sin saber si me permitirá explorarlo. Se necesitarían varios encuentros y es probable que no nos volvamos a ver. También esta vez, la aparición del coño entre los muslos abiertos de par en par y mi obligación/deseo de estimularlo de algún modo –dilatarlo, hincharlo, lubricarlo, hacer que se contraiga por el orgasmo y, en definitiva, todo lo que se puede hacer cuando no te queda otra forma de potencia sexual– me hacen experimentar el sentimiento oscuro y placentero de la pertenencia carnal, con sus bajezas irresistibles, ya desprovistas del delirio de la pasión, que vuelven a mi lívido pura y desencantada. Esta nueva situación de impotencia, inesperada y dolorosa –la edad que tengo me tortura de varios modos, con fantasía y tesón–, me ha convertido en un explorador del coño no sólo como órgano, sino también como territorio, paisaje y mundo diverso en muchos sentidos, es decir, con un microclima, unas aptitudes, una sensibilidad y, sobre todo, una historia diferentes. Cada vez que te toco y lo hago durante un buen rato mientras los dos tenemos los ojos cerrados y te masajeo buscando los puntos que te hacen gemir, situados a pocos milímetros de distancia –no siempre te toco los mismos y no siempre lo hago de la misma manera–, tu coño, como casi todos los que he conocido, se apodera por completo de mi imaginación, se dilata hasta convertirse en un mundo, en un planeta extraño, reactivo, indefenso y en el fondo hostil, a la par que caprichoso, cambiante, exigente, obstinado y perdido.

Llueve como si el cielo fuese un nebulizador, el parabrisas está completamente empañado, no veo nada, estiro la cabeza hacia la derecha, conduzco lento, en mitad de la carretera hay algo pequeño y ensangrentado, por la hilera de coches aparcados asoma un cuervo enorme, que se aproxima al cadáver sigiloso, como hacen los cuervos. Desde lo alto, una gaviota patiamarilla del tamaño de un pavo desciende planeando y llega antes que el cuervo a la presa, a la que de inmediato le clava el pico, que se tiñe de sangre. Acto seguido, el cuervo se aleja; en eso, llego yo en moto. La gaviota echa a volar con la criatura muerta en el pico, pero se le escapa y cae sobre mi parabrisas. Es una paloma aplastada a la que le cuelgan las tripas. Aquí, en la Avenida, al igual que en el Cuadrante y en toda la Ciudad de Dios y más allá, en caso de que haya algo más allá, la lucha por la vida entre los humanos, entre los humanos y los animales y entre los propios animales, es constante e igual en todas partes. Mientas contemplo este episodio anecdótico, miles de microcucarachas están planeando invadir mi Bloque.

En la farmacia, una señora pálida y gorda se toma la tensión. «Está demasiado alta», dice con acento calabrés la farmacéutica rubia, de ojos azules y mirada de pájaro. El carnicero con cara de asesino responde: «Será por lo que come». El quiosquero no dice nada. En la frutería, el bengalí me aclara que las espinacas las ha empaquetado esta mañana. Entra la mujer que antes se estaba tomando la tensión: está más pálida, jadea,

compra un cargamento de fruta que mete en un carrito de la compra. Supermercado Crai: a una anciana acompañada por una cuidadora inca le falta un euro, la cajera le dice: «Da igual, se lo apunto. ¿Cómo se llama?». La vieja no se acuerda, guarda silencio con la mirada perdida. La cajera vuelve a decir: «Con el nombre es suficiente». Entonces la vieja sacude la cabeza y responde: «Giovanna». Entretanto ha escampado y en la Avenida sopla un viento bretón bajo un cielo flamenco.

Me están *incluyendo* en el sistema o, cuando menos, lo están intentando, están tanteando el terreno: por algo me han hecho director. Esperan gratitud, coherencia, complicidad, silencio. Este partido necesita dinero. Todos necesitan dinero. Yo mismo creo necesitar dinero. El Último Secretario lo dijo alto y claro: es una Cuestión Moral. Y ahora mira, estoy dentro de la Cuestión. No experimento ninguna sensación especial, creo que no quiero salir o, al menos, no lo voy a intentar. Cumpliré la parte que me toca. En la actualidad ser socialista consiste en esto: lo he elegido yo, forma parte de mi caída o, mejor dicho, de mi descarrilamiento; esta trayectoria no es la que había imaginado: he terminado por completo fuera de la diana, en otra realidad.

Desde que dejé el Partido –cuyo recuerdo, aún y cada vez más, estimo y protejo en mi interior; de lo contrario, debería aceptar disolverme en el ácido del presente después de haberme disuelto en el del pasado– para hacerme socialista y abrazar el mundo tal cual es, de lo moral y estéticamente intransigente que era pasé a ser inclusivo. Había belleza en la fealdad a la que se dedicaban los demás: es la belleza de lo ineluctable, de aquello a lo que debes rendirte para que se imponga no solamente lo que consideras tu *honestidad*, sino también cada una de tus sensibilidades estéticas más cultivadas, cada gusto elevado, cada gusto medio, cada susceptibilidad negativa por todo lo falsificado, por lo que está industrialmente envejecido, ahumado, patinado, falto de diseño, de técnica, de finalidad, de estilo. Por supuesto, no sólo me rendí al gusto de los demás; para mí ése no era el problema principal. Me rendí más bien a la corrupción inevitable que siempre ha engranado la vida económica, política y civil de la Península: desaprobar o incluso oponerme de manera activa al espíritu dominante del País significaba desoír una realidad que me llamaba, que me necesitaba por el puesto que ocupaba en la administración pública, una posición desde donde podía bloquear, encaminar, dirigir y corregir los trámites en favor de fulanito o de menganito. A cambio recibiría dinero, o sea poder, o sea privilegio, o sea una casa nueva de lujo.

Por tanto, aquel día, cuando entré en el edificio del Ministerio, cogí el ascensor hasta la quinta planta, recorrí todo el pasillo hasta las salas de la secretaría del ministro y me asomé a la puerta del secretario, dije Vale. Él levantó la cabeza, me miró, hizo un gesto

de aprobación y volvió a sus papeles.

Los que siguieron fueron los años más interesantes de mi vida. Me convertí en uno de los que «pilla dinero», según la fórmula más utilizada en los ambientes ministeriales. Los aparejadores de las empresas, traficantes en continuo movimiento por los pasillos del edificio, ponían la típica cara cuando intercambiaban esta información crucial: «Ése pilla dinero». Bastaba con comportarse de un modo determinado, con hacer que la balanza de los trámites evaluadores se inclinara en la dirección adecuada y el dinero llegaría. La procedencia da lo mismo. Distintas personas me entregaban en mano sobres fuera del Ministerio, siempre en distintos lugares. No ocurría con mucha frecuencia, pero eran sumas considerables que no había visto en mi vida. Abrí una cuenta cifrada en Suiza. En el Ministerio todos sabían que pillaba dinero, es decir, que formaba parte del grupo de corruptos que daba luz verde a las cosas, pero ninguno lo sabía *a ciencia cierta*, en el sentido de que no tenían pruebas. Salvo tal vez Carla. No me avergonzaba: hacer gala de cierta sinvergonzonería amoral formaba parte de la revolución cultural de la que el partido socialista era, junto con la televisión comercial y multitud de otros factores, uno de los principales artífices. Gozaba de los correspondientes privilegios, iba a fiestas celebradas en grandes terrazas, donde todos, del primero al último, aceptaban sobornos o aspiraban a hacerlo. Una vez me encontré hasta con el Secretario. Me sorprendí cuando me hizo un gesto para que me acercara, me llamó por mi nombre y me dijo: Gracias por lo que estás haciendo por el partido. ¿Qué podía responder a eso? ¿De nada? O ¿Gracias a ti? No abrí la boca, le estreché la mano y punto. Creo que mi silencio no le gustó, porque me miró a los ojos con una expresión interrogante, como diciendo ¿Tú de qué vas? Luego le dedicó una mirada al ministro que tenía al lado en la que me pareció vislumbrar un ¿Podemos fiarnos de éste?

Mi vida cambió, pero no de manera llamativa. Disponía de los medios para (como suele decirse) disfrutarla y lo hacía a la manera estándar (admitiendo que existan otros modos): viajes, vacaciones de medio lujo, muchas amigas, locales, un BMW, un Rolex. En fin, había adoptado el aparato señalético de los-que-tienen-dinero. No había previsto que tener dinero trajese aparejado un aburrimiento del copón, por lo que pronto dejé de disfrutar de ese modo. Descubrí que ir follando por ahí ya no me interesaba tanto: Clara, que durante ese tiempo había vuelto a casarse, seguía siendo insuperable y continuó así durante mucho tiempo. Me había abierto hacia el exterior y me había replegado casi acto seguido. Comencé a utilizar el dinero para comprar obras de arte. Empleaba los fines de semana en ir a ver exposiciones por todo el continente. Hice el *tour* de los museos estadounidenses. Fui expresamente a Dallas para ver la capilla Rothko, pensando que allí me purificaría, pero lo único que saqué en claro fue la sensación de una depresión de caballo.

Carla era mi secretaria en el Ministerio. Tenía unos treinta años, estaba afiliada al partido y era una socialista convencida, guapa y silenciosa, de una belleza humilde, con

gafas, pelo corto oscuro por encima de los hombros y el cuerpo siempre escrupulosamente oculto por la ropa. Me atraía.

Al principio, y luego cada vez más, lo que me gustó de ella es lo que siempre me ha atraído y me atrae de las mujeres –bueno, de las pocas que lo tienen– y que ahora mismo no sabría definir de otra forma que como la presencia de algo especial e inconscientemente (?: signo de interrogación sobre la inconsciencia) femenino (?: el signo de interrogación aquí también es obligatorio; la palabra *femenino* lo exige) que se expresa sin excepción en cada postura, en cada gesto, en cada palabra pronunciada, en cada suspiro, en cada calada de cigarrillo, en cada acto de levantarse/sentarse, en cada aproximación a otro ser vivo, al entrar en una habitación, subirse en un coche, o salir de ellos, al montarse en una moto, en el modo de conducirlas, en una caricia, en una sonrisa, en un beso en la boca, en la mejilla, en la frente. Si quitas el velo de lo políticamente correcto que en la actualidad enmascara el *quantum* natural que, sin embargo, existe en las relaciones entre los sexos, redescubres que lo primero que te atrae de una persona es el semblante y la manera en que éste se pone de manifiesto: en el rostro está todo lo que se puede descubrir en términos humanos. El resto saldrá después, incluso mucho después, como una sorpresa inesperada y, por lo general, ingrata. Hoy caigo en la cuenta de que el semblante de Carla decía que en ella había muchas cosas que descubrir.

Era brillante en su trabajo, eficiente, sabía anticipar los pasos lógicos y operativos que una situación determinada requería. Me gustaba, aunque creo que me veía exclusivamente como un jefe ministerial. Sin embargo, por ciertos sonrojos que no conseguía esconderle, seguramente se había dado cuenta. Cuando, como director, le pedí que siguiera colaborando conmigo en el nuevo cargo, enseguida dijo que sí. Entonces creo que se percató desde el principio de mi incorporación al grupo de los que pillaban dinero. Sabía y callaba. Me imagino que no lo aprobaba, pero callaba. Por lo demás, coincidíamos en la mayor parte de las opiniones. Únicamente los temas que indicaba el partido, a menudo proyectos grandes, merecían un tratamiento aparte.

La cosa siguió así durante unos años, es decir hasta 1991, cuando el peso de la corruptela nacional superó el margen de beneficio de las empresas. Fue la revolución de los corruptores, que comenzaron a rebelarse, a irse de la lengua, a denunciar, colaborando con la magistratura para tender una encerrona a los corruptos, a los que sistemáticamente arrestaban y metían en la cárcel hasta que empezaban a asumir la culpa y a cantar nombres. Como es bien sabido, todo se descalabró, incluida la política como la conocíamos, esto es, una actividad de mediación entre culturas e intereses gestionada por partidos y sindicatos bajo indicaciones de naturaleza y procedencia diferentes. El sistema, quiero decir *aquel* sistema, fue desmantelado por completo para que se pudiera formar otro a la menor brevedad posible.

Y, junto con el sistema, yo también salté. Me pasé mi mesecito en la trena, luego mi

abogado consiguió sacarme, arrancándome del lugar más interesante en el que he estado jamás.

–Pero ¿esta guindilla te la trae Satán en persona o qué?
–¿Por qué lo dices?
–Anda, calla y vamos al hospital.

Si el mundo quería degradarme a lo más bajo, pensé entonces, lo había complacido. Me imaginaba que toda la gente que no era yo, es decir, todo el género humano, se había divertido haciéndome creer que podía conseguir, si no la vida que quería (¿qué vida quería?), al menos un puesto, un cargo adaptado a mis aspiraciones, a las cosas que me parecía que me gustaban, para luego colocar a lo largo de mi trayectoria una serie de trampas en las que fui cayendo una por una. Muy bien, ahora les he dado la satisfacción de verme entre rejas, pensaba, aunque, si alguien me hubiese pedido que indicara exactamente *quién* estaba disfrutando de esa satisfacción, no habría sabido qué responder. En realidad, mi suerte les traía a todos sin cuidado. De mi encarcelamiento se preocupó algún que otro pariente y poco más.

Había una celda para tres personas, pero con camas para seis, dispuestas en literas, de un bonito rojo carmín –el rojo, cuando se utiliza en modo antisordidez, como suele ocurrir en las escuelas y en los hospitales, en las salas de espera de los ambulatorios o en las oficinas de correos, genera, como todo lo que quiere parecer lo que no es, picos de tristeza mucho más agudos que el blanco, el gris, el beis o el verde ministerial–, un cuchitril para cagar a la turca, un lavabo, una repisita con seis vasos de plástico para los cepillos de dientes, un deterioro en todo, suciedad en cada comisura, armaritos para los tres presos fijos, y los demás, los que igual que yo, eran considerados transitorios, se las apañaban con sobres de plástico colgados de los catres. Una gran cantidad de objetos, figuritas, imágenes y fotografías llenaba el ambiente. Luego estaban nuestras malolientes extensiones físicas, a las que se les concedía una ducha a la semana. Todo esto me proporcionaba un extraño consuelo.

No podía considerar *mío* nada a mi alrededor, excepto tal vez la cama, que, de hecho, se convirtió en mi hogar mental y físico, una plataforma en el tercer nivel, de ochenta centímetros de ancho por dos metros de largo, a la que accedía subiendo por una escalerilla y que fue un refugio durante el tiempo que permanecí en la cárcel. Añado que nada en aquel lugar tenía nada que ver con lo que era o con lo que creía ser. Entré allí con mis gustos, mi lenguaje y mis costumbres, pero la institución era mucho más fuerte que yo, así que tuve que adaptarme, lo que significaba renunciar a la corteza exterior que hasta entonces había creído que me definía como un tipo de individuo determinado.

Fue igual de saludable que una larga meditación zen, una purificación profunda, un lavado de estómago, doloroso y beneficioso como la preparación para una colonoscopia.

Todo lo que poseía estaba en un par de sobres de plástico colgados en los barrotes de la litera; fuera del perímetro del catre no disponía de un espacio entera y exclusivamente mío –en la cárcel nada es tuyo, salvo las pocas cosas que consigues tener vigiladas en todo momento o bajo la almohada cuando duermes–: estaba desnudo como mi madre me trajo al mundo. La cárcel me redujo a mi yo social puro, me despojó de todo disfraz, hasta dejar en evidencia lo único que no se podía ocultar del todo, es decir, comportamientos, modales, cultura y lenguaje, que, por mucho que disimulara, eran patentes. La cárcel posee jerarquías de poder muy sólidas, pero de las que no me dio tiempo a enterarme del todo. Pensé que, al ser un preso de paso, ni siquiera allí dentro le interesaba a nadie.

Para mí fue la experiencia de algo muy parecido a la igualdad, en la que destacaban diferencias mínimas, fuera de allí marginales, pero que allí resultaban muy evidentes. Nunca le pregunté a ninguno de mis compañeros de celda directamente qué habían hecho para terminar entre rejas. Ni ellos me lo preguntaron a mí. Porque ya lo sabían. Era un poco como estar en el Bloque que da a la Avenida: se sabía todo de todos, el que estaba interesado sólo tenía que preguntarle a la persona indicada y antes o después la información le llegaba.

Sin embargo, yo no quería saber nada de los demás presos, de mis compañeros de celda: algunos eran reservados, enigmáticos, también ellos, aunque menos que yo, desnudos. Los delincuentes comunes –ni yo (según mi abogado, la excepción) habría tardado en convertirme en uno– me trataban con fría indiferencia, sabían que no iba a quedarme allí mucho tiempo encerrado. Durante aquel período vi pasar a muchos como yo. La televisión los tenía al corriente de lo que sucedía en el país, sabían que estaríamos encarcelados el tiempo que durase la instrucción y que para salir nos bastaría con darles los nombres que los magistrados necesitaban para rellenar las lagunas del rompecabezas de la corruptela en la que estaban trabajando.

Como yo, había algunos. En la cárcel se aprende rápido a reconocerse a primera vista. Tratábamos de evitarnos, no queríamos tener nada que ver los unos con los otros, tal vez porque sabíamos que éramos culpables. No obstante, sentado al sol en un intento por atenuar la palidez típica del prisionero, intercambié un par de palabras con algunos de ellos. El corruptor reconocía el soborno –Si no pagas, no trabajas o Si no lo pagas tú, lo paga otro y se lleva el trabajo–, no se sentía culpable y hacía alarde de desprecio hacia el corrupto y, en general, hacia los políticos. Son todos iguales, decían. Y tal vez fuera verdad.

Entre los que identificaba como corruptos por intuición, a menudo gente que había aceptado sobornos a cambio de adjudicaciones, sólo uno admitió haberlo hecho. Aparentaba tranquilidad, no tener ningún conflicto interior, ningún atisbo de vergüenza, ningún síntoma de tensión interior. Me consideraba uno de los suyos –después de un instante de horror tuve que admitir que lo era– y se confesaba con total serenidad: ¿Por

qué –decía– los demás van a ser los únicos que se llevan el dinero? En un mundo sucio, ¿sólo yo debo estar inmaculado? Todas las gestiones que salían adelante lo hacían a golpe de soborno. Llegados a un punto, me dijeron que o me ponía a denunciarlos a todos o me adaptaba. Me adapté. Me he llevado unos cuartos, podría haberme llevado más. Cuando llegue el momento, le digo unos cuantos nombres al magistrado y salgo; luego, Dios dirá.

En la cárcel estaba bien, no tenía nada que hacer salvo fumar cigarrillos, ofrecerlos y pedirlos cuando me quedaba sin ninguno. El centro gravitacional de la prisión son los cigarrillos, porque pueden acabar dando significado al ocio, llenándolo, es más, llenando cualquier cosa. Llegué a fumarme dos paquetes al día, el tabaco era un amigo, su olor me impregnaba los dedos de la mano derecha (lo dejé hace casi veinte años y todavía lo huelo), los gestos que hacía al fumar se convirtieron en algo valioso, automático, indispensable. Leía absorto un libro de la biblioteca, veía telenovelas en la tele. Durante la hora de ejercicio, o en la celda, intercambiábamos pocas palabras, o al contrario, sin razón aparente, hablábamos sin parar de las cosas más íntimas entre desconocidos, como suele pasar en el tren. Fue en la cárcel donde aprendí a jugar al ajedrez: desde entonces no he vuelto a hacerlo. Para mí es una cosa de la cárcel, un juego despiadado, secreto y mortal entre presos. Perdía casi todas las partidas, era lo único que me emocionaba de verdad, me sudaban las manos, las puntas de los dedos se me quedaban heladas, me obcecaba con una serie de movimientos y perdía de vista el cuadro general. El preso Sillani, después de hacerme jaque mate, se burlaba de mí. Lo único que quería era derrotarlo, pero nunca lo conseguí.

No me atormentaba ningún sentido de culpa. No me asaltaba ningún deseo urgente, no me esperaba ninguna amada, no estaba perdiendo nada a lo que me sintiera verdaderamente apegado: mi único temor era que el verano terminase antes de que consiguiera salir de allí para darme un buen chapuzón en el mar: siempre me he dicho que ningún ser vivo se puede permitir perderse un verano. Pero en realidad sentía un gran temor a salir y afrontar las consecuencias de haberme dejado comprar: en mi estado semiconsciente me estaba convenciendo de que mi sitio era la cárcel. Creo que estoy en condiciones de poder decir que, después de la conmoción inicial, permanecí todo el tiempo en un estado de animación en suspenso. Trataba de estar atento a mis movimientos, era un ambiente del que no sabía nada. Parecía completamente alerta, pero estaba inmerso en una especie de trance. Un sueño profundo y restaurador. No logro recordar cuánto tiempo estuve entre rejas, pero las cartas que conservo revelan que fue poco más de un mes. El abogado vino a visitarme cuatro o cinco veces. Seguí sus indicaciones, conté todo lo que sabía, lo corroboraron, podía salir. Una pena: en la trena estaba bien, la trena me salvaba de la vida. ¿Que si canté nombres? Por supuesto que sí. ¿Que si expliqué los mecanismos? Sí. ¿Que si proporcioné pruebas? Sí. Mis compinches, por decirlo así, habían hecho lo mismo. No tengo nada contra la cárcel en cuanto medio

constrictivo para obtener reconocimientos de culpa e información, me parece un objetivo legítimo. Soy contrario a la trena como mero castigo. Siempre lo pienso. No puedes haber estado dentro sin reflexionar luego durante toda la vida qué es la cárcel.

Hace años que creo poder ver los asuntos políticos y económicos a través de la acera que hay delante de casa, el Bar Porcacci y el corto tramo que hay desde aquí hasta la esquina para ir al garaje: es prácticamente la única realidad socioeconómica con la que tengo ocasión de entrar en contacto y cuyo estado cultural y físico puedo percibir de manera directa. Debería cruzar los datos recabados en la microexperiencia diaria con otros datos, más generales, que, sin embargo, al igual que mis coexistentes de la Ciudad de Dios, cada vez tengo menos en cuenta. La única realidad *verdadera* es la realidad del Cuadrante, de la Cavidad, de ambas aceras de la Avenida (en el tramo entre el Semáforo y el Tercer Puente), del Monte de Arcilla y de poco más.

Por lo general, los de la gran clase media no nos decimos cómo somos en realidad, creo que nos interesa poco. El gran relleno social se considera aburrido: aunque se caracterice por pulsiones salvajes y despiadadas, hace como que no lo está y, a excepción de las comedias de todo género y especie, cinematográficas y televisivas, no se encuentra interesante si no provoca la risa. Somos hombres y mujeres que viven sobre todo de relaciones horizontales, es decir, internas dentro del estrato social y de las cápsulas de pertenencia, sin una experiencia directa, más que fugaz y marginal, de la vida de los estratos superiores y de los inferiores. Por tanto, todo lo que sabemos del «otro con respecto a nosotros» lo sabemos por medio de la ficción, lo sabemos porque alguien, en varios formatos y con varios medios –internet, televisión, cine y, de manera secundaria, periódicos y libros–, nos lo *cuenta*, y la visión que tenemos no es más que una imagen *salida de la narración*, de la narración-de-la-narración, etcétera. Nos gusta que la ficción nos entretenga con las vicisitudes de ricos y poderosos, es decir, de los que ocupan la capa superficial del bocadillo social del que hablaba y, al contrario, con las penalidades de los pobres y los marginados. Pero, sobre todo, nos interesan las aventuras de los delincuentes, o lo que es lo mismo, de los que se han negado a conceder al Estado, como en cambio hemos hecho nosotros, el monopolio de la fuerza y gestionan sus asuntos y resuelven sus conflictos tomándose la justicia por su mano. El que vive según las reglas encuentra fascinante al que parece poder saltárselas a la torera.

–Espera un segundo… ¿Diga? ¡Qué pasa, maricón!

Los ricos son guapos, famosos, los ves en la tele, en los programas de cotilleo, y parece que disfruten de la vida. Nos imaginamos que no guardan la cola en correos, que por la noche no se cocinan una tortilla de calabacines, que no van a las reuniones de la comunidad, que no necesitan coger el autobús ni el metro. Los vemos de vacaciones en

lugares donde no hay nadie más que ellos y gente como ellos, creemos que son ellos los que cortan el bacalao (alguno será responsable de todo esto, digo yo), que siempre consiguen lo que quieren, que se dedican a viajar por el mundo, que no trabajan de verdad, que, si alguien les da el coñazo, se lo quitan de en medio con total facilidad. Tenemos el mito de los ricos, son la ficción de la derecha, de la envidia, del ojalá pudiera, del y si...

Sin embargo, creemos que los pobres viven las calamidades del hambre en los desiertos del mundo, que mueren durante sequías apocalípticas –¿qué es *en realidad* una sequía para la gran clase media?–, que emigran en medio de travesías inenarrables, que viven en las afueras, en barrios de chabolas, bajo los puentes de las ciudades, en los intersticios de las circunvalaciones, que no saben cómo van a apañárselas al día siguiente, que son explotados de manera vergonzosa en los campos de tomates y en los huertos de mandarinas, o que están recluidos en centros de acogida temporal, es decir, en «nuestros campos de concentración», que están enfermos de sida, de malaria, de tuberculosis, de sarna. Los pobres son la ficción de la izquierda, lo son para ese sector de la gran clase media que conserva en sí misma, en estado fósil, jirones de culturas antagonistas y obsoletas, hoy incomprensibles para los que tienen menos de treinta años, pero que aún son capaces de producir una falsa conciencia en algunos de nosotros.

No obstante, los delincuentes nos parecen los más fascinantes. Según nuestra imaginación convencional, viven entre nosotros pero al margen de la ley, aunque según códigos de honor inflexibles. Roban, atracan, matan, extorsionan, trapichean con droga, explotan la prostitución, se reparten territorios, rivalizan y guerrean entre ellos, se pasan años en peligrosas prisiones donde para no sucumbir hay que tatuarse, hacerse respetar y todo eso. Sin embargo, de la gran clase media no sale ni una execración, ni una condena, ni una sola diferencia moral entre nosotros y ellos que, maravillados por la imagen con que se les representa, tienden a homologarse con su propio mito: de la realidad a la ficción y de la ficción a la realidad.

–Eh, ¿todavía con esos pelos?

–¿Es que no sabes que soy anárquico?

–Y que lo digas.

Mientras nosotros, los ancianos de clase mediocre, con nuestros entretenimientos televisivos nocturnos, nuestras garantías, la hipoteca casi pagada, una discreta asistencia sanitaria, los vídeos porno cutres, las videoseries y el carrito de la compra, observamos la realidad circundante, la factual de la Avenida, no la narrada, que nos tragamos con mucho gusto tendiendo a la indiferencia. Si lo que nos rodea requiere nuestra atención, debe impresionarnos, aunque no es fácil. Fuera de la ficción estamos acostumbrados a cualquier cosa: accidentes, atentados, inmundicia, cerveza de 66 cl, excrementos caninos… Emocionarnos es difícil, pero hacernos razonar lo es aún más.

Está jubilado. Tiene el pelo largo, cano, siempre sucio, grasiento, como si lo hubiera tenido metido en aceite de ballena. Hace la ronda de los baretos de la zona. Se apoya en la barra, hastiado y deslomado. Habla con familiaridad, dice siempre lo que piensa y lo que dice siempre es ley. En verano lleva bermudas y sandalias Birkenstock modelo pie al aire. Tengo siempre presentes, incluso en invierno, esos pies obscenamente desnudos, con las uñas amarillentas, encarnadas. Hoy decía que él no compra tabaco de Rusia, que no se fía por lo de Chernóbil. Hombre, que lo de Chernóbil pasó hace ya treinta años, le dice el camarero.

Mientras tanto, yo, que observo mi parcelita de territorio delimitada por la gran Historia, la mediana y la pequeña, es más, vivo dentro de ella y me dedico a la atenta contemplación de las señales visuales, a la escucha analítica de las auditivas y al estudio minucioso de los textos que tratan directa o indirectamente sobre estos lugares y sobre los personajes que de una manera u otra han protagonizado acontecimientos en ellos; en definitiva, yo, inerme observador jubilado con prismáticos comprados en el chino; yo, molécula inútil impregnada de Occidente y de Estancamiento, ¿cómo puedo aparentar que todo lo que me rodea continúa anquilosado en la lenta y dulce parálisis de nuestro declive cuando un ente impreciso que se autodenomina *islámico* nos asesina indiscriminadamente al grito de «Alá es grande»? ¿Qué está pasando? ¿Qué ha sido de los quinientos años que han transcurrido desde la batalla de Lepanto?

¿Cómo puede un analista del Cuadrante, de por sí ya situado al margen de lo marginal y relegado desde hace tiempo al olvido colectivo más absoluto, seguir escribiendo sobre este lugar cuando a mi alrededor corren ríos de sangre de mis semejantes, de personas como yo, de pobres imbéciles que cogen el metro? Sangre de capitalistas, imperialistas, teístas, racistas, nacionalistas, populistas, pero también de relativistas, ateos, materialistas, cientificistas, socialistas y, sobre todo, de no-socialistas, en teoría tolerantes, laicos y democráticos proclives a todo tipo de prácticas sexuales y formas vanas de arte incomprensible y alternativo. ¿Cómo puedo llevar a cabo mi trabajo y a la vez hacer el esfuerzo mental de dar sentido a lo que hacen, y a por qué lo hacen, el hombre francotunecino, el francoargelino, el anglopaquistaní, el afganoamericano y el turcoalemán antes de que nosotros los «acribillemos a balazos»? Me refiero a los que disparan ráfagas de ametralladoras en los teatros, a los que se inmolan en los mostradores de facturación, a los que atropellan con camiones a una multitud de *citoyens* de fiesta, a los que matan a tiros a los clientes de un centro comercial, a los que apuñalan a una mujer porque «va vestida de manera indecente», a los que capturan, torturan, decapitan o asesinan a rehenes a golpe de metralleta antes de saltar por los aires. Las modalidades empleadas por los terroristas para matar al manso, silencioso, inerme y, a fin de cuentas, consentidor pueblo cruzado por cuanto es sabedor de su fragilidad absoluta, son infinitas… Las microcucarachas se enteran de lo mismo que yo ahora que me niego a escuchar tanto los análisis «complejos y detallados», que no son más que simplificaciones enmascaradas, como las meras simplificaciones *tout court* del Porcacci; ya me gustaría a mí oír al menos una definición *rigurosa.* Una rigurosidad que, por otro lado, se revela incontrastable, pues sólo una

pequeña parte de las personas que leen un artículo en un periódico, ya sea en papel o electrónico, puede afirmar Sí, esta noticia es fiable, estoy informado, conozco a esta gente, las cosas son así. Sin embargo, esta pequeña minoría capaz de decir algo sensato o no se pronuncia, traumatizada por todo lo que ha tenido que sufrir, o cae en generalizaciones sobre el horror de la raza humana o están lavando el coche en el autolavado que hay aquí cerca.

El asombro ante la sangre saliendo a borbotones, ante la densidad de las gotas y la velocidad con la que se coagulan y se ponen negras. Las imágenes tomadas justo después de la explosión que muestran el caos y el desorden de todos los objetos que aparecen en la escena. Sobrecogen los cuerpos desestructurados, pero no los heridos-perforados-destrozados, sino más bien los desgarrados, los de miembros amputados y despedazados, cuyos jirones cubren el suelo y los objetos circundantes y que incluso llegan hasta la segunda o tercera planta de los edificios, a los que se pegan aplastados. La mirada se detiene en la sangre derramada, en los charcos, se aparta y vuelve de nuevo a ellos, al igual que vuelve de manera obsesiva a los miembros amputados, a aquellos reducidos a una suerte de marañas de carne, tejido y materia blanquecina que no sabes si son huesos fracturados, masa grasa o trozos de cerebro. Si el atentado se perpetra fuera del ámbito occidental, por poner, en un mercado de Bagdad o de Peshawar, nos da igual. En cambio, si ocurre en nuestras ciudades es terrible, aunque, en definitiva, se considera normal. La mediocre gran clase media, indiferente y dispersa, con la anestesia propia de la edad avanzada, segrega una sustancia política compuesta de egoísmo, racismo, fascismo velado/manifiesto, tópicos, supersticiones, leyendas urbanas, contra/ subculturas no definidas de todo tipo, restos de catolicismo paganizado, veganismo, paleodietas, medicinas alternativas y relativismo cultural barato; así que, al fin y al cabo, nosotros también tenemos nuestra parte de culpa.

Los habitantes de la Avenida estamos a salvo de los vehículos que se precipitan como locos contra las aceras gracias a una sólida barrera casi inexpugnable que consiste en una doble fila de coches sistemáticamente aparcados. Aunque vivamos en la época que pasará a la Historia como la Era de las Matanzas, los vecinos de mi Bloque mostramos una indiferencia supina ante el bombardeo cotidiano de noticias sobre el rito de sangre. En el Porcacci, en el corazón del Cuadrante, hasta hacía un par de años se decía que a los islamistas «les jode que tengamos cosas que ellos no tienen, que sus mujeres hagan aquí lo que les da la gana y no poder tenerlas encerradas en casa, que es lo que hacen en sus países, así que a ellos eso les sienta como una patada en los huevos todos los santos días. Por eso, luego se vuelven majaretas y se matan, para quitarse de en medio de la mierda de vida que tienen aquí y entrar en su paraíso, el único donde, al parecer, se puede follar».

Aquí no se andan con rodeos y dicen: «Son unos bárbaros». Son pueblos (esto es cosa mía) que viven en un estadio atrasado de civilización, a milenios de la occidental, con una visión normativa, fatal y divinizada de la vida y del más allá, fundada sobre las entelequias teocráticas de un beduino de las arenas. Son pueblos que habrán inventado los números, pero que nunca han sido capaces de escribir ecuaciones como las de

Newton (podrían haberlo hecho, pero no han querido) y, pese a que odien la civilización que ha inventado los aviones, no les importa cogerlos. Son pueblos a los que les resulta casi imposible entender –lo sé porque me ha pasado con Alí– que James Cook, Galileo, la minifalda, el *jet* y Filippo Brunelleschi forman parte de un mismo paquete.

Hace poco un avión lleno de rubios occidentales en chanclas, que regresaban a casa después de sus vacaciones, explotó sobre el desierto sagrado en el que miles de años antes se había inventado el dios en cuyo nombre ahora vuelan por los aires miembros y vísceras de turistas, estudiantes, peatones, jóvenes en su apogeo social, judíos ortodoxos y de otros muchos, entre ellos, de vez en cuando, también de los que vivimos en el Cuadrante. Siempre parecen secuencias de una película de zombis: situaciones tranquilas y cotidianas se transforman de pronto en espantosas matanzas sin sentido y, al cabo de veinte minutos de película, se desvela que es por un virus, pero la mitad de la población mundial ya se ha vuelto zombi.

Aquí estamos convencidos de que el único objetivo de estas matanzas es destruir los cimientos de la civilización en la que vivimos, artífice, en verdad, de cosas como yo, la Ciudad de Dios, la Cúpula, el Cuadrante, la Avenida, los edificios, etcétera, pero también de la *Trinidad* de Masaccio. La finalidad y trascendencia que puedan tener estas muertes es algo que, en Occidente, nadie sabe con certeza, excepto en el Porcacci, donde, en virtud de una burda simplificación apodíctica, lo tienen todo claro: «Si no pueden volvernos zombis como a ellos, nos matan».

Casi 35.000 víctimas, sólo el año pasado, en todo el mundo.

Miles de años de imperios crueles, batallas, conquistas, saqueos, ejecuciones capitales, matanzas, siglos de sumisión total de la mujer, de conflictos religiosos y normas absurdas como la prohibición de representar visualmente las cosas, los animales, a los seres humanos y el mundo; siglos de sucesos por los que nunca nos hemos preocupado hasta que no nos han ocurrido a nosotros en más de una ocasión, hasta que no se han conquistado nuestros territorios y no se han asediado nuestras ciudades continentales. De hecho, ahora también seguirían sin importarnos un pepino si no fuese por la necesidad acuciante que tenemos de sus enormes cantidades de petróleo enterrado en las Arenas a la espera de unas nuevas tecnologías que no terminan de llegar, y por las pateras que arriban a nuestras costas con seres humanos que huyen de hambrunas y guerras, de bombardeos occidentales y luchas locales por el poder, o sea, por el dominio del sexo femenino, pues, como intuyen en el Porcacci, el verdadero origen de la desesperación de estos pueblos no es otro que la represión sexual.

Los fotorreportajes, que no escatiman esfuerzos para relacionar los datos estéticos con los informativos y de denuncia, ocupan los pocos periódicos que quedan en papel y, en este contexto de infantilización de masas en el que vivimos, reducen cada vez más el espacio dedicado a la información argumentada en favor de las síntesis visuales. De este modo, todos los días, sobre las mesas del Porcacci, es posible encontrar algunas noticias

que nadie se detiene a leer, del tipo Mientras nosotros vivimos inmersos en nuestro culpable bienestar occidental, allí mueren mujeres y niños –foto de niño muerto– y los que sobreviven hacen colas para conseguir agua –foto de mujeres en cola delante de un caño–, pero la vida continúa incluso entre los escombros –foto de niños jugando al fútbol entre las ruinas–, así como la guerra –foto de miliciano con un *kalashnikov* o con una ametralladora pesada sobre un *pickup* y de hombres barbudos con una banda en la cabeza que nunca sabremos si son los buenos o los malos–. De todas formas, aquí hace tiempo que dejaron de preguntárselo; en la Avenida, eso no es más que el eterno follón que reina en aquellos lugares remotos que ni siquiera sabemos situar en el mapa.

Desde mi célula segura miro en internet galerías de imágenes que muchas veces han sido captadas por fotógrafos que se han jugado la vida. Se dejan la piel para transmitirnos una dosis cotidiana de emoción visual: dicen que lo hacen por vocación, pero es su trabajo, así que, cuanto más se acerquen, más probabilidades tendrán de ganar un premio de fotoperiodismo. Los reportajes de guerras, matanzas, hambrunas, desgracias, epidemias y terremotos, en resumen, de catástrofes y muertes, entrañan una gran ambigüedad: el fotoperiodista se afana en captar la realidad de la manera más fiel y dramática posible, y luego somete su trabajo a un proceso de posproducción con el que imprime su sello estilístico personal mediante colores saturados y contraste, blanco y negro, balance de blancos, desenfoque o imagen borrosa. Bombardeados como estamos tanto de instantáneas dramáticas como de reportajes de dudosa calidad, por mucho que lo intentemos (¿lo intentamos?), no somos capaces de crearnos una opinión real sobre los hechos y, en caso de que pudiésemos, suponiendo que la palabra *opinión* todavía tuviese algún sentido en la Era de las Matanzas, ¿de qué nos serviría? Y ¿cómo podría ser útil para la comunidad? Al Extremista de las Arenas no le interesa nuestra opinión, sino el hecho en sí de degollarnos con independencia de lo que pensemos. Desde hace un tiempo ya no nos exigen recitar versos del Libro en su lengua original, como hacían antes, sino que nos clavan directamente el cuchillo en la yugular. Así que quizá lo mejor sea adherirse al pensamiento del Porcacci: No tengo ni puta idea y prefiero no tenerla. Lo único que sé es que hay que fusilarlos a todos o, por lo menos, echarlos de aquí, pero no mañana, ni hoy ni ahora, sino ayer, como dice el hombre de ojos vidriosos con su microperro, un jubilado al que había dado por muerto pero que ha reaparecido delante del bar, junto a la barrera peatonal amarilla de la Avenida. A esos majaretas habría que echarlos de cabeza al mar, punto.

Pero ¿por qué somos tan diferentes? Durante siglos y siglos les hemos arrebatado todo lo arrebatable. Esto es lo que respondió, el otro día, una muchacha apoyada en la barra con un tatuaje étnico en el brazo a la habitual arenga del jubilado. Por poco la echan del bar. Intervinieron hasta las dos camareras, que levantaron unos segundos la mirada del móvil para lanzarle improperios, aunque no tardaron en volver a clavarla en la pantalla del

teléfono como si fuese una máscara de oxígeno. Yo permanecía en silencio, me bebía mi capuchino claro, que esta vez les había salido especialmente bueno, y me comía un cruasán vegano, nueva adquisición en el Porcacci, muy rico también, sobre todo sin relleno de Nutella, como todo lo dulce y masticable que se vende en la Avenida y, por lo que sé, en la Ciudad de Dios y puede que en toda la Península. En realidad, no sé qué pensar: no me desagrada que haya personas que se preocupan por nuestras vidas hasta el punto de querer arrebatárnoslas de una manera tan rápida y gratuita, aunque no siempre indolora (no consigo imaginarme lo que se siente cuando alguien te degüella, tendré que investigarlo). Con la edad de la mayoría de los habitantes de la Avenida, donde yo, a punto de cumplir setenta años, soy de los más jóvenes, la muerte a manos de los Extremistas de las Arenas o de sus epígonos occidentales constituye una especie de eutanasia, una bendición que te libra de un futuro aún más distópico que el presente, probablemente con cuidadora, mochila de oxígeno con tubitos en la nariz, microperros antidesesperación y cualquier cosa que implique un envejecimiento estándar en la Avenida. A nosotros, los inútiles, podéis matarnos.

Se ríen sentados en las mesas de la acera. Dicen que les jode tener que levantarse de noche para mear. Ahora mismo podría rebanarles el cuello a los cinco con un solo corte circular de catana.

Sin embargo, puesto que las cosas no son tan sencillas como creen los parroquianos del Porcacci, es importante mencionar que, en la Era de las Matanzas, la guerra es total y general, cruel y fría para ambos bandos, que en *nuestro caso* está representado por la OTAN con sus cazas, portaviones, helicópteros, misiles, barcos y submarinos lanzamisiles. Resulta del todo inútil intentar entender el foco inicial del conflicto entre Occidente y los pueblos de las Arenas. Yo lo único que sé a ciencia cierta es que hace unos años un presidente estadounidense con cara de capullo, con el apoyo de algunas potencias continentales y también de la Península –eso sí, en este tipo de situaciones, el peninsular participa o no participa y, cuando lo hace, es para actuar como mediador oficial armado, proteger a los niños y hacer amigos, y se confía hasta tal punto que al final le explotan grandes cantidades de dinamita en el culo–, como decía, este presidente norteamericano con cara de imbécil ordenó deponer a uno de los muchos autócratas que pueblan los territorios de las Arenas; sin embargo, como luego quedó de manifiesto, parece que el tipo desempeñaba un papel muy importante en la política neocolonialista de Occidente, por llamarla de alguna manera: por las buenas, pero también por las malas, había conseguido mantener unidas a un buen número de tribus y sectas islámicas en un país que había sido diseñado sobre un mapa, sin ninguna base sólida, ni étnica, ni cultural ni política. En resumidas cuentas, este presidente, para demostrar al mundo que luchaba contra el terrorismo después del episodio de las Torres, disparó a uno de sus

perros guardianes y, a continuación, se dedicó a acabar, bien de manera física, bien política, con al menos otros tres Autócratas de las Arenas en nombre de la exportación de la democracia. Al cabo de un tiempo, como consecuencia de aquel crisol terrible de sangre, ruinas, dinero, petróleo, explosiones, escombros y cuerpos destrozados, nacieron los indescifrables fundamentalismos, aunque por otra parte comprensibles, que puede que también aniden en los tímidos bengalíes de las tiendecitas de la Avenida, en los fruteros egipcios, en los lavacoches de los desiertos, en definitiva, en *ellos,* que viven entre nosotros.

Como casi todos, yo también me estoy acostumbrando a ver estas matanzas suicidas y, camuflado entre la ingente población de esta ciudad, confío en no morir degollado antes de que el problema se resuelva en un sentido (con la deportación masiva de los hombres de las Arenas) o en otro (con la desaparición repentina de su impulso asesino), y poder morir tranquilo en un hospital después de una larga agonía provocada por una de las muchas enfermedades mortales para las que todavía se nos niega el derecho a la eutanasia en la Península.

> Esta noche creo que tenía un coche americano enorme, de los antiguos, que de repente se rompía y tenía que llevarlo a un taller muy extraño, con techos altos y abovedados, lleno de piezas de recambio apiladas, chatarra y hombres vestidos con monos que lo miraban con indiferencia sin apreciar en lo más mínimo los detallosos diseños técnicos del coche que les acababa de llevar. Les daban manotazos, se caían al suelo, los pisoteaban y decían Pásate mañana a recogerlo sobre las siete. Dejé los cuadros sinópticos dentro del coche, subí una rampa de minusválidos y me marché a pie no sé adónde.

No me disgusta el hecho de que exista un aparato militar enorme que vela por mi pura, humilde, desencantada e indefensa animalidad urbana; sin embargo, tengo la impresión de que este aparato es ineficaz con los homicidios que se cometen a pie de calle, esto es, en las aceras de las ciudades continentales, en la Ciudad de Dios y, de vez en cuando, también en la Avenida. *Nuestro bando* posee una maquinaria de guerra sin precedentes en la historia de la humanidad, un servicio de inteligencia dotado de medios ilimitados, de fuerzas armadas con satélites aéreos, Drones, misiles y bombas, que puede que contengan a las hordas fundamentalistas (matando incluso a mujeres y niños), pero que no pueden protegernos de los asesinos que circulan por nuestras ciudades.

> Escribo la palabra *Drones* con D mayúscula porque son comparables a Dios. Me refiero a que, en la esperanza de un futuro Punto Omega,[2] si existiese un dios, el Dron sería su representación más exacta. El Dron vuela a gran altura, sigiloso y omnisciente; te ve, sabe quién eres, te sigue durante días a través del móvil, observa todo lo que haces, dónde vives, tus hábitos. El Dron sabe si tienes una amante, del mismo modo en que sabe cuántas mujeres e hijos tienes. Sus datos se cruzan con los del servicio de inteligencia, que en realidad recopilan los infiltrados gracias a las típicas fugas que se dan en toda organización, sobre todo en las que

se creen más sólidas. Toda la información converge en el ordenador que, desde tierra, comunica las decisiones al Dron por medio de un hombre que dirige el artilugio y que, a su vez, obedece órdenes de aparatos superiores con muchas estrellitas. De esta manera, un buen día despejado, mientras vuelves a casa para comer y te ajustas tu gorro afgano tapándote las orejas porque hace frío, en el preciso instante en que haces el gesto, un misil, un artefacto construido aposta para eliminarte de la faz de la tierra, te aniquila y te reduce a un charco de ADN, que enseguida se mimetiza con el polvo del desierto. Si Dios existiese, no podría hacerlo mejor.

Dron te observa con rayos infrarrojos, te detecta mediante la temperatura corporal como una mancha más clara en el terreno frío y localiza si hay otras manchas claras a tu alrededor y si son tus cómplices o tus enemigos. Si las manchas claras son pequeñas, significa que son niños y Él decidirá a su antojo si son sacrificables. Si la visión de Dron te inscribe inevitablemente en un cuadrado con una cruz blanca en el centro, Él sabe que, al disparar un misil dentro de ese perímetro, morirás al instante como consecuencia de la explosión. Las decisiones llegan a Dron, o sea, a la mano de Dios, en cuestión de segundos y, una vez que desde la otra punta del mundo reciba la orden de abrir fuego, tu silueta iluminada parecerá explotar y toda la pantalla se pondrá blanca por un momento, pero enseguida recuperará la percepción infrarroja que te detecta como una mera mancha brillante de plasma candente. Después no se ve más que humo, es decir, calor en suspensión que se expande por el aire y se derrite en el hielo puro del altiplano de Afganistán. Ya no existes; has acabado disuelto en una nube de odio nuevo, fresco y, a todas luces, motivado hacia Occidente.

Si entras en Youtube, verás que hay muchos vídeos de muerte grabados a través de visores de rayos infrarrojos. También los hay de asesinatos de talibanes desde helicópteros y de guerrilleros que no saben dónde esconderse, las hojas de los árboles no ocultan del todo su huella térmica, sólo pueden utilizar piedras o paredes como parapeto. En uno de ellos se oye al ametrallador y a no se sabe quién más, quizá el piloto, dialogando en inglés estadounidense cerrado, que entiendo a ratos, y ves cómo las ráfagas de ametralladoras pesadas se precipitan sobre el terreno de manera desordenada y confusa. No es fácil matar a un hombre así. Entre una lluvia de disparos, la silueta brillante se tira al suelo, parece abatido, pero, en lugar de quedarse tendido haciéndose el muerto, que sería lo lógico, se levanta y sale corriendo; otra descarga, que salpica tierra caliente, y otra fuga, hasta que por fin se lo cargan de verdad y no se ven más que trozos de afgano diseminados por todas partes mientras su sangre fecunda la tierra de la que nacerán otros talibanes.

Después de todo esto, Youtube interpreta que cultivas una pasión morbosa por los asesinatos con infrarrojos y te propone de todo: desde más talibanes, hasta *pickups* que explotan con terroristas a bordo, pasando por guerrilleros capturados y ejecutados individualmente o en grupos, en los que se supone que también hay mujeres y niños, y hasta la muerte de varios coyotes sin motivo aparente en mitad de una planicie americana, donde se ve cómo disparan a uno de ellos, que pierde casi la mitad de la boca, y cómo lo rematan mientras intenta escapar con la mandíbula colgando. Muere, coyote, como coyote.

Una guerra eficiente y limpia, dirigida por autómatas cada vez más autónomos desde

casa, con pocas o nulas implicaciones. Dron es la respuesta al cuchillo que corta nuestras yugulares, y el cuchillo, a su vez, es la respuesta a Dron, a los asesinatos cotidianos que perpetra nuestro aparato de guerra contra poblaciones en las que se oculta el degollador que aparecía en uno de los vídeos de Youtube decapitando a una de sus víctimas tras una proclama de diez minutos. Es una secuencia lógica, pero me da la impresión de que no encaja del todo, de que no explica, no da respuestas satisfactorias: al igual que todos los habitantes del Cuadrante, de mi ciudad, de la Península y del mundo, nunca llegaré a entenderlo del todo. Nos hemos resignado a que la muerte a manos de un terrorista sea fruto del azar y carezca de sentido, como si te cayera un meteorito encima: sólo así conseguimos aceptarla. ¿Por qué hemos de conocer lo que nos resulta imposible comprender? Para unos defensores acérrimos del Estancamiento como nosotros, este problema no es más que un tormento inútil que nos distrae de ocupaciones más serias como tomar café en el bar, pagar las facturas, jugar a las tragaperras y al Rasca y Gana, hacer la compra en el supermercado de descuento, esperar al médico de la seguridad social, recoger los análisis, echar un rato de charla en la esquina, sacar al perro, ver a los nietos y otras mierdas por el estilo. No sirve de nada que nos cuenten los asesinatos y las decapitaciones, todo eso ya lo sabemos; nosotros, con unas cuantas imágenes genéricas en la tele, alguna que otra cara de sufrimiento y unos pocos charcos de sangre, ya satisfacemos nuestro derecho a la información. No necesitamos palabras porque ya lo sabemos todo, es decir, que no nos enteramos de nada. Quien de verdad quiera ver imágenes *crudas* de sucesos trágicos y masacres islamistas, puede encontrarlas fácilmente en internet.

Romano: Mi padre era hornero y mi abuelo venía desde la Toscana para hacer ladrillos. Es que… los primeros ladrillos en los tiempos de nuestros abuelos no se hacían con máquinas, se hacían a mano. Entonces la gente que tenía ganas de trabajar venía desde la Toscana y pasaba aquí la temporada. Bueno, toda la familia. La mujer hacía de comer dentro del horno con el bidoncito y eso. Luego, en octubre, volvían a casa. Pues eso, que mi abuelo iba y venía, pero yo nací aquí, justo en la fábrica, ¿entiendes?

Hoy, desde esta posición fija en la insensatez de la Avenida, me resulta difícil imaginar una ciudad que crece de manera ordenada, según una idea aún antigua, una geometría elemental pero inflexible, manzana tras manzana, con fachadas uniformes en el no-lenguaje de un decoro neorrenacentista equilibrado y minimalista, con cornisas y tímpanos, calles y plazas, jardines, fuentes, monumentos y todo lo demás: ésa era la ciudad que se construía entonces.

Mucha mano de obra, es decir, muchos hombres-trabajo, es decir, muchos autómatas, arribaban a la ciudad para vender su fuerza física, sus eventuales habilidades, tal vez su oficio, en las numerosísimas obras que se sucedían sin parar, mientras la población de la urbe se duplicaba en poco tiempo.

Emilia: Porque durante generaciones ellos iban a echar la temporada de los ladrillos. Con toda la familia. Porque vivían dentro de la fábrica. Les hacían tugurios, los llamábamos *los cuchitriles*, una especie de construcción provisional hecha para los trabajadores que vivían allí.

En 1884 se constituyó la Unión Emancipadora de los Obreros del Arte de la Albañilería, un sindicato de nombre manso que trata de defender los no-derechos de los trabajadores de la construcción. El auge de la expansión necesita de materiales de construcción, así que, en 1886, en toda la Ciudad de Dios se cuentan cincuenta y seis hornos, cuarenta y dos de los cuales son hornos Hoffmann de ciclo continuo: se excava, se extrae, se seca y

se cuecen piezas a pleno rendimiento, según la ley del fuego rotatorio. A partir de cierto momento, los mismos constructores, confiados por la facilidad con que obtienen préstamos de los bancos, compran los hornos, garantizándose así la gestión del proceso constructor al completo desde la arcilla cavada en el monte hasta el producto terminado en el valle a través de instalaciones de cocción que, cuando están provistas de cuadrillas de autómatas expertos, son capaces de producir hasta ochenta mil piezas al día.

«Con ochenta mil ladrillos te salen dos edificios.»

Pierina: Aquí no había nada. Ni la calle. ¡No te vayas a creer que era como lo ves hoy! Sólo había una fuentecita. Ahora hay cinco gracias a nuestras luchas…

Pierina, como casi todas las mujeres de la Cavidad, vive en completo estado de subalternidad femenina como proletaria de segundo grado, sierva de siervos, es decir, de los hombres de su familia, empezando por su padre y terminando por su marido y sus hijos.

«Por la noche, somanta de palos –dice otra autómata de la Cavidad–, porque siempre estaban un poco bebidos. Además, los hombres son así: cuando el hombre vuelve a casa, o hay nabo o hay tortas. Eran malos, muy malos.» Desfogaban en sus mujeres la irritación provocada por el cansancio y el alcohol. Se resarcían en familia de la vida de mierda que llevaban, que siempre llevarían.

Las mujeres hablan del trabajo de los hombres como de algo devastador, brutal.

«Se levantaban a las tres de la mañana para estar cerca del horno, que tenía que estar siempre encendido, durante toda la temporada. Parecían condenados a muerte, pero era gente que vivía allí. Después de cuatro o cinco horas de trabajo estaban ya tan reventados que no los reconocías. Acarreaban en la cabeza cuarenta kilos por viaje. Mil doscientas liras al día.» Los hombres trabajaban a destajo: tanto por cada mil ladrillos. Las mujeres, a las que pagaban por jornada, lo pasaban peor. «Los hombres salían, iban a los hornos. En los hornos te ponían el sello en la cartilla. Los pantalones se hacían en negro: cosías dos o tres pantalones, luego te ibas al horno, luego volvías a hacer pantalones.»

Maddalena (una vida proletaria, muy dura, la curtió para la supervivencia): Yo soy un cacho de pan. Quiero a todo el mundo, pero no quiero a nadie. Yo a la que quiero es a la Maddalena.

Las mujeres, fuertes y combativas, se ponían a la cabeza de las manifestaciones «para proteger a los hombres, porque a los hombres los arrestaban».

Fernanda (ocho hijos de los que tres murieron siendo pequeños, «por suerte para ellos»): En mi casa los cuartos daban a la calle en forma de media luna alrededor de un gran albaricoquero. Treinta años cosiendo pantalones: ciento veinte o ciento veinticinco liras por prenda, veinte prendas al día. Nunca me sellaron la cartilla: ¿qué sabíamos nosotras?

El material se transporta a la obra, se pone en funcionamiento y se hacen edificios grandes, edificios pequeños, chalés y casas, casas en todas direcciones. No es más que un episodio de la gran historia mundial de los frenesíes especulativos. La burbuja explota un par de años más tarde. De repente el trabajo cae en picado para los miles de autómatas constructores que han acudido a la ciudad en los últimos años. Se producen altercados; luego, una autoridad, severa pero contrita, reenvía a sus lugares de origen a los casi treinta mil autómatas venidos de fuera, que deberán partir obligatoriamente con una orden de expulsión.

«Cuando cerraron todos los hornos, nos fuimos a servir a las casas. Pero si no hay un hombre, no hay nada que comer: la cuestión no era tener más o menos dinero, era *comer* o *no comer*», dicen casi un siglo después las mujeres de la zona que, a finales de los años cincuenta, se encontraron en una situación análoga.

Luego la crisis terminó y se reanudó la producción, pero a una escala más contenida. Los trabajadores de los hornos empezaron a volver a la ciudad a principios de abril para echar la temporada hasta finales de septiembre. Vivían todo el tiempo en los hornos, en esos cachimanes que llaman *cuchitriles*, de los que no logro hacerme una idea. No se sabe con exactitud en qué año nace el arrabal, pero comienza a consolidarse como ente auténticamente físico en los años treinta del siglo XX. Los autómatas de los hornos empezaron a quedarse también durante el invierno, estableciéndose de manera definitiva en la Cavidad, lo cual no significaba estar afincado en la ciudad. La ciudad estaba muy cerca físicamente, «a diez minutos andando», pero muy lejos en el aspecto social. «Nunca íbamos, bueno, sólo cuando hacía falta, para hacer recados y eso.» De este modo en la Cavidad se forma un mundo aparte, se construyen casitas de ladrillos utilizando los desechos de las fábricas: hay de sobra, no son aptos para la venta, pero vienen de maravilla.

Adriano: Yo soy del treinta y uno. Mi padre vivió aquí desde el treinta y seis o el treinta y siete, porque cuando lo cogieron los fascistas, en el veintidós o el veintitrés, era jovencillo y ya estaba aquí. Él es del cuatro, tenía diecinueve o veinte años. Mi abuelo ya estaba aquí. Vivían arriba en la Villa. Trabajaban en los hornos. Luego se vinieron a vivir aquí abajo y se hicieron esta casita. Se la hicieron en el treinta. Estaba mi abuelo solo. Luego empezó a tener hijos: dos, cuatro, cinco. Una familia de cinco o seis personas no podía andar de acá para allá buscando un cuarto. Entonces compraron este pedacito de

tierra y se hicieron la casa. Se la hicieron ellos.

Los antiguos campesinos, convertidos en obreros de los hornos, se hicieron albañiles y se construyeron casas. El barrio nació poco a poco, edificado con los mismos ladrillos que fabricaban los horneros. La tierra en la Cavidad costaba poco, la gente empezó a comprar pequeños solares para edificar y registrar en el catastro. Hay quien afirma que, a principios del siglo XX, ya había algunas casas. Una especie de garantía de trabajo continuo, la falta de alternativas en los lugares de procedencia y la fábrica a dos pasos, con los ladrillos y las tejas que quisieras, tenían a los trabajadores aquí, pegados al horno. Y eso significaba estar juntos y unidos para hacer frente a lo ignoto de la Ciudad de Dios, que avanzaba hacia ellos y gracias a ellos. Pronto, aunque no antes de dos guerras mundiales y veinte años de régimen fascista, la Cavidad fue invadida, arrasada, destruida, no sólo por las inundaciones estacionales, sino también por las casas de vecindad, los bloques de pisos y apartamentos, las torres, los puentes y las líneas metropolitanas y de todo tipo. Y por parte del Partido.

Aquí todo era extraño y distinto. La Cavidad no era una auténtica barriada, no nacía de la marginación y la pobreza, no había sido construida en la desesperación de la falta de trabajo: era un fragmento espontáneo de ciudad obrera que había nacido al lado de la fábrica, gracias a la fábrica, con el fin de conservar el trabajo de la fábrica. No era un asentamiento de sintechos, de expulsados del centro en los tiempos fascistas, no se trataba de un poblado consistente en cuatro chapas construido por muertos de hambre que se dedican a robar y a dar palizas para sobrevivir. Y tampoco era la periferia. La Cavidad no reconocía la Ciudad de Dios como centro, si acaso la veía como territorio extranjero, ajeno, no comunista, dominado por los curas. El *civis* de la Cavidad vivía una desesperación distinta a la del típico vecino de la barriada de al lado. Su desesperación era la de quien vive orgulloso bajo el yugo de la fábrica. Era una losa, un sentimiento opresivo, productivo y de destajo, pero compartido, un proyecto; era una sofocación propia de un ideal político.

Camillo: Había una hilera de casas; a un lado estaba la calle, al otro el regato, al fondo lo que hoy llaman el Monte de los Jabalíes.

Los hornos, construidos entre el arrabal y la ciudad, cierran la desembocadura del valle, que se convierte así en un lugar aislado y remoto, con su cultura, sus tradiciones, sus oficios propios y sobre todo su identidad política, al principio socialista y anarcoide, que se fue definiendo cada vez más en sentido comunista. La Cavidad-mundo es una unidad completa de residencia-producción-consumo. Sólo se trabaja en verano, en invierno se contraen las deudas, «se apuntan en el *palunto*, el cuadernillo de las deudas del

charcutero» y se va tirando hasta la siguiente primavera.

Gracias a la dotación ideológica, al coraje, al vigor físico derivado del hecho de ser pura mano de obra y a la tendencia a no andarse con chiquitas, en 1922 la Cavidad plantó cara a los fascistas durante quince días. El arrabal se cerró a cualquiera que fuese identificado como afiliado al partido fascista o que exhibiese sus comportamientos típicos. A continuación, la policía fichó a los habitantes del valle y, durante todo el período fascista, la Cavidad fue conocida como la Pequeña Rusia: trabajo + antifascismo + partido + oposición + cárcel + resistencia. El valle de los olvidados; en verano, un horno; en invierno, húmedo y gélido. Mucha tuberculosis, una mortalidad infantil altísima. Los hombres fabrican ladrillos, las mujeres cosen pantalones a domicilio para el ejército: el socialismo es la única esperanza que les queda.

Durante los veinte años que dura el fascismo, la Cavidad se opone al régimen, casi de manera natural y de varias formas. En su mayoría lo hace en la clandestinidad, pero a veces también de frente, pagando un precio muy alto. Sólo eran autómatas, nada más que insignificantes autómatas de fábrica, embebidos de una convicción política que hoy en día a la mayoría le resulta incomprensible, incluso reprobable, pero que estaba tan arraigada que inducía a algunos a poner en juego sus vidas y a perderlas.

Está Vittorio Mallozzi, que, junto con su hermano mayor Giuseppe, participa con los Osados del Pueblo en los enfrentamientos contra los fascistas de 1921 y de 1922. En 1933 ya es un exiliado, no sabemos dónde, y en 1941 le cae un confinamiento en la isla de Ventotene. Vuelve en agosto de 1943 y retoma la actividad política: el 8 de septiembre se convierte en comandante de zona del Partido. El 20 de diciembre es arrestado y termina en la cárcel de la calle Tasso y luego en la de Regina Coeli. Lo fusilan el 31 de enero de 1944 junto con otros cuatro opositores, Alberto Cozzi, Augusto Paroli, Andrea Casadei y Vittorio Fantini, todos obreros. En la entrada de la Cavidad hay una lápida dedicada a ellos.

Está Gennaro Bezziccheri, al que, ya en 1926, los documentos de la jefatura de policía definían como subversivo y comunista. Arrestado en 1931 por conspiración, sale con un indulto, pero vuelven a arrestarlo en 1933 y lo tienen encarcelado un año para luego absolverlo. Lo encierran al comienzo de la guerra y el 8 de septiembre se hace partisano de la Primera Zona en las filas del Partido, donde luego se convierte en secretario de sección y figura de referencia para toda la Cavidad.

Está Battista Serapiglia, promoción de 1904, comunista y «simpatizante anárquico». Arrestado una primera vez en junio de 1924, entra y sale de la cárcel durante todo el período de los veinte años, se hace partisano a partir del 8 de septiembre y duerme en el horno, donde esconde las armas.

Entre otros muchos, también está Alberto Di Giacomo, apodado el Morenillo. «Subversivo, peligroso», encerrado en Ventotene en julio de 1940 y liberado el 25 de julio de 1943. En 1944 vuelven a arrestarlo y lo deportan a Mauthausen, donde muere.

El Morenillo de los hornos. ¿Entiendes?

Y Filiberto Bennani, mecánico, al parecer duro de pelar. Comunista, arrestado en 1923 por tenencia de armas. En 1925 lo sorprenden mientras entierra fusiles y pistolas en lo alto del Monte, y le caen cinco años entre rejas. Regresa a la ciudad tuberculoso, lo condenan de nuevo a prisión, termina en Ponza. Vuelven a arrestarlo en 1936 y pasa otros ocho años en Ventotene. Cuando lo liberan el 25 de julio de 1943, se hace partisano.

–Me ha dado calabazas una que ni siquiera me gusta.

Uno de los objetivos de la acción partisana era, textualmente: «Eliminación de hombres y objetos del ejército invasor y de los espías fascistas; sabotajes por medio de explosivos; propaganda armada».

Las bombas, los atentados, los fusilamientos, las ráfagas de ametralladora y la sangre se oyeron y se vieron entonces en las mismas calles en apariencia pacíficas por donde hoy pasean las parejitas humanas de los domingos de rebajas, lentas, tranquilas, plácida y mutuamente cachondas. Allí se mataba a gente por el uniforme que llevaba porque denotaba adhesión a sistemas de ideas opuestas, uno de los cuales, que hasta hacía pocos meses era el dominante, había conducido al País a una guerra con derrota incluida desde el día en que se declaró.

En esas calles se mataba según el binomio fascismo/oposición al fascismo. Binomio que se transformaba en modalidad vida/muerte justo ahí, donde al cabo de unas décadas se discutiría con total serenidad sobre la posibilidad de comprar una chaqueta, una falda, en la completa ignorancia de lo anteriormente acaecido, es decir, de aquel odio, aquella sangre, aquellas torturas, los fusilamientos, las deportaciones de personas que nunca regresaron, que nadie volvió a ver jamás. En aquella guerra participaron muchos hombres y mujeres de la Cavidad sin que nadie los obligara, únicamente por coherencia de ideas, es decir, por la adhesión a la idea de un mundo configurado de otro modo. Algunos perdieron la vida fusilados, previa tortura.

Siempre he tratado de imaginar la tortura, el hecho de ser *torturado*. ¿Cuántas veces les pasaría a los partisanos urbanos de la Cavidad? ¿Sería capaz de aguantar? ¿Hablaría de inmediato? ¿Cuánto dolor te infligen? ¿Qué te hacen? Algunos tenían respuestas concretas a aquel continuo interrogatorio partisano, a las preguntas de ¿qué me harán?, ¿cómo es morir?, ¿qué se siente cuando te fusilan?, ¿qué se siente cuando te entra una bala por el costado, te hace añicos las costillas, te perfora el pulmón y te secciona una arteria?, ¿morir es dejar de respirar?, ¿qué se siente al dejar de respirar?... ¿Qué es la muerte?, pregunta básica que nos hacemos todos y cada uno de nosotros en el Bloque, convencidos de que será la muerte la que venga a nosotros y no al contrario. Sin

embargo, el partisano, el hombre o la mujer que actúa de manera voluntaria en modo antifascista, sabe que *si*, quizá sea mejor decir *cuando*, lo arrestan, el destino bipolar que ha elegido –vivir o morir combatiendo– se presentará inexorablemente en la sencillez de su aserción: estás aquí para traicionar o para morir, has llegado a lo insostenible, a lo impensable, te hallas al fin en esa porción espaciotemporal que hemos reservado en exclusiva para ti, insignificante autómata analfabeto, humilde trabajador de horno, acarreador de bloques de arcilla desde el monte hasta el mortero; dedicaremos una parte de nuestra atención de perdedores feroces a tu cuerpo curtido y deformado por el trabajo, a ti, que no eres más que trabajo-trabajo-trabajo y, por tanto, comunista, partisano, bandido, carne de electrodo y luego de fusil.

En 1942 falta el combustible necesario para mantener los hornos encendidos, de modo que las fábricas cierran, pero las mujeres continúan cosiendo para el ejército. Después del 8 de septiembre, con la disgregación de las fuerzas armadas, hasta ellas se quedan sin trabajo y la Cavidad se ve literalmente abocada al hambre. El hambre que anula cualquier otra cosa, que ciega, que es restrictiva, que regresa atávica en su desesperación hipoglucémica, avitamínica, aproteica: la luz a tu alrededor se atenúa como durante un eclipse, sientes que te vas a desmayar. Comer: ningún otro pensamiento es posible y cualquier otro acto queda subordinado a éste. Entonces empiezan a traficar, a irse a servir y a trocar los pantalones ya cosidos por comida que se pueda revender en la ciudad en el mercado negro.

18
PASO SUBTERRÁNEO

El hombre que duerme en la acera del paso subterráneo de la que ahora es la antigua Primera Circunvalación Oeste, construida en los años del *boom* de la posguerra, tiene una mirada reservada, como si no quisiera saber nada de nadie y todo le diese igual. En la oscuridad, como los murciélagos, entre una viga y otra, anidan las palomas. La Avenida desciende por debajo de la construcción, el tráfico es trepidante, continuo, ensordecedor, mefítico, sólo el Semáforo de tres Calles que está en lo alto consigue detenerlo unos segundos.

El hombre se tapa entero con una manta, desde la cabeza hasta los pies, lo hace incluso cuando no hace frío, porque de lo que se resguarda es de las cagadas de las palomas: es una lluvia continua, que se distribuye uniformemente debajo de las impostas de las vigas. Palomas pequeñoburguesas que nacieron y residen aquí, entre estas vigas, bien rollizas y acostumbradas a respirar dióxido de carbono, artífices de un grumo excrementicio lineal que se extiende a lo largo de todo el muro de contención. Están aquí, en esta parte de la Avenida, vuelan rápidas a ras del Bloque, campan a sus anchas cerca de los humanos, pero no se atreven a revolotear a cielo abierto sobre el Monte, donde la vida es más dura y peligrosa, sólo apta para gaviotas, cuervos, cotorras y aves rapaces, formas diferentes de un mismo peligro, o sea, el de morir picoteadas por criaturas mucho más grandes, fuertes y veloces que, por decirlo de alguna forma, una pobre paloma. Más arriba, en la Avenida, les dan de comer. En el asfalto de la acera se ven cuencos de plástico con migas de algo, creo que de pan. Las dejan allí hasta que el agua o el viento se las lleva y las mezcla con la inmundicia que ensucia constantemente la Avenida. Esta comida se la proporcionan señoras que alimentarían a los gatos callejeros si todavía quedase alguno vivo –la última, Nerina, se puso enferma y murió, o eso decía la fotocopia plastificada que había pegada en el poste de la luz: Nerina está enferma, estamos haciendo una colecta para pagar su caro tratamiento; la misma Nerina que, cada vez que se me cruzaba por la calle, me inducía a tocarme los testículos para ahuyentar el mal fario–; como decía, esta comida se convierte cien metros más adelante en una lluvia de mierda que cae sobre el hombre que duerme, por el que tú no puedes hacer nada y que tampoco agradece tu interés.

Una vez le pregunté si estaba malo y casi me manda a tomar por culo. Lo que él no sabía es que en aquel momento pensaba darle todo el dinero que llevaba encima, que eran unos cuantos billetes de cincuenta, para que se levantase y se marchase de allí. Si fuese un perro o un gato, o cualquier animal no repulsivo, podrías ayudarlo de una manera más concreta. En cambio, si tú fueras el perro, podrías hacerte su amigo, dormir con él entre las cagadas de paloma o defenderlo. Sin embargo, al ser los dos humanos, todo se complica. Los dos pertenecéis a una de las especies animales más complejas, malvadas, negligentes, suspicaces y agresivas que viven en el Cuadrante, incluidas las serpientes, que seguro que las hay, y las ratas, que se dan un festín de comida podrida entre los contenedores rebosantes de basura.

> Si quiere quedarse allí, que se quede, hay muchos sitios donde cobijarse, pero él quiere estar ahí, bajo una lluvia de mierda de paloma, en medio del estruendo del tráfico infernal, respirando dióxido de carbono y todo tipo de partículas, manchándose, cuando llueve, con el barro que salpican las ruedas de los coches al hundirse en los baches. Dado el terrible fracaso que este hombre representa, tal vez ya no se considere digno de estar seco y limpio, y de tener calor y silencio. Tal vez se esté castigando. O tal vez ya no le importe nada.

Entre él y yo hay un muro, casi infranqueable, de numerosas diferencias objetivas, prejuicios y recelos justificables, y por mi parte una repulsión que intento desterrar. Cuando le pregunto si necesita algo y él me responde con acritud en cuasiitaliano que me vaya a tomar viento, desde lo más profundo de mi *verdadera* consciencia, oculta debajo y detrás de la superficial que me incitaba a ayudar al hombre que duerme expuesto a la lluvia de cagadas, desde el interior de mi revoltijo moral, en el que nunca he llegado a profundizar, surge un sórdido suspiro de alivio que significa: No Tengo Que Ayudarlo Porque Él No Quiere. Así pues, me vuelvo a casa intentando no rozar la pared del paso subterráneo empapelada de carteles rasgados y manchados de excrementos, consciente de que mañana, en esa misma acera estrecha, probablemente lo seguirán esperando su manta y la botella de naranjada a medio beber de la que no se separa desde hace días.

En esta zona hay muchos hombres que viven en la calle. Creo que es porque aquí la ciudad colapsa y deja espacio al Nudo Vial, a los tres puentes construidos en paralelo, al aparcamiento, a un par de gasolineras, a la montañita de creta, a una franja tupida de naturaleza provisional, a los escombros, a las oquedades, a los terrenos abandonados de la mano de Dios, a los cañaverales y a los parques mal llamados públicos; en resumen, a todo un *hábitat* variado donde es posible encontrar un refugio o, si se prefiere, esconderse para estar en paz, además de bancos, asientos y jardines donde se puede pasar todo el día tomando el sol, incluso con el culo al aire, sin ningún tipo de miramiento.

Más arriba, la Avenida se presta bien a la larga y autodestructiva parálisis alcohólica

del sintecho, que ha encontrado la forma de instalarse –previo recubrimiento con un trozo de cartón– sobre los anchos revestimientos de mármol travertino de los muchos escaparates abandonados, al abrigo de los extensos voladizos de los balcones que se solían utilizar en los años setenta. De esta manera, el vagabundo encuentra cobijo en el estilo arquitectónico de la época, cuyas indispensables balconadas largas evitan que la lluvia llegue a la base de los edificios, que aquí siempre presentan un zócalo de mármol travertino rústico, por lo que siempre está sucio y lleno de polvo renegrido que nunca se limpia y se queda pegado a los habituales focos negruzcos de meadas caninas.

Los sintecho, tanto extranjeros como peninsulares, se sientan en parejas, viven desidiosos de los remanentes de los que disfrutan los jubilados, que les dejan calderilla y a menudo les dan de comer directamente *rigatoni* con salsa de tomate en platos de plástico. Si los observas con atención durante un tiempo, es posible ver cómo evolucionan: de una condición que ellos mismos consideran como temporal (quizá porque todavía cuentan con algunos recursos), caracterizada por la cerveza Peroni de 66 cl que beben en soledad, a otra en la que se entregan al consumo de vino Tavernello en compañía y, por tanto, se integran y hacen amistad con los demás habitantes del parque que está aquí detrás, donde los niños y los perros cuentan con sus zonas debidamente señalizadas y reservadas, así que el resto del lugar les pertenece, aunque, al contrario que los chabolistas que viven en el Monte de Arcilla, por la noche resulta imposible verlos y distinguir cómo son los lugares en los que se cobijan, si es que los hay y los tienen.

Desde aquí, o sea, desde la terraza de mi cocina, situada en la acera inferior de la Avenida, en la séptima planta de un bloque de viviendas que, si tuviera veinte plantas más, no tendría nada que envidiar a los de Hong Kong, observo el vuelo de los pájaros, que describen trayectorias circulares difíciles de explicar, y el de las gaviotas, como si se divirtieran, sobre todo al atardecer, cuando el sol parece querer sumergirse por el oeste en un pinar lejano –por unos momentos se perfila tras las siluetas de las Torres exproletarias y de los edificios pequeñoburgueses construidos después, en los setenta, en la Avenida y en otras calles limítrofes afluentes y confluentes de tráfico–; en fin, al atardecer, en esta zona semivacía de la ciudad que vacila, hay una congregación de gaviotas. Sobre el montículo vuelan veloces bandadas de cotorras verdes a ras de suelo y pastan las ovejas y las cabras, incluso hay un pastor con boina, cayado y perro. No hay muchos ruiseñores, cuervos, palomas ni halcones peregrinos. Hay insectos y serpientes, perros que juegan. Por la noche merodean jabalíes que bajan desde lo alto del Monte. Y los estúpidos de los grafiteros se dedican a ensuciar cualquier artificio humano. Más arriba duermen extracomunitarios en refugios improvisados.

Un hombre con una bolsa de plástico blanca sube con dificultad, como si padeciese alguna enfermedad, tuviese fiebre o le hubiese dado una bajada de azúcar, por el Monte

de Arcilla, siguiendo el nuevo sendero que han trazado con precisión, casi excavado, los sintecho. Cruza la cerca de alambre por la parte donde está arrancada, baja por la pendiente que hay debajo de las escaleras mecánicas del Nudo Vial sin cambiar de ritmo, manteniendo el mismo paso parsimonioso, gira por el pilar del puente recubierto de ladrillos con motivos que parecen aztecas y lo pierdo de vista. La hierba asoma por las juntas del pavimento compuesto por losas de hormigón. No recuerdo el dato estructural de estas piezas autoconstruidas: al igual que muchos viejos, al final de mi vida he empezado a interesarme por cómo se hacen las cosas. He comprado unos prismáticos en el puesto de cacharros tecnológicos del chino, en el mercado que ponen los jueves en la vaguada convertida en aparcamiento a la entrada de la Cavidad. Desde aquí, lo único que consigo apreciar es el cartón ondulado, unos trozos de madera amontonados por todos lados, toldos de plástico transparente o de tela de color: pero ¿cómo y en virtud de qué se sostienen? Cuando caen las aguas monzónicas con las que el nuevo clima del planeta sorprende de vez en cuando a esta ciudad –parece una muralla líquida y sonora que retumba con fuerza, una especie de avalancha rabiosa, impresionante, que convierte la Avenida en un río que los pocos desagües no atorados son incapaces de tragar y se lleva por delante toda la basura y el plástico acumulados en las aceras que nunca se limpian: para la Avenida es un momento de purificación y, cuando escampa, los habitantes del Bloque nos sentimos más limpios y decentes–; siempre me acuerdo de los vagabundos del Monte de Arcilla, así que desde la lejanía intento observar cómo se las están arreglando en las chabolas, con toda esa agua que discurre sin cesar por las laderas del Monte, y me pregunto cómo es posible que no los arrastre también a ellos hasta la Avenida, si se estarán inundando, si hay niños, si se habrán anegado, mientras el cielo empieza a oscurecerse en la ciudad. Me pregunto cómo será pasar la noche allí, después de un aguacero, con frío y humedad, con goteras, con corrientes de aire que se cuelan por todos lados.

Y, sin embargo, a la mañana siguiente, allí están ellos, en sus chabolas. La lluvia no las ha arrastrado y han soportado bien el agua y el viento; es más, se han multiplicado: ha aparecido una nueva. En cuestión de horas, esta mañana, mientras estaba durmiendo, alguien se ha plantado allí arriba con todos los materiales necesarios y se ha construido una barraca adosada a otra que ya había. ¿Serán amigos? ¿Familiares? Puede que, simplemente, a todos los habitantes les convenga que las barracas estén lo más pegadas posible en favor de una mayor solidez estructural, para poder protegerse mejor del frío y de los intrusos, e incluso echarse una mano si es necesario. Quién sabe.

El Monte de Arcilla sigue siendo un territorio semisalvaje. Si eres un sintecho, probablemente ilegal, con el permiso de residencia caducado, y vives solo o con tu familia en una vivienda tan primitiva, corres un gran peligro. Aunque grites, aunque pidas ayuda, nadie te oirá, a nadie le importarás y nadie te auxiliará: tienes que arreglártelas solo; eso o pertenecer a un núcleo social de vecindad, de autoconservación

y asistencia mutua que te permita vivir más tranquilo. Ésta es la lógica que lleva a las chabolas a adosarse y alinearse a lo largo de las terrazas del Monte formando improvisados núcleos urbanos, de acuerdo con el procedimiento primigenio del asentamiento humano, que produce «de manera natural» calles principales y secundarias y ensanchamientos y explanadas. Si no se demoliesen periódicamente, podríamos ser testigos de cómo crecen y se consolidan, en un primer momento como favelas y, más tarde, como ciudad reconocible y reconocida. Muchas zonas de la Ciudad de Dios surgieron así.

–Esa pasta es nuestra.

¿Existe algún tipo de lógica común entre la forma de nuestro sistema vascular, la de una cuenca fluvial, la de un árbol o la de un mapa de una ciudad espontánea o, en otras palabras, sin planificación urbanística? Creo que sí. La ley implícita que nos permite distinguir lo principal de lo secundario parece regir todo lo visible, aunque mis prismáticos sólo capten las manifestaciones más superficiales.

Estas chabolas –a veces no son más que simples tiendas de campaña estilo cúpula, como las que se pueden comprar a buen precio en la sección de deportes del Centro Comercial del Cinturón (nombre que recibe el Anillo de Gronda que circunda la ciudad)– son comparables con el carácter sagrado, sobrio y silencioso de los primeros asentamientos prehistóricos. Debería desterrar la sensación de repugnancia que me provocan y superar mi asco por la basura, los excrementos y la suciedad casi intolerables que las rodean y que destruyen cualquier idea o posibilidad de considerar el Monte como lo que tendría que ser, es decir, un parque público; debería reconocer que me hallo ante el derecho natural del hombre a radicarse donde quiera o donde le parezca oportuno, sin tener en cuenta las relaciones y los planes urbanísticos, las normas contra las construcciones ilegales, el régimen de la propiedad y los mapas catastrales, sin que le importe la repugnante ciudad de bloques de pisos de alrededor ni la ciudad previa a ésta, que, sin embargo, se diseñó y construyó en función de unas leyes concretas de perspectiva de acuerdo con la ubicación apical de la Cúpula, punto de referencia para un millón de católicos en todo el mundo: para los neocazadores-recolectores del Monte de Arcilla, todo lo que sea anterior a su asentamiento, nosotros incluidos, no es más que naturaleza, es decir, fuente de recursos y de supervivencia, de ahí su único valor.

Después de un largo invierno lleno de lluvias, desalojos forzosos e incendios de chabolas, por fin ves a los sintecho del Monte sin camiseta colocando sus colchones y mantas al sol. Se pasan el día sentados a la entrada de sus refugios, se cuecen contentos y fuman despatarrados en un par de sillas de oficina rojas y azules, como las que se usaban hace diez años, que han recogido por aquí, cerca de algún contenedor, donde estaban amontonadas; lo mismo han hecho los lavacoches que trabajan en un tugurio que ha

abierto hace poco en la Avenida: una oficina de la zona debe de haber renovado el mobiliario, o quizá haya cerrado o se haya trasladado, y han dejado estas sillas en mitad de la calle (qué más te da, al menos ponlas al lado de los contenedores), que los sintecho, que las necesitan de verdad, no han tardado en reutilizar como recurso para su *hábitat* secundario, pues sin ellas tendrían que sentarse en el suelo en esos cuchitriles en los que viven. Creo que la razón de su profundo apego a este montículo inmundo, del que a menudo los desalojan, se halla en su cercanía al centro de la ciudad y a la parada del metro. En definitiva, les viene bien. Llevo años observando su lucha por no abandonarlo. Aquí nadie los quiere, yo tampoco, pero ellos resisten e incluso en la época de los temporales no sólo no se van, sino que, para colmo, se multiplican.

–Se lo han buscado.

Hace cincuenta años, el Monte de Arcilla ya albergaba un poblado de considerables dimensiones, donde incluso se rodó una película que nunca he llegado a ver, pese a haber comprado hace más o menos un año el DVD, que sigue envuelto en su celofán. El motivo de mi no-visionado es una mala crítica que le hicieron en una revista de la época ideológicamente afín a mí, *Quaderni Piacentini*: es una película que difama y ridiculiza al subproletariado, habían escrito, y me pareció más que suficiente. Antes de ayer desalojaron y demolieron las chabolas que habían construido a la entrada del túnel ferroviario. Sobre el terreno quedó tal cantidad de basura que en lo alto del monte se agolparon las gaviotas como si fuese la popa de un pesquero que vuelve a puerto. Quienesquiera que sean esas personas muestran una tenacidad asombrosa: lo han reconstruido todo, pero un poco más abajo. Era la cuarta o la quinta vez que derribaban sus barracas. Cuando quemaron la basura, el hedor se multiplicó por diez, cruzó la Avenida, llegó hasta el interior del Bloque al filtrarse por los marcos de las ventanas y penetró en mis fosas nasales; en ese momento levanté la cabeza, me di cuenta del incendio e inmediatamente pensé: purificación.

La verdad es que la demolición de chabolas en tierra de nadie me genera conflictos ético-políticos, confusión entre reacción solidaria, razonamiento civil y rechazo instintivo. Las decenas de chabolas más o menos consolidadas que vi derribar hace muchos años, cuando todavía trabajaba en el Ministerio, estaban construidas sobre el trazado de una calzada romana que, a partir de un puente que también data del Antiguo Imperio, atraviesa parte de una llanura aluvial del Río Pequeño, afluente del Río Grande. Era una zona de refugios ilegales, periféricos y miserables, que corrían el riesgo de ser arrastrados por las frecuentes inundaciones. La primera sensación que experimenté fue que un grupo de seres humanos, motivado por una serie de circunstancias que desconocía, cada uno con su destino, con sus actividades más o menos legales, con su cultura de procedencia y con un país de origen, había ejercido la *facultad primigenia* de

habitar un trozo de Planeta: no eran más que hombres sin casa que se las construían en una zona libre. La cuestión es que, a excepción de la Antártida, en el Planeta no existe ni un solo metro cuadrado de terreno habitable que se pueda considerar *libre*, es decir, donde nadie haya impuesto su derecho a la propiedad. Aquel trozo de llanura inculta, llena de arboluchos enclenques y apestosos, poblada de maleza que echaba raíces en la podredumbre del río, en teoría era un parque público, una zona natural que debería haber quedado libre y no habitada. Allí nadie tenía el *derecho* de construir nada.

Sin embargo, si analizamos la prioridad de los derechos desde la óptica contraria, si los ordenamos en función de su urgencia e importancia, la perspectiva cambia. El diccionario define el *derecho*, entre otras acepciones, como la «facultad derivada de normas de carácter moral o consuetudinario; por ejemplo, *el d. del más fuerte*…». Me atrevería a decir que el derecho siempre lo ejerce el más fuerte; pero, de ser así, automáticamente se legitimaría un *derecho del más débil*, entendido como el derecho de los pobres y de los que no cuentan con unas garantías mínimas necesarias para vivir, cuando ni siquiera han podido elegir en qué condiciones quieren venir al mundo. En resumen, todos nosotros, como seres vivos, poseemos un *derecho natural* a encontrar un espacio donde instalarnos y hacer de él, si no una verdadera *casa*, al menos una *guarida*. Como consecuencia de todo esto, mi conciencia del siglo XX me dice que deberíamos construir viviendas para los que tienen pocos ingresos, o bien permitir que quienes las necesitan se las hagan donde sea posible. La tercera opción es apurar el terreno, que es lo que están haciendo aquí delante. No sé qué hacen los habitantes de las zonas apuradas al máximo. Bueno, sí lo sé: se van a construir sus chabolas lejos de aquí, en las áreas ultraperiféricas que les pertenecen, o en el monte, un poco más abajo.

Todos tenemos un sentimiento primigenio de la vida como el cuidado cotidiano del cuerpo y de las cápsulas que habitamos, donde los humanos-moluscos de la Avenida encontramos la protección necesaria para nuestra desnudez biológica, al igual que hacen los pulpos. Y, como ellos, sólo no alejamos de nuestras guaridas si es estrictamente necesario, para buscar comida, para hacer recados o por la necesidad de un apoyo emocional al que dedicar todo nuestro afecto. En la oscuridad del Estancamiento, que no es sólo metafórica, sino una real –farolas fundidas–, la tiendecita del bengalí es como un faro en esta hilera de comercios cerrados desde hace tiempo y de persianas metálicas echadas, con pegatinas de empresas de mudanzas. Los bengalíes también se encargan de la estación de servicio: durante el horario de apertura trabajan echando gasolina, pero por la noche son relevados por los que ayudan a los conductores con los surtidores automáticos. Al parecer, los bengalíes se han introducido poco a poco en dos de los sectores ecológicos que quedaban libres en la Ciudad de Dios: los productos de primera necesidad disponibles a cualquier hora, incluso los domingos, y la relación, no siempre fácil, hombre-surtidor de gasolina. Algunos de nosotros vivimos en simbiosis con el

bengalí que tenemos debajo de casa, que nos provee de todo y nos lo entrega a domicilio. Es cierto que no tienen ni carne, ni embutidos ni pan del día, pero venden de todo, especialmente los benditos *packs* de seis botellas de agua mineral. En sus comercios no verás florituras, sólo tienen estanterías llenas de detergente, papel higiénico, cajas de galletas y baldas con cajas de fruta y verdura, además de neveras con leche, cerveza, Tavernello y otras cosas que me encantan, pero que no recuerdo ahora.

Ésta es la lucha por la vida en la Avenida, con los pocos locales comerciales supervivientes, algunos todavía rentables y otros en claro declive, que explotan como supernovas con descuentos sorprendentes o bien se apagan poco a poco como enanas rojas. Algunas tiendas cierran y vuelven a abrir con una decoración diferente y vendiendo otro tipo de productos, pero por lo general el nuevo género tampoco funciona: aquí, donde todavía se fuma Marlboro rojo, nadie quiere cigarrillos electrónicos; pocos pisaban la tienda del chino que, como es natural, después de dos o tres años ha acabado cerrando, mientras que el tatuador de la esquina y, después, el diseñador gráfico publicitario resistieron abiertos un año cada uno, así que ahora sólo queda un autolavado de coches que no sé ni cómo sobrevive, pues no lavará más de cinco o seis vehículos al día. Dinero tirado: si se hubiesen molestado en pasar una tarde observando el ambiente general de parálisis, de poca gente por la calle y, peor aún, no precisamente joven y, por tanto, desinteresada, desmotivada, amargada, empobrecida, enferma y encabronada, habrían desistido de emprender cualquier tipo de proyecto comercial, a no ser que hubiesen puesto una tienda de telescopios, para la que la ubicación no es importante. Ha cerrado la lavandería, que venía muy bien, y en su lugar ha abierto una tienda de *mozzarella* campana «fresca del día». Ha cerrado el inútil cuchitril de especialidades sardas y ha abierto una tienda moderna de pan donde trabajan unas jóvenes árabes. El tapicero resiste; sin embargo, han cerrado, uno tras otro, el concesionario Renault, la tienda de sofás de diseño, el estudio a pie de calle del arquitecto interiorista (ahora es una lavandería de autoservicio) y ha cambiado de nombre el local en el que hasta hace unos meses estaba Che Banca! Sólo el espacio que antes albergaba la tienda de sofás ha sido ocupado, pero por un sala de apuestas, señal de que ahora, para sacarles las perras a los pensionistas residentes, hay que engancharlos al juego. Se habla de blanqueo de dinero sucio, de grandes inversiones por toda la ciudad, de juegos de azar en internet, de compro oro y de agencias de crédito fácil y hasta de préstamos con intereses abusivos: se nota que hay una clara presión por desvalijar a los jubilados, por despojarlos de todo antes de que mueran, por que se tiñan el pelo, por que se vistan de un manera incómoda pero juvenil, con pantalones ajustados y camisetas bajo americanas de piel. Que sientan frío en la barriga, claro.

Por aquí también es frecuente ver a una tipología concreta de frutero egipcio, que pone música árabe a todo volumen y te trata con una amabilidad apremiante; hombres gordos con una forma de hablar confusa pero contundente, rodeados de una especie de

abundancia excesiva, de montones enormes de clementinas, manzanas y montañas de naranjas expuestas fuera del local a modo de bodegón publicitario: no puedes evitar preguntarte cada vez que lo ves si venden toda esa fruta y verdura o tienen que tirarla. Y te preguntas también cuánto tiempo tiene que pasar un egipcio en esta ciudad –que muchos de ellos abandonan– para adquirir una actitud tan indolente y segura de sí misma, como si llevasen aquí toda la vida, sobreviviendo en el Estancamiento.

Una vez que cayó el régimen fascista, en la zona se vivió un período de venganzas y desapariciones. Se habla de fascistas que desaparecieron dentro de algunos hornos. En el ínterin, las instalaciones Hoffmann, bastante obsoletas, habían reanudado la producción de ladrillos, pero las tecnologías constructoras que se estaban consolidando prescindían de piezas macizas. Necesitaban más bien ladrillos huecos, perforados, rasillas, rasillones y muchos, muchísimos, listones y tacos de cerámica para revestimientos, que tal vez simularan una fabricación manual desaparecida por completo.

Había terminado la era de la oposición mortal a la Revolución del Este, para la que el Capital occidental había preparado un par de fascismos, uno de los cuales tenía una fuerza y dimensiones monstruosas, justo en el corazón del Continente. Ahora, bajo la protección del paraguas imperial, las democracias posbélicas podían permitirse incluir en sus propios sistemas algunos elementos de socialismo democrático. Fue también el caso de la Península. Sin embargo, a pesar del cambio radical del clima político, en la vida de los autómatas de la Cavidad no se produjo ningún cambio verdaderamente relevante, y los pocos que sí se produjeron fueron casi a peor porque había las mismas dificultades que antes y existía la percepción de que la época de los hornos estaba a punto de terminar y, con ella, el trabajo. Las instalaciones cerraban porque no valía la pena renovarlas y porque la ciudad, que se expandía como una mancha de aceite, consideraba muy conveniente demolerlas para construir casas.

Con todo, se respiraban aires de cambio. El Partido –que en 1944 abrió una sede en la Cavidad– era una presencia política sólida y, aunque la derrota de 1948 a manos de los católicos escociera y fuese definitiva en cierto modo, seguía siendo la fuerza comunista más fuerte de Occidente y, a través de ella, las masas autómatas demostraban ser más influyentes que nunca. Los trabajadores al fin se tenían en cuenta. La lucha de clases salía políticamente a la luz dentro del juego democrático y se endurecía porque, cuando el adversario comprendió que podía ganar, se volvió más vil. Pero la revolución no estaba al alcance de la mano, como había parecido en algún momento, y nunca lo estaría.

Durante la posguerra, la Cavidad era roja como nunca antes lo había sido: de las dos

mil familias que se calculaba que residían en ella, en las elecciones de 1948 los votos para la Democracia Cristiana, que ganó en todo el País, sólo son noventa. Muchos están convencidos de que, si después del atentado contra Togliatti no los hubieran «contentado», la Península habría tenido su propia revolución proletaria, aunque lo más seguro es que la hubiera perdido.

«Las armas para emprenderla las tenían.»

–Te lo he puesto en vaso. ¿Te importa?

Elio: Trabajaba como secretario de la sección del Partido del Ministerio. Tenía estudios, los compañeros me llamaban *intelectual*. Hace una década que estoy jubilado, vivo aquí en las antiguas Torres de VPO, soy hijo, nieto y bisnieto de horneros. Nosotros sabemos lo que ocurrió. Bueno, *algunos de nosotros* lo sabemos. Bueno, creemos saberlo, porque nadie sabe cómo pasaron las cosas *de verdad*, todas las cosas, en todo momento y en todo lugar. Lo que para nosotros existe, existió y existirá lo hace y lo hará en virtud de nuestra capacidad de percibir y de contar *lo que pasa* y *lo que pasó*. Sabemos las cosas de la Cavidad, del Partido, las cosas del Horno, sabemos nuestras historias de vida y miseria, sabemos todo lo que tuvo que ver con nosotros y que ya no tiene que ver ni con nosotros ni con nadie. En 1945 yo era un chiquillo; veíamos que el futuro se abría. Podíamos luchar por el socialismo junto con los compañeros de todos los países y, sobre todo, junto con aquellos que habían construido la URSS, siglas que daban miedo al mundo y que eran nuestro orgullo. Era necesario que nos temiesen; Occidente debía sufrirnos como una punzada en el costado. La ideología desempeñaba su papel. Proporcionaba fuerza a la clase. Le daba un vuelco a la visión dominante del mundo. Te armaba de argumentos contra el patrono. Siempre habrá un patrono. Siempre habrá alguien que aprenderá antes que los demás a chupar recursos en su propio beneficio. Se armará del argumento de siempre: el Capital crea puestos de trabajo, mejor trabajar explotado que no trabajar. El patrono, en sus distintas encarnaciones, siempre será protagonista del infierno-vida. El patrono no es el mal, es la vida, porque en el momento mismo en que te la quita, te infunde antagonismo. El destino de todos reside en el conflicto; el patrono, esté donde esté, sea cual sea su forma, llama a la lucha, al odio, al enfrentamiento-vida. En la actualidad, el Capital se esconde, renuncia al riesgo manifiesto, prefiere nutrirse de especulación. Cuando al fin logras verlo, ya ha comprado la política, ya ha obtenido las leyes que le hacen falta y ya se está comiendo de nuevo tu vida, tu futuro.

El 11 de noviembre de 1944, después de muchas reuniones, encuentros, discusiones y consultas, con la ayuda de un compañero abogado, se fundó una cooperativa entre doce

trabajadores de los hornos con el nombre de Vittorio Mallozzi para registrar una instalación inundada del Cuadrante que estaba donde luego construyeron las Torres de VPO. Era un experimento de trabajo, un ejemplo de práctica socialista en un mundo que a ellos les parecía dominado por la barbarie. Dos hornos de dieciocho cámaras con capacidad para ocho mil quinientas piezas cada una. Para hacer los ladrillos hacían falta doce horas de cocción; el ciclo completo del horno se hacía en diez días. Tenían ladrilleras Ritter, hacían cerca de nueve millones de ladrillos al año. El yacimiento de arcilla para el que obtuvieron licencia de explotación en la colina garantizaba cinco o seis años de producción. No muchos, pero luego ya se verá, se decían. Ninguno de los patronos de los hornos de la zona estaba contento con aquella cooperativa.

Ermanno: Llegamos a los ciento veinte miembros, todos con el carné del Partido. Un hornero que trabajaba por lo privado ganaba treinta y ocho liras por cada mil; con la cooperativa ganaba cincuenta liras por cada mil; normal que los otros hornos no estuvieran contentos y nos hicieran la vida imposible. No entendían que no era cuestión de técnica, ni de precios ni de rendimiento productivo; se trataba de un asunto político que acarreaba todo lo demás. En cierto sentido, nos habíamos hecho emprendedores, pero invertíamos todo el beneficio en la fábrica. Para los demás, éramos autómatas y estábamos orgullosos de serlo. Por ejemplo, participamos en masa en la gran huelga del 11 y el 12 de diciembre de 1948. Enfrentamientos en toda la ciudad, un muerto en el barrio de Primavalle, seiscientos detenidos. Nosotros, y con *nosotros* me refiero a los obreros comunistas, sólo queríamos Vivienda, Enseñanza, Trabajo y Salud. En 1953, primero en agosto y luego en octubre, hubo dos tormentas tremendas, y desprendimientos e inundaciones, porque, cuando llovía fuerte, el regato de la Cavidad se desbordaba y provocaba anegamientos, pero, sobre todo, la montaña de creta que se cernía sobre nosotros se desmoronaba y se nos venía encima. La cooperativa salió malparada, algunos pensaron en irse, otros terminaron yéndose. Apretamos los dientes y, durante el invierno, volvimos a ponerlo todo en funcionamiento y nos preparamos para la temporada productiva, pero estábamos perdiendo encargos y socios, que en 1955 se habían reducido a veinticinco. Participábamos en muchas huelgas aunque ponerse en huelga fuera contra nuestros intereses. Eran huelgas reivindicativas locales, huelgas de categoría, huelgas de solidaridad, huelgas políticas, al igual que la de 1952 contra el nombramiento del general Ridgway como comandante de la ONU y contra la propia ONU. ¿Y a nosotros qué más nos daba?, me preguntaron una vez los investigadores de la universidad. Les respondí que, en aquellos tiempos, éramos así, el Partido era así, nos hacíamos cargo, como se decía entonces, de problemas políticos generales e internacionales, leíamos, debatíamos e íbamos a manifestaciones. En aquellos tiempos, mataban a los obreros a escopetazos. Por ejemplo, en 1954 en Mussomeli, la policía, que disparaba a matar, se cargó a tres mujeres y a un niño. Si tirábamos piedras y dábamos

palos, si bloqueábamos la calle o hacíamos barricadas, a cambio recibíamos balazos. En los pulmones, en el intestino, en el hígado, en la ingle, en el cráneo. Daños terribles, hemorragias, destrozos, aplastamientos, muerte. Así podían quedar sobre los adoquines dos o tres obreros, peones, parados o simples huelguistas después de una manifestación. Así eran aquellos tiempos.

Ser autómata de horno significaba: ideal socialista + ética del trabajo y solidaridad entre compañeros + solidaridad de valle + orgullo del trabajo duro y de la fuerza bruta + pocas palabras y, de esas pocas, la mitad palabrotas + beber + pegar a tu mujer y a tus hijos. Nosotros sólo queríamos quedarnos en la Cavidad, trabajar en los hornos, ser comunistas en el sentido de afiliados al Partido. Para algunos de nosotros significó que con doce o trece años había que salir por la noche a buscar algo que comer, es decir, a robar. En febrero de 1956 cayeron cuatro nevadas. Fue un año extraño. La producción se desplomaba. El nuevo secretario del PCUS, el compañero Jruschov, había denunciado los crímenes de Stalin, y Hungría se había sublevado contra los soviéticos. Los de la Cavidad estábamos con los rusos. Todos con el Partido y con la URSS. De repente nos quedó claro que lo de Budapest era una sublevación contrarrevolucionaria; no nos paramos mucho a pensar en la cuestión, veíamos el mundo únicamente con los ojos del Partido; todo comenzaba, se desarrollaba y terminaba en el Partido: nada era posible fuera del Partido. Además, teníamos problemas más importantes. En 1956 la Cooperativa se vio obligada a despedir a obreros. El mercado del ladrillo macizo había caído en picado: ahora las casas se hacían con hormigón armado, bloques de cemento y rasillas y cerramientos perforados. Para los perforados y los rasillones hacían falta máquinas específicas. El último horno del Cuadrante se apagó en 1957. Los de la cooperativa buscamos otro sitio, lejos de la Ciudad de Dios, donde hubiese mucha arcilla buena que cavar y una planta nueva que construir; en resumen, una tierra prometida donde volver a empezar: del mismo modo en que no podíamos concebirnos fuera del Partido, tampoco nos veíamos fuera del Horno. Algunos de los nuestros creían que era posible y, con el apoyo del Partido, consiguieron préstamos del banco. Luego la cosa fue decayendo y se disolvió: la disposición a imaginar un futuro comunitario en medio de la barbarie del presente se debilitó rápidamente ante el mazazo de la necesidad. Habíamos intentado ser comunistas en la práctica diaria del trabajo, nos había ido bien durante diez años, que es mucho. No recuerdo cómo se nos ocurrió lo de aquella migración hacia la Creta Prometida, pero muchos de nosotros no podíamos permitirnos estar sin sueldo o con un sueldo reducido durante mucho tiempo, de modo que nos fuimos yendo cada uno por nuestro lado a trabajar fuera de la Cavidad. Mientras la cooperativa moría, nosotros nos convertíamos en algo distinto de lo que habíamos sido: subordinados generales y aislados que hacían cosas que no sabían hacer. Nuestras mujeres se fueron a servir.

–Pero ¿tú esa crestita cómo te la haces? Te lo pregunto porque a lo mejor me la hago hasta

yo.

Ayer por la tarde encontré una microcucaracha moribunda en la bañera. Ya me había pasado antes. Se deslizan por el plano inclinado que, si me bañase, me serviría de respaldo, y se quedan allí, agonizando. No entiendo por qué lo hacen. El fondo de la bañera presenta imperfecciones por donde siempre se queda un poco de agua. A lo mejor tratan de alcanzar esos charquitos para beber, pero caen redondas antes de conseguirlo, muertas de sed. O tal vez, al advertir el fin de su ciclo vital, eligen de manera voluntaria exponerse a las bravas en una superficie blanca y lisa, como si de una morgue se tratara. Abro el grifo para que se vayan por el desagüe a los abismos de la Ciudad de Dios. He aprendido una cosa de los coleópteros: antes de morir, se tienden de espaldas. Son diminutos, de no más de un centímetro de largo. Me he acercado con una lupa y he pegado un salto hacia atrás: son monstruos parecidos en todo a sus primas más grandes, millones de años de evolución perfeccionista. No sé qué hacer. Para compensar, he matado un mosquito de noviembre al vuelo. Al parecer, las alas de los mosquitos vibran ochocientas veces por segundo, es decir, casi tan rápido como un impulso nervioso. El clima bochornoso de estos otoños sobrecalentados nos agota, en la Avenida se ve gente en camiseta, por la noche los mosquitos te zumban en el oído. Me protejo con una gota de Autan en cada oreja. Que me piquen, pero que no me zumben.

A la salida de la cárcel, esperaba encontrarme a mi abogado. Y allí estaba, acompañado de Carla. Me sorprendió muchísimo. Carla y yo teníamos una buena relación laboral, pero nunca habíamos llegado a intimar: me gustaba, aunque siempre habíamos guardado las distancias, pero ahora, de repente, de improviso, estaba allí, resplandeciente. Nunca me contó cómo se había enterado de que aquel día saldría, y mi abogado siempre sostuvo que nunca la había informado.

Se acercó a mí, me besó en ambas mejillas, me acarició la oreja izquierda y me dijo:

–Apestas a cárcel.

–¿A qué huele la cárcel?

–A sopa.

Desde aquel día, Carla nunca se separó de mí, durante y después del juicio: era un delito menor, los medios de comunicación apenas hablaron de mí y las veces que lo hicieron fue con desprecio. Así actuaban con todos los corruptos, sobre todo cuando eran funcionarios públicos, mientras que los corruptores solían ser empresarios que se veían obligados a corromper si querían hacer su trabajo. «Sistema podrido» escribían en los periódicos. Algunos de los corruptos y corruptores más conocidos se suicidaron, otros cayeron en una depresión y otros se defendieron denunciando abiertamente que era inevitable no seguir las reglas del juego. Pero no, no lo era. Aquello era la gallina de los huevos de oro y nadie quería matarla. El secretario del partido huyó al extranjero. No se volvió a hablar de los socialistas más que en las crónicas judiciales y en los tribunales.

No puedo afirmar que la cercanía de Carla aliviase mi sentimiento de culpa, porque no lo tenía, pero sí mitigaba todo lo demás: la suspensión del empleo, el juicio y la soledad.

No tenía remordimientos por lo que había hecho. Ya sabía que favorecer a empresas a cambio de dinero estaba mal; sin embargo, el fracaso de las expectativas de mi ego como estudioso y como hombre, el fracaso de mi matrimonio con Clara, la separación –larguísima y agónica–, la patada que me dieron en el mundo académico, el lugar que consideraba mi hábitat natural, el abandono del Partido y su *diversidad*, que era real y al que aún me sentía muy vinculado, y haber terminado trabajando en el ministerio, por no

haber sido capaz de reaccionar a tiempo a ninguno de estos reveses, me provocaron un dolor –silencioso, profundo, agudo– que debí de haber acumulado durante años hasta el punto de generarme un deseo enfermizo e irresponsable de autocastigo y venganza. Actué como un sonámbulo: ¿queréis que yo también me lleve dinero como vosotros? Está bien, no hay problema; tarde o temprano nos acabarán pillando, a vosotros quizá os importe, pero a mí me da igual. Los ochenta fueron los años de mi derrota, pero no sufrí, porque, a partir de un momento determinado, es decir, el de mi incorporación al Ministerio, fue como si todo aquello lo hubiese vivido otra persona, así que también fue otra persona la que ingresó en prisión. Si bien había algunos internos que se hundían en la cárcel, a mí no me parecía sino el lugar en el que, en aquel momento de mi vida, merecía estar.

Y tan extraño como natural fue empezar a vivir con Carla el día que salí de la cárcel.

> Apestaré a cárcel –pero tú has venido, soy lo que ves, no tengo secretos–; todo lo que he hecho hasta hoy –cosas buenas, malas, regulares o execrables–, todos y cada uno de mis actos puedo contártelos –aquí mismo, ahora, fuera de la prisión, con este hedor que desprendo a cárcel–; ahora podría sentarme en ese bar de mala muerte de la esquina y contártelo todo –podría contarte sin pudor cuando me divertía con mis amigos molestando al chapero que hacía la calle en la ciudad del mar o cuando una vez, sin motivo aparente, le di un puñetazo a un chiquillo que corría–; tú sabes a qué me he dedicado durante estos años en el Ministerio, sabes que me he convertido en un hombre-puta y que lo he hecho porque me sentía vacío, porque estaba decepcionado conmigo mismo, por inercia, tal vez por dinero y por algún otro motivo que desconozco, pero tú sí –tú sí lo sabes y por eso estás aquí hoy, porque te pone el hombre-puta, el hombre que ha perdido lo poco que le quedaba, y ahora me tuteas y me devuelves toda la ternura que he sentido estos dos últimos años por tus pies cóncavos con sandalias de verano, por tus movimientos fluidos, por tu voz, por tu inteligencia, por la turgencia de tus pechos, por la curvatura de tu espalda, por tus ojos y tus gafas, por tu corte de pelo, por tu socialismo inquebrantable desde que ibas al instituto, por tu discreción y tu cercanía constante en la adversidad y en la cárcel, cuando nadie te obligaba, tan sólo porque te ponía el hombre-puta–, y ahora estás aquí, no quiero ir a mi casa, quiero ir a la tuya.

Llegué a un acuerdo con el abogado y, cuando se marchó, le dije a Carla:

–Quiero ir a tu casa.

–Sí, pero tienes que deshacerte de esa ropa enseguida, de todo, incluso de los zapatos y los calcetines. Vamos a comprarte algo que puedas ponerte: vida nueva.

–Está bien, todo menos los zapatos: son ingleses, están hechos a mano, cuestan un ojo de la cara.

–¿Los compraste con *ese* dinero?

–Los habría comprado igualmente, a cualquier precio, son el único objeto que me representa de alguna manera, que manifiesta mi pasión por la forma. Se incautaron de toda mi colección, incluso de las pocas cosas que había comprado antes.

De pronto rompí a llorar y no paré hasta que llegamos al coche de Carla, que tenía una multa por haberlo aparcado en una zona de estacionamiento prohibido. Íbamos abrazados por la cintura.

Caminamos a paso lento por la Avenida en busca de un cajero automático. Unos meses antes habíamos empezado a charlar en el Bar Fornaci. Elio es algo mayor que yo, pero tenemos muchas cosas en común, aunque no sabe nada de lo mío. Es un hombre lúcido. Recuerda la antigua tensión por la igualdad, por la justicia social, por las garantías y derechos de los más desfavorecidos. Me dice que, si tenemos en cuenta las últimas décadas del siglo XX, se han alcanzado algunos de los objetivos por los que se luchaba, aunque de manera parcial. Ha dejado de ir a la sección, pues la sección, como él la concibe, ya no existe, es una organización muerta. Ahora que ya han pasado varias décadas, parece haber entendido que el terrorismo, enemigo acérrimo del Partido, también desempeñó un papel fundamental en la presión que los subalternos ejercían sobre los dominantes para que éstos abriesen la mano y permitiesen el libre acceso a los bienes, a los servicios, a la educación y a la sanidad. Me dice que el terrorismo también tuvo un sentido histórico en un proceso de emancipación que ahora –en esta resaca inesperada de la historia, en la que todo aquello en lo que él creía parece sumido en el olvido, en la despertenencia y en la indiferencia de las nuevas generaciones– le parece estar en claro retroceso.

Elio: Muchos de los que siguen viviendo aquí se callan que son comunistas. Se avergüenzan de lo que piensan. Porque lo que piensan, salvo por un par de formaciones políticas bochornosas, está completamente fuera del horizonte del presente. Ser comunista en estos tiempos significa serlo de una manera determinada, implícita, íntima, sobreentendida, siempre inconfesable e inexplicable. Serlo sin compañeros, sin Partido, sin Estado-Guía, sin perspectivas, sin ideas sobre una sociedad justa, sin alternativas a la creencia liberal universal. Serlo pese al fracaso histórico de la ideología y de las praxis comunistas, pese a las víctimas de los gulags. Serlo pese a Stalin, Pol Pot, Kim Il-sung, Mao, Lin Biao y todos los que vivieron después, pese a Ceaușescu, Enver Hoxha y todos los tiranos y dictadores de poca monta que crecieron como la espuma gracias al comunismo. Serlo pese a la evidencia manifiesta de que el comunismo siempre termina igual, es decir, con la miseria de las masas, el fracaso de cualquier principio de igualdad y la irrupción del capitalismo más agresivo, voraz y criminal. Ser comunista a sabiendas de que cualquier voluntad de refundarlo es veleidosa o maliciosa, o ambas. A sabiendas de que intentar refundarlo significa aceptar la derrota histórica sin entender sus verdaderas causas. Ser comunista tras dejar de creer en la solidez de sus teorías, aunque sin abandonar la lectura marxista del mundo por el mero hecho de que las demás

interpretaciones nos parecen igual de insulsas y carentes de fundamento que la sopa de la suegra. Ser comunista sin poder contárselo a nadie, es más, incluso molestándote cuando alguien te dice «soy comunista», conteniéndote las ganas de rebatir hasta llegar al insulto a todos lo que pronuncian la palabra *comunismo* a la ligera, como si todavía significase algo realizable y no consustancial a la tragedia de la Historia. Ser comunista tácito incluso cuando el corpus de pensamiento del que proceden tus convicciones parece haber quedado completamente obsoleto, reducido, banalizado o despreciado. Ser comunista incluso cuando las generaciones posteriores a la tuya no saben nada del marxismo y lo que más te sorprende es que, necesitados como están de una clave de lectura del mundo en el que viven, no muestran ningún interés por encontrarla. Ser comunistas pese a la incomprensión y la indiferencia de los que han nacido después, a sabiendas de que en el mundo que viene no serás más que un ejemplar en extinción, a sabiendas de que el comunismo del siglo XX se esfumará una vez que desaparezca tu generación, aunque la necesidad de justicia e igualdad difícilmente lo harán.

–No me toquéis los cojones: hoy sólo puedo hablar de Totti.

Ahí están, esperando su turno ante el mostrador –habría que coger número, pero nadie lo hace porque aquí, en el supermercado-tienda de ultramarinos de la calle que se adentra en la Cavidad, se considera un acto vergonzoso de conformismo–; en fin, decía que ahí están, con la mirada clavada en los embutidos colgados de la pared y los quesos dentro de la vitrina curva del mostrador mientras esperan su turno, con el colesterol por las nubes, que les obstruye las arterias. Ahí están, en silencio mientras se les hace la boca agua delante de todos los productos. Las miradas se dirigen, ya hacia la masa tierna y rocosa de un caro queso *caciottone* sardo que los dos viejos tenderos, con una profesionalidad amable, fría e indiferente, dan a probar en taquitos a cada uno de los clientes, cuyos gustos y preferencias se saben al dedillo, ya hacia la firme pata de jamón de montaña que sólo es posible cortar a mano, ya hacia los fiambres calabreses rojos por efecto del pimentón. Por aquí, en la zona de las antiguas Torres de VPO, nadie o casi nadie es vegetariano, tampoco hay veganos (aunque he descubierto algunos en un afluente secundario de la Avenida) y mucho menos adeptos a la paleodieta, de la que no tienen ni la más remota idea. Sólo aquellos a los que el corazón les ha dado un susto se cuidan. Los demás no. La comida lo es todo.

El tendero adquiere un papel secundario frente al paleomomento de la carne, del filete, de la hamburguesa preparada por el carnicero de confianza, de la charla, de la placentera indecisión ante la vitrina iluminada como un diorama de sangre coagulada, del tuteo, del flirteo con el muchacho que echa una mano en el puesto, que pesa, envuelve, pica y crea una hamburguesa con una pequeña prensa cilíndrica, con un disco de plástico debajo y otro encima, y filetea pechugas de pollo verdosas. Aquí la carne

sigue estando muy presente.

Mientras tanto, bajo una luz artificial, conejos despellejados y martirizados yacen en bandejas de acero inoxidable junto a pollos de muslos carnosos y piel amarillenta, desplumados y destripados, con los ojos cerrados y la expresión serena del suplicio, junto a filetes de solomillo de ternera rodeados por un gran número de hígados de gran tamaño, brillantes y desestructurados, y a hocicos de cerdo sangrientos, carne picada y rollos de carne listos para llevar a casa, dorar en la sartén, hornear con medio vaso de vino, una pizca de sal y un poquito de romero y ya verás qué bueno. La visita a la carnicería representa un momento sagrado: el contacto con el oficiante que está al otro lado del mostrador inmaculado, con sus enormes cuchillos afiladísimos con los que realiza, con gran maestría, suaves gestos de corte mientras los espectadores observan fascinados cómo van cayendo los filetes, uno sobre otro, durante el susurro tenue de la disección. Otro momento sagrado lo constituye el contacto con los tejidos y la sangre de los animales que han matado y expuesto ahí para nosotros, enteros o troceados, ante la indiferencia general de nuestra mirada de devoradores prehistóricos con procesadores gastrointestinales agotados por el uso, llenos de bacterias inadecuadas. Para esto hemos quedado: una existencia en exclusiva basada en el acto de comer, que nos permite llegar, al cabo de unas horas, al estadio nutricional sucesivo, etcétera. Esta misma comida, pero en versión enlatada, es la que también alimenta a los humildes perritos falderos de dimensiones microscópicas, legañosos y con ojos saltones de la Avenida, que no son más que una forma de vida ridícula y defectuosa.

Y en este lugar se descarga toda esa mercancía que cada mañana, al amanecer, cruza las primeras puertas de la Ciudad dentro de numerosos tráileres y se acumula en los lugares más remotos y secretos, todavía con forma de animales vivos cruelmente hacinados dentro de las jaulas de esos vehículos articulados que, cuando te los encuentras por la autovía, adelantas a toda velocidad intentando no mirarlos. De poco o nada sirve decir ni decirnos que son criaturas sintientes: es probable que tengan consciencia y unos usos, costumbres, cultura y lenguaje propios que aún no hemos sido capaces de descifrar, pero de nada sirve extrapolar el campo de la ética a los animales cuando seguimos utilizándolos para comer su carne.

En resumidas cuentas, tanto para mí como para casi todos los demás, incluso para la señora gibosa que socializa con el carnicero, estos animales siguen siendo *bestias* pese a la *Declaración de Cambridge sobre la Conciencia*, de la que aquí no tenemos ni la más remota idea. Esto es todo lo que necesitamos saber para no empatizar, aunque quisiéramos, con su destino, sin duda trágico, doloroso, injusto, brutal y terrorífico, bien expuesto en las vitrinas para la contemplación de todos. Lo cierto es que, en este caso, se podría hablar de un nacismo superespecífico, basado en un sistema de campos de concentración absoluto que cría con crueldad al animal desde que llega al mundo hasta que muere para ser devorado por uno de nosotros.

Todos, como casi todas mis vecinas, quieren con locura a sus perritos; pero, al cerdo, al cordero, al pollo y a la vaca, que los degüellen y los cuelguen bocabajo para que sangren todavía agonizantes; eso sí, sin que nosotros lo veamos. Mientras tanto, la señora mayor agarrada al brazo de su cuidadora ha examinado con atención la carne –es probable que haya salido de casa con la idea de hacer filetes empanados, pero ahora ha cambiado de opinión al antojársele unos *straccetti* con rúcula–, ha charlado durante un buen rato con otras señoras, con el carnicero y con el muchacho que ayuda en el puesto, ha pedido y comprado sin mirar mucho los precios, se ha dado la vuelta y ha salido acompañada de su cuidadora inca, que no se ha despegado del móvil, por el que hablaba como una descosida en español.

He llegado a la conclusión de que en la Avenida las pensiones no son tan bajas, pues los maridos seguramente tuvieron trabajos cualificados como comerciantes, profesionales liberales, directores de sucursales bancarias o funcionarios directivos de ministerios –hace tiempo que vendieron sus embarcaciones atracadas en Fiumara Grande a gente más joven, que también las usarán durante un tiempo y venderán, a su vez, a otras personas más jóvenes y propensas al cambio, que hablarán inglés mejor que ellos y que además «modernizarán el país» sin atajar el problema de raíz, el carácter mafioso de fondo; estas personas son los hijos de los hijos de los hijos de la eterna burguesía peninsular, que, desde hace al menos cien años, vive en los barrios del norte y noreste de la ciudad, completamente indiferente a todo–; en definitiva, gente con algún tipo de estudios que ganó bien en su día, que se ha jubilado con la pensión contributiva, además de un fondo privado, y que casi en su mayoría la ha palmado al cabo de pocos años debido a la Enfermedad, el corazón o la diabetes, mientras que otros aún se arrastran, semiparalizados, por estas aceras.

En la otra acera de la Avenida hay una panadería, una pescadería que sólo abre los martes y los viernes, con precios altos y lubinas salvajes y de piscifactoría (en realidad son todas de piscifactoría), doradas salvajes y de piscifactoría (también todas de piscifactoría), mejillones y almejas, que también son de piscifactoría, calamares salvajes de verdad, rodaballos de acuicultura y gambones españoles: formas de vida notablemente evolucionadas e inteligencias superiores criadas y asesinadas para ser consumidas. Y no me olvido de la tienda que vende *mozzarella* fresca del sur, que todos los días llega de la Tierra de los Fuegos, pero está igual de buena; sabe Dios lo que llevará para que esté tan fresca y sabrosa, y tenga ese aroma. Sea lo que sea, uranio empobrecido o polonio rayado, seguro que me muero de otra cosa antes de que empiece a hacerme efecto.

–Ah, no lo había pillado.

Un poco más abajo, después del Primero, el Segundo y el Tercer puente, es decir, más

allá de lo que un Urbanista (conocí a unos cuantos cuando estaba en el Ministerio) llama *tejido infraestructural*, justo donde se halla lo que él llamaría *nudo vial*, si se sigue unas cuantas manzanas por la acera de la que, a todos los efectos, es la primera Circunvalación Oeste de la Ciudad de Dios, se llega a una zona donde, antes de los años sesenta, se asentó una población que manifiesta pertenecer a un estadio de civilización un poco más avanzado; pues bien, justo ahí, al tomar una de las primeras calles que se encuentran a la derecha, es posible sentir el fuerte aroma impregnado en el aire de una charcutería muy especial. Para entrar, hay que pasar por un estrecho portal flanqueado por unos jamones enormes (cuidado con no mancharte el anorak acolchado de tubos) y, una vez dentro, verás un falso techo lleno de jamones colgados y paredes también revestidas de patas de jamón. En ese momento, sólo te apetecerá respirar ese aroma que en cualquier otro lugar te resultaría desagradable, ese aroma fuerte a gotitas de grasa animal en suspensión que te estimula los pocos núcleos perceptivos que aún tienes operativos y activa la exigencia nutricional de comer bien, las ganas de chacina cortada a mano en lonchas finas, de un jamón no demasiado preciado, uno de montaña, de esos que desprenden un fuerte hedor a fiambre y tienen un sabor intenso a sangre salada, que estimulan el gusto palatal prehistórico por la salazón, la curación y el ahumado, y te provocan un latigazo ligero pero perceptible en el sistema nervioso, de esos que te ayudan a darte cuenta de que sólo quieres vivir unos años más importándote todo un carajo y volviendo aquí un par de veces a la semana a comprar una racioncita de jamón.

Acaban de abrir otro supermercado naturalista en cuyas estanterías venden el mito primigenio de la Naturaleza en cuanto Gran Madre Nutricia –todo lo contrario a como yo la concibo–, presente de muchas maneras, en la mayoría de ellas explícitamente evocada mediante el prefijo *bio-*: natural, todo natural, biológico, de la marca Alce Nero, biodinámico, biostático, biolístico, biokarma, orgánico, biorgánico, bioalternativo, biohomeopático, rico en fibras de sémola amarga de Madagascar, sin sulfitos ni almidón ni azúcares añadidos, sin grasa con grasas naturales, con grasas vegetales, sin calorías, biocalórico, tecnobioestético, sin aceite de palma, con fermentos/levadura naturales, integral, de trigo sarraceno, tostado, sin corteza, elaborado en caliente o frío, elaborado a mano con amor, cebada perlada, biocultivado con el método biodinámico, farro, farro perlado, coco perlado, quinoa blanca, quinoa roja, quinoa negra, *teff* blanco, kamut, sorgo no modificado genéticamente, de kilómetro cero, de kilómetro 0,350, libre de modificación genética –el OMG es el Mal, el único Mal verdadero, certificado, reconocido y admitido universalmente y, por ende, no discutible–, lejos de centrales nucleares, hidroeléctricas, de gas o, aún peor, de carbón, cocinado al horno de leña según la receta de la abuela, según el antiguo método toscomedieval, paleodietético, tostado al estilo neandertal o con fibras australopitecinas. Se trata, pues, de remontarse a la Naturaleza, sea eso lo que sea, y de remitirse siempre a un pasado mítico en el que

todo era genuino, casero y hecho a mano, se criaba en corrales y se cazaba en el campo, de evocar un mundo mítico e impreciso de elfos que comen *focacce* integrales calientes en los bosques, de negar por activa y por pasiva que vivimos en una civilización industrial enmascarada de algo diferente, a fin de complacer a la clase media empobrecida y peninsular, a fin de que en la era del Estancamiento haya algo bueno a lo que volver en lugar de esta pertinaz e inútil huida hacia delante.

Una vez cerrados todos los hornos, la Cavidad siguió siendo la misma durante muchos años. A la solidaridad que se había formado en el transcurso de una convivencia estrecha y, sobre todo, al hecho de que todos fueran autómatas, de que todos estuvieran sometidos a la misma fatiga, tuvieran las mismas dificultades para salir adelante, las mismas deudas en la charcutería, estuvieran hasta arriba de vino de taberna y fueran comunistas, se unió el espíritu igualitario y la necesidad de permanecer unidos, de ayudarse, de sobrevivir por mucho tiempo en el barrio.

«Nos apoyábamos en el pasado, en lo que habíamos sido y en lo que queríamos seguir siendo. Aunque todos sabíamos que el valle estaba acabado, queríamos conservar aquello de cuando estábamos mal pero estábamos bien.» Es durante esos años cuando la Cavidad empieza a construir y cultivar su mito de fortaleza roja, de cápsula cultural alternativa, aislada del resto, orgullosa y comunista aunque la visitaran con frecuencia curas y damas de San Vincenzo, que venían aquí como el que va a una misión en un territorio tribal y pagano, que es lo que la Cavidad era en realidad.

Luego, con el tiempo, los curas echaron raíces y en el Cuadrante se construyeron un par de iglesias. La primera de ellas la pagó un patrono de fábrica particularmente pío; allí sigue, un poco más arriba, fea de cojones. El cura se convirtió en una referencia fundamental para encontrar trabajo fuera de los hornos y, después de que los apagaran, recomendaba incluso a los comunistas, pero menos. Durante el régimen democristiano, el cura era un sensor que indicaba el estado del territorio, un encauzador de votos, un concretizador de las relaciones clientelares en las que se basa cualquier tipo de poder en la Península. Los funerales laicos no existían: todos se celebraban en la iglesia, incluso los de los compañeros, si bien el cura rechazaba las coronas con el lazo rojo. Al parecer, también se produjo algún que otro encontronazo físico con los democristianos, pero, si de verdad los hubo, debió de ser durante la campaña electoral de 1948, cuando en la Cavidad no ponía el pie nadie que no fuera compañero. Sin embargo, la iglesia acoge y perdona y no hace distinciones, «pues todos vais a terminar bajo esta capilla». No obstante, los compañeros tienen miedo a morir, a ir al infierno o, peor, a la nada infinita.

«Los curas son buenos asentándose por todas partes.»

El cura era el responsable oficial de una ética que se afirmaba, se reconfirmaba y se recordaba constantemente en su aparente validez absoluta, pero también era un consuelo para los destinos abocados a la sumisión, un dale al César lo que es del César, un divulgador del teísmo entre gente que, en el fondo, había creído en Dios toda la vida, sobre todo las mujeres, como siempre las mujeres, lubricantes de toda relación entre humanos y saludable freno de la violencia de la Historia; las mujeres, sin las cuales hace miles de años que la humanidad ya se habría autodestruido. Y, de todos modos, al cura se lo necesitaba en los momentos finales y decisivos, aquéllos en los que, a falta de religión, todo se revela por lo que maravillosamente es: carente de sentido.

No lo sé, llevo pensándolo casi desde que nací, tal vez ahora lo piensen también las microcucarachas, dotadas como están de poderes telepáticos, de lo contrario, no lograrían intuir tan bien mis movimientos, por más que todavía no comprendo la potencia del elástico. Era algo religioso, aunque siempre se trataba de una ética que, si bien no quisiera considerar la emanación de una autoridad divina, seguía siendo la base de cualquier acción, por así decir, correcta, moral, además del fundamento de toda justicia, incluso social. En 1956 sucedieron cosas. Stalin ya no era el pequeño padre. En Hungría, los tanques: al principio, nada que objetar, pero después del informe Jruschov, que denunció los crímenes del estalinismo, sólo había que sumar dos y dos, es decir, suponer que el mismo tipo de régimen había cometido el mismo tipo de crímenes en Hungría, para preguntarse el porqué de la sublevación de Budapest. Pocos se plantearon esa pregunta: aquí no había espacio para cuestiones de principios, pasaban hambre, casi todos los hornos del Cuadrante habían cerrado.

Pero «ser comunista cuando manda el Capital es precioso».

Los subordinados de la pequeña Rusia comenzaban a salir de la Cavidad en busca de trabajo, y lo encontraban. De trabajar como obreros de los hornos, o sea, como gente que conocía el trabajo en su aspecto más brutal, es decir, de extenuación física casi pura –el *casi* tiene en cuenta la afirmación de Gramsci sobre la presencia de un *quantum* sapiencial incluso en el trabajo más sencillo y duro–, pasaron a ser obreros de la construcción, a veces degradados a peones, aunque también trabajaban en los talleres, de conductores. Los más jóvenes se reciclaron como aprendices de carpintero, de fontanero, de electricista. Los niños que escaparon de los hornos se convirtieron en botones de hotel, tipógrafos, recaderos de tiendas de ultramarinos, panaderos. Alguno que otro trabajó de aprendiz de frutero, de vendedor de agua gaseosa acidulada, hasta de vendedor de lejía,[3] de mensajeros de empresas y agencias. Los que consiguieron enchufe, aunque fuera del cura, lograron un puesto como funcionarios y se colocaron de por vida siendo ujieres, bedeles, conductores de la empresa de transportes, revisores de autobús, etcétera. Era el final de la cultura de los hornos, luego añorada por los padres, repudiada por completo por los hijos, del todo olvidada por los nietos, que, ahora con cuarenta o cincuenta y tantos años, apenas si saben algo del tema. La civilización humana funciona

así, a base de oleadas generacionales de olvido.

–¿Has hecho la dieta del grupo sanguíneo?
–Sí.
–¿Y cómo es?
–Un coñazo.

La Ciudad de Dios había crecido casi seiscientos mil habitantes en una década, era la fiesta de la construcción sin reglas, una explosión de obras por todas partes que daba trabajo a una gran cantidad de autómatas, muchos de los cuales venían de fuera. La ciudad, aparte de la construcción, bullía de actividades principalemente del sector terciario, administrativas, de servicios, como suele ocurrirle a la capital de un país en pleno *boom* económico. Los autómatas, medio adormilados en los autocares, en los autobuses, en los tranvías, o incluso en el sillín de una vespa o de otra motocicleta –como entonces se llamaba a ciertas máquinas de ciento veinticinco o ciento cincuenta centímetros cúbicos que espurreaban aceite por todas partes–, iban a las obras y regresaban de ellas con su convicción comunista y su fuerte pertenencia a algo en la cabeza. A ellos solamente les correspondía una pequeña parte de aquel aumento palpable de salario, porque el *boom* se basaba sobre todo en el bajo coste de la mano de obra, en un aumento de la producción y del margen de beneficio. En 1963 el Secretario del Partido declaraba abiertamente en televisión:

> Hasta ahora el desarrollo económico ha estado regulado esencialmente por la dura ley del beneficio, en interés del gran Capital y de las clases privilegiadas. El pueblo ha trabajado muy duro. El ritmo de trabajo en las oficinas se ha hecho tan intenso que exprime a un hombre al cabo de no muchos años. Pero ha ocurrido como con las abejas del amargo verso con el que Virgilio acusaba a los gorrones de su obra. ¿Os acordáis? «Vosotros fabricáis la miel, oh, abejas, pero son otros los que la disfrutan.»

Luego continuaba con un enunciado de claridad mesiánica:

> El socialismo es nuestra meta, no lo escondemos. Queremos una sociedad nueva, fundada en el fin de la explotación, en la solidaridad y la fraternidad de todos los hombres, en su igualdad social, en el acceso de todos al bienestar, a la cultura, a la gestión económica y política del poder y en la paz.

En 1962 y 1963, una oleada de huelgas había traído consigo aumentos salariales, pero, al cabo de seis años, cuando ya se había producido el paso a una fase económica y política completamente nueva, los autómatas de toda la Península comenzaron a rendir cuentas de la miel producida. Los economistas la llaman la *fase de redistribución del*

beneficio.

En 1960 el PIB peninsular crece un 6,6% anual. El milagro económico extrae mano de obra de la Cavidad. En 1962 se produce una inundación desastrosa: agua y arcilla bajan por el valle desde las canteras abandonadas y se transfiere a setenta y cuatro familias a otro lugar, a otro arrabal más alejado. Sus casas, invadidas por el agua, son pronto ocupadas por los sintecho de la oleada de urbanismo rural y subproletario que ya se había iniciado durante la guerra. Gente con otro tipo de hambre, ajena a la epopeya de los hornos y, por ese motivo, no muy bien vista en el barrio. La inundación de 1962 se convierte en la catástrofe que sirve de punto de inflexión para la destrucción de instalaciones que ya llevaban años cerradas y el comienzo de la especulación inmobiliaria. Primero los patronos hacían ladrillos, ahora, directamente casas. Los acontecimientos se desarrollan de manera rápida y tumultuosa. Todo se ve arrollado por un crecimiento económico que no se ha visto antes ni se verá después. Aún hoy, una Península en pleno Estancamiento vive en el mito de *aquel boom* económico, sin comprender que las condiciones para un crecimiento de aquel tipo ya no volverán a darse.

Mientras todo cambia alrededor, el esfuerzo por hacer de la Cavidad un enclave político, una cápsula de socialismo real basado en aquel modelo claramente delineado por el Secretario, continúa. Pero los dirigentes comunistas se enfrentan a un fuerte espíritu anárquico: «No quiero nada del Estado y no le doy nada, yo no acumulo, no pago impuestos, no existo, no me importa, si hacen controles yo digo que al Estado nunca le he pedido nada»; mientras que el espíritu que reina en el Partido lo ve de un modo completamente distinto: la sociedad debe devolverme lo que me ha quitado en términos de explotación (es decir, todo).

En 1974 abre la Casa del Pueblo, pero el proceso de asimilación a la ciudad del enclave rojo aún no ha terminado. De una condición casi comunitaria, con características tribales y colectivistas en las que todos trabajan y viven juntos, a la meta del individualismo mononuclear. El trío casa-espacio urbano-trabajo había determinado la formación de un sentido de pertenencia. Será la modificación de estos tres elementos existenciales lo que la desmontará.

En realidad, la Cavidad era un gueto, una isla de miseria e ignorancia completamente funcional para las tareas productivas que había desarrollado en el transcurso de casi un siglo. Las niñas dejaban de ir a la escuela después de tercero, los niños llegaban hasta quinto. Hombres y mujeres del valle experimentarían durante toda la vida ese sentimiento de minoría cultural que te insinúa la duda de haber merecido tu destino de mierda.

«Con todo, mejor pobre e ignorante que rico y fascista», decía alguno («Yaaa», dirían hoy en el Porcacci).

El mismo alguno que luego, cuando quizá iba a trabajar de peón a las obras de la

Balduina, bajaba la mirada por deferencia y se aturullaba lleno de inseguridad cuando se encontraba con el director de las obras, un gilipollas cualquiera, un capullo que había estudiado para ser aparejador y se hacía llamar ingeniero. Uno al que a un hombre de los hornos no era digno ni de atarle los zapatos.

Y sin embargo: «… Ingeniero».

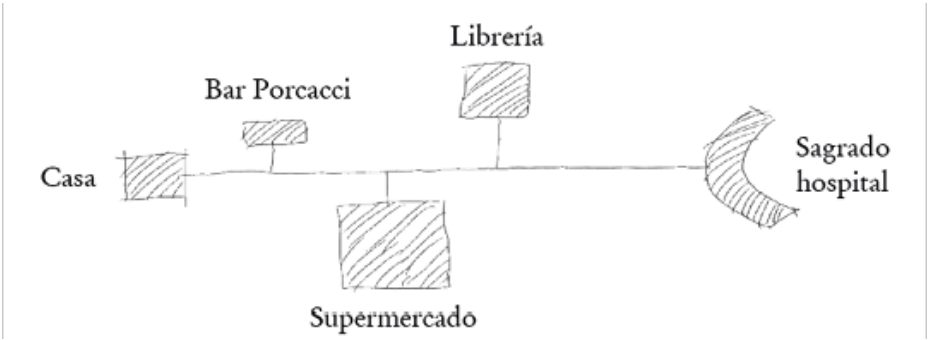
¿Cómo puedo contar esos años prescindiendo de una adhesión, póstuma pero total, a esas batallas? ¿Cómo puedo mantener una mirada fría ante las cosas, los hechos y las personas involucradas en el destino de la Cavidad?

Elio: Desde hacía tiempo, muchos de nosotros nos habíamos dado cuenta de la contradicción que existía entre las libertades democráticas que disfrutábamos desde el nacimiento, a condición de no convertirnos en algo *realmente* peligroso para el sistema, y la privación de aquellas libertades que teorizaba la revolución proletaria. Nos decíamos que la abolición de las *falsas* libertades burguesas en nombre de las *verdaderas* libertades de la revolución era justa, pero, precisamente por eso, en el remotísimo caso –la improbabilidad del suceso, vistas las condiciones impuestas por la Guerra Fría, en la que la Península caía en campo occidental: *yankee go home*, era grande, de acuerdo, pero posible–, en caso, decía, de revolución, nos habríamos ido al extranjero. Hasta cierta edad, aquélla en la que me di cuenta de lo duro que era el juego del reparto de los recursos entre los ciudadanos de mi país, estuve dispuesto a ignorar mi sustancial y falsa conciencia revolucionaria. Luego no. Yo también me estoy adentrando en la pospolítica. Pero no soy yo quien se aleja de la política, es la política la que se aleja de mí al no inspirarme ya nada. Creo que todos estamos entrando en la era de la democracia fría, es decir, sin pasiones, ideologías ni modelos de referencia que nos orienten, nos guíen y den sentido a los conflictos. Pues sí, se ven menos conflictos auténticos, pero no en el sentido de que hayan desaparecido, sino en el sentido de que se han hundido, digamos, y ya no son capaces de emerger de manera neta en las conciencias. O, mejor dicho, en el sentido de que no hay nadie (persona, grupo de personas, partido) a la vista capaz de hacerlos emerger y que resulten evidentes como objeto de acción política. De este modo, la derecha y la izquierda se han vuelto casi iguales, como en los EE. UU. No se discute nada fundamental, sólo disparidades y diferencias en detalles, ajustes, destellos paraideológicos residuales, dinero. Pensar como un comunista me proporciona placer.

Vamos a ver. En este lugar y en estos tiempos en los que me ha tocado vivir, ¿es posible que me sienta en algún momento algo mejor o incluso *bien*? ¿Cuándo puedo relajarme, tranquilizarme y encontrar un equilibrio o algo parecido a una seguridad y serenidad *interiores,* si es que hay algo *dentro* de mí? ¿Dónde puedo percibir que convivo de manera plácida y civilizada con otros seres de mi especie? ¿En qué momento desaparecen los conflictos que tengo conmigo mismo y con los objetos que me rodean? ¿Cuándo y cómo consigo aceptarme por completo tal como soy? ¿Dónde puedo realizar una actividad de todo punto legítima, considerada beneficiosa y necesaria, sin mucho esfuerzo ni dificultad, sin tomar partido por nada, sino simplemente siguiendo mis instintos? ¿En qué lugar mi ser biológico coincide y se mimetiza con mi ser civil, es decir, con el económico y el político? ¿Dónde percibe mi inconsciente que ha alcanzado una síntesis pacificadora que se traduce en una tregua conmigo mismo, en una relajación profunda que aletarga mis emociones y mi tendencia constante a juzgar estética y políticamente el presente? La respuesta es sencilla: en el Carrefour que abre todos los días, las veinticuatro horas, a una parada de aquí.

El simple hecho de saber que existe me conforta. Cuando, por ejemplo, una tarde de domingo de febrero miro por la ventana y veo que ya ha anochecido, que en la Avenida hay menos tráfico y que el Nudo Vial, la acera y, más adelante, la calle que se adentra en la Cavidad, están casi sumidos en una oscuridad y tristeza absolutas, con la mitad de las farolas apagadas, y ni siquiera tengo un perro que sacar, la existencia del Carrefour veinticuatro horas, en momentos como éste, me consuela tanto que hasta salgo y voy. Lo único que tengo que hacer es ponerme un abrigo grueso lleno de bolsillos encima de la sudadera que llevo en casa, un gorro de lana en la cabeza y meter los pies desnudos en las zapatillas sin apretar los cordones, y ya estoy listo para sumergirme en el silencio musicalizado de mi personal mezquita del consumo. No tengo nada en contra del consumismo. De hecho, estoy a favor –o puede que no, no estoy seguro; antes me declaraba «en contra del consumismo»–; de todos modos, no quiero oponerme a lo que considero una de mis necesidades, o sea, a poder elegir una marca de anchoas, un tipo de yogur o unas galletas y no otras para desayunar. No sé, estaré en contra del

consumismo, pero de lo que no estoy en contra es del *Carrefour,* es decir, no me opongo a *éste* en particular ni a que venda todo lo que necesito para vivir; de hecho, podría quedarme Yo solo en la Tierra, en la séptima planta del Bloque desde el cual se divisa la Avenida, con Él, un supermercado abierto las veinticuatro horas, iluminado y calentito, porque siempre está surtido de todo lo que considero indispensable, de todo lo que me han educado para consumir. Más adelante, al final de la calle, está el Sagrado Hospital y, un poco antes, mi librería de confianza.



Una mujer con aliento a huevo podrido de gran alcance proclama a grito limpio que lo único que necesitamos es el mensaje de Jesús y que aquí estamos de paso, porque la verdadera vida empieza después de la muerte. «Gracias», dice la Camarera Dominante, que está a dieta. «¿En serio?», digo yo en voz baja, para que nadie me oiga.

La mezquita de los alimentos me espera todos los días, iluminada, cálida, limpia, acogedora y silenciosa y, cada vez que me monto en el coche para ir a visitarla, me siento pleno y feliz gracias a mi sudadera, mis zapatillas y a la música descargada en el iPhone que me entra por los oídos: me siento como en casa, el Carrefour es como una prolongación, una especie de casa colectiva, un *narkomfin* soviético donde deambulan, dispersos y al fin amables, hombres y mujeres como yo, tranquilos y perdidos en la nada de las tardes de domingo, que buscan satisfacción en las manzanas *fuji* (probablemente transgénicas: siempre buenas, dulces, jugosas y crujientes y, por tanto, sospechosas; si hace décadas que no me encuentro un gusano dentro, será por algo), en las pechugas de pollo (mientras intentan averiguar por el color y el espesor de los filetes qué es esa sustancia extraña, dispuesta bajo el plástico en su barqueta de poliuretano, que sabes que es insípida, gomosa y adecuada para todo tipo de dietas) o en cien gramos de jamón cortado a mano, con la excusa de que no queda suficiente leche en casa para el día siguiente, de que no hay bastante pan (cuando tienes de sobra), de que la nevera está vacía (en realidad, nunca lo está; siempre hay huevos, pan de molde y un olor a podrido que sólo se quita con vinagre).

Justo delante de los mostradores de la sección de carne blanca, bajo una extraña luz diseñada para disimular ese color gris verdoso tan poco atractivo que presenta, podrás tener algo parecido a una revelación: por un lado, acerca de la condición universal de Estancamiento en el Cuadrante y, por otro, sobre la condición actual del *Homo* en Occidente y su capacidad para hacer y deshacer a su antojo –lo que, por convención, llamamos *necesidad*, si bien, en realidad, se trata de un fenómeno mucho más complejo, pues guarda relación con la idea de vivir en este planeta explotándolo *cada vez más* con los avances tecnológicos alcanzados por nuestra especie–; un hecho que percibimos,

impasibles, como algo natural. Sin embargo, en una tarde lluviosa de febrero como ésta, te preguntas qué hay de natural en una criatura compuesta por ese tipo de carne. Antes o después acabaré descubriendo dónde crían esos pollos y, escopeta en mano, me cargaré a todos los guardianes del campo de concentración en el que los encierran, a los que me imagino con sombreros Stetson de ala ancha y gafas de espejo, uno a uno, a balazo limpio. A continuación, abriré las puertas de las naves de detención (si tienen puertas, porque no creo) y millones de pollos blancos asustados, con el pecho hipertrófico, escaparán en tropel a un mundo horrible cuya existencia ni imaginaban, corriendo despavoridos por el campo, y morirán atropellados en las carreteras o cazados y devorados por nuestros gatos domésticos, por los zorros urbanos, por las comadrejas y por los jabalíes (que en realidad comen tubérculos, pero, si tienen que cazar, cazan) e incluso a manos de los cazadores.

Como es lógico, el Carrefour ofrece muchos más productos que crees necesitar, así que los compras, y lo cierto es que pocas veces te defraudan, porque saben cuidar la *calidad*, una palabra clave en este Occidente decrépito, obstinado en incitarte a consumir, es decir, a transformar la energía potencial contenida en una cantidad simbólica de dinero en energía actual –o sea, convertida en materia inerte, analógica o digital–, en algo que genéricamente se denomina *producto*, que cuando es mucho y bruto determina la capacidad económica del lugar donde vives, de la comunidad nacional a la que perteneces. Por tanto, más allá de ironías y metáforas, lo cierto es que, a esa hora, el Carrefour veinticuatro horas es un hogar colectivo en el que las almas solitarias, en ocasiones en compañía de otras almas solitarias, buscan cobijo durante las tardes lluviosas de los domingos de febrero del siglo XXI de la era común.

También es verdad que cuanto más desestructurado y desolador sea el paisaje urbano en el que vives, más acogedor te resultará el supermercado, tanto como una plaza medieval a mediados de verano, con la diferencia de que aquí nadie habla, todos caminan entre los expositores, conscientes de que hay muchas personas con las que se dan codazos, se chocan, se rozan, a las que impiden el paso pero a las que piden disculpas; pues sucede que de repente, aquí, se vuelven educados, ya que, al salir momentáneamente de la *urbs* en la que viven –donde la educación brilla por su ausencia, porque se suele considerar un signo de debilidad, es decir, de no-odio, de desprecio mutuo y de no-dominio, actitudes esenciales para sobrevivir de la Ciudad de Dios–, adquieren, como por arte de magia, el sentido de la *civitas*. Estar-con-los-productos nos apacigua y nos une; con esos productos que, incluso en una escombrera informe como el Cuadrante, fluyen y se autofomentan sin cesar.

En el portal de mi Bloque casi siempre encuentro pilas de catálogos de productos de diferentes cadenas de supermercados, que son las responsables de haber expulsado los pequeños comercios de la zona, entre ellos el sagrado ultramarinos Morelli, y de que las aceras de la Avenida y de sus afluentes estén cada vez más desiertas. Todos los catálogos

son iguales, todos presentan el mismo diseño gráfico: fotografías de productos sin imagen de fondo y concentradas en poco espacio, con su nombre, marca, precio y el descuento bien resaltado. En los precios, el número más recurrente es el nueve, pues todo cuesta una cantidad determinada de euros con noventa. Es un engaño perceptivo muy frecuente, patético por su palmaria ingenuidad, que nunca falla: si un producto cuesta 5,90, la impresión que te da es que cuesta *cinco* euros con algo y no *seis* euros menos diez céntimos.

Son páginas impresas con mal gusto, con el mismo tipo de papel que utilizan las revistas del corazón, el diseño gráfico es simplón y los colores son agresivos: dominan el rojo y el naranja fosforito. En la portada hay una parte muy llamativa con las ofertas más sorprendentes, como dos paquetes de café Lavazza a 3,39, la sopa Findus a 2,49, el pan tostado Buitoni a 0,90 o la costilla de ternera con hueso a 5,90 el kilo. La categoría de productos abarca todos los aspectos de la vida: *Despensa/Dulces/Snacks. Productos Frescos. Bebidas. Carne. Pescado. Congelados. Productos Locales. Frutas y Verduras. Limpieza doméstica e higiene personal. Productos para el hogar. Mascotas.* A continuación aparece una lista con las tiendas y sus direcciones en la Ciudad de Dios y, al final, después de más información, hay una advertencia: NO TIRE ESTE FOLLETO AL SUELO-MANTENGA LIMPIA LA CIUDAD. Yaaa.

Desde hace unos años acumulo en casa este material junto con los folletos de circuitos en autocar para mayores, en los que por un módico precio te llevan a San Giovanni Rotondo, a ver la casa del padre Pío, o como plan B, y en ocasiones dentro del mismo paquete, a visitar Pompeya, Capri y la costa Amalfitana; en definitiva, primero el deber y luego el placer. Hasta ahora no sabía explicar por qué lo hacía, pero esta mañana he tenido una revelación: lo hago porque representan el universo de posibilidades del que disponemos los ciudadanos de la gran clase media, nos informa de cuál es nuestro espacio de maniobra, que coincide con lo que podemos comprar, mejor dicho, con lo que *debemos* comprar. Es la democracia del dinero; nos marcan los límites de lo que podemos hacer –fuera de ellos hay una cantidad casi ilimitada de cosas que no podemos permitirnos–, que no sólo están determinados por el dinero, sino también por nuestra cultura. El catálogo del supermercado nos recuerda nuestro horizonte de posibilidades económicas, dentro del cual hay un mundo de iguales, es decir, de personas con rentas similares, de personas como nosotros. Estos documentos constituyen una especie de cesta de la compra centropeninsular bastante limitada, por no decir mínima, de productos que al fin y al cabo necesitamos a diario y que representa una suerte de modelo básico de participación mínima en la selva occidental de masas a la que pertenecemos.

Por ejemplo, en *Despensa* puedes comprar:

cruasán Bauli 1,49

aceitunas Saclà 1,49

cereales Nestlé fitness 2,49
snack Fiesta 1,99
galletas Colussi Gran Turchese 1,99
pan Tostado Buitoni 0,90
expreso Palombini, veinte cápsulas 2,99
el café Lavazza Crema e Gusto que ya he mencionado, a 3,39
manzanilla Montania 1,00
Si tienes hijos, necesitarás al menos:
galletas Plasmon 2,99
potito Nipiol de carne de ternera 1,49
potito Nipiol de pera 2,00
Como *Despensa* también te ofrecen:
aceite de oliva virgen extra Farchioni 3,49
salsas Knorr, tres unidades: guindilla/marinera/tomate 2,00
polenta Valsugana 1,49
alubias pintas/blancas De Rica 1,49
cubitos de caldo Star clásicos/ligeros/vegetales 0,85 (¡!)
salsa de tomate Ciumachella 0,90
tres tarros de tomate extranatural Cirio 2,00
pesto genovés Saclà 1,49
atún en aceite Rio Mare 3,99
atún de San Cusumano Castiglione 1,99
pasta de sémola Riscossa 0,45 (¡!)
risotto Gallo Blond 2,49
pasta auténtica napolitana Russo de sémola especial 0,99
puré de patatas Buitoni 1,49
La lista es mucho más larga.

Nada especial, productos ni muy buenos ni muy malos. Imagino que son marcas normales, muchas de ellas, salvo la salsa de tomate Ciumachella, el aceite Farchioni, la pasta Russo y el atún Castiglione, avaladas por un continuo bombardeo publicitario en televisión. Paradójicamente, esta miserable y aparente abundancia occidental, insólita en otros rincones del planeta, es la que atrae a miles de seres humanos de las regiones de Asia y África a nuestras costas. Y está concentrada aquí, en este folleto cutre de supermercado.

O puede que no, puede que haya otros motivos; es más, es bastante probable, pero tengo que pensar, reflexionar e intentar reconstruir, por inútil que resulte, las conexiones y causas que me trajeron hasta la Avenida, donde vivo anquilosado en este cambio de siglo que tan extraño, difícil y desazonador me resulta. Pienso en los treinta o cuarenta siglos de acontecimientos políticos y conflictos, de progreso científico, de literatura, arte,

música, arquitectura, pensamiento urbanístico y civilización; pienso en todas las santas revoluciones de Occidente, en los millones de vidas que precedieron a la mía, en las muertes naturales y en los millones de seres humanos que murieron en las millones de guerras libradas, en toda la efervescencia de la Historia antes de este presente mío como consumidor moderado de supermercado en una mierda de barrio de una ciudad antiquísima (que no se parece en nada a la *Ciudad ideal* de Baltimore); pienso en todo el pensamiento, en toda la filosofía política y en todo el ingenio que me ha traído hasta aquí, a mi cápsula habitacional con pensión decente, donde espero una muerte que aceptaré a regañadientes, con una microcucaracha que anoche consiguió escapar del chorro de agua con el que intentaba despegarla de la tabla de cortar, y pienso que, en definitiva, si ésta es la culminación de la historia de la Península, entonces también es el final, y pienso y acepto que el final de la historia significa pensión, más aburrimiento, más supermercado, más médico de la seguridad social, más laboratorio de análisis, más libros y series de televisión, y pienso que, teniendo en cuenta la suerte que corrieron la mayoría de los que vivieron antes que yo, a mí me ha ido de maravilla hasta ahora, y que quejarse de la cesta de la compra que tenemos garantizada es inmoral, y que todos los que se quejan del consumismo y de la destrucción del planeta no entienden nada, porque tarde o temprano lo acabaremos destruyendo.

Sin embargo, ahora soy capaz de afirmar que la Avenida, más que una distopía de sí misma, es una distopía del Renacimiento, de la ciudad renacentista concebida sobre la perspectiva pura, y que deberíamos partir de aquí, es decir, de nuestra manera de construir las ciudades, para entender un poco mejor la historia reciente de la Península y, tal vez, de este Occidente que se mira el ombligo de un vientre viejo y flácido.

23
CASI AUTÉNTICO

No quiero callarme, así que seré explícito. Hoy en día, el porno tiene una capacidad de excitarme casi igual a cero. Pero seguro que soy yo el que tiene algo que no funciona. Trato de activar mi carne, pero no encuentro el modo. Dios. No lo encuentro. Ni siquiera los sitios porno mejor hechos y convincentes me estimulan ya. La vejez se comporta de manera inversa a un proceso lógico-científico, que, en este caso, va de la práctica sexual a la teoría y de ésta al olvido, al no saber ya nada. ¿Cómo era? No me acuerdo bien.

Hasta hace unos años, hacia la una de la madrugada, pero también durante las primeras horas de la tarde, nunca por la mañana, buscaba alguna emoción en las páginas porno, los únicos lugares virtuales donde había alguna posibilidad, aunque remota, de intentarlo. Básicamente lo que quería ver era pollas introducidas en culos femeninos. Seguramente quería ver cómo pollas gordas de negros les abrían el ano a jóvenes de raza caucásica y se lo agrandaban hasta hacerlo parecer una boca de manguera antiincendio forrada por dentro de terciopelo rojo sangre. No sabía la razón de esta predilección. A decir verdad, no me gustaban tanto las películas porno profesionales como las aficionadas y paraaficionadas, o sea, las hechas con ánimo de lucro, pero en casa y con cámara en mano, o fijada en un trípode o apoyada en la cómoda del dormitorio. En estos vídeos aparecía de vez en cuando alguna criatura maravillosa, de la que tus ojos no daban crédito. Guapa, graciosa, fascinante, irónica y a veces, algo que me excitaba sobremanera, preocupada muy en serio por tener que recibir en el culo un aparato enorme. Me gustaban las mujeres –¿las actrices?– que no mostraban de manera falsa y exagerada, como hacen por norma las actrices porno, unas ganas desenfrenadas de que las enculasen, cuando se nota a la legua que están ahí para trabajar y que no ven la hora de irse a casa para darse un baño caliente antes de cenar. Me gustaban las que estaban ligeramente preocupadas, aunque sabía que esa ansiedad se podía simular, que casi siempre se simulaba, aunque con probables excepciones. Iba a la caza de aquellas excepciones. Se sabe que todos los diletantes y los observadores más apasionados del porno van a la caza de excepciones, es decir, de momentos especiales en los que, aunque sólo sea por un instante, se atisba la verdad de un disfrute auténtico, de un beso de pasión experimentada de verdad. Un momento de ternura auténtica en una chica que

lleva un cuarto de hora chupando una polla puede ser impagable. Buscaba estos momentos sobre todo en esos vídeos autodeclarados aficionados, pero después de varias decenas de minutos me aburría y los dejaba, permitiendo que el océano insondable e infinito de internet pusiera a buen recaudo en sus profundidades las pruebas de algo que me habría gustado muchísimo si hubiera conseguido encontrarlo.

Para no perder las pocas cosas que me interesaban, guardaba algunas imágenes congeladas que en mi opinión poseían un punto estético, dramático o conclusivo, en resumen, algo especial, y abría una ventana de Word donde tomaba apuntes. Pero, por norma general, no guardaba el vídeo, me limitaba a transformar aquellos actos en palabras, como hacen los cronistas radiofónicos de eventos deportivos. No sé por qué lo hacía. Aunque un poco sí que lo sé.

Hay algo en los vídeos porno, algo en una mujer que hace una mamada, que recibe una eyaculación en la cara o que se deja encular delante de una cámara, algo homologante, como si el sexo del porno fuera una especie de igualador de los rasgos específicos de un cuerpo, de una cara, de una mirada: sigues viendo la belleza, pero es como si no contase para nada, porque lo que cuenta es otra cosa. ¿El qué? Lo que cuenta son las circunstancias y la verdad del acto, la potencia simbólica que logra transmitir, la autenticidad de una expresión, de un gemido, de una sonrisa. La duplicidad del porno, su capacidad de ser verdad y mentira al mismo tiempo, le confería un poder que me resultaba hipnotizador en la búsqueda compulsiva de lo completamente verdadero, en un universo en el que casi todo es semiverdadero. El acto era auténtico, se desarrollaba ante mis ojos, pero su verdad residía en el *ser* de los actores, en su modo de vivirlo como auténtico y en su capacidad de transmitirnos la impresión de haberlo vivido con plenitud. Para experimentar interés y placer necesitaba observar un placer *auténtico* en otros…

En el porno de internet, el único que he visto en realidad, no existían aquella timidez e indisponibilidad iniciales que, en la realidad, constituían para mí la esencia del acercamiento: era la posibilidad del rechazo y la improbabilidad lo que le confería el sabor del descubrimiento, de la conquista difícil y ganada, cuando no del milagro inesperado, del regalo que la suerte había decidido hacerme a mí, justo a mí, a través de la concesión de aquella mujer de allí, aquella que me gustaba, aquella de la que, la primera vez que la vi, pensé: ¿y ésta quién es?

En resumen, los materiales porno –que internet renueva hora tras hora, de manera incesante, y que tal vez siga haciendo hasta el final de los tiempos– planteaban una serie de cuestiones cruciales con respecto a los conceptos de realidad y verdad. Reían con la cara salpicada de esperma, se lamían los labios, se besaban, besaban la punta de la polla en primer plano (en el porno el cuerpo masculino suele reducirse a la polla) que ya se iba desinflando. Eran muy jóvenes. Todo parecía auténtico. Todo *era* auténtico y todo era falso: era la ambigüedad inaprensible del porno. «*Oh my fucking God*», gemía en otro

vídeo una morena flaca mientras una enorme polla negra le abría el recto. Todo auténtico, porque ocurría. Todo falso porque era una puesta en escena y se había hecho por dinero. Todo auténtico porque el deseo, al menos el masculino, debía de ser auténtico al menos en parte. Todo falso porque aquel deseo auténtico era suscitado por dinero. Y, sin embargo, todo era *pornográficamente* auténtico.

Ella le sacaba al negro la polla de los pantalones, de los que salía un miembro en su punto, enorme, de color berenjena, cuyo glande parecía la cabeza de una boa constrictor. El título del vídeo *Kitty Loves Anal* nos anticipaba que aquel bicharraco iba a terminar en el culo de la muchacha. Durante el acto, aunque en fases distintas, ambos exclamaban «*Oh God!*». Al negro lo conocía, llevaba años en el gremio y sus vídeos ya circulaban por internet en los tiempos del porno salvaje, antes de que aparecieran los sitios *hub*.

–El Señor nos ama a todos por igual –dice el camarero.

Paredes lisas, puertas con laminado de plástico azul noche o amarillo con bordes de aluminio, suelos de láminas multicolor, probablemente de PVC, plafones con luces fluorescentes de espectro solar, paredes amarillentas, protectores antigolpe, todo absolutamente pulido, limpio, rectilíneo, bien dispuesto, todo está listo para recibirte medio desnudo con el pulso a mil por hora por la aprensión, tendido en la camilla sobre la que hay un rollo de papel: estás pendiente de sus labios mientras hablan de ir a comerse una *pizza* esa noche sobre las ocho, indecisos sobre el lugar, te tutean como es justo que sea en la eliminación de toda formalidad, en la inutilidad de todo refinamiento, de toda técnica que no sea la médica, tú, desnudo en la camilla como un conejillo de Indias.

Coge aire con la boca abierta. Después de la quinta respiración empiezas a hiperventilar, pero te queda por respirar una sexta vez. ¿Te duele? No. ¿Y aquí? No. Muy bien, vamos a sacarte sangre. Ponte allí. Nada de lo que sabes ni de lo que sabes hacer, nada de lo que eres cuenta ahora. No sirve. Lo único que interesa son tus parámetros vitales, si están o no en la media. Si están en la media, no tienes nada. Si estás en la media, te mandan a casa. Eso es lo que hacen. Signifique lo que signifique estar en la media. Ellos no se lo preguntan. Tú tampoco.

¿Tengo un enfisema? ¿Tengo un enfisema y no me habéis dicho nada?

Tienes un enfisema de fumador, un enfisema con muy mala pinta.

¿Que tengo un enfisema con muy mala pinta?

Sí, bueno, un enfisema. Yo también lo tengo. Ven, te lo enseño… Mira aquí y aquí. Si no te falta el aliento es porque lo compensas con unos pulmones grandes.

Tendido de nuevo en la sábana de papel verde de un plano horizontal con ruedas, después de una hora de espera desnudo, con la ropa y los zapatos en un cajón debajo de la camilla y las caderas cubiertas con una sabanita desechable verde, de ese verde precioso que se lleva en los hospitales (los hospitales también tienen sus modas, son los lugares en los que la vida es más impetuosa, total, paradigmática y autojustificante: ¿estás vivo? Eso es lo que cuenta, no nos interesa otra cosa de ti), vuelvo a fijar la vista en los recuadros del techo, que aquí también son plafones fluorescentes con dos tipos de rejillas, las normales con aletas paralelas y las que tienen forma radial, mientras desde algún sitio una de esas rejillas emite un chorro de aire frío

que me congela los pies, y no sé cómo protegerlos. El objetivo de estar aquí es largarse cuanto antes.

Lleva puesta una camisa de hombre con cinturón que le queda como una minifalda muy corta sobre unas mallas negras, muy ceñidas. Por detrás es sexi de un modo casi insostenible. Se para a trastear con el iPhone; puedo observar su rostro, tiene cara de mero. Alivio: tampoco me gusta tanto. No debo desearla, puedo no admirarla del todo. Puedo hacer que esta vez el dolor de la privación no se desate, como siempre pasa, justo en medio del pecho, en el espacio entre el corazón y el esófago. Se acabaron los juegos. Se trata precisamente de eso: de una lenta desecación de la existencia en la sustracción de lo que había parecido necesario, irrenunciable, como el sexo y el amor, el cine, reír, hablar, conocer a gente, hacer nuevas amistades, intercambiar opiniones, creer en algo, follar, follar y follar, beber vino, *whisky*, cerveza, emborracharse, salir por ahí por la noche, bailar, besarse, lamerse, hacer carrera, ganar más, formar una familia, querer, querer y querer a los hijos, ocuparse de las criaturas de uno intensamente, de manera gratificante y tal vez leer incluso el periódico, algún libro, las novelas negras de Montalbano, Maigret, las películas de Sergio Leone, la música de Morricone en la última sesión, con los pies en el asiento de delante, un baño en el mar, tomar el sol en la playa, el antiguo olor de la Nivea era perfume de libertad, una ráfaga de brisa de poniente… Todo esto, todo lo que sencillamente componía la vida, ya no está, o casi, se ha acabado, sólo queda la comida, el comer algo no digo ya bueno, sino digerible, no malo. Comer y luego absorber lentamente y evacuar con regularidad: la búsqueda del momento en el que el colon, siempre inflamado por el mero hecho de existir, se vacía, transmitiéndote esa impagable sensación de descompresión ligeramente dolorosa. Decir banalidades. Beber mucha agua. Dormir bien, con pocas pesadillas. No demasiados achaques. Un buen fisioterapeuta, una TECAR bien hecha. Las articulaciones no demasiado hechas polvo. Y, sobre todo, que esos cien gramos de punta de jamón, ese medio panecillo, esa manzana, ese manojo de verduras ya limpias y lavadas por los egipcios sean buenos, buen material para la vida que te queda, de la que te han arrebatado ya todo. Buenas las avellanas acompañadas del Campari con gaseosa de las siete de la tarde, bueno el capuchino de refuerzo de media mañana, bueno el café, en casa y en el bar –el amargo del Porcacci es malo, pero me gusta igual–, bueno el cruasán de crema, buenas las manzanas, las naranjas, las mandarinas, bueno el aceite de oliva, el parmesano de treinta y seis meses.

Algunos de mis vecinos han sentido la necesidad de decorar los rellanos con ilustraciones en las paredes, reproducciones de cuadros de Van Gogh, plantas naturales y, sobre todo, falsas –pero que parecen naturales, lo que confirma la indiferencia, vigente en la Avenida y en otras partes, por la distinción entre verdadero y falso–, carteles de Toulouse-Lautrec (clase media empobrecida e impresionismo son una misma cosa) y

manzanas de Cézanne. Bajar las escaleras a partir del séptimo piso es una excursión cultural, un viaje a través de seis rellanos que, incluso cuando no están alquilados, dicen algo de mis vecinos a través de la forma, el color y la condición de los felpudos, todos rigurosamente distintos. Tengo en mente fotografiar todos los rellanos, pero nunca lo hago. Yo y mis proyectos fotográficos infinitos: es como si, de forma confusa, quisiera documentar y conservar para demostrar algo, no sé exactamente qué, para decir y denunciar verdades que se me escapan, que en el momento, es decir, el momento de la observación directa, me parecen evidentes pero indecibles porque se necesitarían muchísimas palabras, investigaciones y pruebas. ¿Para demostrar qué? ¿Para decírselo a quién? Los ultracuerpos ya están por todas partes, se reproducen en progresión geométrica, es inútil dialogar con ellos, no entenderían nada, me mirarían extrañados; ya me ha pasado: una sensación muy desagradable.

La vecina del piso de abajo se queja de que hay una mancha en el techo de su cocina. He ido a echar un vistazo: paredes y techo están pintados de puto color salmón. La sala de estar es de un rojo carmín, muy carnal. En este sector de bloques de viviendas, todos los pisos son iguales. Me resulta extraño entrar en apartamentos idénticos al mío, pero gestionados y decorados de manera completamente distinta. No sé, me cuesta reconocerlos, a veces me parecen más pequeños, pero casi siempre los veo más grandes. Me percato de la variedad de elecciones: la mesa no aquí sino allí, el sofá y los sillones están puestos en diagonal, el televisor en otro sitio, etcétera. Desapruebo en especial las elecciones por así decir de gusto, la forma de los muebles, los pequeños aparadores, los espejos *trumeau*, los alfombrones, los cuadros corrientuchos en las paredes, desapruebo el quiero-y-no-puedo que, entre nosotros, gente de condición modesta que vive en casas pequeñas, es la regla.

En el pomo central de la puerta de la casa del piso de abajo hace años que hay colgada una bufanda blanquinegra, apenas reconocible ya de lo mugrienta y triste que está. Esto explica los gritos animalescos que suben por el suelo cada vez que en la tele echan un partido de la Juventus. Es un chico, el mismo al que he visto trastear en el ordenador del comedor de la vecina del piso inferior. Él, como todos los jóvenes de esa edad, principalmente me ha transmitido una potente indiferencia, ya sea hacia la mancha de humedad de la cocina, como hacia su madre, hacia mí y, en general, hacia el contexto, tal vez hacia el resto del mundo, a excepción, como es natural, de la Juve, y se ha comportado como los gatos con los intrusos, yéndose a otra habitación.

Elio: Muchos de nosotros pensábamos que, si era una decisión del Partido, era justa. Nuestras casas tenían humedades y en verano hasta podías palmarla porque, algunas veces, el regato se desbordaba y arramblaba con todo lo que encontraba a su paso. Quizá lo mejor fuese desalojarnos, pero aquéllas eran nuestras *casas*, ilegales, sí, pero construidas sobre nuestros *terrenos* y habitadas por los de la Cavidad. Todos nosotros nos habíamos sentido parte de algo e incluso durante la época de las demoliciones todavía nos sentíamos miembros de una misma comunidad y, aunque ya sólo quedáramos unos pocos y fuéramos más débiles, nunca dejamos de estar unidos y de considerarlo *nuestro*. Aparte de las trifulcas, de las peleas monumentales y del odio que algunos se profesaban, aquélla era nuestra comunidad, la pequeña Rusia que Lenin había visitado. Dicen que no es cierto. Y yo digo: si no es cierto, ¿cómo es posible que tanta gente lo diga?

En 1975, los confines del arrabal no eran muy diferentes a los de quince años antes, pero se empiezan a difuminar y desdibujar. El número de habitantes mengua considerablemente: de más de dos mil en 1961 cae a setecientos al cabo de una década. Después del cierre de los hornos, que proveían de ladrillos de descarte para construir casas como Dios manda, las nuevas viviendas que se edifican, sobre todo en lo alto del Monte de Arcilla, no son sino barracas de madera y chapa. En la segunda mitad de los años setenta, todo se degrada y desemboca en un abandono generalizado: lo que se debería barnizar no se barniza, lo que se estropea se repara de mala manera; era como si la Cavidad ya presintiese el colapso inmediato que se cernía sobre ella; en efecto, ya se estaban levantando las Torres de VPO de catorce plantas.

Mientras tanto, encima de una gran franja de terreno de relleno, habían trazado lo que más adelante se convertiría en la Avenida, que, por entonces, ya ascendía hacia el oeste desde la arcilla aplanada de los promontorios. Parecía querer seguir la antigua calzada romana que conducía hacia el norte bordeando el mar, pero su verdadero propósito no era otro que el de conectar buena parte de la nueva no-ciudad. No obstante, algunas áreas con calles y nuevas ampliaciones ya incluidas en el perímetro urbano

permanecieron en el estado primitivo que, en parte, siguen presentando hoy en día y, en poco tiempo, sobre el Monte de Arcilla surgió otro poblado chabolista para gente nueva y desesperada, llegada de fuera, que nada tenía que ver con la aristocracia autómata de la Cavidad.

Al otro lado de la protoavenida, un poderoso hombre-de-la-construcción ya había levantado nuestro enorme Bloque con algunas irregularidades, pues sobresalía de la alineación oficial marcada por la ley –nada ni nadie habrían podido demolerlo nunca para retranquearlo–; un testimonio más del gusto por construir no-ciudad y de hacerlo, además, de manera intensiva, pues a escasos doscientos metros surgía y se expandía, como ya llevaba ocurriendo en otras partes de la Ciudad de Dios desde finales del Renacimiento, un inmenso complejo de edificios destinados a la gran clase media que todavía se arrastra por estas calles, mientras que en las antiguas Torres de VPO siguen viviendo los descendientes de los autómatas que trabajaron en los hornos ladrilleros. Sus vidas han sido muy diferentes a las de sus padres, pero sobre todo a las de sus abuelos. Puede que aún recuerden que nacieron en los arrabales, o puede que no. Se acuerdan de los desahucios y de las casas nuevas, quizá del Partido y de la militancia de sus padres, de su obstinación y de sus ganas de marcharse de allí. Algunos todavía recuerdan que de niños se dedicaban a robar.

«Abandonan los arrabales movidos por las necesidades y aspiraciones vitales y, de este modo, entran en los circuitos de la ciudad», escriben los investigadores.

A finales de los setenta, la ciudad veía la Cavidad como un residuo de una realidad arcaica, digna de interés científico «por los sustratos epistemofílicos del orden social». Para un etnógrafo urbano, el habitante de un valle se considera un «salvaje interno», «un buen salvaje», como es natural. Se trata de palabras escritas por un sociólogo que también empezó a interesarse por el estudio de la Cavidad, atraído por el carácter anómalo que presenta este arrabal en comparación con otros de la Ciudad de Dios, o sea, por su antigüedad, por sus orígenes proletarios y no subproletarios, por su consistencia social y política y por su estrecha vinculación a la memoria de la fábrica, ya desaparecida, cuyos terrenos hoy ocupan dos iglesias y numerosos edificios de viviendas.

Elio: Antes de que las aguas residuales de los hospitales y de las viviendas llegasen aquí desde las colinas de Balduina, el regato estaba limpio… El monte de los jabalíes era un paraíso natural donde la gente iba a coger setas…

La Cavidad era diferente porque se resistía a ser ciudad y, pese a su cercanía al centro, se negaba a formar parte de él: en diez minutos de caminata se llega al Templo central de la Cristiandad y a la última parada de la primera línea de metro verdadera que la Ciudad de Dios consiguió construir. La Cavidad está ahí abajo, oculta e invisible por la muralla

caótica de edificios que con el paso de los años se han ido levantado a su alrededor. Para encontrarla, tienes que saber que existe y ser capaz de explicarte.

–¿Cuánto es?
–1,80.
–Ahí pone 1,70.
–1,80.
–… (Se va.)
–Entonces ¿se acostaron? –pregunta la camarera dominada.
–Pues ni idea, me resbala –responde la dominante.

El horno ladrillero ya no constituye el centro físico y simbólico generador de la comunidad, que ahora gira desesperada alrededor de un vacío tras su fragmentación progresiva en oficios externos al suburbio.

Después de que al menos dos generaciones vivieran en el valle, a partir de los primeros años de la posguerra y, sobre todo, después de 1960, la comunidad empezó a degenerarse y el sentimiento de pertenencia autómata comenzó a debilitarse a la vez que desaparecía la homogeneidad social. Nacieron nuevos subgrupos, muchos de ellos hostiles a la aristocracia proletaria e indiferentes al *epos* de los hornos, que todavía nutre a los veteranos de la larga era del ladrillo.

> De un sistema social cerrado se pasa a una progresiva permeabilidad con la sociedad circundante: trabajo, educación, reconocimiento burocrático, modelos de vida y de consumo, grupos de referencia, formas lingüísticas, asistencia sanitaria, ocio y participación política; todo se proyecta cada vez más hacia el exterior de la comunidad, hacia su contexto metropolitano.

Esto es lo que escribe el especialista que, con palabras cultas, añade:

> El valle, sumido en una profunda decadencia desde finales de los años setenta, ha adquirido sobremanera la especificidad pobre de la marginalidad urbana, no la *distinctiveness* (distintividad) de una identidad verdadera y original.

La concesión de las nuevas viviendas y la consiguiente marcha de los habitantes del valle no hizo sino precipitar el proceso de disgregación iniciado tras el cierre del horno Hoffmann: una prueba más de que la Historia la determina la tecnología.

En 1980 comenzaron a llegar las órdenes de expropiación y derribo de las casas a cambio de pisos dentro de las Torres de VPO, levantadas sobre los terrenos que antes albergaban el horno de la Cooperativa. Estas demoliciones son inexplicables. Por primera

vez en la historia de la Ciudad de Dios, el Ayuntamiento estaba gobernado por el Partido, al que la Cavidad había votado en masa, y hacía un tiempo que había implementado un proyecto de rehabilitación de los arrabales y barriadas de la capital que, en la práctica, consistía en la eliminación física de algunos de los asentamientos ilegales más degradados y en el realojo de sus habitantes en nuevas viviendas construidas aposta para ellos. La idea era incluir en la ciudad lo que a la ciudad siempre le había resultado ajeno. Ésta fue la primera acción política del Partido en el barrio de la Cavidad. Podrían haber optado por rehabilitarlo y consolidarlo, pero, por entonces, aquel lugar ya había perdido casi por completo la memoria de lo que había sido: ya no era sino un arrabal más, situado demasiado cerca del centro sagrado de la Urbe, húmedo y azotado por las inundaciones. Era mejor demoler y hacerlo con el pretexto de construir el parque público que, al parecer, tanto necesitaba la mediocre no-ciudad de bloques de pisos que estaba creciendo a su alrededor. Entre febrero y mayo de 1981, la resoluciones n.º 799 y n.º 2923 de la Junta de Izquierdas ordenaron el derribo de gran parte de la barriada.

> Durante la segunda quincena de julio, en concreto los días 21 y 23, las excavadoras del Ayuntamiento derruyeron parte del arrabal. Cuando los trabajadores tapiaban las entradas de las casas que habían quedado de pie, encontraron una tímida resistencia. La destrucción de la comunidad representa el último estadio de una política urbana basada en un entramado de proyectos contradictorios, de *revalorización,* de recuperación *histórico-cultural,* de transformación en parque público *multifuncional.* No obstante, más allá del carácter ambiguo e improvisado de la intervención del Ayuntamiento, desde hacía algunos años el realojo de los habitantes de la Cavidad en los pisos de las Torres de VPO estaba muy presente en las vidas, actitudes y decisiones de los miembros de la comunidad y de los despachos consistoriales, y presagiaba la *muerte sociológica* del barrio.

Palabras del sociólogo.

«Me la han derribado con el listín telefónico dentro y con dos ruedas que acababa de comprar para el coche.»

Cuando todo terminó, sólo quedaban seis familias en la Cavidad. Podrían haber resistido, pero vivir en una casa bien diseñada en las torres, con dos cuartos de baño, trastero y plaza de garaje, significaba abandonar la antigua sustancia de autómata con la perspectiva de llegar a formar parte, algún día, de la gran clase media que rodea el valle.

Paride: Están haciendo el parque para los bloques de pisos democristianos que han construido en esta zona. Y el cura metiendo presión para que hagan otra iglesia mientras

los bloques democristianos crecen como setas valle abajo, desde la Balduina, la via Aurelia Nueva y los Montes de Arcilla, en los antiguos terrenos donde antes estaban los hornos ladrilleros. Han cerrado la fábrica y se han dedicado a especular con la construcción por toda la ciudad. Lo sé porque he sido peón en no sé cuántas obras después de currar en los hornos… Pero aquí no nos coscábamos de nada de lo que estaba pasando fuera del Valle. Los que sabíamos leer leíamos *l'Unità* en la Casa del Pueblo. Y así, mientras nosotros vivíamos en la burbuja de nuestra Pequeña Rusia, la ciudad nos puteaba, el Capital nos puteaba, los constructores nos puteaban, la sociedad nos puteaba, la nación, el mundo y el universo nos puteaban… Y el Partido también.

Con el paso del tiempo y tras la operación de realojo, la Casa del Pueblo, centro de gestación/irradiación de la línea del Partido, fue perdiendo legitimidad. Era una cuestión complicada. El Partido, que gobernaba la ciudad con políticos competentes, había resuelto que la comunidad de la Pequeña Rusia permaneciese en la medida de lo posible donde estaba, pero realojada en viviendas no ilegales, salubres y modernas. Éste es el origen de las antiguas Torres de VPO, que los vecinos solían llamar *viviendas sociales*, aunque sus pisos poco tenían que ver con ese tipo de viviendas. Es cierto que las altas fachadas de paneles prefabricados de hormigón en bruto contrastaban, por su estilo severo, carente de belleza y con un toque soviético, con el gusto pequeñoburgués de la arquitectura circundante. En efecto, incluso desde aquí, desde la lejana acera opuesta de la Avenida, percibo con total claridad el contraste lingüístico de las Torres con las frecuentes y eternas formas arquitectónicas que, desde la segunda mitad del siglo XX, no sólo dominan los bloques de pisos de la ciudad peninsular, sino también todo el Mediterráneo, pese a que no se describan en los manuales de historia de la arquitectura que atesoro en mi cápsula. En definitiva, pese a que las antiguas Torres de VPO no parecían, ni eran, bloques de pisos, como todas las construcciones públicas o subvencionadas de aquella época, el imaginario colectivo las asociaba estúpidamente con el estigma de la degradación, como si las viviendas *sociales* por sí solas, o sea, por su planificación urbana y su arquitectura intensiva característica, fuesen capaces de generar mal ambiente, marginación, criminalidad, mafia, camorra, prostitución, violencia, droga, delincuencia, pillaje, asesinato, genocidio, deicidio, etcétera. «Así pues, mejor derribarlo todo para resolver el problema social», se solía decir. Y en algunas ocasiones se cometió la estupidez de hacerlo. Durante toda la posguerra peninsular y hasta la segunda mitad de los años ochenta, e incluso después, la clase dominante de entonces, que ahora nos parece en su mayoría socialdemócrata, asumió la construcción de numerosas casas de protección oficial destinadas a las clases subalternas y a combatir la eterna crisis de la vivienda. Se edificaban viviendas sociales con fondos públicos cuyos proyectos elaboraban técnicos elegidos según los criterios del *pentapartito*, es decir, de la coalición de cinco partidos que gobernaba el país. Llegó un momento en el que incluso el Partido

quiso participar en los pactos de gobierno: se creaban grupos formados por al menos seis progresistas –que a menudo no se conocían y eran culturalmente incompatibles– a quienes se encomendó la improvisación de proyectos que garantizaban el cobro de una buena comisión a los respectivos partidos implicados y que, por su naturaleza, comportaban un gran riesgo al estar destinados a clases sociales poco habituadas a constituirse como *civitas*, sobre todo en el seno de una ciudad física que les resultaba de todo punto ajena y que, desde un principio, rechazaron de manera inconsciente.

Mientras que en el imaginario colectivo dominaban los modelos habitacionales suburbanos norteamericanos, a las clases sociales que ya habían iniciado su andadura hacia el estatus de gran clase media (y que más adelante consiguieron), se les proponían modelos de viviendas no «individualistas y pequeñoburguesas», sino baratas y de masas, que solían estar mal diseñadas. Por otro lado, las viviendas bien diseñadas eran víctimas de los modelos modernistas de referencia, que ya habían quedado culturalmente obsoletos, y se veían obligadas a reducir los costes de construcción. Por tanto, se levantaron edificios altos, prefabricados, dispuestos sobre el terreno en función de unas medidas geométricas esquemáticas y exactas: por ejemplo, cuatro palos colocados a guisa de cuadrado eran una «plaza».

Así pues, la arquitectura no fue la responsable de que estos barrios se convirtiesen en «guetos de marginación», sino la política generalizada que preveía uniformar la composición social. Para que una ciudad arraigue, adquiera una forma propia y se constituya como *civitas,* se necesitan dos generaciones. El mismo tiempo que han necesitado los expropiados de la Cavidad para hacer de sus monolitos de hormigón un lugar decente y habitable.

Llegado un momento debes decir quién eres, o al menos intentarlo.

Decírtelo a ti mismo y luego, al final, a terceras personas, en el caso de que estén interesadas… Cada vez son menos. Debes tratar de definir la burbuja cultural a la que perteneces, aunque, en este caso, es mejor utilizar la palabra *generación*, porque tu autoidentificación no puede sino partir del cuándo y del dónde naciste. E incluso del *por qué* naciste, en otras palabras: si fuiste concebido en un descuido, como resultado de una planificación o, como en mi caso, porque los hijos nacían, porque traer hijos y más hijos al mundo era el cometido «natural» y primario de las mujeres, mientras, en la dicha del momento, hombres irresponsables eyaculaban chorros de líquido seminal a placer dentro de ellas con esa sensación cósmica de vaciarse del todo, sólo que luego debían hacerse cargo de una criatura a la que había que alimentar, cuidar y, cuando fuera más grandecita, machacar con total libertad, oficialmente para educarla, en realidad para desfogar las rabias y las derrotas cotidianas que, durante el siglo XX, no faltarán.

Yo soy eso de ahí, soy lo que soy y ya no se me puede cambiar. Soy un constructo de mediados del siglo XX. Tal vez en algún momento explique qué sensaciones me provoca esta posición casual en la historia de la humanidad, pero ahora lo que me urge es contar lo que suponía en términos *culturales*, si es que ésta es la palabra más apropiada para designar las distintas variantes en las que, mientras vivía, se desplegaba –«a nivel supraestructural», se diría en una asamblea del sesenta y ocho– la lucha por el reparto de los recursos disponibles en la que mis padres y mi familia al completo participaban con fervor, aspirando, desde hacía ya varias generaciones, al ascenso social que me proporcionó y que yo, en cambio, he bajado a gran velocidad.

Es bueno saber que hubo un tiempo en que la Península fue un país pobre. Así lo recuerdo yo, nacido inmediatamente después y diría que a causa del último gran Acontecimiento-Guerra, tras el cual fuimos generados y vomitados como de una fractura en la tierra, una falla histórica que marcaba la discontinuidad fundamental del siglo pasado entre el estado de guerra abierta, amenazada, declarada, sobreentendida, posible, factible, y la hecha y perdida: no sólo por tierra, mar y aire, sino perdida en la memoria. Sin embargo, fue combatida de verdad, no por los abuelos, no por *nuestros* abuelos, sino

por nuestros *padres*, los mismos a los que luego veías fumar en el cine en el tiempo de paz posterior, amparados por el paraguas del Imperio Nuclear Americano, que en efecto daba miedo –debía darlo: su eficacia dependía de ello– y que, mientras nos arrollaba con la fascinación de su cultura popular auténtica, nos salvaguardaba, a nosotros, que habíamos sido comunistas, de la amenaza comunista, la maravillosa amenaza comunista que, desde 1948 en adelante, marcó nuestra vida mental. El Mal existía, residía allí y provendría de allí. Era un estado de conflicto planetario, definitivo y muy largo, pero estabilizador.

Mi edad coincide casi exactamente con la duración de este estado de la humanidad cuyo peligroso desmoronamiento se ha visto reflejado durante las últimas décadas en una mezcla de papeles y elecciones decisivas, en el derrocamiento cada vez más acelerado del orden político y en la imprevisible y recíproca reacción de masas exterminadas con tecnologías hasta entonces inconcebibles.

En aquel tiempo, quiero decir, en el tiempo enérgico y puro de la felicidad causada por el cese del dolor bélico, éramos pobres, pero parecía dar igual. A los jóvenes generadores de vida, de nuestras vidas no solicitadas, sino impuestas por el ímpetu de sus caderas, lo que les importaba era vivir, y sabían hacerlo bien, con valor, iniciativa y afán de escalada social. No obstante, hubo un tiempo en que aquí existía una pobreza de un tipo distinto a la de hoy, como las tres o cuatro cosas que se comían a diario, de las que se me han quedado grabadas las barras de pan hechas con harina 0, que ya a las tres de la tarde eran de goma, y la hogaza primitiva de pan con la corteza quemada, tan dura que tenías que sujetarla contra el pecho para cortarla, el *provolone* y la mortadela. Todavía no había *rosette*, *michette*, chapatas, panes árabes, con nueces, integrales, con fermentación natural y todo eso, sino un único y desagradable pan que se compraba cuando al tendero se le había acabado el otro, un pan al que misteriosamente se lo llamaba *coreano*, que tal vez alguien siga haciendo todavía. «Hoy sólo quedaba pan coreano; si no te gusta, es que no tienes hambre», decían los generadores de tu vida, mientras te tendían el panecillo de la merienda untado con mantequilla y azúcar o, si lo preferías, con mantequilla y sal. Era la pobreza del filete fino en la sartén, de la achicoria, de las patatas cocidas, de la fruta picada, picada *por completo* (menuda vitalidad la de los gusanos de las manzanas y de las cerezas, la de las tijeretas escondidas en el centro de los melocotones), de la inexistencia del pescado, que sólo se podía comer los domingos en los pueblecitos costeros cercanos a la ciudad.

Era la pobreza existente en el decoro triste del burguesucho en escalada impetuosa, nada en comparación con las batas de trabajo zurcidas sobre jerséis llenos de agujeros, los pantalones rotos/remendados, los zapatos baratos, las caras chupadas y llenas de arrugas de los subalternos, es decir, de los autómatas sometidos en silencio que hablaban mal la lengua, que la pronunciaban mal como analfabetos que eran y, por tanto, merecían su inferioridad.

Los veíamos merodear a determinadas horas por los solares aún vacíos, donde de la noche a la mañana aparecían fascinantes martinetes para hacer cimientos de hormigón. En comparación con el ladrillo, para nosotros eran tecnologías nuevas, máquinas chillonas, ya desaparecidas por completo, que marcaban el comienzo de una nueva obra, lo que significaba trabajo para albañiles y peones (a veces antiguos trabajadores de los hornos o sencillamente hijos de éstos), cubiertos de argamasa, con las perennes gorrillas de papel de periódico en la cabeza, sentados al sol a mediodía, con media hogaza rellena de achicoria a la plancha que digerir durante las restantes cuatro o cinco horas de trabajo por la tarde.

No obstante, en cuanto a distancia social, estábamos juntos en la pobreza. Ahora comprendo que eran pobres incluso los que no nos parecían tales, gente que disponía de casas, cosas, objetos, coches, entonces muy deseados pero que ahora, cuando los ves expuestos en los museos del siglo XX, te parecen muy tristes: era la pobreza global de la Península en la que vivíamos, un universo desprovisto de objetos perecederos, muy pocos plásticos, la bolsa de la compra, la redecilla, el pañuelo de tela en el bolsillo, el papel higiénico rugoso, el pelo lavado con jabón y secado con la toalla de mano, la escoba de sorgo, los pocos desechos que se dejaban en el rellano en el cubo de aluminio forrado con papel de periódico, que el barrendero vaciaba todas las mañanas en un saco de yute que iba subiendo por las escaleras de los bloques de pisos, barrendero al que considerábamos muy por debajo en la escala social, mientras que él sabía que no era así, que aquél era un trabajo y que, sobre todo, era un puesto fijo, era la seguridad del pan, sabía que por debajo de él estaban los trabajadores temporales y, aún más abajo, los parados y los que morían de tuberculosis en el fango de las barriadas.

La pobreza mantenía los pocos objetos de que disponíamos bien separados los unos de los otros, cada cosa tenía su buen espacio alrededor y bastante tiempo por delante para existir, o al menos así lo creíamos. Por eso, la naturaleza de nuestros desperdicios era sobre todo alimentaria, no tirábamos ni el papel. El papel de los periódicos peninsulares era importante: servía para el pescado, para los huevos, envueltos uno a uno para que no se rompieran; servía a menudo de papel higiénico; servía para limpiar los cristales; como primer envoltorio para piezas de vajilla; para secar el suelo cuando, y sucedía con frecuencia, había goteras en los techos de la posguerra; y servía para muchas otras cosas, que, si me esforzara, tal vez recordaría. Me fascinaba el acto acompañado de un frufrú de la preparación del envoltorio de papel de periódico, que hoy ha desaparecido: a veces jugábamos a envolver las cosas, las piedras.

Era la pobreza del trolebús parado en medio de la calle y del revisor que volvía a poner los cabezales en la posición adecuada para tomar la corriente, la pobreza del carbón que se echaba en las carboneras de las comunidades de vecinos, la pobreza de los abrigos, de las calcetas de lana gorda, de los *camauros* que cubrían las orejas, la pobreza de la boina, la pobreza de los pantalones de tela rasposa, de zapatos con la suela de

caucho completamente ineficaces para los inviernos fríos, húmedos y vivificantes de entonces, esto es, de los últimos años de la era del precalentamiento global.

Antes de aquel estadio de pobreza atenuada, o sea, antes de que todo en torno a la Península volviera a vivir y a reconstruirse, antes de que el Capital se reorganizase y empezara a invertir y a producir, antes de que las clases medias recomenzaran con fuerzas renovadas una escalada social que no se detendría hasta los primeros años del siglo XXI, habíamos sido incluso más pobres, de una pobreza de posguerra que hoy resulta inconcebible. Pobres de fogones de picón con ventilador de plumas de pájaro (¿cuál?), de braseros para calentarse, de baños el sábado en una tina en la cocina, del váter en el trastero, de lavarse la cara con el agua fría de la palangana, pobres de cubo que recoge las goteras del techo, pobres de fiebre paratifoidea, de difteria, de poliomielitis, pobres en el sentido de la carencia sustancial y vitamínica de lo que se necesita para vivir.

Lo sé porque vengo de ahí, soy eso de ahí, he vivido ese estado, pero sin el menor atisbo de vergüenza y sin comprender la razón de la amargura de Padre y Madre, de sus ansias de rescate socioeconómico, cosa que, al igual que muchos otros, terminaron obteniendo a los pocos años. Antes de ser como es ahora, la Península era así para los socialmente intermedios como nosotros. Cuando lo pienso me convenzo de que los niños medievales no sabían que eran medievales: para ellos el mundo era aquello de allí. Y para mí, la época posbélica fue aquello de allí, es decir, el mundo inevitable en el que a uno le ha tocado nacer. Pero Madre y Padre, gente de clase social media baja, habían vivido tiempos mejores. Se habían visto arrollados por la guerra y sufrían. Mientras ellos se preocupaban por un futuro que había que reconstruir sobre unas bases distintas de las del pasado, los niños, ocupados por completo en conocer y experimentar el presente, no sufríamos.

Los resultados finales de aquel inexorable repunte económico aún pueden verse aquí, en la construcción del proto-Cuadrante, al fondo de la Avenida. Sin embargo, también viviría en los mundos que vinieron después de aquél, en la serie encadenada que arrancó de ahí y que llega hasta hoy, es decir, hasta la incomprensibilidad mutable del mundo contemporáneo. Pero, perversamente, alguien me enseñaría a imaginar mundos distintos y distintos resultados históricos respecto a la distopía del presente.

Por tanto, sé que la Avenida era evitable, sé que podía haberse planificado y construido con más cuidado, inteligencia y sentido de la forma, atendiendo a la noción no sólo de lo que es una ciudad contemporánea, sino también simplemente una ciudad del Renacimiento. Y sé que todo lo que alcanzo a ver desde mi séptimo piso deriva de forma directa de la fealdad de aquel original repunte vital posbélico y posfascista, el mismo que me generó a mí.

Hoy me asomo a la terraza de la cocina y siento que sopla viento del norte, tal vez del

noroeste. Me dicen que, cuando el aire se limpia y se enfría como ahora, las islas del archipiélago que hay frente a nuestras costas siguen apareciendo más allá de la línea última del mar, de nuestro mar pequeño, limitado, con horizontes tan cercanos que navegar en su interior no lleva ni mucho tiempo ni comporta peripecias extremas originadas por el frío y las tempestades. Me he convencido de que desde la terraza de mi cubículo el ojo abarca todo lo que hay que saber, porque en el fragmento circundante de paisaje pseudourbano está escrito lo que somos. En el cielo, hacia el este, aún se ve una luz del alba con nubes rosas sobre un fondo amarillo, el sol ha salido hace una hora, pero no se ve porque está escondido tras la colina del Enclave Cristiano y de la Cúpula. Desde esta séptima planta, el espacio que existe más allá del Nudo Vial se dilata hacia oriente hasta los últimos barrios de la ciudad, inmediatamente detrás del Anillo de Gronda, y más allá, hasta el trasfondo montañoso de la dorsal de los Apeninos y más allá, hasta las primeras montañas auténticas, completamente nevadas, una rareza vistas desde aquí, donde reinan las lluvias tropicales y las cotorras.

Nuestras islas están aquí, a pocos pasos, a lo sumo a cien millas marítimas, no en el océano Índico, no en medio del Pacífico, no a lo largo de África. La vastedad del mundo, la única que podría curtirnos y reeducarnos con sus maravillas, con la diversidad de la que está colmada, con crueldades a veces inauditas, la vastedad del mundo nos es negada, hoy como en el pasado, y es inútil citar a Colón, Pigafetta, Vespucio, Verrazzano y demás: no eran más que técnicos al servicio de otras potencias mundiales.

De vez en cuando, una persona sagaz y pensante aconseja que nos abandonemos a nuestra esencia meridional, que es climática y geográfica antes que cultural, económica y antropológica… ¿Y por qué no entregarse también al catolicismo, a la eterna implementación de la desresponsabilidad individual? ¿Por qué no sucumbir, como siempre hemos hecho, a la falsa conciencia colectiva del tipo «Somos antiguos, sabemos cómo va el mundo», aunque desde aquí el mundo *real* esté lejos y en la práctica nunca lo hayamos visto? Ya puestos, ¿por qué no abandonarse al misterio caliente y ancestral de nuestra esencia mafiosa y familista, que dura y se perpetúa como suele decirse «a todos los niveles», desde el crimen hasta la cultura, pasando por la universidad, el trabajo o la política, hasta todo lo visible y lo invisible, y se manifiesta de mil formas distintas, aunque todas secretamente idénticas (sólo hay que aguzar un poco la vista)? Al dejar de adherirnos a un *ethikós*, a una «teoría del vivir», aunque sea hipotética, confusa, utópica y espuria, al dejar de tener un proyecto de mejora, transformación y revolución de la sociedad en la que vivimos, sólo nos queda la dimensión basal, zoica, de la existencia: hijos-nietos-mujeres-maridos-cuñados-primos-suegros-comer-beber-pasear los domingos por la tarde-hacer la compra-cagar-ver la tele-lavarse los dientes-practicar sexo o, como horrendamente se dice hoy en día: chingar-y luego dormir. Ningún proyecto que no sea económico, personal y a corto plazo. Cambiar de casa, cambiar de coche, comprar una plaza de garaje, bonos del Estado. Irse de vacaciones. Ningún sentimiento colectivo, sólo

el de pertenencia al Equipo de fútbol y a esta ciudad porque lleva el nombre del Equipo de fútbol.

Hoy, mientras me asomo a la Avenida con este viento frío del noroeste, reconsidero la idea, bastante común, de que el País cogió impulso en los años cincuenta y sesenta, se elevó hacia lo más alto, en un esfuerzo inédito e inaudito, en un intento por salvar la barra de salto de altura que lo separaba de ser una democracia *occidental y moderna*, y que luego tropezó y cayó en picado tras derribarla.

Si creyera en la fenomenología urbana que circula por el Cuadrante, ésta me devolvería la imagen de un país envejecido, debilitado, jubilado, cansado, desganado, falto de interés, abúlico, pegado a la televisión de los canales públicos, cuya primera noticia siempre es lo que ha hecho/dicho su papa enérgico, o su papa bueno, o su papa teológico, distante, un poco nazi, o su papa de la liberación, purificador de los antros del Templo, mientras que los canales privados llevan décadas contando las cosas de otra forma, en pro de una autoindulgencia pagana, consumista, hedonista, frívola. Un país que, durante la segunda mitad del siglo XX, ya dio lo mejor de sí y ahora no puede, ya no quiere saber nada de la realidad que se supone que hay más allá de las antiguas Torres de VPO, más allá de estas lomas de arcilla, fuera del cinturón de los Grandes Hospitales, donde un mundo entero presiona y cambia continuamente las cartas que hay sobre la mesa, los pactos, el lenguaje, los objetos, las condiciones mismas de la vida.

–¿Diga? ¡Qué pasa, maricón!

Con todo, es una imagen preimpresa. Nadie tiene un cuadro exacto de lo que está sucediendo, de lo contrario nos encontraríamos ya en el Punto Omega, en el humano omnisciente que hace un dios de sí mismo. Aquí veo cosas, anoto indicios mentalmente e imagino a ancianos de mirada perdida embobados en sus viejos sofás pre-Ikea que apestan a perro. E imagino que en la Avenida también se instaurarán nuevos modelos de relación entre lo verdadero y lo falso, entre lo que es auténtico y lo que se construye en un escritorio/en un laboratorio/en una sala de operaciones, paradigmas que, con el tiempo, se han instaurado en nuestras mentes generando imitación estética y ausencia de cualquier percepción de falsedad. Alguien está trabajando en nuestras mentes de gran clase media y, sin más mediaciones de partidos, intelectuales, periodistas o curas, las conduce con facilidad a su redil. El fenómeno puede observarse bien incluso aquí, donde se está abriendo camino algo natural y profundo, que reacciona a los desafíos de la realidad como una serpiente asustada y acorralada. Al principio mordemos a ciegas, pero luego, poco a poco, nos adaptamos porque no tenemos ninguna sensación de inferioridad, ninguna insatisfacción, ningún conflicto de clase, ningún afán de superación, ningún proyecto político al que adherirnos, ninguna visión de conjunto, ningún futuro, no nos importa nada ni nadie, vivimos por vivir. No sentimos que

tenemos un vacío de población, de cultura, que colmar sabe Dios con qué casta superior. Hay castas, pero no son más que bandas de ladrones a los que dar caza. A nosotros nos va bien así.

–Guapa la riñonera.

Es la estabilización, la muerte de las aspiraciones al cambio y el advenimiento de la satisfacción de ser como se es, reconfortados por el consumismo mediático, por el fin de la utopía y por la instauración de una política del presente, que no es más que una tecnocracia torpe y ocasional del día a día, el populismo del llegar a fin de mes, del quítame el impuesto de la casa, del echar a todos los extranjeros, del conseguir de vez en cuando vaciar algún contenedor que otro lleno de basura.

No sé por qué, cuando me encuentro con un amigo, un examigo, o incluso un enemigo, más a menudo un exenemigo, uno de ésos de los que no sé nada desde hace mucho tiempo, un coetáneo al que perdí de vista hace siglos o simplemente un tío al que conocía, en resumen, una cara conocida, y noto en él un deterioro senil acentuado o una enfermedad patente, un temblor en la voz, una postura vacilante, un movimiento, una extremidad superior que oscila rítmicamente, o un mutismo, un rictus, una deformación del cuerpo, una dificultad para hablar tras la explosión de un vaso sanguíneo en el cerebro, una curvatura anómala de la espalda, etcétera, no sé por qué, cuando constato el malestar de los demás, los daños de la vejez o me entero de la muerte de alguien, no sé por qué, me avergüenza decirlo, experimento una especie de placer secreto, profundo e inconfesable –en cambio aquí lo digo y lo confieso– por ese reflejo de orgullo-miedo, por ese *mejor a ti que a mí*, por esa dicha de seguir vivo en la Avenida con una salud relativamente buena (y, mientras lo escribo, me toco patéticamente el escroto petrificado para ahuyentar el mal fario). Es extraño descubrir dentro de uno mismo sentimientos asquerosos, mitigados tal vez desde el nacimiento (con toda probabilidad reprimidos por la influencia de una moral, de una cultura, de una religión). No una envidia normal, un resentimiento recurrente, no un odio robusto, ni desprecio, ni ira, ni repugnancia, ni crueldad ni racismo. Nada tan reconocible, nada tan abiertamente reprobable. No, nada de eso; más bien una silenciosa serpiente de hielo que me envuelve el corazón en el momento en que experimento, o creo experimentar, el máximo afecto o solidaridad, y lo ensucia con una sutil y nauseabunda falsedad que definiría como PASMA, Piedad AutoSatisfecha por los Males Ajenos.

Un viejo acompañado de una cuidadora entra con una bombona de oxígeno a la espalda y cánulas en la nariz. La cuidadora compra cigarrillos, no se sabe si para ella o para el viejo. Salen.

El camarero maduro:
–A mí no me dejéis que llegue a eso, ¿eh?

El espacio público, es decir, ese sistema de lugares urbanos donde uno va a participar de la *civitas*, a observar a los demás y dejarse observar, al menos aquí en la Zona no existe y nunca ha existido. Tal vez sólo fue localizable a ratos en la antigua barriada obrera de la Cavidad, o sea, la Pequeña Rusia, pero no como calle o plaza, sino más bien como sistema de ensanchamientos, corralillos y patios por lo general de escasa pertinencia habitable, una especie de cavidades resultantes de una edificación sin reglas y aun así vitales, es decir, vividas y frecuentadas. Aquí sólo tenemos la anteiglesia y el interior de las dos o tres iglesias horrendas de reciente construcción donde se va los domingos, como se hacía en todas partes durante los años cincuenta de dominación católica, y como se sigue haciendo hoy en día en los pueblos.

Por tanto, incluso queriendo, es decir, incluso conservando restos de precedentes culturas de privilegio social pequeño y mediano, ¿de qué sirve vestirse «bien»? ¿Quién nos mira mal si no lo hacemos? Es más, ¿quién nos mira, simple y llanamente? ¿Dónde ha terminado la presión social, la coacción para el decoro? ¿En la corbata? ¿En el sobretodo? ¿En los zapatos de cuero rojo o negro, rara vez de gamuza, modelo Duilio clásico, cutres incluso pero *zapatos* al fin y al cabo? ¿Qué ha sido de la norma no escrita que prescribía que, en la calle, en los bares y en los medios de transporte públicos había que ir vestidos de cierto modo, más o menos decoroso y «con gusto», aunque siempre con tendencia a una forma tipológica, consolidada por dos siglos de hegemonía burguesa? Así que yo también me pongo cómodo, aunque de vez en cuando me sorprendo deseando una corbata expuesta en un escaparate, o una chaqueta, para decirme a continuación: Pero ¿cuándo me la pongo? ¿Es que no te acuerdas de que ya no te pones ni camisa? ¿Qué chaqueta ni chaqueta? ¿No ves que no pega? Y, aunque lo hiciera, no te la pondrías porque tú no te pones chaquetas, son incómodas y te dejan la barriga desprotegida, te dañan la fauna intestinal.

No obstante, vestirte, elegir y ponerte cosas que te gustaban… ¿Te acuerdas de la cazadora de cuero de segunda mano que te tiraste años llevando? ¿De la chaqueta de *tweed* que te compraste en Londres y que nunca llegaste a estrenar? ¿De los Levi's 501 nuevos y duros que aún tienes que desgastar y modelar usándolos mucho y lavándolos poco, que te ponías a veces con una americana azul oscuro, una camisa de rayas y una corbata roja de malla de algodón? Vestía con gusto burgués, tenía mis modelos, me gustaban unos mocasines y no otros, pero no es que *tuviera buen gusto*, simplemente me *adhería* a un estilo, pertenecía a un *look* angloide, que hibridaba y contradecía con elecciones que, en aquella época, se llamaban *casual* –en oposición a lo que de formalidad quedaba, y sigue quedando muy estúpidamente, en la vestimenta masculina–, dictadas por mi pertenencia progresiva primero al Movimiento, luego a los grupos y,

finalmente, antes de unirme a las fraternidades socialistas, al Partido.

Ataviado de ese modo quería aludir a una supuesta traición de clase y al postodo completamente imaginario. En el fondo era tan ridículo como lo habían sido los compañeros del movimiento con sus parkas, sus boinas, sus pañuelos rojos, o los intelectuales de sección, que llegaban por la tarde con el chaquetón oscuro, la sempiterna bufanda roja y el gorro de Lenin en la cabeza. Nos imaginábamos *en la otra parte*, como si de verdad fuéramos antagonistas y no miembros de un sistema que nos *atrapaba* en sus mecanismos de reequilibrio, de moderación de las tensiones sociales, de redistribución de la renta, de modernización laicizante de un catolicopaís arcaico al que conducían de la mano hacia el consenso secular, que es lo mismo que decir hacia las playas resplandecientes del consumismo, de la cultura de masas, de la democracia mediática, de la clase media total, hacia la abolición de la «infelicidad pequeñoburguesa», hacia el orgullo de la medianía y de la ignorancia aclamadas y políticamente reivindicadas de la actualidad, a las que ya no tengo objeciones que hacer.

De tarde en tarde, también aquí, en la Avenida, aunque menos –estamos en la era, no se sabe de cuánta duración, de los *slim fit pants*–, veo pantalones de campana y me pregunto cómo es posible que semejante estilo haya perdurado tanto tiempo, calculo que unos quince años, y que mientras tanto se observe una auténtica afirmación de su forma opuesta, la adherencia, también excesiva y vulgar, pero mejor que eso de ahí, propio de Tony Manero, los Bee Gees, Abba y, antes que ellos, mucho antes, los maravillosos vaqueros del Kowalski de *Punto límite: cero* y, antes incluso, los hijos del movimiento *hippie* de 1966 en California, donde se puede decir que nació toda nuestra era.

Los zapatos nunca eran los que yo quería, pues las marcas y los modelos que me gustaban costaban demasiado y eran incluso difíciles de encontrar. Únicamente los vendían en tres o cuatro sitios de la periférica y decadente Ciudad de Dios. La estabilidad de aquellos modelos impresionaba: el mismo zapato, no cambiaba. Tardabas años en gastar un par de mocasines Saxone y, después de cambiarles muchas veces las suelas, cuando el cuero –la piel de animal, de criatura sintiente, digo ahora que me parece saber algo más sobre nuestro lugar en el mundo– había cedido y se rompía, en ese momento supremo de belleza, cambiaba de zapatos y, si tenía dinero, volvía a adquirir exactamente el mismo modelo y a llevarlos durante otros cuatro o cinco años hasta conferirles aquel desgaste apical al que aspiraba antes de tirarlos… Hoy en mis zapatos no hay cuero, por decir algo. Nada de piel de criatura viva, sólo explotación de mano de obra, ya casi en exclusiva asiática: china, taiwanesa, vietnamita, tailandesa, india, surcoreana, eso dicen las etiquetas. Los zapatos de mierda que calzo existen porque alguien les ha chupado la sangre a unos seres humanos desconocidos para mí, pero presumibles por la etiqueta *Made in Indonesia*. Tal vez mañana, antes de que la automatización destruya el trabajo, haya millones de africanos que ensamblen piezas de nuestros juguetes icónicos y de nuestros zapatos inteligentes en fábricas inmensas.

En resumen, alguien, en alguna parte, sigue construyendo objetos físicos en lugares llamados *fábricas* sirviéndose de máquinas. Aquí en la Península las fábricas-universo ya casi no existen. Las caducas instalaciones más relevantes de la actualidad son «arqueología industrial», la más estúpida rama de la conservación, y dan la impresión de coches abandonados de los que sólo queda el esqueleto herrumbroso y a los que hace falta asignarles una nueva función. Aquí, en el barrio, están los restos macizos de un único horno. Los quieren conservar para hacer un centro cultural, dicen en el Porcacci.

En el estancamiento general, y en particular en el del Cuadrante, nadie es capaz de ver el *quantum* no eliminable de cultura y de maneras burguesas que sigue anidando en mí, aparte de mis raros semejantes de la Avenida, despojos de una clase que renunció hace mucho tiempo a su función dirigente y que pasea, en la comodidad de discretas pensiones, por las calles del norte de la Ciudad de Dios. Perdidos en una comunidad que no reconocemos, confundidos por la democracia mediática en la que estamos inmersos, incapaces de participar en el espacio informático como espacio público, legitimamos tácitamente los centros comerciales como lugares-refugio, título al que, por otra parte, tienen pleno derecho.

Por más que me esfuerce en estar en el presente, en realidad estoy en otro momento. No en el pasado, en el que no me obstino en no reconocerme y que no añoro, ni en el futuro, que imaginaba distinto del presente en el que se ha convertido. Mientras mi cuerpo ocupa y recorre el espacio cada vez con mayor fatiga física, mi mente vaga por un limbo en el que fragmentos de comprensión, correspondencias inesperadas e intuiciones inverificables fluctúan en el líquido cada vez más denso de la marginación cognitiva, que es cuando la mayor parte de las personas que te rodean saben cosas que tú no sabes y no te lo dicen. Porque, de todos modos, no las comprenderías.

> Ahora casi todas las noches me espera un sueño desapacible, que es cuando me veo semidesnudo, es decir, sólo con una camisa puesta, en general de algodón azul marino, no sé por qué, o bien completamente desnudo, en medio de una marabunta de gente vestida de los pies a la cabeza que no me hace demasiado caso y que, cuando lo hace, me desprecia en silencio. Ninguno de los invitados –normalmente se trata de una fiesta elegante– me habla, a pesar de mis intentos por comunicar, por saber lo que los demás saben pero no me dicen, es decir, el horario de salida del Barco, el último barco, que en este momento estoy seguro de perder, porque debería volver a la habitación, recoger mis cosas, vestirme, hacer la maleta y bajar corriendo al muelle con la esperanza de que no haya llegado y se haya marchado ya, pero no hago nada, me quedo allí de pie semidesnudo. Las personas que me rodean se juntan formando pequeños corrillos cerrados. Oigo que conversan, ríen, beben aperitivos. No consigo entrar, participar. Están a lo suyo, me ignoran, y no sólo porque estoy sin pantalones: la falta de pantalones no es más que una señal, un síntoma de lo que soy. Siento que el nabo se me encoge hasta alcanzar las dimensiones de un meñique, y el escroto, arrugado como una pasa,

apunta a lo alto, como si quisiera esconderse en la ingle. De repente me doy cuenta de que el Barco ya ha zarpado, de que todos han conseguido subir y de que se han marchado y estoy solo. Era el único modo de marcharse de aquí, donde tendré que quedarme todo el invierno.

Éramos adultos. Jóvenes aún, pero sin duda adultos. Por eso aquella relación era diferente a las historias anteriores que ambos habíamos vivido. Entre Carla y yo nada fue nunca absoluto. Creo que éste era el motivo de la belleza de aquellos años de finales de siglo, para mí tan difíciles. Suspendido por el Ministerio, no tenía ingresos más allá del alquiler de mi casa. Vivía en la suya, hacía la compra por la mañana, me sentía confuso, caminaba, revisitaba por turnos los museos, las galerías, las iglesias y los monumentos de la Ciudad de Dios, leía novelas, ensayos de historia del arte y de estética, tomaba notas, compraba catálogos de exposiciones, seguía los juicios en los que estaba implicado, íbamos al cine casi todas las tardes, luego comíamos algo fuera, o en casa, nos gustaba estar juntos. Carla hablaba poco, decía pocas cosas, pero solían ser perspicaces y pertinentes. Yo, en cambio, hablaba mucho al principio, me sentía obligado a llenar el silencio, pero con el paso del tiempo poco a poco lo acepté: con Carla el silencio era un *continuum* natural; la palabra, una excepción. Estaba seguro de que me condenarían a algunos años de cárcel, así que disfrutaba de cada instante con ella como si fuera un regalo, una pausa inesperada, inmerecida, transitoria, como un calvero en el enmarañado bosque de mi existencia de imbécil. Sabía que no duraría para siempre: una circunstancia o alguien, o puede que ambas cosas, lo destruirían todo. Por eso era todavía más bonito.

Si dejo que aflore el recuerdo carnal de Carla de los rincones donde lo albergo y que actúe a su antojo, aún hoy siento una languidez púbica, una especie de desfallecimiento ralentizado. Lo que lo provoca es el despertar prostático que mencionaba –ya tengo conciencia y percepción de tener próstata, órgano del que he hecho caso omiso durante todo el tiempo que he sido joven y menos joven– y que aparece con cada recuerdo sexual profundo. Una especie de conmoción, un desperezo gozoso de fibras de carne, que imagino rojas, largas, bañadas en sangre, a veces una erección, a veces, ya en raras ocasiones, una erección tremenda, encaminada con desesperación al regreso de algo que hace años que ya no está. La carne no acepta fácilmente las separaciones, por eso sería mejor no terminar nunca ninguna relación, dejarlo todo abierto, todo en un *tal vez*, sería más coherente la incertidumbre. Aunque pudiese declararme enamorado de su mente, Carla me gustaba sobre todo por la esfera de atracción

física que propagaba a su alrededor, como una peligrosa deformación del espacio-tiempo. Si te encontrabas lo bastante cerca como para entrar en su campo gravitacional, tendías a caer literalmente encima de ella. Ella casi siempre te esquivaba, pero para la víctima era difícil salir de allí, alejarse, olvidarla, mirar hacia otro lado. Antes de que se presentase en mi excarcelación, no tenía ni idea de si le gustaba o no, pero en todo caso ya llevaba tiempo atrapado en su campo de fuerza. Ella parecía no hacer nada para alimentarlo, pero existía y era potente. Desde aquel día en adelante y a lo largo de algunos años, para mí la vida fue esencialmente ella y por ella, fue perderme en sus brazos y en su carne. Así era entonces ocuparme de su cuerpo, así es hoy escribir estas palabras: siento casi el mismo anhelo, como si ella me hubiese dejado su marca, un tatuaje indeleble en alguna parte… Estoy metiendo el dedo en la llaga, pero acto seguido paro, presa de una angustia asfixiante y de un corazón que empieza a latirme como si quisiera destrozarme las clavículas.

Luego llegó una condena leve, con la condicional. Me cayó también una suspensión de cinco años del Ministerio. Me readmitieron al cabo de tres, con el mismo grado y sueldo que antes, pero en la práctica sin una estructura ni una función verdaderas. Me convertí en un ciudadano más, casi como el resto.

Cincuentón hijo de panadero: ¿Y los que quieren refundar el comunismo?

Exintelectual de sección: ¿A qué te refieres?

Cincuentón hijo de panadero: Me refiero a que el socialismo no puede ni debe ser incompatible con la libertad y la democracia…

Exintelectual de sección: Pero ¿tú tienes la menor idea de lo que es el socialismo, el de verdad?

Cincuentón hijo de panadero: ¿Me lo vas a enseñar tú?

Exintelectual de sección: El socialismo es cuando le quitas las cosas a la gente, es cuando pones la propiedad en común, la casa la compartes con quien no tiene, es cuando todo se decide en los consejos obreros, es cuando ya no pintas nada como individuo porque te lo han quitado todo. Si mandabas, ya no mandas. Si tenías dinero, casas, fincas y cuentas en el banco, ya no tienes nada. Ya no eres nada. Las masas te reabsorben, te guste o no. Y, puesto que muchos no quieren, es decir, no dejan que se lo quiten todo, entonces adiós a las libertades democráticas. Así que, para llevar a la práctica el socialismo, necesitas la represión, la línea, el pensamiento único y el gulag. Con la democracia, a lo sumo, haces socialdemocracia: no le hago ascos, es mejor que nada. Pero el comunismo *es eso*. Siempre ha sido esa cosa de ahí que, a ti, que estás podrido de democracia occidental, no te gusta en absoluto. Pero ¡es eso! ¿Recuerdas cuando se hablaba de «dictadura del proletariado»? Pues *eso* es.

Él, el exintelectual de sección, también va a hacer yoga (le viene bien, se siente mejor, se

mueve mejor) al antiguo centro social ocupado, concedido amable y gratuitamente por el Ayuntamiento de derechas, o por alguna otra institución. Nadie tiene ganas de desalojarlo, de iniciar un litigio con estos paleocompañeros cazurros, con cooperativas que viven de pseudoantagonismo y confusión mental, con centros sociales cubiertos de viejos grafitis y murales monstruosos que se dedican, por lo general, al asesoramiento de pensionistas, a las clases de danza, de taichí, de yoga, de gimnasia ayurvédica, a aperitivos entre compañeros y cenas sociales. «¿Compañeros de qué? ¿De quién?»

Es una orgía de falsa conciencia, incluida la mía, rumia seguramente este compañero anciano que siento tan cercano y que también aguarda con paciencia la muerte con una pensión decente en un apartamento decente, ahora de su propiedad, ubicado en una de las plantas altas de las Torres, unas viviendas que nacieron fuera del mercado pero que ya forman parte de él, como todo lo demás, como las mentes de los fósiles vivos que se sientan en el bar, sobre todo cuando hace sol, y que después del arduo trabajo, callan y disfrutan como antiguos soldados en posición de descanso, con un agotamiento que aún tendrán que soportar en gran parte, que ya les ha calado hasta los huesos y que se quedará ahí para siempre.

Falsa conciencia hoy en día significa considerarse de izquierdas, me dice el exintelectual de sección, es el aburguesamiento general, pero en realidad es algo más; es como si todos nos hubiésemos vuelto iguales, como si todos nos hubiésemos encontrado a mitad de camino: mientras los proletarios ascendían y el aburguesamiento transformaba su mentalidad, los burgueses descendían y el empobrecimiento también transformaba su mentalidad. Así que aquí estamos, sin creer en una puta mierda, ni en Dios ni en Marx, y mucho menos en el Duce, sólo creemos en lo que nos dice el cocinero de la televisión, en el dinero y en el gimnasio. ¿Entiendes?

De las décadas industriales y comunistas, como siempre sucede en un planeta al que le cuesta borrar las huellas de su pasado, quedan numerosos vestigios, fragmentos antropológicos y culturales, más que físicos, porque, en este tiempo, casi todo ha mudado de aspecto, también la ciudad, que incluso ha adquirido una inercia mayor, ha cambiado mucho. Por eso, a veces vuelven a verse carteles donde, de entre las torres de hormigón, surge un puño, proletario y bolchevique, aunque ya aplacado, desarmado en conflictos con trenes de alta velocidad y gasoductos subterráneos, en luchas en sí mismas justas por la vivienda, pero como extenuadas, debilitadas por una ausencia tácita de ideología de oposición y, por tanto, de un consenso ficticio.

No sé quiénes son en realidad, ni qué piensan en verdad ahora estos exmilitantes descendientes de familias obreras. No soy más que un burguesucho que sólo se ha relacionado con otros burguesuchos como yo, que han vivido toda su vida en un acuerdo sustancial con el mundo que los rodeaba. Conozco a otras personas que han alcanzado este acuerdo hace muy poco; puesto que están envejeciendo, han establecido una línea de compromiso basado en un pensamiento moderado y de mediación: no se sobrepase, por favor, eso es cosa de otros tiempos, de cuando teníamos otra edad, ahora lo primordial es garantizarle una estabilidad al sistema que nos paga la pensión. En el pasado, mis coetáneos se rebelaron, o creyeron rebelarse, fingieron oponerse, se opusieron de verdad, trabajaron para el sistema y contra el sistema, en definitiva, se revolvieron contra las aguas impetuosas del capitalismo consumista que, pese a las diferentes crisis y contratiempos, ha reinado desde los setenta hasta la actualidad, cuando hemos entendido que, en el fondo, todos estamos de acuerdo y nos sopla la polla. Y hoy estas personas se burlan de lo que hacían cuando eran jóvenes, reniegan de lo que eran y se alinean con lo que presumiblemente era el pensamiento de sus padres, con algún matiz y alguna diferencia: ellos ahora piensan en purificarse, en eliminar el colesterol malo, en el ejercicio aeróbico, en hacer cinco kilómetros al día a paso ligero, con el pulsómetro, en la bici, en la colonoscopia de cada 5 años.

–Venga, que tengo gente. Te llamo luego… ¡Si te he dicho que te llamo luego, es que te llamo luego!

Los gilipollas del siglo XX, aún en forma, van en bici y con frecuencia se reúnen cerca

de la tienda de bicicletas, allí arriba, cerca del pinar, que se ve también desde aquí –sobre todo al atardecer, cuando filtra los rayos del sol–, donde una especie de camello los tiene enganchados con ofertas continuas: cachivaches e inventos tecnológicos, prendas de vestir transpirables, cortavientos, autosecantes, hidrorrepelentes, ignífugas, retrorreflectantes, térmicas, cascos de poliestireno, último modelo con luz intermitente en la nuca, de todas las formas, colores, modelos, pesos y precios. Zapatillas especiales, pantalones cortos prostáticos, sillines ídem, hasta cuadros enteros de carbono ligerísimos que rondan los cincuenta mil euros. Es demasiado, pero sería fantástico poder permitirse uno de ésos…

El ciclismo es una fase. Dura unos años de idas y venidas por las carreteras romanas y no romanas, por las pequeñas carreteras periféricas semidesiertas –donde por la tarde siempre existe la posibilidad de que te arrolle una furgoneta que no te ha visto– o por carreteras que van hacia el norte, entre la letanía infinita y desperdigada de chalés, todos de la misma forma y color, como si los hubiera diseñado el mismo arquitecto –en realidad es así, pues las mentes de los arquitectos peninsulares están misteriosamente conectadas entre sí para producir construcciones de una familia estilística uniforme, que los libros de arquitectura no tratan, pero que antes o después, en un futuro, alguien tendrá que estudiar–, a lo largo de los barrancos volcánicos de la gran placa de toba, las crestas repentinas custodiadas por antiguos asentamientos también de toba, que parecen medio vivos, colocados en todo lo alto como salchichones colgados del árbol de la cucaña; hay que llegar a fuerza de pedaladas, con el riesgo de que el corazón te estalle de un momento a otro.

La imitación desempeña su papel. A pesar de la edad, casi siempre se trata de hombres: lo ves por las pantorrillas tonificadas y torneadas, señal de testosterona aún presente. Puede que alguno siga con la afición, pero es raro. Muchos dejan el ciclismo enseguida, víctimas de la pereza. Los que siguen montando en bici, que son cada vez más viejos, lo primero que te dicen en el ascensor es el número de kilómetros que han hecho esa mañana, algo así como unos sesenta y tantos. Todos los días, se supone. Para mí es como una droga. El médico dice que me viene bien. Además, ¿qué otra cosa hago si no monto en bici? También participo en algunas carreras. En las supersénior no salgo mal parado. Los profesionales están todos dopados. Incluso llevan un motor. Eléctrico. Oculto. Eso, las tristísimas competiciones sénior –y supersénior, decrépitos, superdecrépitos y mayores de noventa– que hay en cada deporte: agonismos negados oficialmente (¡vamos a divertirnos!), pero muy sentidos en la práctica. No se divierten (o quizá sí), se esfuerzan, dan sentido a unas existencias que se tornan cada vez más vacías. No es que en otro tiempo estuviesen precisamente llenas, pero tenían trabajo, bueno, tenían un empleo.

El empleo, especialmente si es público, es distinto del trabajo. Ante todo, significa tener que desplazarte todas las mañanas por obligación desde tu casa hasta otro lugar,

donde deberás quedarte por obligación más o menos ocho horas, después de las cuales –de alguna forma las habrás pasado– podrás volver a casa.

Si en su día el ahora veteroimbécil consiguió uno de los no tan escasos puestos vacantes en la función pública de la Ciudad de Dios –ya sean municipales, regionales, provinciales, ministeriales o estatales–, aquello debió de ser para él algo parecido a subirse a un tren lento y chirriante, aunque seguro, que lo condujo sin sacudidas al umbral de una edad que, si bien aún no se considera vejez, es útil pare recibir la pensión, ir en bici y hacer todas las cosas que siguen haciendo los no-jóvenes bien conservados, incluido follar a diestro y siniestro. Incluido, como ya mencioné, teñirse el pelo o hacerse algún tatuaje en el gemelo. Es probable que el empleo no lo haya quemado, al contrario. Hasta en el caso de que hubiese trabajado –el ocio total retribuido, que no está prohibido por ley ni castigado con el despido, lo máximo que te puede caer es algún que otro sermón incluso por escrito, puede resultar aburrido para algunas personas–, tampoco se habría deslomado, a lo sumo habría tenido algún día de mayor presión por un plazo inminente, compensable con horas extraordinarias y bajas por enfermedad prescritas por el médico de la seguridad social. Por tanto, si has tenido un empleo en la función pública, el trabajo no te habrá matado. Ni siquiera se podrá decir que has sido un *white collar*, porque siempre te has vestido como te parecía y nadie te ha dicho nunca nada. Sabemos bien que tu generación, que creció en los setenta, era anticonvencional. Así pues, todos los días en la oficina, sí, pero vestido como me da la gana y trabajando cuando y si me lo parece: deberían darle las gracias al padre eterno porque alguien como yo siga aquí con el sueldo que me dan, cuando fuera, en el sector privado, por hacer lo mismo, me embolsaría un pastón.

–Fuera de aquí, no digo que se trabaje, pero algo tienes que hacer, porque si no te echan.

–Claro, pero por lo menos te pagan.

–No te creas. Te pagan un poco más, pero, cuando no te necesitan, te echan a la calle. Aquí cobras poco, no haces un carajo y es para toda la vida. ¿Quieres meterte en el sector privado? Ahí fuera se matan por un mendrugo. Y, además, facturas, abonos, recibos, impuestos, declaraciones de la renta, precariedad infinita, despidos, chantajes. Un infierno. Y son *responsables* de lo que hacen. ¿A ti cuándo te han tocado las pelotas? Si haces una gilipollez… Que nunca la harás. Aquí una metedura de pata es una metedura de pata, las consecuencias son mínimas, si no hay dolo *deben* ser mínimas. Claro, ahora las cosas están cambiando, pero sólo para los dirigentes: a ti, Responsable del Trámite, no te afecta. Tranquilo. Y, además, hasta los dirigentes… Si hacen una tontería, incluso si roban, ¿crees que los echan? Jamás. Se hacen un seguro para las posibles costas judiciales –es lo primero que deciden en cuanto se sientan detrás de la mesa– y duermen tranquilos como niños.

El veteroimbécil –en el Ministerio conocí a bastantes– todavía se acuerda de cuando, en aquellas bonitas mañanas, después del primer café, tras haber revisado el correo entrante, haber enviado lo que había que enviar, haber escrito dos cartas y haber hablado con el dirigente de turno sobre un tema cualquiera que le trae sin cuidado, despacio, sin alterarse, daban las once, que era ya un logro, la antesala del mediodía, es decir, del trampolín que llevaba directo a la una, es decir, a la pausa para comer. Horas gratas de charla, de ir en grupo hasta el bar para el café de media mañana, de tirarle los tejos a alguna compañera mona, puede que también casada y con dos hijos (mejor casada: menos problemas), leer el periódico, fumar un cigarrillo tras otro, hablar de política con los compañeros y con los sindicalistas (con los fascistas no se hablaba, con los democristianos era imposible) y, sobre todo, de fútbol. Mañanas transcurridas llenando los ceniceros hasta el borde. Y poco más. En mayo se hablaba de ciclismo. La pasión por la bici le entró viendo el Giro, el Tour y a Pantani. En junio ya se empezaba a hablar de las vacaciones, el lunes volvíamos a la oficina rojos por el sol del fin de semana. Mientras tanto, se planeaban las vacaciones –momento importante del año, cargado de potenciales conflictos y rencillas posteriores– y se organizaban los turnos, aunque luego, en agosto, la oficina se quedaba igualmente vacía. En julio empezábamos a irnos de vacaciones. El imbécil semiviejo recuerda aquellas reuniones espasmódicas de finales de julio, por completo inútiles, porque al viernes siguiente se iban todos y no quedaba nadie para hacer las cosas que no-se-decidía- hacer. Pero era un ritual que se celebraba cada año, antes de ese paraíso de rascarse la barriga en agosto que esperaba a quien se quedaba porque se había cogido las vacaciones en julio: así, decían, los meses de vacaciones son dos. Y luego el ritual de las reuniones, cansinas, soporíferas, repetitivas y continuas, que se celebraba después del diez o del quince de septiembre, cuando se volvía a hacer algo, lentamente y con calma, pues a los políticos también les costaba despertarse del letargo del verano mediterráneo y, por tanto, aspiraban a poco. No es que luego, durante el resto del año, aspiraran a gran cosa. Ellos también conocían la administración pública y, si querían algo rápido, se lo buscaban fuera, con las asesorías.

> ¿Qué eran ésos sino elementos del socialismo? ¿Qué había de malo en vivir así? Todos así, quiero decir. Tutelados. Las cosas se hacían, pero todo requería su tiempo, sin excepciones, sin chantajes, sin prisas, salvo cuando vencía el plazo de alguna financiación y tenías al político de turno encima todo el santo día; mejor dicho, yo no lo tenía, lo tenía el dirigente y éste le pasaba la pelota al responsable del trámite, que me la pasaba a mí, a nosotros, que también intentábamos pasársela a alguna figura marginal, como los jóvenes que entraban con contratos temporales, para que se pusieran manos a la obra. Había algunos que, incluso por el mero hecho de trabajar, pillaban dinero: «El sueldo es una base, pero el trabajo se paga», repetían por ahí, riéndose. Era bonito pertenecer a algo y tener el puesto asegurado de por vida; era bonito entrar en la cooperativa y hacerse la casa en el Cuadrante, dentro del Plan Inmobiliario

Económico Popular que el Ayuntamiento había trazado para las Torres de VPO, era bonito hacer de sindicalista, llegar a los lugares de trabajo donde había una asamblea, fabricarse el cenicero con el envoltorio del paquete de cigarrillos, fumar y discutir en politiqués toda la mañana con los compañeros durante la pausa sindical. El sueldo estaba vinculado a la escala progresiva –hasta que fue abolida en un referéndum: el comienzo de la catástrofe actual–, los ascensos, al menos hasta un momento determinado, fueron automáticos. Hasta poco después no vinieron a tocarnos los huevos con el responsable del trámite, con los concursitos internos para obtener este o aquel puesto microdirectivo, con lo del cumplimiento de los objetivos y todo lo demás. Por doscientos euros mensuales más te cargaban con un montón de responsabilidades, la tensión se te ponía por las nubes con lo más mínimo, tenías que trabajar hasta las ocho de la tarde, darles por culo a los subordinados, aunque yo no me he sentido nunca el subordinado de nadie: si querían que trabajase, tenían que hacerme bien la pelota, si no, nada. Pero el sindicato ya era débil… Siempre he imaginado el socialismo como un ministerio grande e inmenso, con fábricas y servicios incluidos: un contenedor enorme de empleados públicos con puesto y salario garantizados que hacen las cosas con calma, sin echar el bofe por el beneficio, donde existe una cadena de responsabilidades y, si haces una tontería, la pagas, pero no te echan, a lo sumo te degradan. Cada cual se tomaba su tiempo: se hacía lo factible; lo no factible, no. Siempre tendrás una casa, tal vez compartida, pero al fin y al cabo segura. Difícilmente tendrás que envidiar a nadie. Estar en paz: eso es el socialismo. Quitarles a los ricos y redistribuir los recursos a cada uno según sus necesidades y de cada uno según sus capacidades. Etcétera. Se acabó. Se esfumó. *Kaputt*. Pero de los tiempos socialdemócratas nos ha quedado algo en el bolsillo, como una pensión decente, una hipoteca terminada, o pagada con cuotas de un puñado de liras al mes, y la sanidad pública. Los muchachos de ahora no cuentan con las mismas ventajas. Lo sé. Pero parece que no las quieran. Son todos liberales; sin embargo, por una parte, se quejan de que son precarios y, por la otra, si les dices «empleo fijo» y «sueldo bajo pero garantizado» se sienten asfixiados, ven de golpe que el futuro es incierto, les da una crisis de ansiedad y mientras tanto se hacen viejos. O se van a Londres, a fregar platos.

Estos días ha llovido mucho en el reino de lo irracional, de lo mal hecho, de lo deteriorado, de las malas hierbas, de las robinias pseudoacacias, sobre la inmundicia indistinta y diseminada que hay frente al Bloque. Así se ha formado un gran lago de agua sucia donde hasta ayer había un centro de recogida de los servicios de limpieza urbana, además de la parada final de la red de transporte urbano, con su correspondiente marquesina colocada bajo el barranco de barro, antes inestable, pero luego *asegurado* bajo una red metálica, así que ahora parece una obra de Christo. Visto desde arriba, desde mi séptima planta, este nuevo espejo de agua no desentona, sobre todo con la iglesia moderna y las antiguas Torres de VPO que se elevan al fondo. Sin olvidar el Viaducto de la línea tres y la chimenea del horno ladrillero que hay que conservar por tratarse de un «importante vestigio de una zona industrial hoy desaparecida», imponente residuo del horno Hoffmann que yace a sus pies, sepultado por la maleza y las arenas

norteafricanas que llueven con los sirocos recurrentes de la Ciudad de Dios y por el polvo cósmico que cae incesantemente en este planeta.

Renato: Al principio éramos cincuenta o sesenta familias que se negaban a irse. De trescientas veinte. Recogimos las firmas de todos. Éramos menos de cien. Pues eso, familias que se negaban a marcharse. Y poco a poco se produjo… la huida… Uno porque su mujer no dormía, el otro porque… Había miedo y era miedo real de quedarse con una mano delante y otra detrás. Que luego te echasen a la fuerza y te vieras en la puta calle. Nosotros somos de los que resistieron… Somos seis familias. Los únicos que estábamos decididos a que nos echasen antes que a marcharnos. Veintiséis personas en total. […] Sí, a los del Partido que vinieron el día después, o sea, a los que venían a echar abajo las casas, a desocupar, con los de las mudanzas y todo eso, ¿no?, les dio mucha rabia la pintada «AHORA Y SIEMPRE, RESISTENCIA». Porque todos saben que la Resistencia la hace… la hicieron *ellos*, ¿no? Y entonces no les hizo mucha gracia que la Resistencia la escribiéramos nosotros… Hubo quien se puso delante de las excavadoras para impedir la demolición de casas buenas, *casas buenas*… Gente que lloraba al marcharse, gente que desmanteló la casa por su cuenta… Gente que… Uno llegó incluso a negarse, dijo No, dadme tiempo, esta casa la construí yo con mis propias manos, ladrillo a ladrillo, hace cincuenta años y quiero destruirla yo, no quiero excavadoras en mi huerto… Y se puso y, en dos días y una noche, desmontó la casa. Cuando la tiraron, digo, lloraba y no sólo yo, sino muchos, porque la primera noche… Empezaron casi desde aquí… La primera noche ya no había el alboroto de siempre… Los niños, las cacerolas, los portazos, voces, llamadas… Había un silencio sepulcral, parecía un cementerio, y aquí viene lo más trágico de la historia porque entonces se pensó: qué coño vamos a hacer en un cementerio… Y ahora quién iba a hablar ya… Tendremos la casa con cuatro árboles alrededor, pero, digo yo, ¿con quién hablamos? ¿Dónde? Aquí estamos solos… Era todo escombros, peor que un terremoto, todo escombros, escombros, paredes de aquella manera, agua, tuberías rotas, el teléfono que no funcionaba, luego probaron a quitarnos la luz, estuvimos semanas sin luz, sin luz eléctrica… La sección y los mismos militantes del Partido en la Cavidad hicieron de todo para hacernos la vida imposible aquí diciendo que impedíamos la construcción del parque, que era un bien público… Los fascistas nos ofrecieron su ayuda varias veces… Los echamos. También vinieron los de sus

escuadras… Todos vestidos de negro con grandes motos, siete, ocho, a ofrecernos… Decían: Si aquí hay que dar leña, nosotros quemamos las excavadoras… Los echamos… Los fascistas huelen estas cosas y se te plantan allí.

Los sociólogos que recogían estos testimonios y estudiaban el fenómeno de la Cavidad «abandonaban la vocación por el desencanto y cedían a los placeres del mito». Desde el desalojo, incluso entre los estudiosos, cobró fuerza la «nostalgia populista de la comunidad perdida». Pero la excavadora, sostiene alguno, no es la causa de la disgregación, que llevaba ya produciéndose desde hacía décadas. La excavadora es la sanción concreta, pura y simple, de una fase histórica que había tocado a su fin. «El mito de la comunidad perfecta aún pervive –escriben los sociólogos años después–, pero se abre camino la percepción de las ambigüedades, de las estrategias de adaptación y de la aceptación sustancial que caracterizaron el paso del arrabal a la sociedad y que tal vez incluso lo facilitaron.»

De qué sociedad se trataba se veía bien al subir al Monte de Arcilla y echar una ojeada a la ciudad circundante, reflejo fiel de la humanidad que los aguardaba.

«La esencia del hombre es el conjunto de sus relaciones sociales», escribe el sociólogo citando a Marx, mientras analiza el fin de la Cavidad:

> La anomia social no es sólo una crisis del grupo, sino que llega hasta la estructura constitutiva más profunda del individuo, que es una red compleja de relaciones sociales interiorizadas. Para el miembro único del grupo, la disgregación de estas relaciones significa la amenaza de su disgregación íntima. La experiencia de la posible muerte del ente social interacciona de modo parasitario con las angustias más radicales de un individuo: la experiencia de la separación y del abandono, el deshacerse de una *imago* materna de la que se dependía por completo, la exhumación de las angustias del colapso depresivo interno, en simetría con el colapso del contenedor social del Yo.

Y Renato, uno de los pocos testimonios recopilados entre quienes quedaban, parece decir, exacta y lúcidamente, lo que los estudiosos quieren dar a entender, pero eso no significa que respondiera a la realidad efectivamente vivida.

Renato: Yo lo que digo es que esto era un pueblo, un pueblo, casi mejor que el que dejé para venir a esta ciudad. Era un pueblo de cuatrocientos habitantes donde casi todos éramos más o menos parientes y donde no existían cosas como el robo ni la denuncia, y donde había cosas mínimas, por pequeñas que fuesen, que siempre te pasaban. Aquí siempre había gente que venía a pedirte azúcar y, si te quedabas sin sal, pues no sé, mandabas a por ella y la pedías, te quedabas sin pan y lo pedías y te lo daban… Esto en el piso no se hace, te quedas sin pan y vas al asador, o sea, te jodes, porque no se lo vas a

pedir al vecino, claro… Aquí era distinto, joder, aquí no te bajabas del autobús sin encontrarte a gente que te saludase o que charlase contigo si estabas dispuesto. Para los que se fueron a vivir a los bloques de pisos, esta situación… es una cuestión de necesidades, ¿no? Sabes lo que es haber vivido en el barrio, ¿no? Y ver los edificios nuevos, las solerías, los baños… Para ellos es más que eso… Ahora a lo mejor se dan cuenta –mira, el domingo vinieron tres o cuatro personas, o sea que vienen preguntando por ti porque sienten nostalgia, ¿no?, sienten nostalgia y entonces vienen aquí, se toman un café…– y dicen vamos tirando… Bueno, la Cavidad… Venimos a dar una vuelta… Porque, bueno, se estaba bien… Había otro ambiente, por decirlo así… Ahora se encierran en sus casas, cenarán y todo eso, pero digamos que ya no hay esa… esas cosas que había antes, que las mujeres se ponían en la puerta a hacer punto o ganchillo… Bueno, se hablaban… Sí, ahora tienen todas esas cosas, pero les faltan las que para mí son fundamentales, pero bueno…

Y sigue.

Renato: Todos se sabían la vida y milagros de los demás porque existía ese tipo de control que existe en los pueblos, así que, aunque hubiera ladrones profesionales, y alguno había, o más de uno, muchos no tenían ni cerradura en la puerta; se iban a hacer la compra y se dejaban la puerta abierta. Iban a la ciudad («a la ciudad» como se dice para recorrer este trocito de calle) y se dejaban la puerta abierta. Les dieron casa a todos al mismo tiempo en el mismo sitio, pensando que así mantendrían el gregarismo que existía aquí, dándoles una vivienda en los cinco bloques de trece plantas, pero sin tener en cuenta que el gregarismo es variado. Varía dependiendo de *si se vive horizontal o verticalmente*… La ciudad vertical es algo aberrante por naturaleza y el testimonio de esta gente que ahora dice: «Cada uno vive en su casa»… Aquí en cambio se vivía fuera, aquí se veía a todo el mundo, desde el autobús hasta llegar aquí te saludaban de media unas treinta personas; ahora si se puede o no se puede no lo sé, entonces esto de aquí no era un barrio de chabolas, todo eran casas de ladrillo, también las había con humedades, sí, había casas que a lo mejor no se habría podido ni reformar, eso es verdad, había casas que había que derribar, había gente que no veía la hora de irse, eso es verdad. Pero también había casas muy bonitas, eran chalés, chalecitos de gente que había combatido y trabajado durante años y años, que tenían sus huertos… Eran casas que se habían construido hace ochenta años con las carencias propias de hace ochenta años, hace ochenta años no tenías el cuarto de baño dentro de la casa, por ejemplo, te ibas a cagar fuera… Es gente que arregló la casa poco a poco. Aquí todos se metían en los asuntos de los demás, como en un pueblo. *Era la ciudad horizontal*. Si venías aquí de turista, te robaban hasta los calzones. Llegamos incluso a celebrar una vez una cena, con toda la

gente en la calle, con todas las mesas fuera, toda una calle comiendo fuera.

El final del arrabal después de medio siglo, deseado por el mismo Partido del que había sido, y en parte seguía siendo, su bastión, fue, a pesar de las pocas casas que quedaban, como si se abriese un vacío en medio de estos lugares inciertos, que durante décadas no se consideraron ni campo ni ciudad y, por incapacidad del Ayuntamiento, tampoco parque.

«La muerte de una comunidad es la forma sociológica del fin del mundo», escribe el estudioso, que puede tocar con la mano la «pérdida del "código colectivo", la fragmentación de los comportamientos, la desaparición de los referentes, la disgregación molecular de la comunidad de la Cavidad: la modificación del espacio, que pasa de un modelo *naturalmente colectivista* con fuertes momentos de coparticipación a un modelo de reclusión mononuclear: casas bonitas, bien diseñadas, salubres, pero cerradas al exterior».

Anónimo: Salías de casa y había un rellano… Primero salías, los veías un poco a todos; ahora sales y coges el ascensor… Hacemos vida de bloque.

En la muerte de la Cavidad, en la «vida de bloque», reside la pérdida no sólo de la identidad política, sino, a fin de cuentas, de la política misma: «El universo político, que era básicamente conocido en la polarización amigo/enemigo, ataque/defensa, parece haber perdido ahora sus contornos y haberse tornado confuso, incierto».

Mire justo delante de usted. Quieto. Esto le molestará un poco. Sentirá un poco de dolor. Flexione las piernas y quédese con las piernas flexionadas. Así, muy bien. Ahora respire hondo. ¡Tosa! ¿Respire otra vez? Bien. Gírese a un lado. No sentirá nada. Ahora sentirá una llamarada de calor. ¿Es alérgico a los antibióticos? Quítese la camisa, los pantalones y los zapatos y túmbese en la camilla. Quítese toda la ropa y póngase esto. Puede dejarla debajo de la camilla. Ahora le bombeo aire: sentirá un poco de molestia, pero pasa pronto. Hoy se resuelve con una intervención rutinaria. Quítese los zapatos y los calcetines, y camine por la alfombrilla. Vuelva atrás. Muy bien. Apoye el pie aquí y presione. Abra, cierre el puño. Apriete fuerte. Manténgalo apretado un par de minutos. Levante las rodillas y deje las piernas elevadas con los brazos alrededor de los muslos. Bien. Relájese, quédese tranquilo. Es sólo un momento. Quítese los electrodos y vuelva a vestirse. Límpiese con esto. Póngase en pie. Abra la boca, saque la lengua, diga: «¡Aaaa!». Otra vez. Respire por la nariz. No sentirá nada. Mientras tanto, tómese un Valium. Siga sentado. Puede levantarse. Túmbese boca abajo. ¿Le duele aquí? ¿Y aquí? Sólo el pinchazo de la anestesia. Abra bien. Gire la cabeza hacia mí. Abra bien. Apriete los dientes con fuerza. Respire de nuevo por la nariz. Quédese quieto. No se mueva. Muy quieto. ¡Aguante la respiración! Ahora respire. Respire otra vez. Muy bien, respire. Mire hacia mí. Camine hacia mí. Ahora le doy la vuelta hacia el otro lado. Dígame si se siente mareado. Éste es su corazón. Ahora le inclino un poco la cinta andadora. Ahora navegamos por su colon. Todo bien, excepto. No hay patologías, salvo. Teniendo en cuenta que. Dada su edad.

Analítica de sangre, dicen los ancianos que se arrastran por las aceras de la Avenida. De orina. Placas. Resonancia. Ecografía, tac, el electro. Me he hecho la electromiografía, la muestra, el frotis, la citología vaginal, la mamografía. He hecho dos ciclos de quimio. Ha salido. Lo han entubado.

La imagen que empiezas a hacerte de tu cuerpo –comparada con el vigor juvenil unitario e indefectible de un organismo, el tuyo, que parecía que no iba a abandonarte jamás– se ha transformado en una suerte de rompecabezas patológico: el pie, la rodilla, la cadera, el testículo, la vértebra, el colon, el estómago, el esófago, la vesícula biliar, el hombro, las vértebras cervicales, el laberinto, las mucosas de la nariz, de la garganta y todos los conductos con presión sanguínea, salvo zonas orgánicas enteras, que faltan porque hasta ahora no han lanzado señales de patologías manifiestas, aunque pueden hacerlo en

cualquier momento. Y es difícil lidiar con esta sensación de inestabilidad total, que a veces es directamente física, como un mareo repentino sin causa aparente, como tropezarse sin motivo mientras caminas por un tramo de acera sin demasiadas grietas ni hendiduras, como el corazón que, también sin motivo, te palpita en la garganta y te deja por un instante sin aliento mientras observas distraído el escaparate de un vendedor/limpiador/zurcidor de alfombras.

Echo la cabeza hacia atrás para coger una chaqueta colgada en lo alto del armario y me da un mareo que casi me caigo. Me apoyo en el armario. Dura un segundo, quizá dos. Me atonta y me arruina el día. Me siento aturdido. Desde el jueves me mareo casi cada vez que mi cabeza pasa de la posición vertical a la horizontal y al revés. No me gusta. Siento que llega la muerte, que el cuerpo empieza a sucumbir de verdad aquí y allá. ¿Será laberintitis como hace unos años? No lo sé. Pero si lo fuese, no estaría tranquilo. ¿Por qué debería estarlo? ¿Cómo es posible que el corazón todavía me funcione, después de más de dos mil quinientos millones de latidos? ¿Cuánto durará? Antihipertensivos, cardioaspirina, visitas periódicas. El corazón va bien, dice el especialista. Y eso es lo que escribe en mi ficha el médico de cabecera. ¿Será verdad? ¿Debo hacer la prueba de esfuerzo? ¿Serviría de algo? ¿Debo fiarme de los médicos? Si no me fío, me condenan a chequeos continuos. Pero si me dejase llevar por sus palabras tranquilizadoras, que nunca son demasiado reiterativas y siempre están expresadas en condicional, cometería, una vez más, el error garrafal de fiarme ciegamente de alguien, aunque ese alguien sea un médico. Por tanto, la respuesta es «sí y no», que quiere decir navegar sin rumbo, significa no dejar de vigilarse y, sobre todo, luchar contra la ansiedad de la conciencia, que inevitablemente se genera en la era de los suplementos de salud de veinte páginas, del continuo bombardeo de información y parainformación sobre nuevos fármacos, nuevos hallazgos, nuevas terapias, nuevas enfermedades, del cuidado del cuerpo y sobre todo Dieta, Ejercicio y Movimiento y esos treinta minutos al día de paso ligero que casi *cada* especialista te recomienda y que tú no haces.

Al cabo de un tiempo, terminamos reuniendo una cantidad de datos exhaustivos, pongamos que sobre el pie derecho, las vértebras lumbares, la aorta abdominal –y por consiguiente, según la prescripción del angiólogo, sobre los conductos que pasan por el cuello: capacidad reducida de casi el cincuenta por ciento, cardioaspirina todas las noches; ¿durante cuánto tiempo? Para siempre–, los pulmones, el hígado, los testículos, el hombro derecho, hasta la tomografía completa del colon, con restitución tridimensional navegable, hasta la radiografía del cráneo para identificar problemas en los cornetes –dice «cornetes» como si entendieras lo que son, te llenas la boca con una tecnopalabra: *cornetes*– que, en todo caso, están «en orden», pero «acordes con la edad». Todo lo positivo que se te dice implica la premisa «Acorde Con La Edad», una especie de acrónimo ACLE aplicable a todo: ¿Estás bien? ACLE sí, pero si tuvieras estos valores con veinte años estarías hospitalizado en observación.

–Un café largo, hoy necesito cafeína en vena.

–El café largo lleva menos.

–Qué va, lleva más.

–Menos.

–…

Aunque el número de chequeos específicos fuese finito y la ciencia diagnóstica no fuese un proceso circular que te devuelve a la casilla de salida, el médico no te los mandaría y la seguridad social no te los pagaría. Por tanto, la mayor parte de tus órganos, es decir, de tu cuerpo, o sea, de lo que eres, no será examinada hasta que tengas algún síntoma, algún dolor, que normalmente es una punzada, una primera punzada esporádica, que luego se repite y vuelve a intervalos más o menos regulares, llama a la conciencia del médico que vive en ti y te envía al médico que está fuera de ti, el que el Estado ha habilitado oficialmente para el ejercicio de la disciplina. Será él quien te envíe directo al especialista si los primeros análisis que te ha prescrito revelan que hay algún problema. Declaran su no-competencia y le pasan la patata caliente a otro porque no pueden cruzar los límites del territorio de la medicina general que, en mi opinión, es la forma de medicina más elevada. El médico de cabecera debería ser el-que-reunifica, porque los datos de los análisis y de los diagnósticos especializados aumentan cada vez más sin una relación aparente.

En la salud de muchos de los que vivimos en la Avenida con una renta escasa, desempeña un papel fundamental el médico de la seguridad social, es decir, un médico al que no se le paga y que, a lo sumo, consigues ver durante diez minutos de consulta tras una mañana entera e intolerable de espera en contacto directo con la tercera edad del Cuadrante, donde la gente se conoce y coincide allí y no tiene reparos en darse un atracón de tópicos con los más viejos y espantosamente manidos, materia fósil que dice cosas que, al escucharlas, hacen que te sangren los oídos y, sobre todo, que pierdas la concentración en el libro, revista, periódico o tableta que llevas contigo. Pero, por lo menos, siempre te quedará la partida de Ruzzle con auriculares que pierdes contra Ratita_77.

Cuando salgo del médico, de cualquier médico, casi siempre lo hago con alguna nueva fórmula clínica o anatómica, pronunciada por el doctor u oída en la sala de espera, que se suma al corpus paranocional, parcialmente inventado e infinitamente inventable, que mi mente ya tiene y que crece con el tiempo. Éste sólo incluye una mínima parte del horror corporal global que la medicina es capaz de clasificar:

masa visceral–protrusión–prolapso–hernia de la línea blanca, de disco, inguinal, de hiato–hidrocele, varicocele–cornetes–laringe/faringe–muco/mucosa/moquillo–epistaxis–hemoptisis–peritoneo–perineal–dermatitis seborreica–alopecia–ingle–próstata, prostático, prostatitis, proteico–retención venosa–oclusión arterial–

calcificación aórtica–liposucción lumbar–neuropatía periférica–pulmonitis lipídica–sequedad bucal–rash cutáneo–dolor mesial–necrosis distal–necrosis simple/rayada–artrosis límbica–retención hídrica–masa fecal–lordosis–sangrado de fístula–pus basal–pus compuesta–vesícula biliar–gangrena–amputación–muerte.

–Es que las apariencias engañan, yo soy una mosquita muerta. ¿Sabes qué significa eso?
–¿Que te haces la sueca?

Desde hace un tiempo, invierto el tiempo libre del que dispongo como jubilado en estudiar el concepto de cráneo. Humano y no humano. Voy al pequeño Museo de Historia Natural de la Ciudad de Dios, compro libros de anatomía y dibujo calaveras que, imagino, podrían pertenecer a especies ancestrales de *Homo*. Lo hago con afán y tenacidad. Cuanto más lo hago, más aumentan mi perplejidad y mi asombro.

Los ojos necesitan cavidades óseas, bordes pronunciados y gruesos. Frontales como los faros de un automóvil, dos alveolos profundos que, en otras especies, por ejemplo en los felinos, presentan el perímetro parcialmente abierto, justo en la misma zona donde yo, si me toco, siento una delgadez ósea. La mandíbula, para moverse, creo que necesita, al menos, tres elementos: una bisagra, una palanca a la que se unen los músculos y las crestas óseas que las albergan, y también los dientes y sus correspondientes alveolos, arriba y abajo. El hueso nasal nunca me ha convencido, me parece incompleto. El mentón es un desperdicio inútil de materia, visto que ningún primate lo tiene. Leí que el mentón humano podría ser un efecto colateral de la verticalización del rostro, pero no sé cómo ni por qué: nadie sabe con seguridad qué relación de causa-efecto existe entre la pérdida del prognatismo y el aumento de la masa cerebral. Hace poco tomé conciencia de la complejidad, enigmática y casi no representable, que reviste el hueso esfenoide, del que estoy convencido que esconde algún misterio evolutivo. Me encanta la bóveda craneal del *Homo sapiens* precisamente porque está llena de suturas, enigmas, jeroglíficos, protuberancias, una estructura a todas luces reciente e imprecisa. En todas partes hay extrañas vacilaciones, tal vez residuos de estados específicos anteriores, nada que ver con el cráneo de la hiena, una maravilla de robustez, simplicidad y fuerza. Observo en los libros estas cabezas descarnadas y tan bien fotografiadas sobre un fondo completamente negro. Los cráneos de todas las especies de mamíferos son una versión, una modificación de cráneos de otras especies, compuestos por elementos más o menos similares. ¿Existió un modelo base aún no identificado del que derivaron todos los mamíferos? Ésta es la hipótesis del Inicio como reflejo mental automático. Qué hermoso es el cráneo de los felinos; y el del gorila, con su cresta ósea sobre una estructura mucho más equilibrada que la nuestra en lo que se refiere a la relación entre sus diferentes partes. Y el cráneo de la hiena, supremo, esencial, aterrador.

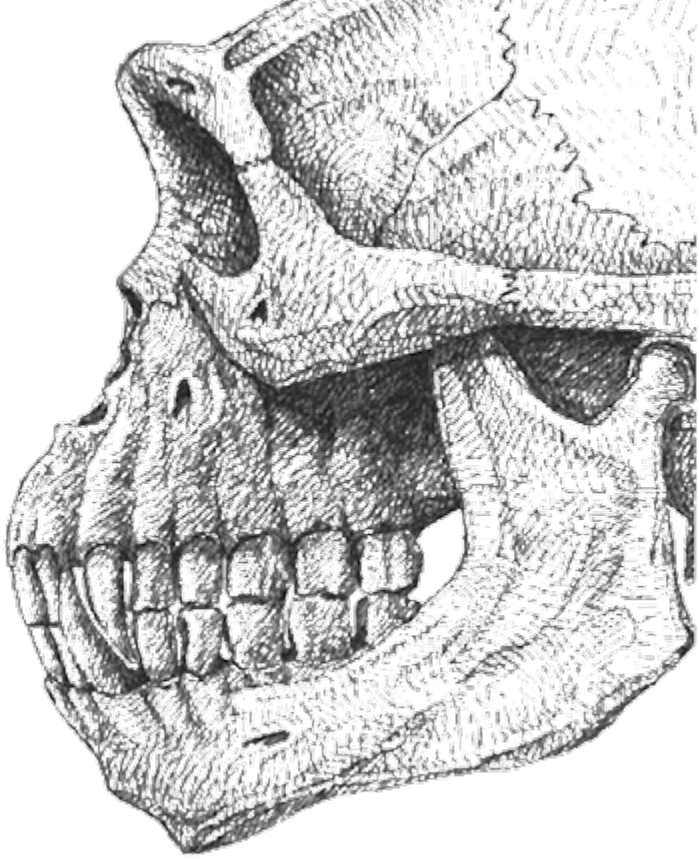
La verdad es que habría preferido tener un exoesqueleto en vez de esta piel lampiña

de humano misteriosamente peluda en algunas zonas y expuesta a la intemperie, grasienta, delicada, sudorosa y en vano sensible. Una bonita coraza seca y resistente, ocho patas con garras y dos zarpas. No tener ninguna parte blanda hacia el exterior, ninguna sensibilidad al tacto, ninguna picazón, y gozar de unas extremidades como armas: tal vez ésta podría ser una forma más decente de afrontar la existencia y el mundo.

Que el cráneo concentre los órganos sensoriales más importantes, desde el aparato bucal y fonador, pasando por el masticador hasta el olfativo y el visual, y albergue una masa cerebral donde convergen cada una de las estructuras nerviosas de todo el organismo, no me parece una estrategia muy brillante desde el punto de vista de la supervivencia de una criatura: todo está ahí, bastaría con golpearlo con un bate de béisbol, y adiós.

En definitiva, aunque uno quiera ser indulgente con la concepción del diseño, lo cierto es que su autor tampoco debía de ser muy inteligente. A tenor de la calidad de la creación, a algunos les pareció que la hipótesis de un dios cretino e irresponsable era la más lógica. La cuestión quizá pudiera resolverse de una vez por todas de esta manera: Dios es un idiota.

Sin embargo, estos cráneos son bonitos y de una gran plasticidad. Aparte de en historia del arte, en verdad no sé con exactitud qué significa «de una gran plasticidad». Podría afirmar que me provocan un goce perceptivo de *materia formada*, estructurada para funcionar, pero también, misteriosamente, para gustarme. No son más que huesos, por tanto, no deberían verse, no son rasgos exteriores: son forma interior e invisible, *forma técnica*, de una gran belleza para mí. Si, por un lado, la belleza de la carne, es decir, de la forma del saco cutáneo que nos envuelve y define nuestros contornos, *siempre* es sinónima de eros –y, en cierto modo, no deja de ser un producto evolutivo del eros, es decir, de la selección sexual–, por otro, la belleza de los huesos y, en particular, la del cráneo reside en la pura conformación biológica, mucho más abstracta pero también mucho más esencial. Nuestras facciones en vida son un engaño. La piel esconde un desorden interno tremendo: asimetrías, órganos y orgánulos, conductos, excrementos en distintos estadios de elaboración. Los huesos son mucho más sinceros, no ocultan nada, son estructura, coinciden con la idea misma de estructura y siguen escrupulosamente el principio de simetría bilateral. El principio de los huesos es el racionalismo, en su sentido real y pleno, es la forma que sigue a la función, aunque con una simetría rigurosa. La belleza de estos cráneos no es obra de nadie, nadie la ideó ni inventó, nadie la concibió. Existen con independencia de toda intención estética, de cualquier exhibición, permanecen encubiertos, ocultos a la vista bajo estratos de piel, grasa, músculos, cartílagos, tendones, como conchas en la arena…



Si hace unos diez años empecé a interesarme por el cráneo, recientemente, sin embargo, me atormenta el problema de *tener cabeza*. De hecho, aquí, desde mi puesto de observación sobre la Avenida, pero también desde otros lugares, éste se ha convertido, no sé muy bien por qué, en mi mayor motivo de preocupación. No sé en qué libro, en qué artículo científico escrito en inglés –aquí, en la Avenida, no sabemos inglés y los que lo saben se pavonean, se creen más cultos que los demás avenidenses, que lo desconocen o chapurrean alguna que otra palabra– o en qué vídeo de Youtube podría encontrar una explicación convincente del hecho de que la mayor parte de los animales tenga cabeza. ¿Por qué se da esta arriesgada concentración de funciones receptivas, cognitivas, nutritivas, respiratorias, etcétera, en una estructura tan limitada, reducida y vulnerable? Si le cortas la cabeza a un animal, es muy probable que lo mates: si a un insecto, a una serpiente o a un mamífero le cortas la cabeza, puedes quedarte tranquilo, pues acabas con la amenaza. Reflexiono acerca del hecho de que, por muy extraño o raro que sea un animal, y puede que precisamente por este motivo, lo primero que buscamos en él es la cabeza, que es también donde están los ojos, casi siempre muy cerca de la boca, de la nariz y de las orejas.

La cabeza suele estar *delante*, guía al resto del organismo por el sendero de la

deambulación. Casi todos los organismos tienen una parte anterior y otra posterior: parecen nociones obvias, irrelevantes, pero en realidad son indicativas de nuestro modo direccional de existir junto con las nociones de flecha del tiempo, velocidad en el tiempo y, en el espacio, de infinito. Y, por extensión, de Avenida. Creo que todo esto guarda relación con el hecho de que tenemos cabeza. Cada vez que nos movemos, sabemos dónde está la parte delantera, la parte trasera, la lateral, la de arriba y la de abajo; nos lo indica la cabeza. En realidad, la cabeza se lo dice a sí misma, se lo autocomunica al percibir en todo momento nuestra posición en la granularidad del espacio-tiempo, lo que posibilita la capacidad de sentir e incluso de poseer lo que llamamos *consciencia*, aunque no seamos capaces de darle una definición satisfactoria.

Después de abandonar la Historia del Arte por vergüenza propia tras mi estrepitoso fracaso, me dedico a observar de manera obsesiva los cráneos de mamíferos, con especial interés por esos hallazgos prehumanos tan bellos, misteriosos y deteriorados que montan en los laboratorios, aunque siempre estén incompletos y defectuosos, con unos arcos superciliares pronunciados, una gran mandíbula y un cerebro muy pequeño, formas que responden tan bien a nuestra idea de malformado y primitivo que nos hacen olvidar que ahí reside precisamente la *perfección*: provisional, claro está, pero perfección al fin y al cabo. El concepto de perfección carece de referentes: nada de lo que existe es perfecto, todo lo es e incluso la Avenida lo es en cierto sentido. Por tanto, todo debe aceptarse.

«“Échate a la espalda aunque sea una vez treinta y seis kilos de ladrillos crudos y luego, si eso, ya hablamos del estalinismo”, decía mi padre. Y, de todas formas, a mi padre el estalinismo se la traía bien floja: no tenía nada que perder. Es más, ahora te lo digo: él era estalinista. Estaba de acuerdo con quienes mandaban a la gente a Siberia… A los patronos, a los fascistas y a los enemigos del pueblo. Esos mismos. Al menos allí había un poco de igualdad. Si para tener un poco hay que mandar a alguien a Siberia, mala suerte.»

Esto lo dice un sexagenario hijo de hornero con el que entablo conversación en el Porcacci. Me lo dice a mí, un pequeñoburgués que alza el puño cuando puede: en los funerales de viejos compañeros que, desde hace años, igual que yo –aunque, como renegado, fingí durante una década una falsa despertenencia del Partido–, seguían fingiendo ser comunistas, es decir, revolucionarios decididos a instaurar la dictadura mundial del proletariado. Me gusta levantar el puño, me gusta hacerlo, es un gesto significativo, me parece la única expresión de socialismo que es posible hoy en día. Sin embargo, inmediatamente después de haberlo levantado, mientras lo tengo ahí en alto, me da como bochorno, me siento un idiota fanfarrón y falso, de repente me parece un gesto nostálgico residual, ridículo, cuando no del todo innoble: el puño de mi manita burguesa tan limpita, sin cortes ni callos, con las uñas periódicamente arregladas con esmero; de una mano débil, una indebida imitación de otros puños autómatas, que en el pasado se sublevaron, también aquí, en los hornos del Cuadrante y allí abajo, al final de la Cavidad, durante las huelgas solidarias de los años cuarenta, cincuenta, sesenta y setenta del siglo XX: puños alzados desde la rebelión ante el sufrimiento y la desesperación por la segregación social en la que vivían.

Aquéllos eran puños fuertemente opositores, pero nunca del todo revolucionarios. Eran puños identitarios, sensatos, implícitamente socialdemócratas, secretamente reformistas. El Partido fingió querer primero la Revolución, luego la Transición democrática e indolora, pero todos, si lo pensamos un momento, sabían que, para la Península, metida hasta el cuello en Occidente, eran cosas imposibles por cuanto no las permitía el régimen imperial al que estábamos y seguimos estando cómodamente

sometidos. Pero declarar que se quiere la revolución, sobre todo en las décadas en las que existió el Imperio Comunista de Oriente, nos hacía temibles. Luego no sé, no consigo dar con el quid de la cuestión. Son años en los que pienso sin llegar a nada. Cuando se produjo la caída del Muro, que es como decir del socialismo llamado *real*, en oposición al capitalismo atlántico, los partidos comunistas de Occidente, y en particular el Partido peninsular –que ya declaraba su independencia de la URSS y su desapego de aquel modelo de socialismo–, *enseguida* entraron en crisis: entonces, algún tipo de conexión había.

Me he hecho a la idea de que el movimiento autómata, incluidos los trabajadores de los hornos del Cuadrante, extrajo su fuerza durante décadas de un terrible sistema socialista, aterrador y profundamente fallido, criticado y oficialmente repudiado por no ser democrático que, sin embargo, servía de potencia externa garante. Allí, en los tiempos de Stalin y en las décadas que siguieron, se iba a Siberia. Era un sacrificio que inexplicablemente permitía al movimiento comunista occidental soportar mejor los golpes del enemigo de clase y ganar terreno: un efecto colateral, indeseado pero eficaz. Mientras el Oriente Socialista permaneció en pie, el Partido conservó su fuerza. Nadie creía en serio en un arrepentimiento reformista, y eso lo hacía más fuerte. La tradición de duplicidad declarada daba juego: os tenemos miedo porque sabemos que, en realidad, queréis quitarnos de en medio y, por tanto, os concedemos no sólo una buena parte de lo que pedís, sino también un poco de poder. En otras palabras: os proponemos la inclusión en el sistema. Hacerse pasar por revolucionarios reforzaba el papel socialdemocrático del Partido. En consecuencia, si disfruto de una pensión del Estado y tengo acceso a una sanidad pública y gratuita, ¿se lo debo al Imperio de Oriente?

De burguesucho nacido y criado en la Ciudad de Dios que ha observado la vida escondido detrás de una valla de pequeños privilegios heredados, me parece que el padre hornero de mi vejete de sesenta años se equivoca, en el sentido de que el socialismo debería ser liberación. Pero él lo veía como su padre, es decir, desde debajo del peso terrible y sin esperanza de aquellos treinta y seis kilos, es decir, desde la condición de porteador de horno, que no podía sino rebosar puro odio de clase. Por mi parte no puede haber más que *aprobación*. La aprobación siempre es ideológica, por tanto teórica, solidaria, ética, nunca realmente participativa, nunca identificada al cien por cien con la condición obrera, que siempre ha sido una condición socialmente aislada, oscura, de condenados a estar con la espalda encorvada en los sótanos de la sociedad. De por vida. Algo muy distinto, en resumidas cuentas, de la condición fluida y socialmente abierta del pequeñoburgués. Esto es lo que pienso cuando reflexiono sobre el estalinismo de la mayoría no anárquica de los trabajadores de los hornos, es decir, que fue un error terrible, pero el único en el que se podía creer: trabajar como bestias con la esperanza de un mundo peor.

Me digo que resulta fácil identificar los errores/horrores del estalinismo, es más, el

horror integral y único que fue el estalinismo, sin haber experimentado jamás diez horas de trabajo bestial y continuado en un horno, sin el menor atisbo de alternativa que no fuera la de ir de peón a una obra –«mismo trabajo duro, menos dinero»– con la certeza absoluta y desesperada de que la del obrero habría sido mi vida sin más remedio y sin otra vía de salvación. Sí, me adherí al movimiento comunista de la segunda mitad del siglo XX peninsular, en el sentido de que llegó un momento en que me convencí de la existencia de cosas como la desigualdad, la explotación o la injusticia social, que están ahí a la vista de todos y, al mismo tiempo, misteriosamente bien escondidas. No obstante, las manos, el olor, la ropa, las caras de hombres como nosotros, que circulan entre nosotros –pero sólo a ciertas horas, sólo a la vuelta del trabajo; la ida era una tarea antelucana, por tanto no visible, secreta; el silencio del alba en la antiquísima Ciudad de Dios era prerrogativa de los autómatas que iban al trabajo, ya fuera la obra o la fábrica–, expresamente criados en la indigencia y la ignorancia, dispuestos a venderse como mano de obra, es decir, como cuerpo trabajador, como cuerpo-máquina, cuerpo-fuerza, pero inevitablemente pensante y autoorganizador, y hasta soñador, que lo hacían por un poco de pan y achicoria: en resumidas cuentas, durante casi todo el transcurso de mi vida, estas presencias obreras fueron muy visibles. Pero verlas nunca ha sido suficiente. Había que preguntarse sobre su destino, tan distinto del nuestro, y sobre la naturaleza de esta diferencia. La cuestión estaba, y sigue estándolo en parte, por entero aquí.

Las personas envejecen, se cansan, cambian de idea, «se aburguesan», como se decía entonces, cuando se pensaba que el ser humano podía manifestarse en formas no pequeñoburguesas, y las generaciones posteriores son distintas. Al contrario que sus padres horneros, ideologizados prácticamente desde que nacieron, los hijos sencillamente no creen en nada, o en casi nada. Nadie dice que eso esté mal: cuando algo se acaba, se acaba y punto. A los hijos de los hijos de los autómatas del Cuadrante, cuya única aspiración es salir del Cuadrante, vivir en otro sitio, dedicarse a otros oficios, estudiar, sacarse una plaza de funcionario, trabajar en el sector privado, poner en marcha una *start up*, sea eso lo que sea, la idea de mejorar el mundo les resulta ajena y, en todo caso, no les incumbe, no llegan a entender por qué motivo deberían hacerse cargo de la situación. Ya no hay hornos; la historia ha tomado otros derroteros. En los llamados *años del reflujo* y en los posteriores, el proletariado se caía de la Historia en cuanto clase protagonista, se dejaba dividir empresa por empresa, permitía que se le despidiese sin ninguna manifestación de solidaridad recíproca, el Estancamiento tomaba la delantera en todos los sentidos, cada uno iba a lo suyo.

La cuestión sobre la que no quiero callar, al menos no frente a mí mismo, no frente al historiador aficionado que observa y reconstruye los acontecimientos de la que, en el fondo, fue una comunidad de creyentes, de autómatas obligados a diez horas masacrantes de trabajo temporal, pero también comprometidos con la labor política dentro de un partido que les prometía la emancipación de aquella terrorífica

constricción, de la explotación –sí, *explotación*, e-x-p-l-o-t-a-c-i-ó-n, EXPLOTACIÓN: el hecho de que sea una palabra en desuso no anula la realidad del referente ni siquiera hoy, en los tiempos del Consenso liberal, de las Matanzas, del Cada Uno a lo Suyo, de la meritocracia, como dicen en el Porcacci, del fascismo natural que vuelve a aflorar en la política–, decía que la cuestión decisiva, al menos para mí, pequeñoburgués jubilado del séptimo piso, uno de los muchos que viven en ésta y en la otra acera de la Avenida, es que aquella promesa era *falsa*, y lo era desde el momento mismo en que se formulaba: era falsa ya en 1917, a pesar de la belleza absoluta de la Revolución y de sus intenciones, a pesar de la lucidez de Lenin. Era falsa porque no abolía el trabajo, ni el dominio, ni la obligación del consenso ni, en definitiva, la condición obrera. Pero esto todavía habría sido aceptable: lo inaceptable fue la construcción de un sistema donde la delación, el encarcelamiento, los interrogatorios, la tortura, el juicio-farsa, el internamiento, los trabajos forzados, la muerte o el exilio no eran efectos colaterales, sino los pilares mismos del socialismo. Necesarios, se afirmaba en los años cincuenta y se daba a entender en los años sesenta. Execrables, se declaró oficialmente en los ochenta, cuando ya todo había terminado. Sin embargo, allí, en el Imperio de Oriente, la cosa perdura en formas distintas, aunque no tanto, lo sabemos.

–Ha pasado el autobús del Equipo.
–Ya. A mí es que eso no me hace ni fu ni fa. El fútbol no es una cosa que me quite el sueño. Diez imbéciles millonarios detrás de una pelota… Por mí, todos al paredón. Ellos y los políticos. Bueno, mejor los políticos al paredón.
–¿Y los patronos no?
–No.

Peroni de 66 cl. Tragos ligeramente ferrosos, regusto como a papel para pan. Al principio hace burbujas, pero luego, al final de la botella, cuando se calienta, burbujea mucho menos: terminarla significa quererla escurrir; el objetivo no es quitarse la sed, es ponerse hasta arriba de alcohol.

Dos Peronis de formato grande a media mañana. Tienen rostros tracios, fríos, bárbaros, los mismos que las legiones de Adriano veían asomar de repente por la espesura del bosque. Ahora están aquí en la Avenida, en teoría apaciguados, civilizados, resignados al hecho de que van a encontrar algo de trabajo, ya sea en negro, ya sea pagado a una miseria: son ellos y los que son como ellos quienes hacen que no nos ahoguemos del todo; ellos, que deben seguir siendo ciudadanos precarios sin derechos para poder ser plenamente extorsionables, para que sea más fácil plegarlos a salarios bajos, sin garantías. Se beben estas cervezas mientras hablan lentamente en una lengua que no reconozco.

A lo mejor son rumanos, es probable que lo sean. O a lo mejor no. Tienen el aspecto

cansado, avejentado, estropeado pero vigoroso, de los vaqueros al final de una jornada de marcaje de reses. Pero serán las 11.30. Seguramente están trabajando por aquí cerca, tal vez en la reforma de uno de los pisos del Bloque, donde desde hace años se lleva experimentando un lento cambio generacional: casas donde muere gente cuyos herederos venden a otra gente joven que pronto tendrá hijos, es más, ya los están teniendo. El proceso de traspaso de propiedad también es cultural y requiere, impone, su reforma, por tanto, se necesitan las cuadrillas de rumanos, ya que cuestan poco, trabajan en negro y conocen el oficio.

Aunque estos bloques de viviendas sean fruto de la especulación inmobiliaria brutal de los primeros años de la década de los setenta, se nota la voluntad del arquitecto de no ceder del todo a los hábitos imperantes en la época, conservando un lenguaje convencional pero limpio: las plantas de los pisos, todas iguales, están bien diseñadas, y los acabados son de buena calidad. Sin embargo, los recién llegados quieren meterles mano y se ponen a cortar y recortar esos pocos metros cuadrados, y reajustan y moldean de nuevo espacios que tienen su sentido y detrás de los cuales hay cierta reflexión, cierta pericia técnica.

Así llega una joven arquitecta infrapagada dispuesta a meter la tijera y revolver paredes y tabiques de pladur, y puertas y cuartos de baño –éstos son, especialmente, objeto del *furor* modificador del cliente, que sueña con váteres y bidés más modernos, lavabos estilo jofaina apoyados en muebles, grifos de geometría absoluta, purísima, cegadora, enigmática, cabinas de ducha tecnológicas, azulejos de dimensiones enormes o de los que imitan las piedras islandesas que se formaron hace millones de años, cuando aún existía Pangea– según el gusto de los nuevos propietarios, una pareja de treinta y cinco años neoproletaria[4] adepta al diseño ikeico, mejores que sus predecesores, subyugados a las tiendas Aiazzone. Todo este laborío, este revoltijo en pisos de principios de los años sesenta, atrae al barrio a albañiles, pintores, peones, forjadores, soladores, carpinteros, electricistas, fontaneros, transportistas de mudanzas, todos, excepto los jefes, de origen tracio, gente que se toma una cerveza a cierta hora y luego otra de las mismas dimensiones en el almuerzo, cuando uno de ellos se acerca al ultramarinos superviviente allí abajo, a la entrada de la Cavidad, o bien al supermercado Crai, que está más arriba en la Avenida, para que les hagan las sempiternas barras de pan con mortadela que se comerán luego en las mesas del bar, en los escalones de una tienda grande que, mientras tanto, ha cerrado o, más a menudo, en la obra. Amables, dispuestos, fuertes y proletarios provisionales, tienen la mirada de hielo de quien no tiene ninguna intención de dedicarse toda la vida a ese oficio, pero de a quien, mientras tanto, como le pagan en negro, le viene bien y ahorra.

El dinero residual de décadas de acumulación peninsular austera, cuando la economía iba mejor que nunca, se está gastando en adquisiciones de casas para los hijos –centenares, miles, millones de pisos– y en los bolsillos de los rumanos que las reforman

y de las arquitectas que las diseñan y se las presentan al Ayuntamiento para que las aprueben y validen sus proyectos sin demasiadas florituras, porque todo lo demás es praxis, es civilización y cultura tecnohabitativa, con sus modos y sus especificaciones, y quien se detiene demasiado en los detalles no es más que un tocapelotas, alguien que quiere poner las cosas difíciles, alguien que para encajar su proyecto necesita pedir más dinero, cosa que le hace dar marcha atrás de repente: aténgase a la norma no escrita por un lado y al *bon ton* neoproletario por otro, es decir, al privilegio corriente, sin salidas de tono, y no habrá problema.

Quizá sea un error llamar *proletario* al trabajador rumano o polaco, en definitiva, a cualquier emigrante con permiso de residencia renovable y, con todo, siempre precario. No lo es. Sus ojos, como decía, no son ojos proletarios; su mirada no es la mirada feroz y, sin embargo, humilde, derrotada y resignada a una vida profunda e irremediablemente subalterna del proletario peninsular que tantas veces he visto trabajar en las obras de los años sesenta y luego setenta, ochenta y noventa, hombres del montañoso centro peninsular arrancados de una condición campesina probablemente peor, estática y sin esperanza, que se vieron forzados a emigrar a la ciudad en busca de una tabla de salvación, no para sí mismos, sino para sus hijos, es decir, para los que, durante las siguientes décadas, entrarían a formar parte de pleno derecho de la gran clase media culturalmente amorfa y, con independencia de la renta, profundamente homogénea, sin ningún deseo ya de dar el salto de clase, porque, mientras tanto, el estatus burgués, que una vez fue objetivo y modelo de referencia, se ha disuelto y se ha visto absorbido por la gran clase media de pertenencia posproletaria adquirida en la que, como en todas partes, manda el dinero, aunque sin máscara alguna de ennoblecimiento cultural o político, sin esa pizca de compensación ética que proporciona lo políticamente correcto.

Desde el séptimo piso del bloque de clase media corriente donde está inserto mi cubículo, comprendo que la era de las luchas entre Capital y Trabajo ha acabado, o bien está en pausa, vete tú a saber. Si es una pausa, es larga. Pienso más bien en un cambio de época, en otros conflictos, pienso en los asesinos de masas, en el enfrentamiento vigente desde hace décadas entre Extremistas de las Arenas y contemporaneidad occidental, en resumen, en nuestra Era de las Matanzas. Pienso en la amenaza de los drones sobre los pueblos de Afganistán, del Pakistán tribal. El presente parece el síntoma de algo más grande, terrible y sangriento, algo que ocurrirá y se volverá en nuestra contra. ¿Nuestra? ¿De quién? De nosotros, los de Leibniz, Filippo Brunelleschi, Kepler, Bach, Voltaire, Einstein y, sobre todo, Darwin. Nosotros, los de Giotto y Masaccio. Nosotros, que construimos nuestra mirada hace cuarenta mil años. El que no se lo crea que eche un vistazo a las pinturas de las cuevas de Chauvet, en Ardecha. Ésos somos *nosotros*.

Al jubilado bajito del Bar Porcacci lo veo mal últimamente. No tiene buen aspecto y

habla con el perro. A menudo lo manda a tomar por culo. Esta mañana estaba sentado en una mesa fuera y le estaba diciendo al perro que el tráfico había disminuido. Este jubilado es un observador del tráfico de la Avenida. Analiza el cruce. Es un experto en la fenomenología del cruce de tres calles con semáforos. Todo el tráfico de la Avenida depende de ese Semáforo de tres Calles. El jubilado lo sabe bien. Pero no sabe a quién decírselo. Por tanto, se lo dice al perro.

Me reincorporé al Ministerio y no me fue bien. Solo, sin secretaria ni personal, me ocupaba de algunos trámites para los que escribía valoraciones de *calidad estética*, nueva tarea que había inventado, no sé por qué, la secretaría de uno de los ministros o uno de los asesores o uno de los nuevos funcionarios en alza después del desastre. Se trataba de una tarea ideada especialmente para mí, para neutralizarme. En un periódico nacional apareció un antetítulo sobre mi readmisión que, en líneas generales, decía: «No se despide ni siquiera a los corruptos». El ministro de entonces se llevó las manos a la cabeza y le encargó a alguien que llevara a cabo una investigación. Puesto que me habían juzgado y condenado y yo había cumplido mi condena (en realidad sólo pasé un mes en prisión), se me debía considerar un ciudadano como los demás y, por tanto, ser readmisible. Eso sí, con tareas secundarias, decidió el ministro. Se escribió y se envió una nota al periódico en cuestión, que nunca la llegó a publicar. Como yo no era un pez gordo, sino un funcionario de poca monta, pronto se olvidaron de mí. Iba a la oficina todas las mañanas y no daba un palo al agua. Cuando finiquitaba mis cometidos cotidianos, me dedicaba a escribir un ensayo sobre el Expresionismo Abstracto en la Península que, como todos los movimientos artísticos del siglo XX, en nuestro territorio había cristalizado en su versión más agotada y esteticista. O eso era lo que a mí me parecía. Ni aquel ensayo ni el siguiente llegaron a ver la luz jamás. Poco después dejé de escribir y de estudiar. Mis valoraciones de *calidad estética*, que plasmaba con la mayor exhaustividad y rigurosidad posibles –«necesito unos días más», «venga ya, cuánto tiempo tardas en escribir cuatro chorradas»– antes de que se adjuntasen al expediente de valoración, no las leía nadie. Sólo una vez un triste técnico de empresa me preguntó, entre elogios, si era yo quien había escrito aquellas líneas. Se lo confirmé. Y, acto seguido, me preguntó, excusándose «por la indiscreción», si yo era el mismo que… Sí sí, soy yo, respondí.

Ayer por la tarde volví a presenciar el anuncio recurrente del caos total, próximo y futuro. Harapos caóticamente tirados y acumulados encima de los cubos de basura que

hay debajo de casa, junto con bolsas llenas de desperdicios normales y objetos no identificables, mejor dicho, trozos de objetos. Un espectáculo casi insoportable. Esas camisas y esos pantalones, en el pasado, fueron fabricados, exhibidos en escaparates, escogidos en función de las tallas disponibles, comprados, puestos, observados en el espejo, puede que con escasa satisfacción, lavados, secados, planchados, guardados en cajones y armarios junto a pastillas de alcanfor y bolitas de naftalina, después vestidos una y otra vez, día tras día, o ignorados y jamás puestos, hasta que, bien el/la titular de las prendas en cuestión murió o se le quedaron demasiado pequeñas, bien se mancharon, bien se desgastaron demasiado. En ese momento, una vez que ya se hallaban en la basura, habían emprendido el breve camino que conduce a la reabsorción en la amalgama del caos. La ropa, en cuanto se tira, se transforma al instante en jirones y, si no se reutiliza, vuelve a ese lento batiburrillo de elementos putrefactos que llamamos *naturaleza* y que nos rodea, nos invade y nos observa a la espera del colapso físico final que nos reintroducirá en el ciclo del carbono. La naturaleza está ahí, nos aguarda a nosotros y a lo que nos rodea y, en cuanto que orden temporal impuesto por nosotros al caos, quiere recuperarlo todo.

Tazas, jarras, jarrones, tacitas, gafas, pasadores de carey, anillos, utensilios de cristal y enseres que, al cabo de un tiempo, pueden formar parte del pequeño menaje, a veces inútil, de nuestras vidas, de las entrañas de nuestras casas, y que, tarde o temprano, salen de ellas y acaban en otras manos o en venta. Y, en ocasiones, incluso vuelven a su origen tras ser comprados de nuevo. Sin embargo, lo habitual es que estos feos objetos de escaso valor acaben deteriorándose en los puestos de los mercadillos de barrio un domingo tras otro: cajitas, estatuillas, lámparas, cachivaches, abrecartas. Todo acabado. Consumido. Los mercados de segunda mano me emocionan: son lugares fúnebres, de luto y abandono. Objetos que pertenecieron a otras vidas; que tal vez fueron queridos, heredados y conservados con cariño; objetos que tuvieron un significado que pierden en el momento en el que llegan a estos mercados y se confunden con cientos, miles y cientos de miles de chismes. Perdidos como se perdieron las vidas de aquéllos a los que pertenecieron; una masa compacta de cosas íntimas exhibidas, mezcladas con trastos viejos ajenos.

Tras la barra de la cafetería hay una rubia que ha pasado los cuarenta, algo estropeada pero bien vestida, con grandes pechos caídos que sobresalen por el escote de una camiseta negra ajustada. Tiene el culo plano, lo sabe y por eso lo esconde bajo una chaqueta anudada alrededor de la cintura. Él pide un capuchino claro y se lo sirven. Ella lo observa por el espejo que hay detrás de las botellas del bar tratando de entender si la está mirando. Él es un experto en la materia, ha percibido claramente su culo plano por la curvatura de la espina dorsal. No se marcha hasta que finaliza el silencioso y animalesco intercambio de miradas.

En las librerías de segunda mano y en los puestos callejeros empiezan a aparecer bibliotecas enteras que me resultan familiares: son los libros que leía, que leíamos, que me habría gustado leer y que consideraba necesario leer entre los veinte y los cuarenta años. Verlos resurgir todos juntos, como los pecios de un submarino hundido, como cápsulas temporales de mi mundo sepultado, me impresiona un poco. Se trata de obras que construyeron la cultura de mi generación, año arriba o año abajo. No las escribimos nosotros, sino nuestros padres/maestros, a veces auténticos maestros, hoy en día relegados al olvido o fuera del horizonte cultural. Imagino que sus dueños no han querido librarse de manera voluntaria o espontánea de estas bibliotecas; lo más probable es que hayan muerto.

Hay una generación que comienza a rondar los setenta años, que es precisamente la nuestra, la de nuestras casas y nuestros libros. Observo los lomos de los volúmenes que me resultan tan familiares, ordenados por colecciones, como en mi época solían hacer los jóvenes que se creaban sus propias bibliotecas, enamorados de la forma-libro, del color y de las imágenes, orgullosos de las series que les proporcionaban cultura, estatus y afiliación política. Las obras completas de Marx-Engels, no sé en cuántos volúmenes, están arriba del todo, en el mismo lugar donde siempre las he visto en las casas de mis amigos: «Desde luego, la muerte, pero también las mudanzas», dice el librero. La gente cambia de casa y vende libros que no volverá a leer y, si nadie los quiere comprar, los regala y, si nadie los quiere como regalo, los tira al contenedor de la basura; al fin y al cabo, no son más que papel. Son libros que molestan, que representan una época de la vida que no se quiere recordar, acontecimientos pasados, acabados, superados, material ideológico, arqueología política; libros de los que no digo que nos avergoncemos, pero que no deseamos ver más. Queremos aligerar peso, el pasado es una carga fastidiosa, mientras que cada momento futuro es un regalo, cada Campari Soda con hielo y cacahuetes es un presente valioso e irrepetible de la civilización médico-científica que nos mantiene vivos.

En vez de imaginar vidas extintas, prefiero pensar que los propietarios de estas bibliotecas, ya hartos y desilusionados, se han deshecho de todas sus pertenencias y se han marchado a los Mares del Sur, a Tánger, a Mombasa, a una isla del Egeo, a Costa Rica o a una playa de Brasil, con una leve sensación de aturdimiento como consecuencia de los cuatro o cinco fármacos de ingesta diaria, para disfrutar de la poca pensión que tal vez les haya quedado (o tal vez no) y dedicar su vida al esnórquel, ajenos a los antiguos fracasos que hasta hacía unos años los atormentaban.

Ante tal cantidad de cubiertas con títulos tan conocidos, amontonados ahí, todos juntos, casi me da un pasmo. Libros publicados en la segunda mitad de los años sesenta, pero también a lo largo de los setenta, cuando se leían muchos ensayos psicoanalíticos y marxistas y mucho estructuralismo, y también a Benjamin, Marcus, Adorno, Horkheimer, Lukács, Barthes, Calvino, Ginzburg, Levi, Arbasino y también a Cassola, Bassani,

Vittorini, Parise y Gadda. Muchos títulos de Pavese, con todas sus obras en un estuche gris, muy elegante (Pavese lidiaba con el destino de nuestro deber-ser emotivo y tenía el encanto póstumo del suicida). Además, *El maestro y Margarita* y mucha narrativa estadounidense, la poesía *beat*, los textos de los Panteras Negras o la autobiografía de Malcom X. También había libros de Günter Grass (¿alguno de nosotros lo leyó de verdad?) y otros escritores que ahora no recuerdo, pero que me harían viajar en el tiempo si los viese alineados en un estante. Encuentro títulos de Einaudi PBE, que para nosotros eran míticos, y también de Universale Laterza, Edizioni Dedalo, Samonà & Savelli, *Quaderni Piacentini* y *Marcatré*. Los ensayos rojos de Einaudi. Veo el *Homo ludens*, de Huizinga, un libro que, a saber por qué, yo tenía muchas ganas de leer. Era muy caro, así que al final lo robé, pero luego, por la ansiedad del robo, nunca lo llegué a abrir y acabó perdido en alguna parte, en una de las casas y de las vidas que dejé atrás.

En la confusión mental de aquellos años, cuando una multitud de impulsos, deseos y curiosidades nos empujaban en todas direcciones, tratábamos de entender cuál era nuestro deber-ser, cuál sería nuestro saber-hacer, cuál era la utilidad de nuestros saberes de pequeñoburgueses oprimidos en el enfrentamiento entre Capital y Trabajo, de modo que, como no queríamos renunciar a nuestros privilegios de nacimiento al hacernos obreros y no sabíamos ni deseábamos ser emprendedores, no nos quedaba más remedio que permanecer en el estrato social en el que habíamos nacido, aunque en calidad de *intelectuales* creyentes-en-sí-mismos y traidores de nuestra clase, de acuerdo con el dictamen leninista.

Así pues, tratábamos de convertirnos en intelectuales en diferentes campos, llenando nuestras librerías de títulos que dictaban una interpretación correcta y reveladora de un mundo dividido en disciplinas. Era una cultura que daba por descontada la tríada Marx-Darwin-Freud, que no solía profundizar en ningún autor, por lo que apenas leímos al que ahora, de hecho, me parece el más importante: Darwin. Las editoriales promovían, o más bien determinaban, esta aspiración a *ser* (intelectuales) más que a *saber*; a obtener un saber real, dudoso y competente.

–Yo digo que matemos a todas las mujeres.

De esta manera, paquetes enteros y homogéneos de cultura terminan reciclados en un mundo donde sólo unos pocos son capaces de reconocerlos, algunos incluso los han leído y puede que se hayan enfrentado por culpa de los enemigos de antaño. Eso suponiendo que alguna vez hubiera *verdaderos* enemigos. En una civilización que ha seguido otros derroteros, hace al menos cuarenta años que nadie abre esos libros y, aunque sigan existiendo, parece que todas esas palabras se las hubiera llevado el viento. No sabes y no te apetece saber. Tienes ganas de volver a comprar alguna obra, luego piensas que quizá ya tengas ese título en la segunda o tercera fila del estante y que no lo hayas abierto

nunca, y tampoco lo abres ahora. Obras que en aquella época creaban sistemas, que remitían las unas a las otras, que se citaban entre sí, que denotaban una casa, una persona, una vida, una posición social, una postura política y una pertenencia. Muchas permanecen entre nosotros para decirnos y recordarnos qué éramos y qué no somos ahora: seres oprimidos/exprimidos, a la deriva, vacilantes, generalizadores, escépticos y paradójicos en el triángulo de las tres culturas que durante varias décadas se comportó como un duelo a la mexicana. La cultura crocianogentiliana, que aún se estudia en el instituto, contra el marxismo y el americanismo, que tan en boga estaban en otros lugares. Las tres fuerzas luchaban con intensidad. La vencedora fue el americanismo, hoy en día profundamente interiorizado y hegemónico hasta el punto de considerarse, como si de un falso recuerdo se tratara, cultura peninsular, mientras que, por un lado, el instituto, impertérrito en su idealismo, ha seguido oponiéndose a ella y, por otro, el marxismo está muerto, tras haber sido asesinado por la historia, es decir, por el capitalismo consumista: el verdadero y gran invento monumental de la segunda mitad del siglo XX.

De vuelta a casa esta tarde, en medio de la oscuridad profunda y atronadora del dióxido de carbono que invade el paso subterráneo de la Circunvalación Oeste, he vuelto a ver después de muchos días al hombre que duerme en la acera expuesto a las cagadas de las palomas. No habían dado ni las ocho de la tarde. Da igual lo que quisiera/no quisiera hacer con el fracaso manifiesto que encarna ese hombre, si despertarlo para darle dinero o pasar de largo, que es lo que he hecho en más de una ocasión, oficialmente por temor a que se asuste o por miedo a su reacción, aunque en realidad es porque no quiero que me toque los cojones. Da igual qué he sentido/no he sentido, mis emociones no me interesan ni a mí. Mientras iba caminando pensaba en los libros que he leído y en lo que hemos conseguido durante nuestras vidas, y me di cuenta de que, ante la presencia de este hombre, que no sé quién es, lo único que importa es nuestro fracaso político, nuestra derrota histórica, nuestra incapacidad actual, como hombres y mujeres del siglo XX, de comunicar a los perdedores el estado de sumisión en que se hallan e indicarles el enemigo político al que hay que combatir, organizarlos en una fuerza política capaz de llevar a cabo una lucha eficaz contra el desinterés, el abandono, la pobreza, la explotación, el esclavismo, la prostitución y el envilecimiento de millones de seres humanos. Hoy en día, los católicos son los únicos que saben ocuparse de ellos, pero se trata de *caritas*, aunque eso, al menos, es mejor que nada…

> El cero absoluto es la temperatura más baja que, en teoría, se puede obtener en cualquier sistema macroscópico y corresponde a 0 K (–273,15 ºC). Mediante las leyes de la termodinámica es posible demostrar que la temperatura nunca puede ser exactamente igual al cero absoluto, aunque es posible alcanzar temperaturas muy similares. En el cero absoluto, las

> moléculas y los átomos de un sistema se hallan en estado fundamental (esto es, al nivel más bajo de energía posible) y el sistema presenta la menor cantidad posible de energía cinética que permiten las leyes de la física. Esta cantidad de energía es ínfima, pero siempre es distinta de cero. Esta energía mínima corresponde a la energía de punto cero, prevista por la mecánica cuántica para todos los sistemas que tengan un potencial colindante. [Wikipedia]

La temperatura del núcleo de una estrella supera los cien millones de grados centígrados. Nosotros, los habitantes de la Avenida, vivimos más o menos entre los cero y los cuarenta grados, así que nuestras condiciones de vida están muy cerca del cero absoluto, que es cuando nada se mueve y todo permanece estático. Creo que esto significa que nuestras moléculas deben de estar bastante tranquilas porque, si no, nos moriríamos. Sin embargo, una vez muertos, la materia de la que estamos hechos podrá volver al gran batiburrillo universal, podrá vaporizarse a temperaturas muy altas, inimaginables, de manera que los átomos de carbono del pensionista se mezclarán con los de los pezones de la camarera, los del perro diminuto, los de las sillas de la terraza del Porcacci y los de la reedición en inglés de los *Cuadernos de la cárcel*. El Estancamiento es provisional. Nos esperan grandes cosas.

Uno entra conmigo en el ascensor, abre la boca para decir algo y, de repente, es como si hubieran abierto la tumba de Ramsés II. El cielo y la tierra están llenos de cosas que apestan. El aire está cargado de moléculas que se desprenden de la materia y de los cuerpos, de los metales y de las demás cosas, moléculas que se evaporan o que, simplemente, se dispersan, moléculas de agua y de tierra, moléculas de fango, de madera, de hierro, de queso. Moléculas de perro y de resuello humano. Moléculas excrementicias, sexuales, axilares, moléculas digestivas que se le han echado a perder a tu vecino de butaca en el cine.

Pero también moléculas de aire-de-por-la-mañana-temprano, de seno femenino, moléculas de rosa y glicina, de madera de aliso que se quema cuando hace frío, de brisa marina, de matorral mediterráneo sobre todo, es decir, de salvia, romero, menta, enebro, arrayán, madroño, de maravilloso tomillo, de moléculas de orégano, de resina de pino. En el universo olfativo de nuestras islas, la salvia y el tomillo en concreto son muy fuertes, como si rivalizaran y lucharan para hacerse oler en el viento. Debo admitir también que fui un apasionado olfateador de gasolina, cuando la gasolina olía bien. Durante las vacaciones en el campo, en casa de mi abuela, pasaba las mañanas en la gasolinera Supercortemaggiore para deleitarme con su perfume.

Tal vez por el tipo de vida urbana que llevo, me he convencido de que el universo privilegia el hedor por encima del perfume. En concreto, casi todo lo humano es, por esa misma razón, portador de un olor difícil de soportar. Los olores no se pueden describir si no es a través de analogías o símiles con otros olores conocidos, pero se puede escribir su nombre: por ejemplo, el hedor del pescado podrido se llama *trimetilamina* y se corresponde con una fórmula química determinada. De este modo, quien tenga los suficientes conocimientos de química y los medios adecuados puede fabricarse la peste a pescado podrido.

Hay gente que no posee el sentido del olfato, otros que son hipoolfativos, es decir, que huelen poco. Los envidio: si pudiera me extirparía las mucosas olfativas con sus sensores correspondientes. Haría que me los sustituyeran por algo inerte, una materia plástica, de silicona, o con algo muerto, como tirillas de cuero, no sé. Matar mis células

olfativas me evitaría, por decirlo así, saber que hay algo que no funciona en el organismo de personas con las que me cruzo todos los días, con las cuales debo hablar por fuerza y que a menudo me responden. Me resultaría más fácil, después de tantos años, poner un pie en el gimnasio, entrar en un vagón de metro, subir al autobús; eludiría mis propios olores, de cuando estoy sucio o especialmente tenso; me libraría de la percepción continua del hedor de la ciudad, de las grasas que rebosa, de los gases de combustión en el aire. Al volver a casa no volvería a oler el pestazo de la basura que desde hace días regurgita de los contenedores abollados y mugrientos que se amontonan en la esquina de la Avenida, debajo de mi casa.

Hoy, al salir, he detectado, de manera aproximada y en este orden, las siguientes esencias:

1. un perfume femenino muy violento en el ascensor que casi hace que eche de menos el habitual olor a jamón rancio de los distintos perros del Bloque;
2. el nuevo conserje del Bloque. Argentino, como el anterior. Leve tufo a sudor;
3. la nueva disposición del Bar Porcacci, que prevé dos hombres y dos mujeres, incluida la Camarera Dominante. El aroma a café lo impregna todo hasta que friegan el suelo con lejía;
4. el mecánico de las motos, que se ha ido, cosa que lamento. Nos saludábamos. Olor genérico a acera: polvo, humo de tubos de escape, moléculas de asfalto;
5. el revestimiento de goma en la entrada de una tienda cerrada desde hace meses, que se desprende y luego asume formas caóticas. Mismo olor, ligeramente más fuerte;
6. el Nuevo Panda en su escaparate. Neutro;
7. el dependiente inca del pequeño supermercado Crai que hace el servicio a domicilio. Nada que señalar a esta distancia: más de cerca olería un ligero tufo a grasa de cerdo;
8. los limpiadores pakistaníes/bengalíes que, por unas monedas, se afanan alrededor del surtidor de gasolina autoservicio. El olor de la gasolina: sagrado;
9. el taller de las motos, que cerró en julio y no ha vuelto a abrir. Olor a limadura de hierro mezclada con aceite lubricante;
10. el tiendón de Miele, donde una lavadora cuesta el doble. Olor a acera resquebrajada, con plantitas;
11. el Bar no-Porcacci. No entro, no sé;
12. el estanco/administración de lotería del extenista clasificado, con una secuencia temporal de raquetas colgadas en alto. Olor femenino fuerte, como de pintalabios rancio. Es su mujer;
13. el bazar chino con lucecitas en el exterior, que vende una versión china de todo, de donde sale un chino de manual, al que sólo le falta la coleta de rata. Olor general a mercancía, seco, metal-plástico-cobrizo;

14. el quiosquero de periódicos con el que no consigo trabar amistad. Vagas moléculas de papel en el aire. Pero vende en su mayoría juguetes, discos y DVD de firmas americanas;

15. el frutero bengalí, de un metro sesenta de estatura y cara vulpina, pretende no darme el recibo. Pero luego lo hace. Olor a fruta en tránsito por el mundo;

16.el óptico homosexual/antipático/grosero. Una fuerte tufarada a colonia masculina;

17. la cara de depravado del carnicero. Olor repugnante a carne;

18. la mujer vestida con un sari. Perfume ligero, dulce;

19. los sempiternos obreros rumanos, que comen sentados en los escalones. Estoy lejos, pero sé que huelen a cal, a hombre en plena faena;

20. la mujer que habla en español por el móvil. Nada que señalar.

Como si no tuviera suficiente con los olores reales, sufro de alucinaciones olfativas. Mejor dicho, sufro de una sola alucinación olfativa recurrente: de repente y sin motivo alguno, en los lugares más insospechados y sin una fuente rastreable o creíble, huelo un pestazo a mierda. Es como si la tuviera en la nariz durante un momento y luego se me pasa. Es obvio que, a veces, al persistir la sensación, descubro que efectivamente sí, hay mierda en los alrededores. Esta circunstancia, que por suerte raras veces se da, vuelve dramática y postrante la alucinación olfativa: ¿y si de verdad hubiera mierda por aquí cerca? Con el paso del tiempo me he convertido en hipersensible a la percepción de las moléculas fecales que viajan por el aire: he leído que el tres por ciento de nuestro ADN –sea eso lo que sea– se utiliza para el olfato. Parece un porcentaje muy alto, que se explica de la siguiente manera: nuestro código genético ha construido un receptor específico para cada olor. Resulta difícil de creer, pero en la nariz tenemos células especializadas para percibir *sólo y exclusivamente* el olor a mierda, o sea células mierdosensibles cuya desesperada existencia está dedicada por completo a señalar: ¡*Achtung*, mierda! En mi nariz debe de haberse producido hace años un fenómeno, una mutación, un enloquecimiento, una hipersensibilización o una rebelión de estas células condenadas de por vida.

En la Avenida siempre presto mucha atención a donde piso, si bien es cierto que, aunque mi obsesión me vuelve cauteloso en extremo, de vez en cuando me distraigo, o está oscuro y no veo bien, y el Acontecimiento sucede: siento que el pie pisa algo blando, como fango, pero en ese preciso instante sé *que no se trata de fango*, sino de excremento canino.

En estos últimos años el Acontecimiento se ha producido más de tarde en tarde, gracias a cierto aumento del sentido cívico de los dueños de los perros, aunque resulte triste observar por la tarde a esas personas que, solas y silenciosas, siguen a su mascota y se agachan a recogerles la mierda humeante con la bolsita de plástico que luego no

saben dónde tirar. No obstante, existe una causa más sustancial: los perros grandes que abundaban por estos lares han muerto y no han sido reemplazados. Se ha ido al otro barrio una generación entera que incluía al Rottweiler Apestoso y a un enorme y fantasmagórico Alano Blanco, genio silente y peligroso del mal con ojos de *Architeuthis* encallado, que siempre soltaba enormes masas fecales en el mismo punto, el Alano *point*. Ahora, en cambio, hay perros minúsculos, pequeños esclavos rabiosos que de vez en cuando me ladran y me gruñen al percibir que soy un perdedor.

Hoy llueve a cántaros y ha ocurrido una cosa, un acontecimiento apocalíptico.

No es que el accidente en sí fuera gran cosa, pero las consecuencias en el tráfico fueron tan relevantes que los vagos del Porcacci, al principio encantados con aquel follón, con algo de lo que hablar al fin, casi nos asustamos. Parecía el Inicio de algo cósmico y universal. Un tráiler se llevó por delante un coche que estaba maniobrando para aparcar y lo arrastró al través durante unos metros cuesta abajo. Fue entonces cuando la Avenida se reveló como una arteria importante: el atasco bajo el aguacero se irradió varios kilómetros, saltándose las reglas de la cota cero urbana. Los conductores se bajaban de los coches y abarrotaban los bares, desde donde telefoneaban a todo el mundo para dar explicaciones, para excusarse por el retraso, y gritaban que no sabían cuándo llegarían a su destino, cancelaban, perdían trenes, aviones, barcos: se anulaban compraventas, términos de contratos, actas notariales, encuentros amorosos clandestinos planificados con sumo cuidado, se posponían o no reuniones de trabajo, en los hospitales los enfermos esperaban en vano visitas que, al tener el móvil descargado, no podían avisarlos, los padres no sabían cómo llegar a la escuela donde sus hijos los esperaban, la policía abría pasillos en las aceras para las ambulancias enviadas a los Grandes Hospitales, los enjambres de motocicletas aprovechaban para abrirse paso, los guardias municipales tocaban el silbato, los cláxones sonaban sin parar en un *crescendo* salvaje que se mezclaba con las sirenas.

Intercambiamos miradas con el nuevo camarero jovencillo, que dijo:

–Ha empezado.

–¿El qué?

–No lo sé, pero algo ha empezado… ¿Te parece normal esta situación? La radio ha dicho que está todo atascado. Desde aquí podría bloquearse el resto del mundo, ¿lo entiendes? Y nosotros estamos en el centro del follón, justo en el Punto X. Mira, la primera vez en la vida que estoy en el centro de algo.

–¿Estás diciendo que el Apocalipsis empieza así? ¿Que ahora se abre el cielo sobre el Monte de Arcilla y llega una especie de arcángel para dividirnos en buenos y malos? ¿Y los muertos se levantan?

–Exacto. ¡Con la de *cagondiós* que he soltado en la vida!

Estábamos de cachondeo, pero no del todo; bromeábamos pero estábamos asustados.

La Anomalía podía empezar perfectamente en la Avenida, como en cualquier otro punto del planeta. Tenía miedo y al mismo tiempo me excitaba la posibilidad de asistir al final de todo, incluso del Todo. Y, como yo, otros dos jubilados habitualmente presentes en el local que casi nunca hacen una mierda y que no consumen, ambos conscientes de que nada tiene sentido y de que participar en el Apocalipsis es un privilegio único. Mientras tanto, la situación de afuera se agravaba. Las radios locales que normalmente sintoniza el Porcacci hablaban de extraños fenómenos hídricos, pozos artesianos que irrumpían en plena ciudad y vorágines repentinas que revelaban ríos subterráneos en pleno centro. Estaban achicando agua en todas partes. Se hablaba de un rayo que había caído justo en la cruz que hay en la cúspide de la Cúpula y que la había fundido. Se aludía a intentos de saqueo en varias partes de la ciudad, que los guardas jurados de servicio en los supermercados veinticuatro horas, donde por lo visto se produjeron episodios de rebelión del personal al grito de Más sueldo, menos trabajo, neutralizaron de inmediato.

Las tiendas en este tramo de la Avenida llevan años cerradas, de lo contrario aquí también habrían empezado los saqueos: los sintecho bajaron al valle desde el Monte de Arcilla y, de repente, comprendimos que son muchos más de lo que pensábamos. Al no encontrar nada que robar por aquí, empezaron a subir la Avenida, donde hay alguna tienda de descuento para la clase media empobrecida del Cuadrante de las Arcillas. Los compro oro habían echado el cierre; unos jabalíes empapados de lluvia que aparecieron de pronto corrían como locos por entre los coches. En medio de la incertidumbre y el miedo al futuro se socializaba mucho, y los más jóvenes, como los mecánicos del taller y los lavacoches, se acercaban desinhibidos a las mujeres que pasaban, con la excusa de resguardarlas de la lluvia con paraguas. Algunas de ellas daban muestras de agradecer los acercamientos. Al bloqueo de la ciudad se sumaban los actos de los delincuentes comunes, los focos dispersos de la que llegaría a llamarse una *revuelta social* y un *repentino rechazo a las convenciones sexuales*. Después de un par de horas, la situación se estaba volviendo crítica. La radio hablaba de intervenciones del Ejército no confirmadas. Mientras tanto, aquí delante, en un par de coches atascados bajo la lluvia con las ventanillas empañadas, se estaban produciendo actos sexuales evidentes. Luego se consiguió quitar el coche que estaba atravesado. La gran fiesta que se estaba celebrando terminó de golpe; el atasco, aquí y en otros sitios, se disolvió rápidamente. Se hablará de esto durante meses, años. Dirán que en el presente distópico residen elementos de utopía social y política, listos para emerger en las próximas crisis localizadas de sistema.

Me da que al jubilado bajito de ojos vidriosos que siempre se sentaba en las mesas de fuera se le ha muerto el microperro blanco y nervioso, porque hoy lo he visto de pie solo apoyado en las barreras peatonales amarillas, de espaldas a la Avenida, con pinta de perdido y sin perro. Nunca lo había visto sin perro.

Ahora que yo también puedo llamarme *viejo* –detesto sinónimos como *anciano*, *no muy joven*, *talludito*, *entrado en años* o de *edad avanzada*; al igual que las muchas maneras que hay para decir *muerto*, como *fallecido*, *desaparecido*, *ya no está entre nosotros*, etcétera–, ahora que he cumplido los setenta, o casi, comprendo a aquellos de mis coetáneos que se mudan a lugares completamente diferentes de las ciudades y barrios en los que han vivido y cuyas calles recorrieron en otra época; es más, se van de la ciudad y se instalan en el campo o, por ejemplo, en la playa, o incluso vuelven al pueblo del que procede su familia… La Ciudad no es sólo una cuadrícula de calles, plazas y líneas eléctricas, hídricas y telefónicas, sino también, y en especial para mí, un campo de batalla de miradas fluctuantes como espadas láser, una red de vistas, un entramado de posibles ángulos, una infinita serie de recorridos que se interconectan, de roces de cuerpos y de ojos que tocan y labios que ven, una actividad incesante de mutuas valoraciones sexuales y de estatus económico: eres guapo/a, menos guapo/a, interesante, sexi, me das asco, ni siquiera te veo, qué llevas en la cabeza, quién te crees que eres, no eres el único que lo tiene, fóllame joder, te follaría aquí, ahora mismo, ahí detrás, no te tocaría ni harto de vino, quítame los ojos de encima, date la vuelta, deja que te vea de frente, si se vuelve a girar, si me vuelve a mirar, pero si te gusto, ¿qué coño quieres?, ¿quieres ser la madre de mis hijos?, ¿esos ojos?, ¿ese culo?, ¿quién eres?, ¿con quién estás?, ¿quién es el inconsciente que te deja ir por ahí sola y libre? Qué cuerpo, qué físico, qué tetas, qué ojos, qué culo, qué piernas, qué zapatos, qué familia, ¿a cuántos niños tendría que hacer llorar para tenerte?, ¿a qué te dedicas?, ¿cuántos años tienes?, en serio, ¿cuántos tienes? A saber cómo follará, a lo mejor es lesbiana, o apesta, no puede ser tan guapa sin que tenga un defecto secreto, pongamos un antojo verde y peludo en la ingle, o que no le guste chuparla, hay mujeres así, la polla sí, pero sólo de lejos y con moderación, quizás esté muriéndose de ganas por mí. Supongo que las mujeres miran cosas distintas a las que yo he observado durante mi mísera vida de *flâneur* en la Avenida, de observador indiscreto de mujeres, de acosador visual. Imagino que las mujeres valoran otras cosas; de hecho, lo sé a ciencia cierta. En definitiva, una vez superada cierta edad, a uno lo expulsan del duro y maravilloso juego de las miradas, picardías, ambigüedades y timidez/descaro, y acaba abandonado en lo más recóndito de un aparcamiento, donde el viejo/la vieja se quedará estacionado hasta la muerte. Un día sales de casa, coges el metro y por primera vez notas que eres menos visible, que las mujeres te miran menos, es decir, son menos las chicas que alzan la mirada hacia ti: les basta con percibir de manera inconsciente las irradiaciones de vejez que emites para meterte en el

saco de los no-vistos, de los no-considerados, de los no-valorados; estás fuera del mercado y lo estarás para siempre, o sea, para lo que te queda de vida, y de nada te servirá teñirte el pelo, hay algo en ti que resulta de todo punto evidente y se llama *vejez,* por mucho que te empeñes en llamarlo *caída de hormonas*, *deterioro físico*, *elasticidad de la columna*, *chaleco multibolsillos* o como quieras. Sin embargo, la mente envejece menos que el resto del cuerpo, el deseo dura más que la posibilidad de satisfacerlo, así que muchos de los que, aquí en la Avenida, tienen unas mínimas posibilidades económicas, valoran seriamente marcharse y dejar la ciudad a los jóvenes, que parecen pertenecer a una especie de ser vivo diferente a la nuestra: suben corriendo las escaleras mecánicas del metro, de cien peldaños de largo, saltan con las dos piernas a la vez las barreras peatonales, conducen como locos motos de 1200 cc, que es la cilindrada de tu Micra; son cosas que están fuera de tu alcance, como lo está el salto de las gacelas para los humanos. Así pues, es mejor marcharse, quedarse realmente solos en vez de sentirse solos en mitad de un mar de gente al que ya se ha dejado de pertenecer en todos los sentidos… Porque sí, eso llega. Llega un momento en el que te sientes extraño y todo lo que antes te gustaba, te interesaba, te emocionaba, te hacía soñar, te ayudaba a conciliar el sueño por la noche con sólo pensarlo, todo el arte que has admirado, todas las emociones que creías experimentar, incluso con el propio apetito sexual y el cuerpo femenino, no digo que desaparezca por completo, pero sí que decae, es como si perdiera potencia, se atenuara y te sumiera en un estado de semiindiferencia constante y absoluta. Lo mismo te sucede con muchas personas, es más, con casi todas. Leer te cansa, ya sólo te queda un moderado interés por la comida, por el buen comer y el buen beber, por las películas y las series de televisión, y por algo más que ni recuerdas. Éstas son las condiciones psicofísicas en las que vivo asomado a *una arteria de paso* que retumba día y noche, con vehículos que suben, bajan, aceleran y frenan en la granularidad espaciotemporal de los ciento cincuenta metros que hay entre el Paso Subterráneo de la Primera Circunvalación Oeste y el Semáforo de tres Calles.

Están midiendo el Monte de Arcilla. Hombres con miras y teodolitos sobre trípodes, que me imagino que son electrónicos y con láser, se mueven de un lado para otro por el cañaveral y la garriga rala del precipicio, entre las chabolas y la basura que éstas generan, adonde más tarde llegarán ovejas y cabras con sus perros pastores: son animales grandes, blancos y peludos, muy responsables. Los hombres están proyectando la estructura del Monte distópico, o más bien de lo que queda de él tras la intensa erosión humana del siglo XX, en una cuadrícula numérica tridimensional: cada punto con sus correspondientes coordenadas en los ejes XYZ a partir de una estación de origen prefijada. O no, tal vez lo hagan de otra manera y usen sistemas más modernos. Por tanto, estos lugares pronto podrían sufrir la transformación que lleva esperándose casi veinte años, así que todo lo que hay en esta zona no digo que podría adquirir sentido, pero sí realizarse en el no-sentido urbanístico del proyecto que he visto –el distrito del Ayuntamiento ha repartido folletos casa por casa–: planimetrías y representaciones renderizadas en las que gente feliz paseaba por las nuevas plazas, locales comerciales, tiendas y multicines en los albores de una era en la que ni las plazas ni las tiendas serán

necesarias, pues todo se comprará en internet y los alimentos en los supermercados, y ya no se irá al cine, sino en todo caso al bar y al restaurante mexicano, y sólo se saldrá de casa para sacar al perro, correr, ir al gimnasio, al médico o al fisioterapeuta, y se hará en chándal.

Todavía no tengo un chándal completo. Quiero comprármelo, pero no logro encontrar uno que no tenga un bordado enorme con el logotipo de la marca, del fabricante, o con un mensaje de mierda sin sentido. Me gustaría ponerme un chándal anónimo. Quiero sentirme como los demás, pero no demasiado y no en todo. Intento controlar el impulso gregario que hay en mí y el extraño fenómeno que me lleva a rechazar algo en un primer momento –ya me pasó hace tiempo con los pantalones de campana–, pero a que me acostumbre a verlo poco a poco e incluso a que me guste y lo quiera. Sin embargo, no me ha ocurrido esto con la moda de llevar ropa de marca o con logotipos enormes cuya función es poner de manifiesto su buena calidad porque «es de marca». La Gran Clase Media no se pone cosas que le gustan (nada le gusta/no le gusta), sino cosas firmadas/de marca que dan *prestigio*, es decir, con logotipos que gozan de una misteriosa estima de las masas que a mí me resulta muy difícil de entender.

–*Va a clases de baile* country *americano.*
–*Ah…*

Son lógicas de exhibicionismo que definiría como fidelidad estacional de la vestimenta. Si este año los anoraks –se ven muchos por la zona de la Montaña de Arcilla, a la entrada del metro y al otro lado de la Avenida, aunque la temperatura no caiga nunca por debajo de los diez grados– se llevan con un acolchado de tubos bien definidos dispuestos horizontalmente, *todos* llevarán uno, por lo general de un no-color, como el marrón putrefacción, el gris fango de ciénaga o el beis pechuga de pollo, y marcado con su debido logotipo. Me niego a ser portador de logos y, al no serlo, me excluyo de la comunidad de los marcados, que es enorme. En realidad, lo es Todo. Un chándal bonito de felpa, por favor. No demasiado grueso, dadas las temperaturas que tenemos ahora, con estaciones que parecen una sopa recalentada todos los meses durante años que se suceden iguales, como una melaza temporal que transcurre cada vez más rápida, y con tormentas repentinas y períodos de lluvias tibias e incesantes, en las que las nevadas son raras: la nieve trae alegría cada vez que cae sobre los cañaverales del Monte de Arcilla y todos los vecinos del Bloque nos congregamos en el Porcacci a discutir si cuajará/no cuajará mientras bebemos algo caliente porque «hace frío».

En primavera y a principios del verano, en cambio, la Avenida se convierte en un territorio atestado de chalecos multibolsillos. Antes solamente los llevaban los cazadores/pescadores, los fotógrafos de guerra y Joseph Beuys. Ahora existen innumerables modelos. Se diferencian porque tienen un bolsillito más o menos, porque

presentan una cremallera en lugar de un botón a presión o por la presencia de un bolsillo posterior, que jamás entendí para qué servía hasta que me di cuenta de que dentro cabe perfectamente una tableta. Multibolsillos sin mangas, protector y utilitario al mismo tiempo, marca identificativa de clase social y edad vital. Lo llevan los obreros, los artesanos, los fontaneros, etcétera; en definitiva, los técnicos que ves fuera a la hora del almuerzo; en realidad, un poco antes, pues estos trabajadores empiezan temprano y comen antes que los empleados y los jubilados: su jornada está escalonada, las obras de reforma de las casas empiezan a las siete de la mañana y terminan a las cinco de la tarde; el *faber* trabaja con la luz del día.

El chaleco multibolsillos lo llevan ellos y los pensionistas de la zona, con independencia del *estrato* social al que pertenezcan: ya no tiene sentido hablar de clases, salvo para aquellos residuos fósiles que vivieron en un convulso siglo XX y se creen en una posición *dominante*. Abril y mayo constituyen los meses de mayor felicidad para el multibolsillos, momento en que se impone la *utilitas*, es decir, la misteriosa necesidad del hombre entrado en años de llevar siempre un montón de cosas encima: desde el móvil, pasando por las gafas-de-cerca, las llaves de casa y las del coche, las pastillas que tiene que tomar a una hora concreta dos veces al día, los pañuelos de papel, la cartera y los documentos, hasta los caramelos de menta para el aliento, el edulcorante y la calderilla.

Pero la *utilitas* también significa protección del vientre ya distendido, que sobresale en mayor o menor medida y entra en contacto con el aire aún no tan cálido de la Avenida; de esta manera, las vísceras, junto con su flora bacteriana, quedan protegidas de las corrientes de aire, por lo que el microorganismo simbionte puede seguir realizando sus funciones pese al agotamiento natural de las tripas y sus correspondientes divertículos.

La *firmitas*, o sea, la durabilidad, no se antoja tan importante, al tratarse de un tipo de prenda que en el puesto de ropa del mercadillo de los jueves a la entrada de la Cavidad cuesta poco y, sobre todo, porque, si está un poco sucia y andrajosa, casi mejor, pues todos, ya sea el técnico, el obrero que está reformando el piso de arriba o uno de los infinitos e innumerables jubilados que abundan en la Avenida, aspiran a mostrar una vida que en realidad sólo unos pocos han tenido. Obviamente, salta a la vista que el multibolsillos del obrero rumano y el del nómada que vive en una chabola entre los juncos del Monte son diferentes: el primero suele llevar impreso el logotipo de la empresa y está lleno de trozos de papel, blocs, bolis, lápices rectangulares, cintas métricas, herramientas y, en general, de cosas técnicas que usan los obreros, mientras que el segundo se caracteriza por estar vacío y rematadamente sucio. También el del jubilado veterocomunista de las antiguas Torres de VPO es diferente: suele ser bastante ancho y estar como nuevo, se lo compró su mujer, de algodón y en color plomo, aún reluciente por el apresto.

De *venustas*, es decir, de la belleza del multibolsillos, no voy a hablar, al no ser más

que una forma técnica de tristeza, de rendición generacional a la comodidad y a la utilidad. Los jóvenes no trabajadores no se los ponen ni en sueños.

Yo el mío lo elegí a conciencia, al tener que llevar encima bastantes cosas cada vez que salgo. Como no recuerdo bien dónde las pongo, hace años que me las meto siempre en los mismos bolsillos: a la derecha, las importantes, o sea, las llaves de casa, del coche, de la moto, la cartera con toda mi vida dentro; a la izquierda, una serie de objetos secundarios, como el estuche del edulcorante, los regalices Tabù, con los que me gustaría que me enterrasen, y los chicles. En los bolsillos de arriba, accesorios y utensilios también importantes: a la derecha la agenda con el boli, a la izquierda el móvil y, en el interno, las gafas de cerca. Todo lo coloco siempre de la misma manera, así que la búsqueda de algo se convierte en una secuencia de gestos automatizados e inconscientes, aunque al final siempre termine olvidando o perdiendo algo: es un fenómeno cíclico que se da cada equis meses, sobre todo cuando algo o alguien altera la secuencia, es decir, el orden de los gestos que realizo en soledad. La soledad me protege del desorden que genera la inutilidad de relacionarme con alguien, ya sea fuera o dentro del área de la Avenida, y cada vez que pierdo algo es un trauma, una decepción, una sensación de desconcierto; me cago en Dios, esta fragilidad del estar-cerca-de-mí, dentro de mí o, a lo sumo, a mi lado, define y caracteriza mis días en la Avenida: para mí, ser y estar han sido siempre un problema, pero ahora se han convertido en *el* problema.

No se trata de chochez. O eso creo. Es que la cabeza me acompaña en todo, se distrae siempre y sigue cada estímulo visual, auditivo, cada palabra escrita, hablada, cada ruido, cada posible estruendo de Harley Davidson, que siempre me resuena en los oídos como un buen solo de batería, por ejemplo, el de Joe Morello en «Take Five». Así es como me distraigo todo el tiempo y asocio de manera automática los hechos del presente con todo lo que yace en mi memoria. Estratos y estratos de lodo mnemotécnico sedimentados en el fondo del suero que me flota en la cabeza. Basta un acontecimiento estúpido e insignificante para que se remuevan y generen un torbellino, en el que se mueven criaturas que daba por muertas, pero que emergen de las profundidades como una raya de mar. A algunas me gusta volver a verlas, a otras no.

Puesto que nosotros somos los objetos con los que convivimos y los que están a nuestro alrededor, en ocasiones, aunque raramente, incluso creados por nosotros, perder alguno se convierte en un trauma, unas veces más leve, otras más grave. Hace tiempo, en el despacho del Ministerio, me robaron la cartera con todo su contenido: los documentos, el talonario de cheques –tenía que ir al tribunal a hacer no sé qué puta declaración que ni siquiera recuerdo–, la tarjeta de crédito, la credencial, el permiso de conducir y el carné de identidad. Puse las denuncias pertinentes, me tuvieron da acá para allá hasta que, al cabo de cuatro meses, la policía me notificó que la habían encontrado, o sea, que se la había entregado un tipo que decía haberla visto en un arbusto. Estaba muy deteriorada.

A partir de aquel día, es decir, del primer robo en la oficina (le siguieron otros), miré a mis compañeros con otros ojos, los escrutaba con atención intentando captar alguna señal, algo que me dijese: Él es el ladrón, nunca podrás probarlo, pero es él. Pero nada: nadie se delató nunca. Desde entonces, todos los empleados del Ministerio se convirtieron para mí en carteristas. Cabrones. Todos, desde el primero hasta el último. Como no podía excusar a ninguno, mejor culpar a todos.

Durante el tiempo que estuve sin documentación, o con documentación provisional, me sentí como desnudo. Y lo estaba. Casi todo lo que me legitimaba como ser vivo en la Ciudad de Dios, las pocas tarjetas que certificaban algunas de las coordenadas espaciotemporales esenciales que testimoniaban mi existencia habían sido sustraídas y, probablemente, extraviadas. ¿Qué quedaba de mí? ¿Una firma bajo una montaña de papeleo burocrático? ¿Mi letra en mayúsculas en las carpetas de los expedientes? ¿Una rúbrica de funcionario de grado medio con un sello debajo? Pues sí, y poco más. Entonces me di cuenta de una cosa que ya sabía: toda mi vida estaba hecha de papel; de papel eran los expedientes del Ministerio, los documentos, los certificados de nacimiento, residencia, estado civil, existencia en vida, etcétera, y un trozo de papel también demostraba que mi casa era mía. ¿Qué quería decir *mía*? Significaba que existía un certificado, un documento de papel *depositado* en el Registro de la Propiedad, lugar mítico, inaccesible y fijo, donde se archiva qué es de quién y cuánto vale en términos fiscales. Todo en papel. Según el diccionario, *propiedad* es el «derecho o facultad de poseer alguien un bien», ej. «mi abrigo», pero, yo añado, también un mal, ej. «tengo cáncer», o sea, que es mío, soy yo quien tiene que lidiar con él y nadie más, es decir, es algo que me atañe sólo y exclusivamente a mí en la soledad de la identidad de papel, es mi problema como ser vivo en la Avenida, una de las muchas avenidas que hay en esta ciudad ambigua, antigua e indiferente. Pero esto es un simple ejemplo. No, en aquel momento no tenía cáncer. No obstante, algo maligno estaba incubando en mí y se manifestaba con molestias y dolores, a veces agudos como punzadas, por todo el cuerpo. «Es que ya eres viejo», me dijeron.

–¡Joder, hoy esto parece una jungla de asfalto!

En la calle, al borde de la Avenida, junto a un Porsche metalizado, nuevo y brillante de cera como un espejo, que está aparcado de través invadiendo parte de la acera e irradia conceptos obvios, como dinero, comodidad, velocidad y cierta arrogancia, en la calle, mejor dicho, en el asfalto, veo un pañuelo de papel empapado de sangre al lado de la típica botella vacía de Peroni.

El pañuelo empapado de sangre denota que ha pasado algo, una hemorragia nasal, un puñetazo en la nariz de alguien o, quizá peor, un ataque de tos con esputos de sangre. Sangre en la calle. Gotas de sangre, manchas o incluso charcos que se coagulan en el

asfalto. Sangre que sale a borbotones de la cabeza de los heridos en accidentes de tráfico en la Avenida, víctimas de las que se habla en el bar durante dos días o más, según la gravedad del suceso. Un motociclista yace inmóvil en el suelo en mitad del cruce, esperando una ambulancia; comentarios, consejos, recomendaciones y opiniones de los transeúntes; por fin llega la ambulancia, qué alivio. Se lo llevan. El tráfico se reanuda. La moto, de gran cilindrada, se queda allí, tirada en el suelo, bajo la custodia de unos guardias urbanos con pelo largo hasta el cuello que charlan y fuman. Al cabo de un par de horas, ha desaparecido y el tráfico de la Avenida empieza a recuperar su ritmo habitual, entre un estrépito de cláxones en actitud de: Ya sé que el accidente es grave, pero venga ya, coño.

De vez en cuando, en la Avenida se oye el estruendo aterrador de un motor fuera de lo común. Llega desde lejos, pues el efecto *doppler* aumenta la frecuencia; es como si procediera de un animal prehistórico. Sin embargo, se trata de un machote montado en una de esas motos enormes que encaja a la perfección entre las nalgas y que se inclina hacia delante como un aparato sexual mecanizado, una polla-robot-*transformer* que se convierte por momentos en una moto. Por el tramo cuesta arriba, que hace poco ensancharon y donde ya no hay coches aparcados, el tipo se vuelve loco y en pocos segundos alcanza los ciento treinta kilómetros por hora. Si el semáforo está en verde y la calle está despejada, atraviesa el cruce más o menos a la misma velocidad; en cambio, si está en rojo se detiene, pero no deja de acelerar. Sin embargo, si se acaba de apagar el ámbar, acelera y pasa igualmente. La mayoría de las veces no ocurre nada. Pero otras sí. La alta frecuencia del rugido de estas motos que van a la velocidad de un rayo provoca que el anciano que vuelve a casa con la compra se quede clavado en el sitio: se sobresalta por el estrépito, luego ve llegar al motorista, al que sigue con la mirada mientras disfruta con envidia de ese rugido, de ese canto salvaje a la juventud, la inconsciencia y la virilidad, de su habilidad para adelantar a toda velocidad y en zigzag a los automóviles, de manera inaudita y casi delictiva. Y, por una parte, su mente espera que se estampe allí mismo mientras que, por otra, sigue adorando en secreto ese fenómeno tecnoferomónico cuya imposibilidad de experimentar percibe a las claras y, por un instante, le asalta el enésimo sentimiento de rabia-añoranza por lo que ha sido y nunca más será. Por la moto que podría haber montado, pero jamás se pudo permitir hasta que le dieron el finiquito, cuando ya era demasiado tarde, pues a semejante monstruo no habría podido subirse ni domeñarlo sin salir indemne. El motociclista pasa en cuestión de segundos, del todo ajeno a la tormenta psicocognitiva que genera en los cerebros que transitan por la Avenida en ese momento. O no, puede que sea perfectamente consciente.

Sé que las supermotos, y el Porsche aparcado como el culo, no son sino exhibicionismo sexual sublimado en caballos de potencia. Lo mismo da que seas un pobre desgraciado, que es lo más probable. Lo que importa es lo que se ve. Lo que se

oye. Pero las cosas también pueden interpretarse de otra forma: el gesto aristocrático de arriesgarse imprudentemente, por el mero hecho de no tomarse la molestia de frenar en el semáforo, constituye el desprecio más rotundo y estúpido de la vida; lo único que importa es la marca que dejas en el preciso instante en que la dejas, el estilo inmediato, la floritura de la firma que plasmas cuando pasas el semáforo de la Avenida a una velocidad asesina, despreciando tu existencia y la de los demás, sin otra razón que el capricho del momento. Así pues, una vez que los dejas a todos petrificados, aceleras entre los coches detenidos ante el semáforo en rojo y entre los que empiezan a soltar el freno para reanudar la marcha con el semáforo en verde de la tierra de nadie del cruce. Ése es el momento de pasar. Ninguno de tus amigos, ni siquiera una chica, te están mirando. Lo haces por ti. Y ni te das cuenta de que estás haciendo una locura.

La Avenida, que creía odiar por tantos motivos, entre ellos porque a los vecinos del Bloque nos obliga a tener las ventanas cerradas por culpa del humo y el ruido, ya no me genera más odio. He cambiado todas las ventanas del piso y he sustituido las antiguas, de cristal simple y madera de abeto canadiense, por ventanas de PVC con doble acristalamiento y cierre hermético, una elección necesaria para evitar las partículas en suspensión. He instalado también un par de aparatos de aire acondicionado, así que, de este modo, solo, encapsulado e insonorizado en la séptima planta, afronto los veranos cada vez más tórridos de los años veinte, caracterizados por temporales imprevistos y de gran virulencia. Unos pocos minutos han sido suficientes para que la tormenta limpiase todos los residuos acumulados desde el último temporal sobre el asfalto agrietado, las aceras y la calzada, que ha arrastrado valle abajo hasta acumularlos en el primer desagüe atascado de la historia de la Ciudad; sé cuál es: está más adelante, antes del Paso Subterráneo. Justo allí se forma un lago profundo donde los coches, al pasar a gran velocidad y hundir parte de las ruedas en él, se divierten salpicando y empapando las fachadas de cemento de la construcción, empapeladas con carteles fascistas del año anterior.

Observo todo esto con mis anteojeras ideológicas, desde lo alto de mis rencores silenciosos y solitarios contra no sé qué y no sé quién, provocados, casi con total seguridad, por el paisaje que observo desde arriba, que, como he mencionado, he dejado de odiar. Sería demasiado fácil. El odio se ha transformado en una especie de desprecio amoroso, semejante a cuando no consigues separarte de alguien a quien ya no estimas, pero a quien sigues misteriosamente vinculado, alguien que en el fondo te representa y refleja lo que has hecho en tu vida, es más, refleja justo lo que eres y encarna el débil vestigio que quedará de ti, cuando tú también...

Del mismo modo, la Avenida, el Paso Subterráneo, el Viaducto, el Nudo Vial, el Otro Viaducto, la Chimenea, el Cañaveral y todo lo demás han anidado ilegítimamente en mi corazón, sin ningún amor ni estima por mi parte, sino todo lo contrario, con un profundo

desprecio. Si, por casualidad, alguien destruyese este no-paisaje estático desde hace décadas, me quedaría como desnudo y solo en la Avenida, contemplando las antiguas Torres de VPO a la entrada de Cavidad y el Monte de aquí delante, que sé, porque lo he comprobado, que está hecho de arcilla azul, con sus fascinantes chabolas en expansión. Por otra parte, me digo que, si un día estos asentamientos cristalizasen en una nueva ciudad espontánea, me alegraría por ellos; llevo años estudiándolos con mis prismáticos chinos que, para ser sinceros, no ofrecen imágenes muy nítidas, pero sí muy interesantes.

Tú, hombre blanco, anciano, con barriga y chaleco multibolsillos; tú, hermano, diles que sigan su camino, que vayan por los derroteros por los que el mundo quiera llevarlos, diles que nosotros nos quedamos aquí apostados, custodiando lo que ha sido. Porque simplemente *somos* lo que ha sido, al igual que ellos son *lo que es*. Y lo que es no lo llegamos a entender.

Digo *anciano* para referirme a cuando el futuro de tu país parece que no tiene nada que ver contigo, a cuando el pasado es una estela que se desvanece en la distancia, el presente está como detrás de un cristal y ya no hay futuro. Eres un anciano cuando la vida se te cierra alrededor, cuando las muchas o las pocas cosas de las que estabas convencido que te interesaban ya no te importan. Eres un anciano cuando ya ni la idea de construirte una cabaña de troncos te ayuda a dormir. Eres un anciano cuando has visto volver la moda de los vaqueros de campana un par de veces. Eres un anciano cuando las rodillas, cuando los pies, los codos y las articulaciones de los dedos de las manos siempre están presentes. Eres un anciano cuando cada cosa que piensas en la cama, en la oscuridad, la acompañas con una lanza de hierro arrojada con todas tus fuerzas contra la pared para abrir un boquete. Eres un anciano cuando no te enamoras. Cuando deseas sin pasión, con baboso cinismo. Eres un anciano cuando no aguantas en la playa más de dos horas, cuando ya no te divierte construir barquitos de vela que lanzar mar adentro, cuando toda conversación te cansa o te molesta. Eres un anciano cuando estás bien solo, en silencio. Cuando pierdes el culo por un cigarrillo que ya nunca tendrías el valor de fumarte. Eres un anciano cuando te da pereza. Cuando incluso la idea te fastidia. Cuando debes esforzarte para hacerlo. Cuando te apremias continuamente para hacerlo. Cuando te obligas a hacer lo que sea. A hablar. A cocinar, barrer, pasar la aspiradora, hacer la cama, mullir el sofá, limpiar el polvo, lavarte. Eres un anciano cuando ya no comprendes qué es el orden y, mientras ordenas, te paras a pensarlo, a meditar qué cojones es el orden, si es o no un concepto absoluto o de todo punto relativo, mundano, un batiburrillo utilitario. Eres un anciano cuando te bebes el vino en un vaso. Eres un anciano cuando se te forma una red lívida de capilares a ambos lados del talón, bajo el maléolo, y ahí se queda. Cuando no haces más que pensar en el cáncer; lo has hecho durante toda la vida, pero, ahora que eres viejo, más: es el paso de lo abstracto a lo concreto, de lo posible a lo probable, a lo inminente. Si tienes frío en las piernas, eres un anciano. Eres un anciano cuando tu cuerpo, tu yo corpóreo, no se impone, no sobresale ya como antes en el espacio-tiempo, sino que lo sufre flácidamente, sometiéndose al mundo. Eres un anciano cuando comprendes la grandeza de Thelonious

Monk y parece que te hable sólo a ti, allí, inmóvil, monumental, por encima de los demás, allá por los primeros años sesenta. Eres un anciano cuando hubo un tiempo en que el pecado ardía violento e incontenible en revistas como *Alta tensione* y *Mascotte*, que hoy provocan la risa. Eres un anciano cuando ya no puedes permitirte ni una pizca de nostalgia. Eres un anciano cuando las tragedias de tu vida resurgen en forma de una aprensión constante que envenena tus días y tus noches. Eres un anciano cuando experimentas una comezón, una estupefacción rabiosa, pero no te sale la palabra para explicarla. Eres un anciano incluso cuando esa misma desesperación hace que se te vaya la pinza de repente y grites en contextos que un instante antes estaban en silencio. Y, si te parece que entiendes, ves y sabes cosas que ya nadie más entiende, ve ni sabe es porque eres un anciano. Eres un anciano cuando te parece que las cosas sólo se pueden decir de dos maneras: con la síntesis más brutal y aproximada o con discursos desesperadamente largos, articulados, ignorados, imposibles de proponer o formular. Eres un anciano cuando llevas años bregando con la despertenencia, mientras a tu alrededor los muchos desideologizados parecen campar a sus anchas con total firmeza. Eres un anciano cuando te parece que todos los discursos que escuchas son, en distinta medida, enmendables, imprecisos, poco fundados, superficiales, cuando no completamente desacertados. Eres un anciano cuando ya no sabes bien dónde, cuándo y qué has vivido, pero sabes a ciencia cierta que todo era muy distinto a hoy. Eres un anciano cuando te parece que sales con mil fatigas de un valle sumido en la niebla y ya casi invisible por la estratificación de las brumas del tiempo, un valle del que parece que nadie más tiene conocimiento. En definitiva, eres un anciano cuando a nadie le interesa ya no sólo lo que piensas, sino sobre todo qué has sido, cómo eran tus tiempos, de qué estaba hecha tu existencia. Eres un anciano cuando ya nadie es progresista. Cuando nada te cuadra. Si un tímido amago de erección matutina te crea una especie de movilización vital en los lugares indefinidos de tu cuerpo donde se produce el sexo, lo más seguro es que seas un anciano. Eres un anciano cuando percibes una incredulidad tácita acerca del hecho de que hubo un tiempo en que tuviste una vida sexual y estuviste, por decirlo así, en el mercado. Eres un anciano cuando la percepción que los demás tienen de tu atracción hacia las mujeres les hace decir que eres un «salido» o, peor, un «viejo verde». En resumen, eres un anciano cuando ya no te mira ninguna mujer. Únicamente las ancianas como tú, a las que tú, en cambio, no miras. Eres un anciano cuando cada día el cuerpo te recuerda, con una sorprendente variedad e inventiva de señales, que el final se acerca. Eres un anciano cuando cada dolorcito en el pecho te pone en guardia. También lo eres cuando una mañana te despiertas con la sensación nueva de que algo no funciona en la barriga, o en lo que te parece que es el hígado, pero que bien podría ser el estómago, el pulmón o sólo una punzada intercostal, una mialgia o, por el contrario, un cáncer que llevas meses incubando y que se manifiesta por primera vez, el síntoma de algo, seguramente del hecho de que sigues indebidamente vivo en un mundo que nunca

has entendido y que ahora entiendes todavía menos. Eres un anciano cuando no logras permitirte comprender el presente mejor que los demás. Cuando tiendes a dar siempre la razón a los jóvenes es que eres un anciano. También lo eres cuando tiendes a llevarles siempre la contraria. Eres un anciano a partir del momento en que para ti existen *los jóvenes*. *Las* jóvenes, sobre todo. Eres un anciano cuando te fijas en un culo y lo sigues con la mirada hasta que puedes, analizándolo en cada detalle, soñándolo, palpándolo virtualmente con *ojos que tocan*. Eres un anciano cuando una tarde en el cine empieza a dolerte mucho una rodilla, misteriosamente y por primera vez. Eres un anciano cuando trajinas a todas horas con las gafas. Cuando sientes horror por los tatuajes. Eres un anciano cuando tienes ganas de dar consejos todo el rato, pero siempre te contienes para no parecer el anciano que da consejos. Eres un anciano cuando el pasado no es más que una secuencia compacta de un Podría haberle dicho y no le he dicho y de Podría haber hecho y no he hecho. Eres un anciano cuando te sientes a merced de una corriente brutal que no te arrastra pero a la que tampoco opones resistencia. Por tanto, eres un anciano cuando el flujo del presente te ignora. Eres un anciano cuando escrutas con aprensión tus heces en busca de señales de muerte. Cuando te acuerdas de que lo único que sigues compartiendo con las generaciones venideras, con los muchos nacidos después que tú, es la cultura rock. Eres un anciano cuando la música rock, que es parte de tu cultura, ya no te llega a las caderas, sino a la cabeza, y no te gusta. Eres un anciano cuando el rock te gusta mucho, pero mucho menos que el jazz. Eres un anciano cuando querrías decir Hace tiempo todo esto era campo, pero no lo dices para no parecer un anciano. Eres un anciano cuando no te paras a mirar las obras, porque eso es exactamente lo que están haciendo los ancianos entre los transeúntes. Lo eres cuando te entra el pánico ante una nueva *app* de la que todos hablan, una nueva palabra inglesa en internet, una actualización de iOS, la propuesta continua de descargar Windows10 y de instalarlo, la idea de que todo cambiará de nuevo en tu PC. Y, consternado, piensas que eso se repetirá una y otra vez, sin descanso, hasta el fin de tu tiempo en la Tierra, cuando devolverás al Todo las moléculas y los átomos eternos que te ha prestado para existir.

Eres un anciano cuando a nadie que no sea tan anciano como tú puedes contarle las cosas, las percepciones, los estados de ánimo de anciano que te atormentan, como el dolor de aquí y el dolor de allá que te apareció el otro día –completamente nuevo, una sensación inédita, asquerosa– y el miedo que te atenaza, sobre todo por la mañana justo después de despertarte –aún bajo el influjo del extraño mal sueño que tienes cada noche, siempre distinto y siempre igual, cuando no consigues hacer algo que todos saben hacer, cuando vas por la calle en camisa, pero por abajo desnudo por completo, cuando no vas a lograr coger el barco que está llegando porque no has hecho la maleta–, que es un miedo visceral y refulgente a la muerte. Eres un anciano cuando te fastidia sobremanera hablar de cosas de ancianos con otros ancianos, eres un anciano cuando te dan asco los de tu misma edad, cuando no soportas oír que se profieren las típicas formulaciones de

anciano sobre la salud, sobre el paso del tiempo y sobre las demás cosas de las que tú –¡sí, tú también!– te estás despidiendo. Eres un anciano cuando te sientes completamente privado de asideros y los que hay, los ancianos como tú, te resultan repulsivos porque te muestran que los demás han aceptado la condición mental anciana de la que te mantienes tenazmente alejado, por lo que la sufres mucho más.

Si, en lugar de en la Avenida, tuviese la edad que tengo en una tribu humana de hace treinta mil años, pongamos en Europa en plena era glacial o, después, en un grupo de pieles rojas en los bosques de los Grandes Lagos, o de inuits ancestrales, o en otra parte entre los cazadores recolectores de África –o bien justo aquí, en este valle sin sol– y estuviese todavía, como estoy hoy, relativamente en forma y fuera casi por completo autosuficiente, sería El-que-más-sabe. Pero, después de pasar una vida siguiendo la biomasa migrante de una manada de renos/caribús (chupándoles la sangre como un nido de garrapatas pegadas a la piel de un gran bovino humeante, sin que el animal se dé cuenta siquiera de la extracción y siga impertérrito su curso biológico), en realidad, ¿hasta qué punto podría serlo, dada la artritis que te deformaría las manos, los pies y las articulaciones, dada la grasa animal que te atascaría las arterias, con los ojos secos por la reverberación de setenta y pico inviernos? Te dejarían tirado durante uno de los traslados para que murieras congelado en plena tormenta. No como aquí, en la Zona, donde desplegarías de lleno tu derecho occidental a que te mantengan con vida obligatoriamente hasta el último instante de tus tormentos. Serías el banco de datos de tu grupo de recolectores y cazadores, te tendrían respeto –es más, deferencia–, te interrogarían para que les dieras consejos sobre cosas que tú conocerías mejor que ellos. Esta supremacía te la otorgaría la inmutabilidad de las condiciones ambientales circundantes: el mundo donde habrías nacido sería el mismo donde estarías envejeciendo, el mismo donde morirías. Ese maravilloso mundo inmóvil, es decir, en mutación demasiado lenta para ser percibida, te habría permitido acumular experiencia sobre la llamada *realidad* y sobre la llamada *naturaleza humana*, y eso te concedería un estatus concreto fundado en la experiencia y mucho más si hubieras conseguido transformarla en sabiduría, es decir, en conocimiento, equilibrio, sentido común, coherencia, discernimiento, prudencia, criterio, cautela, astucia. Era bonito ser viejo en la época preindustrial, en plena Edad Media o incluso antes, hace treinta y cinco mil años en alguna gruta cárstica de Ardecha, en las cuevas de Atapuerca. Pero habrías estado obligado a la sabiduría, te la habrían exigido, salvo que te hubieras transformado con el tiempo en uno de esos canallas chamánicos que había por todas partes y que siguen perdurando hoy en día…

–¿Todo bien?
–Bien, ¿y tú?
–Yo bien, ¿y tú?
–Tirando, ¿tú?
–¿Cómo va la cosa? ¿Bien?
–Bien, sí. Muy bien.

Mi sueldo, incluso exento de comisiones, era el de un dirigente, aunque en realidad yo no dirigiese nada ni a nadie. No hacía nada, no pintaba nada, era un don nadie pagado, una presencia irrelevante en los pasillos del Ministerio, donde a veces me cruzaba con Carla, con la que vivía entonces y que había ganado el concurso interno que daba acceso a la cúpula directiva. Ahora ella contaba con su propio equipo, lo hacía bien y era muy apreciada por ser una exsocialista. Yo salía a las cinco en punto, mientras que ella lo hacía cada vez más tarde y, a veces, se quedaba incluso hasta las nueve o las diez de la noche; entonces me llamaba por teléfono y me decía: No me esperes para cenar. Luego le asignaron un despacho importante en la planta principal del Ministerio, con techos más altos y pasillos más largos, suelos de mármol, ventanas más grandes, cortinas, sillones de piel en los vestíbulos y ujieres vestidos de uniforme que *no* trabajaban en los bares situados en las esquinas del edificio.

Mientras iba a recogerla a la oficina, pensaba en la sorprendente uniformidad semántica de las señales que el poder necesita y también en que tal vez no pasara nada por no haberla avisado de mi visita; su teléfono siempre daba comunicando. Pero a ella no le hizo mucha gracia. Carla, mi Carla, la Carla que me había esperado a la salida de la cárcel y me había acogido en su casa y en su cama, me dijo murmurando: «Ahora mismo estoy muy ocupada, no tengo ni un minuto… Si no tienes nada que hacer, sal y date una vuelta, vete al bar, pero *no vengas aquí*, es más, no vuelvas a venir *nunca más*… Tienes que entender que no me guste; me estás dejando en evidencia delante de mis compañeros. Todos te conocen por haberte llevado dinero, así me arruinas la carrera, ¿lo entiendes? No puedes creer que ir a la cárcel siendo un reo confeso no tiene sus consecuencias… Te han readmitido, han sido buenos, pero estás estigmatizado y quién sabe cuánto tiempo más lo estarás. Todos saben que estamos juntos, para mí no es algo positivo, sino más bien terrible… Deberías empezar a pensar en volver a vivir a tu casa… Piénsatelo…».

A continuación, más irritada, concluyó con crueldad: «De hecho… hazlo y se acabó. ¡Vete de mi casa lo antes posible! Y ahora discúlpame, que tengo cosas que hacer».

Me echó a empujones de aquella sala, de su casa, de su vida y me devolvió a la

Avenida.

No podía culparla de las consecuencias para su carrera. Me sorprendió que no hubiese encontrado la manera ni el momento de decírmelo antes, con calma, en casa. Probablemente no fue del todo consciente hasta el momento en que se sintió molesta al verme allí, en que fui a *visitarla*, cuando tenía que dar la talla en su nuevo cargo.

Debí de darle pena; de repente, debió de caer en la cuenta de que ya no me amaba, sea cual sea el significado de esta palabra. Tal vez fue la chaqueta de lino arrugada y estropeada que llevaba. O tal vez fueron mis viejos mocasines ingleses los que la pusieron nerviosa, es más, los que al fin le revelaron quién era yo (¿quién era?). Tal vez fue la camisa azul de rayas con el cuello abotonado. O mis gafas redondas de falso carey. O mi comportamiento torpe, que, aunque pueda parecer reflexivo, no es sino timidez resentida. En definitiva, ése era mi aspecto de intelectual del siglo XX, que hasta entonces le había atraído, pero que, en ese momento, y en todos los que se sucedieron hasta la actualidad, despreció por culpa de los lameculos que se estaban haciendo con el poder y de todos los modernizadores postsocialistas con los que se relacionaba.

Ya hemos tenido suficiente con esos soplapollas –es lo que se solía decir por aquel entonces–; ellos son quienes, a partir del sesenta y ocho y durante los años posteriores, nos han llevado a la ruina. Carla pensaba más o menos de la misma manera, aunque le había comentado que durante una breve fase de mi vida fui un socialista convencido, es decir, uno de su misma raza y consorcio de treintañeros/cuarentones, corruptos algunos y otros todavía no. Sin embargo, desde su punto de vista, el hecho de que hubiese militado en el Partido me convertía de por vida en un ideólogo, y no le faltaba razón.

Tienes toda la vida por delante, le dice alguien a la camarera del Porcacci –durará poco, como las demás, mejor dicho, como casi todas, especialmente las que tienen un buen culo– mientras me tomo un café malo de pie en la barra, junto con otros parroquianos mansos y madrugadores como bueyes en la gamella, y pienso en la vida que he dejado atrás, sí, atrás, atascada y estreñida entre las nalgas, que, al apretar, me congestiona el pasado y me genera desesperación por lo que ya no es posible cambiar ni reconfigurar, simplemente porque se hizo (lo hice yo) o pasó de una manera y, como se suele decir, «el pasado no vuelve», un pasado del que es mejor ni hablar… Pues bien, este pasado irritante contiene una sociedad, una ciudad y una Península modernas, pensadas a conciencia, de las que no quedan más que restos de utopías pasadas, de ciudades imaginadas, de sociedades que se concibieron para mejorar y que, sin embargo, desde mi punto de vista, han fracasado, sobre todo en cuanto a la realización del ambiente cultural, físico y social que antaño deseó la modernidad, sin el cual hablar de posmodernidad, como hacen los intelectuales cuarentones, no tiene sentido. «¿Cómo puedes hablar de posmodernidad –decía mi Maestro– si nunca has sido moderno? Nosotros somos más bien posantiguos.»

No tengo una visión general ni concreta, sólo apreciaciones, pero desde aquí arriba veo una ciudad de pensionistas y cuidadoras. De empleados de todo tipo y condición. Una ciudad de directivos ministeriales, de entidades locales, de empresas municipales, de dirigentes de una gran cantidad de cosas, encapsulados en coches oficiales azules o negros, muchos de ellos sentados democráticamente delante, con sus carteras llenas de documentos, con el periódico, todavía de papel, abierto sobre el salpicadero, molestando al conductor, que preferiría que se sentaran detrás: Si te molesta me lo dices. Le molesta, pero no te lo dice.

Ciudad de turistas, jóvenes y viejos, pero nunca de mediana edad, de turistas hipovestidas con chanclas, camisetas de tirantes y muslos enteros al aire, con cero atractivo sexual, al menos hasta la noche, cuando se duchan, se ponen sexis y se convierten en almas alcohólicas y perdidas, en busca de Dios sabe qué, quizá de nada.

Ciudad de alquiler de casas en internet, de alquiler de habitaciones tipo cama y desayuno, de hoteleros, porteros trilingües, camareras de piso, camareros de bares, cocineros y lavaplatos: todos chapurrean el inglés que les hace falta.

Ciudad de heladeros y pizzeros, de locales de kebabs, de hombres/mujeres que se sientan en los escalones de las iglesias para tomar el fresco o pedir limosna como se hacía en los años cincuenta del siglo XX, antes de que los mendigos desaparecieran durante veinte o treinta años para reaparecer después.

Ciudad de sintechos que duermen en cualquier parte sobre colchones de cartón ondulado, de habitantes de nudos viales, que por la noche se cobijan bajo las vigas más bajas de los viaductos y de día recogen y colocan los colchones detrás del guardarraíl de las rampas. También de cartón doblado sobre las aceras para los momentos de oración islámica, o sobre el césped descuidado de los parques, o en los callejones más recónditos del Centro Histórico.

Ciudad de lavacoches, de millones de conductores de coches, ciclomotores y *scooters*, de repentinos cambios de semáforo y de pisar a fondo el acelerador para esquivar los baches.

Ciudad de gente que espera autobuses urbanos, ciudad de autobuses turísticos tan altos como edificios, con cristales ahumados y enormes espejos retrovisores carenados que sobresalen como las antenas de un coleóptero.

Ciudad de nómadas en busca de una oportunidad, de un contenedor lleno de cobre, de dinero o de comida.

Ciudad de bebedores de vino Tavernello, de vagabundos con la mirada perdida. De botellas de cerveza abandonadas a los pies de los edificios o sobre los cuadros eléctricos de PVC del alumbrado público.

Ciudad de comerciantes de ropa, también deportiva, y de zapatos. Los encargados esperan de pie junto la puerta de su comercio, con camisa azul, vaqueros de marca, un par de Church bien cepilladas, cigarrillo y cara bronceada por rayos UVA; en definitiva,

con el aspecto de alguien que durante su vida sólo se ha preocupado por dos cosas, quizá por tres (pero de la tercera no me acuerdo), mientras esperan clientes en los ratos muertos. Es gente en extinción, procede de otras épocas, pertenece a otras inculturas, vive, al igual que todos nosotros, en nichos sociales homogéneos, cómodos refugios provisionales en la mutabilidad estancada de la realidad. Y de vendedores de cadenas y grandes marcas, todos iguales: delgados, efébicos, angloparlantes, con motos, homosexuales, desagradables, estirados que te escrutan la prominencia de la barriga con la mirada cuando te dicen que no tienen la XXL, porque ésta, insinúan, es una tienda *slimfit* y quienes han nacido en el siglo XX y tienen barriga flácida, insinúan, van a comprar a otros sitios: aquí dañan nuestra imagen.

Ciudad de camareros que a lo sumo llevan cuatro pizzas, algunos hasta seis; de camareros que han perdido la ilusión y se muestran impasibles, desganados, fríos, distantes y amables como los azafatos de las aerolíneas de bajo coste, es decir, lo suficiente para evitar que alguien les pegue un puñetazo. Auténticos paradigmas de la cultura local que llevan años tomando las mismas comandas. Puesto que hace décadas que las cartas de todos los restaurantes son idénticas, han servido durante toda su vida los mismos platos de elaboración elemental, igual de mediocres en todas partes, por regla general en restaurantes y pizzerías de reciente inauguración, dedicados al blanqueo de parte del dinero negro procedente de las distintas mafias peninsulares. La impasibilidad interna de los camareros de la Ciudad de Dios impregna los tejidos urbanos, tanto dentro como fuera de las murallas del Centro Histórico, y marca y caracteriza ese tramo con una indiferencia secular y vulgar que siempre perciben los visitantes más despiertos, pero no los turistas de hoy en día, que ni siquiera saben en qué ciudad se encuentran: Aquí está el Anfiteatro, dicen, lo hemos visto, *amazing*. También la Big Fontana, *amazing*.

Ciudad de abogados, de cualquier especialidad, que están por todas partes, ocupándose de las numerosas causas civiles abiertas en la Urbe, o en los tribunales defendiendo a semidelincuentes o a delincuentes de tomo y lomo, o delinquiendo por su cuenta, o ejerciendo su profesión forense con normalidad y honradez, aunque ninguno de ellos esté del todo limpio, pues siempre hay alguna actividad (total o parcial) que se paga en negro: el flujo marginal de opacidad ilegal nunca desaparece.

Ciudad de asesores fiscales, de profesores universitarios, de hombres todavía jóvenes con barba muy recortada: tienen más de cuarenta años, se desplazan día y noche en grandes *scooters* a toda velocidad por las calzadas romanas, los callejones, las intersecciones, el paseo fluvial y por las circunvalaciones, cómodamente sentados sobre los sillines, concentrados en esquivar los baches mientras hablan por el móvil, encajado entre la mejilla y el casco. Gente que trabaja, no se sabe cómo, ni dónde ni de qué manera, que folla y no tiene hijos, que está pegada al móvil hasta el sábado por la noche o más tarde, cuando sale a comerse una *pizza* al horno de leña.

Ciudad de gente sin nombre, donde las clases sociales son indistinguibles porque están en vías de extinción, o ya se han extinguido, salvo para los pobres trabajadores rumanos del pladur, los parias norteafricanos de los lavacoches, los bengalíes de las tiendecitas, los muertos de hambre de las gasolineras de autoservicio nocturnas. Ciudad de mujeres de mediana edad, vestidas con un gusto de imitación rigurosa y recíproca, una carrera por ver quién enseña, según la temporada, los vaqueros con las rasgaduras más amplias, los hombros más densamente tatuados, la camiseta con el mensaje más estúpido, las botas más tachonadas; las observo de una manera meramente física, no sé quiénes son ni qué piensan, me parecen deprimentes.

Ciudad de la construcción por excelencia, famosa en la Península por ser, si no la cuna, probablemente el principal centro de realización de esta actividad semidelictiva que suele denominarse *especulación inmobiliaria*: no es casualidad que, junto con la droga y la prostitución, sea la preferida por las mafias de todos los lugares y épocas; de hecho, entre los peninsulares existe desde antiguo una máxima simple: construir es pagar sobornos, cuya aplicación siempre se confirma en la Ciudad de Dios, generación tras generación, cada vez que salen a la luz escándalos de corrupción, o similares, de mayor o menor gravedad y alcance. No obstante, nunca es posible descubrir *todo* el flujo de dinero que subyace a la realización física de los tejidos urbanos que se vuelven cada vez más descontrolados y carentes de sentido conforme se avanza desde el Centro Histórico hacia la periferia, y desde ésta hacia los cinturones externos del sistema, donde gravita una multitud indefinida de asteroides en forma de bloques.

Por tanto, ciudad de constructores de edificios, de miradas frías como viejas víboras que no dejan escapar ninguna oportunidad y, si es necesario, atacan y muerden: conocen muchos de los secretos más evidentes de una ciudad en la que todos lo saben y lo ven todo, aunque los nombres nunca salgan a la luz –los nombres de la Ciudad de Dios circulan, se mencionan en todos lados, entre murmullos, susurros, con una sonrisa, con una mirada de complicidad, de respeto o de desprecio en función de la posición que se ocupe en la jerarquía de la semidelincuencia inmobiliaria. Todos se conocen, los semidelincuentes y los cuasicorruptos de la Ciudad, en este incesante carrusel tácito de sobornos-elusiones-evasiones y consecuentes licitaciones de todo tipo, urbanísticas, en fase de construcción, evaluación de impacto medioambiental, metros cúbicos/cuadrados, destino de uso, que cambian una y otra vez, una carta tras otra, una reunión tras otra, una cena tras otra –en el trance colectivo de una ciudad en expansión, cuantas más reuniones se hagan, mejor–, con palabras que se dicen y escriben de una manera determinada, una sucesión de proyectos que rectifican el anterior, montañas de folios ploteados y doblados en formato A4, portadas y leyendas realizadas a conciencia con cifras y perímetros nuevos; en definitiva, una montaña de papeles formalmente impecables para que todo sea como debe ser, es decir, como le conviene al licitador.

–Si es tan amable…

Ciudad de existencias vulpinas vividas en los pasillos de los ministerios y del Gobierno, que concede pequeños sobornos a aparejadores que han aprobado unas oposiciones que les permiten ocupar con pleno derecho puestos en los que se roba y se aprende rápidamente a hacerlo. Ciudad de tristes arquiaparejadores licenciados o, mejor dicho, de aparejarquitectos de mirada opaca, de apariencia desinteresada, procedentes tanto del sector privado como del público y dedicados a una perenne defensa de los trámites a capa y espada: los externos para tergiversarlos en su propio beneficio, es decir, en beneficio de sus superiores, y los internos para embolsarse el soborno que consideren más adecuado. Éste nunca debe ser ni demasiado desorbitado, para no estropear la relación, ni demasiado miserable, para no parecer un papanatas.

Así pues, hoy como ayer, la Ciudad de Dios también es una ciudad de artesanos constructores: gruistas, camioneros, albañiles, alicatadores, peones, instaladores y obreros, que en la era del Estancamiento son, por lo general, extrapeninsulares procedentes de las que en otra época fueron las lejanas provincias del Antiguo Imperio, gente hecha de otra pasta que a lo largo de varios siglos trajo de cabeza a los ejércitos enviados para conquistar, reprimir, reconquistar y reprimir una y otra vez estos lugares durante ciclos que culminaban con la derrota aplastante por parte de los ocupantes o con la sumisión completa de los ocupados, que, para ser completa, acababa con la asimilación recíproca. Estas gentes, que durante milenios vivieron lejos de la antigua metrópolis, regresan ahora en calidad de artesanos serios, de confianza, competentes, rápidos y, sobre todo –mientras puedan seguir evadiendo el fisco–, pagados en negro.

Ciudad de arquitectos, ya casi sólo de interiores, académicos o aspirantes a la relajada sinecura de la vida académica, o vividores de los bajos fondos en busca activa de cualquier tipo de empleo, o trabajadores en una pequeña estructura poco fiable, como una empresa, mejor si es un *holding* (más solvente y respetuoso con los honorarios), o que esperan algún encargo y ofrecen sus servicios en los estudios de los pocos privilegiados que han conseguido montar uno, o que ejercen como profesores de secundaria, o trabajan en el sector público, o están contratados a jornada completa/parcial en tiendas de cocinas y de decoración, o tienen empleos precarios en los centros de producción televisiva y cinematográfica, o simplemente están en paro y se pasan toda la mañana sentados en un bar, leyendo el periódico: una masa de muertos de hambre. Los arquitectos, a los que todo el mundo considera profesionales inútiles, son intelectuales *menores*, irrelevantes y negligentes, que suelen dedicarse a la caza perenne de trabajos que les proporcionen pingües beneficios que nunca llegan y que, cuando lo hacen, es al cabo de unos años y no son tan altos: o lo tomas o lo dejas.

«Mientras pensábamos y concebíamos una ciudad diferente, con la finalidad de mejorarla, y tratábamos de aplicar criterios urbanísticos opuestos a los que regían la

expansión, proponiendo ideas no sólo relacionadas con el modernismo, sino también con experimentos posteriores que reafirmaban el concepto de espacio civil, de ambiente, de cuarto y de habitación urbana; pues bien, mientras la pensábamos, razonábamos y diseñábamos, la Urbe siguió creciendo por su cuenta. Nos comportábamos como si no fuese del todo lógico esperar que gente de mierda construyese una ciudad igualmente de mierda, reflejo fiel de una burguesía minoritaria que se hacía sus propios edificios, del constructor que levantaba tanto colmenas al sudeste como viviendas con acabados de lujo en las colinas del noroeste, mientras que, a medida que ganaban dinero, esas casas, autoconsideradas burguesas, de pronto se llenaban de baratijas de plata y retratos de los niños vestidos de esquí, fotografías en color que con el tiempo se tornaban magenta y permanecían ahí, en marcos también de plata, desvayéndose con el paso de los años… Todo esto estaba parcialmente previsto en los planes urbanísticos, pero en realidad *no* lo estaba. Al mismo tiempo que nosotros, como pobres imbéciles, teorizábamos y planificábamos una ciudad que nos parecía mejor, la ciudad auténtica y real se expandía de manera más o menos irregular como una mancha de aceite, como se decía entonces, con total indiferencia hacia nuestro trabajo, es más, del todo ajena a nuestra existencia de urbanistas, completamente al margen de los folios de papel que contenían las normas de edificación y de todo punto ignorante del concepto mismo de norma y regla, de bien común… Y así fue como a la ciudad preexistente se unió el inmenso territorio de ciudades posibles, porque lo hipotético acabó imponiéndose con fuerza sobre lo real. Por otra parte, todos se comportaban como si no existiese una cultura de la construcción contemporánea y, cuando les proponías algo que se alejaba de la praxis edificadora consolidada, te decían: Ah, estaría bien, arquitecto, pero sale muy caro, nosotros sólo queremos hacer una parcelación, una cosa más sencilla, ya sabe, lo normal…».

Ésta fue más o menos la respuesta de uno de ellos después de una reunión celebrada en el Ministerio.

He oído que los camareros del Porcacci lo llaman *arquitecto*. Hacia las ocho de la mañana lo puedes ver llevando a los niños al colegio. Tanto él como su mujer salen juntos, pero pronto se separan. Él se marcha tranquilo por su camino, con los niños. Ella se va por el suyo a toda prisa, hacia lo que supongo que será su trabajo. Después él vuelve relajado al Porcacci con un periódico deportivo en el bolsillo e *il manifesto*. Se sienta, se toma un café y abre el periódico. Si vuelvo al final de la mañana, todavía puedo verlo allí, sentado, leyendo el periódico deportivo después de haberse leído *il manifesto* de cabo a rabo. Es un cuarentón silencioso, se parece al hijo de Eduardo De Filippo. Hacia la una y cuarto se va a recoger a los niños al colegio.

Toda realidad física contiene microelementos de utopía, además de elementos inevitables

de distopía, que suelen ser más evidentes y manifiestos que los primeros. Todo sistema artificial y complejo de elementos tecnoestéticos –otra forma para decir *ciudad*– contiene un pequeño número de promesas de un futuro mejor (una nueva línea de metro en construcción, obras de cableado universal, nuevas calles, zonas peatonales, de ocio y comercios con bancos y arbolitos, carriles bici para sudar al aire libre, un nuevo teatro de arquitectura impactante, un nuevo complejo hospitalario «de vanguardia», un nuevo edificio de multicines, un gran centro comercial bien diseñado, uno o varios edificios bonitos, o sea modernos, es decir, en consonancia con su época, con un tipo de arquitectura que te hace creer que vives inmerso en la modernidad, en la contemporaneidad y en la belleza como lucha contra la deformidad natural, etcétera; en conclusión, cosas importantes), junto con una enorme cantidad de realidades erradas, obsoletas, mal concebidas o viejas, o ambas cosas, que funcionan mal y son tecnoestéticamente inadecuadas, a las que se suman una multitud de residuos. Sin embargo, también hay objetos que, con el paso del tiempo, han entrado a formar parte de la categoría perceptiva de lo antiguo, es decir, de lo bello-por-ser-antiguo, cuya conservación exigimos, pues su destrucción nos provocaría un dolor inexplicable, semejante al que causa la pérdida de algo que nos pertenece o a lo que se pertenece.

Percibo lo contemporáneo como una presencia concomitante con el futuro en los pocos y contradictorios elementos utópicos (entendidos a modo de fragmentos de la ciudad como nos gustaría que fuese) que se mezclan con la actualidad en forma de distopía de un pasado reciente (o sea, como acumulación de restos de ciudades posibles de moderna concepción y, por tanto, de fracaso inevitable) y con un pasado que, en nuestro fuero interno, poco a poco se percibe más lejano y, al volverse remoto, legitima lo que antaño interpretábamos que era un conjunto de disparates y de crímenes contra el presente de entonces.

La Ciudad de Dios, al cimentarse sin una base sólida en las categorías/entidades conceptuales freudianas, expresa en su Yo consciente un inconsciente en forma de pulsión destructiva y un super-Yo como inútil querer ser una estructura física que ha sido repensada, reimaginada, reproyectada, reescrita y redescrita una y otra vez, sin pausa, sin descanso. Pero en la época del Estancamiento, los tres elementos de la contemporaneidad se desequilibran. La imaginación mengua, la utopía se desvanece, la conservación de lo que existe decae casi hasta la desaparición, por lo que el inconsciente destructivo, la pulsión por dañar y maltratar lo que nos rodea –que también es nuestro, porque lo hemos hecho nosotros– cobra mayor fuerza.

Ahora que llega el buen tiempo, el arquitecto se sienta más a menudo en las mesas de las terrazas, porque así puede fumar. Fuma como un carretero, lo mismo que casi todos los clientes del Porcacci. Cerca de él también fuman un par de jubilados que hace poco se compraron un cachorro de perro a medias. De vez en cuando dejan al perro atado a una

pata de la silla y se van dentro a jugar a las tragaperras. Fuera, el perro no para de aullar. Mientras ellos echan monedas en la máquina, las camareras miran de vez en cuando el programa que ponen en Rete 4. El Porcacci es igual de cálido que la chimenea de una isba perdida en las estepas suburbanas que rodean el Nudo Vial.

En el Cuadrante veo restos de juventud implícitos en las alteraciones, en las ventanillas arañadas de los vagones del metro, en los grafitis obsesivos, en la legión de motos quemadas, en las plastas de vómito en el asfalto de las aceras, en los tetrabriks de vino Tavernello y en las botellas de cerveza abandonadas en los alféizares y en los umbrales de mármol travertino, a los pies de persianas ya deformadas con precisión, inaceptables en su humilde forma técnica, consideradas puro material de soporte para lo que parecen macroejercicios de caligrafía, donde pseudoletras se adosan y se superponen a símbolos confusos, misteriosos, extraños,[5] siglas repetidas por todas partes, siempre las mismas, hasta el infinito, en las que se entrevé una especie de estupidez antagonista, y motos, *scooters*, motocicletas a todo gas arriba y abajo de la Avenida y sus afluentes, furgonetas conducidas por muchachillos frenéticos, siempre a punto de estamparse contra objetos, vehículos o personas. El sentido del peligro es menor en la juventud, que tiene prisa, reflejos rápidos y se aburre fácilmente.

> No tenemos la menor idea de cómo derrocaros y mucho menos de a quién pondremos en vuestro lugar, aparte de a nosotros mismos, pero mientras tanto podemos desfigurar vuestras casas, vuestras cosas, hasta los objetos normales y corrientes que hacen decoroso vuestro paisaje, para reducirlos al nuestro, a nuestro paisaje, o sea, a nuestro sueño posatómico de videojuego, al mundo visualmente revelado en su infamia rechazadora, devuelto a la imagen del caos contra el que al parecer se lucha aquí, tanto en la Avenida como en otras partes de la no-Ciudad de Dios. No sabemos el efecto que nuestros cuerpos causan en vuestras mentes. Nos las imaginamos confusas, seniles, resbaladizas, babeantes. Por eso nos negamos a vuestro deseo manipulando y confundiendo hasta las líneas de nuestros cuerpos, el color de nuestra dermis juvenil que imaginamos que lameríais, con tatuajes asimétricos, macabros, a menudo cutres, oposicionistas. Estamos saliendo de vuestro mundo, interponemos una distancia insuperable, toda comunicación con vosotros, los del siglo XX, será puramente superficial, práctica, casual, nunca deliberada, nunca deseada, buscada. Nuestros universos se están alejando, vosotros os quedáis aquí, en vuestra seguridad, nosotros partimos hacia un futuro incierto donde nada de lo que importa hoy tendrá valor. Quién sabe si nuestras órbitas volverán a cruzarse algún día con las vuestras.

Incluso las antiguas Torres de VPO son fragmentos y señal residual de la socialdemocracia a la que el país trató de convertirse en los años setenta. Los jóvenes, me refiero a las personas menores de cuarenta años, los no ideólogos, las observan con reprobación, compasión y cierta repulsión. Las miran como si fueran las casas prefabricadas sovietizantes que había, y todavía hay, al otro lado del muro de Berlín, las miran como las casas donde ellos nunca vivirían, porque el modelo que han asimilado es el de las series de televisión norteamericanas: casas unifamiliares de madera con jardín de hierba que cortar, perro, avenidas arboladas, vecindario amistoso, tartas de manzana, cosas que sólo existen en sus cabezas, donde se ha instalado un imaginario colonizado por los EE. UU. que nada tiene que ver con el bloque de pisos donde efectivamente viven ni con la posible casita adosada con jardín, justo dentro o justo fuera del Anillo de Gronda, que están pagando con una hipoteca de casi mil euros al mes y que les cuesta un precio desorbitado en términos de desplazamiento urbano, es decir, cansancio, gasolina y tiempo perdido, y que constituye el eterno quiero y no puedo, no sé, no arriesgo, que caracteriza a esta ciudad. Los despreciadores de esas Torres de hormigón paneladas no saben que dentro hay buenas casas, dos cuartos de baño, habitaciones amplias y soleadas, tres dormitorios, trastero, cocina, sótano, aparcamiento y todo eso. No saben lo altos que eran los estándares habitacionales de entonces, del tiempo de la socialdemocracia imperfecta, cuando una clase entera de técnicos e intelectuales aún se encargaba de mejorar las condiciones de vida de los subalternos, de darles una casa y un poco de ciudad de la buena, que es el verdadero fantasma irrealizable y que, sin embargo, sigue siendo uno de los Cuatro Derechos de la socialdemocracia, mientras que los otros tres son Trabajo, Salud y Educación.

Como todas las generaciones sucesivas, tienen razón, pero los odio: para ellos éstos no son derechos, sino cosas, bienes que conquistar para sí mismos o, mejor, que heredar en forma de privilegios. En sus mentes poco amuebladas, donde todo flota sin peso como dentro de una estación espacial desordenada, en sus mentes depuradas, donde todas las cosas fluctúan sin lograr encontrar un lugar lógico que case con el objeto mental contiguo, se ha formado la idea de *mérito* y se ha consolidado hasta el punto de hacerles esperar el advenimiento de una *sociedad meritocrática*, en la cual, por supuesto, cada uno de ellos, y no otro, es el más meritorio en virtud de lo mucho que ha estudiado, del posgrado, el máster, el doctorado y las prácticas de empresa en inglés. Tras una sobrecualificación monótona que hoy no se le niega a nadie que tenga dinero para conseguirla, se gana un *mérito* que debería ser automáticamente reconocido por parte de comisiones y tribunales evaluadores, puros e imparciales, despolitizados y salomónicamente justos, como si se tratara de algo que puede medirse al peso, como si los cretinos no pululasen también, y sobre todo, entre los cualificados y los meritorios, entre esos imbéciles famosos y de éxito que universidades públicas y privadas producen como churros, ejércitos de consentidos anglófonos provistos de currículums, preparados

para vomitar sus insulsos gráficos de tarta, sus *power points* elementales, sus *start-ups* y demás chorradas, todas promovidas por ellos mismos, ebrios de ego, como es justo que sea en el mundo fluctuante del liberalismo al que contribuyen con su entusiasmo y su estrechez moral, política y hasta tecnoestética, con su ignorancia de la Historia, con su desprecio por sus padres, nacidos en el sesenta y ocho, que han «echado a perder la Península», un antiquísimo país del que no saben nada, no imaginan nada, no les interesa nada, que sienten como un peso cultural, un lastre que les impide ser angloamericanos, es decir, adherirse a la única naturaleza que se atribuyen como verdadera.

El joven sobrecualificado, figura central del Estancamiento, llena el vacío que se ha creado entre los ancianos de las antiguas Torres de VPO y el País Como Debería Ser: se inquieta, se pone a trabajar, se deprime, se hace miembro de asociaciones, de partidos que reconocen sus méritos, que lo consideran *un valioso recurso*, se organiza en grupos de presión, apunta de lleno a tener un poco de poder sin pasar, precisamente, por el *País como es*, como tal vez será siempre, del cual toma distancia, porque él no es italiano, no *ese* tipo de italiano, a ver si nos enteramos (de una vez): *yo no soy como vosotros*.

Ellos no sienten la despertenencia, porque nunca pertenecerán a nada, nunca se sentirán parte de una cultura, en la cultura, a excepción, y sólo en algunos casos, de subculturas metropolitanas marginales, específicas, localizadas, del estilo de ese determinado centro social de esos determinados años, cuando muchos de los que lo frecuentaban tenían la sensación de atesorar una cultura antagonista pero del todo posideológica, y por eso presa fácil del neoliberalismo, que los fagocitaría y escupiría luego, aunque de manera provisional, a los que se sentían anárquicos y a los que se oponían al Tren de Alta Velocidad (aunque luego iban de la Ciudad de Dios a la Capital del Norte en dos horas y cincuenta y cinco minutos), todos ellos, sin embargo, igualados por el imaginario nipón de los dibujos animados Ufo Robot, de los Transformers, de Daitarn 3, cuando eran críos felices que comían en los comedores de una Península del posboom, del pos 1968, del pos 1977, del posterrorismo, que estaba a punto de convertirse en posindustrial, posopulenta, posideológica y, a mi manera de ver, sobre todo posrenacentista, antiperspectivista y filocaótica.

–Tú eres joven.
–Pues eso, como soy joven, quiero salvarme el culo.

La despertenencia sólo tiene que ver con los jubilados de las antiguas Torres de VPO y con los que remontan lentamente las aceras de la Avenida y recuerdan bien las décadas de las Cuatro Culturas, cuando democristianos, socialcomunistas, liberales y fascistas no sólo se ofrecían en forma de partidos y/o reagrupamientos políticos, sino en forma de auténticas culturas diferenciadas las unas de las otras: cada una filtraba la realidad de

una manera, cada una proponía su propia interpretación en la lectura diaria de sus memorandos, en la retransmisión de sus telediarios, en la asistencia a sus sedes y células, a sus cinefórums, a las iglesias y a las fiestas de partido, en la adhesión a sus sindicatos, en la misma actividad sindical.

Se dice que son muchas las diferencias que existen entre los treintañeros y los cuarentones de hoy y sus padres, o, mejor dicho, algunos de sus padres. Personalmente, y hasta donde yo sé, añadiría una percepción diferente de la política, que para nosotros era una actividad noble e indispensable (lo digo como excorrupto: si bien no arrepentido, devuelto a un redil que, mientras tanto, se había evaporado en sentido político), pero que para los hijos es una cagada inútil. Añadiría el consenso sustancial que caracteriza a los hijos frente a la desaprobación obstinada (que los hijos consideran patética) de una minoría de los padres; añadiría una falta de imaginación política de los hijos con respecto a un exceso, a veces falso, de utopismo de los padres; añadiría la aparente falta de una cultura específica de los hijos que, aun así y haciendo gala de un desprecio manifiesto, se apoyan lánguidamente en la de sus padres, a los que se les reprocha no haber logrado (después de la que armaron) cambiar el país, haber excluido a sus hijos del acceso a las fuentes de ingresos y haberse enrocado en los derechos adquiridos en una socialdemocracia pretérita.

Ahora todo me sorprende. Me sorprendería que no me sorprendiera a todas horas, pero, dado que me sorprendo a todas horas, me ha entrado un hartazgo de sorpresa como la que me atenazaba hacia el final de los espectáculos circenses, adonde me llevaban mis padres de niño: salía empachado de rarezas y de admiración por lo imposible, lo inaudito y lo prodigioso que había visto. Ahora, en torno a mí, habitante del siglo XX de la Avenida, aparecen continuamente prodigios que me recuerdan aquellas maravillas antiguas e inexplicables, del todo alejados de los significados logicoestéticos que estoy acostumbrado a atribuir a cosas y personas…

Me sorprendo, porque lo considero prodigioso, cada vez que una chica muestra un antebrazo completa y devastadamente ilustrado, sobre todo si es guapa, sobre todo si es joven, sobre todo si, en general, la encuentro adorable: ese tatuaje marca la distancia sideral entre nosotros dos mucho más que la diferencia de edad, que la energía disponible, que la mentalidad, que la cantidad de hormonas en circulación, mucho más que cuanto marca la diferencia entre los lenguajes que usamos, los lugares que frecuentamos, entre nuestras respectivas culturas.

Quizá me sorprendo incluso más cuando veo a un muchacho con el cuello tatuado hasta la garganta: desde lejos dirías que lleva una bufanda multicolor, mientras que en realidad no es más que un insensato sistema de símbolos que él ha decidido imprimir, mejor dicho, que le inoculen, en la piel, como uno de esos repugnantes parásitos que a lo mejor has visto moverse lentamente en el filete de pescado crudo que te disponías a

comer… No sólo me sorprende que él, con el cuello masacrado de ese modo, se crea más atractivo, sino que, para una gran cantidad de personas, por completo ajenas a ti, lo sea de verdad.

Asimismo, me provoca una sorpresa puntual el viejo con el pelo tristemente teñido del mismo color que las ratas tracias que he visto pulular por el lecho del Río, pero con raíces y la barba un poco larga y completamente blanca. Se las da de joven según los cánones de los jóvenes de hace veinte años, es decir, como ya no son, o sea, con gorra de rapero, camiseta con eslogan en inglés, pantalones por debajo de la rodilla, zapatillas de deporte y cigarrillos en la mano. Sin embargo, por encima de todo esto, con plena e ineludible evidencia, destacan dos cosas: un chaleco multibolsillos y sus setenta años ya cumplidos. En realidad, es un no-muerto, como yo.

–A mí me atiborras de verduras y ya está.

Siempre me sorprendo de la capacidad que tiene la gente de contarse cuentos, es decir, de verse en un lugar distinto del que está, en un estado y en una edad distintos de los suyos propios. Me sorprende la increíble capacidad de relacionarse unos con otros mediante el uso indispensable y redentor del tópico, la lengua franca de lo ya dicho, oído, compartido, aprobado por todos millones de veces: éste es el plano de (no) comunicación que, inútil y necesario al mismo tiempo, aquí y en otras partes, prevalece sobre cualquier otro. Como esas parejas que veo en el bar en las tardes de verano mientras verbalizan, beben y fuman durante horas, imagino que encadenando un tópico tras otro con tal de no entrar en desacuerdo, imagino que para llegar, hacia las dos o las tres de la madrugada, tras un paseo y besos con lengua, a un polvo que supongo que también está lleno de tópicos procedimentales, de imaginario porno, de frases hechas a lo Youporn, traducidas del inglés, pero que siempre funcionan. ¡Ya te digo si funcionan! ¡Lo que daría yo por una velada de ésas!

Hoy en el Porcacci estaban hablando de casas, en plan «me la he comprado», «la he vendido».

Declaran satisfechos cuántos kilómetros se meten por la mañana, corriendo o a paso ligero; cuántos largos en el descanso del almuerzo, cuando todos se van a comer y ellos, en cambio, nadan; cuántas decenas de kilómetros en bici para desplazarse de casa al trabajo y viceversa, imagino que iniciando la jornada empapados en sudor, sin posibilidad de ducharse; cuántos minutos de cinta en el gimnasio, de cardio, pilates, estiramientos, yoga *antigravity*, prepugilística –la pospugilística, o sea el momento en que el púgil finalmente se va a casa y descansa, no te la enseñan–, te hablan de los pectorales, pero, sobre todo, de los abdominales. El máximo fetiche sexual de Occidente,

después de los tatuajes, son los abdominales –marcar los putos abdominales es el primer imperativo categórico después de preservar la vida–; luego te hablan de piragüismo y de otros deportes (o, mejor dicho, de otros esfuerzos excesivos) repetitivos, agotadores pero muy saludables porque, como te explican en una tienda de paleodieta que acaba de abrir en la Avenida: Éramos cazadores-recolectores de la sabana y, si queremos estar sanos, debemos volver a eso. Estar sanos significa, en otras palabras, morir tarde, a los noventa años y, por qué no, a los cien, completamente chochos desde los sesenta y cinco, a juzgar por las conversaciones que se oyen en las mesitas del Porcacci, después de unas cuantas copas, en las mañanas secas de finales de invierno, y que profieren corrillos de jubilados inútiles, provistos también de anoraks acolchados con tubos horizontales como dicta la moda. Estar sanos significa retrasar lo máximo posible el momento de dejar de pesarle al país.

De este modo, la cultura del cuerpo, junto con la de la cualificación y el currículum, la de la licenciatura trienal con fiesta de graduación y birrete en la cabeza, ha suplantado a la cultura-cultura, la del instituto, donde la mente tenía su importancia, como saber, recordar y aplicarse. Ahora, incluso por estos lares, lo que se lleva es inflar músculos en semisótanos y luego, para los entrenadores profesionales, venir al Porcacci en los descansos, vestidos con la ropa del trabajo, es decir, con el chándal, apestando a choto y deleitándose mutuamente, acostumbrados como están a intercambiar olores corporales, sabores y hongos de ducha y de chanclas, robándose, en los infiernos olfativos de los vestuarios, incluso los zapatos si se consideran buenos, dejando restregones y gotas de sudorazo en los suelos de linóleo, saturando ambientes con nubes invisibles de vapores corporales, en cuyo interior hay de todo. Lugares que, a las once de la mañana están tranquilos, cuando hay pilates/estiramientos/cardio para los jubilados (inspirar, expirar, con el diafragma, muy bien, tienes que sentir que la cabeza te pesa, si te tira demasiado, flexiona las rodillas, baja despacio, muy bien) –a esta hora el gimnasio cuesta menos, la monitora a lo mejor sabe poco o a lo mejor no (no sabes si está titulada, ni en calidad de qué está allí diciéndote cómo hacer las cosas), pero es simpática, lleva chándal y una camiseta que luego exhibirá olfativamente durante la pausa del café en el Porcacci–; lugares ctónicos fuera del mundo, como antros de culto mitraico, pausas de reconocimiento zoológico mutuo y benévolo, donde todos se tutean, donde todos te tutean. Tutearse es la base de la comunidad paritaria del gimnasio, último lugar que queda con elementos de socialismo, donde todos somos iguales y apestamos como los animales que somos. Luego, para cualquier inflamación, esguince o torcedura está el Centro de Fisioterapia Continental a dos pasos, sólo hay que cruzar la calle. Ellos también te tutean y te dejan como nuevo: Pero nos hace falta la receta del médico, ya sabes, la roja.

Estar vivos sin barriga y a ser posible con abdominales. Meta ambiciosa, aunque también se puede con sesenta y tantos. Caminar, no porque tengas que ir a algún sitio,

quedar con alguien o mirar cómo se manifiesta la ciudad a la cota cero de la acera, sino a propósito, un poco a diario, cuarenta minutos a paso ligero, mejor una hora, para vivir más, así en el lecho de muerte podré murmurar que tengo en mi haber unos cuantos kilómetros a pie. Me encuentro con caminantes-a-paso-ligero como yo que van Avenida arriba o Avenida abajo tratando de no perder el ritmo, dando saltitos en los semáforos para mantener calientes los músculos, con la mente puesta en el tiempo que falta todavía, en la distancia que queda por recorrer, seguramente con una música horripilante en los oídos, un brazalete electrónico que lo mide todo, la presión arterial, la frecuencia cardíaca, los pasos dados, la distancia recorrida, los pisos virtuales que se han subido. Permanecer con vida. Vivir sin otro objetivo que permanecer con vida, para sentarse en el Porcacci el máximo tiempo posible, por el placer de estar vivos y punto, de ser materia que disfruta del hecho de existir, de advertir en nosotros como extensión corpórea que percibe el espacio-tiempo en su fluir aparente, sentirse mientras se come, sentirse saciados, experimentar el gusto supremo de vaciarse, el placer aún mayor de dormirse. Así nosotros, perdidos en el placer de existir, una vez abandonada toda actividad voluntaria económica, no nos queda más que cerrar el círculo mediante el consumo, el dinero público que se nos ha otorgado con la pensión.

En el momento en que, en la acera, el anciano y el joven se encuentran a la misma altura, puedes notar las distancias icónicas que los separan. La cara bronceada con barba tupida recortada al estilo asiriobabilónico, con el pelo casi rasurado por la nuca y las sienes del cuarentón encorbatado, con chaqueta ceñida sobre una camisa blanca o celeste y los pantalones superajustados, tal vez elásticos, zapatos cómodos, pero de cuero si el joven trabaja en una oficina/agencia/banco, zapatillas de deporte en los demás casos. El viejo con la calvicie avanzada, el ralo pelo canoso que le queda tratado a veces con tinte, la chaqueta deformada sobre una sudadera, de vez en cuando sobre camisa y corbata, los pantalones largos, los zapatos de tanto en tanto ingleses, pero cada vez más con tenis diabólicamente cómodos –parece que lleven desde siempre a la espera de tu pie, para el cual fueron hechos a propósito: ningún otro objeto en el mundo es más amistoso que tus neozapatos de deporte–, cuando no incluso por tecnosandalias con calcetín para pie diabético, o simplemente ardiente, que ya no siente el frío y quiere aire. Como en otros sitios, aquí el chándal gana por goleada a todas las demás vestimentas: esto vale para grandes y pequeños, hombres y mujeres, treintañeros, cuarentones y para los de sesenta y tantos. Nada me proporciona mayor sensación del cambio de época que la preponderancia del chándal, nada me indica con mayor precisión el final de la cultura del decoro, que hasta hace treinta años era la típica de esta área de no-ciudad, de la que se había apropiado una pequeña burguesía alrededor de la cual todo se derrumbó después. Yo también percibo esta catástrofe silenciosa, pero ya casi me da lo mismo. Bueno, no: ni mucho menos me da lo mismo, pero cuando la nostalgia se cultiva, se

comparte o, peor aún, se exhibe en público, es el más obsceno de los sentimientos. ¿Que todo se ha derrumbado? Pues vale, a tomar por culo, me importa una mierda. Haced del mundo lo que os dé la gana.

Desde aquí, en el corazón del Cuadrante, también se percibe que algo grande y horrible aprieta, da coces y brama a nuestras puertas, repta y se infiltra de manera imperceptible mostrando a ratos su naturaleza invasiva y hace de todo para entrar y socavarnos, arrancándonos de nuestro sueño letárgico, de nuestros paseos de supermercado en supermercado en busca de ese tipo de anchoas en aceite, de esa marca concreta de atún en conserva, apartándonos de nuestras series de televisión preferidas, irrumpiendo en nuestras casas con noticias de ataques inauditos y sucesos de sangre cuyas razones no entendemos ni entenderemos jamás. La Historia la emprende a patadas con nuestros catres como un sargento encabronado, nos ordena que nos levantemos, nos pone en fila al frío. Nada será ya como antes, ahora lo sabemos incluso los que llevamos décadas viviendo en el Cuadrante. Así nos hemos despojado y deshecho de toda basura ideológica para acabar desnudos e indefensos, aunque también ligeros y despreocupados como niños, pidiendo una pensión que ha llegado todos los meses. Que venga la crisis ambiental planetaria, el calentamiento global –bastará con no volver a hacer el cambio de armario–, el derrumbe de la economía mundial, la Tercera Guerra Mundial. Que ocurra todo esto: nosotros sólo necesitamos diez años más, a lo sumo quince, de calma aunque sea relativa, y de paz aunque sea falsa y parcial, aunque sea de Estancamiento, después de los cuales estaremos casi todos muertos y el destino del mundo no podrá importarnos menos. El mundo no era mejorable por vía política: lo hemos entendido tarde, pero lo hemos entendido. Mientras tanto, la pensión que no nos falte.

–Hola, ¿me pones un capuchino frío manchado?
–¿Capuchino frío *manchado? ¿Me quieres arruinar?*

Hay una mancha perenne de humedad en la barra del Porcacci, de la que la Camarera Dominante ni se preocupa y donde tira, casi con desprecio, el billete de cinco euros de mi vuelta. Estoy seguro de que lo hace adrede, quizá porque no le doy confianzas. De hecho, cuando entro no soy de los que digo: Ey, Suelle, ¿qué tal? ¿Cómo va eso? Así que ella me castiga con el billete de cinco euros empapado de agua que tendría que meterme en el bolsillo. Sin embargo, esta vez he cogido una servilleta de papel del dispensador y lo he secado con cuidado, delante de sus narices. Indiferencia aparente y total por su parte, pero estoy seguro de que me ha visto. El pulso continúa. Como de costumbre, ella está haciendo una dieta de locos que la pone de mal humor. Habrá perdido treinta kilos y no cabe duda de que está más guapa, pero me sigue mirando mal con esos ojillos amarillos de tiranosaurio. Nunca había sido tan consciente de caerle como el culo a alguien. La Camarera Dominante sigue teniendo sobrepeso, como todos.

Es tarde y no tengo sueño. Después de comer he dormido a pierna suelta durante un par de horas como mínimo. Me resulta imposible privarme al menos una hora de este letargo vespertino que pago de madrugada con un insomnio que combato viendo documentales de accidentes aéreos, de los que soy un gran amante: durante horas y horas de vuelo, un cable eléctrico estuvo rozando el borde de la chapa, que vibraba ligeramente, hasta que prendió en contacto con la superficie del avión, lo que provocó un cortocircuito, con el consecuente incendio a bordo y la catástrofe final.

Acabo de matar una microcucaracha. No ha sido fácil, son muy inteligentes, quiero decir que son capaces de resolver problemas. Ellas, al igual que nosotros, no quieren sino vivir por vivir, es decir, para continuar alimentándose de mis restos, de las migas que caen al suelo, de un trozo microscópico de parmesano, de una escama de caspa, quieren participar discretamente de mi animalidad, que para ellas desborda bienes alimentarios. Sin embargo, lo que yo quiero es impedírselo. La única manera de combatirlas es

matarlas cada vez que las veo, desmontar los zócalos de la cocina, limpiar los huecos de debajo y rociarlos con insecticida. Lo cierto es que, más allá del asco que me dan, no me hacen ningún daño, pero no tolero convivir con ellas.

Son muy astutas, salen de noche porque no les gusta la luz y, cuando se dan cuenta de tu presencia, corren a esconderse, pues saben que, si ellas no te ven, tú no las ves. Cuando, por ejemplo, pillo una hurgando en el armario escurreplatos de la cocina, ésa es capaz de recorrerse todo el borde interno de un plato puesto de canto. Muchas veces las veo con el rabillo del ojo, pero mi cristalino está lleno de cuerpos errantes que parecen moscas e incluso microcucarachas; el caso es que parecen insectos que vuelan, que se mueven y escapan, así que me confundo y me llevo un sobresalto. Cuando entro en la cocina en plena noche, siempre espero encontrarme alguna que otra cucaracha; de hecho, las veo, aunque a veces no están ahí, sino dentro de mis ojos. Ocurre que, al encender la luz del baño, encuentras alguna que busca una gota de agua, porque tienen sed, al igual que los lepismas que llevan años comiéndose mis libros, pues en mi morada también viven los *Lepisma saccharina Linnaeus*, unos insectos lucífugos, rápidos y sin alas que se alimentan de papel. Lucífugos y sinantrópicos, exactamente igual que las microcucarachas, pero capaces de quedarse quietos: si enciendo la luz, no salen corriendo en todas direcciones, se quedan donde están, tranquilos. Tampoco son bonitos, pero al menos no vienen a comerse las migas que se me caen al suelo de la cocina, tienen su *hábitat*, se dejan ver poco y beben agua como yo. Ya hace años que no los mato, aunque me siguen dando bastante asco.

En cambio, las microcucarachas, aunque también sean lucífugas, son diferentes, porque son invasoras, veloces y astutas, y se mueven dando acelerones; en definitiva, son unas malnacidas. Existen desde hace cientos de millones de años, han encontrado algunas en perfecto estado de conservación en trozos de ámbar ultraprehistórico; de hecho, tengo la sensación de que han adquirido derechos sobre este planeta y, por eso, van donde quieren y hacen lo que les da la gana, se adueñan de viviendas enteras y de vastos universos para sus correrías nocturnas. Hace poco descubrí cómo matarlas sin tener que perseguirlas en vano por dentro y por fuera de los muebles de la cocina: uso una goma elástica larga que tenso al máximo y apunto al insecto desde una distancia determinada. Normalmente necesito varios intentos. Cuando fallo, la microcucaracha se queda paralizada, no entiende qué ocurre, hasta que, por fin, la alcanzo. Acto seguido, lo limpio todo y lavo la parte de la goma con la que ha tenido contacto y la tiendo para que se seque.

Cuando empiezan a aparecer significa que las paredes están plagadas. Que el edificio está lleno, que la manzana está atestada, que el barrio está enteramente infestado; eso es lo que dicen los técnicos a los que llaman para exterminarlas. Ellos se curan en salud, dicen que pueden controlar la infestación, pero no erradicarla. La microcucaracha es invencible. Siempre vuelve y no tarda mucho. Después de que se les pidiera

asesoramiento, no se ha vuelto a saber nada de ellos. Yo ni siquiera me he interesado por el presupuesto, aunque al parecer querían bastante dinero. Aquí los vecinos se consideran temporales, creo que todos quieren vender su casa y largarse de la Avenida porque no aguantan más ni las partículas en suspensión, ni las microcucarachas, ni la montaña de arcilla de delante ni la chimenea torcida y desarticulada como un grito sin sonido. Así que olvídate del portero y del mantenimiento, aquí, los sesenta euros mensuales de comunidad, que parecen una fortuna, dan para lo mínimo indispensable.

Los técnicos fumigadores con chalecos multibolsillos de la empresa aseguran que se trata de la *Blatella germanica*. Usted las ve ahora, pero llevan aquí años, sólo que antes no las veía. Efectivamente, hasta hacía dos años no se veía una cucaracha por aquí, nunca he visto un insecto que no fuese, por ejemplo, uno de esos bichos gordos y verdes que se te cuelan en casa cuando dejas las ventanas abiertas o un lepisma como los que he mencionado antes. Me las imagino invadiendo sigilosas, año tras año y década tras década, la manzana, es decir, todo el Bloque y cada uno de sus recovecos y juntas abiertas, hasta que llegan aquí, al séptimo piso, donde destacan, veloces, astutas y diminutas, sobre el blanco de mi cocina. Me pregunto cuántas neuronas tendrá su cerebro para que sean tan inteligentes y autoconservadoras mientras se mueven dando acelerones: una carrera rápida seguida de una pausa como para reflexionar, o para observar, o a lo mejor porque ya han olvidado por qué se estaban moviendo, vete tú a saber. Estas pausas son las que las pierden: mientras están quietas, te quitas la chancla o tensas la goma que las desintegrará en un segundo con un método indoloro que nunca les permitirá saber que las ha matado un dios justiciero.

En teoría, no tengo nada en contra de las microcucarachas. No hay duda de que en alguna bifurcación remota del árbol de la vida tenemos un antepasado en común. No obstante, soy incapaz de imaginar de qué tipo de organismo podría tratarse y creo que nadie lo descubrirá nunca. Pero la evolución –desde un momento determinado, es decir, desde que algunos insectos quisieron habitar nuestras casas– nos ha puesto en pie de guerra. No las quiero en mi cocina y, cada vez que mato una, parece que esté llevando a cabo un protocolo de contención de plagas, como se hace con los jabalíes en los montes peninsulares e incluso en la Ciudad de Dios, donde algunas noches se oyen disparos de fusil procedentes del bosque que está al otro lado de la Avenida. En teoría, la caza está prohibida en la ciudad, pero, en la práctica, la del jabalí está permitida. Conozco mataderos clandestinos en los aledaños de la urbe, donde también se trabaja con la carne del jabalí. Los cazan, los cargan en camionetas y los llevan allí. Una vez, cuando realizaba una inspección para el Ministerio, encontré un pequeño vertedero ilegal en el que una enorme cabeza de jabalí, que acababa de ser separada con profesionalidad del resto del cuerpo, coronaba un montículo de váteres y bidés destrozados y escombros inmundos de diferente naturaleza.

Las microcucarachas me recuerdan a la cárcel. Desde luego no son agradables, pero

no se pueden comparar con las grandes. Con esas cucarachas enormes y arrogantes que se paseaban cada noche por los pasillos de la trena. Hace generaciones que viven allí dentro y parecían seres sintientes. Solía imaginar que, de haber pasado más tiempo en la cárcel, habría intentado enseñarles a leer y hablar. Algunos les hablaban y ellas entendían, me refiero a que a veces parecían entender. No se dejaban atrapar fácilmente, pero, si tenías puntería, podías cargártelas con un buen lanzamiento de zapatilla. Las matábamos sólo cuando trepaban por las paredes, aunque eran pocas las que lo hacían: tras décadas de convivencia con los seres humanos, éstos habían seleccionado sin darse cuenta cepas de cucarachas a las que no les gustaba trepar por las paredes. Lo sé porque solía reflexionar sobre las cucarachas, porque las estudiaba.

Ante la falta de emociones, sobre todo de emociones positivas, esta mañana me afectó especialmente la gran cantidad de microcucarachas que yacían en el suelo de la cocina: algunas, como rojizas, estaban boca arriba, otras moribundas y otras muertas. Vi la silueta de la primera al trasluz, mientras estaba posada en la cara interna del cristal esmerilado de la puerta. Nunca pierdo la oportunidad de matarlas cuando las veo, así que me quité una chancla, abrí la puerta y la aplasté con facilidad; me sorprendió que el insecto no reaccionara: si no estaba muerto, debía de estar agonizante. En ese momento me percaté de que, detrás de la puerta, había otras cucarachas pequeñas y rojizas, descansando en las baldosas azules del suelo, ya desportilladas por el impacto de las muchas piezas de vajilla que han tenido que soportar durante décadas. Hablaba de la sensación de repulsa indeseable, aunque estimulante, que experimenté al abrir la puerta desvencijada de plástico del armario de la terraza para coger la escoba y el recogedor para barrer y tirar al váter aquellas agónicas almas minúsculas y horrorosas. ¿Qué las había matado? Desde luego, no los polvos insecticidas que había esparcido debajo de los muebles hacía dos meses, que puede que entonces causaran algunas víctimas, pero que ahora ya han perdido efectividad. ¿Tal vez una enfermedad epidémica, un gas venenoso, algún agente externo? ¿Qué? ¿Un veneno ingerido durante la noche, que yo también podría haberme tragado, y por eso esta mañana me sentía débil, somnoliento y agotado, con ganas de volver a la cama? ¿O es que habían muerto por tener una edad avanzada, todas emparentadas y originarias de la misma cepa repugnante de microcucarachas y, por tanto, coetáneas? ¿Cuántos latidos soporta el corazón de una cucaracha alemana antes de que estalle y la mate? Esto es lo que pensaba mientras abría la puerta corredera de la ventana y salía a la terraza para refrescar mis plantas inmortales y prehistóricas, que están aquí desde antes de que yo tomara posesión de la casa, desde la época de mi padre y su mujer, fallecidos en pleno siglo XX, enterrados no sé dónde y olvidados por todos, puede que también por mí. La inexplicable mortandad de las cucarachas me inquietaba bastante. Se me antojaba una especie de presagio de tiempos oscuros venideros, pero no estaba seguro de si me atañía sólo a mí o también a toda la Península, o incluso al planeta en su frágil totalidad esférica, donde virus y parásitos luchan a diario por la supremacía, mientras que, por lo que se refiere a las bacterias, ya sabemos que ellas son nosotros y viceversa, es decir, que en nuestro cuerpo éstas superan a nuestras células en peso, y que nosotros no somos más que colonias de células con capacidad para razonar, algo que a las bacterias no les interesa lo más mínimo, porque ni

siquiera saben qué significa *interesarse* por algo. En cambio, es probable que las cucarachas lo sepan: les interesa la comida y aparearse cuando llega la época. Pero no quiero infravalorarlas, es posible que tengan una cultura y que se transmitan información sobre cómo escapar –lo veo cuando intento matarlas–, sobre cómo esconderse, cómo burlar un obstáculo, sobre las maneras de subir por las paredes de un fregadero de acero inoxidable, de luchar para no acabar en el desagüe y sobre otras cosas que guardan relación con la supervivencia cotidiana de todos los seres vivos.

Este verano, movido por un impulso nuevo y potente, pero de breve duración, menos de un día, me llevé mi viejo Micra –siempre lo tengo metido en el garaje y, cuando enciendo el aire acondicionado, sale un fuerte olor a moho, como si chupase aire frío de un sarcófago milenario y me lo escupiera allí dentro para momificarme– hasta la playa de Castel-algo, Porziano o Fusano. Necesitaba aquella carretera costera, aquellas dunas, aquel monte estriado por senderos, pasarelas, bahías incluso asquerosas, salpicadas de pañuelos de papel hechos una bola, surcadas por las pistas de los escarabajos: una raya en el centro, por donde el abdomen roza la arena, y un montón de puntitos que han dejado con las patas. Son negros, pequeños, un poco torpes, siempre a punto de derrumbarse bajo el peso de una existencia difícil, listos para el colapso, la muerte fingida, el escondite inútil bajo la arena. De niño, cuando venía aquí de excursión con mis padres, éstos eran territorios insólitos y semisalvajes, superpoéticos, que en un día de lebeche podían transformarse en un sitio absolutamente inhabitable por el efecto combinado de la fuerza del viento, la altura fascinante, la violencia y el fragor de las olas, el agua de mar nebulizada que te salpicaba por todas partes, en los cristales necesarios de las gafas, empeorando la desorientación que se experimenta entre las dunas en medio del caos de los elementos. Había que rendirse y buscar refugio dentro del primer chiringuito de los alrededores, donde servían fritura de pescado, espaguetis con coquinas, *bruschetta* al escollo, y allí, remoloneando ociosamente en la mesa, se podía quedar uno horas impregnándose del olor a frito de los langostinos tigre, con la mirada absorta en la secuencias de las olas: ¡Mira qué grande es esa! ¿Y esa? ¿Y la de detrás? Ahora mismo mejor no estar metido en el agua. Sin embargo, al volver la mirada, se veía la silueta negra de algún bañista vacilante con el agua por la cintura, a unos metros del rompiente espumoso, a contraluz y revuelto, donde nunca me aventuraría, donde nunca me habrían dado permiso para aventurarme…

Mi viejo Micra, decía, me llevó con la ayuda determinante del navegador de Google, el que nos está arrebatando todo sentido de la orientación innato, es más, volvió a llevarme, después de tanto tiempo, a estos lugares arenosos, en los que la presencia de centenares de miles de habitantes de la Ciudad de Dios, de escarabajos negros y de

millones de pulgas de mar y de otras especies ínfimas y asquerosas de la playa, incluidas las montañas periódicas de medusas muertas, de plásticos depositados por las olas a menudo enredados en jirones de redes de pesca, botellas vacías, conchas, cangrejos vivos, en definitiva, en los que un consumo desenfrenado todavía no ha eliminado del todo la fascinación prehistórica del encuentro eterno entre tierra y mar.

Hace tiempo en una caseta de por aquí me desvestí, me puse un viejo bañador descolorido y me dirigí hacia el rompiente con la idea de meterme lo más rápido posible en el mar. Dejaba la toalla y la mochila cerca y deambulaba con los pies metidos en un agua fría y susurrante, observando el fenómeno que siempre me resultaba asombroso de la espuma que no sabes si se disuelve en el aire o la absorbe la arena o las dos cosas, mientras a cada ola los pies se te hunden lentamente hacia el centro de la Tierra. En resumen, allí me sentía desprovisto de toda noción fisico-estética de mí mismo, me refiero a que no pensaba qué les podía parecer mi cuerpo a los presentes cercanos y lejanos y, sobre todo, a las mujeres a las que sigo dedicando constantemente inútiles pensamientos lúbricos. Mientras estaba allí plantado como un capullo y el frescor del viento y del agua ya me estaban quitando las ganas de meterme en el agua, veo un hombre con gafas de sol, como yo, y de mi misma altura, también con pantalones cortos azules, también prácticamente lampiño por todo el cuerpo, calvo y con una barba blanca recortada, una nariz regular, robusto, un poco encorvado, barriga prominente, ningún signo de tono muscular en los pectorales, que le caían por delante como dos calamares muertos, en fin él-yo, él era yo, de la cabeza a los pies, un gemelo de mi misma edad, con un principio de vena varicosa detrás de la rodilla derecha –me giré y me doblé hacia atrás para comprobar si yo también la tenía, pero no la tenía, según me pareció– que me decía con geométrica potencia la verdad sobre mi aspecto real de viejo en la playa, solitario, durante uno de sus últimos veranos sagrados… Un baño en el mar, un mareo, la desorientación, el pánico, el ahogamiento. Pensé que el Caos reclamaba su reino –sobre todo donde hemos conseguido arrebatarle una pequeña porción al establecer un orden, una jerarquía de los objetos según su propósito, cuando en realidad no hemos inventado nada nuevo– y que podría reivindicarme incluso justo después de haber tomado conciencia de mi presencia allí, en el rompiente, sintiendo cómo los pies se me hundían en la arena.

> Pequeñas punzadas pasajeras, inesperadas, repentinas que me dan por todas partes, el dolor de las rodillas, de los dedos de las manos, el ardor de las plantas de los pies, la fricción arenosa de las vértebras del cuello, las opacidades voladoras que atraviesan mi campo visual, los residuos inexplicables producidos por el estómago, los continuos espasmos intestinales: todo, todo junto, me recuerda cada día la cercanía del que se considera el momento clave de la existencia, mientras que para mí no es más que un quitarse de en medio, un adentrarse para siempre en la no-existencia… Me cruzo continuamente con hombres por la calle. Hombres de mi edad. Más o menos de mi edad. Maltrechos, agarrados del brazo de sus mujeres, con la

mirada perdida. La mirada asustada. La mirada atravesada, resentida. La mirada de Idos todos a tomar por culo. La mirada de Estoy a punto de morir, vosotros no. La mirada de No me atraparéis. La mirada de No os lo voy a poner fácil. La mirada de Acabo de salir del hospital, estoy convaleciente, dentro de un mesecillo estaré como un reloj. La mirada de El médico ha dicho que va mejor. La mirada de A ti también te pasará, gilipollas. Estos hombres acabados, torpes, tienen el paso vacilante, estos trastos encallados en el rompiente de los años veinte, años que a ellos no les importan nada, de los que no comprenden nada: porque todos o casi todos tienen la mirada de Ya no entiendo nada de vosotros, del mundo, y la política me importa una mierda, sólo pienso en vivir. Sólo pienso en llegar a mañana. Hombres más viejos que yo, que no tienen nada que decir a nadie. Con la cara llena de manchas negras, las manos moteadas de oscuro. Con los ojos vidriosos, enrojecidos, como los de algunos perros de raza, peludos y sumisos. Hombres que, después de haber vivido su vida en el período de paz más largo que la historia recuerde, parecen recién salidos de una catástrofe nuclear. Agarrados a su mujer, que en cambio es avispada, solícita, claramente a la espera de que el marido estire la pata –Le han dado a lo sumo un año: ¿y qué le vamos a hacer?– para disfrutar sola y con sus amigas del tiempo que le queda, en paz, sin tener al lado a esta cosa velluda con orejas enormes, la sombra de lo que fue, el fantasma del que quizá amó, sin tener que bajar más la tapa del váter, sin tener que preocuparse más de lo que come o deja de comer. Me topo con estos hombres-desecho y me pregunto cuánto tiempo me queda antes de acabar en ese estado posinfarto, postumoral, posictus. A ese estado de atontamiento progresivo, de no poder caminar bien ya, no sin muletas, no sin cuidadora, no sin tu mujer u otra persona al lado. No tengo mujer ni parientes cercanos… Fascitis y tendinitis, inflamaciones, artritis, lesiones y disfuncionalidades articulares, juntas y bisagras que ya no van bien, que se resienten de esos setenta y ochenta años de permanencia en el campo gravitacional terrestre. Columnas vertebrales que no soportan el peso de cuerpos que ya no cooperan, desmusculados por la degradación de la edad y por la vagancia, la incuria de sus dueños, que ya no están interesados en gustar, por tanto, en cuidarse, con las hormonas en caída libre y la desmotivación al máximo. El médico te recomienda nadar, la piscina, el *aquagym*… Un retorno gradual a la Gran Madre Agua de donde provengo y que ha determinado mis datos estructurales básicos, lentamente modificados con el paso del tiempo, pero siempre defectuosos, imperfectos, no del todo adaptados a hacer frente a la gravedad, al terreno seco ni a la omnipresencia venenosa y maligna del gas oxígeno. Cada día combato el agotamiento estructural con el dolor de los pasos que me impongo por las aceras desinteresadas de la Avenida.

En verano, los pies de los jubilados provistos de sandalias están secos o, mejor dicho, disecados y como liofilizados, deformados de tantos años de zapatos y de estar de pie, aunque siempre de manera distinta y variada, sobre todo los de las mujeres, que suelen exhibir dedos superpuestos, o bien reagrupados formando una especie de bloque único separado del dedo gordo, o bien es el dedo gordo el que se acopla al resto de los dedos –zapatos estrechos cuando tus pies aún eran jóvenes, lisos, tiernos, me parece que se llama *dedo gordo valgo*– y hace que sobresalga por el lado un hueso semiesférico. Talones

sobre una base amarillenta árida y agrietada que soporta el peso del cuerpo en esos pocos centímetros cuadrados. Uñas mal cortadas, gruesas, deformes, desviadas en forma de pequeños colmillos. Pies que delatan dos cosas: que son instrumentos para caminar que aún no han evolucionado como deberían hacia la posición erecta y que son más viejos de lo que, hasta hace treinta años, se esperaba de un pie, es decir, aguantar a lo sumo sesenta o sesenta y cinco años. Esto es lo que debían durar hace un tiempo los pies, la columna, las caderas, las rodillas, los tobillos y todo lo demás, incluida, como es normal, la bomba principal, el sistema vascular y todo lo demás, de lo que ya muchos somos conscientes ahora. Reducción neta del espacio intersomático comprendido entre la L5 y la S1. Tono cálcico parcialmente reducido. Calcificación parietal extendida de la aorta abdominal. Nada patológico, deterioro *normal*, dice el especialista. La palabra *normal* debería tranquilizarte y, sin embargo, suena como una sentencia ineluctable: no estás enfermo del todo, lo tuyo sólo es un encaminamiento normal hacia la muerte. La resonancia, la endoscopia, la sonda, el *doppler*, el tac y la radiografía hablan de deformaciones, incrustaciones, disfunciones, hablan del agotamiento de los elementos estructurales que te componen, señal de que estás llegando al fin natural de tu ser como organismo *vivo*.

–*He ido en* alter ego *con mi cuñada. Quince días ella, quince días yo*.

Me despierto al amanecer mucho antes de tiempo, la poca luz atraviesa la persiana que la noche anterior no has bajado del todo, pues sabes que en la oscuridad más absoluta la angustia de estos días es casi insoportable: aún no has abierto los ojos y ya lo sientes como un latigazo interno y gélido que te produce una especie de escalofrío, por la negativa a estar en vela tan pronto, inmerso en la zarabanda de pensamientos de enfermedad y muerte que te asedian en estas primeras semanas bochornosas de junio, después de decirte que hay sólidos indicios, sospechas de una posible, de hecho probable, manifestación también en ti de la Enfermedad que aflige a la Avenida, a la ciudad entera, al campo, al mundo. No consigues en modo alguno quedarte dormido ni apartar la mente de ahí, de Cthulhu y de la viscosa conciencia que rodea el proceso de morir que seguramente te espera en breve. ¿Cuánto de breve? ¿Con cuánta seguridad? Todavía no lo sabes, sólo tienes unas citas para la broncoscopia y la biopsia, dependiendo de los tiempos de espera no demasiado largos del Sagrado Hospital (lejano, resplandeciente, curvo, laminado, monolítico), tiempos razonables que te permiten informarte, equiparte, prepararte y entrar en el orden de las ideas, es decir, habituarte a la idea de la batalla que te espera. *Batalla*, así llaman también a la curación de la Enfermedad, y cuando la Enfermedad –parece que no sea más que una parte de ti biológicamente antagonista, autoodiadora, que en el fondo siempre ha existido en varias formas y que se rebela contra todo y rompe, despedaza, destroza, contamina, intoxica y

devora–, cuando la Enfermedad, decía, te mata, según la cáncer-retórica, has *perdido la batalla contra él*. Todo esto irrumpe en tu conciencia a oleadas, mientras fuera la luz va aumentando y sientes el corazón como estrujado por los tentáculos fríos y ungulados de un cefalópodo abisal. En estos momentos, como en casi todos los demás momentos de tu existencia, te das cuenta de que te encuentras en la más absoluta soledad: nadie, por mucho que te quiera, podría participar realmente de lo que te está ocurriendo. Esto lo sabías, siempre lo has dicho y leído, pero ahora lo experimentas *en tus propias carnes*. Luego llega lo inesperado –te habían hablado de la operación, habías esperado fuera del Pabellón del Sagrado Hospital (apolítico, multiétnico, desorganizado, lleno de sangre, de gasas empapadas de suero), te habían hablado de un corte de sólo cinco centímetros («dos días y te vas a casa»), habías visto a los pacientes ya operados, a la espera de la revisión, humildes, en bermudas, con las pantorrillas tatuadas, con una bolsa de suero en bandolera, más o menos mezclado con sangre, estabas reorganizando tu mente para afrontar aquella perspectiva tan cercana, concreta…–: resultado negativo. No vas a morir, todavía no, o no al menos de esta enfermedad.

Los tentáculos abisales sueltan su presa, pero lo hacen poco a poco, tardan meses en devolverte aquel mínimo sentimiento de apertura a la vida que precisamente necesitas para vivirla. Mientras tanto, prevalece un sentimiento de humillada sumisión a la muerte, que se atenúa con el paso del tiempo, pero que no se desvanece del todo. Ahora la sensación de inestabilidad vital, de precariedad del ser, parece haberse instalado como un *malware* secreto que se cabrea y actúa a cada dolor en el pecho, a cada esfuerzo excesivo por subir la rampa del diez por ciento de inclinación del garaje, a cada gastritis, a cada irregularidad intestinal: en la práctica, a cada señal de tu existencia en la vida, mandándote al médico, al especialista, o incluso a urgencias, donde lo único que chequean es si estás a punto de morir. No estás a punto de morir, pero la enfermedad y la muerte siguen acechando la Avenida en la época del Estancamiento Peninsular Prolongado, durante el cual y pese a todo, vencen la Ensaladilla de Atún, el Gimnasio, Correr, la Bicicleta y hasta hacer-mucho-ejercicio y beber-mucha-agua. Mucha agua, eso siempre.

Venga, sí, bien. Estamos bien, todos bien. Todo va bien. Reafirmarse en esta idea, comunicarla. Es importante, porque la verdad es que hay muchas cosas que van mal, y sobre todo *podrían* ir peor. Con *el avance de la edad*, el ¿cómo estás?, que un tiempo atrás era convencional, está convirtiéndose en una pregunta real a la que algunos responden en serio, es decir, que cuentan realmente cómo están, los problemas de salud que tienen y que aumentan, que no se resuelven, cosas sin gravedad que por lo general se vuelven crónicas, y los achaques de sus padres, aunque lejanos, gente que está muy mal y de la que se habla con ese alivio de quien lo ha superado, ese alivio sutil, pero tampoco tan disimulado, del que se ha librado de la explosión muy cercana de una bomba mortal y que siente que, estadísticamente, es difícil que el destino vuelva a golpear pronto su

entorno, donde me encuentro yo. En resumen, donde sigue vagando, apañándoselas, sobreviviendo y tirando el que escribe.

Por tanto, sí, Hola, estoy bien –no decir nunca *de maravilla*, suena falso, a esta edad *nadie* está *de maravilla*: decir *estupendamente* es afectación molesta, entusiasmo inoportuno por un estado que puede que sea real, pero que seguramente durará poco. Además, decirlo trae mala suerte–, mejor un Bien, gracias, añadiendo A ti se te ve bien. Cortar por lo sano cualquier profundización, porque no te digo cómo estoy en realidad y, sobre todo, no me interesa cómo estás tú, tus achaques y los de tus padres, que cada uno aguante su vela, no toques el tema, habla de otra cosa o, mejor aún, ni lo menciones, limítate a un simple hola, márchate, vuelve a enfrascarte en el *Corriere dello Sport*, donde todo permanece inmóvil y, al mismo tiempo, todo pasa en un movimiento circular de pseudoinformación sobre el pseudosuceso perenne del fútbol.

La confirmación puntual de las leyes de la oferta y la demanda en el florecimiento de actividades y servicios, por llamarlos de algún modo, de apoyo al envejecimiento de la población es impresionante, como la apertura de una zapatería para ancianos donde antes había una papelería y luego, un poco más allá, un taller muy triste de corsés y equipos para ayudar a cuerpos macilentos a mantenerse en pie. Y es bonito constatar que –aparte de los holgazanes que abren negocios abocados al fracaso desde el principio, como la tienda de cigarrillos electrónicos situada en un sitio por donde no pasa nadie y los pocos que pasan dejaron de fumar hace veinte años, o un estudio de diseño y cartelería, de esto y de lo otro, o bien de un estudio de tatuajes en un barrio donde la edad media supera los sesenta– hay quien mira, observa, valora y tal vez le echa un vistazo al censo, a algún que otro dato sobre la edad media de la zona urbana, estudia, calcula, toma conciencia y pone en marcha una empresa sensata.

El impresor digital se instaló donde antes estaba el tatuador que hace años se fue dolorosamente a pique y, cuando pasaba por delante, apartaba la vista de tanta soledad funesta: él, sentado al ordenador, seguramente enganchado todo el día a las redes sociales para olvidar el no-trabajo, el no-negocio que había abierto y que pronto tendría que cerrar.

Luego, como comentaba, llegó el de los cigarrillos electrónicos, misma escena diaria con una persona todo el día con los ojos fijos en el ordenador, hasta que, después de instalar unas pseudobanderas de señalización en la acera, cerró.

Ahora, como quizá ya he dicho, después de un período congruente de tiempo en el que ese cascarón comercial ha permanecido inhabitado y, después de algunos ajustes técnicos necesarios, hay un lavado de coches donde trabajan hombres no europeos que hablan lenguas desconocidas, creo que son originarios de las Arenas, no están demasiado ocupados, se sientan a fumar calzados con botas de goma en la puerta abierta de par en par del local. Un lavado con cera, diez euros. Me pregunto cuánto se llevará uno de estos

hombres por cada coche lavado, dado que quien ha puesto el dinero creo que es un peninsular, me parece haberlo visto una vez cuando trataba con los albañiles durante las obras y daba instrucciones con pinta de quien no tiene tiempo.

De quien, con paso rápido de zapatos de cuero, va más allá del pequeño lodazal de tiendas cerradas o moribundas –deteniéndose tal vez en el Porcacci para tomarse un café amargo, hablando de dinero por el móvil tal vez de manera ostentosa, dando instrucciones a alguien que, en el otro extremo del paquete de ondas electromagnéticas, intercala débiles objeciones, bosqueja dificultades, etcétera–; en resumen, de quien demuestra que hace un uso económico del tiempo, que no pertenece a este mundo decadente, sino que forma parte del cuerpo vivo, por muy estúpido y asqueroso que sea, de la Ciudad de Dios y que tal vez vive en la Avenida –aunque no por mucho tiempo: ha heredado el apartamento, antiguo, bien de protección oficial, bien de unos padres ya enterrados en un cementerio abominable situado al norte, fuera del Anillo de Gronda, donde habían comprado hace años un nicho doble. El apartamento lo venderá pronto, está esperando a que los precios suban–, pero trabaja en otro sitio.

Aquí, en la Avenida, tener pinta de no tener tiempo que perder es algo raro y valioso.

Hace algún tiempo ella le mandó por privado un par de fotos en traje de baño. Él le pidió más, así que ella le envió otra foto, esta vez vestida de niña, con trencitas, calcetas, una camiseta blanca desabrochada por delante, una falda escocesa y un chupachups en la boca. A él le parece grotesca, pero le sigue el juego, como es propio de la naturaleza del macho humano. Ella le dice que tiene otra foto, que define como *porno*. Él responde Enséñamela, y ella se la manda. No es para tanto, piensa él al ver la imagen, en la que vuelve a aparecer vestida de niña, pero inclinada hacia delante, con el dedo en la boca y el culo en pompa. Parece más joven y delgada que en las fotos de su álbum de Facebook. Él interpreta esas fotos como coletazos de un juego erótico bastante recatado, propio de épocas pasadas: un hombre que le dice cómo vestirse, que la fotografía y luego se la folla, como debe ser, algo simple y puede que «depravado», pero que no tiene nada de depravado, porque todo el sexo –el porno y el de verdad– es depravado y no lo es, es superficial y profundo al mismo tiempo, es auténtico y falso, es crudamente real y se rodea de imaginario, es original y tipológico, sobre todo tipológico. Le sorprende el ambiente doméstico que se vislumbra en las dos primeras fotografías: un revoque veteado de rosa, un sofá adamascado, la puerta del baño abierta, la taza del váter que se adivina al fondo. A medida que pasan los días, las fotos se vuelven cada vez más provocativas, pero, cuando escucha su voz por teléfono, le parece una persona tímida y pudorosa, que no dice *culo* sino *trasero*, que nunca pronuncia las palabras *coño* y *polla*, porque le da vergüenza nombrar esas partes aunque le escriba que le gusta oírlas y le pida que se las escriba y que se las diga por teléfono porque la excitan. A él, la obscenidad de las fotos que le sigue mandando lo sorprende cada vez más. Le escribe Me he hecho una muy porno, demasiado vulgar, no te la voy a enviar nunca, en una postura que ni te imaginas. Pero él sabe que basta con insistir un poco, porque lo que ella desea es que él la vea en esa nueva posición. Lo asombra la falta de cautela con la que se muestra *por completo* a un desconocido, que supera sus deseos más inconfesables hasta el punto de que empieza a pedirle de manera explícita una u otra postura, a describírsela con todo lujo de detalles y mandársela en dibujitos improvisados que hace en pósits que luego escanea. Por favor, por favor, por favor, hazte una foto en esta postura; acto seguido, ella accede y se abre los labios menores con los dedos para enseñarle su pequeño caos rosa mientras se estimula el clítoris, y se abre los glúteos con las manos para mostrarle el ano. No se han visto nunca, él no sabe nada de ella ni ella de él y, aun así, se fía. Él piensa que esta capacidad de entregarse, si es que esta mujer se está entregando a él, eso suponiendo que no se trate de otro juego –¿pero de cuál?–, es uno de los

aspectos más fascinantes del misterio que aún hoy siguen representado las mujeres para él, pese a su edad y experiencias. El intercambio virtual dura meses y cada vez se hace más divertido y excitante. Sin embargo, la cosa termina mal: los dos se encuentran en una mísera habitación de hotel, con una tristeza y distancia inesperadas, un polvo a medias y apresurado, humillante para ambos, al que sigue un ataque de pánico y una huida hacia la estación. Un vacío no colmado que vuelve a estar presente y ocupa de nuevo todo el espacio.

Con la edad nos volvemos sucios. Por la mente pasan a menudo pensamientos obscenos, veloces y breves. Producen un murmullo que de vez en cuando aflora en los labios: no es más que el deseo desesperado que ya no puede satisfacerse de la forma deseada; por lo que a mí respecta, en la carne de mujeres jóvenes con olor a mar, como lo hacía en su día. Y, sobre todo, se trata de la nostalgia de aquellos años en los que vivía en el carrusel sexual de la juventud, en los que las miradas de las chicas te sorprendían sin cesar, bien mortificándote, bien tranquilizándote o tentándote, e incluso llenándote de dudas sin respuesta. Por la calle veo a chicas con culos altos y senos exhibidos en bandejas tipo *wonderbra*. No suelen ser guapas, la belleza es algo infrecuente, pero son *jóvenes*, a veces de una juventud tan lacerante que me produce heridas incurables con tan sólo mirarlas. Por eso, a menudo me sorprendo a mí mismo, boquiabierto y embelesado, observando a las criaturas femeninas con las que me cruzo. Intento atraer sus miradas, pero ni siquiera me ven: aunque no sepan mi edad, no les hace falta mirarme para percibirla y darse cuenta de que estoy completamente fuera del mercado, algo que, por muy injusto que sea, es lo normal.

Soy un viejo cansado, impotente, cínico, engreído, prejuicioso, glicémico, intransigente, intolerante, depresivo, hialurónico, apagado, nostálgico, prostático, misántropo, irritable, gástrico, hipertenso, estreñido, analgésico, biliar, ursodesoxicólico, vanidoso, linfático, neuropático, cirílico, benzodiazepínico, renal, cascarrabias, letárgico, suspicaz, hipermétrope, ateo, sabelotodo y todavía capaz de enamorarme. Hay una mujer preciosa por la que lo dejarías todo, a la que cortejarías como si no hubiese otra mujer en el mundo, a la que amarías toda la vida y querrías que fuera la madre de tus hijos, con quien envejecerías de no haberlo hecho ya, cuya mano te gustaría agarrar en tu lecho de muerte, pero que le hace una mamada de diecisiete minutos a un tío en un vídeo de Youporn.

Desde hace años, en la soledad de mi vida que se precipita sobre la Avenida, reflexiono sobre la no-verdad-verdadera de lo que veo en Youporn, sobre su *autenticidad* y *falsedad* al mismo tiempo. Porque, como pensé de manera superficial durante mucho tiempo, para ser *verdadero*, el sexo requiere de una participación auténtica, sincera y desinteresada, algo de lo que a menudo carece la vida y, desde luego, el porno. Pero no del todo, me decía: para conseguir una erección, incluso pagando, debe haber algún

deseo real. Es cierto que existen técnicas, sustancias y chicas a las que se les paga para excitar al porno-actor, pero también es verdad que la excitación no puede ser sino real: la polla humana no tolera engaños, excepto los trágicos de la imaginación. En cuanto a la actriz, supongo que un poco de excitación facilita las cosas, pero no creo que sea estrictamente necesaria. Sin embargo, el objetivo del porno no es otro que la excitación *real* femenina porque es lo que casi siempre se simula, es lo que los hombres queremos ver, lo que buscamos de vídeo en vídeo, algunos incluso de por vida…

Todo esto es lo que me decía antes. Ahora, en cambio, tengo más reparos: por ejemplo, me digo que todo el sexo que practicamos, mejor dicho que practicáis, ya es falso de entrada al estar inspirado en el consumo masivo de porno y, por tanto, estar condicionado por él e influido por una cultura sexual compartida y generalizada que dicta los comportamientos y las expectativas sexuales, al menos en el caso de las perversiones normales. Sin embargo, si todo es falso, todo se reconvierte en auténtico.

Este pensamiento recurrente nunca me impidió hacerme una paja delante de una peli porno, aunque cada vez resultaba más difícil encontrar una digna de una buena manola. Las busqué hasta el agotamiento, pero al final renuncié. Ahora ni las veo. Tiene gracia que hoy en día, en la era del porno universal y gratuito, yo, que me masturbaba con la foto de una muchacha en bañador que publicitaba placas de yeso en las revistas de construcción de mi padre, o incluso con un simple dibujo, y que durante años también me excité viendo sexo entre animales, me haya vuelto tan profundo como para filosofar sobre la esencia ambigua del porno en un documento Word en el que tomo apuntes mientras veo un vídeo. Nunca he sabido con qué intención traducía en palabras las imágenes obscenas, pero, cuando las releo, me doy cuenta de que la obscenidad se debe expresar con palabras procaces.

Lesbians sucking and fucking dildos

Jóvenes guapas maquilladas, pero no en exceso, que parecen una copia la una de la otra, homólogas y simétricas en versión rubia y morena, parecen clonadas a partir de un modelo base, no parecen de verdad, es decir, no parecen realmente humanas. Empiezan dándose besos con lengua, se oye el ruido de la saliva y una leve succión: en las películas porno las únicas que se besan son las lesbianas, no sé por qué, pero es así y a mí me gusta. La rubia deja al descubierto unas tetas preciosas sobre las que se abalanza la morena (*brunette*), que empieza a chuparle los pezones; ambas tienen unas tetas maravillosas que se frotan mutuamente. Las dos tienen un poco de prisa, la morena se pone de rodillas para chuparle a la rubia el coño depilado, con una fina línea de vello vertical a modo de eje de simetría. Las caras, cuidadosamente maquilladas, contrastan con los cuerpos, que resultan más humanos: alguna que otra mancha y rojez, un pequeño moratón, algunos lunares, y me percato de que la lengua de la morena tiene un agujero atravesado por una bola de acero; gemidos mientras el dedo corazón trabaja desde fuera hacia adentro. La rubia sigue de pie; el primer plano púbico muestra marcas evidentes de una depilación reciente, parece la piel de un pollo desplumado. Besos y más besos; es el turno de la rubia, que pone de espaldas a la morena y se arrodilla

para comerle el coño por detrás; la cámara se acerca y enfoca un bonito culo redondo, con grandes labios depilados y un esfínter carnoso y acogedor: la escena resulta tan estimulante como un Fiat Panda saliendo de un aparcamiento. Bueno, un poco de paciencia, sigamos adelante; el dedo corazón de la rubia también entra en acción, mientras la preciosa *brunette* la ayuda separándose las nalgas con las manos; ahora *blondie* está tumbada en un sofá azul abierta de piernas mientras *brunette* se lo chupa otra vez. Aunque giman, ninguna de las dos parece disfrutar de verdad. De repente, *brunette* escupe en el coño de *blondie*, un gesto inadecuado en una película porno con pretensiones estéticas como ésta: el primer plano de *blondie* revela un placer sexual parecido al que puedes ver en la cara de una de las vírgenes de Sassoferrato, pero lo que hay aquí son coños y tetas, hermosas tetas: *Oh, yeah,* suspiran las dos. De nuevo, más besos y gestos: beso/lametón/beso/lametón; es la bidimensionalidad del sexo lésbico. Luego me doy cuenta de que las tetas de *blondie* son de silicona: en posición horizontal están demasiado infladas. Sin duda, lo mejor del vídeo es el agujero del culo de *brunette*: no parece fingir, sino actuar con total naturalidad. Otro primer plano con más besos, luego *blondie* se pone en posición de perrito, mostrando a la cámara un culo escuchimizado y soso, con algunas manchas rojas: *brunette* lo azota y *blondie* dice *Yeah*, ahora hay dos dedos dentro de *blondie*. *Brunette* se esmera: chupa a *blondie* y se la folla con los dedos; quizá en este momento se haya previsto un orgasmo, así que adelanto el vídeo unos minutos y aparece *brunette* con un cinturón que incorpora una polla de látex: *blondie* le mama el trozo de plástico que tiene una extraña forma de perro, quiero decir, de falo canino, las tetas de *brunette* son todas suyas, follan y las dos dicen *Yeah, oh yeah*. Salto hasta el final: ninguna de las dos se corre. La depilación de *brunette* no es perfecta, *blondie* se afana en provocarle un orgasmo a *brunette* con la lengua; un primer plano debería dar testimonio de la autenticidad del placer, tal vez se haya corrido de verdad.

No sé si el vídeo terminaba realmente así o es que yo me harté y lo quité. La finalidad de toda relación heterosexual, tanto real como pornográfica, siempre parece el orgasmo masculino, que es cuando la lívido del hombre revienta, al menos durante unos momentos y, a continuación, a él le gustaría echarse un sueñecito que, por lo general, en el sexo real se le niega, mientras que en el porno no se sabe, pero es probable que vaya a echárselo a casa. Supongo que una relación lésbica real termina de manera satisfactoria para las dos partes. En el porno lésbico, puesto que casi nunca es posible comprobar si el orgasmo es auténtico (creo que va por minutaje), cuando se agotan las prácticas preceptivas, ellas también se pueden ir a casa.

–¿Tenéis wifi?
–Sí.
–¿Me puedo conectar?
–No.

La mente de los viejos, y creo que también la de las viejas, es indecente, vulgar,

desinhibida, cínica, está profundamente aterrorizada por la muerte inminente y, en consecuencia, también es devota y convencionalista: nunca has visto a alguien entrar en el Paraíso, nunca has visto un milagro de la Virgen, nunca has visto que el párroco de la iglesia geométrica que está debajo de las antiguas Torres de VPO tuviese razón. Ante la duda mejor creer, aunque este tipo de no-fe deba convivir con todo los pensamientos sucios que no paran de generar nuestros cerebros. Independientemente de lo que hayamos sido en el pasado, incluso ateos y comunistas, lo mejor es reconciliarse un poco con la devoción: cuando colapsa el sentimiento de pertenencia pasado y el haber sido algo-junto-con-otros, ante el eclipse de un posible mundo mejor, creer en el dios de los católicos no es difícil, basta con obedecer el instinto más bajo de la especie humana: someterse a los dictados de una divinidad, negarse a aceptar la idea del final, de la nada y del maravilloso y poético sinsentido de la existencia. Y, desde luego, después de haber pasado toda la vida en estos barrios de la Ciudad, esta última noción debería haber calado bien en las mentes de los residentes. Pero no es así. Al final, los que vivimos en la Península creemos a pies juntillas lo que nos dicen los curas. Es lo mejor, lo más cómodo. ¿No es preferible morir cuidado por monjas de cofias blancas, almidonadas y volantes? Su inventor era un genio, un gran conocedor de la psicología de la forma: superficies envolventes en blanco sobre blanco con alas; cualquier rostro que la lleve, hasta el más estúpido, malvado y cruel, se santifica de manera automática. Siempre que tengo ocasión, me entretengo analizando la complejidad formal y la levedad sustancial de este tipo de paraboloide hiperbólico almidonado. En los últimos tiempos, la religión católica se ha suavizado, ha perdido peso y se ha moderado muchísimo, ha abandonado toda su severidad y su carácter amenazante. De hecho, hace siglos que renunció oficialmente a su modalidad punitiva, que tan bien ilustraron Coppo di Marcovaldo, Giotto o Giusto de' Menabuoi, por mencionar sólo algunos ejemplos.

No obstante, si le preguntas al anciano que se arrastra por la Avenida, te hablará de los terrores de la condena eterna que, desde pequeño, le inculcaron los sacerdotes de la parroquia en los Malditos Cincuenta. Ahora, en cambio, la idea dominante es la de un dios acogedor, que siempre perdona, y sostienen que lo más probable es que al Infierno sólo fueran Caín y Judas Iscariote, y puede que Hitler, pero no es seguro, porque se inclinan más por el doctor Mengele, siempre que no siga vivito y coleando en algún rincón de América Latina, en alguna casita de piedra en la Pampa argentina, quizás en el mismo sitio donde está enterrado de manera anónima Butch Cassidy… Sin embargo, a nosotros, traumatizados ya en los Malditos Cincuenta con la idea de la condena eterna por hacernos una simple paja, este dios que se ha vuelto bueno no nos genera demasiada confianza, así que mejor confesarse, que nunca se sabe.

Creo percibir cierta mansedumbre también en el párroco, vicepárroco, curilla o lo que quiera que sea, generalmente de rasgos orientales, que viene a bendecirte la casa tras adentrarse en el hedor a cochambre doméstica que llevas toda la mañana intentando neutralizar. Me cago en la puta, las ventanas que dan a la Avenida llevan abiertas de par en par desde las ocho, con la rasca que hace antes de Pascua. Parece que en él haya una dulzura que lo diferencia del resto de la escoria humana; me conmueve tanto que hasta le dejo veinte euros de ofrenda para la parroquia mientras simulo un Perdóneme si es poco, pero mi pensión no es muy alta. No es verdad, mientes, tienes una buena pensión y el sacerdote lo sabe, ellos lo saben todo. Dar dinero para la parroquia no te hace demasiada gracia; te justificas diciéndote que son los únicos que quedan con la idea de *fraternité*. Antes no creías (porque antes existía el Partido) y ahora tampoco crees, pero,

como todos los ateos, eres reprobablemente supersticioso, así que no dar dinero al sacerdote puede traer mala suerte. No es caridad, sino miedo.

–*Se ha recogido un perro, dice que es un* golden retriever.

Un planetoide de agua helada choca con la Luna, se rompe en miles de millones de fragmentos que entran en la órbita terrestre mientras que otros muchos se precipitan hacia la atmósfera, donde el hielo, al derretirse, aumenta la humedad del aire y provoca lluvias en todo el mundo durante trescientos años seguidos. El nivel de los mares se eleva poco a poco hasta alcanzar los diez mil metros. La Tierra se convierte en un planeta acuoso y, cuando el proceso finaliza, los pocos humanos supervivientes viven en ciudades flotantes. Se trata de una hipótesis que he visto esta noche en un canal de documentales de la tele. Me he quedado plácidamente dormido mientras pensaba en las ciudades flotantes.

En el Ministerio hubo una oleada de prejubilaciones. Me propusieron marcharme de inmediato con una digna pensión de directivo. Habían comenzado los Veinte Años de la Eliminación, que fue cuando a la cultura peninsular del siglo XX se le dio más de una mano de mierda para borrar todo antecedente político, todo punto de vista, toda cultura, toda verdad, toda mentira.

No me lo tuvieron que decir dos veces. Con la jubilación en mente me veía concentrado en mis estudios, finalmente retomados a tiempo completo, me imaginaba en la biblioteca trabajando en un ensayo sobre la transición de lo concreto a lo abstracto que, estaba convencido, con alguna que otra honrosa excepción en el arte peninsular, nunca se había llegado a investigar. Nuestro arte, abiertamente o no, programáticamente o no, siempre había sido figurativo, incluso nuestros mayores abstraccionistas eran en cierto modo figurativos y, sobre todo, lo era la cumbre cualitativa que alcanzó el *Arte Povera* durante la segunda mitad del siglo. Llevaba años rumiando estas cosas sin la menor coherencia, montañas de apuntes divagantes sin un verdadero eje temático que pudiera convertirse en un auténtico ensayo: en la oficina tenía muy poco que hacer; disponía de tiempo de sobra, podría haberme concentrado y sacar algo en claro en una u otra dirección. Pero nada. Una vez que salí de la pesadilla monodimensional del Ministerio, una vez que estuve fuera de aquellos pasillos, de aquellas salas amuebladas treinta años antes, una vez abandonados, cada uno a su suerte, decenas de colegas grises, inteligentes, paranoicos o gente frustrada que, como yo, imaginaba que debería haberle tocado otro destino, pensando que quizá se lo merecía, o funcionarios honestos y competentes, incorruptibles, o despojos burocráticos inútiles y vulgares de mirada salcochada por décadas de Ministerio o jóvenes promesas, tal vez exsocialistas como Carla, mi Carla, que se abrían paso a codazos para salir de su condición de empleados y apuntar alto con una carrera de subsecretariado en mente, no volví la vista atrás… Estaba a punto de abandonar los lugares que seguía compartiendo, aunque en plantas diferentes, con Carla, que en todo lo demás se había convertido, muy a mi pesar, en una extraña. Cuando nos encontrábamos por casualidad, me saludaba. Para evitarla cogí la costumbre de subir en un ascensor de servicio, en la esquina opuesta del edificio donde

lo cogía ella. No volvimos a encontrarnos en meses, luego en años: de vez en cuando me llegaba un folio que, a pie de página, llevaba su firma como Directora de Departamento.

En resumen, en cuanto me jubilé, estaba listo para una nueva vida de estudioso, libre de compromisos. Me volví perezoso casi de inmediato, me levantaba tarde, anotaba algunas observaciones y luego me perdía en internet durante toda la mañana. A continuación salía a comer, dormía y me metía de nuevo en la red antes de salir a pasear y comprar algo para la cena. En vez de decirme alto y claro a mí mismo que ya no me importaba una mierda escribir aquel ensayo, me imponía una serie de objeciones de contenido y método: ¿Escribir ensayos sobre el arte abstracto hoy? ¿O es mejor decir *expresionismo abstracto*? ¿*Action painting*? ¿Seguir utilizando el término *informal*? Son cosas muy distintas, pero tienen en común la pérdida de la figuración… ¿Inventarse una denominación global? ¿Será verdad que en la Península nunca llegó a consolidarse porque nos faltaba esa energía vital de la que los estadounidenses en cambio rebosaban? ¿Será verdad que seguíamos estando demasiado impregnados de los siglos XIV y XV? ¿O es que para formar parte del verdadero arte deberíamos haber ganado la guerra? ¿Será verdad que la Península siempre ha producido la versión elegante y formalista de todo movimiento artístico occidental? ¿Que nos quedamos renacentistas y, por tanto, apegados a la necesidad de representar el mundo y los muchos ultramundos? Y, si entre nosotros hubo alguna figura destacada de artista no figurativo –y las hubo–, se trató de artistas cultos, que operaron en una modalidad estetizante, muy lejos de la fuerza gestual del abstraccionismo americano, aunque no por ello menos hermosa (de hecho, más)… Y, justo después, el vigoroso retorno a la figura, esta vez mentalizada (Duchamp, joder, siempre el mismo), del *Arte Povera*… etcétera: es decir, banalidad. ¿Escribir un ensayo hoy? ¿Justo en los años en que la forma-ensayo se ha extinguido y el abstraccionismo no le importa una mierda a nadie? El ensayo sólo sobrevive en los análisis rápidos y simplificadores de lo actual… Quedan los intelectuales franceses residuales, insoportablemente metaforizadores: ellos siguen estando en su salsa… Y luego están los ensayos científicos anglosajones, los únicos que compro o descargo y leo o, mejor dicho, que intento leer hasta que ya no me entero de nada, que suele ser hacia la página cincuenta…

Luego dejé de plantearme objeciones y también de pensar en el libro. Y también de pensar y punto, diría. Me acomodé en el tiempo del que disponía y en el no hacer nada, o casi nada. Salía a hacer la compra, paseaba mucho por la Avenida y sus alrededores: toda la energía que pensaba tener pareció amortiguarse y diluirse en las redes sociales y similares, en las largas excursiones por Youtube, en los inmensos enigmas pornográficos que se encuentran en la red, y al final consumirse definitivamente en la hipercomunicación internáutica a la que me sigo dedicando: un mar de amigos, bueno, de amigas, virtuales que hay que cultivar todos los días con *likes*, fotos bonitas y *posts* graciosos, a ser posible inteligentes y cultos, porque sólo conservo amistades escogidas a

las que no revelo mi edad, con la falsa esperanza de que no la sospechen. Y luego la necesidad diaria de dosis masivas de ficción, de series y de lo que no son series, que repiten en la red y en televisión. La pasividad nocturna de telespectador-con-benzodiazepina es el único estado que me induce relajación, hasta llegar al vacío mental, al agotamiento y, por último, a la carrera hacia una cama casi siempre deshecha, donde me sumerjo en un sueño lleno de humillaciones oníricas, como el ya mencionado, en el que soy el único desnudo en una fiesta de gala.

De vez en cuando me replanteo volver a los estudios. Pero no sé, estoy cansado, soy perezoso, autoindisciplinado y no sólo transgredo continuamente las reglas que continuamente me impongo, sino que me autocritico a todas horas, paralizándome, atormentándome y autosoñándome en calzoncillos. Queda el análisis del comportamiento de las microcucarachas. No sé si llamar al fumigador. Queda también el misterio de la existencia de la Avenida y de todo lo demás como dato físico. Es decir, queda mi curiosidad por estos lugares. Mi tendencia a recorrerlos, pero sin cansarme, o sea, un poco de territorio cada día. Pasar una y otra vez por los sitios, observar, sentarme en los bares, comprar en las tiendas. Y, por último, ir a la biblioteca a leer la historia de la Ciudad de Dios, rastrear el acto del nacimiento urbanístico de la Avenida para comprender lo que no se puede comprender sin haberlo vivido en persona. Y dar así con el eco lejano del Cuadrante, de la barriada de la Cavidad, de la visita a estos lares de Vladímir Ilich Uliánov, conocido como Lenin.

Carla hizo carrera hasta cierto nivel, luego un cambio de gobierno la frenó y no consiguió ascender. Sé que también se ha jubilado hace poco, creo que tiene pareja, ya hemos perdido el contacto. Ya no volveremos a vernos.

–La motillo me está haciendo un ruido raro.
–Me la traes, te la miro y, si tiene algo, me la dejas.

Un hombre de unos cincuenta años viene en mi dirección y enseguida creo que lo conozco. Lo miro mejor. No, no lo conozco, es decir, no lo conozco a él, pero *sí a los que son como él*, conozco a los que tienen esa cara, esa expresión, esa mirada, esa postura. No me viene a la cabeza nadie en particular, pero sé que en mi vida me he tropezado con muchos parecidos a él, es más, iguales a él. No me cuesta nada imaginar el sonido de su voz, la inflexión dialectal moderada propia de su extracción social media, de su pertenencia al siglo XX, del instituto, seguramente de la rama de sus estudios universitarios (¿Derecho? ¿Ciencias políticas? ¿Economía? ¿Estadística?), que imagino alejados de mis intereses. Se llaman *intereses* porque no se sabe de qué otro modo referirse al corpus de disciplinas que han constituido tu oficio, por llamarlo de algún modo, bueno, con más precisión, tu cualificación de partida, independientemente de donde hayas terminado luego, tras seguir una trayectoria llamada *descarrilamiento*.

A ese hombre lo conozco, arrastra las palabras al hablar y está tan acostumbrado a no afirmar nunca nada y a darlo todo por sentado, es decir, a no mostrarse convencido de la verdad de lo que afirma, que hablar con él es como experimentar, de manera directa y macroscópica, el principio de indeterminación de Heisenberg: los pseudoconceptos que expresa saltan cada vez que tratas de aprehenderlos, de reconducirlos a la lógica de un discurso racional provisto de conclusiones, aunque quizá es justo la falta de conclusiones lo que denota el no-discurso contemporáneo, que siempre se deja abierto como un grifo pasado de rosca…

A ese hombre *no* lo conozco y, sin embargo, sé que teme las conclusiones más que nada en el mundo, es decir, teme que lo encuentren en una posición concreta: ya se trate de ética, política, técnica o una simple e insignificante opinión, nunca se dejará atrapar. Me lo encontraba en los pasillos del Ministerio, había dejado de hablar con él; nos saludábamos o poco más. A él le parecía bien así, era una tarea menos en su esquivar diario con sumo cuidado todo intento de no delatarse. Y eso valía para cualquier cosa que mereciera una opinión, desde un par de zapatos a una postura política o un asunto laboral, ya fuese importante o no, o urgente. Aquél era el modo de vida que había elegido. En el Ministerio funcionaba. Lo dejaban en paz. Se había buscado tareas rutinarias, desprovistas de toda responsabilidad: era como si no existiese. Un día entré en su despacho a la hora del desayuno y me lo encontré hincándole el diente a una barra de pan que acababa de sacar del envoltorio, rellena, según me dijo, de *gorgonzola y arenques*. Me cago en la puta, dijo, gorgonzola y arenques… Ese hombre no es él y, al mismo tiempo, lo es. A los tipos así, con esa cara, los conozco al dedillo. Ojalá nunca hubieran nacido.

–Hacerme cuatro horas de moto con alguien la primera vez que nos vemos en persona no me hace gracia…
–¿La has conocido? ¿En Facebook?
–¿Y dónde si no?

Seguir a diario cómo se hacen y deshacen las cosas empieza a parecerme una actividad estúpida, como surfear la *pororoca*, la ola fangosa de marea que entra en un período determinado del año en el río Amazonas, lo he visto en un documental de la tele: estás ahí deslizándote durante kilómetros por una ola de color mierda y, si te caes, el juego se acaba, la ola sigue adelante sin ti. Fuera, la masa matérica del Monte de Arcilla. Dentro, el vacío entristecido de mi mente. Y todas estas chorradas alrededor.

Echo un vistazo a lo que me rodea y sólo veo señales de desertificación política, de fin de la multiplicidad ideológica. Es como si toda postura que pudieras llamar *parcial* tendiera a acoplarse a las demás, a dos o tres, hasta formar un único conglomerado mudo, del mismo aspecto marrón de esas bolas de plastilina hechas con todos los colores

mezclados. El marrón es el color de la entropía, de lo agotado, de lo que ya ha sido explotado y es residual, de la caca, vamos. A los que, como yo, vivieron en el siglo pasado, nos parece una especie de revancha póstuma del socialismo desideologizado, decisionista y tecnocrático al cual, no obstante, pertenecemos. Entre nosotros, los socialistas cuarentones, flotaba aquella falsa conciencia que se cortaba con un cuchillo: todo o casi todo lo que llamamos *presente* comenzó allí, en la izquierda que iba a la deriva hacia una esencia de imagen absoluta, hacia el vacío mediático, hacia un culto neofuturista por la velocidad, por la comunicación rápida y continua, muy atento al consenso sobre las cosas *hechas* y sobre las que *quedan por hacer*, sobre reformas dirigidas a la *agilización*, a la *modernización*, una tendencia hacia la nada-con-poder que sigue en vigor en la actualidad, en un desierto de ideas –sobre justicia social, sobre igualdad, sobre qué es el derecho inalienable universal, sobre cómo garantizar estos derechos, sobre cómo redistribuir riquezas que hoy están en manos de unos pocos, sobre cómo combatir la trituradora social de la economía, sobre la estructura estatuaria venidera, futura, etcétera– lleno de individuos que en teoría sólo se reparten en bloques ficticios, que declaran el presente ineluctable y sin alternativa, a lo sumo ajustable aquí y allá, en la (vana) esperanza de que todo vuelva a funcionar como antes… Entendiendo por *antes* los años del *boom* económico peninsular, nuestro mayor mito colectivo, nuestro paraíso perdido…

Por motivos que desconozco y que nunca llegaré a conocer, la Dominante del Bar Porcacci ha echado a las dos camareras, es decir a la Bajita y a la Gordita Cool. El adjetivo *cool* se lo ha ganado por el comportamiento imperturbable y totalmente desencantado con el que hacía su trabajo. En lugar de las chicas hay un joven alto, rubio y guapo que debe de ser pariente de la Dominante, porque hace años ya lo vi detrás de esta barra. Pero no descarto ninguna otra hipótesis, al menos hasta que vuelva a ver por aquí al Machote Maduro, novio oficial de la Dominante. Si no lo viera más, podría ser señal de que algo ha cambiado en las estructuras afectivosexuales del Porcacci. Ahora la Dominante se pone una camiseta en cuya pechera se lee I'M NOT A BARMAN y por detrás I'M A HERO. En los pocos momentos en los que aparta la vista de su iPhone, con el que chatea a todas horas, muestra con orgullo la parte de delante y la de atrás, sin preocuparse de los michelines que asoman entre la camiseta y los pantalones. Al lado de la caja apareció hace tiempo un artilugio verde dotado de una pantalla que sirve para jugar a los varios Rasca y Gana o a cualquier otra forma de lotería del Estado. Colgadas a la derecha en lo alto, detrás de la barra, como testimonio de los grandes premios que pueden dar, destacan las fotocopias de tres billetes de lotería, dos de ellos con un premio de cien euros y otro con setenta: un auténtico *cambiavidas*, como lo llaman aquí. En el Porcacci han puesto, además, un aparato de aire acondicionado nuevo: éste no hace ruido y es muy eficiente, pero suelta un chorro de aire helado justo en la espalda de los clientes que

los corta prácticamente en dos. Se lo comenté a la Dominante: ella me miró sin responderme, como siempre. No sé por qué, pero debo de caerle como el culo. En las mesas de fuera, los jubilados-con-perro-y-periódico-deportivo se han puesto en pantalones cortos, dejando al aire piernas lívidas y flacas con zapatos y calcetines. El Arquitecto se pasa la mañana leyendo *Il Messaggero* de arriba abajo: siempre va vestido de la cabeza a los pies con prendas de color beis. Últimamente también lleva sandalias de cuero beis con calcetines beis: parece en absoluta paz consigo mismo, satisfecho con su vida, que discurre con placidez en torno al Porcacci, en la que a mí me parece la más completa y noble de las desocupaciones, pero puedo equivocarme, puede ser que sufra y que se atormente en secreto.

Lo de ayer fue una falsa alarma. La camarera denominada Cool en realidad sigue detrás de la barra y trabaja en comandita con el Rubio, un tipo joven, chistoso y buena gente que viene de vez en cuando a echar una mano. La Cool es cada vez más *cool*, silenciosa e indiferente, reticente a los chascarrillos continuos e inútiles que llenan el Porcacci. La admiro. Entonces, la única que se ha ido es la Bajita, que tenía un buen culo. La Bajita era triste, tenía indicios de ojeras y bolsas precoces bajo los ojos, pero en conjunto era agradable y mona. A saber por qué se ha ido. Apoyada en la barra, con sus Ray-Ban, que no se quita nunca, está la Amargada, con unas tetas enormes aprisionadas en sólidas estructuras sostenedoras, marcadas bajo una camiseta de tirantes verde, pantalones capri ajustados por el culo y sandalias de tacón, no de doce centímetros, sino de más. Habla en voz alta con el Rubio, parecen tener confianza: durante el rato que tardo en beberme el capuchino no consigo enterarme de lo que están diciendo. Llegado cierto punto, la Amargada dice que ella sabe moverse y luego dice que tiene «un ascendente». El Rubio, detrás del mostrador, asiente visiblemente aburrido: hace todo lo posible para cambiar de tema, pues se ve que no le puede interesar menos. Hoy en todo el Bar no se oye ni un solo comentario futbolístico. Entra el Jubilado Gordo, con su pinta de idiota redomado; de la correa lleva un cachorro blanco y crecido de alguna raza canina. La nariz gélida del perro me roza la pantorrilla izquierda, luego se lanza a olisquear a la Amargada, que dice: «Siento una presencia a mi espalda». El Jubilado Gordo le responde algo de lo que no me entero y la Amargada dice: «Voy a hacer como que no lo he oído». Luego dice que la suya es una Blackberry. Hoy se ha dejado ver de nuevo el Jubilado Bajito, con el pelo cano y grasiento peinado hacia delante, aplastado sobre el cráneo, y un cachorro de *beagle* ya casi adulto. Me había olvidado de él. «Llevo convaleciente cuarenta y dos días», dice. Y, en efecto, ha adelgazado y parece melancólico, con los ojos cercados de rojo. No hay ni rastro de la Dominante, y la barra del Bar Porcacci, tal vez por ese motivo, está visiblemente más relajada. Hasta el capuchino está más bueno. No se habla directamente de la Crisis, pero se siente igual: las personas, yo incluido, tienen un aspecto apagado, resignado, preocupado. Por primera vez después de tantos años de historia peninsular,

cada uno toma conciencia concreta de que no le importa una mierda a nadie, de que no es más que un súbdito a merced de algo muchísimo más grande que nosotros y de que el mensaje del Emperador, suponiendo que exista, nunca llegará. Ésta es la sensación común que nos hermana y nos mantiene unidos a los del Porcacci.

Después de la masacre operada por la red, que ha durado más o menos una década, en la Avenida quedaron si acaso un par de agencias de viaje, adonde voy de vez en cuando a comprar billetes para mis rarísimos desplazamientos. Es cuando voy a ver a un amigo que vive en el norte o, más a menudo, a una hermana en España, para charlar un poco, decirnos cosas insustanciales, acompañadas de un flujo afectivo sobrentendido y relajado, pero sobre todo para ver una vez más el *Ecce Homo* de Bramantino que está en Madrid y todo lo demás. En la agencia, mientras espero mi turno entre otros ancianos poco avezados con el ordenador –a los que les entra un sudor frío cada vez que deben poner las tres o cuatro contraseñas de la cuenta que tienen desde hace treinta años en un banco que, en ese tiempo, ha sido comprado por un gran grupo internacional y se ha ido desmaterializando poco a poco, ya casi sin sucursales, por lo de que todo se hace *online* y eso. Las contraseñas están apuntadas en alguna parte, pero ¿dónde?, y poco después las han olvidado y se confunden y no se fían de hacer ellos mismos ningún tipo de operación, así que van a pasar la mañana sentados a esperar en una de las últimas sucursales analógicas y se compran el billete en la agencia, porque cuando lo han intentado deben de haberse saltado algún paso y el algoritmo les ha hecho empezar de nuevo un par de veces, humillándolos–, observo la pared cubierta de archivadores de folletos (aquí se pronuncia *foletos*), que ilustran paquetes turísticos prácticamente para todos los sitios. Y, mientras aguardo mi turno y miro distraído esta pared de *foletos*, pienso, id vosotros a hacer turismo, id vosotros a África. A Mali. A ver el Masái Mara. Los animales del Ngoro Ngoro. Id vosotros al mar Rojo a hacer esnórquel. A las Maldivas, a las Laquedivas, a Juan Fernández, a Reunión. Id a ver las ballenas a Cabo Cod. Los salmones de Alaska. Id a la India dos meses, un mes, veinte días, menos no merece la pena, cuidado con el agua, con la estación de las lluvias, id sí o sí a Benarés. Id a ver el supersimétrico y superaburrido Taj Mahal. A Nepal a hacer senderismo a cinco mil metros. Id a Lhasa. A Indonesia, a Tailandia, a ver los templos de oro de Siam, a Camboya, id a Vietnam. A Australia, a la barrera coralina. Id a escalar la Montaña Sagrada de los aborígenes. Coged el tren de alta velocidad *de levitación magnética* de Shanghái. Id a Berlín, a Pekín, a Dublín. A Ámsterdam, París, Barcelona. Id a Los Ángeles, a Brooklyn, a Boston, a Chicago. Haceos vosotros la travesía *coast to coast* durmiendo en moteles, comiendo en los putos *diners*. A la Patagonia también; os está esperando con sus glaciares que caen en el agua, sus orcas, sus *finis terrae*: id. Brasilia, la Amazonia, cascadas inmensas, las viejas minas de Potosí, el desierto de Atacama, Lima, los Andes, los cóndores y todo lo demás están allí a la espera de que lleguéis. En México

hay pirámides Aztecas (vista una, vistas todas), tequila, narcos, Chiapas, el Subcomandante y todas las demás chorradas latinoamericanas insoportables. Hacedlo, id vosotros una semana a Londres, una semana a los Dolomitas, una semana a Andalucía, una semana de crucero a los fiordos noruegos, una semana a Marruecos, una semana a las Canarias, una semana a Egipto, una semana a tomar por culo, que yo iré a sentarme bajo el toldo del Porcacci, frente a la Avenida.

Al parecer, en nuestra mente el *ahora* dura entre dos y tres segundos. Un tiempo larguísimo para percibir el instante. En el aturdimiento del fluir del tiempo en que nos ha tocado vivir (todo parece confuso, todo se asemeja a la imagen pálida y desenfocada de un referente platónico nítido y pulido que existe en una realidad inmóvil, inalcanzable, clara, comprensible y comprendida…), para nosotros tres segundos constituyen el momento, constituyen el *presente* o, en otras palabras, lo que se conoce como *presente psicológico*.

Cuando he intentado delimitar y circunscribir mi presente psicológico, mi sentido del ahora, mi unidad mínima de percepción del tiempo, no he conseguido encontrarlo. En mi mente un *ahora* se funde con el *ahora* sucesivo y la percepción del paso del tiempo se parece más bien a la coladura continua e irreversible de un engrudo viscoso que cae en un abismo sin luz que a la secuencia perceptible y cristalina de momentos bien definidos como las notas de un piano.

Sin embargo, sé que en el momento presente, en la que denominamos *nuestra época*, la contemporaneidad, ningún instante es igual al anterior: todo aumenta o disminuye, muchísimas cosas desaparecen y otras muchas nacen, y es mejor quitarse de la cabeza la idea misma de estabilidad: los espíritus feroces del capitalismo combinados con los más temibles de la web-pueblo y estrechamente unidos al progreso científico no hacen sino aspirar a que nada sea igual que el día anterior; la carrera por la tecnoimplementación de la materia prima es una mera y simple carrera por el beneficio, por la producción de deseos insaciables y, por tanto, insaciados: y así seguirá siendo hasta el final de los tiempos, *donec auferatur luna*.

¿Y qué hay de malo en eso? No estoy bromeando: ¿qué hay de malo?

Me obsesiono con problemas como el de definir un presente que cada vez me parece más corto, erosionado por el futuro, con puentes rotos hacia el pasado. Pero tal vez lo sea sólo en apariencia, o tal vez no, depende de cuándo hayas nacido, depende de tu percepción. En el presente siempre hay una cantidad de pasado excesiva: así es para los objetos, las ciudades, el territorio y también para nuestras mentes, donde el futuro sólo existe en forma de plan financiero, como proyecto industrial, inmobiliario, previsión a

corto plazo, presupuesto familiar, mudanza, reservas, previsión meteorológica, encuestas y sondeos estadísticos, como predicción médica, pronóstico –te curarás/no te curarás/morirás–, como plan de una noche de sábado: cena/cine/casa y polvo.

El futuro existe en las películas, ensayos, novelas y relatos placenteramente catastróficos y posatómicos: ver el próximo apocalipsis nos ayuda a sentirnos calentitos en casa, nos da agradables escalofríos, nos hace ponerlo en pausa para ir coger un plátano. En el futuro todo es posible, incluso la revolución proletaria, precisamente porque en el presente ya no es más que una hipótesis ridícula, propia de veterocomunistas pringados, es más, de veterotodo: el futuro es igual de divertido que *Mad Max*, igual de melancólico que una banda sonora de Vangelis, pero nunca es radiante. Nos empachamos de futuro catastrófico para no pensar en la no-catástrofe del presente, jugamos con la idea del calentamiento global como si el aumento de la temperatura media aún no fuese una realidad, como si ignoráramos la frecuencia de las fortísimas lluvias templadas que nos golpean sin cesar, las tormentas de viento, los glaciares que se derriten, la anomalía del clima: un tópico más.

Ahora, con este cacao mental en la cabeza, desde mi puesto de observación relativamente privilegiado, aunque no muy informado, desde este espacio privado que se eleva sobre el entorno, sobre una porción no bonita de una ciudad famosa y antiquísima, en una ubicación no especialmente céntrica, no significativa, no relevante desde un punto de vista urbanístico, no un sitio adonde ir, sino tan sólo por el que pasar, desde mi casa en la séptima planta, para la que resulta indispensable tomar el ascensor y cada vez que salgo y entro consumo un poco de esa energía por la que nos estamos cargando el planeta, observo, como decía, un pequeña, pequeñísima, porción de mundo, lugar de microacontecimientos cuyas causas, según se dice, se hallan en otros lugares, en inmensas, hirvientes e innombrables calderas globales, donde millones de personas aspiran a nuestro modelo de proyecto de vida, el mismo que nosotros estamos desmantelando.

Es como observar el movimiento de las partículas generadas por una explosión global, remota aunque más cercana de lo que parece. A partir del comportamiento de estos corpúsculos de realidad en continuo cambio, algunos de los cuales parecen enloquecidos, se deducen las grandes tempestades planetarias de las aquí sólo llegan algunas olas, aún no lo suficientemente destructivas, pero bastante altas como para llevarse por delante la vida de muchos de nosotros y preocupar, o molestar, incluso a los que, como yo, han vivido hasta ahora al amparo del paraguas socialdemócrata de un Occidente nacido después de la Segunda Guerra Mundial, alimentados por el entusiasmo vital que siguió al gran baño de sangre y, más tarde, por la aterradora oposición, también fértil y vital, entre dos grandes modelos de sociedad y de vida, de los cuales sólo ha sobrevivido uno, mientras que el otro, derrotado y posteriormente destruido y ridiculizado, parece borrado de la Historia. Sin embargo, cuanto más se desvanece, más

me gusta. No puedo explicarlo.

Hasta ahora hemos vivido protegidos, pero también condicionados, es más: marcados por el siglo xx; hasta ahora hemos vivido su paz llena de tensiones, externas e internas (las internas a veces producto de las externas y viceversa), pero protegidos: ahora que nuestras vidas, aseguradas y casi ahogadas en décadas de hipocresía y falsa conciencia, llegan a su fin, vemos cómo se acercan estas olas destructivas, síntoma de graves perturbaciones planetarias, para subvertir y modificar lo que creíamos haber aprendido del mundo, de su capacidad para transformarse, para destruir, o al menos erosionar, nuestras convicciones, o lo que creíamos que eran nuestras convicciones, inquebrantables, no discutibles, no negociables. Incluso como personas, como hombres y mujeres, creíamos ser no negociables y, sin embargo, han negociado con nosotros, con un disentimiento de fachada, pero con un consenso sustancial por una comodidad relativa, más que individual, de civilización, una comodidad que ahora sólo perderemos los ancianos, una comodidad que no podemos compartir con nuestros hijos ni con sus hijos, inmersos en un mundo diferente, en continuo cambio, cuyas perturbaciones llegan hasta aquí día a día, a las aceras de la estúpida y fea Avenida en la que vivo y desde la cual descifro el mundo.

Aunque la interpretación se lleve a cabo con métodos no muy rigurosos, en su rareza cotidiana posideológica, sigue siendo, pese a todo, un acto de gran valor y singularidad, cuyas razones y contexto no comprenden nuestros hijos, cuyas motivaciones desconocemos o despreciamos, sin el que nuestra manera pasiva de vivir el cambio carecería del último esfuerzo digno de la conciencia que debemos tener de nosotros mismos, de lo que somos y de los residuos de lo que hemos sido: derrotados, pero con los ojos bien abiertos.

Observo todo lo que hay a mi alrededor y que no sé bien cómo definir: tal vez no sea más que un intento de eje espacial, un campo de batalla entre intereses públicos confusos y razones privadas concretas, un lugar de crisis urbana, una criticidad necesaria, una zona no resuelta: tal vez no sea más que la discontinuidad de una continuidad inexistente, ahora bastante alejada del estatuto urbano, justo donde comienza un territorio integrado por otras voces, otros fenómenos, otra forma, una forma que la norma no es capaz de frenar… Por tanto, vivo en los límites de un estado, localizado y circunscrito, y en teoría necesario, de no-ciudad, donde ocurren cosas que, por lo que puedo ver, son propias de otras épocas, o bien de otros lugares, salvajes o semisalvajes, de otros continentes…

Mientras busco pruebas de la no-existencia de la Avenida, del Cuadrante, de la propia Ciudad de Dios, en este momento concreto del fluir del espacio-tiempo, me parece encontrarlas por casualidad en algunas de mis lecturas discontinuas, incompetentes y, en realidad, nunca entendidas, de textos matemáticos divulgativos, de autores que

reconsideran los enunciados lógicos de Zenón, de modo que desde mi observatorio me sea posible tomar en consideración el abismo cognitivo en el que se halla la no-existencia de todo lo que me rodea, incluido yo.

> El movimiento consiste *simplemente en la ocupación* de lugares diferentes en tiempos diferentes, sujeta a la continuidad… No hay transición de lugar a lugar, ni momentos ni posición consecutivos, ni cosas tales como la velocidad excepto en el sentido de un número real, que es el límite de cierto conjunto de cocientes (las relaciones entre espacio recorrido y tiempo recorrido) (Bertrand Russel, *Principios*, §447).[6]

Si se exceptúan los breves períodos de tranquilidad derivados de la sincronización cíclica del semáforo que está arriba del todo con el que está abajo, en la Avenida se produce sin cesar el misterio del movimiento. Algunos objetos mecánicos de todo tipo son capaces de recorrer un tramo de carretera asfaltada a lo largo de casi trescientos metros, pasando por cada uno de los puntos infinitos que lo integran a pesar de la Paradoja de Zenón, que, en efecto, se trata de una paradoja en el caso de que se acepte como no paradójico lo que consideramos la *realidad* del movimiento.

Si le damos la vuelta a la tortilla, digo que la extensión *paradójica* de este tramo de Avenida puede ser *paradójicamente* recorrida por vehículos en movimiento, pese a que la lógica matemática afirme con rotundidad que no es posible.

Si admitimos (siempre hay una admisión de partida) que la Avenida está formada por puntos infinitos, se genera un razonamiento a partir del cual un vehículo, pongamos un Panda 4x4 o una de esas motos estratosféricas con propulsores de mil doscientos centímetros cúbicos, que quiera llegar al semáforo que está arriba del todo, a trescientos metros desde el semáforo que está abajo, dada la infinitud de las posiciones que deberá ocupar para hacerlo, no podrá avanzar ni un solo milímetro cuando la luz se ponga verde y permanecerá estático en el mismo lugar.

Empapado de estas recientes lecturas –hacía tiempo que había olvidado las nociones filosóficas estándar que me impartieron en el instituto, cuando nos advirtieron de la irrealidad de las cosas y nos recomendaron que, no obstante, hiciéramos como si fueran reales, sobre todo al cruzar la calle–, puedo afirmar que la Avenida misma de aquí abajo no es real, porque está constituida por la suma de un número infinito de puntos de dimensión cero, así que ella misma es cero: lo que es igual a cero y se suma a otra cosa igual a cero siempre da cero.

Añado que, si los puntos infinitos de los que está constituida la Avenida no tuvieran dimensión cero, a) no serían puntos, b) el tramo de Avenida, en lugar de tener doscientos metros de largo, sería infinito. En ambas hipótesis, el Panda 4x4 no lo conseguiría.

Y, sin embargo, la Avenida está aquí abajo en toda su aristotélica *entelechia*, o lo que viene a ser lo mismo, en su ser a fin de ser. En resumen, la Avenida existe. Porque si no

existe ella, tampoco existo yo, y el mundo y el universo entero desaparecerían en el tempúsculo necesario para la aprehensión de este hecho: no está, no estoy, no existe nada. Hay que encontrar una solución, aunque sea provisional y desinformada. Me consta que algunos cerebros muy potentes llevan siglos razonando sobre este tema, pero yo no estoy a la altura de comprender sus conclusiones, que es como decir: comprendo la pregunta, pero no la respuesta.

Cuando me asomo desde mi séptimo piso, inhalo mi dosis de partículas en suspensión y considero la hipótesis de que la sustancia espaciotemporal de la Avenida y, en consecuencia, de todas las cosas, sea granular y de que moverse no sea más que saltar de un gránulo de espacio a otro utilizando uno o más gránulos de tiempo: por tanto, la realidad sería, en teoría, divisible en entes más pequeños que los atómicos, de naturaleza completamente distinta, no cognoscibles, sólo discernibles en los pliegues de una percepción extremadamente sutil, por decirlo de algún modo. Estoy contemplando, por mi cuenta y de manera del todo indebida, la hipótesis cuántica de la naturaleza del mundo, ésa que nunca he llegado a entender, la verdad.

Cada vez que considero seriamente la idea del suicidio, pienso en la granularidad del espacio-tiempo. Para mí el suicidio no puede ser sino algo meditado con mucha antelación pero llevado a cabo por un impulso. Y el impulso suicida aquí no puede sino resolverse en un salto al vacío, ejecutado con cierto grado de energía, de modo que se caiga en medio de la calzada, más allá de la fila de coches aparcados, a ser posible durante una de esas pausas de tráfico antes mencionadas.

Pero, si el espacio-tiempo es granular, existe el riesgo de que nunca llegue a tocar el suelo de la Avenida y experimente por siempre el terror de una caída eterna, cuya duración infinita podría derivar de una percepción más lenta del tiempo, un tiempo del que, dado el estado alterado –por decirlo de algún modo– que el acto de suicidarse me provocaría, analizaría cada *quantum*, escrutándolos uno por uno, añadiendo tiempo al tiempo mientras caigo y recuerdo cada instante de mi vida pasada, también prácticamente divisible hasta el infinito.

Así, mientras que en un futuro lejano el recuerdo de mi existencia, pero también de este edificio, de estos lugares, de la Avenida e incluso de la Ciudad de Dios, se habría perdido, yo seguiría allí, cayendo, suspendido en el espacio, analizando cada recuerdo pasado y preguntándome qué se siente al despanzurrarse uno en el suelo.

Rastreando en la red las nociones de *espacio* y de *tiempo*, me topo con algo precioso, la Longitud de Planck, definible como «la distancia más pequeña por debajo de la cual el concepto de *dimensión* pierde todo significado físico». En Wikipedia esta voz tiene una definición sin fuente, pero me gusta, porque me viene al pelo en el intento de establecer la no-realidad de la Avenida, aunque eso implique admitir la no-realidad de todo lo demás.

La longitud de Planck –no llego a entender cómo se descubrió– es igual a 1,616252(81) x 10^{-35} metros: cifra abismal que, según un primo mío matemático, en leguaje normal suena así: dieciséis milmillonésimas de milmillonésimas de milmillonésimas de milmillonésimas partes de un metro.

La verdad es que parece muy pequeña, pero no es igual a cero. También existe, en el sentido de que existe la expresión matemática para ello, el Tiempo de Planck, que equivale a 5,39124(27) x 10^{-44} segundos, y que se define como «el tiempo que tarda un fotón que viaja a la velocidad de la luz en recorrer una distancia igual a la Longitud de Planck». Se trata del «cuanto del tiempo, la medida más pequeña de tiempo con significado según la ciencia actual»: si no me equivoco, debería ser igual, en caso de que esta cifra tuviera algún sentido para los humanos, a cincuenta y cuatro milmillonésimas de milmillonésimas de milmillonésimas de milmillonésimas de milmillonésimas partes de un segundo.

Se trata de cantidades límite pero finitas; por tanto, la divisibilidad del espacio ocupado por este tramo de Avenida no es infinita y, por tanto, tal vez Zenón se equivoque y el movimiento del Panda de un semáforo a otro sea posible. O tal vez no. Brian Greene escribe (seguimos con Wikipedia) que «la noción familiar de espacio y de tiempo no se extiende al mundo subplanckiano (es decir, a las longitudes inferiores a la escala de Planck), lo que sugiere que el espacio y el tiempo como los entendemos en la actualidad *pueden ser meras aproximaciones de conceptos más fundamentales que aún no han sido descubiertos*». La cursiva es mía.

Y luego encuentro esta afirmación: «En algunas teorías, la Longitud de Plank es la escala en la que la estructura del espacio-tiempo se ve dominada por efectos cuánticos que le confieren una estructura de espuma». Aunque se me escape qué son los efectos cuánticos que se mencionan, creo entender que, en la escala de la Longitud de Planck, todo lo presente en el paisaje circundante es indeterminado, no mensurable, indivisible e inencontrable y, no obstante, *real*.

Sospechaba que el Todo poseía un no sé qué repugnante y la idea cuantística de la estructura en forma de espuma me confirma que mi sentido de repulsa tiene cierto fundamento físico: la realidad es espumosa, no tiene nada de absoluto, nada puede ser del todo preciso y finito, nada puede existir de una vez por todas, en sí y por sí mismo, fuera de la espuma, en un vacío sin tiempo. Y se ve que, aunque los sólidos platónicos sean una referencia hasta para el repulsivo Nudo Vial, siguen ahí, solitarios, absolutos e inconcebibles salvo fuera de la historia, del espacio-tiempo y de la espuma de la que está hecho, o se dice que está hecho, el Universo.

Por tanto, aunque nadie lea estas líneas, es mejor ser cautos: la Avenida, así como el Cuadrante entero conmigo dentro, los restos de Horno Hoffmann con toda su historia, la Ciudad de Dios y el mundo entero, son en esencia un misterio que seguirá siéndolo durante mucho tiempo, tal vez para siempre, en el sentido de que sólo lo comprenderán

en su totalidad las máquinas superpotentes que antes o después construiremos o que, mejor dicho, se autoconstruirán. Con todo, la caída desde el séptimo piso seguiría siendo muy larga, pues deberá subdividirse en un número determinado –finito, sí, pero muy grande– de Longitudes de Planck, y tocaría el suelo al cabo de varios miles de millones de años, cuando ni la Avenida, ni la Cavidad ni a lo mejor el propio Planeta existan ya.

Es vivir en el postodo, cuando lo que estaba, lo que pensabas que debía estar, ya no está, o nunca estuvo o nunca estará, y la materia de la que estás hecho es obsoleta, es herrumbre que se desmorona en el acto, es moneda fuera de curso legal. Vivir en el post siglo XX, quedarse a las puertas, en la tierra de nadie de un siglo nuevo que sabe a viejo, que todavía no ha empezado y que, si lo ha hecho, tú no te has enterado, o bien ha sucedido en otro sitio, lejos de aquí, más allá de tu horizonte, más allá del horizonte de tus semejantes, fuera del alcance incluso de los que crees que son tus enemigos.

–A mí el aceite y el papel del váter me parecen todos iguales. Me la traen floja, me la sudan, los compro en los bengas.
–¿Qué son los bengas?
–Sí, hombre, los indios esos de Bengala con tiendecitas que venden de todo.
–Nunca he oído esa palabra. ¿Quién la usa?
–La ciudad.

EPÍLOGO

Mientras termino por agotamiento este relato, la porción de territorio que, durante sesenta años, permaneció salvaje y libre en torno a las ruinas del viejo Hoffmann ha entrado en una fase de modificación intensa: están construyendo una rareza comercial dotada de vastos refugios para automóviles y reconstruyen las partes que faltan del viejo horno, incluida la chimenea en peligro de derrumbamiento, para destinarlo a *centro cultural*. La *civitas* circundante ha presentado una oposición débil, tardía, insensata (y falsa): en realidad, todos desean un cambio. Todos, incluidos quienes lo niegan, saben que los únicos sitios en los que nos encontramos bien son los del consumo. Por aquí, el Tercer Paisaje era una asquerosidad que se ponía de manifiesto en cañaverales tupidísimos, frondas de ailantos y robinias, humanos sin techo y animales sin nombre: ésa era toda la biodiversidad presente en el área de abandono histórico a la entrada de la Cavidad. Un día llegué a una asamblea de protesta, pedí la palabra y expuse mi banal punto de vista, es decir, que los centros comerciales son las nuevas ágoras de la ciudad y que oponerse es inútil y estúpido. Me llamaron Siervo de los patronos; me habría gustado responder Pues sí, y vosotros, ¿qué sois?, pero se notaba a la legua que, en el fondo, todos estaban contentos de que se hiciera algo para distanciarse de una vez por todas del pasado, ya fuera construyendo muros de toba falsa, revistiendo edificios de mármol travertino falso o sometiéndose a lenguajes falsamente contemporáneos, pero con escaleras mecánicas auténticas, aunque puestas como Dios les dio a entender.

Roma-Diafani, 2014-2019

NOTA

Los hechos del Cuadrante de las Arcillas y de la Cavidad se basan libremente en los que recogen las siguientes fuentes: Paola Oliva Bertelli, *Valle dell'Inferno. La memoria collettiva di un gruppo operaio romano*, Roma 1990; Roberto Cipriani *et al., La comunità fittizia. Differenziazione e integrazione nella borgata romana di Valle Aurelia*, Roma 1992; Laura Giustini, *Fornaci e laterizi a Roma. Dal XV al XIX secolo*, Roma 1997; Donatella Panzieri, *Valle dell'Inferno, Valle Aurelia. Antifascismo e Resistenza*, Roma 2005; Ead., *Valle dell'Inferno, Valle Aurelia 1944-1948. Grandi Speranze*, Roma 2008; Ead., *Valle dell'Inferno, Valle Aurelia 1948-1961. Continuità e cambiamenti*, Roma 2011; además de en investigaciones y entrevistas publicadas en *La Critica Sociologica*, en particular en los números 47 (1978), 48 (1978-1979), 51-52 (1979-1980), 57-58 (1981), 63-64 (1982-1983).

[1] Traducción de Maurici Pla, Editorial Gustavo Gili, S.L., Barcelona, 2007. [N. de las T.]

2 «Los intervalos temporales que transcurren entre una revolución tecnológica y la siguiente van disminuyendo por cuartos. Hace cincuenta mil años, el *Homo sapiens* salió de África y colonizó el planeta. Hace trece mil años, se inventó la agricultura y surgieron las primeras civilizaciones. Hace tres mil trescientos años, se desarrolló la Edad de Hierro y se produjo la primera explosión demográfica. Hace ochocientos años, se inventó la pólvora en China. Hace doscientos años tuvo lugar la Revolución Industrial. De esta manera, se llega al punto en el que la historia parece converger, el año 2050, que yo llamo *Omega*: creo que en ese momento tendremos una verdadera Superinteligencia artificial, que transformará el mundo.» (Jürgen Schmidhuber, director del Laboratorio de Robótica de la Universidad de Múnich.) Yo estoy de acuerdo.

3 El *acquacetosaro* transportaba y vendía en la ciudad el agua que recogía en la fuente Acetosa, entonces en pleno campo y cuya agua era gaseosa y ligeramente ácida. El *varecchinaro* era un vendedor ambulante de lejía. Oficios desaparecidos hace mucho tiempo que, en la Ciudad de Dios de los años cincuenta, aún se seguían practicando de manera marginal. [Nota del autor y de las traductoras.]

4 *Neoproletario* debe entenderse aquí de acuerdo con la visión de Tommaso Labranca en su obra fundamental *Neoproletariato. La sconfitta del popolo e il trionfo dell'eleghanzia*, Castelvecchi, 2002.

5 Desde hace años, me impacta especialmente por su estilo incierto, como si lo hubiesen trazado con la mano izquierda (por tanto, no escrito, sino diseñado), el parasintagma CEYR-NODS, que, en pilares inaccesibles de puentes o en lo alto de muros de contención de cemento, expresa algo en su supuesto de enigma puro, pero no sé el qué.

6 Traducción de Juan Carlos Grimberg, Espasa-Calpe, Madrid, 1983. [N. de las T.]

Índice de contenido

Portada
Créditos
1 HUBBLE
2 ARCILLA AZUL
3 LOS INÚTILES
4 PORCACCI
5 HOFFMANN & LICH
6 FUERA DEL PARTIDO
7 LENIN
8 ESPACIO EXODOMÉSTICO
9 CAPRI
10 ESTANCAMIENTO
11 AUTÓMATAS
12 GRAN RELLENO
13 PIERINA
14 COMO SI
15 FICCIÓN
16 SANGRE
17 LA CAVIDAD
18 PASO SUBTERRÁNEO
19 ROJOS
20 COMUNISTA PARA SUS ADENTROS
21 NUESTRA META
22 CIUDAD IDEAL
23 CASI AUTÉNTICO
24 MONOLITOS
25 FORMALINA
26 EXTENUADOS
27 VIDA DE BLOQUE
28 CRÁNEOS
29 TREINTA Y SEIS KILOS
30 CICLO DEL CARBONO
31 MOLÉCULAS
32 MULTIBOLSILLOS
33 ARTICULACIONES

34 PATINAZOS
35 TRANSFORMERS
36 MICROCUCARACHAS
37 YO ÉL
38 SUCIOS
39 NO DEJARSE ATRAPAR JAMÁS
40 GRANULARIDAD
EPÍLOGO
NOTA